

NOVELA  
HISTÓRICA

# TIERRA SIN REY

*“Muret, 1213, la batalla olvidada:  
El fin del sueño de una Gran  
Corona de Aragón”*



LUIS ZUECO

Lectulandia

En un territorio azotado por la herejía cátara dos poderosos ejércitos luchan por cambiar la historia. Muret, 1213, la batalla olvidada: El fin del sueño de la Gran Corona de Aragón. Hace 800 años, en una tierra azotada por la herejía cátara, el rey Pedro II de Aragón y conde de Barcelona, encabezaba un poderoso ejército que luchaba de manera encarnizada en una batalla campal contra la primera cruzada convocada en suelo cristiano. Un monarca cruzado, apodado el Católico, coronado por el papa Inocencio III en Roma y victorioso en la batalla de Las Navas de Tolosa contra los infieles, se revelaba contra la Iglesia. ¿Qué había podido provocar tal incoherente situación? Un sueño, un anhelo que hubiera cambiado para siempre la historia. Un reino a ambos lados de los Pirineos, una gran Corona de Aragón.

**Lectulandia**

Luis Zueco

# **Tierra sin rey**

ePub r1.0

Titivillus 03.10.2018

Título original: *Tierra sin rey*  
Luis Zueco, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis padres, Julián y Asunción.  
A todos aquellos que persiguen sus sueños,  
por imposibles que estos parezcan.

# PRÓLOGO

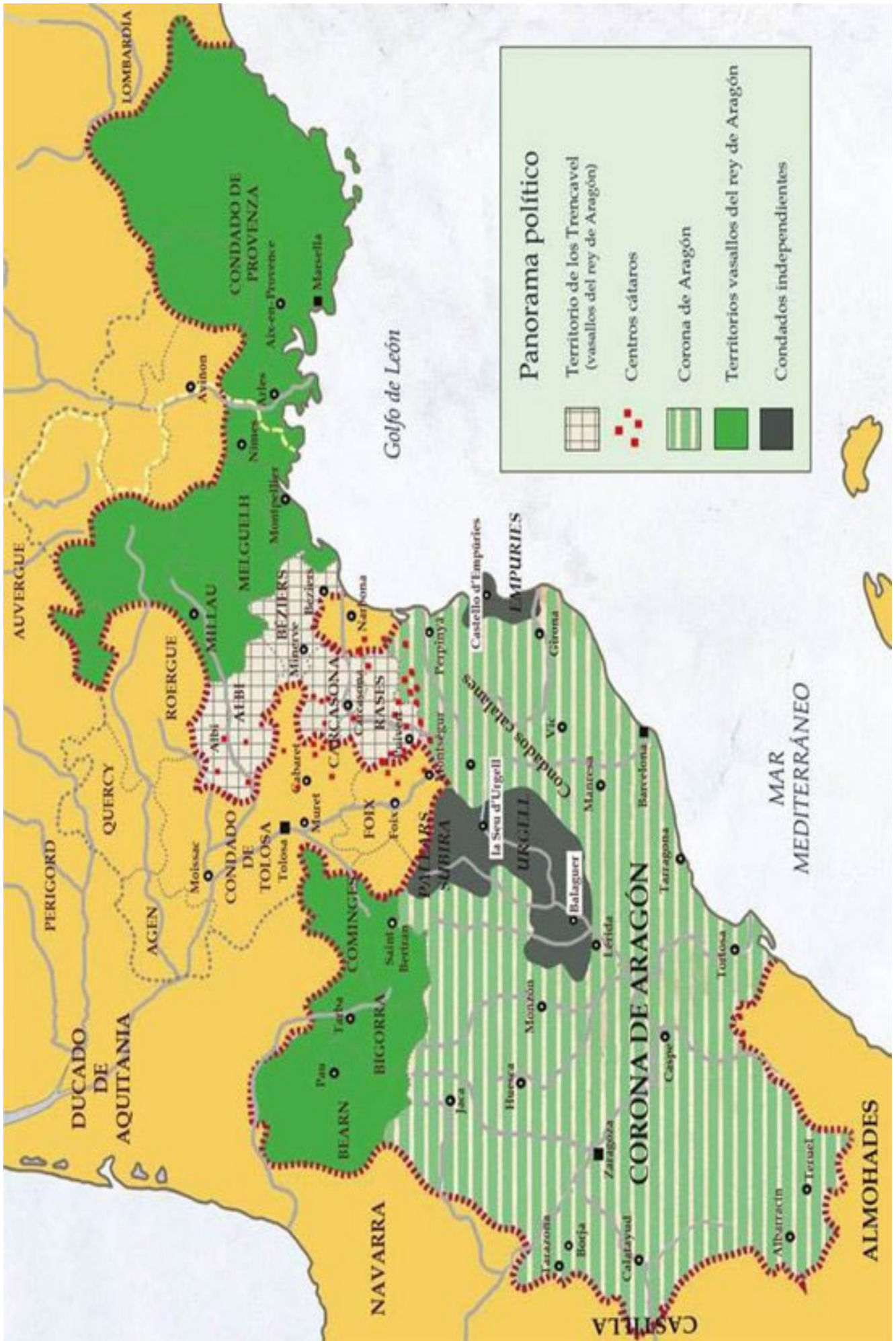
A lo largo de los siglos hay acontecimientos puntuales y personajes concretos que cambian para siempre el devenir histórico. El 12 de septiembre de 1213 el rey Pedro II de Aragón encabezaba un ejército formado por aragoneses, catalanes y todos sus vasallos del País de Oc.

Un rey apodado «el Católico», coronado por el papa Inocencio III en Roma, vasallo de la Iglesia y victorioso en la batalla de las Navas de Tolosa contra los infieles, se enfrentaba al ejército de la Santa Cruzada. ¿Qué había podido provocar tal incoherente situación?

Hay muchos secretos escondidos tras la leyenda de aquella épica batalla. Historias de reyes, nobles, caballeros, clérigos, hombres y mujeres que fueron oscurecidas por el velo del tiempo.

La ambición es un arma poderosa en manos de un rey. Un monarca con un sueño que hubiera cambiado para siempre la historia. Un soberano aragonés que pretendió crear un reino a ambos lados de los Pirineos. Un increíble proyecto de unión política de catalanes, aragoneses y occitanos, que creó la efímera Gran Corona de Aragón. Un soñador que puso todas sus esperanzas en un combate campal contra las huestes cruzadas frente a las murallas de la ciudad de Muret.

# **Corona de Aragón y Languedoc a principios del siglo XIII**







## 1209 La Cruzada

*En el año 1209, por el mandato del señor papa de destruir a las gentes heréticas y a quienes les ayudaban, los cruzados vinieron a Béziers y Carcasona, y las capturaron con todos sus términos, y mataron al vizconde, señor de las dichas tierras, y el señor Papa dio a los cruzados como jefe y príncipe al abad del Císter, y capturaron Minerve, Termes, Pamiers, Albi, Cabaret y Lavaur, y asediaron Tolosa, y mataron en todas estas ciudades, castillos, villas y tierras más de cien mil hombres y mujeres con sus niños, y mataban las mujeres embarazadas, y hubo a quienes degollaban, y nadie podía escaparse de sus manos, y no se pueden enumerar las otras muchas otras cosas que hicieron.*

Cronicón de la catedral de Roda de Isábena, Huesca (h. 1211).

## Fortaleza de la Orden del Temple en Monzón, marzo de 1209

Las cumbres de los Pirineos estaban cubiertas de nieve y el viento proveniente del norte soplaba helado, el sol apenas se veía, oculto tras un espeso manto de nubes. Los árboles mostraban su desnudez y solo las aves rapaces surcaban el cielo en busca de alguna víctima.

Sentía un profundo frío.

Sobre sus calzas, que se amoldaban a las piernas desde los pies hasta la parte alta de los muslos, llevaba una saya de lana que le cubría también las rodillas. Ceñida con un cinturón que le había dado su padre hacía muchos años, intentando aparentar mejor linaje, se abrigaba con una capa semicircular, agarrada al cuello mediante cuatro cordones, que atravesaban sendos ojales y colgaban a ambos lados del pecho.

Cruzó la puerta de entrada al castillo, custodiada por dos caballeros con la cruz del Temple en las sobrevestas. Subió por la empinada cuesta empedrada hasta el recinto superior, donde media docena de caballeros, armados con lanzas y escudos, vigilaban las murallas de la fortaleza de Monzón. La iglesia estaba a la derecha del patio de armas, a la izquierda dos construcciones palaciegas y en el centro una esbelta torre con un aparejo que le recordaba la espina de un pez. En lo alto pudo ver como ondeaba orgullosa una bandera con las barras de la casa real.

—El rey os espera —resonó una voz detrás de él.

Se volvió y observó a un caballero templario, una cabeza más alto que él y con un cuerpo inmenso, casi desproporcionado. Llevaba el pelo muy corto, como ordenaba su orden. Su rubia barba protegía parte de su rostro, de piel pálida como la nieve.

Le extrañó que fuera un miembro de la Orden del Temple quien le recibiera y no uno de los soldados reales. Había oído historias increíbles de los templarios en Tierra Santa. Bravos caballeros, de una disciplina y coraje sin igual. Sin miedo a la muerte, en ocasiones tenían fama de temerarios. El de Monzón era su castillo más importante en el Reino de Aragón y aunque era habitual que el rey lo utilizara, dada su ubicación central en el conjunto de sus territorios, se sentía incómodo vigilado por aquellos monjes guerreros.

—Que no te impresionen estos templarios —murmuró un caballero que apareció detrás de él—. Yo soy Miguel de Luesia, mayordomo de su alteza, Pedro de Aragón. El rey quiere veros, seguidme.

Sin duda, era un noble importante, vestía un brial —una túnica larga hasta los talones y de mangas estrechas— con los puños adornados; y sobre él un pellizón de pieles de cordero, más corto y con las mangas más amplias.

Subió por una escalera exterior de madera hasta la puerta de entrada a la torre y después por otra de piedra que llegaba a la planta noble. Allí se encontró con cuatro

soldados de la guardia personal del monarca.

Tras cruzar el umbral halló a un clérigo y dos nobles más, posiblemente consejeros reales. Era una sala sin decoración en los muros. Junto a un fuego pudo ver la inconfundible silueta de su alteza, Pedro el Católico, coronado por el papa en Roma hacía ya cuatro años. Rey de Aragón, conde de Barcelona y, desde su matrimonio con la reina María, señor de Montpellier. Aunque estaba sentado en un sillón cubierto con pieles, su gran altura se mostraba imponente. Decían que a pesar de su envergadura no llegaba a las proporciones de su primo, Sancho VII de Navarra, de quien contaban que era casi un gigante. Nunca se había imaginado que tendría el honor de conocer al monarca.

Se acercó al fuego y se inclinó. Su alteza era un hombre corpulento, con un cuidado bigote, pelo largo y castaño, nariz armoniosa, con ojos vivos y brillantes. Llevaba una capa roja, con cordajes trenzados de hilos de oro y seda, forrada de lujosas pieles.

Por todos era conocida su fama de valiente guerrero, a veces temerario. Su pueblo lo amaba con devoción, se decía que tenía un carisma que recordaba al legendario rey Alfonso el Batallador.

—¿Vos sois Martín de Arrés?

—Así es, alteza, el obispo de Jaca me envía.

Pedro el Católico giró su rostro hacia él. Le observó detenidamente sin decir nada e hizo un gesto con su mano, que fue de inmediato interpretado por todos los presentes, los cuales abandonaron la sala, dejando al joven jaqués a solas con el monarca.

—El obispo habla excelencias de vos, ha elogiado ampliamente vuestra inteligencia en sus cartas, el dominio de varias lenguas y el hábil manejo de las armas.

—Temo que se ha excedido en sus elogios. No creo que se me pueda considerar un hombre inteligente, alteza.

—Vuestra modestia demuestra que el obispo no se equivocaba. —Se levantó del sillón y su tamaño le impresionó profundamente, nunca había visto a un hombre tan alto como él.

El rey cogió una espada que había junto al fuego y se la tiró a Martín, quien a duras penas pudo atraparla sin que cayera al suelo. Cuando el joven se estabilizó de nuevo, el monarca había desenvainado su propia arma y se dirigía directo hacia él.

—¡Defendeos!

—Pero...

—¿Acaso osáis desobedecer a vuestro rey? ¡Defendeos!

Pedro II de Aragón lanzó un golpe de espada directo hacia la cabeza de Martín, quien por instinto pudo agacharse y esquivarlo. Desenvainó y colocó su hoja entre el monarca y su cuerpo. Frente a él, el rey había bajado la guardia y la punta de su espada rayaba el suelo de madera de la sala. Fue solo un instante, a continuación el

monarca aragonés alzó de nuevo su arma y atacó a Martín, quien bloqueó con dificultad las investidas de Pedro II, que hacía valer su corpulencia y tamaño para proporcionar una violencia fuera de lo común a sus golpes. Fue en aquel momento cuando Martín entendió que ni debía ni podía vencer a su rey, así que tendría que buscar la manera de salvar su vida con alguna astucia.

Buscó en la sala alguna ventana, solo unas delgadas saeteras rasgaban los gruesos muros de piedra. Se apresuró en localizar la puerta y al hacerlo comprobó que esta se encontraba cerrada. Además, el rey estaba en esa trayectoria, por lo que tenía que buscar otra alternativa. El monarca volvió a la carga, las espadas chocaron hasta media docena de veces. En la última de ellas, el arma de Martín resbaló de su mano y voló fuera de su alcance. El rey, lejos de detenerse, atacó de nuevo. Esta vez el joven parecía perdido.

Entonces vio un escudo dorado en una de las paredes y corrió hacia él. Estaba a mucha altura pero no dudó en coger impulso y dar un acrobático salto hasta alcanzarlo y caer con destreza. Justo se giró para bloquear otro ataque del monarca, que lo intentó hasta tres veces más, chocando en todas ellas con el recio escudo. Se detuvo a coger aire y esto lo aprovechó Martín para ir hacia el fuego. El rey volvió a la carga y se estrelló de nuevo contra el escudo, en ese mismo momento el joven jaqués cogió una de las astillas del fuego y con ella prendió la capa del monarca de Aragón que rápidamente empezó a arder. Pedro II se deshizo de ella y apagó el fuego que la prendía con su bota de cuero. Martín se adelantó y cogiendo el escudo con las dos manos golpeó con todas sus fuerzas el arma del monarca, que la sujetaba con una sola mano y que no pudo resistir el golpe. La espada se deslizó entre sus dedos y cayó lejos de su alcance.

Frente a él, Martín todavía intentaba recuperar el aliento por el esfuerzo realizado. El rey lo miró fijamente, serio y callado. Alzó la vista para buscar su acero, que permanecía sobre el suelo de madera, en una de las esquinas de la sala.

—Bien, veo que os sabéis defender —afirmó el monarca entre risas—, el obispo no exageraba. Venid aquí, tranquilo, que no os voy a matar.

—Alteza, perdonad.

—No hay nada que perdonar —intervino mientras iba a la mesa y servía dos copas de vino, una de las cuales aproximó a Martín.

—¿Habéis entrado en combate?

—Sí, alteza.

—¿Contra los sarracenos?

—Así es, luché contra ellos cerca de Tarragona —respondió mientras cogía la copa y daba buena cuenta del vino—. Fui apresado y llevado a Córdoba, allí estuve cautivo tres años. Hasta que logré escapar.

—¿Y vos solo cruzasteis todo el territorio almohade?

—Desde Córdoba hasta Zaragoza. —Y dio un buen trago a la copa de vino.

—¿Cómo es posible? —inquirió el rey sorprendido.

—Fueron muchas noches de caminata, y con ayuda de Dios pude esconderme de las patrullas almohades. Sé camuflarme bien entre la gente, y con suerte encontré alimento en varias ciudades. Me ocultaba de día y caminaba de noche. Vestía ropas moras, incluso me hice pasar por judío en ciertas ocasiones.

—¡Judío! Sin duda el obispo de Jaca me ha enviado a un hombre curioso, de eso no hay duda. Para pasar desapercibido como judío, tenéis que conocer sus costumbres, ¿quién os las enseñó?

—Mi tío, fue monje del monasterio de San Juan de la Peña. Pero sobre todo es un hombre sabio, no conozco a nadie que haya leído tantos libros como él. Todo lo que ha aprendido de ellos me lo ha intentado enseñar a mí —explicó orgulloso Martín—. Desde que regresé de Córdoba trabajo para él en la catedral de Jaca, el obispo es amigo suyo.

—¡Libros! Entiendo, sentaos —ordenó señalando una silla de madera que había tirada en el suelo, como consecuencia del enfrentamiento. Martín la levantó y obedeció al monarca.

—¿Habéis estado al otro lado de los Pirineos?

—No, alteza.

—Pero habréis oído hablar de esas tierras, ¿no? El papa está meditando convocar una Santa Cruzada para limpiarlas de herejes.

—Todo esto se escapa de mi entendimiento, alteza. —El aragonés se mostraba dubitativo, intentó no mirarle fijamente en ningún momento, sus ojos no le obedecían y tenía que hacer grandes esfuerzos para no caer en la tentación.

El rey dio un trago a la copa de vino y se dirigió de nuevo hacia el fuego.

—¿Sabéis quiénes son los cátaros?

—He oído hablar de ellos, son herejes. Invocan al diablo, realizan rituales, besan el culo de los gatos —el rey no pudo evitar reír con el último comentario—, queman recién nacidos para utilizar sus cenizas en adoraciones a Lucifer.

—Escuchad, Martín, nunca he sido favorable ni tolerante con los cátaros. En el año 1194 mi padre, el rey Alfonso II, ya estableció unas ordenanzas contra la herejía cátara y cuatro años más tarde, en Gerona, yo mismo me pronuncié en el mismo sentido. Apelando a que todos mis vasallos persiguieran a los herejes, que serían encarcelados en prisión, se les confiscarían sus bienes e incluso serían llevados a morir en la hoguera si fuera necesario. Hice también caso a los requerimientos del papa y celebré un coloquio en Carasona, en el cual los cátaros expusieron su doctrina frente a los legados católicos; después de escuchar a unos y a otros, reconocí que eran unos herejes.

—¿Quién va a dudar de vos, alteza? El propio papa os coronó rey en Roma.

—La política no es tan sencilla. Los cátaros se llaman a sí mismos hombres buenos, no se diferencian mucho de los católicos, no tienen ambiciones materiales e incluso no desean procrear descendencia y están reducidos únicamente al Languedoc. Y, sin embargo, el papa ha convocado una Cruzada contra ellos, ¿por qué? ¿Qué

peligro pueden suponer para la Iglesia?

—Supongo que el sumo pontífice sabrá cosas que nosotros no sabemos.

—Habláis con inteligencia —comentó el rey satisfecho—, ¿el qué?, ¿qué sabe él que nosotros ignoramos?

—Lo desconozco. Se dicen muchas cosas de ellos.

—Efectivamente, se murmura demasiado. Pero ¿quién las dice? ¿Alguien ha visto alguna vez esos supuestos rituales? ¿Esas adoraciones y esos conciliábulos?

Martín no respondió, intentaba entender al rey y vislumbrar qué tenía que ver todo aquello con él.

—Debemos ser cautos. No creo esas barbaridades sobre ritos con el diablo, aunque sí pienso que ocultan algo.

Pedro el Católico se acercó al fuego y echó un nuevo tronco de los que se amontonaban a su derecha, después avivó las llamas con ayuda de un largo palo de madera.

—Quiero que viajéis al condado de Foix —expresó el rey, a continuación lanzó un pequeño objeto a Martín—. Iréis a la casa de un perfecto cátaro llamado Antoine. La encontrarás fácilmente porque se encuentra frente a la fortaleza del conde y tiene una cruz patada cuyos brazos terminan en tres puntas. La cruz solo tiene dibujado el contorno y las puntas terminan en círculos rellenos —explicó con detenimiento—: le enseñaréis lo que os acabo de dar y le diréis que pertenecía a vuestro antiguo maestro. Que venís de Jaca y que vuestro maestro era un hombre mayor que os había iniciado en el catarismo. Lamentablemente ha muerto de una enfermedad y vos queréis continuar con las enseñanzas que él empezó.

—Alteza, no entiendo. ¿Para qué queréis que haga todo eso?

—Porque quiero saber quiénes son realmente esos herejes. Conocer lo que piensan y por qué actúan de esa extraña manera. Comprender por qué el papa los odia tanto como para querer convocar una Cruzada y, sobre todo, deseo saber qué esconden, qué ocultan, qué teme Inocencio III. Es de vital relevancia para el futuro de la Corona, para lo que tengo proyectado para ella. Vivimos tiempos de cambio, el inicio de una nueva época para la casa de Aragón. Llegado el momento, preciso que todas las piezas encajen y los cátaros son una de ellas. Por eso necesito averiguar qué ocultan, porque puede serme extremadamente útil, querido Martín.

—¿Por qué me habéis elegido a mí, alteza?

—Busco un hombre capaz de defenderse en territorio enemigo, que pueda pasar desapercibido y que tenga recursos para salir adelante. Con experiencia militar, dominio de varias lenguas y también que sepa interpretar las Sagradas Escrituras. Que haya nacido en una zona fronteriza con el Languedoc, ¿habláis la lengua de oc?

—Un poco, tengo más conocimientos de catalán, provenzal y de la lengua de los francos.

—Entonces no tendréis problemas con la lengua de oc. Es esencial que podáis comunicaros fácilmente con ellos y necesito que uséis la inteligencia, en el

Languedoc os será más útil que la fuerza. Además, ¿conocéis muchos libros! No creo que haya nadie mejor que vos para esta misión. —El monarca se aproximó tanto a Martín, que este sintió vergüenza de estar tan cerca de su rey—. Esto no debe saberlo nadie, ¿entendido?

—Por supuesto, alteza.

—Si caéis capturado u os torturan debéis guardar silencio. Vos nunca estuvisteis aquí y jamás habéis visto al rey de Aragón. Esta misión que os encomiendo es de suma trascendencia para el futuro de la Corona. Debéis entender que si todo sale como he planeado, pronto, todo el Languedoc... —El rey miró de reojo a Martín y pensó mejor lo que iba a decir—. No puedo permitir que nadie administre justicia entre mis súbditos, solo yo tengo ese derecho y esa obligación —se lamentó el rey—, pero tampoco puedo ir contra la obediencia del papa.

—Os juro que haré todo lo que esté en mi mano, alteza. —Martín se llevó la mano al pecho.

—Ahora partid hacia Foix, cruzad por Benasque y recordad todo lo que os he dicho. Quiero saber cualquier detalle, por insignificante que este sea, sobre esos cátaros. Cómo viven, qué piensan, qué rezan, cuáles son sus objetivos, sus ambiciones y, sobre todo, sus secretos. —El rey sacó una cruz dorada de su pecho y la acarició—. Es una época difícil esta que nos ha tocado vivir. Los musulmanes avanzan desde Córdoba y amenazan con expulsarnos de nuevo a las montañas. Una herejía crece en el corazón de la cristiandad, las traiciones e intrigas están a la orden del día. El rey de Francia está en lucha contra los ingleses y el emperador. ¿Qué más desgracias podrían suceder?

—Es un momento de crisis, alteza, debemos resistir.

—No me gusta permanecer a la expectativa. Los grandes imperios no se formaron resistiendo, sino pasando a la acción, ¡atacando! Este caos en el que vivimos es una ocasión única para ampliar las fronteras de la Corona de Aragón. Nuestros enemigos son poderosos y por eso necesito esa información, Martín.

—Una vez que esté allí, ¿cómo me pondré en contacto con su alteza?

—No os preocupéis, existen medios.

Martín no entendió la respuesta, pero por el rostro del rey supo que era mejor no seguir preguntando.

—Ahora marchad y que Dios os ayude.

El joven jaqués entendió perfectamente que la audiencia había terminado, se levantó, hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla se detuvo.

El joven abandonó la sala noble de la torre y bajó las escaleras de madera hasta la puerta de acceso. Allí estaba Miguel de Luesia junto a los cuatro caballeros armados de la guardia personal del monarca.

—Desconozco qué os ha ordenado y no quiero saberlo. Por vuestro bien espero que cumpláis con vuestro cometido, se acercan tiempos difíciles para la Corona.



Nuestros enemigos nos rodean por el norte y el sur. Por suerte, el mejor de los reyes se sienta en el trono de Aragón.

—Cumpliré sus órdenes aunque me cueste la vida.

Antes de que Miguel de Luesia dijera nada más, apareció de nuevo el corpulento caballero templario que lo había recibido. Guiaba a otro joven delgado y rubio, que apenas llevaba unas finas pieles como abrigo ante el frío.

—Suerte, muchacho, como podrás ver, el rey tiene más visitas.

Martín se despidió con un gesto y cruzó la mirada con el visitante que acababa de llegar, tenía los ojos azules como el cielo y la mirada oscura como la noche. Continuó caminando y abandonó el castillo de Monzón.

**Tolosa, abril de 1209**

Las gotas de lluvia caían como puntas de flecha, de manera espesa y pesada. El viento del este entraba de costado por las calles de Tolosa, haciendo que nadie osara salir de su hogar. Una figura caminaba descalza, oculta tras un manto con el que se protegía a duras penas de la tormenta. Llamó al portón de la colegiata de San Saturnino. La puerta de madera se entreabrió lentamente y detrás apareció un joven monje con hábito blanco, de rostro sereno, facciones angulosas y con la tonsura marcada en su cabello. Tenía la mirada apagada y los labios delgados, como si solo fueran un boceto inacabado. Dejó pasar al visitante y volvió a cerrar.

—Os están esperando —pronunció con un susurro de voz, y avanzó por la nave central.

El nuevo invitado le siguió por el templo románico sin mediar palabra. El eco de sus pisadas rebotaba en los sillares de los muros y un frío húmedo penetraba hasta los huesos. Aunque los frescos de las paredes apenas se distinguían en la oscuridad, la decoración interior parecía austera. No obstante, una pintura mural iluminada por un cirio cercano captó la atención del viajero. Representaba a un toro subiendo una escalinata, que estaba tirando a su vez del cuerpo de un hombre atado por los pies y con una vitola de obispo en su cabeza.

—El martirio de san Saturnino, fue el primer obispo de nuestra ciudad —comentó el monje blanco al verle interesado.

Él sabía perfectamente quién era el santo martirizado en época romana. Los paganos de Tolosa quisieron obligar al obispo a sacrificar un toro en honor de Júpiter. Sin embargo, él se negó. Los paganos lo castigaron atándole al toro y picaron a la bestia para que corriera por las escalinatas del templo del dios romano. El cuerpo de san Saturnino fue despedazándose a lo largo de la carrera del animal. Cuando este se detuvo, el santo quedó muerto, desfigurado y abandonado; hasta que unas piadosas mujeres se apiadaron de él y lo enterraron en una profunda fosa. Un siglo después, fue descubierta su tumba y allí mismo se construyó una pequeña capilla con sus reliquias que fue transformada en el inmenso templo por el cual ahora caminaban.

Llegaron hasta el altar mayor, donde se abría una escalinata que conducía a una cripta. El joven monje le hizo un gesto para que descendiera, mientras él permaneció en la nave central. Con tenue luz, el visitante bajó uno a uno los estrechos escalones de piedra hasta llegar a una sala cerrada con sencillas bóvedas de crucería. Avanzó unos pasos y vio frente a él la reliquia que contenía la cabeza del santo.

—Me alegro de que hayáis podido venir. —Las palabras emanaban de la oscuridad.

—Es difícil negarse a una invitación de Arnaldo Amalarico, abad del Císter —

contestó mientras se quitaba el manto calado de agua y lo dejaba junto a una ménsula.

—En estas tierras actúo como legado papal además de representante de nuestra modesta orden, querido Domingo de Guzmán —respondió el aludido saliendo de entre las sombras de unas columnas.

—Más a mi favor. —El visitante se mantuvo sereno.

—Espero que este clima tan húmedo y distinto al de Castilla no afecte vuestra salud —comentó el legado papal, un hombre voluminoso, con una mirada pétrea e imponente.

—Llevo muchos años predicando por estas tierras y más al norte. —Domingo de Guzmán se secó las manos en su hábito—. La lluvia ya me es tan familiar como el sol que me vio nacer.

Otro clérigo apareció tras él, de mirada brillante las pupilas azuladas —casi grisáceas—, rostro agraciado y con el pelo largo cayendo hasta los hombros.

—Bienvenido a Tolosa —saludó el nuevo personaje, que portaba un anillo brillante en su mano.

—Obispo Fulco, siempre es un honor visitar vuestra ciudad. —Y Domingo de Guzmán se agachó para besar la joya, tal y como ordenaba el protocolo eclesiástico.

—Ya estamos los tres. —Arnaldo Amalarico tomó el mando—. Tras la muerte de mi compañero Pierre de Castelnou, ahora soy el único legado papal en el Languedoc. Os he convocado aquí para informaros de que la Cruzada ya está en marcha. En breve Inocencio III enviará el edicto y hombres de todos los reinos de la cristiandad vendrán a luchar por Cristo.

—Excelente noticia. —El obispo de Tolosa abrió ligeramente los brazos mostrando las palmas de sus manos para después juntar las yemas de sus dedos a la altura de sus labios.

—Me hubiera gustado no tener que llegar a este punto —añadió Domingo de Guzmán con gesto triste—, he intentado por todos los medios predicar en estas tierras la palabra del Señor.

—Pero ha sido inútil. Estos malditos herejes no escuchan —intervino Arnaldo Amalarico con determinación—, hacen más caso a esos perfectos cátaros que a los sacerdotes católicos. Y yo me pregunto: ¿por qué? ¿Qué hemos hecho mal? ¿Qué hace que las gentes de estas tierras abracen esas enseñanzas del demonio?

—El origen del mal —musitó el monje castellano.

El obispo de Tolosa y el legado papal clavaron su mirada en el recién llegado.

—Esa es la clave de todo, el origen del mal.

—¿Qué estáis diciendo? —El obispo de Tolosa, perplejo, parpadeó dos veces—. ¡El origen del mal!

—Este mundo en que vivimos es cruel, las gentes pasan hambre, mueren de extrañas enfermedades, hay guerra, odio y muerte. Nosotros, los sacerdotes, somos los encargados de tranquilizarlos; afianzar su fe, asegurarles que existe Dios, un Dios bueno. Y que si obedecen las Santas Escrituras, Él lo tendrá en cuenta el día de su

muerte.

—Es una forma demasiado peligrosa de resumir la sagrada función del clero, ¿a dónde queréis ir a parar? —inquirió el obispo.

—Les decimos que existe Jesucristo, un único Dios, que es bueno y misericordioso, que es la luz y la verdad, y ellos nos creen —Domingo de Guzmán se detuvo unos instantes—. Pero entonces, ellos en su ignorancia se preguntan: si hay un solo Dios, ¿cuál es el origen del mal?

El obispo tolosano y el legado papal no podían creer lo que estaban escuchando en boca del monje castellano, uno de los mejores predicadores de la Iglesia.

—El origen de todo mal es el pecado original, el libre albedrío —respondió el obispo Fulco entre aspavientos de desaprobación.

—Así es. Sin embargo, ellos no son gentes tan instruidas ni sabias como vos, obispo. Por lo que pueden llegar a la nociva y errónea idea de que, si existe Dios y Él permite toda la maldad que hay en el mundo, es que no es un Dios bueno —aleccionó Domingo de Guzmán con serenidad.

—Dios creó al hombre con la facultad de escoger. Tiene la habilidad de pecar y la de no pecar —afirmó el legado papal sereno y firme—: puede elegir entre el bien y el mal. Es así de sencillo.

—Lo sé, eminencias, solo intento ponerme en su piel, en la de un hereje.

—Cuidado con ese camino, Domingo —advirtió Arnaldo Amalarico a la vez que arqueaba sus cejas—, lo que debemos enseñar a esos que se han desviado de la ortodoxia, es que como resultado del pecado original, el hombre perdió su libertad, no su libre albedrío. El hombre es esclavo del pecado. Pero todavía tiene la facultad de escoger libremente, sin que lo fuerce nada ni nadie. Es su inclinación pecaminosa lo que provoca que sus deseos sean hacia el mal.

—Las mujeres —interrumpió el obispo Fulco, y sus ojos azulados brillaron—, ellas son el problema. Lo corrompen todo con sus cuerpos y su sexualidad. Inducen a los hombres al pecado, como ya lo hizo Eva con Adán. Ellas trajeron el pecado original al mundo. Aquí, en el Languedoc, las mujeres gozan de excesiva libertad. Tanto que en algunas cortes mandan más que los hombres, ¡dónde se ha visto una cosa igual!

—Tenéis toda la razón, hay mujeres que no quieren ni siquiera casarse, desprecian el santo sacramento del matrimonio. ¡No podemos permitir tal barbaridad! —El legado papal negó con la cabeza, escandalizado con sus propias palabras.

—Y no olvidéis que muchas damas de la nobleza, a pesar de estar desposadas, se dejan cortejar por trovadores, que les componen canciones, les envían cartas de amor y las visitan en sus alcobas sin ningún pudor —graznó entre aspavientos el obispo Fulco—. Esos hombres acceden a sus juegos eróticos y sus manipulaciones.

—Obispo, no creo que vos seáis el más indicado para criticarlas, de sobra es conocido vuestro pasado como trovador —comentó el legado papal intentando dominar la agresividad del prelado tolosano.

Fulco dudó si responder, así que midió bien sus palabras.

—Eso fue hace mucho tiempo, legado —puntualizó el obispo—; y precisamente por ello las conozco y sé lo peligrosas que son.

—De todas formas, y volviendo a lo que nos interesa, creo que los herejes saben que el hombre es un pecador por naturaleza —recalcó Domingo de Guzmán de manera conciliadora—, esa no puede ser la única razón del problema, tiene que haber algo más que escapa a nuestro conocimiento y que provoca la ineficacia de la predicación de las Santas Escrituras.

—En eso estoy de acuerdo. —El legado papal dio varios pasos por el firme de la cripta hasta el relicario de san Saturnino—. Ese no puede ser el motivo de que la herejía esté descontrolada y campe a sus anchas en el Languedoc. Lo que no entiendo es por qué aquí no podemos controlarla como hemos hecho en el norte. —Y apretó sus puños—. Domingo, ¿cómo explicáis que en otras regiones cristianas la herejía apenas haya penetrado? En cambio aquí se extiende sin control alguno.

—No conseguimos erradicarla de ninguna manera —añadió el obispo de Tolosa—: ¿qué razón podemos dar al santo padre para este desastre?

—Quizás aquí encontramos mayor resistencia porque la nobleza los apoya, porque nuestro clero no está preparado para ganar los debates teológicos con sus perfectos, porque llegan mejor al pueblo con su mensaje claro y conciso.

—¿Y por qué aquí y no en ningún otro lugar? —insistió el legado papal.

—Puede que sea por el libro —sugirió el obispo de Tolosa para sorpresa de sus acompañantes.

—¿El libro? —Arnaldo Amalarico se mordió el labio inferior—. No pensaréis realmente que existe, ¿verdad?

—No lo sé, legado, aunque siendo sinceros, eso lo explicaría todo. Con su ayuda han podido persuadir a la nobleza, preparar a su clero y tener los argumentos para convencer al pueblo —el obispo Fulco mostraba seguridad en sus palabras—. Un libro así puede ser muy peligroso.

Un tenso silencio inundó la cripta.

—Si ese libro existe realmente, yo me encargaré de encontrarlo —espetó el legado papal, que miraba fijamente el relicario del santo—, pero ahora tengo que irme a París a organizar todos los preparativos de la Cruzada. Debemos estar en marcha nada más comenzar el verano. —Puso su mano sobre la cabeza de san Saturnino—. Fulco, encargaos de combatir la herejía aquí en Tolosa. Utilizad los medios que consideréis necesarios. El miedo, cultivadlo en la ciudad. Cuando se siembra, este siempre crece. Los hombres se encargarán de ello. El miedo una vez que germina se expande sin control.

—Sé cómo hacerlo —carraspeó el obispo tolosano—: si no quieren a la Iglesia, entonces que la teman.

—Excelente —asintió complacido Arnaldo Amalarico—. ¿Y vos, Domingo?

—Ya sabéis cuál es mi método.

—Predicar —respondió con cierto desprecio el legado papal.

—Así es. —El monje castellano no se amedrentó ante la inquisitorial mirada de Arnaldo Amalarico—. Con la predicación se puede conseguir que los pecadores vuelvan a Dios.

—Es posible, aunque tenéis un arduo trabajo si pretendéis que eso funcione en esta tierra de herejes —advirtió el legado papal levantando su dedo índice de manera amenazadora—. Necesitaríais un ejército de predicadores para salvar a todos los herejes del Languedoc.

—Quizás algún día lo tenga.

—No lo creo, no obstante vuestra reputación en estas tierras y también con el papa es amplia. Por ello, os quiero combatiendo a los cátaros con vuestros medios.

—Como ordenéis. —El monje castellano bajó levemente la cabeza—. Arnaldo, si el libro que ha mencionado el obispo existe, deberéis encontrarlo.

—Lo sé. —Los músculos en el rostro del legado papal se tensaron visiblemente—. No podemos permitir que gentes vulgares puedan acceder a él. Imaginaos un campesino o una simple mujer accediendo al contenido de ese libro, ¡corrompería sus almas para toda la eternidad!

—Es mucho más peligroso de lo que creéis —interrumpió el obispo de Tolosa—, y no es por esa gente humilde por quienes debéis preocuparos, sino por la nobleza. Esa es la razón de que la herejía se extienda sin control en el Languedoc. La nobleza, los grandes señores, la apoyan y consienten.

—¿Y por qué hacen tal maldad? —inquirió enojado Arnaldo Amalarico.

—Quizás porque los engañan con el libro —contestó pausadamente el obispo—, el conocimiento no puede estar al alcance de cualquiera, conocer es poder. Y el poder solo debe estar en manos de la Iglesia.

**Béziers, 21 de julio de 1209**

Arnaldo Amalarico cabalgaba con destreza a lomos de un caballo negro, su porte era imponente. Una túnica de seda roja hasta las rodillas, con mangas amplias y cubierta por una capa pluvial blanca. Su cuello vestía collares de plata y una cruz pectoral dorada, bendecida por el mismísimo papa. Era un hombre corpulento, con una mirada dura e intransigente, que reflejaba su fanática religiosidad. Se sentía seguro y orgulloso de las decisiones tomadas en la catedral de Montpellier días antes. Profesaba el mayor de los desprecios hacia el joven líder de la casa Trencavel, Raimundo Roger, vizconde de Albi, Béziers y Carcasona. Había sido reconfortante verle arrodillarse ante él, rogando perdón y suplicando la oportunidad de unirse a la Santa Cruzada. Demasiado tarde. El vizconde había protegido a los herejes, incluso vivido con ellos. Las mujeres de su propia familia, su esposa y su hermana, habían abrazado al maligno. Ahora iba a llegar el turno de pagar por sus pecados y probar la furia de Dios.

—Eminencia, estamos llegando a Béziers —le informó Hugo de Valence, su ayudante personal, un monje de mirada apagada y rasgos vulgares.

El legado papal miró a lo lejos y pudo divisar las murallas del feudo de los Trencavel. Por fin, cuánto tiempo y esfuerzo le había llevado convencer al papa de la necesidad de convocar la primera de las Cruzadas en suelo cristiano, y por ello la más trascendental. Para él no había nada más peligroso que la herejía, ni siquiera los impíos sarracenos. Los musulmanes eran una enfermedad ajena al cuerpo cristiano, un mal que había que eliminar pero que jamás acabaría con la Iglesia de Cristo. La herejía era peor, un gusano que podía devorar la cristiandad desde dentro, abrir viejas heridas y corromper su espíritu. Era necesario acabar con cualquier signo de ella, por pequeño que este fuera y a cualquier coste.

Su plan estaba obteniendo los propósitos deseados. Había sido difícil mover todas las piezas de su puzle, pero su tenacidad se había visto recompensada. El 10 de marzo del año 1208, el papa Inocencio III había convocado un gran llamamiento para que todos los príncipes, nobles y gentiles hombres se unieran en armas para una nueva Cruzada ideada para defender los pueblos cristianos del Languedoc, aterrorizados por unos terribles adoradores del demonio. Las tropas dispuestas a combatir a los herejes se concentraron en Lyon en primavera. A la llamada de la Santa Cruzada acudieron vasallos del rey de Francia como el duque de Borgoña, el conde de Nevers, el conde de Auxerre, el senescal de Anjou, el conde de Champaña. Con ellos llegó una masa de nobles, señores menores y caballeros. En el grupo de los prelados estaban los arzobispos de Sens, Rouen y Reims, y varios obispos.

El ejército lo completaba una multitud de sargentos, escuderos, peregrinos y

voluntarios. Especialmente ribaldos, mercenarios en busca de aventura, fortuna e indulgencias. Juntos formaban un ejército inmenso de más de diez mil jinetes y cuarenta mil peones. Como las operaciones militares solían tener lugar entre San Juan y San Miguel, los preparativos se hicieron rápidamente para llegar lo antes posible al sur.

Todo parecía seguir sus objetivos, pero no había querido dejar ningún cabo suelto. Esperaba que, llegado el momento, uno de los prestigiosos nobles tomará el mando del ejército de Cristo y necesitaba que ese líder compartiera sus intereses. La gran cantidad de importantes caballeros norteños era cuantiosa y algunos de ellos de renombre. Todos deseosos de servir a la cristiandad. Sin embargo, también los había más interesados en obtener tierras y botín. No sería difícil encontrar entre ellos un noble ambicioso y codicioso, alguien capaz de dirigir militarmente la Cruzada y permanecer bajo su control. Ya habría tiempo para eso. Ahora que contaba con un ejército numeroso debía aprovechar su ventaja y actuar de inmediato.

—No te imaginas cómo ansío ver a esos herejes gritar y arrepentirse antes de morir —confesó el legado papal.

—Muy pronto lo harán, eminencia —respondió sumisamente Hugo de Valence.

La dinastía Trencavel dominaba desde hacía más de dos siglos la administración del condado de Albi, y desde allí aprovechó en las décadas venideras para expandirse. Así se hizo con el control de las codiciadas minas de la región montañosa de Corbières y de la Montaña Negra; y accedió a los puertos del Mediterráneo.

El representante del papa cruzó a lomos de su corcel un riachuelo por un reducido vado y cabalgó hasta un altozano. Aunque era clérigo, montaba como un caballero y sabía manejar la espada con destreza. Cuando detuvo el caballo vio una hueste de unos cien caballeros que cabalgaban por delante de ellos.

—Hugo, ¿son norteños?

—No, creo que tolosanos, vendrán a unirse a la Cruzada.

—Ese maldito conde de Tolosa —la expresión del legado papal se agrió como la leche— es un estúpido, cree que hemos olvidado su traición. Es otro miembro del diablo, hijo de la perdición, criminal inveterado y un cajón repleto de pecados.

Las murallas de Béziers ya podían divisarse desde su posición, y frente a ellas una gran nube de polvo que señalaba dónde se ubicaba el campamento cruzado.

—Eminencia, ¿creéis que el pueblo de Béziers entregará a los herejes? —preguntó ingenuamente Hugo.

—Esos cristianos corrompidos se atreven a objetar e interpretar los sacramentos, se oponen a la jerarquía de Roma y afirman que Cristo dio por igual importancia a todos sus apóstoles. Cuestionan el bautismo, la eucaristía, la virginidad de María, la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo. Incluso predicán una idea malvada de la reencarnación. Afirmando que nos reencarnamos en animales, por lo que muchos rechazan comer carne —enumeró el legado papal ante la mirada de miedo de su sirviente—. Me da igual que entreguen o no a los herejes, la única



manera de limpiar sus ofensas ante Dios ¡es con sangre!

Hugo admiraba al legado papal. Arnaldo Amalarico era uno de los más importantes e influyentes miembros de la Orden del Císter. El papa Inocencio III había recurrido a los cistercienses para combatir la herejía seis años atrás. El sumo pontífice envió entonces a dos legados de la abadía narbonense de Fontfroide, Raoul de Fontfroide y Pierre de Castelnou, a luchar contra la expansiva herejía cátara en el Languedoc. Arnaldo Amalarico, que era el abad de Citeaux y lo había sido antes del monasterio de Santa María de Poblet en tierras de la Corona de Aragón, se unió a su maestro Pierre de Castelnou un año después. Durante este tiempo había dado amplias muestras de su magnífica capacidad de organización y de liderazgo; de un carácter intensamente duro, intransigente, cruel y belicoso. Los cistercienses habían intentado realizar una labor de depuración del clero del Languedoc y también de conseguir que la nobleza se comprometiera a extirpar la herejía; ambas con escaso éxito.

Pierre de Castelnou, como legado papal, tuvo que excomulgar a Raimon VI, conde de Tolosa, ya que este se negó a actuar militarmente contra los herejes. El conde era el señor más poderoso del Languedoc. Su enfrentamiento con Castelnou y los cistercienses en general, había sido una constante. La desgraciada muerte del legado papal dio a Arnaldo Amalarico la excusa perfecta para conseguir que el papa declarara la Cruzada. El sumo pontífice llevaba algún tiempo impaciente y desilusionado por los fracasos de la predicación que se había intentado en estas tierras, en especial por el monje castellano Domingo de Guzmán. Arnaldo Amalarico le convenció de que la única manera de acabar con el mal era la violencia.

—Las ciudades son abismos de perdición para el hombre y portadoras de gérmenes perniciosos —murmuró Arnaldo Amalarico—. Es en ellas donde el mal tiene mayor número de caras y más difícil es de identificar. La ciudad corrompe a los hombres, el mal camina libre por sus calles y toma miles de formas.

La pareja de cistercienses llegó a orillas del río Orb, lo que pudieron ver desde allí los impactó. Cientos de caballeros norteños, miles de peones y los estandartes de las más prestigiosas casas del Reino de Francia ondeando en las tiendas. Un poder militar impresionante, una fuerza bélica sin igual; el ejército de Dios.

Recorrieron a lomos de sus caballos el campamento principal. Los caballeros normandos, borgoñones, germanos y lombardos destacaban por la calidad de sus armaduras y pertrechos militares. Sus armas se acumulaban fuera de las tiendas para ser pronto empuñadas. Grupos de peones formaban en las explanadas armados con lanzas y ballestas. Los sargentos preparaban los caballos de guerra para la batalla, mientras una decena de ingenieros trabajaban en una inmensa catapulta.

Hugo miraba asombrado a un caballero pelirrojo de enorme corpulencia, que manejaba una espada de proporciones que él no había visto nunca antes. Al pasar a su lado, vio como le daba un beso al afilado filo del arma y parecía hablar con ella, dedicándole palabras de amor.

Todo aquello llenaba de ilusión el corazón del legado papal. Un poderoso ejército

de experimentados hombres de armas bajo sus órdenes. Las milicias de Dios por fin preparadas para entrar en combate.

Arnaldo Amalarico dejó su caballo al cuidado de Hugo y entró en la tienda donde estaban reunidos los jefes de la Cruzada.

—Caballeros, ha llegado la hora de hacer pagar a esos infieles su ofensa a Dios —pronunció a modo de saludo el legado papal mientras abría los brazos en gesto de bendición ante la cual todos inclinaron la cabeza.

—Legado, os estábamos esperando. —El duque de Borgoña se adelantó para recibir a Arnaldo, era uno de los nobles más importantes del Reino de Francia. Engalanado con una pomposa armadura que mostraba toda la grandeza de la casa borgoñesa—. Espero que estéis complacido con el ejército que hemos formado para vos.

—Dios seguro que lo está —respondió Arnaldo Amalarico, que a pesar de estar rodeado de la más alta nobleza cristiana, no podía evitar sentirse en un plano superior a ellos, no en vano él era el enviado del papa, su voz en estas tierras y el verdadero jefe de la Cruzada—. ¿Cuándo atacaremos?

—El vizconde de Trencavel ha fortificado Béziers —informó el conde de Nevers—. La ciudad está rodeada por el río que hace de foso natural, cuenta con robustas defensas y numerosos víveres almacenados.

—El vizconde, ¿ese cobarde ha huido? —preguntó Arnaldo.

—No exactamente, sabemos que ha marchado a reclutar refuerzos en la Montaña Negra y la zona rocosa de Corbières —comentó preocupado el conde de Nevers.

—¿Y qué? —musitó el legado papal—, contamos con un ejército de miles de hombres.

—Precisamente eso puede ser un problema. En campo abierto nuestra victoria sería segura, aplastante —insistió de nuevo el noble franco—. Pero nadie se atreve a entablar una batalla campal. Desde el desastre de Alarcos, donde el rey de Castilla estuvo a punto de perderlo todo; no hay ejército que ose arriesgarse a librar una batalla campal. Si los contingentes están equilibrados ninguno de los dos bandos se arriesga. Y si hay gran desproporción, el sitiado prefiere esperar detrás de sus defensas y el atacante asediado hasta su rendición definitiva.

—Eminencia —intervino el duque de Borgoña—, lo que queremos explicaros es que si tenemos que asediarlos, nuestro volumen se vuelve en nuestra contra. En un sitio, un ejército tan numeroso como este es difícil de alimentar. Además, el alistamiento en la Cruzada es por cuarenta días, después la mayoría de los caballeros volverán al norte y los voluntarios se irán a recoger sus cosechas.

—Entonces debemos asaltar Béziers de inmediato —sentenció Arnaldo Amalarico.

—No es tan fácil, eminencia —interrumpió el duque de Borgoña haciendo valer su prestigio militar—. Béziers es la antesala de Carcasona, es la principal defensa de la capital de este vizcondado. Una plaza densamente poblada, sus habitantes la

defenderán a muerte.

—¡Pues que mueran entonces! Duque, esta ciudad representa la voluntad de resistencia de los herejes frente a nuestro avance, frente a la voluntad de Dios Todopoderoso —afirmó fríamente el legado papal mientras se aferraba a la cruz que colgaba de su pecho—. El futuro de Béziers puede marcar el de los acontecimientos venideros de la Cruzada.

—Lo sé, eminencia, pero está potentemente amurallada y el asedio es nuestra mejor opción, y aun así será trabajoso rendirla.

—No habrá ningún asedio, duque —sentenció Arnaldo Amalarico como si fuera poseedor de una razón absoluta.

—Es una plaza de grandes dimensiones, cuenta con una numerosa milicia y está fortificada para resistir cualquier ataque —insistió el conde de Auxerre ante la cerrazón del legado papal—. Tendremos que asediarla y no sabemos cuánto tiempo nos costará tomarla.

—Somos soldados de Cristo, nada nos detendrá. Ningún noble del Languedoc acudirá en ayuda del vizconde, ni tampoco el rey de Aragón. Preparadlo todo para el asalto —ordenó Arnaldo Amalarico ante el asombro de los nobles presentes—. Dios nos abrirá las puertas de Béziers. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—Amén —respondieron todos los presentes.

El legado papal abandonó la tienda de los caballeros del norte, que resignados maldecían en voz baja la intransigencia del líder de la Cruzada. Hizo una señal a Hugo para que no le acompañara. Arnaldo Amalarico se dirigió caminando hasta una colina desde donde se dominaba toda la ciudad y el río que la rodeaba. Soplaban un aire cálido, proveniente del mar Mediterráneo. El sol empezaba a picar con fuerza. Oyó replicar las campanas de una de las iglesias de la ciudad.

«¿Acaso los herejes se burlaban de Dios? ¿Por qué llamaban a misa? El maligno siempre intenta confundir a los corderos», pensó.

Él era la máxima autoridad en aquel ejército y debía permanecer sereno.

—Hermosa vista —murmuró una voz entrecortada a su espalda.

Arnaldo Amalarico se volvió con tranquilidad, sin miedo alguno, y se encontró frente a la persona que estaba esperando.

—Has tardado, ¿dónde estabas?

—He tenido que aguardar a que estuvierais solo —respondió firmemente su nuevo acompañante.

El legado papal le observó con cierta indiferencia, era un hombre mucho más alto que él, fuerte y con larga cabellera. Por sus rasgos parecía germano o de las tierras más al norte. Tenía una cicatriz en el pómulo derecho, vestía como un vulgar campesino, olía a orín y eso le repugnaba. Solo una hebilla metálica de bronce pulido, con un símbolo en forma de espiral sujetando un cinturón estrecho, destacaba en su haraposa vestimenta.

—Tenemos que tomar Béziers —afirmó Arnaldo.

—Será fácil, has conseguido reunir un ejército capaz de conquistar un reino. Los de la ciudad no se atreverán a asomar la cabeza fuera de las murallas. Con un firme asedio caerán con el paso del tiempo, como una fruta madura.

—No me has entendido, no tenemos tiempo. Debemos tomar la ciudad hoy —exigió Arnaldo Amalarico.

—Con todo el respeto, eminencia, eso es imposible —le corrigió el hombre mientras sacaba un cuchillo de su cinturón y lo limpiaba en sus ropas—. Si ordenarais asaltar las murallas sería una masacre, no lo conseguiríais.

—Hablas igual que los caballeros norteños.

—Me ofendéis. —Y soltó una carcajada fingida—. Ni siquiera un ejército como este puede tomar una ciudad de semejantes dimensiones al asalto. Las murallas son demasiado altas, cuenta con numerosas torres y la milicia estará bien armada.

—¿Y si entramos por la puerta? —El legado papal juntó sus manos a la altura del pecho sin dejar de mirar Béziers a lo lejos.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? —inquirió sorprendido el extraño personaje.

—La naturaleza humana es débil y pecaminosa, tendemos a pecar, todos somos pecadores. Esos herejes más que nosotros, por eso arderán en el infierno. Y uno de sus mayores pecados es el orgullo.

—¿Qué insinuáis? —El hombre de la cicatriz en el rostro no dejaba de mirar a un lado y a otro, siempre alerta. Las palabras de Arnaldo Amalarico le parecían confusas y no entendía a dónde podían llevarle.

—¿Puedes reunir a un grupo de hombres? —inquirió el legado papal—, que sean los más alborotadores y estúpidos posibles, si están borrachos mejor.

—Tranquilo, no serán difíciles de encontrar, os lo aseguro, eminencia —contestó entre risas.

—¿Ves el río? Al este hay un puente de madera que lleva hasta una de las puertas de la ciudad. Id allí y provocad a los herejes.

—¿Cómo? —El acompañante del legado papal le miró con desconfianza.

—Insultadles, burlaos de sus mujeres, de su vida, de todo. —El volteo de las campanas volvió a alterar al legado papal—. ¿Por qué suenan? ¿Qué día es hoy? —se preguntó en voz alta—. Santa María Magdalena, eso es. Por alguna extraña razón, esos adoradores del gato tienen a la santa en alta estima. Por lo que he podido averiguar, incluso la igualan en importancia con los apóstoles. Algunos se atreven a blasfemar diciendo que ella es el primer apóstol, por encima de san Pedro.

—¿Una mujer?

—Sí, siempre ha sido una figura querida por los herejes. Creen que desembarcó cerca de aquí cuando huyó de Jerusalén. Estos salvajes desprecian las Santas Escrituras como el Antiguo Testamento, en cambio aceptan el Evangelio de San Juan, el único que da un papel relevante a María Magdalena.

—Sabéis mucho de ellos, de los infieles —comentó con maldad su acompañante.

—Para derrotar a tu enemigo debes conocerlo antes, saber sus debilidades y

fortalezas —murmuró con una leve sonrisa Arnaldo—. Por eso, como nuestra llegada ha coincidido con la festividad de su querida santa, estoy seguro de que creerán que es un buen augurio. ¡Id allí e insultadla!

—¿A la santa? —preguntó sorprendido el secuaz.

—¿No me has oído? Como ya te he dicho, esos asquerosos herejes corrompidos por el mal son muy orgullosos. Y el orgullo es un pecado extremadamente fácil de utilizar. Id al puente y burlaos de santa María Magdalena. ¡A ver cómo reaccionan! Ve con pocos hombres, que el resto esperen ocultos cerca del río. —El legado papal se dio la vuelta y caminó de regreso al campamento—. No me defraudéis, Pierre, o lo pagaréis con vuestra vida.

## Foix, finales de julio de 1209

Tras dejar atrás Benasque se introdujo en las tierras del condado de Foix, los Pirineos quedaban atrás, como gigantes durmientes de cabeza blanca. El valle del Ariège era abrupto y con frondosos bosques de diferentes especies de pinos. Descendió hasta abandonar las montañas y alcanzar la ciudad de Foix, fuertemente amurallada y coronada por un esbelto castillo con tres torres, la mayor de ellas de planta circular. La población era bulliciosa y le recordaba a su añorada Jaca. Los montañeses eran similares a los habitantes de la Canal de Berdún, zona de donde él provenía. Entre las calles repletas de puestos de comida y pieles se sentía como en casa. Sin embargo, el pelo corto y la barba rasurada de los hombres los distinguía de sus iguales del otro lado de los Pirineos.

El rey le había dado órdenes estrictas de buscar una casa frente al castillo con una cruz curvilínea cuyos brazos finalizasen en tres puntas, representada únicamente por su contorno y terminada en círculos rellenos.

No le costó dar con ella. Era una casona de dos alturas, con el tejado a cuatro aguas. En la entrada había una estantería con albarcas de diferentes tamaños, dentro del portal se disponían más estantes con botas y otros calzados.

Llamó con tres golpes. La puerta se entreabrió y unos ojos castaños le miraron fijamente. Él sacó de su bolsillo un amuleto en forma de pata de oca que le había entregado el rey y la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera entrar. En su interior, la casa tenía un amplio salón que disponía de chimenea. Allí reunidos había más de veinte hombres y mujeres, de largos cabellos y pies descalzos, que le miraron con expresión de sorpresa.

—Qué mala época nos ha tocado vivir para que tengamos que saludarnos con señas secretas si queremos sobrevivir. ¿Quién sois? —afirmó un anciano, con una poblada barba y vestido totalmente de negro.

—Me llamo Martín. —No esperaba aquel recibimiento, y a continuación sacó de nuevo la pata de oca que le había dado el rey.

—¿Quién te ha dado ese objeto? —preguntó el mismo hombre.

—Mi maestro me lo dio antes de morir y me dijo que podía venir aquí.

—¿Sabéis lo que significa? —inquirió el anciano a dos pasos de distancia de Martín.

—Supongo que se trata de un símbolo cátaro. ¿Vosotros sois...?

—Somos buenos hombres —se adelantó antes de que el aragonés terminara su frase—: ¿y tú?

—Quiero serlo, mi maestro no pudo enseñarme mucho, murió al poco de acogerme —respondió Martín, que sentía como era observado por todos los

presentes.

—Entiendo. —El anciano lo escrutó detenidamente—. Primero debes saber que cátaros solo nos llaman nuestros enemigos, y después que esto que portas no es ningún símbolo. Solo una manera de identificarnos en ciertas ciudades.

—Perdonadme. —Martín bajó la cabeza buscando la redención—. Mi maestro solo tuvo tiempo para instruirme de manera básica en vuestra fe, tengo mucho que aprender.

—En esto último tienes razón y me alegro de que hayas hecho tan largo camino para ello. Nosotros solo somos buenos hombres. —El anciano se acercó a él para verlo mejor y le cogió de los hombros—. Yo soy Antoine, perfecto de esta comunidad que vive en este valle de lágrimas, en este mundo de los sentidos.

—Lamento si os he ofendido.

—Tranquilo, hijo. Todos los días se desarrolla una pugna continua entre el Bien y el Mal; o dicho con otras palabras, la Luz y las Tinieblas. Es normal que estés confundido, ese es el estado natural de los hombres.

—Mi maestro me decía lo mismo.

—Entonces era un buen hombre. —Antoine dibujó una gran sonrisa—. No eres de por aquí. ¿Ese acento es castellano?

—No, del Reino de Aragón, nací en Jaca —confesó entre dudas sobre si era correcto decirlo.

—He oído hablar de esa ciudad, pasad. Siéntate junto al fuego. —El anciano le acercó una silla que había junto a una tabla sobre caballetes que hacía las funciones de mesa—. Vienes de lejos, estarás cansado.

—Creo que el viaje ha merecido la pena. —Martín saludó al resto de los presentes con un movimiento de su mano y una inclinación.

—Hugonet —el perfecto llamó a un hombre fornido que se encontraba trabajando en un cesto de mimbre en una esquina del salón—. Por favor, daremos de comer a nuestro nuevo amigo. Esta casa, como las otras de nuestros hermanos, es un taller de trabajo y también una escuela para niños, hasta un hospicio. Si quieres descansar o tienes hambre, aquí te daremos cobijo y alimento.

—Quiero aprender vuestras enseñanzas —se apresuró a responder el aragonés.

—Bien, pero no tan rápido, todo a su debido tiempo. —El anciano le observó con detenimiento—. ¿Sabes diferenciar el bien del mal?

Tardó en responder, abrumado por las miradas de la gente de la casa. Le llamó la atención que todos los hombres vestían un sayal negro, llevaban barba y pelo largo. Parecían distintos de los varones que había visto a su llegada, todos con el pelo corto y rostro bien rasurado.

—Ya veo que no. El bien define el elemento constituyente del alma, encerrada en un forro de materia, nuestro cuerpo; el mal es todo aquello que se puede ver, oler y tocar.

—¿Todo? —Martín comprendió rápidamente que su misión no sería nada

sencilla.

—Absolutamente todo, la realidad tangible es el mal. Y cada día, el Dios del espíritu se enfrenta al creador de la materia por lograr la primacía en la continua batalla entre el Bien y el Mal.

—No lo entiendo. —El joven no conocía la doctrina cátara y se mostraba confuso—. Nosotros estamos formados de carne, materia: entonces ¿somos malos?

—El Dios auténtico, el Príncipe de la Luz, ha dejado su destello, su huella, solo en nuestro espíritu, en lo más profundo de nuestros corazones. Ese destello de luz es nuestra única posibilidad de eliminar el mal, para recuperar lo poco de puro que retenemos los hombres.

—Nuestra alma —dedujo el aragonés.

—Así es, nuestra alma es lo único de nosotros que fue creado por Dios. Es el único recuerdo de su creación que conservamos. El resto, todo, es obra del mal. Este cuerpo que poseemos ahora es solo una cárcel donde ha sido encerrado nuestro espíritu. Y en nuestra mano está liberarlo. Vivimos en esta tierra para hacer penitencia, para expiar su ruptura con Dios, que en el albor de los tiempos nos había concebido como ángeles, pero caímos y solo conservamos ese indicio de pureza. El retorno al cielo y la liberación es el fin supremo que suscita todas nuestras plegarias. Únicamente en el caso de que seas un perfecto, cuando mueras, tu alma ascenderá al cielo.

—¿Y si no lo somos? —inquirió Martín.

—El alma del no perfecto transmigrará las veces que haga falta, hasta haber cumplido la penitencia necesaria.

Martín no supo qué decir. Quedó como petrificado. Aquella fe se diferenciaba tanto de la suya que las palabras que escuchaba caían como una losa sobre su ánimo.

—Continuaremos después. —El anciano avanzó hacia el centro de la sala—. Tendrás hambre después de tan largo viaje.

Estaba hambriento, así que asintió con la cabeza, deseoso de llevarse algo a la boca. Se sentó a la mesa mientras hombres y mujeres preparaban la comida. Aquellos herejes parecían gente alegre y jovial, de todas las edades y condiciones sociales. Hablaban con simpleza y no parecían tener grandes aspiraciones.

Martín era cada vez más consciente de la dificultad que iba a tener para integrarse y entender aquella fe. Su rey le había enviado a una misión quizás demasiado complicada para él. Observó a aquellos hombres y mujeres y no vio mal alguno en sus rostros, aunque se mostraban diferentes a él y a cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Eran extraños y rebosaban una paz inmensa, casi imposible de creer.

Un campesino entró en la casa y se acercó al perfecto e hizo tres genuflexiones.

—Señor, bendicidme, rogad a Dios para que pueda ser un buen cristiano.

—Rogaré —confirmó el anciano serenamente.

—Gracias. —El campesino no soltaba la mano de Antoine—. He cometido un



acto horrible y ahora me arrepiento profundamente, no sé qué hacer.

—Tranquilo, vos mismo decís que os arrepentís. Mirad en vuestro interior y encontraréis la manera de reparar el daño que habéis causado. Rezad, hablad con Dios porque Él os escucha y os ayudará. No atormentéis más vuestra alma.

Antoine oró pausadamente con aquel hombre, después el campesino se marchó feliz y, finalmente, todos se sentaron a la mesa. El perfecto empezó a cortar el pan y a entregar una rebanada a cada comensal.

—Benedicidme, señor —le rogó la muchacha a su lado.

—Que Dios os bendiga —respondió él, y repitió la misma ceremonia con cada uno de los presentes.

La comida parecía sencilla, pescado, nabos hervidos y almendras. Había vino, pero estaba aguado, ni rastro de carne, huevos, queso o mantequilla. La comida estaba presentada en escudillas y le habían dejado cuchara y cuchillo para que los usara. Mientras comían se recitó el padrenuestro y se bendijo el pan. Comió con ellos y después le acompañaron al piso superior. Entró en una habitación sencilla, que contaba con una cama y un arcón.

—En esta cama suelen dormir hasta seis personas, hoy vas a tener suerte porque algunos de nuestros compañeros están de viaje —explicó Antoine—, así que descansarás tú solo.

La cama era una mera caja de madera rellena de heno; como almohadas se disponían unos sacos con paja. El viaje desde Aragón había sido largo, se acostó y no despertó hasta el día siguiente.

Era mediodía cuando bajó a la sala principal y allí estaba Antoine comiendo una especie de brotes verdes con un caldo caliente.

—Nuestro nuevo amigo parece que ya ha dormido bastante.

—Lo siento, estaba exhausto del viaje desde Monzón.

—¿Monzón? Creía que veníais de Jaca —apostilló el perfecto.

—Sí, pero para cruzar los Pirineos pasé por esa ciudad. —Martín se había dado cuenta de su error e intentaba solucionarlo.

—¿No cruzasteis por el Somport? —preguntó sorprendido Antoine.

—Lo hice por Benasque y Bielsa, tengo un tío en Monzón y quería despedirme de él.

—Allí hay una fortaleza templaria —comentó el perfecto.

—Así es. Aunque no la he visitado nunca.

—No me extraña, los templarios no dejan entrar a cualquiera en sus posesiones.

—Parece que los conocéis bien. —Martín intentó desviar el tema de la conversación.

—Eso es porque hace mucho tiempo fui uno de ellos —afirmó Antoine mientras masticaba, sin mucho éxito, los brotes verdes.

—¿Vos erais templario? —se sorprendió Martín—. ¡Un caballero de la Orden del Temple!

—Sí, hace mucho de todo aquello. —Antoine hizo un gesto con su mano como no queriendo hablar del tema—. Fue cuando era joven, en Jerusalén.

Martín no salía de su asombro. Por un momento se imaginó a aquel hombre ya anciano, enfundado en una armadura, con un estandarte blanco y una cruz roja sobre el pecho, luchando con una gran espada frente a los sarracenos.

—¿Habéis estado en Tierra Santa? —El aragonés se mostraba nervioso por saber más.

—Ocho años —respondió el perfecto—, aquello me sirvió para descubrir la verdadera fe, la que proviene de la sencillez y la santidad de los apóstoles, y que está reflejada en el Nuevo Testamento. Lo leí en latín y ahora lo he traducido a la lengua de oc.

—¿A una lengua romance? —E hizo un movimiento brusco, muestra de su nerviosismo.

—Para que puedan leerlo todos los hombres.

—La Iglesia es contraria a que gente no formada pueda leer las Santas Escrituras.

—Ese es un error lamentable que esperamos subsanar. Todos los hombres tienen derecho a leer la palabra de Dios.

—Si lo hacen, pueden interpretarla erróneamente. ¡Es peligroso!

El aragonés no estaba cómodo en la conversación e intentaba razonar lo mejor posible ante aquella actitud contraria a los dogmas de la Iglesia.

—¿Peligroso leer la palabra de Dios? Esa es la más terrible de las mentiras de la falsa Iglesia de Roma —lamentó el perfecto—. Todos debemos poder leerla.

—Los sacerdotes son los que tienen los conocimientos para interpretarla adecuadamente, nosotros no somos capaces.

—Te recuerdo que hay una Cruzada ordenada por la Iglesia para masacrarnos. ¿Crees que hay algo de eso escrito en las Santas Escrituras? —Antoine cogió aire—. La Iglesia es la madre de la fornicación y la abominación. Todo en ella es falso.

Martín no respondió, no se atrevió. Pero su sangre hervía por dentro. ¿Cómo era aquel hombre capaz de decir tal barbaridad de la Iglesia? ¿Cómo alguien que era la viva imagen de la cordura y la paz, podía blasfemar de esa manera tan obscena? Además, había sido un templario, un soldado de Cristo.

Pasados varios días, el aragonés se adaptó rápidamente a la vida en aquella ciudad, gobernaba por el conde de Foix. Un caballero que había participado ya en la última Cruzada contra Tierra Santa, la cuarta que se realizó. Todos decían de él que era un verdadero señor de la guerra, fiel al rey de Aragón y que repudiaba al clero católico por sus riquezas y forma de vida. Contaba con una buena mesnada de caballeros montañeses, duros y valientes, que se comentaba que tenía poco que ver con otros del Languedoc, especialmente con los del acomodado conde de Tolosa. Más predispuestos a participar en torneos y cortejar a las damas de la nobleza siguiendo las reglas del llamado «amor cortés», que a luchar en campo abierto.

Inicialmente el conde de Foix había colaborado con la Cruzada, durante los meses

de julio y agosto, sin embargo en septiembre cambió de opinión y se enfrentó militarmente a los cruzados. En noviembre, con la negativa de Pedro II de reconocer a Simon de Montfort como vasallo, su intención de rebelarse contra los invasores se había acentuado.

En su segunda semana en Foix, cayó en la cuenta de que no había comido carne desde su llegada y preguntó a Antoine dónde había caza en estas montañas.

—Además de los votos de pobreza y de continencia, junto con la promesa de practicar todas las virtudes cristianas, no comemos nunca alimentos cárnicos y vivimos del trabajo de nuestras propias manos, como ordenaba san Pablo. —Antoine parecía ser un hombre de una paciencia infinita—. Ayunamos tres días por semana, durante los cuales solo nos alimentamos de pan y agua, así purificamos nuestro cuerpo. Nos sometemos a cuaresma en tres períodos del año: Navidad, Pascua y Pentecostés.

—El trabajo manual es para los *laboratores*, no para nobleza y el clero.

—Nosotros valoramos el trabajo, no lo consideramos infame. Mira esta casa, es un lugar abierto, de paso. Acogemos a todo el que lo pide y no pedimos nada a cambio. Queremos, mejor dicho, debemos vivir de nuestro propio trabajo, sin limosnas ni diezmos.

—¿Y los nobles?

—Si quieren ser buenos hombres, también deberán trabajar. Aquí tienes el ejemplo. —Señaló a una mujer de piel pálida, casi transparente; con el pelo rubio y desgastado, de aspecto vulgar; que arrancaba malas hierbas en el jardín detrás de la casa—. Su padre tenía títulos y tierras, sin embargo ella está aquí, con nosotros. Trabajando como cualquier otro.

—Esto es increíble —dijo abrumado Martín—, en vuestra casa hay nobles y siervos, y comparten la mesa juntos.

—Para Dios todos somos iguales.

—Sí, es verdad. Lo que sucede es que yo no lo había visto antes en ningún otro lugar.

—Entonces es que no has estado en los sitios adecuados. No importa cómo o dónde haya nacido uno en este mundo, sino lo que somos en el otro. —Antoine miró a Martín a los ojos—. Debes entender que no creemos en la violencia, por lo tanto, la nobleza no tiene que protegernos, ni luchar ni cazar animales. No admitimos tal práctica, nuestros cuerpos son prisiones de carne para nuestro espíritu. Igual que nuestra alma ha sido encerrada en un cuerpo de hombre o mujer, también puede serlo en uno animal.

Si decir nada, Martín tragó saliva.

—Solamente podemos comer peces que, como bien sabes, nacen espontáneamente en los lugares con agua, sin copulación alguna.

Martín se quedó totalmente impresionado con aquellas revelaciones, gentes que no comían carne; clero y nobleza trabajando con sus manos, creencia en la

transmigración de las almas. No podía creer todo aquello.

Además del tema de la comida, el del trabajo le supuso una grata sorpresa. Pronto entendió que aquella casa era un taller artesanal y un convento al mismo tiempo. Confirmó que muchos de los allí presentes eran de origen noble. Entonces lo vio claro, los perfectos cátaros eran a la vez clero regular y secular, monjes y curas. Sus ideas suponían destruir la estructura social, puesto que con ellos ni la nobleza ni el alto clero eran necesarios. Empezó a entender por qué eran tan peligrosos para Roma. Pero necesitaba saber más, el rey de Aragón no se conformaría con aquello.

—¿Quién es el jefe de vuestra Iglesia?

—No hay sumo pontífice.

—¿Y el *consolament* en qué consiste exactamente? He oído hablar de él.

—Veo que estás interesado y eres curioso —comentó el perfecto—. Es la recepción del Espíritu Santo consolador. Solo se puede recibir cuando se acepta la religión o cuando se muere.

—¿Es como el bautismo?

—Podemos decir que es un bautismo, aunque justo. No aprobamos que se bautice a niños que no saben el significado de ese sacramento. El *consolament* solo se practica a adultos, a petición expresa y si son dignos de él. Para ello deben superar antes un período de prueba.

Martín no dejaba de sorprenderse ante la coherencia de las palabras del perfecto, comprendió pronto por qué aquella herejía tenía tanto éxito. Además de la casa cátara, recopiló información de la ciudad de Foix. En sus calles abundaban los trovadores, que recitaban canciones en lengua de oc, un idioma realmente hermoso, armonioso, casi musical. Él no tenía problemas para entenderlo. Hablaba aragonés, catalán, la lengua de oíl de los francos, el provenzal y el latín. Y con su tío había aprendido palabras de árabe, hebreo y portugués en los libros. Siempre había tenido facilidad para el aprendizaje de lenguas. Pero sin los escritos que su tío le había proporcionado cuando era un niño, nunca hubiera podido aprenderlas.

El joven jaqués descubrió con sorpresa que el Languedoc era una tierra bella, impregnada de felicidad, de historias de amor, tierra de juglares, de hombres y mujeres que vivían en paz. Y no el terrible lugar que se describía en las iglesias de su tierra, corrompido y decadente, para incitar a los católicos a unirse a la Cruzada.

Precisamente, la actitud de las mujeres de Languedoc fue uno de los rasgos que más le sorprendieron. En Foix, hombres y mujeres eran tratados por igual. Había numerosas damas jóvenes sin marido y también viudas. Solo existían matrimonios antiguos, pero por lo que podía sospechar aquello no impedía que yacieran con otros hombres. Sin embargo, Antoine le había explicado que la procreación suponía traer nuevas vidas a este mundo material y corrompido, por tanto era un acto que te condenaba a proseguir la penitencia.

Por mucho que el sexo se considerara pecaminoso, la realidad era que la mayoría no parecía cumplir con la castidad. A diferencia de la Iglesia católica donde se

ocultaba, aunque era sabido que hasta los papas tenían hijos y amantes, aquí, en cambio, se trataba todo con naturalidad.

Él entendía lo difícil que resultaba la castidad y más en Foix. Las mujeres del Languedoc eran realmente hermosas, altas y con la piel pálida, parecían dulces y, a la vez, cariñosas y amables. A pesar de ello ninguna había prendido su corazón.

Con el tiempo Martín fue poco a poco teniendo más autonomía en la casa. La mayor diferencia con el resto de habitantes era que él no salía a predicar con sus compañeros. Por lo que en muchas ocasiones se quedaba solo en ella, encargado de cuidarla y limpiarla.

Uno de esos días alguien llamó a la puerta y al abrirla se encontró con una preciosa joven que llevaba una saya ajustada con cordones en ambos costados, con el arranque de las mangas en los hombros, parecía más un adorno de tela que una manga. Las llevaba enrolladas en torno al brazo hasta el codo, dejando colgar la bocamanga. Su pelo estaba suelto y era negro como la noche. Lo cual le perturbó. Él no estaba acostumbrado a ver el cabello de esa manera en ninguna mujer de Aragón, donde las damas llevaban el pelo recogido recelosamente en una toca, como mandaba la decencia y el decoro. En su tierra, estaba mal visto llevarlo suelto, ya que tal costumbre se relacionaba con la lujuria.

Los ojos de la dama también le sorprendieron, eran extraños, uno era oscuro y el otro claro. Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío y sus labios eran gruesos y coloridos. La luz de la calle la iluminaba como a una princesa. Por un instante, él no supo qué decir y se quedó petrificado.

—¿Está Antoine? —preguntó la visitante con una dulce voz.

La dama no obtuvo respuesta.

—Venía a ver al perfecto, puedo volver más tarde si no se encuentra en la casa ahora.

—No.

—No está, gracias. —Y la dama retrocedió para marcharse y su espléndido cabello brilló bajo el sol hipnotizando a Martín.

—Perdona, ¡no!, quiero decir sí, sí está. —El aragonés dio un par de pasos al frente.

La joven no pudo contener la risa, que contagió a Martín.

—Entonces, ¿sí está? —preguntó ella con cara de no entender nada de lo que balbuceaba el muchacho.

—No, ha salido de viaje.

—¿Quién eres? —inquirió la dama con una expresión que evidenciaba cierta sorpresa y curiosidad—. Nunca te había visto antes por aquí.

—Soy Ma-Martín —tartamudeó nervioso.

—Hablas de una forma curiosa, ¿de dónde eres? —La muchacha se acercó de nuevo.

—Soy aragonés, de Jaca —contestó de manera más firme.

—Así que aragonés, ¿y vives aquí?

—Sí, he venido hace unos días, estoy aprendiendo del perfecto.

—Me alegra que abras nuestra fe. —La dama se dio la vuelta—. Volveré más tarde para ver a Antoine. Hasta pronto, Martín. —Se marchó sin decir nada más.

Escuchó pronunciar su nombre y fue como si cada letra que susurraban aquellos labios se transformara en una caricia. Se quedó confuso y aturdido todo el resto de la mañana. Ayudó a cuidar a los niños de la casa y trabajó la tierra que había detrás, hasta que el perfecto volvió.

—Ha venido una joven a veros —le informó en cuanto lo vio, con una estúpida sonrisa en su rostro.

—¿Quién?

—No sé. —Martín no se atrevía a explicar la belleza de la dama.

—¿Era hermosa acaso? —preguntó sonriente Antoine.

—Sí, quiero decir, un poco —se contradijo—: supongo que sí lo era.

—¿Morena? —Martín asintió—. ¿No tendría cada ojo de distinto color?

—Creo que sí. —Sabía perfectamente como era, aunque quería disimularlo.

—¿Crees? No es un rasgo demasiado frecuente. Por tu forma de actuar, deduzco que sería Isabel de Foix, la sobrina pequeña del conde.

—No dijo cómo se llamaba.

**Béziers, 22 de julio de 1209**

El sol brillaba con fuerza, su padre y él llevaban años soñando con ir a Tierra Santa. Sabían de lo duro y peligroso del viaje, sin embargo no había nada que desearan más que unirse a una nueva llamada militar de la Iglesia. Hacía cinco años su padre intentó acudir a la Cuarta Cruzada, a Oriente. Embarcó en Marsella rumbo a Messina, y desde allí hasta Chipre. No tuvo éxito. La Cruzada cambió de objetivo y atacó Constantinopla, él quedó aislado a las puertas de Jerusalén. Para volver al puerto de Marsella se alistó como marino en una galera veneciana. Tardó meses en saldar sus deudas y cruzar el Mediterráneo de vuelta a casa.

Por suerte, Dios había sido misericordioso y la nueva Cruzada no se había convocado contra los sarracenos de Oriente, sino a escasas jornadas de distancia de su hogar, al sur del Reino de Francia. Sin duda era una oportunidad que no podían desaprovechar. Todo el que se uniera a la llamada del papa contra los herejes recibiría indulgencias y la remisión de sus pecados, no solo para ellos sino también para los seres queridos que llevaran en sus pensamientos. Qué mejor presente para toda su familia, especialmente para su madre, que había quedado al cuidado de sus tres hermanos pequeños en Île de France.

Aquella noche durmieron cerca de Montpellier, a una jornada de Béziers. Eran decenas de miles los voluntarios que, como ellos, se habían unido a la Cruzada. Al llegar a la ciudad las puertas estaban cerradas y numerosos soldados las vigilaban. Al parecer, su señor, Pedro II, rey de Aragón, había prohibido la entrada de los cruzados. Extraña actitud para un monarca católico la de no dar cobijo a un ejército de la Iglesia.

Fue complicado encontrar un lugar donde dormir. Por suerte era verano y no había que preocuparse por el frío o la lluvia. Así que no les importó dormir al raso, en un cerro cercano a la ciudad. Era una noche típicamente estival, con un cielo despejado donde las estrellas brillaban con fuerza.

—Sébastien, ¿en qué constelación estaba hoy el Sol? —preguntó su padre.

El muchacho miró al cielo y levantó su mano para dibujar imaginariamente la posición del astro rey durante el día. Dudó unos instantes, hasta que estiró su dedo índice señalando un lugar concreto en la infinidad del universo.

—Muy bien, pero no me has dicho qué constelación es.

El joven situó sus dos manos en el cielo y marcó dos estrellas centrales, como si fueran unos ojos; después, trazó a cada lado de ellas y a mayor distancia, dos líneas que se inclinaron levemente hacia arriba y que terminaban en otras estrellas; volvió a las dos estrellas centrales y dibujó otras dos líneas más largas, en dirección contraria a la anterior y de manera oblicua, hasta que se unieron a otros puntos de luz.

—Qué difícil, padre —respondió Sébastien—, creo que es la constelación del Cangrejo.

—Así es, es una de las más complicadas. Sus estrellas apenas se aprecian —corroboró el antiguo marino—. Las dos primeras son los ojos, las otras dos las pinzas y las últimas las patas del animal.

—¿Y qué significan? —inquirió el muchacho.

—Eso no lo sé —admitió su padre sonriente—, yo solo la aprendí para orientarme en el mar. Quizás no quieran decir nada.

—Hay gente que las interpreta, que lee el futuro en ellas.

—¡Tonterías! No te acerques nunca a esos adivinos y magos —advirtió su padre—. Una cosa es que te enseñe a leer las estrellas para que sepas orientarte y otra muy distinta que creas esas blasfemias. Dios ha dispuesto que el hombre se valga de los astros para medir las estaciones, días y años. No hables nunca con quien practica adivinación, ni agorero, ni sortilegio, ni hechicero, ni mago, ni quien consulte a los muertos, porque es abominación para con Dios cualquiera que hace estas cosas.

—Pero, padre, las estrellas tienen que existir por alguna razón, ¿por qué no para ayudarnos?

—¿Qué te he dicho, Sébastien? —Por primera vez su padre subió el tono de la voz—. Para tomar una decisión, el cristiano verdadero no se fundamenta en averiguar si las estrellas están o no en posición favorable, ni cree en que la fecha y día de su nacimiento determina su carácter. Dios es el que tiene el control de todas las cosas y es Él quien nos ha dado inteligencia y capacidad para afrontar las situaciones de la vida y ser buenos hombres —afirmó su progenitor en un tono cada vez más enfadado—. Quizás no hice bien en enseñarte. Ahora vamos a dormir, mañana nos espera una dura jornada.

Sébastien no dijo nada más, conocía a su padre, sabía perfectamente cuándo era mejor callarse y esperar a que las aguas volvieran a su cauce. Aquella noche se durmió contemplando la cúpula celeste, dibujando mentalmente todas las constelaciones que conocía e imaginando historias y leyendas sobre ellas. Aunque su padre no lo sabía, había indagado y preguntado en su ciudad natal por el significado de las constelaciones a los adivinadores que había siempre en el mercado. Ellos le habían contado increíbles historias, que él guardaba en secreto en su mente, como auténticos tesoros.

A la mañana siguiente, los viajeros se despertaron al alba. Había ganas de alcanzar el grueso de la Cruzada. Acudieron a una improvisada misa que dieron los numerosos clérigos que les acompañaban desde París, comieron los escasos víveres que todavía les quedaban y salieron pronto hacia el sur.

Caminaron con buen pasó toda la mañana, formaban un grupo heterogéneo, la mayor parte eran francos. Gente pobre, pero que parecía honrada y devota. Algunos hombres iban acompañados de sus mujeres y niños, al padre de Sébastien aquello le parecía poco recomendable. La guerra no es buen lugar para críos y un ejército



tampoco lo es para mujeres.

Siguieron avanzando, cruzaron un vado y ascendieron una suave loma.

—Ahí está, Sébastien, Béziers. El primer objetivo de la Cruzada —anunció su padre, un hombre de rostro expresivo, con abultadas cejas y ojos penetrantes. No demasiado alto, pero sí dotado de una notable corpulencia. Sin arrugas en la frente y con una barba poco poblada.

El joven miró con entusiasmo la ciudad que se abría ante sus ojos, rodeada de una larga muralla salteada por sobresalientes torres, con tejados rojizos en las casas y al fondo el azul del mar. Poco a poco su mirada se fue tornando más recatada y desconfiada.

Sébastien era diferente a su progenitor: esbelto, pero falto de corpulencia física, por contra era de movimientos ágiles y rápidos. Imberbe y con el cabello largo, sus ojos sobresalían por ser de color miel con tonos verdosos, en recuerdo de los de su madre.

—Esa muralla será difícil de atacar, Béziers es un centro comercial famoso por su vino. Mira —indicó señalando con su mano derecha—. Toda ella está rodeada de viñedos desde época de los romanos, ya por entonces tenía fama de hacer el mejor vino de la Galia. Pero eso ahora no importa, observa qué ejército ha convocado la Iglesia. —Abrió los brazos intentando abarcar con ellos todo el horizonte donde se desplegaba una masa impresionante de hombres y caballos—. ¿Habías visto alguna vez un espectáculo igual? Es el ejército de Dios.

Sébastien nunca había estado en una batalla. Él, como su padre, era un humilde campesino. Vivían cerca de París, junto al Sena. No poseían tierras en propiedad y tenían que arrendarlas, eran demasiado poco productivas y la última cosecha había sido mísera. Así que la Cruzada también era una oportunidad de obtener algo de dinero con el que volver a casa y pagar las numerosas deudas acumuladas. No eran los únicos que pensaban en el botín, la mayoría de los ribaldos que los acompañaban hablaban todo el tiempo sobre las riquezas del Languedoc durante toda la travesía. Aseguraban que las ciudades del sur eran tremendamente prósperas y que sus habitantes escondían valiosos tesoros en sus casonas. Todos esperaban hacer fortuna en aquella llamada del Señor. Ellos no, cogerían los que se les ofrecieran, nada más. Habían acudido a la Santa Cruzada por su fe.

—Es mejor que vayamos hacia el río —comentó uno de los hombres que habían venido con ellos desde París—: allí cerca hay un puente que lleva a una de las puertas de la ciudad, con suerte quizás se empiece el asalto por allí y podamos entrar pronto, antes de que los caballeros se aseguren todo el botín para ellos.

—Algo nos dejarán —interrumpió el padre de Sébastien.

—Si por ellos fuera, no nos darían nada. Pero les seremos útiles en el asedio. Ellos están cómodos sobre sus caballos, deseando que haya una batalla campal. Eso sí, en el asalto de una ciudad los que nos acercamos a las murallas bajo una lluvia de flechas y piedras somos nosotros. Los caballeros y sus mesnadas solo esperan a que

se abran las puertas para entrar.

—Pues entonces vayamos a ese puente. —E hizo un gesto a su hijo para que avanzara—. ¿Cómo os llamáis?

—Gerond —contestó, era un hombre de similar edad a la del padre de Sébastien. Con los ojos hundidos y la nariz respingona. Conservaba abundante pelo y vestía una saya azulada. Parecía saber de lo que hablaba.

—¿Crees qué será fácil entrar? —preguntó Sébastien inquieto.

—Costará porque cuenta con poderosas fortificaciones y varios millares de habitantes en condiciones de defenderla —contestó Gerond—, si encontramos un punto débil por donde poder abrir brecha, una vez dentro no tienen nada que hacer ante semejante ejército.

Llegaron a las inmediaciones del puente de madera. Desde allí podían distinguir perfectamente las siluetas de los defensores en las murallas. La puerta estaba fuertemente protegida por dos torres rectangulares. Los muros eran altos, pero Sébastien y su padre confiaban en entrar, no en vano formaban parte del ejército de Dios.

Un par de horas más tarde, las mesnadas de los caballeros norteños estaban prácticamente listas para luchar. Los ribaldos esperaban las órdenes de los nobles para iniciar el asalto. Había corrido la voz de que el líder de la Cruzada, el legado papal, había enviado como emisario al obispo católico de la ciudad para conseguir la rendición y la entrega de los cátaros que en ella se refugiaban. Les había prometido que si así lo hacían, la ciudad no sufriría daño alguno. La respuesta no tardó en llegar.

—¿Qué dicen? —preguntó el padre de Sébastien a Gerond, que venía de hablar con los sacerdotes que acababan de celebrar una misa.

—¿Tú qué crees? El obispo le ha contado al legado papal que los señores de Béziers no están dispuestos a entregar la ciudad ni a ninguno de sus habitantes. Han dicho que se dejarían ahogar en la mar salada, antes de consentir tales proposiciones, y que prefieren morir como buenos hombres que vivir como cristianos de Roma.

—¡Herejía! —gritó un hombre a una docena de pasos de ellos—. Béziers es un nido de herejes. ¡Debemos eliminarlos a todos!

El resto de hombres respondió con gritos. Alzando sus armas y vitoreando al improvisado orador.

—¡Cruzados! Por Jesús, Nuestro Señor, ¡debemos acabar con esos herejes! —Aquel hombre que hablaba parecía dispuesto a tomar él solo la ciudad.

Sébastien no lo conocía, no debía de haber venido con ellos desde París porque le hubiera reconocido. No era posible pasar fácilmente desapercibido con una cicatriz como la que recorría su mejilla. Por mucho que su pelo largo cubriera su rostro, no podía disimularla.

Mientras, frente a la ciudad, la poderosa caballería cruzada tomó posiciones, su movimiento, con el golpeo de la caballería pesada con sus armaduras y pertrechos, hacía temblar la tierra. Los caballeros del norte montaban sus imponentes *destriers*,

poderosos sementales que valían más que muchas villas; y cuya misión era acelerar en el último instante de la carga para desarbolar por completo las líneas enemigas. Sin embargo, en un asedio eran poco efectivos y su presencia era más bien intimidatoria.

Los varios centenares de sacerdotes que acompañaban a las huestes cruzadas empezaron a bendecirlos, ningún cruzado debía entrar en combate sin estar en paz con Dios. Las trompetas sonaron y los clérigos se precipitaron en terminar la breve misa lo antes posible. En los rostros de los hombres arrodillados se percibía una mezcla de miedo y orgullo, sabedores de que podían morir, pero también, de que si lo hacían serían recompensados por Dios que los había llamado para la lucha.

—Es una locura atacar ya la ciudad —carraspeó Gerond—. El duque de Borgoña no lo permitirá, es un experimentado general, la máxima autoridad militar en este ejército, él es quien aporta el mayor número de caballeros; y sabe que es prematuro iniciar el asalto.

—¿Por qué?

—Sébastien, un poco de respeto —le corrigió su padre—. Gerond es más mayor que tú y sabe de lo que está hablando.

—Dios agradece vuestras palabras, pero recordad que no será tan vehemente con la cobardía en este día —advirtió el hombre de la cicatriz, que seguía incitando a los ribaldos cercanos al puente y que había escuchado la advertencia de Gerond—. ¡Yo no pienso esperar aquí a que esos herejes se mueran de hambre!

La caballería y los peones ya formaban frente a las murallas de Béziers dispuesta para atacar. Los ribaldos empezaron también a tomar posiciones. Los que más cerca estaban de la ciudad eran ellos. El hombre de la cicatriz les había animado a avanzar hasta el puente, en el límite del alcance de las flechas de los defensores.

—Sébastien, ten cuidado y no olvides que, aunque estamos en guerra, debes comportarte como un buen cristiano.

—Sí, padre.

—Y siempre con honor. El honor es lo que nos hace hombres. Seremos pobres, hijo, pero mientras tengamos honor nadie nos podrá mirar por encima del hombro. —Y cogió a Sébastien del brazo—. Estoy orgulloso de que estemos aquí juntos y tu madre también lo está. Dios nos mira desde arriba y sabe que estamos luchando por Él. La única manera de ser valiente es teniendo miedo. Recuérdalo. Si no tuvieras miedo serías un insensato.

Un grupo de unos cincuenta ribaldos había avanzado hasta la mitad del puente y lanzaban insultos contra los defensores de las murallas. Media docena de ellos se quitaron las sayas y las calzas; y enseñaron su trasero a los habitantes de la ciudad ante las risas del resto.

—Los están provocando —contestó Gerond—, esto es muy peligroso.

—Están insultando a santa María Magdalena —carraspeó el padre de Sébastien—, eso no está bien, es una blasfemia ¿por qué lo hacen?

—Yo tampoco lo entiendo, es ese hombre de la cicatriz... —respondió sorprendido Gerond—. Él lo dirige todo.

La puerta del flanco este se abrió y, para sorpresa de todos, decenas de milicianos de Béziers salieron, espada en mano, a castigar a los provocadores cruzados.

—Esos estúpidos salen de la ciudad. —Se alarmó Gerond—. Han respondido a la provocación: ¡no puedo creerlo!

—¡Cruzados! —gritó el hombre de la cicatriz al ver las puertas abrirse—. Dios ayuda a su ejército desde los cielos y ha obrado un milagro.

La milicia de Béziers salió envalentonada, con agresividad hizo retroceder fácilmente a los ribaldos que se habían acercado al puente insultándolos. Los ribaldos eran hombres sin más armaduras que sus remendadas ropas, armados con cuchillos y palos; y estaban siendo masacrados por los milicianos perfectamente pertrechados para la batalla.

Sébastien y su padre observaban la escena sin saber qué hacer. Iban armados con espadas oxidadas y viejas, sin escudos ni protección alguna. Y el resto de sus compañeros no iban mejor preparados. Si acudían a socorrerlos no iban a poder hacer frente a los milicianos, pero por otra parte, las puertas de la ciudad estaban abiertas.

Entonces Sébastien vio como el misterioso hombre de la cicatriz se subía a una piedra y hacía extraños gestos con los brazos. De entre los árboles que bordeaban el río, salieron cientos de hombres bien armados. No eran campesinos ni ribaldos de París como ellos. Aquellos que corrían a por los milicianos eran mercenarios, hombres unidos a la Cruzada sin otro motivo que hacer botín. Gentes peligrosas, criminales y forajidos. Bien pertrechados y protegidos por cotas de malla.

Los mercenarios empujaron a los milicianos de nuevo hacia la ciudad. Los soldados que protegían las entradas de Béziers, temerosos de dejar a sus conciudadanos abandonados a su suerte, no sabían qué hacer y mantenían, inexplicablemente, la puerta de la ciudad abierta.

A lo lejos, los nobles no podían creer lo que veían junto al puente. Los milicianos fuera de la ciudad y una masa de voluntarios cruzados rodeándolos. El duque de Borgoña no dudó en convocar a su mesnada, y el resto de los señores hizo lo mismo. Desde la ciudad se dio orden inmediata a los milicianos de que regresaran, pero esto no hizo sino provocar el pánico y una retirada desordenada de esos que se precipitaron hacia la puerta de la muralla que permanecía abierta. En ese momento la caballería cruzada se lanzó a la ofensiva. Eran todos poderosos caballeros norteños que habían luchado en cientos de batallas antes que esta. Cuando sus caballos se ponían al galope, con sus pesadas armaduras y todo su potencial bélico, hasta la mismísima tierra rugía, los animales huían asustados y las murallas de la ciudad temblaban.

—¡Cerrad la puerta! —gritaron desde la muralla—. ¡Cerradla o moriremos todos!

—No podemos, todavía están entrando —contestó un joven que sujetaba una ballesta, cuando una saeta le atravesó la garganta y se precipitó desde lo alto de las

almenas.

—¡Cerradla! —insistió de nuevo un capitán de la guardia de la ciudad que corría apresuradamente hacia la puerta.

Los guardianes no le obedecieron, muchos de ellos tenían amigos y familiares entre los que todavía estaban extramuros. Confiaron en detener a los mercenarios lanzándoles toda clase de proyectiles desde las almenas, pero no se percataron de que todo aquello no era más que una trampa y una masa de miles de hombres se abalanzaba sobre Béziers.

Cuando el capitán llegó a la altura de la puerta, un peón cruzado le clavó una lanza en el estómago y cayó de rodillas escupiendo sangre por la boca. Desde lo alto de una de las torres que defendían la puerta lanzaron agua hirviendo a través de una buharda que abrasó a decenas de cruzados. Estos cayeron retorciéndose de dolor mientras su rostro se desfiguraba al mismo tiempo que eran pisoteados por sus propios compañeros. Los defensores no dejaron de disparar proyectiles, rocas y todo objeto que fuera susceptible de ser lanzado.

Sébastien y su padre corrían hacia Béziers, Gerond iba delante de ellos. Parecía increíble, pero las puertas seguían abiertas y todos los cruzados se dirigían hacia ellas. No tardaron en alcanzarlas. Dos hombres cayeron a sus espaldas víctimas de las flechas, otro fue golpeado por una gran piedra en la cabeza a escasos tres palmos de Sébastien. Padre e hijo se agacharon y casi de rodillas siguieron avanzando mientras sus compañeros caían muertos o heridos. Un tremendo pedrusco impactó entre ellos separándolos. Sébastien rodó hasta chocar con el cuerpo inerte de un mercenario que todavía conservaba su escudo circular. No dudó en quitárselo e ir de nuevo al encuentro de su padre.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí. —Levantó el brazo para que viera bien el escudo—. Ahora podremos protegernos.

—Muy bien, sigamos adelante, aquí corremos peligro.

Los milicianos bajaron de las murallas para bloquear el acceso a las calles. Una treintena de ballesteros dispararon contra los mercenarios cruzados causando muchas bajas. Desde otros puntos de la ciudad llegaron refuerzos, consiguieron defender con éxito la entrada. La acumulación de cadáveres cruzados impedía el propio acceso a los que venían detrás. Pero entonces, el cruzado de la cicatriz apareció en lo alto de la muralla. Los ribaldos estaban asaltando las defensas de Béziers con ayuda de escalas. Dos milicianos se lanzaron contra él, los esquivó y dio un profundo corte con su espada en el costado del primero de ellos. Cuando el segundo se lanzó a por él, le clavó en la mandíbula un cuchillo que llevaba en su otra mano. Luego lo empujó hasta que cayó desde lo alto.

Esta vez los defensores reaccionaron más rápido y volvieron a tomar las murallas para repeler el ataque. Sin embargo, la puerta seguía sin cerrarse y, al mismo tiempo que llegaban más refuerzos del centro de la ciudad, un grupo de caballería irrumpió

en Béziers a sangre y fuego, arrasando tanto a peones cruzados como a milicianos.

—¡Cuidado! —Su padre le lanzó contra la muralla impidiendo que un caballero se lo llevara por delante—. Casi te mata.

Cientos de cuerpos se amontonaban en el suelo, la mayor parte de ellos eran compañeros suyos. Mientras la caballería había llegado y pisoteaba los peones sin importarle si eran defensores o cruzados; ni si estaban vivos o muertos.

—¿Y ahora? —preguntó Sébastien que tenía bien agarrado el escudo encontrado y que todavía no había usado su espada.

—Vayamos hacia el centro de la ciudad —respondió su padre tomando la iniciativa.

Un grupo de peones y sargentos acabó con el resto de defensores de la puerta y abrió los portones al grueso del ejército cruzado.

Sébastien y su padre alcanzaron las calles de Béziers, descubriendo como la caballería había matado todo lo que encontraba a su paso, asesinando a cualquiera que se cruzase en su camino, en una auténtica orgía de sangre y dolor. Sébastien caminaba entre los muertos intentando no mirar sus rostros, pero era inevitable y aterrador. Muchachos de su misma edad yacían en el suelo brutalmente asesinados. Se preguntaba si serían tan diferentes a él como para merecer tal castigo.

Por un momento, pensó que podría haber sido él quien ocupara ese mismo lugar. Observó el cuerpo de un viejo que agonizaba con una herida en el pecho. Era un anciano, demasiado mayor para empuñar una espada y sin embargo allí estaba, herido de muerte. Se indignó todavía más al ver a su lado el cuerpo sin vida de un niño pequeño, de unos cuatro o cinco años con un corte tan grande que le había medio amputado el brazo y la pierna derecha.

—Padre, están matando a ancianos y niños.

—Lo sé, pero calla o nos matarán a nosotros también. —Corrió a taparle la boca—. Algunos hombres de la Cruzada no son verdaderos cristianos. —Su padre se detuvo y lo empujó contra la pared de una casa—. Sé fuerte, en la guerra no hay lugar para las lágrimas. Empuña fuerte la espada y no mires a tu alrededor. La muerte nos rodea, no le dejes ver tu cara o la recordará y pronto vendrá a por ti.

Entonces oyeron un grito desgarrador del final de la calle.

—¡Vamos! —Su padre le dio un fuerte golpe en la espalda y apretó su puño en alto para dar confianza a su hijo.

Corrieron hasta allí. Media docena de hombres se agolpaba en la puerta de una casona palaciega de dos plantas. Sébastien y su padre se abrieron camino para ver qué sucedía. En una habitación, cuatro hombres sujetaban a dos muchachas semidesnudas. La primera de ellas tumbada de espaldas en un jergón, sobre el cual había unos colchones rellenos de plumas. La otra joven estaba contra la pared entre dos alargadas arcas, al lado una mesa rodeada de sillas.

—Pero ¿qué pretendéis hacer? —gritó el padre de Sébastien irrumpiendo en la sala.

—¿Tú qué crees? —le increpó uno de ellos, el más alto y barbudo, mientras el resto le ignoraba.

—¡Soltadlas! ¡Son unas niñas! —Se volvió al resto de hombres que allí había—. Y vosotros, si no queréis ser cómplices de sus pecados, marchad de aquí y recordad a lo que hemos venido. ¡A luchar por Dios y por la Iglesia!

Sus palabras tuvieron éxito entre los curiosos de la puerta, no así entre los cuatro hombres que retenían a las jóvenes, los cuales ni se inmutaron.

—Si quieres hay para todos. Te la desfogaré gustosamente. Pero si pretendes que las soltemos cometerás el mayor error de tu vida. —Y el barbudo levantó su espada amenazándolos.

Detrás de él, uno de sus compañeros cogió a la primera de las mujeres, la abofeteó con fuerza y arrancó la camisa que llevaba. La joven quedó desnuda, mostrando una piel blanca y delicada. Intentó taparse con sus manos, pero el ribaldo la empujó contra el jergón. La puso de espaldas y se deshizo de su saya, quedando solo vestida con unas calzas, que le cubrían cada pierna hasta el muslo. Soltó las correas que las sujetaban a su cintura mediante dos ligas y las calzas cayeron, mostrando sin pudor su miembro erecto. Agarró a la muchacha de las caderas y la penetró con violencia, como si fuera un perro. La joven se resistió, pero nada podía hacer frente a la corpulencia de aquel salvaje, rompió a gritar y llorar de forma descontrolada.

—¡Cállate, zorra hereje! Haberlo pensado mejor antes de adorar al demonio —le increpó el ribaldo mientras la violaba—. Con él si fornicarías, ¿verdad? ¡Cierra tu sucia boca!

La muchacha no callaba y su agresor continuó impasible, entrando y saliendo de ella.

—Haz que calle o vendrán más estúpidos como estos —le ordenó el barbudo.

El hombre se separó de ella con el rostro agradecido, se había aliviado bien con la muchacha. Acto seguido cogió su espada y se la clavó entre las piernas.

—¿Mejor así, bruja? —Y se echó a reír.

Mientras, la sangre brotaba sin control encharcando el suelo empedrado de la casa. La mujer calló y su cuerpo se hundió en un charco de muerte. Su cabeza quedó a un lado y en ella dos ojos abiertos y apagados para siempre.

—¿A que tú te vas a portar mejor? ¿O es que quieres terminar como ella? —le preguntó a la otra que permanecía en estado catatónico, con la vista perdida, llorando y temblando.

Sébastien y su padre estaban paralizados, el muchacho fue a dar un paso al frente pero el brazo de su padre se interpuso y una mirada suya le dijo que permaneciera en silencio.

—Qué animal eres, ahora somos cuatro para una —se lamentó el barbudo.

—Gritaba mucho, así no había quien se concentrara.

—Pues haberle cortado la lengua, ¡idiota! Mátalas cuando hayamos terminado —

le recriminó el que parecía estar al mando del cuarteto de ribaldos—. Llevo muchos días sin probar una mujer. Y estas brujas son de lo más apetecibles.

Los cuatro cruzados miraron a la joven que seguía con vida como lobos a su presa. Dos de ellos la sujetaron de los brazos. Ella temblaba, con el rostro desencajado, sus ojos mostraban una infinita conmoción que le impedía articular palabra alguna. No era temor lo que tenía, era aún peor. El miedo estaba ya dentro de ella. El barbudo se acercó con la boca abierta, con la saliva a punto de rebosar sus labios ennegrecidos. Movía los dedos de la mano derecha como si ya estuviera acariciándola y su mirada era tan oscura como la noche.

Entonces el padre de Sébastien armó el brazo hacia atrás y cogió impulso a la vez que avanzaba hacia el barbudo. El asesino de la otra mujer se interpuso en su camino.

—¿Qué pretendes, infeliz? ¡Suelta esa espada!

No lo hizo y la clavó en el pecho del violador. Tanto ímpetu puso, que la espada salió por su espalda y su mano se introdujo en la herida que había provocado el filo. El ribaldo le agarró e intentó decirle algo, pero solo salieron palabras de sangre de sus labios. Sébastien temblaba, era la primera vez que veía como su padre mataba a un hombre. La mirada inerte de la víctima le aterró, pero estaba orgulloso de la valentía de su progenitor.

—¡Atento, hijo! —Esta vez la mirada de su padre era distinta, estaba llena de fuerza y le pedía que le ayudara.

Los dos hombres que sujetaban a la mujer la soltaron. El padre de Sébastien ya contaba con ello. Así que liberó su espada y corrió hacia ella. No les dio tiempo a reaccionar y clavó su arma en las tripas del primero de ellos. Desgraciadamente no llegó a tiempo de alcanzar al segundo. Sí lo hizo Sébastien, que interpuso su escudo circular entre la espada de su rival y la cabeza de su padre. Para a continuación, contraatacar con su arma hiriéndole en el hombro. No fue una herida mortal y este volvió a la carga. Sébastien se defendió bien con su escudo de los primeros dos golpes, pero su inexperiencia en combate era evidente y fue retrocediendo.

Su padre fue directo a por el barbudo, quien cogió del suelo el arma manchada con la sangre de la muchacha muerta. De tal manera que tenía dos espadas, una en cada mano. Intercambiaron varios golpes, era un enfrentamiento poco igualado, el barbudo era más fuerte y sus golpes más peligrosos. Atacó de nuevo con las dos espadas, alternando golpes de una y otra, que el padre de Sébastien bloqueaba con dificultad.

Mientras el muchacho conseguía sobrevivir gracias a su escudo. Su espada no podía enfrentarse a la de su rival, más diestra y mejor forjada. Padre e hijo estaban en dificultades ante dos mercenarios mucho más experimentados y preparados que ellos. Entonces todo sucedió muy rápido, Sébastien resistió con su escudo un nuevo envite, mientras su padre forcejeaba con su rival, pero la lucha ya era francamente desigual. Las espaldas se golpearon en dos ocasiones, hasta que el filo de una de las armas del barbudo se introdujo finalmente entre las costillas de su padre. Por ese orificio,



avanzó entre carne y vísceras hasta salir por su espalda, acompañada de una gran cantidad de sangre.

—¡No! —gritó Sébastien lleno de ira—. ¡Padre! ¡Padre!

El muchacho dejó de utilizar el parapeto solo para defenderse y atacó a su rival alternando su espada con golpes de su escudo, de tal forma que su contrincante no podía aguantar el ritmo y se veía forzado a retroceder. Sin embargo, consiguió rehacerse y contraatacar, Sébastien se volvió a cubrir, acto seguido se agachó y estiró su arma todo lo que pudo hasta que la clavó en el abdomen de su rival. Solo le alcanzó unos centímetros, los suficientes para que bajara la guardia. Instante que aprovechó el joven para atacar de nuevo, esta vez en mejor posición, y darle un buen tajo en el brazo derecho. Su rival dejó caer su espada y quedó indefenso. Sébastien no tuvo opción de rematarle.

—¡Detrás de ti! —le advirtió la muchacha, que seguía arrinconada en la habitación.

El barbudo había dejado a su padre y le atacó por la espalda. Dispuso del tiempo justo de protegerse con el escudo y a continuación repelerlo con su arma. Sin entrenamiento previo ni conocimiento alguno del uso de la espada, Sébastien mejoraba por momentos en su manejo. El barbudo se dio cuenta de que lo había subestimado, ya era demasiado tarde. Lleno de ira por luchar contra el hombre que había llevado a su padre a las puertas de la muerte, puso toda su fuerza en un golpe que hizo perder una de las espadas a su oponente. Antes de aquel día, Sébastien le hubiera dejado vivir, ahora ya no. Hay momentos en la vida que te cambian para siempre; para bien o para mal. Indudablemente aquel era uno de ellos. Levantó su espada para acabar con aquella vida, pero entonces vio un brillo en los ojos de su rival y como las pupilas buscaban algo en su espalda. Por instinto, Sébastien no completó el ataque y se echó a un lado, viendo como una espada pasaba rozando su cabeza.

Apretó los dientes y atravesó sin compasión a su contrincante a la altura del estómago. El hombre cayó de rodillas brotándole sangre por la boca y después se balanceó hacia delante, Sébastien tuvo que apartarse para que no se derrumbara sobre sus pies.

Alzó la vista en busca del barbudo, solo alcanzó a ver como huía por una ventana de la casa. Corrió a socorrer a su padre. La vida se le escapaba, ya solo era un fantasma que apenas podía gesticular palabra.

—Estoy orgulloso de ti, Sébastien.

—Callad, padre, guardad fuerzas. —Abandonó el escudo y la espada en el suelo.

—No, ya no hay nada que hacer. Me voy, pero sé que tú serás un buen hombre y llegarás lejos. Recuerda, hijo, sé un buen cristiano y mantén siempre tu honor. Es lo único que tenemos gentes como nosotros. Puede que no poseamos tierras ni títulos, pero mientras tengas honor podrás mirar a la cara a cualquier hombre poderoso, recuérdalo.

Su cabeza cayó hacia atrás y dejó de respirar. Sébastien lo abrazó y se echó a llorar. Ellos que habían venido hasta aquí a combatir por su fe frente a los herejes, habían terminado separándose en una lucha a muerte contra mercenarios cruzados. Aquello no tenía que haber sucedido así, no era justo. Si habían acudido a la llamada de Dios, por qué Él los trataba así. Alzó la vista y vio a la joven por la que su padre había muerto. Estaba tumbada, abrazada a la otra muchacha y balanceándola, como si fuera una niña. Sollozaba sin consuelo alguno. Hasta que dejó aquel cuerpo inerte y se giró hacia el muchacho.

—Era mi hermana pequeña —confesó entre lágrimas, Sébastien no respondió—. ¿Por qué habéis venido a nuestra ciudad? ¿Qué os hemos hecho?

—Sois herejes, atacáis a Dios.

—¡Qué! Nosotros queremos a Dios, no hemos hecho jamás daño alguno a nadie. Y sin embargo, habéis venido a nuestra tierra a matarnos.

Sébastien fue a responder pero le costaba pronunciar las palabras, agachó la cabeza y acarició con la palma de su mano el rostro sin vida de su padre, después cerró sus párpados.

—¿Qué cristianos sois si permitís que maten a niños y ancianos? ¿Y que violen a mujeres indefensas?

—Os hemos salvado, mi padre ha muerto por ayudarte.

—Los vuestros han matado a los míos y a mi hermana, no os debo nada.

Entonces el barbudo irrumpió de nuevo en la casa acompañado de media docena de hombres armados.

—¡Ahí están! Esa es la bruja hereje y el otro es un traidor. Ella le ha engañado con un conjuro ¡Hay que matarlos! —gritó señalándolos con su espada.

Sébastien se incorporó y se puso en guardia con su arma en alto. Los hombres se rieron al verle. Era imposible que pudiera luchar contra todos ellos.

—Creo que pronto vas a hacer compañía a tu padre en el infierno, gusano.

—¡Corre! Por aquí —gritó la muchacha—, ven conmigo.

Sébastien observó a la joven que le indicaba un pasillo por donde huir, volvió a mirar a los siete hombres que avanzaban hacia él. Apretó los dientes. Echó una ojeada atrás y se percató de que la muchacha huía. Levantó su espada, se dio la vuelta y corrió tras ella. El pasillo era alargado y terminaba en una puerta. Al cruzarla, ella estaba detrás preparada para cerrarla. Al instante un fuerte ruido la sacudió. Los mercenarios intentaban forzarla.

—Ven, ¡rápido! Me temo que esto no los detendrá. —La joven le cogió de la mano y le guio hasta el tejado—. Por aquí podemos llegar hasta la plaza de la catedral.

—¿Por los tejados?

—¿Prefieres bajar? —espetó con ironía la joven—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Se estremeció al ver como una jauría de hombres sedientos de sangre corrían y

mataban a todo el que capturaban: hombres, mujeres, niños y ancianos. Un rastro de sangre descendía hacia el final de la calle, como si de un riachuelo se tratase.

La mujer se movía con agilidad sobre los tejados y parecía conocer bien el camino. Pronto llegaron frente a la catedral, donde cientos de caballeros y sus mesnadas rodeaban el templo.

—Los habitantes de la ciudad, tanto cristianos como cátaros, se han refugiado en la catedral —explicó la muchacha—. A mi hermana y a mí no nos dio tiempo de llegar hasta ella —añadió con tono más triste.

Mientras los gritos recorrían las calles y las casas, el pánico y el miedo afligía las almas de los hombres y mujeres que se agolpaban en la catedral. Los cruzados, espadas ensangrentadas en mano, la rodeaban ansiosos por entrar. No podían distinguir quiénes eran católicos de los que eran herejes, e inmóviles esperaban una señal para actuar. Sébastien y la muchacha observaban la escena desde el tejado de una de las casas de la plaza. Bajo ellos estaban los principales señores de la Cruzada, grandes caballeros del norte, fieles vasallos del rey de Francia que se habían unido libremente a la llamada de la Iglesia, puesto que su rey les había dado libertad para decidir. Sébastien los observaba con desprecio, sobre sus espléndidos caballos, con magníficas armaduras decoradas con insignias de oro y seda. Él, en cambio, no tenía nada; unas ropas remendadas hasta la saciedad, un estómago que apenas comía un mendrugo de pan al día y ahora, además, había perdido a su padre.

Quizás sí que él tuviera razón, quizás solo le quedaba su honor, eso era lo único que le diferenciaba de un animal. Porque olía como ellos y comía mucho peor. El honor y su fe, ese era todo su patrimonio. Miró a su lado y por primera vez se percató de lo bella que era la muchacha. No le extrañaba que los mercenarios hubieran querido disfrutar con ella. Era joven y hermosa, llevaba una saya morada muy larga ceñida al cuerpo, que aunque rota, conservaba espléndidos adornos dorados en los costados. Debajo se intuía una camisa blanca de lino fino, con un escote adornado con algún motivo geométrico que no acababa de ver bien y donde sobresalían unos senos que imaginaba grandes y firmes. El pelo suelto y largo le caía por toda la espalda, no tenía la piel pálida como las nobles que había visto en París, sino que su tez era morena y eso permitía que sus ojos verdes resaltaran aún más si cabe. La muchacha descubrió que estaba siendo observada.

—¿Qué miras? —inquirió molesta.

—Nada. —Sébastien retiró sus ojos de la joven.

—Me estabas espiando, ¿o te crees que no me he dado cuenta?

—Te juro que no.

—Calla. —Le hizo un gesto con su dedo anular para que no hablara—. Llega alguien importante. —La muchacha se asomó más a la azotea—. Todos le hacen reverencias.

—Creo que son el duque de Borgoña y el conde de Auxerre —comentó Sébastien—; y el del centro debe de ser el legado papal.

La muchacha volvió a esconderse.

—Debo irme o me matarán.

—¿Qué dices? No van a matarte... —Sébastien se detuvo y pensó mejor sus palabras.

—¿Eres estúpido? Acaso no han asesinado a mi hermana. ¿Es que no te has fijado que las calles están repletas de cuerpos de niños y mujeres? Tus compañeros no reparan en nadie, matan sin compasión. —Su rostro se estremeció y no pudo evitar una arcada que la hizo vomitar.

—¿Estás bien? —Le retiró el pelo de la cara.

La joven se incorporó bruscamente, limpiándose los labios con sus ropas y mirando con desprecio a Sébastien.

—Y no es del todo verdad, solo había algunas víctimas. Siento lo de tu hermana, sus asesinos no eran cruzados, solo criminales que se habían unido a la Cruzada. Por eso mataron también a mi padre. ¿Crees que no te entiendo? ¡Mi padre ha muerto!

—¡No quiero tu comprensión! —chilló la muchacha apretando los dientes—. ¿Cómo te atreves a decir eso?

Sébastien bajó la mirada, pensó sus palabras e inspiró de forma visible.

—La gente que hay muerta en las calles seguro que se resistió.

—¿Que se resistieron? —inquirió con tanta indignación que sus pupilas rebosaban de ira—. ¿Como mi hermana cuando era violada?

—No quería decir eso.

—Pero lo has dicho —espetó a la vez que se tensaban todos los músculos de su cuello.

—Mi padre ha muerto por salvarte —reprochó Sébastien con los ojos llenos de lágrimas—: ¡No lo olvides!

—Y mi familia, mis amigos y vecinos lo han hecho porque vosotros vinisteis. —Y la muchacha bajó del tejado.

—¿A dónde vas?

—No pienso quedarme aquí —respondió sin ni siquiera mirarle—. Me esconderé hasta que abandonéis Béziers.

—¿Estás loca? Te encontrarán —le advirtió Sébastien desbordado por el carácter enérgico y combativo de aquella muchacha.

—Esta es mi ciudad, nadie mejor que yo sabe donde esconderse. Gracias por salvarme y siento lo de tu padre. No es Dios quien os ha enviado, sino el mismísimo diablo. Habéis traído la destrucción y la muerte a nuestras tierras.

—Te equivocas, hemos venido para salvaros.

—Mira lo que ha hecho tu Dios en mi ciudad y piénsalo bien. Si nos volvemos a ver, me dirás entonces quién es realmente ese Dios por el que luchas. —Y la joven se marchó.

Mientras, miles de personas se refugiaban en la catedral. Numerosos sacerdotes católicos con cruces en las manos pedían clemencia para ellos frente a las escaleras

de acceso.

—¿Qué hacemos, eminencia? —preguntó el duque de Borgoña—. La ciudad es nuestra, pero en la catedral se han refugiado gran cantidad de gentes y no podemos distinguir quiénes son católicos de los que no.

—Quemadlos a todos —contestó impasible Arnaldo Amalarico.

—¿Cómo? —insistió el duque de Borgoña.

—Ya me habéis oído.

—Hay católicos en su interior, no todos son herejes —intentó explicarle el duque borgoñés—. Hay miles de personas ahí dentro.

—Es la voluntad de Dios —sentenció el legado papal con un tono sepulcral.

—Pero ¿qué queréis que hagamos? —insistió el duque de Borgoña—. No podemos separar a los cátaros de los que no lo son.

—Matadlos a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos.

Entonces apareció el mercenario de la cicatriz en el rostro, el mismo que había convencido a los ribaldos para ir al puente y que después había ordenado el ataque a la puerta de la muralla. Se acercó al legado papal con una antorcha y tras asentir con la cabeza se dirigió al templo seguido de varios peones portadores de más antorchas, madera, aceite y ropas. Varios hombres atrancaron la puerta para que no pudiera salir nadie, mientras el resto preparaba todo para que el templo ardiera. Pronto las llamas treparon por la fachada, los cruzados trajeron más materiales combustibles y avivaron el fuego todo lo posible. Después, lanzaron antorchas por los ventanales del templo. En pocos minutos todo se llenó de llamas, humo y gritos desesperados. La casa de Dios ardía desde sus cimientos, convertida en un macabro horno que se avivaba con las almas de miles de inocentes.

Sébastien contempló la barbarie desconcertado y afligido, con el corazón saliéndole del pecho. Los cruzados, el ejército de la santa madre Iglesia, estaba quemando vivos a cientos de cristianos, muchos de ellos católicos. Parecía la imagen del mismísimo infierno. «¿Y si quizás lo fuera?», se dijo para sí mismo. El enviado del papa lo había ordenado y Dios no había hecho nada para impedirlo.

La combustión alcanzó tal temperatura que una de las torres reventó por la presión. Fue una enorme explosión, que retumbó en toda Béziers. Una grieta creció desde los cimientos hasta lo más alto de la torre, llegando hasta el campanario, que no lo soportó y se vino abajo. Los muros de piedra del templo también se desplomaron uno detrás de otro, mientras dentro se consumían sin remedio miles de inocentes.

Horas después, el legado papal contemplaba la columna de humo elevarse varios cientos de pies sobre la ciudad. Ni una muestra de clemencia, ni un rastro de humanidad. El edificio no tardó en quedar reducido a polvo y ruinas. El incendio había sido de tal magnitud, que las campanas de las iglesias se habían fundido, y los cadáveres quedaron reducidos a cenizas.

—Una vez aniquilada Béziers, el siguiente paso es tomar Carcasona, la capital del vizcondado —comentó el duque de Borgoña que cabalgaba junto al legado papal

alejándose de la ciudad, el viento del este traía un olor a carne quemada que hacía estremecer a los hombres—. Carcasona es famosa por su poderoso cinturón de murallas. Espero que Dios vuelva a estar de nuestro lado, eminencia.

—Somos los soldados de Cristo, Él nos guía, mientras sigamos sus designios todo irá bien. Este escarmiento que hemos dado hoy ablandará la resistencia de los habitantes de Carcasona, el miedo es una arma tan poderosa como el acero.

—Hemos acabado con toda una población. Veinte mil vidas han sido pasadas a cuchillo, independientemente de su edad, sexo y condición. —Le advirtió el duque de Borgoña con aire de reproche.

—Sí, la venganza divina ha sido majestuosa —afirmó orgulloso Arnaldo Amalarico.

**Afuera de Béziers, 23 de julio de 1209**

Tras ver como Béziers era destruida por las llamas, Sébastien se unió de nuevo a los cruzados cerca de la orilla del río Orb. Entristecido por la muerte de su padre hasta límites que él nunca había conocido antes y, al mismo tiempo, desorientado por la brutal masacre. Tuvo suerte de encontrarse con Gerond en un campamento donde se agrupaban la mayor parte de los voluntarios francos de la Cruzada.

—Siento lo de tu padre, hijo, era un buen hombre. Debes consolarte pensando que ha muerto en Santa Cruzada, no hay mayor honor para un cristiano.

De nuevo el «honor» que tanto le gustaba nombrar a su padre. Y la Cruzada, aquello que llevaban años soñando realizar, había terminado con su vida e involucrándolos en la matanza de toda una población llena de inocentes. El recuerdo de aquella muchacha aún rondaba en su cabeza, como un fantasma. Seguramente yacería muerta entre las ruinas de donde quiera que hubiese buscado cobijo. ¿Quién iba a imaginar que Béziers entera sería pasto de las llamas?

Prefirió no contar exactamente cómo había muerto su padre y lo hizo por dos razones. La primera era que temía que el barbudo que escapó con vida, anduviera entre los cruzados; y la segunda, que prefería mentir diciendo que su padre había caído luchando contra un hereje, que salvando la vida de una muchacha cátara y matando a cruzados que querían violarla.

Permanecieron tres días acampados en los apacibles prados cercanos a Béziers celebrando la victoria. Sin embargo, pronto corrió la voz de que los nobles no estaban contentos con el saqueo de la ciudad y acusaban a los ribaldos de haber propiciado el incendio que la había arrasado. Al parecer varios cruzados habían visto a un hombre con una cicatriz en la cara preparar fuegos en distintos puntos de la ciudad, el mismo que había prendido la hoguera de la catedral y que había propiciado también el asalto a la puerta con la provocación del puente. Sébastien no dejaba de preguntarse quién era aquel misterioso sujeto que nadie conocía.

Cuando el ejército cruzado se puso en marcha, todas las fortalezas y castillos a su paso capitularon sin resistencia alguna. Era como un desfile victorioso, las poblaciones se rendían, pedían clemencia y se arrepentían de sus pecados. Los sacerdotes los confesaban y los caballeros confiscaban todos sus bienes y propiedades. Muchos huían antes de que ellos llegaran, por lo que la mayoría de las casas estaban abandonadas.

Al sexto día llegaron por fin a Carcasona, desde la orilla del río Aude observaron la impresionante capital de los territorios de la casa de Trencavel. El vizconde Raimundo Roger había tenido poco tiempo, pero lo había aprovechado bien. Acumulando víveres, municiones y agua. Y sobre todo, fortificando los burgos y las

murallas de la ciudadela. Los herejes no volverían a cometer los mismos errores.

—Esto no será fácil —masculló Gerond.

—Todos los señores de la región, con sus sirvientes y familias, se habrán refugiado entre esos muros y los defenderán a muerte —afirmó Sébastien.

—Ya casi hablas como un hombre, muchacho, tu padre estaría orgulloso.

—Mi padre está muerto.

—El mío también, acabaron con su vida por robar dos sacos de trigo para darnos de comer a mi hermano y a mí. Un sirviente alertó a su señor y este le cortó una mano.

—Pero entonces no le mató.

—Le cortó una mano por cada saco que robó —contestó Gerond sin mirar en ningún momento el rostro de Sébastien—. Mi padre se vio mutilado, incapaz de ayudar a su familia, sino todo lo contrario, como una nueva carga. Así que una mañana se levantó temprano y se tiró al río. Sin manos no pudo nadar ni agarrarse a ningún tronco. Murió ahogado.

Sébastien tragó saliva y buceó en su garganta buscando las palabras adecuadas para continuar hablando.

—Tu padre ha muerto luchando en un ejército cruzado, el mío se suicidó por vergüenza. Recuérdalo cuando atacemos esas murallas, las flechas lluevan a tu alrededor y los hombres caigan golpeados por piedras o quemados vivos. Esto es la guerra, lo de Béziers fue un juego de niños. —El franco siguió con la mirada perdida—. Carcasona es la capital de estos herejes, es en ella donde guardan sus secretos y la defenderán con su vida.

—¡Secretos! ¿A qué te refieres?

Gerond le miró por primera vez a los ojos, mantuvo la mirada como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Conozco estas tierras, he viajado mucho por ellas. Desde Narbona hasta Albi, desde allí a la Montaña Negra y al condado de Foix. He escuchado a sus perfectos cátaros predicar en las ciudades, humillando al corrompido clero e imponiendo su palabra frente a la de la Iglesia.

—¿Cómo es eso posible? Ellos son adoradores del diablo, herejes, ¿cómo pueden vencer a la verdad y la luz? ¿Cómo pueden luchar contra las Santas Escrituras?

—Con palabras —contestó Gerond con una media sonrisa.

—No os entiendo.

—Dicen que los cátaros han logrado poner por escrito, y en la lengua de oc, su fe. ¿Sabes lo peligroso que es eso? —Sus manos empezaron a temblar—. El Languedoc es solo una pequeña parte de la cristiandad y se han apoderado de ella solo con la fuerza de sus palabras. Imagínate lo que lograrían hacer si convierten esas palabras en papel. Si pueden transportarlas por toda la cristiandad, ¿quién podrá detenerlos entonces?, ¿cuántas almas corromperán?

—Si eso es cierto, ese libro es más peligroso que cualquier ejército.



—Mucho me temo que algo tendrá que ver con nuestra presencia en Carcasona.

—¿Insinúas que ese libro está aquí? ¿Dónde si no? ¿Qué lugar más seguro que este? —Gerond le miró a los ojos—. ¿Has visto sus murallas? ¿Tienes idea de cuánta sangre habrá que derramar para asaltarlas?

Aquella noche durmieron cerca del río Aude. Sébastien todavía soñaba con el terrible asesinato de su padre; pero también con los ojos verdes y la piel morena de la muchacha de Béziers. Ambos estaban ya muertos, pero en sus pesadillas parecían tan reales.

La mañana siguiente trabajaron cortando árboles y preparando la madera para los ingenieros que se afanaban en construir máquinas de asedio para atacar las defensas de la ciudad. También recibieron abundante comida y algo de vino. Sin duda querían que la moral de los cruzados estuviera alta.

Al amanecer del 3 de agosto formaron bajo las órdenes de los nobles. El enfado por el asalto de las casas más ricas de Béziers era evidente y los trataban como perros, no les importaban mucho más que los herejes que se escondían en Carcasona.

Los ánimos se calmaron cuando los clérigos empezaron a cantar el *Veni Sancte Spiritus*. Los presentes se arrodillaron y rezaron por sus almas, no en vano muchos morirían aquel día. Empezaron a sonar los tambores y los siguieron las trompetas. De repente, se oyó un silbido, como si un gran pájaro surcara el cielo. No impactó en la muralla del burgo, se quedó cerca. Las siguientes llegaron más lejos, alcanzando la muralla y algunas casas. La lluvia de proyectiles prosiguió durante media hora, no causó destrozos estimables, pero a buen seguro afectó a la moral de los defensores del burgo de San Vicente, el primero elegido para el asalto. Entonces, los tambores sonaron de nuevo y los caballeros dieron orden de avanzar.

—Esto no es Béziers, muchacho, no te separes de mí —le previno Gerond—, cuando yo te avise echa a correr todo lo que seas capaz hasta que podamos resguardarnos en algún lugar. Mientras tanto avanza despacio, deja que otros te adelanten. —Sébastien asintió.

Se dirigieron hacia la muralla del burgo de San Vicente. Se acercaron tanto a la muralla que las armas de asedio cruzadas se detuvieron para no causar bajas entre sus propias fuerzas. Hubo un momento de pausa, como si el tiempo se hubiera detenido, y entonces aparecieron los arqueros sobre la muralla del burgo y como una bandada de vencejos, sus flechas cubrieron el cielo. El suave zumbido de su vuelo se transformó en desesperados gritos de dolor al precipitarse sobre ellos. Un hombre cayó al lado de Sébastien con dos flechas en el pecho, otro se retorció con una que le atravesaba por completo la garganta.

Miró a Gerond, no estaba herido y seguía avanzando despacio, dejándose adelantar. De nuevo las flechas volaron, la escena de gritos y hombres cayendo se repitió frente a ellos. Conforme progresaban, comprobaban las secuelas, hombres retorciéndose de dolor, cuerpos sin vida y la sangre manchando el pedregoso suelo.

En medio del asalto, Sébastien vio una espada brillar en el suelo. Se acercó a ella,

era magnífica. Una hoja afilada y una empuñadura en forma de cruz patada, cuyos brazos se estrechan al llegar al centro y se ensanchan en los extremos. Seguramente había sido robada en Béziers. Su propietario yacía muerto con una flecha en el pecho. No lo pensó dos veces, se agachó y se adueñó de ella.

—Ahora, Sébastien, ¿qué haces, muchacho? —le gritó al verlo agachado junto a un cadáver—: ¡corre! Hay que llegar al foso antes de la próxima descarga.

Gerond, más viejo y lento, se lanzó contra el suelo a escasos metros del foso seco. Sébastien le imitó. Las flechas volvieron a volar y varios hombres que iban detrás de ellos fueron alcanzados. Muchos otros que los seguían corrieron la misma suerte.

Se dio la orden de asalto, una multitud de cruzados se lanzó enfurecida hacia las murallas. El foso era poco profundo, debía de haber sido excavado de manera improvisada. Varios carros llenos de piedras y tierra llegaron empujados por los zapadores y colmataron algunas zonas, creando pasos por donde cruzarlo. Alcanzaron los muros, que tampoco eran de gran altura, formados por una base de piedras sin tallar y reforzados con una empalizada. En ese momento decenas de escalas se apoyaban en ellos y los cruzados avanzaron como una inmensa masa imparable. Los arqueros habían huido, como el resto de defensores y habitantes del burgo. Todos corrían hacia la ciudadela. El burgo de San Vicente ya era suyo.

—¡Hemos vencido!

—Tranquilo, muchacho, tan solo hemos asaltado un burgo, el peor defendido de Carcasona.

—Los herejes huyen.

—Sí, a cobijarse tras los muros de la ciudadela. Este arrabal se había extendido fuera de las grandes murallas de la ciudad y estaba muy expuesto a un asalto.

—Una victoria es una victoria.

—Sí, eso es verdad. Hemos cortado el acceso de la ciudad al río Aude y miles de nuevos ocupantes se agolpaban en la ciudadela, muchas bocas que alimentar. —Gerond revolvió el pelo de Sébastien—. Vamos o no dejarán nada para nosotros.

El burgo fue saqueado, pero si los cruzados querían un buen botín deberían asaltar la ciudadela. Al menos aquella noche durmieron con el dulce sabor de una victoria.

Al día siguiente, Sébastien dormía cerca de la orilla del Aude, entre las ruinas de un molino abandonado, cuando un ruidoso bullicio le despertó.

—¿Qué ocurre, Gerond? —preguntó entre bostezos—. ¿Atacamos ya?

—Me temo que hoy no. Es el rey de Aragón, ha venido a parlamentar y a intentar buscar una solución entre el vizconde de Trencavel y los jefes de la Cruzada.

—¿Una solución? —inquirió mientras intentaba abrir los ojos.

—Eso parece, habrá que esperar.

Aguardaron durante todo el día hasta que la embajada aragonesa abandonó la ciudad. Todo parecía indicar que no había habido acuerdo, puesto que ni siquiera pasó por el campamento de los caballeros cruzados. Gerond intentó averiguar qué

había sucedido.

—¿Y bien? —preguntó Sébastien al verlo regresar del centro del campamento de los nobles.

—Parece ser que le han ofrecido a Raimundo Roger de Trencavel abandonar la ciudad con doce de sus caballeros y todo lo que pudieran transportar —relató Gerond—, pero el resto quedaba a merced nuestra. El vizconde no ha aceptado. Prepárate, o mucho me equivoco o mañana asaltaremos la ciudad.

Cayó el sol y cientos de hogueras inundaban los alrededores de Carcasona, como si algunas de las estrellas que colgaban del cielo hubieran caído sobre aquel paraje del Languedoc. En una de ellas, acurrucado por la soledad, intentaba dormir Sébastien, temeroso de que el fantasma de la tristeza volviera a visitarle aquella noche.

Con las primeras luces del nuevo día volvieron a disfrutar de un buen desayuno, preludio de que podía ser el último de sus vidas. Recibieron la santa misa, con los cánticos del *Veni creator spiritus* entonados con una potencia atronadora. Creando una atmósfera mística, que hacía crecer la sensación de estar en unión con Dios y de poder alcanzar el éxtasis.

Otro burgo, esta vez el de San Miguel, al sur de la ciudad. Sus fortificaciones nada tenían que ver con las del arrabal ya conquistado. Un amplio y profundo foso lo defendía, tras él habían levantado otra empalizada donde habían situado numerosos arqueros. Tanto el muro de troncos como la contraescarpa del foso estaban repletos de afiladas picas para detener a los caballos. Tras la empalizada se levantaba una muralla de sillería, de potentes muros, con la parte superior perforada de saeteras y coronada por un almenado cerrado con cadalsos de madera. Contaba con torres cilíndricas reforzando los puntos más débiles y la única puerta de acceso estaba provista de un puente levadizo.

Un grupo de arqueros tomó posiciones en el límite del alcance de los proyectiles de los defensores. Un cuerpo de caballería avanzó y se escondió en el bosque cerca de la puerta. A la vez, una compañía de sargentos a caballo formó tras los arqueros; y otra de arqueros y ballesteros se dispuso detrás de Sébastien y Gerond. Era la primera vez que las huestes de los caballeros tomaban posiciones tan decididas a entrar en combate. Las catapultas seguían disparando, pero la muralla resistía los impactos. Incluso salvando la altura de los muros, las construcciones del interior también eran potentes y no se venían abajo como en el burgo de San Vicente. Entonces los tambores, trompetas y gaitas sonaron con fuerza, señal de que empezaba el ataque.

—Suerte, muchacho, que Dios se apiade de tu alma. —Gerond se santiguó.

—Él está hoy de nuestro lado.

—Eso espero —respondió poco convencido el cruzado.

Esta vez no hubo avance lento, los ribaldos, mercenarios, monjes y voluntarios se lanzaron como posesos hacia la muralla. Desde el primer momento aparecieron las grandes escaleras y los carros llenos de piedras y tierra para salvar el foso. Cuando

pasaron a los arqueros, estos los siguieron. Así avanzaron hasta que el firmamento se cubrió de pájaros negros y una lluvia de proyectiles cayó sobre ellos como si el mismísimo cielo les disparara. Fue una descarga brutal, una masacre.

Una flecha rozó el hombro de Sébastien, abriéndole una pequeña herida superficial, otras dos cayeron a sus pies. Miró a su alrededor y cientos de hombres yacían en el suelo, alcanzados y retorciéndose de dolor. Buscó a Gerond pero no conseguía localizarle. Entonces los arqueros le adelantaron, tomaron posiciones y dispararon contra los defensores. Detrás de ellos llegaron los sargentos.

—¡Adelante! ¡Somos el ejército de Dios! —gritaba uno de ellos—, ¡levantaos y atacad!

Los miles de atacantes volvieron a avanzar, esta vez cubiertos por los arqueros y de forma más organizada. Una nueva descarga aniquiló a buen número de ellos, algunos caían con media docena de flechas clavadas en su cuerpo. El avance hacia la muralla dejaba un mar de muertos, heridos y mutilados.

Llegaron al foso, cara a cara con los arqueros de las empalizadas. Muchos de ellos empezaron a caer bajo las flechas cruzadas. Las escaleras volaron por el cielo empujadas por largas pértigas, en un laborioso trabajo que necesitaba el esfuerzo de muchos hombres. Cientos de ribaldos llegaban con árboles, tierra y rocas para crear pasos en el foso. Estaban ya tan cerca que veían posible el asalto, pero se habían expuesto a ser un blanco sencillo.

Las piedras empezaron a caer sin compasión, contra ellas no había escudo ni defensa posible. Los cruzados salían despedidos al recibir los impactos de los grandes pedruscos. Cientos de hombres empezaron a cruzar las defensas con la ayuda de las escaleras, aunque la empalizada exterior todavía resistía. Lo que no avanzaba era la labor de crear pasos en el foso y eso complicó la situación, ya que los arqueros defensores se esforzaban en impedir más avances, centrando todos sus disparos en los zapadores. Algunos intentaban bajar al foso y cruzarlo, pero se convertían en una presa fácil y un mar de piedras caía sobre ellos. La situación se volvió crítica, no había forma de culminar el asalto a las murallas del burgo.

Los defensores se regodeaban masacrando a los cruzados hasta que cundió el pánico. Entonces, los mercenarios y ribaldos empezaron a huir de forma desordenada, los arqueros y ballesteros los siguieron igual de impacientes por abandonar el campo de batalla. Solo los sargentos intentaron poner algo de orden, pero ellos también habían sufrido bajas.

Al final todos corrían en retirada, dejando atrás un mar de cadáveres y heridos. Como ya había avisado Gerond, aquello no iba a ser tan fácil como la toma de Béziers.

## Narbona, agosto de 1209

Narbona era una ciudad próspera y bulliciosa, abierta al mar desde la Antigüedad, vivía del comercio y de las ricas tierras que la rodeaban. En ella confluían dos antiguas vías de comunicación, la Vía Domitilia y el camino de Aquitania. Ambos eran ejes de época romana, cuando aquella región se conocía como Narbo Martius. Remontando la Vía Domitilia se encontraban Béziers y Nîmes. Más al norte se hallaba Montpellier, con la que competía por el comercio. La herejía se había detenido a las puertas de la ciudad, el río Aude se había convertido en el límite de la maligna contaminación. A la derecha de su desembocadura, Narbona y la abadía de Fontfroide estaban limpias; a la izquierda todo se encontraba infestado y se expandía desde Carcasona hasta Tolosa.

La ciudad y sus dominios eran una plaza codiciada, el arzobispo gozaba de un inmenso poder y prestigio por la misión pastoral que representaba y también por sus vínculos aristocráticos familiares, por su patrimonio personal y por la riqueza de sus iglesias. Tal influencia y la falta de una alternativa laica fuerte a la que subordinarse, le permitía defender sus privilegios frente a la nobleza local de una forma mucho más activa y radical que sus hermanos de otras regiones. Por la misma razón, disfrutaba también de un alto grado de autonomía respecto de la autoridad centralizadora de Roma. Era una situación de separación y enfrentamiento con los poderes laicos, de independencia política y eclesiástica, y de fuerte implicación moral y familiar.

Aquella tarde, el arzobispo vestía con sus complementos litúrgicos más suntuosos. El alba, una blanca túnica con un amito para cerrar el cuello y un cíngulo para lucir una figura más elegante. Sobre ella una estola de diversos colores colgada por ambos lados del cuello; y una casulla lujosamente decorada. No en vano era uno de los más poderosos señores del Languedoc y lo demostraba con pomposidad y lujo.

En Narbona el equilibrio de fuerzas no había cambiado con la llegada de la Cruzada, pero podía hacerlo en cualquier momento. Debido a ello, y a otros asuntos domésticos, el arzobispo se mostraba visiblemente preocupado, incluso a la hora de la comida.

—Si es lo que desean pues hágase. Que las gentes instruidas lean las Escrituras y se convencerán de que existe un dios maligno, señor y creador, que es la fuente y la causa de todos los males. Si no fuera así, les sería necesario confesar que es el verdadero Dios, el mismo que es la luz, que es bueno y santo; el que es la fuente viva y origen de la dulzura y la justicia —leía sosegadamente un hombre vestido con una saya blanca—, el que sería, a la vez, causa y principio de toda maldad, de toda amargura e injusticia; y que todo lo que es opuesto a este Dios, procedería, en realidad, de Él mismo: cosa que ningún sabio sería tan necio de sostener.

—Blasfemia tras blasfemia —carraspeó Berenguer, arzobispo de Narbona, mientras comía.

Sobre la mesa había todo un festín de guisantes y carne, cordero, buey y ternera sobre grandes rebanadas de pan empapadas en el sabroso jugo del asado. El arzobispo era un hombre de más de sesenta años, obeso y sudoroso. Tenía la mandíbula cuadrada, su pelo crecía desordenadamente, con remolinos profundos, cayendo hasta la altura de los hombros. Comía hundido en un trono a modo del que solían tener príncipes y reyes.

No era de extrañar, Narbona era enormemente rica y el dinero se mostraba en el lujo de su palacio arzobispal. La estancia parecía más el salón de audiencias de un duque o conde que de un clérigo. La techumbre de madera estaba decorada con policromías florales y tapices con escenas de caza y alegóricas cubrían las paredes. Dos guardias con cota de mallas y lanzas protegían sendos lados de la única puerta de entrada a la estancia.

—Eminencia, no son mis palabras, tan solo leo la misiva.

—Lo sé, Giraut, no temáis. Perfectamente sabéis mis reticencias con la Iglesia de Roma. No cabe duda de que para el papa esto no puede ser otra cosa que herejía, y por eso envía a sus esbirros a que acaben con ella —musitó Berenguer desde su sillón a la vez que daba un trago de aguardiente—. Y luego está ese demente de Arnaldo Amalarico, mucho me temo que no es trigo limpio.

—Es el legado papal.

—Sí, el único tras la extraña, y para él conveniente, muerte de Castelnou. Me preocupa la presencia de un ejército bajo su mando tan cerca de Narbona.

—Pero son cruzados, van a luchar contra la herejía.

—Ya, preguntádselo a los habitantes de Béziers, especialmente a los miles de católicos que murieron quemados vivos. —No obtuvo respuesta—. Ese hombre trama algo. El Languedoc es una tierra extraña para los norteños. Allí, en Bretaña, en Borgoña o en París, se rigen por el vasallaje. Entendido a su manera, como un acto de sumisión. En cambio, aquí es un juramento entre dos partes iguales, un acuerdo mutuo. En el Languedoc cada condado es autónomo, independiente *de facto*. Yo mismo gobierno Narbona como si fuera su dueño, no rindo cuentas a nadie.

—A Dios.

—Eso por supuesto, a Nuestro Señor, pero jamás a su representante en Roma —clarificó el arzobispo—. Esa independencia de cada baronía, incluso de las ciudades, no es bien aceptada en el norte.

—Lo ven algo peligroso —afirmó Giraut con cautela.

—Así es. Además, a nadie le amarga un dulce y estas tierras son ricas, el comercio crece aquí como en ninguna otra parte. Desde Narbona, a través del valle del Garona fluyen todas las mercancías del Mediterráneo al Atlántico.

Un sirviente de complexión delgada, y con andares algo inclinados hacia delante, entró en la sala. Los guardias bajaron las lanzas cortándole el paso. Levantó su brazo

pidiendo permiso y se acercó al arzobispo. Si había entrado era, sin duda, para informarle de nuevas noticias.

—Miraval pide audiencia, arzobispo.

—Ah, el trovador —murmuró Berenguer—, hacedle pasar.

El sirviente se retiró y un joven vestido con una túnica azulada y calzas marrones se plantó delante del arzobispo. Llevaba poblada barba y cubría su cabeza con una capucha de lana, que se descubrió al llegar frente a Berenguer de Narbona.

—Eminencia —saludó mientras se inclinaba para besar la joya del arzobispo.

—Me han aconsejado vuestros servicios.

—Será un honor trabajar para vos —respondió el nuevo invitado.

—¿Qué sabéis hacer?

—Un trovador compone texto para poesía, también la música; por lo tanto, somos a la vez músicos y poetas.

—Solo sois un mercenario, vivís de la protección y dinero que recibís en las cortes o en las casas de los burgueses que os acogen. —Berenguer de Narbona se arrebujó alrededor del lujoso manto con bordados de oro—. Son malos tiempos para la música, querido trovador.

—Yo creo que nunca han sido mejores —afirmó Miraval seguro de sí mismo—, ahora hasta los señores nos imitan. El mismísimo Ricardo Corazón de León era un genial trovador.

—No me extraña, era biznieto del duque de Aquitania, hijo de Eleanor. —Ahogó una carcajada—. Por todos son conocidas las ocurrencias de esa dama.

—Incluso hay un obispo católico en Tolosa, Fulco, que ha sido trovador hace años.

—Ambicioso y peligroso sujeto. —Berenguer se apoyó en el cabezal de su silla.

—Pues hasta hace poco cantaba y componía por estas tierras. Dicen de él que tocaba el laúd con gran destreza y enamoraba a las damas más hermosas con sus melodías.

—Un cura trovador. —El arzobispo se acomodó en su sillón—. Desde luego eso solo puede suceder aquí, en el Languedoc.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Tomadlo como queráis, Miraval. Reconozco que tenéis ciertos méritos artísticos y habéis ganado un buen prestigio social que os ha diferenciado del resto de juglares.

—Por favor, eminencia, no me insultéis comparándome con un vulgar juglar, yo soy un trovador del Languedoc.

—Lo sé, lo sé. —El arzobispo de Narbona ríe brevemente—. Vosotros tenéis nobleza, gallardía, generosidad y lealtad.

—Y elegancia, eminencia, no os olvidéis de la elegancia.

—Sí, y elegancia, ¡cómo no! —Berenguer negó con la cabeza—. Y también sois el máximo exponente del amor cortés, ¿verdad? Un curioso juego galante, no cabe

duda, de tributo a la belleza de las damas del Languedoc.

—Es mucho más que eso —replicó el trovador—, es la expresión de una conducta fiel, refinada diría yo.

—¿Fiel? Sí, seguro. —Y soltó una carcajada grotesca—. Sobre todo cuando se realiza con damas desposadas.

—El amor nada tiene que ver con el matrimonio.

—No os sobrepaséis en mi presencia con vuestros comentarios. Soy tolerante, pero no olvidéis con quién estáis hablando: la máxima autoridad de la Iglesia en el Languedoc —amenazó con la experiencia del que lo hace a menudo.

—Por supuesto. El señor de la Narbona, conquistada por el padre de Carlomagno a los musulmanes. Eso sí, con ayuda de los judíos. De hecho se dice que aquí llegaron los supervivientes de la casa real de David, los últimos príncipes judíos.

—Eso son solo leyendas.

—Como la que cuenta cómo Pedro II, rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier, fue engañado por su esposa y los habitantes de Montpellier para que engendrará a su hijo, el infante Jaime, a pesar de que repudiaba a la reina y no quería yacer con ella.

—Conozco esa historia. —El arzobispo se rascó la barba—. No me gustan los bufones ni los juglares. No obstante, veo que tenéis buena lengua, justamente lo que necesito. Escuchadme bien porque no me gusta repetir las cosas. Quiero que visites las cortes de Foix y Tolosa y descubráis qué se está tramando por allí. Sé que tenéis medios, especialmente femeninos, para acceder a ellas. —El arzobispo se detuvo y esperó unos segundos—. Enteraos de cualquier asunto o comentario relacionado con el *Libro de los dos principios* e informadme de inmediato.

—Ese libro es el que algunos llaman la biblia cátara. —La expresión jovial y segura de Miraval se tornó seria y confusa.

—Exactamente. —El arzobispo dio un buen trago de vino en su copa de plata.

—Pero si es solo una leyenda, no existe realmente, ¿verdad? —inquirió el trovador mientras se pellizcaba la barba.

—Os he avisado de que no me gusta repetir las cosas, ya me habéis oído —su voz tenía el tono del que sabe hacerse obedecer—. En cuanto descubráis algo hacédmelo saber, seréis debidamente recompensado. —Se levantó con pesadez.

—Así será, arzobispo. —Y se arrodilló ante él besando el anillo.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*



**Carcasona, 6 de agosto de 1209**

A primera hora de la mañana, Sébastien y Gerond comían junto a otros ribaldos en la orilla del Aude, cerca del burgo de San Vicente. El día anterior habían estado de nuevo cortando árboles. También se había dado orden de matar animales, para llevar sus pieles y la grasa junto a la madera. Eso había proporcionado abundante carne fresca para la pasada cena, y todavía quedaba para el desayuno. Así que habían hecho una sopa con ajo, conejo y tocino.

—Llevamos cinco días aquí y todavía nada —comentó uno de los presentes, un hombre delgado como un junco, que sin embargo no paraba de comer—. A este paso no vamos a conquistar nunca esta ciudad. ¡Con todas las riquezas que tendrá escondidas en su interior!

—¡Y mujeres! No te olvides de las mujeres. —Otro de ellos, más alto y fuerte, con un mechón de pelo en la frente pero completamente calvo en el resto de la cabeza, soltó una carcajada acompañada de una tos ronca.

—Lo peor es que los caballeros todavía ni se han acercado a las murallas —añadió Gerond.

—Es que tienen miedo de mancharse sus armaduras —dijo entre risas el más delgado.

El ruido de los relinchos, los gruñidos de las bestias y, especialmente, el trabajo de los herreros que se esforzaban preparando lanzas, escudos, espadas y flechas; hacía que fuera difícil hacerse oír. Ya eran varios días sin moverse de allí y el improvisado campamento que albergaba a los voluntarios se había convertido en un lugar insalubre. La mayoría de los ribaldos no se alejaban de él ni para orinar ni defecar. Por lo que la acumulación de desperdicios humanos y de animales empezaba a ser preocupante, y el hedor insoportable.

—Nos tratan como a perros —musitó Gerond—, no valemos nada para ellos, solo somos carne que echar contra los ballesteros y defensores de la ciudad.

—¿Qué esperabas? Son señores y nosotros vasallos, muchos ni siquiera eso. Por no tener, no tenemos ni señor a quien servir. —Se retiró el mechón de la cara antes de que cayera en el interior de la sopa.

—No te pierdes nada —murmuró Gerond mientras comía más carne—, al menos nosotros somos libres. Libres para ir a donde deseemos. En cambio, en el norte, los campesinos no pueden abandonar la tierra o su señor los matará, a ellos y a sus familias.

—Eso no puede ser —soltó Sébastien ante la cara de sorpresa del resto.

—Aún eres demasiado joven, muchacho, pero es mejor que sepas cuanto antes la vida que te espera —le advirtió el hombre del mechón—. Da igual lo fuerte o listo

que seas, tú eres un siervo, no tienes nada y nunca lo tendrás.

—No le habléis así —les recriminó Gerond con firmeza.

—¿Por qué no? ¿Es acaso mentira? La única manera que tendrás de sobrevivir es cogiendo todo lo que puedas en lugares como este. Una Cruzada es una inigualable oportunidad para hacer botín. Cuando entremos en Carcasona busca la casa más rica y roba lo que puedas, pero que no te vea ningún caballero o te lo quitará todo. Esos son todavía más ladrones que nosotros.

—Si actúo como un buen cristiano, Dios me ayudará.

Todos se echaron a reír ante las ingenuas palabras de Sébastien.

—¿Dios? Ningún Dios te va a ayudar, o crees que me ha ayudado a mí o alguno de nosotros. Dios solo tiene ojos para los poderosos. —El hombre del mechón rubio hizo una pausa para comer algo de pan—. Nosotros no valemos nada para Él, no tenemos cosa alguna que ofrecerle.

—Yo sí tengo algo.

—¿Tú? ¿El qué? —preguntó sorprendido el hombrecillo más delgado.

—Mi honor.

—¿Tu qué? —inquirió casi atragantándose con el pan.

—Ya me habéis oído, seré pobre, estaré solo y pareceré que soy joven todavía, pero tengo mi honor. Y mientras lo conserve, nadie me mirará por encima del hombro.

El silencio se hizo en el grupo, todos miraron al muchacho confusos. Nadie sabía qué decir, el hombre al que se estaba refiriendo tragó el corrusco de pan duro y casi se ahoga con las palabras que vinieron detrás. Gerond esbozó una media sonrisa y el resto permaneció callado, con la cabeza baja. Ellos no podían decir lo mismo que aquel muchacho, ellos no tenían honor, lo perdieron hace tanto tiempo que no recordaban haberlo poseído nunca.

Los tambores sonaron de pronto, y con ellos las chirimías y las trompetas. Los monjes aparecieron en el campamento con las cruces procesionales rumbó hacia la ciudad. Un grupo de caballeros daba órdenes, se reanudaba el asalto.

Sébastien se puso en marcha con su espada bien empuñada en la mano derecha, en su empuñadura destacaba un símbolo, una cruz patada con círculos en las esquinas. Muchos de los ribaldos la miraban con codicia, pero él pensaba defenderla a toda costa.

Frente a las murallas, el total de los arqueros cruzados se habían extendido a lo largo del lienzo sur del burgo, protegidos detrás de una empalizada con árboles y carros. Las catapultas empezaron pronto a lanzar sus proyectiles y esta vez no solo había sargentos en el campo de batalla. Numerosos nobles se disponían para dirigir ellos mismos el asalto. Al sureste, entre unos árboles en la orilla del Aude, se había escondido un grupo de más de trescientos jinetes. Otros tantos se situaron cerca de la puerta y más de mil formaron en línea detrás de ellos.

—Se disponen como si fueran a luchar en una batalla campal —comentó el

hombre del mechón—, es extraño que formen así.

—¿Es que eres tonto o qué? —le recriminó el más delgado—. Se han puesto en formación de carga por si nos retiramos.

—¿Cómo? —insistió el hombre del mechón.

—No quieren que huyamos —añadió Gerond—, si se nos ocurre retirarnos como en el anterior asalto, ellos mismos nos atacarán. Para esos, nosotros no valemos nada.

La mesnada de caballeros situados en vanguardia pusieron pie en suelo y dejaron marchar a sus caballos. Uno de ellos —alto y corpulento, con aire noble y distinguido y una flor de lis encima de la sobrevesta— levantó su espada en alto y gritó bien fuerte.

—¡Cruzados! Ha llegado la hora de luchar por Nuestro Señor, Jesucristo. Esos herejes se burlan de su palabra y amenazan nuestra salvación. ¡Estamos aquí para castigarlos! Somos cruzados, por lo que recordad que todo lo que hagáis hoy, aquí, en vida, tendrá su recompensa tras la muerte. ¡Seguidme! Y que Lucifer se apiade del alma de los cobardes. Porque Dios, ¡no lo hará!

La muchedumbre enfurecida se lanzó al ataque, los tambores resonaban a un ritmo endiablado, las catapultas escupían sus proyectiles, corrían como bestias a por su presa, liberando con sus gritos todo el miedo y tensión que instantes antes llenaban sus almas.

Siguieron acercándose más y más. Y entonces, una lluvia de flechas cayó sobre ellos. Se protegieron como pudieron, con escudos, maderas o con los cuerpos de los muertos en el anterior ataque. Sébastien no vio caer a nadie a su alrededor. Seguida de la primera descarga, hubo una segunda, mucho mayor, acompañada con piedras y dardos. Muchos confiados no tuvieron tiempo de protegerse. Y los efectos fueron demoledores, cientos de cuerpos cayeron acribillados por proyectiles.

Rápidamente los arqueros cruzados, estratégicamente situados, respondieron. Momento que aprovecharon los caballeros para ordenar que continuara el asalto. Las escaleras empujadas por pértigas aparecieron de nuevo a decenas. Y los defensores de la empalizada huyeron asustados al ver el ímpetu de los asaltantes. El foso seguía siendo un obstáculo demasiado considerable. Sin embargo, aquella mañana iba a haber muchas sorpresas. Abriéndose paso entre las tropas cruzadas, tirada por extraordinarios mulos, apareció una descomunal máquina de guerra. Una torre de madera de tres alturas provistas de puentes levadizos. En la base llevaba incorporadas numerosas ruedas. Toda ella estaba cubierta con las pieles de los animales que habían matado el día anterior envueltos en orines para que no ardiera. El tejado tenía una pronunciada inclinación para resistir fuertes golpes; al igual que las paredes, construidas con gruesos maderos reforzados con perchas y crucetas. Los impactos de las piedras lanzadas desde las murallas no tardaron en llegar. Avanzaba rápido ya que previamente se había preparado un doble camino de tablas untadas con grasa sobre la tierra, por donde sus ruedas rodaban rápidamente. Así llegó hasta el foso, desde su interior varias docenas de zapadores empezaron a tirar piedras y tierra para colmatar

la zanja.

—Todas las flechas van hacia ella —aviso Sébastien.

—Claro, derribar ese ingenio es ahora su máxima prioridad. Sin embargo, las flechas no van a tener ningún efecto sobre él; y si no me crees, ya lo verás.

Los mulos que la habían traído yacían muertos, y su carne fresca se utilizaba para impermeabilizar todavía más sus paredes. Solo los potentes dardos de las ballestas podían atravesar parte de la estructura de madera, causando escasas bajas entre los zapadores. El foso empezó a cegarse, y la torre de asedio avanzaba al mismo tiempo, ofreciendo siempre protección. Entonces, decenas de manteletes de madera, tan altos como dos hombres, formaron una barrera defensiva a ambos lados de la máquina de asedio. Tras ellos aparecieron un gran número de arqueros que causaron innumerables bajas entre los defensores de las murallas. Así, la torre pudo avanzar aún más rápido. Los cruzados no dejaban de traer piedras y tierra en una fila interminable que aprovisionaba constantemente a los zapadores.

Mientras, los intentos de tomar las murallas no cesaban en otras zonas del burgo. Un grupo de trescientos caballeros increpaba a los defensores de la puerta sin llegar a atacarlos. Los ribaldos habían alcanzado ciertas zonas de las murallas con sus escaleras, pero la milicia conseguía repelerlos.

Sébastien, Gerond y el resto de sus compañeros, esperaban tras unas rocas que la torre terminara su trabajo. Los defensores no se daban por vencidos y aumentaron el tamaño y número de rocas que lanzaban contra ella. Inmensos cubos de aceite y sebo ardiendo eran vertidos sobre su tejado, y en algunos puntos conseguían filtrarse y caer sobre los zapadores, que salían corriendo con sus cuerpos deformados. Eso no era suficiente para detener la torre de asedio y finalmente cruzó el foso e impactó contra el muro de sillar. Entonces la labor de los zapadores cambió, y empezaron a excavar debajo de la muralla.

—Quieren abrir un túnel —avisó Gerond—, intentan excavar una mina que sobrepase los cimientos de la muralla, luego la apuntalarán con tablas de madera.

Al estar tan cerca de la muralla, las bajas entre los cruzados eran mayores y empezaron a causar estragos en la construcción de madera, que ardía levemente por varias partes. A su vez el avance del túnel era imparable, así que los defensores lanzaron unos ganchos unidos a cuerdas que estaban atadas a varios mulos que habían dispuesto dentro del burgo. Uno tras otro, se clavaron en una de las caras de la torre, y el artefacto empezó a zarandearse ante el esfuerzo de los animales que tiraban de ella. El fuego cruzado de los arqueros era intenso y sobrecogedor, pero Sébastien y los suyos no se atrevían a unirse al asalto. Más zapadores llegaron con nuevas vigas para apuntalar el techo del túnel bajo la muralla. Los arqueros de la milicia se cebaban con ellos en un intento de que no alcanzaran la base del muro con su carga.

—¡Dios mío! —exclamó Sébastien—. ¿Cuántos están muriendo?

—Miles —respondió el hombre del mechón—, pero ¿tú ves que les importe? —preguntó señalando al grueso de caballeros que seguía inmóvil detrás de su línea.

—No debemos movernos —murmuró Gerond—. Si avanzamos moriremos seguro.

—¿Qué hacéis ahí, pandilla de rufianes? —les gritó un caballero a pie—. ¡Maldita sea! Avanzad o yo mismo os mataré. —Y alzó su espada amenazante.

No tuvieron más remedio que coger sus armas y abandonar la protección de las rocas.

—¡Vamos, cobardes! —insistió el caballero que portaba la flor de lis en su sobrevesta.

Justo cuando llegaron hasta el foso, la torre empezó a temblar, las sogas de los ganchos estaban totalmente tensas y, en breve, derribarían el arma de asedio. Sébastien no lo dudó, corrió hacia ella y trepó hasta el segundo nivel. Con su brillante espada empezó a cortarlas.

—¡Está loco! —gritó el hombre más delgado.

—Puede, pero hace lo correcto —contestó Gerond que fue a ayudarlo y empezó a cortar también las sogas que tiraban de los ganchos de la parte inferior.

—¡Maldita sea! —Y el ribaldo del mechón también se les unió y así el resto de compañeros.

Con sus espadas fueron cortando una a una las cuerdas, liberando a la torre de sus enemigos. La acción les costaría cara. Los milicianos de Carcasona los descubrieron y se cebaron con ellos. Dos flechas se clavaron en el pecho del más delgado de los acompañantes de Sébastien y otra en su cuello. Un dardo perforó las tripas del hombre del mechón, que cayó de rodillas intentando tapar el orificio con sus manos. Hasta cuatro flechas más impactaron en su espalda y después otra en su hombro. Otros dos ribaldos más fueron rociados con aceite hirviendo, sus rostros se deshicieron como la mantequilla y cayeron rodando al foso entre gritos de desesperación. Uno de ellos terminó clavado en una de las grandes estacas que lo protegía, mientras el otro seguía balbuceando y estremeciéndose de dolor en el fondo de aquel lugar, sin que nadie tuviera la decencia de rematarle.

Cuando Sébastien cortó la última cuerda, dos flechas pasaron justamente a un palmo de distancia de su rostro, y otras dos se clavaron a escasa distancia de sus pies.

—¡A la torre! —gritó Gerond—. ¡Rápido!

Ambos corrieron hacia su interior, Sébastien se escurrió entre varios cadáveres hacinados que entorpecían la entrada al segundo nivel. Allí todos estaban muertos, así que saltó al piso inferior. Buscó a Gerond. Estaba detrás de él, todavía fuera de la torre. Estiró su mano para ayudarlo a entrar. La tocó con la punta de sus dedos, pero entonces una enorme piedra lanzada desde la muralla impactó en su cabeza, impulsándolo hacia atrás. Sébastien no podía creerlo, miró a su compañero. Su cara desfigurada yacía aplastada en el suelo rocoso. Su rostro había dejado de parecer humano, ni siquiera se movía. Había sido una muerte instantánea.

—¡Vamos! —Un zapador con barro por toda la cara le dio un saco pesado—. ¡Venga, al túnel! ¿A qué esperas?

Sébastien guardó su espada en el cinto y agachó la cabeza para no golpearse con un travesaño, avanzó entre el resto de zapadores que se movían de forma apresurada. El ambiente era pesado, nauseabundo, el calor era horrible y el humo impedía respirar con normalidad. El techo parecía a punto de venirse abajo y sentía como la estructura era golpeada una y otra vez desde el exterior. Llegó a la boca del túnel, se introdujo en él a gatas y se arrastró con la carga. Otros como él hacían lo mismo en sentido contrario. Alcanzó el final y entregó el saco a un hombre con la cara ennegrecida.

—¡Fuera! ¡Corre! —le ordenó uno de los zapadores que estaba al mando—. Ya está todo listo, hay que salir de aquí.

Rehízo el camino en sentido contrario, todo lo rápido que pudo. Volvió a la torre, donde se acumulaban gran cantidad de hombres que como él habían abandonado la mina. Nadie sabía qué hacer entonces.

—¡Fuera! —gritó un individuo con la cara quemada, que llevaba una antorcha y que no dudó en tirarla en la boca del túnel.

Rápidamente se iluminó enteramente el lugar y todos corrieron fuera de la torre. Nada más salir fueron recibidos por las flechas de los milicianos, que se divertían haciendo diana en blancos tan sumamente sencillos. Sébastien se negaba a abandonar la máquina de asedio, dejó que le adelantaran varios hombres y observó impasible como morían al instante bajo los dardos y proyectiles de los defensores. Sintió un intenso calor en su espalda, miró atrás y vio una lengua de fuego proveniente del túnel. Echó a correr, saliendo en el mismo momento que la torre de asedio se transformaba en una montaña de fuego. Un bocanada de aire caliente lo lanzó hacia delante. A continuación se oyó un ruido estremecedor, como un potente trueno. La torre de asedio se desplomó cayendo al foso. Tras ella, una grieta se abrió en la muralla. Después, otro inmenso estruendo. Esta vez venía del interior de la misma tierra que pisaba. Un lienzo del muro se desplomó como si estuviera hecho de barro y una inmensa nube de polvo blanco lo inundó todo. Cerró los ojos, se tapó la boca y la nariz para no respirar aquel veneno. Cuando pasó lo peor, miró alrededor, todo eran cuerpos sin vida y una niebla con olor a muerte le impedía ver con claridad. Entonces el suelo empezó a vibrar de nuevo. Esta vez era diferente, el ruido cada vez era más potente, la tierra temblaba y cuando quiso darse cuenta tenía un jinete de guerra frente a él a punto de aplastarlo. Sobre un corcel de guerra, se alzaba la imponente figura de un caballero con la divisa de un león rampante plateado sobre un fondo rojo sangre.

Rodó por la tierra esquivándolo mientras docenas, centenares de jinetes con sus pesadas armaduras, con la cruz cruzada en el pecho, aparecieron por todos flancos. Eran los caballeros que habían vigilado en la retaguardia que nadie huyese. Ahora que se había abierto una brecha en las defensas a costa de miles de vidas, llegaban para arrasar con todo.

Una pezuña de una de las monturas le golpeó en el costado. Perdió el equilibrio y cayó chocando su cabeza contra el suelo, allí permaneció inconsciente.

Los caballeros cruzaron el foso y penetraron en el burgo. Tras ellos aparecieron los infantes, peones, arqueros y sargentos a pie. Los cánticos de los monjes volvieron a sonar, con ellos los tambores y trompetas. La caballería cruzada esperaba un festín como en Béziers, pero los milicianos defendieron el burgo con valor. La mayor parte de las casonas estaban construidas en sillería y habían sido fortificadas, por lo que tuvieron que luchar calle a calle, casa a casa. La superioridad numérica cruzada era aplastante y nada podía detenerlos.

Finalmente, los habitantes del burgo buscaron refugio en las poderosas murallas de la ciudadela. Los caballeros que osaron acercarse a ellas cayeron bajo los disparos de las ballestas. Una cosa había sido tomar los burgos, otra completamente distinta iba a ser penetrar en la ciudad. Cuarenta mil almas se hacinaban en su interior, un importante número de ellas heridas, con pocos víveres y agua, aunque dispuestas a luchar por su señor, Raimundo Roger Trencavel.

## Burgo de Tolosa, agosto de 1209

Una luna llena se colaba por la ventana. Él estaba arrodillado junto al jergón, bajo la luz de un cirio, con las manos juntas y susurrando sus plegarias. Su figura era esbelta, con escaso cabello y la tez morena. Sus cuarenta años pesaban ya demasiado en sus espaldas. Sobre una silla estaban sus sencillas ropas; sus mejores pertenencias se limitaban a los libros que llevaba siempre consigo, especialmente el Evangelio de San Mateo y las Cartas de San Pablo.

Era una de sus habituales noches de vigilia, en las que ante la imposibilidad de dormir, rezaba durante largas horas. Pero aquella vez fue diferente. Sus ojos oscuros permanecían cerrados, cuando una inmensa luz inundó la habitación. Al abrirlos, unas imágenes se hicieron visibles y una enorme paz recorrió su cuerpo. Lo supo enseguida, san Pedro llevaba consigo el Evangelio, y san Pablo sus cartas. La paz que sintió fue infinita, y el mensaje que recibió claro y conciso: «Ve y predica, porque has sido llamado para este ministerio».

Domingo de Guzmán despertó al día siguiente convencido de que no había sido un sueño, que los santos realmente se le habían aparecido y le habían revelado el camino que debía seguir, no solo en el Languedoc, sino en todos los territorios de la cristiandad. No se trataba de la primera vez que sufría una revelación, incluso antes de nacer, su madre ya tuvo una. Cuando estaba a punto de dar a luz, ella soñó que un perro salía de su vientre con una antorcha encendida en su boca. Incapaz de comprender el significado de su sueño, intentó buscar la intercesión de santo Domingo de Silos, fundador de un famoso monasterio benedictino en las cercanías de su hogar en Burgos. Su madre hizo una peregrinación al monasterio para pedir al santo que le explicara su sueño y este le reveló que su futuro hijo iba a encender el fuego de Jesucristo en el mundo por medio de la predicación. Él llevaba el nombre de Domingo en agradecimiento al santo de Silos.

Sin embargo, la predicación no obtenía los resultados esperados en el Languedoc, la herejía se extendía sin control. El clero católico no estaba preparado para rebatir públicamente a los perfectos cátaros. ¿Y si era cierta la existencia de ese libro? ¿Si era esa la causa de su fracaso? Esa pregunta golpeaba sus pensamientos una y otra vez.

—Domingo. —El dueño de la casa entró en la habitación del monje—. ¿Estáis bien?

—Sí, Pedro.

—Otra noche de vigilia.

—Otra más —sonrió el monje—, debo partir ya hacia Carcasona.

—Las noticias que llegan de allí son buenas, el ejército de la santa madre Iglesia



avanza en olor de multitudes.

—Eso es bueno, querido Pedro, pero hay misiones que no pueden hacer las espadas. Debemos seguir predicando, tenemos tanto por hacer...

—Sabéis que esta es vuestra casa para lo que preciséis.

—No sabes cómo te lo agradezco, cada día veo más clara la exigencia de un nuevo tipo de organización religiosa para combatir los males de nuestro tiempo, que reforme las actuales órdenes monásticas, ya envejecidas, que les dé más flexibilidad y sirva para dar respuesta a las necesidades espirituales de la población. —Domingo fue ordenando sus escasas pertenencias—. Una casa como esta dentro de la ciudad es lo que necesitamos.

—Domingo, vos sois como un faro que guía nuestras almas hacia Cristo.

—Ojalá pudiera hacer más.

—Y lo haréis, ya os ofrecisteis una vez a ser vendido como esclavo para redimir a cristianos cautivos por los moros en Castilla y en estas tierras sois una estrella brillante que atrae las almas perdidas a Cristo.

—No es suficiente, yo solo no puedo vencer las falsas doctrinas. Necesitamos tener un clero mejor y más preparado, quizás una organización religiosa de canónigos regulares que podría seguir la regla de san Agustín y que predicara en los burgos y en las ciudades —afirmó con su acostumbrada energía—. El clero del Languedoc languidece en los monasterios y las iglesias rurales, mientras los hombres pueblan grandes ciudades como Tolosa.

—Lo lograréis.

—Y tenemos que descubrir si ese libro realmente existe.

—¿Qué libro, Domingo?

—Uno que corrompe el alma de los cristianos. —El monje se llevó la mano al pecho—. Debo irme, por ahora solo puedo defender la fe con el ejemplo de una vida casta y sencilla, y con la predicación incesante contra los herejes, así que debo continuar mi camino.

**Carcasona, finales de agosto de 1209**

Las almenas recortaban el cielo del anochecer sobre las murallas de Carcasona, el vizconde de Trencavel había muerto encerrado en las mazmorras de la ciudad hacía dos días. Los rumores eran confusos. Algunos afirmaban que había sido asesinado, otros que había muerto de hambre. Lo que casi todos aseguraban era que ningún caballero había hecho nada para salvarlo. Además, también circulaba por las calles el rumor de que la mayoría de los líderes cruzados no estaban orgullosos de su muerte. ¿Cuáles podrían ser las consecuencias? Nadie se atrevió a vaticinarlas. Lo que parecía claro era que había que actuar con rapidez y decisión. Por ello, el legado papal reunió a los señores del norte en la torre del homenaje del castillo viejo.

—Caballeros, nobles y grandes señores, la Cruzada cabalga firme sobre estas tierras de herejía, el líder de la casa Trencavel ha muerto. —Un silencio nada conforme recorrió la sala—. Su hijo es un niño contaminado por las enseñanzas del demonio. Es hora de que un nuevo y verdadero vizconde tome posesión de estas tierras.

El legado miró asombrado como ningún noble daba un paso al frente. Él que llevaba días esperando la muerte del Trencavel, ahora no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Era imposible que no hubiera en aquella sala ningún caballero que deseara adueñarse del título y, con ello, de las riquezas de los numerosos territorios de la casa Trencavel.

—Quizás vos, duque de Borgoña.

—Nada se me ha perdido en estas tierras del sur. Acudí a la llamada del Señor, nada quiero para mí.

—Como deseáis. —El legado miró al conde de Auxerre: solo encontró su silencio. Continuó con el resto de los nobles, sin obtener respuesta alguna—. ¿Es que nadie quiere estas tierras?

—Cuando crezca, el pequeño Trencavel reclamará el título de su padre, es lo justo —intervino uno de los nobles lombardos.

—¿Justo decís? Dios dicta lo que es justo, ¡no vos!

—Estos feudos están demasiado al sur, nuestro señor el rey de Francia nos necesita en el norte. El rey de Inglaterra y el emperador nos amenazan —afirmó con tono grave uno de los caballeros de confianza del rey Felipe Augusto—. No podemos permanecer aquí más tiempo del estrictamente establecido por la Santa Cruzada.

—El vizcondado de Trencavel es vasallo del rey de Aragón, no del de Francia —continuó el duque de Borgoña—. Un súbdito suyo es quien debería gobernar este castillo. Solo hemos venido a limpiar estas tierras de herejes, no a quedárnoslas.

—La herejía está lejos de desaparecer. Al este todavía se encuentran los bastiones

de los cátaros, los castillos de la Montaña Negra y de Corbières. Y más allá el condado de Tolosa.

—El conde de Tolosa es vasallo del rey de Francia y aliado de la Cruzada. Vos mismo retirasteis su excomunión y permitisteis que se uniera a nosotros —replicó el conde de Auxerre.

—Os recuerdo que él ordenó asesinar al legado del papa, Pierre de Castelnou, y es él quien ha permitido que la herejía crezca en sus posesiones sin hacer nada para impedirlo.

—Prometió hacerlo —añadió el duque de Borgoña.

—Pero no lo ha hecho.

—Ha estado en la toma de Béziers y el asedio de Carcasona, todavía no ha tenido tiempo ni de volver a Tolosa. ¿Cómo pretendéis que tomara medidas en sus dominios si no ha estado en ellos?

—Dijo que lo haría, el cómo era su problema —reiteró en tono sepulcral Arnaldo—, la realidad es que los herejes siguen caminando por Tolosa con total libertad, por lo que ha incumplido sus juramentos. Y en tal caso, su excomunión vuelve a ser efectiva.

Un murmullo recorrió la sala palaciega de la fortaleza. Los norteños no salían de su asombro. En su momento no aprobaron el castigo y la humillación pública que sufrió el conde tolosano en Sant-Guilles. Y mucho menos los métodos actuales del legado papal, quien estaba rompiendo todas las leyes del derecho feudal con sus acciones. Si los nobles del Languedoc eran despojados de sus derechos con tanta facilidad, qué no impediría que en el futuro actuara también de la misma forma contra ellos en el norte.

—¿Y qué pretendéis? ¿Que vayamos hasta Tolosa? —preguntó el conde de Auxerre.

El legado cometió un error fatal al no contestar, su silencio lo hizo por él.

—Tolosa es una de las ciudades más importantes de la cristiandad —afirmó uno de los caballeros del duque de Borgoña—, no hemos venido hasta aquí para asediarla. Es una completa...

—Recordad con quién estáis hablando. Soy el enviado del santo padre, y por tanto el portador de la voluntad de Cristo, Nuestro Señor, a estas tierras —advirtió el legado papal, que se revolvía como un animal herido entre los nobles norteños.

—Han pasado los cuarenta días de Cruzada —musitó el duque borgoñés en tono firme y autoritario—, volveremos al norte con nuestras mesnadas, eminencia.

—No podéis retiraros ahora. Hay miles de peregrinos que han venido hasta aquí desde todos los rincones de la cristiandad, el papa prometió el perdón de los pecados y la moratoria de las deudas a todos los que se unieran a la Santa Cruzada.

Pero sus palabras rebotaron en los muros desnudos de la torre, sin que nadie se hiciera eco de ellas. Uno a uno, los nobles norteños abandonaron la sala del castillo y el legado papal se quedó tan abatido, que tropezó y a punto estuvo de caer. Hugo

apareció tras él para ayudarlo.

—¡Fuera! No necesito tu ayuda. —Arnaldo caminó hasta una de las ventanas que daban al este, a lo lejos vio una luz perdida en una lejana montaña, oscura como la noche—. ¿Qué nobles quedan en el castillo?

—Segundos y terceros hijos de las casas del norte, leales todos ellos a los Capeto.

—Y por tanto al rey de Francia, quien no ha tenido el valor de unirse a la Cruzada. Al menos permitió que sus caballeros sí lo hicieran libremente —murmuró el legado papal—. ¿Hay alguno que destaque sobre los demás?

—No sabría decirlos.

—Hugo, ¿por qué consigues enfurecerme tanto? ¡Dime!

—Lo siento, eminencia, perdonadme.

—No me pidas perdón y vete a la sala condal, allí seguro que están esos caballeros de segunda fila. Esos hijos sin herencia alguna. Orgullosos de su casa y, a la vez, rencorosos con el destino por no haber nacido primero. Lo único que tienen es su apellido, sin embargo lo desean todo. —Arnaldo no dejaba de mirar aquel punto de luz perdido en el norte—. Aquí en el sur la nobleza es diferente, los primogénitos no heredan todo el patrimonio; sino que todos los hijos, e incluso las hijas, reciben tierras y posesiones. Y mira qué han conseguido con eso, una tierra impía y una nobleza débil que debemos sustituir. No basta con acabar con los herejes, debemos limpiar a sus gobernantes, estas tierras necesitan nuevos señores.

—Habrá muchos deseosos de esos honores —comentó Hugo.

—Yo solo necesito a uno. Busca un caballero con la ambición para dirigir la Cruzada contra el mismo conde de Tolosa, pero a la vez lo suficientemente fiel a Cristo para que nosotros le indiquemos los pasos a seguir. Entérate de los que más bravamente han luchado en la toma de Béziers y Carcasona; e investiga su pasado.

—Así lo haré, eminencia.

Hugo abandonó la torre del castillo y bajó la escalinata hasta la sala condal. Él era un joven monje cisterciense de la abadía de Citeaux. Desde que Arnaldo Amalarico fue nombrado abad de ella lo había servido con lealtad. Era humilde y trabajador, no gustaba tanto del pompo y los lujos como Arnaldo, ni tenía ambiciones tan altas como él, pero aspiraba a progresar en la orden. Sabía perfectamente que si le servía bien, algún día podría ver cumplido su principal sueño: ser obispo. Su labor en Carcasona había sido bien valorada por el legado papal. Organizando al nuevo clero que había sustituido al anterior, corrompido por la herejía y, sobre todo, habiendo conseguido un buen botín para la Iglesia. Había logrado la cesión de numerosas propiedades amenazando de excomuniación a todo aquel que no le obedeciera. Tenía claro que Arnaldo era su mejor maestro, debía obedecerlo y aprender de él.

En la amplia sala, calentada por una monumental chimenea, había numerosos caballeros bebiendo y comiendo. Todos rudos hombres, que se alejaban mucho del ideal de noble cristiano. A decir verdad, la nobleza del Languedoc le parecía mucho más civilizada y cristiana que la del norte, aunque jamás se le hubiera ocurrido

realizar ese comentario en presencia del legado papal.

Paseó entre ellos, atento a sus narraciones sobre sus hazañas en la conquista de Béziers. Lo cual le daba nauseas, le repugnaba recordar cómo habían masacrado a la población, niños, mujeres y ancianos. Muchos de ellos cristianos de bien. Pero él no pudo hacer nada, sabía que por ahora solo debía callar y obedecer al legado papal. Recorrió la sala, escuchando las conversaciones disimuladamente y repasando el aspecto de los caballeros. Llegó hasta uno de ellos que descansaba sentado en una austera silla de madera, con la pierna vendada a la altura del muslo. Era un hombre de unos treinta y pocos años, con una descuidada barba, con el pelo sucio y grasiento, que le caía hasta los hombros. Tenía también heridas en la cara y sudaba copiosamente.

—Perdonad, ¿os encontráis bien?

—Claro que sí, todavía no tenéis que darme la extremaunción, monje —respondió entre risas—, me tiraron del caballo en el primer ataque a la muralla de Carcasona, por suerte Montfort y los suyos estaban allí, y dieron buena cuenta de esos herejes.

—¿Montfort? —El caballero herido hizo un gesto con la cabeza—. Aquel de allí, es un maldito normando, pero lucha como un león.

Al fondo de la sala había un hombre completamente solo que captó de inmediato el interés del joven Hugo. Era un caballero bien parecido, de complexión fuerte, mirada serena y resoluta. Alto y firme, con el pelo largo y negro; tenía un rostro agresivo, como si a pesar de encontrarse protegido entre aquellos muros, estuviera tan alerta como en el campo de combate. Por su aspecto debía de tener más de cuarenta años. Apoyado junto al fuego estaba dando buena cuenta de una pierna de cordero.

Hugo abandonó al herido. Avanzó por la sala, miró a su alrededor y se acercó hasta un escudero que bebía mientras otro reía sin parar.

—Señores, ¿qué tal está el vino?

—Inmejorable, hay que reconocer que estos estúpidos sureños tienen buena bebida —contestó el que tenía la jarra entre sus manos, un hombre bajito y regordete, al que le faltaban al menos media docena de dientes.

—Por no hablar de sus mujeres —comentó el otro, rubio y de tez sonrojada por el sol, que hablaba entre risas, que contagiaron también a su compañero.

—Es una noche de celebración, nuestras victorias son incontestables —afirmó Hugo, disimulando su completa repulsión por aquellos sujetos.

—Y que lo diga, monje, nunca pensé que sería tan fácil acabar con estos herejes. No saben luchar, son unos cobardes.

—No olvidéis que Dios está de nuestro lado, y con Él no podemos perder —les advirtió Hugo, molesto por la borrachera y evidente estupidez de la pareja de escuderos—. Perdonadme, aquel caballero del fondo no parece tan feliz como debería después de nuestras conquistas.

—Montfort, no me extraña —contestó el escudero desdentado después de dar otro trago de vino—. Tiene el ceño fruncido, se las da de casto y buen cristiano, habría

que verlo cuando nadie le observa. —Y volvieron a reír.

—¿Cómo decís que se llama? —preguntó mostrando falsa sorpresa.

—Es el cuarto conde de Montfort, el segundo hijo de la casa de Montfort-l'Amaury. Un normando con tierras cerca de París, he oído a sus peones decir que posee el bosque de Rambouillet.

—Sí, tiene posesiones en Inglaterra, aunque ya se sabe, que los Capeto te concedan tierras en la isla de poco vale mientras estén en guerra con los Plantagenet —puntualizó el escudero de pelo rubio.

—Es verdad, oí a alguien comentar que también es conde de Leicester. Pero el rey inglés Juan sin Tierra ha desposeído de sus bienes a todos los normandos fieles al rey de Francia —añadió cada vez más borracho el desdentado—. ¡Ese es tan pobre como nosotros! —Los dos escuderos rieron sin complejos.

—Parece un curtido guerrero —señaló Hugo.

—Sí, y lo es. Todos coinciden en que tiene un estricto sentido del honor y que luchó en la Cuarta Cruzada —respondió el escudero rubio—. Dicen que ha acampado junto a los más importantes señores de Francia en el exterior del puerto dálmata de Zara, rechazó tomar parte en el sitio de la ciudad por ser cristiana. Cuando posteriormente los venecianos convencieron a los cruzados de embarcar para atacar Bizancio, él salió de los Balcanes al frente de un grupo de caballeros descontentos en busca de otros marineros dispuestos a llevarlos a Palestina. Viajó hasta Tierra Santa, al parecer allí todo fue un fracaso y cuentan que, tras una campaña poco convincente, regresó a París hace unos cuatro años, con el honor intacto y la bolsa vacía.

—¿Siempre está solo?

—No. Va con un monje como tú, un tal Pierre que está siempre escribiendo. Se habrá ido ya a dormir.

—¿Pierre de Vaux-de-Cernay? —inquirió Hugo sorprendido—. ¿Un cisterciense?

—Creo que sí, viste como tú —contestó el desdentado— con hábito blanco.

—Muchas gracias, señores. —Hugo sonreía ampliamente—. Espero que no se les termine el vino.

—Aquí hay mucho. —Y los dos escuderos volvieron a beber ante el gesto de desprecio del monje, que los abandonó.

Caminó hasta la chimenea donde Simon de Montfort acariciaba una cruz entre sus manos. Vestía una saya de mangas largas y cerradas, la llevaba a cuerpo, con una camisa debajo.

—¿Rezando, mi señor? No es el lugar más adecuado.

—Cualquier sitio es bueno para hablar con Dios, vos deberíais saberlo mejor que nadie.

Hugo quedó impresionado por las palabras del noble.

—Tenéis razón, con gusto podríais confesaros conmigo en otra sala más tranquila si así lo deseáis.

—Lo agradezco —negó con la cabeza—; ya tengo confesor.

—He oído que luchasteis con valentía en Béziers y también aquí, en la toma de Carcasona.

—Yo he estado en las Cruzadas de Tierra Santa, he combatido contra los sarracenos y he visto morir a cientos de hombres entre gritos de dolor, bajo un sol abrasador y como después los buitres devoraban sus restos sin que yo pudiera impedirlo —relató el hombre mientras apretaba la cruz en su puño—. Lo que hemos hecho aquí por ahora es un juego de niños, debemos continuar y acabar con todos estos herejes.

Hugo supo que había encontrado lo que estaba buscando.

—Esta tierra está podrida, monje. Detesto a los bufones, magos y juglares que habitan estos condados, sus canciones y sus pasatiempos —continuó criticando Montfort.

—Parecís un buen caballero que reviste su cuerpo con una armadura de acero y su espíritu con la coraza de la fe. —El monje sabía cómo llamar la atención de un noble, su maestro le había enseñado bien—. Soy Hugo de Valence, me envía el legado papal. Quiere veros, inmediatamente.

—¿Para qué? —preguntó sorprendido Montfort.

—Yo solo soy el mensajero. Acompañadme, por favor. —El monje le hizo una reverencia que fue del agrado del normando, que dejó la cena y le siguió sin hacer preguntas.

Hugo condujo a Montfort hasta la torre norte del castillo. Allí llamó dos veces a la puerta y entró, segundos después pidió al normando que le acompañara al interior de una sala noble. Junto a la ventana, a la tenue luz de dos candelabros con velas de sebo, se encontraba Arnaldo, tal y como Hugo le había dejado hacía apenas una hora. El legado papal observó al caballero que acompañaba a su sirviente. Era alto y corpulento, con aire noble y distinguido.

—Eminencia, Simon de Montfort, uno de nuestros guerreros más intrépidos, curtido en mil batallas, estuvo en la Cuarta Cruzada. —Hugo se acercó a Arnaldo y le susurró más datos sobre el noble.

—Así que sois un intrépido caballero y un devoto cristiano —comentó el legado papal.

—No más que vos.

—Como sabéis, la defensa de la fe católica es mi principal objetivo. Estas tierras sufren un grave peligro. Una vez infestado por el veneno de la herejía, la única solución es amputar los miembros corrompidos, antes de que infecten al resto de la cristiandad —relató pausadamente Arnaldo—. Mi labor aquí es de vital importancia. Llevamos ya muchos años combatiendo la herejía.

—Sin éxito —interrumpió Montfort ante la sorpresa de los dos cistercienses—. Vuestro clero no ha sido lo suficientemente eficaz cuando dirigía sus predicaciones al pueblo, el cual parece que entiende mucho mejor a los predicadores ermitaños —atacó Montfort demostrándose poco intimidado frente al representante de Roma.

—No hemos tenido suerte con los medios pacíficos, si es a lo que os referís — insinuó el legado papal—. La labor del clero es divina, por difícil que sea.

—¿Y la vida laica? ¿Es acaso la perdición? —preguntó Montfort que no se amedrentaba por la presencia del legado papal y su oratoria—. ¿Solo la vida religiosa es digna de salvación?

—Efectivamente. Es complicado alcanzar la salvación para los laicos. No obstante existen medios, como las Cruzadas, o la buena muerte, como vos bien sabéis —argumentó Arnaldo mientras daba unos pequeños pasos hacia el otro lado de la sala, dejando a Montfort tras él—. ¿Qué posesiones tenéis? —preguntó con clara intención de cambiar el rumbo de la conversación.

—Mi familia...

—No, he preguntado qué posesiones tenéis vos, no vuestro hermano mayor y por tanto primogénito de vuestra casa.

—Poseo tierras cerca de París y el condado de Leicester otorgado por su alteza...

—El rey de Francia. Aunque claro, el rey inglés no os habrá reconocido como tal, ¿no es así?

—Lamentablemente, no.

—Voy a seros sincero, nuestro trabajo aquí no ha hecho más que empezar. Estos herejes no pueden ser reconducidos al seno de la Iglesia católica, por lo que solo la sangre limpiará estas tierras.

—Estoy totalmente de acuerdo con vuestras palabras, eminencia.

—Necesito un caballero que acaudille el ejército cruzado, un militar que pueda llevar a buen puerto tan trascendental tarea. El futuro de la cristiandad está en nuestras manos, Simon de Montfort. —El legado papal esperó la respuesta del noble.

—¿Por qué os dirigís a mí? Hay aquí nobles de más alta casa que yo.

—Cobardes, sedentarios y poco ambiciosos —contestó Arnaldo—. La Iglesia os necesita a vos, precisamos de un líder fuerte y tenaz.

—Lo que me pedís es...

—Que sirváis a Dios y seáis el líder militar de la Cruzada —se adelantó Arnaldo—; por supuesto, se os concederán tierras, títulos, gloria y mujeres, si es lo que deseáis.

—Con todo mi respeto, eminencia, soy un hombre casado por la santa madre Iglesia. Mi mujer, Alice de Montmorency, es la única que visita mi lecho.

El legado papal contemplaba sorprendido al caballero, era célebre la fama de mujeriegos de todos los nobles. Aquel normando parecía distinto al resto. Hugo había hecho un buen trabajo.

—Habéis de saber que es más valiente el hombre que vence a sus deseos, que aquel que derrota a sus enemigos, porque la victoria más grande es siempre sobre uno mismo.

—Sabias palabras.

—Simon de Montfort, os ofrezco el vizcondado de Carcasona y Béziers, y con



ello, todas las tierras y el resto de títulos de la casa de Trencavel.

—¿Me proponéis el título de vizconde de todas las tierras de los Trencavel?

—Así es. —El legado extendió su manto para acomodarlo mejor.

—Eso es imposible. —Montfort cambió su tono y su cuerpo se tensó como si estuviera en una batalla—. Una vez muerto el vizconde, pertenecen a su hijo —recriminó enojado.

—Se trata de un hereje.

—¡Es tan solo un niño!

—Veo que no habéis comprendido nada, quizás os he sobrevalorado. —El legado le dio la espalda—. La madre y la tía de ese crío eran adoradoras del maligno. ¿Qué habrá visto, oído y aprendido? El mal está en su interior. Podemos apiadarnos de él como buenos cristianos, dejar que viva e intentar por todos los medios salvar su alma. Pero, por supuesto que vamos a desposeerlo de sus títulos y tierras —explicó Arnaldo mientras seguía moviéndose lentamente por la sala—. Yo puedo ponerlos al mando de la Cruzada y nombraros vizconde, ¿os interesa o no? ¡Respondedme!

—Os escucho.

—Tendréis tierras y títulos. No será fácil, la mayoría de los grandes y pequeños señores que se unieron a la Cruzada, los peregrinos, los ribaldos, incluso muchos obispos y clérigos nos abandonarán en breve.

—¿Por qué? —Montfort mostraba ya un tono más sumiso.

—Ya han ganado sus indulgencias, se acaban los cuarenta días obligatorios de pertenecer a la Cruzada. Apenas ha habido guerra. Béziers fue ganada por los ribaldos, y en Carcasona combatimos en los burgos, sin embargo la ciudad se entregó sin necesidad de un costoso asalto —analizó el legado papal—. Ahora, el resto de poblaciones de aquí a Limoux se rendirá también. Los voluntarios saben que no habrá botín y los nobles prefieren volver a sus tierras, más si piensan que no entablaremos otras batallas con prontitud. Aun así, importantes caballeros permanecerán y también cientos de mercenarios deseosos de hacer fortuna. En primavera llegaran más cruzados, mientras necesito un líder fuerte, un nuevo vizconde que prosiga con la Cruzada.

—¿Y qué me pedís a cambio?

—La cabeza del conde de Tolosa y el fin de la herejía. Quiero a todos los cátaros muertos. —El legado papal apretó el puño con furia.

—¿Ese es el objetivo de la Cruzada? —preguntó sarcásticamente Montfort.

—Exactamente, veo que lo habéis entendido. No quiero la paz bajo ningún contexto —recalcó—. No debemos parar hasta que la herejía sea extirpada de raíz —afirmó en un tono agresivo el legado papal—. Cuando llegue el momento, no deberéis dudar, seguiremos hasta el final, cueste lo que cueste.

—¿Tan temibles son?

—¿Los cátaros? Esos herejes son unos mentirosos, dicen llevar una vida austera y predicán en la lengua del pueblo para engatusarlos con mayor facilidad. ¡Son unos

mentirosos! Tan solo proponen explicaciones satisfactorias para la gente ignorante. Insinúan que la administración del *consolament* a la hora de la muerte limpia de toda impureza. ¡Qué blasfemia! Se atreven a promulgar que la mujer es igual de pura que el hombre. —Arnaldo se llevó la mano al pecho, le costaba respirar—. Son malignos y herejes, ¡son demonios!

—Esas predicaciones no son tan graves —afirmó Montfort con cierta precaución.

—Ese es su mayor peligro: pueden calar en cualquier buen cristiano. Llegar a ser un oponente a la verdadera Iglesia, a la única —Arnaldo se aproximó a Montfort—. ¿Entendéis ahora su peligro? ¿Sois consciente de la terrible amenaza que se cierne sobre todos nosotros?

Montfort asintió con la cabeza, incómodo ante el cercano aliento del legado papal.

—Os propongo ser el paladín de la cristiandad, su defensor. Os ofrezco ser el señor de estas tierras y que vuestros hijos también lo sean. Si aceptáis, y llegado el momento tenéis dudas, tened en cuenta que su Iglesia predica en la ciudad y no cobra diezmos, ¿sabéis lo peligroso que puede ser esto para el señor de estos territorios?

—¿Qué pasa con el resto de nobles del Languedoc? No aceptarán que se usurpe un título así como así, temerán por los suyos.

—Esos herejes se han ganado a todas las casas: además de los Trencavel, las damas del condado de Foix, e incluso Raimon VI, conde de Tolosa, se muestra tolerante con ellos. Si queréis ser señor de todo el Languedoc, incluido Tolosa, tendréis que matarlos a todos. Dios no nos perdonaría vacilar en estos duros momentos. Él prefiere que seamos crueles, pero nunca débiles.

—Eso no es ningún problema.

Incluso Arnaldo se sorprendió por la firmeza de Simon de Montfort. Un desmedido afán de poder llenaba sus ojos. En aquel instante el legado papal comprendió que aquel noble de segunda fila era el hombre perfecto, y sería fácilmente controlable por él. Tan solo tenía que alimentar su ambición y su codicia.

—Debéis decidme con exactitud qué deseáis de mí —advirtió Montfort—, me gusta tener las cosas claras y detesto las sorpresas.

—Llevar la Cruzada hasta su objetivo, el exterminio de todos los herejes y la sustitución de sus corrompidos señores por unos nuevos, procedentes del norte.

—¿Y qué más? —preguntó con tono serio.

—Quiero el condado de Narbona para mí, pronto seré nombrado arzobispo de esa ciudad, y lo más importante, deseo que el conde de Tolosa siga la misma suerte que los Trencavel.

—Luchó en Béziers a nuestro lado y fue perdonado por el papa.

—Es un cobarde, una rata capaz de humillarse con tal de sobrevivir. Tolosa es un nido de herejes y él un estúpido incapaz de actuar contra ellos. Lo quiero muerto y desposeído de sus títulos —ordenó apretando los puños—. No negaréis que lo que os ofrezco es mucho más de lo que hubierais deseado nunca. ¿Aceptáis?

—Acepto. —Y Montfort se arrodilló frente al representante del sumo pontífice.

—Levantaos y venid aquí. —Ambos se acercaron a la ventana—. ¿Veis aquella luz al norte? Es Cabaret, el Castillo Rojo de la Montaña Negra. Ahí se han refugiado los afines a los Trencavel, debemos tomarlo y acabar con ellos. Simon de Montfort, debéis entender que esta es una guerra santa. Dios nos permite, nos ordena, que utilicemos toda nuestra violencia para lograr su objetivo. Recordad que el miedo puede ser un arma poderosa, no dudéis en hacer todo lo necesario para cumplir vuestra parte del trato. Arrasad estas tierras si es preciso, matad a las mujeres y a los niños. Me dan igual los métodos, pero quiero, exijo, resultados. No lo olvidéis nunca.

—No os defraudaré, eminencia.

**Carcasona, septiembre de 1209**

Una docena de monjes cargaban en un carromato los cuerpos sin vida que yacían frente al burgo de San Miguel. Era un paisaje dantesco, muchos de ellos estaban mutilados y desfigurados. Había vísceras y miembros amputados y el hedor era nauseabundo. Los buitres ya habían hecho acto de presencia y apremiaba enterrar los miles de cadáveres.

—Estos hombres murieron por Dios, debemos darles cristiana sepultura —comentó un joven monje, con el pelo castaño y los ojos claros.

—Solo son pobres y mendigos —contestó su compañero, más mayor y con el pelo plateado.

—Bruno, ¿qué estás diciendo? —le recriminó el monje de mayor edad—. Son católicos, buenos cristianos que se unieron a la Cruzada.

El joven fraile agachó la cabeza y agarró por los pies un nuevo cuerpo, le dio la vuelta y se sorprendió al descubrir la lujosa espada que portaba en el cinto.

—Es raro que no se la hayan robado —comentó el monje más anciano—, antes que nosotros ya han estado aquí las rapiñas en busca del botín de los muertos. A este no le debieron de ver.

Cuando se disponían a cargarlo en la carreta, Bruno fue a quitarle la espada y como un resorte, el brazo del muerto reaccionó y le agarró por la muñeca.

—¡Dios santo! ¡Está vivo! —Y soltó el cuerpo de inmediato.

El resto de los compañeros fue en su auxilio. Efectivamente, en el suelo un muchacho envuelto en barro y sangre, luchaba por incorporarse a duras penas. Parecía un fantasma que volvía de entre los muertos. Varios clérigos se santiguaron y se arrodillaron mirando al cielo.

—¿Qué sucede? —balbuceó con dificultad el resucitado.

—¡Es un milagro! —gritó Bruno juntando las manos para rezar—. ¡Un milagro, hermanos!

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos tomado el burgo?

—¿El burgo? Sí y toda la ciudad también —respondió el monje de pelo canoso, el único que parecía guardar la cordura.

—Yo me golpeé y no recuerdo nada más. ¿Conseguimos hacer brecha en sus murallas? —Se mostraba todavía aturdido y desorientado.

—No exactamente, hijo —respondió dubitativamente el monje de más edad—. Es confuso, pero parece ser que los nobles consiguieron prender al vizconde y la ciudad se rindió.

—¿Al vizconde? —insistía mientras intentaba limpiarse la cara—. ¿Y cómo ha sido?

—Dicen que fue detenido mientras parlamentaba con los líderes de la Cruzada — confesó el monje más joven.

—Si eso es verdad, no es demasiado honorable.

—¿Y tú que sabes de honor? —interrumpió un monje con hábito blanco a caballo—. ¿Quién eres?

—Me llamo Sébastien.

—¿Y cómo es que has resucitado?, ¿qué blasfemia es esta? —Se percató de la hermosa espada de su cinturón.

—Ninguna, sufrí un impacto durante el asalto. Mis compañeros y yo cortamos las cuerdas de los ganchos que pretendían derribar la torre, y después no lo recuerdo bien —se excusó mientras tosía—, creo que me golpeé la cabeza y he permanecido inconsciente hasta ahora.

—Así que tú fuiste uno de los valientes que defendió la torre, tienes suerte de seguir vivo. ¿Veis como Dios recompensa a sus buenos súbditos? —afirmó el cisterciense delante del resto de monjes—. Soy Hugo de Valence, ayudante personal del legado papal, venid conmigo a la ciudad. Tendréis hambre, lleváis varios días sin comer.

—Estoy hambriento —confesó animado con la invitación— y sediento.

Bruno se apresuró a darle un poco de agua. Sébastien la bebió con avaricia, como si fuera el elixir más refrescante del mundo.

—Vamos, volved al trabajo. —Y el monje blanco hizo un gesto al resto para que prosiguieran con su ingrata tarea—. Y tú acompáñame, no tengo todo el día.

El monje cisterciense le guio hasta la ciudadela, los cruzados habían respetado Carcasona, muy al contrario que Béziers. No había grandes evidencias de pillaje ni destrucción. Las casas más palaciegas estaban vigiladas por infantes y no había ni ribaldos, como él, ni mercenarios por las calles.

—Esa espada, ¿de dónde la has robado? —preguntó el cisterciense.

—No la robé, se la cogí a un cruzado muerto durante el asalto al burgo de San Miguel, necesitaba algo con que cortar las sogas de los ganchos.

—Entiendo, seguramente al que se la cogiste la habría hurtado en Béziers —afirmó el monje—. Aquí no se ha permitido el pillaje, las riquezas de la ciudad están bajo el amparo de los caballeros cruzados, ya que pertenecen a la obra de Dios.

—¿Y los habitantes?

—La mayoría ha huido —respondió el monje—, después de esto ya no habrá más guerra.

—No pensaba que la Cruzada terminaría tan pronto.

—En apenas quince días hemos conquistado dos de las tres ciudades más importantes del Languedoc. Ahora nadie se resistirá a la autoridad de la Iglesia.

—Entonces la Cruzada ha sido un éxito.

—Ya lo creo, solo falta elegir un nuevo vizconde y seguir evitando el pillaje. Todas las riquezas deben ser para la Iglesia.

—¿El vizconde ha muerto?

—Todavía no.

Sébastien escrutó las palabras del cisterciense con detenimiento, estaba claro que sus verdaderas intenciones escapaban a su comprensión. Aunque algo le decía que los ideales por los que su padre y él se unieron a la Cruzada no estaban presentes en la mente de aquel clérigo.

—Ya hemos llegado —informó el monje.

Estaban en un antiguo taller donde dos peones hacían guardia delante de un portón. Sébastien se acercó a ellos en busca de la comida prometida. Entonces, uno de ellos sacó una vara de madera y le golpeó en la espalda por sorpresa. Sébastien cayó al suelo y allí, el otro guardia, le dio una tremenda patada en el rostro que le partió el labio.

—¿Te crees que soy estúpido? —preguntó el cisterciense desde lo alto de su caballo—. Esa espada la robaste en Béziers, todos vosotros sois unos ladrones. ¿Y pensabas hacerme creer que luchaste defendiendo la torre? Seguro que te escondiste entre los muertos, ¡cobarde! Quitadle la espada, pertenece a la Iglesia. —El monje esperó a que los guardias le despojaran de su arma—. ¡Miserable! Si quieres un consejo, vuelve adonde quiera que procedas, ya no hay sitio aquí para los vuestros. El resto del vizcondado se rendirá a la Cruzada y no permitiremos pillaje alguno, todo pertenece a la Iglesia, ¡todo!

Los guardias cogieron a Sébastien por los hombros y le empujaron calle abajo. El muchacho rodó hasta chocar contra unos barriles vacíos. Se levantó dolorido y asustado; su labio sangraba sin parar. Se alejó temeroso de los guardias que todavía se reían de él.

Aquella noche durmió en las ruinas de una casa del burgo de San Miguel. Los mismos muros que había ayudado a derribar ahora le daban cobijo. Por suerte, todavía era verano. Y aunque refrescaba bastante al caer el sol, las noches no eran demasiado frías. Miró al cielo en busca de consuelo. Una intrigante luna menguante, envuelta en un tenue halo de luz, coronaba un brillante cielo, salpicado de miles de relucientes estrellas. Como era agosto buscó la constelación del León. La que más fácilmente se reconocía en el cielo: un león agazapado mirando hacia el oeste, cuya cabeza y melena resultan muy visibles gracias a un haz de estrellas que dibuja una curva al norte.

Por un momento sintió que si alargaba su mano podría tocarlas. Pensó en su madre y sus hermanos. Quizás ellos también las estuvieran mirando en ese preciso instante.

«¿Qué sería de ellos?», se preguntó. Recordó también a su padre. Cómo había muerto en Béziers defendiendo a aquella muchacha cátera.

«¿Por qué tuvo que hacerlo?», dijo para sí mismo.

Si no hubiera intervenido para salvarla, ahora seguiría con vida. Estarían juntos, seguramente con algo de botín que podrían haber obtenido en Béziers. Pero no, mi

padre y su honor, se lamentó.

No pudo mantenerse al margen. Su padre siempre le decía que lo más valioso que puede poseer un hombre es su honor. Ahora él estaba solo y hambriento, durmiendo entre ruinas y no entendía para qué podía servir conservar su honor.

Al día siguiente intentó encontrar algo que llevarse a la boca, pero no era una tarea sencilla. El acceso a la comida era cada vez más complicado. Había quedado poco para los ribaldos y voluntarios. No obstante, entre las sobras era factible encontrar todavía restos con los que engañar al estómago. Había escaso porvenir allí y peores posibilidades de obtener algún beneficio en aquella ciudad.

Pasados los cuarenta días obligatorios de unión a la Cruzada, muchos caballeros del norte empezaron a marcharse con sus mesnadas. Al mismo tiempo los escasos ribaldos que todavía permanecían, ante las nulas perspectivas de botín, fueron desapareciendo. A ellos les siguieron hombres y mujeres que solo buscaban las indulgencias prometidas a todo cruzado. Y así, día a día, la ciudad se fue vaciando de extranjeros. Eso no ayudó a Sébastien, ya que los cruzados empezaron a ser minoría en las calles, y los habitantes de Carcasona los miraban desconfiados y llenos de rencor. Durante dos semanas, el joven estuvo malviviendo en el burgo, para después pasar a trabajar en uno de los establos de la ciudadela. Allí siguió otras tres semanas más, hasta que le echaron. Entonces se convirtió en un mendigo más de los que llenaban las calles de los burgos. Tanto viajar, tanto esfuerzo, la muerte de su padre, la lucha en el asedio, todo eso para terminar malviviendo en una tierra que no era la suya. Rodeado de gentes que le odiaban.

«¿Por qué nos unimos a la Cruzada?», se preguntaba una y otra vez.

Aquello no era como le habían prometido. Si había luchado por la Iglesia, ¿por qué nadie se lo agradecía? ¿Por qué Dios le castigaba de esa manera? ¿No debería ayudarlo? ¿Recompensarlo?

Ahora lo veía todo como un enorme error. Su padre había muerto por conservar su maldito honor y no habido servido de nada.

—¿Por qué me castiga Dios? —murmuraba desesperado—. ¿Qué he hecho mal? ¿No es Dios la luz, la bondad, la misericordia suprema? Entonces, ¿por qué abandona a los que han luchado por él? ¿Con qué motivo castiga a sus vasallos?

La situación se tornó desesperante. Decían que en primavera se retomaría la Cruzada, sin embargo él ya no le encontraba sentido a todo aquello. Antes, al menos, tenía a su padre, ahora no le quedaba nada. Y lo que era peor, estaba perdiendo su fe.

**Foix, finales de octubre de 1209**

El patio de armas del castillo estaba concurrido aquella mañana, los soldados del conde se esforzaban en sus prácticas con la espada. Era su guardia personal, cuarenta caballeros escogidos entre los más fuertes y valientes de sus territorios. Hombres fieles a la casa de Foix, hábiles con la espada y diestros montando a caballo. A su lado, unos veinte arqueros divididos en dos compañías hacían blanco en unas dianas colocadas sobre montones de paja. Estaban dirigidas por un gigantón de pelo rubio que llevaba un alargado arco curvo. Todo era agitación en la fortaleza. El propio conde de Foix revisaba las prácticas de sus infantes, se diría que estaban preparándose para una guerra.

No todos los entrenamientos sucedían en el interior del recinto. En la azotea de la torre del homenaje, a más de cuarenta varas de altura, una pareja de caballeros cubiertos con sendos yelmos luchaban entre ellos. Eran distintos a los integrantes de la guardia del conde, los dos combatientes eran de menor estatura, delgados y de complexión mucho más sencilla. No portaban pesadas armaduras, sino unas cotas de malla ligeras. Las espadas también eran diferentes, cortas y livianas, nada que ver con las pesadas armas de los montañeses. Los ejercicios que practicaban eran de otro tipo: cintas, giros, tretas y siempre en constante movimiento. Nada que ver con los lances directos y agresivos de los infantes. Uno de ellos, el más delgado, atacó con habilidad; intercambiando golpes sin descanso, haciendo retroceder a su adversario. En el último momento realizó un giro sobre sí mismo y se agachó para esquivar el contraataque de su rival, que perdió levemente el equilibrio al no encontrar donde impactar con su espada. Después se levantó y con la punta de su arma golpeó levemente el hombro de su contrincante. Este se quitó el yelmo y dejó ver su rostro, era un hombre de tez morena y pelo rizado, con grandes ojos y una barba recortada.

—Has vuelto a ganar —lamentó mientras recuperaba la respiración—, me temo que ya no hay nada que yo te pueda enseñar.

—Tonterías, todo lo que sé lo he aprendido de ti. —Y también se deshizo del yelmo, sin embargo esta vez no era un hombre, sino una mujer la que surgió del anonimato. De largos cabellos recogidos en trenzas, con una mirada asimétrica, oscura y azulada al mismo tiempo.

—Isabel, ya no tiene sentido que practiques conmigo. Yo estoy encantado, pero desafortunadamente no soy rival. Deberías luchar contra los infantes de tu tío.

—Esos sí que no son oponentes para mí, toscos y lentos —replicó la joven, mientras hacía unos movimientos de espada—. Los esquivo con facilidad, nunca llegan a golpearme.

—Eso es porque no se esfuerzan al máximo. Te ven como a una mujer, además



sobrino del conde. No como a un enemigo extranjero que ha venido a robarles sus tierras. Piensa en ello cuando un día no lejano te enfrentes a un cruzado.

—Te aseguro que puedo vencerlos —afirmó segura—, es difícil que ellos lleguen siquiera a rozarme.

—Quizás, pero si lo hacen date por muerta. —El maestro de armas se quitó la cota de malla—. En cambio, un golpe tuyo no bastará para derrotar a un experimentado caballero.

—Depende de dónde se lo dé —arqueó las cejas y señaló a la entrepierna.

—Está bien, en esto también me ganas, me rindo. —El hombre de pelo rizado se echó a reír—. Isabel, de verdad, debes cuidar tu exceso de confianza. Eres una mujer en un mundo de hombres. No te conviene que te acostumbres a ganar.

—¿Preferirías que perdiera? —inquirió la joven con una leve sonrisa dibujada en su rostro.

—Recuerda que en los escombros del fracaso encontrarás la sabiduría con la que cimentar la victoria.

Ambos se asomaron al almenado de la torre, desde donde se divisaba toda la ciudad de Foix y parte de los alrededores, en especial el valle del Ariège. La población había crecido mucho en las últimas décadas, ya que el comercio fluía sin parar. Aunque no estaba en la principal vía de comunicación entre las ciudades del Mediterráneo como Béziers, Narbona o Montpellier, su proximidad a Carcasona, Mirepoix y Tolosa la habían hecho prosperar.

—¿Qué hay al otro lado de las montañas? —preguntó la dama.

—Foix llega hasta los Pirineos, en la otra vertiente de esos montes se encuentra el condado de Urgell, vasallo de Pedro II de Aragón. Más al este se encuentra el de Barcelona y, más al oeste, el reino aragonés. Ya hace casi ochenta años que se unificaron, formando la Corona de Aragón, de la que Foix es también vasalla. A vuestro tío, el conde, le une una amistad personal con el monarca aragonés. Los inicios del condado no fueron fáciles, durante el pasado siglo. —El espadachín se retiró del parapeto de la terraza y fue hacia donde estaban sus enseres—. Todo el Languedoc sufrió una fragmentación política en pequeñas ciudades-estado. Hubo una evidente incapacidad de los grandes nobles para lograr una acumulación de poder que lograra crear una única realidad política. Además, la Iglesia no ayudó a ello con sus continuas injerencias.

—De todos es sabido que mi tío detesta a la Iglesia católica —añadió Isabel.

—El alto clero ha actuado de mala fe en estas tierras y ha intentado apoderarse de lo que no le pertenecía, entrando en competencia directa con la nobleza —explicó el maestro de armas—. El Languedoc es especial, codiciado por todos. El siglo pasado se convirtió en el «mundo de los señores de la guerra», escenario de continuos enfrentamientos militares, de luchas entre nobles. Por suerte ese tiempo quedó atrás, ahora los caballeros se desfogan en torneos y no luchando entre ellos.

—Hasta ahora. —Isabel se separó e hizo varios movimientos con su espada en el

aire—. La Cruzada, ¿por qué nos ataca?

—Los hay que luchan por ignorancia, o por conseguir botín, o por las indulgencias que les promete la Iglesia de Roma —hizo una pausa—. Los que los dirigen son los verdaderamente peligrosos, esos lo hacen por ambición y miedo.

—¿Desean nuestras tierras?

—Así es, y todo lo que hay en ellas.

—¿Y de qué tienen miedo?

—Eso es mejor que lo habléis con vuestro propio tío. —El hombre cambió el gesto de su rostro—. Ahora debo irme, seguid practicando, y evitad en lo posible ese giro sobre vuestro pie tan arriesgado y que tanto os gusta hacer. Dejáis desprotegida vuestra cabeza durante un instante. Si en combate adivinan ese movimiento y se anticipan, estáis totalmente expuesta.

—No lo adivinarán —carraspeó.

—¿Cómo habéis dicho? —El maestro de armas la atravesó con la mirada—. ¿No me habéis entendido?

—No lo volveré a hacer —mintió.

## 1210 La fortaleza

*Has de saber que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles, porque habrá hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes... traidores, protervos, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios, que con apariencia de piedad nieguen su poder. Guárdate de esos, pues hay entre ellos quienes se introducen en las casas y se captan el ánimo de mujerzuelas cargadas de pecados, que se dejan arrastrar de diversas concupiscencias, que siempre están aprendiendo, sin lograr jamás llegar al conocimiento de la verdad.*

Segunda epístola de San Pablo a Timoteo

## Carcasona, principios de enero de 1210

La mayoría de los voluntarios, caballeros y alto clero que se unió en sus inicios a la Cruzada habían regresado a sus lugares de procedencia. A pesar de no ser muy numerosos, Montfort y los cruzados que habían permanecido estaban pacificando los nuevos dominios, en los cuales había amplias comarcas y poblaciones que no reconocían al nuevo vizconde. El impacto inicial de la masacre de Béziers era ya un recuerdo. La población, todavía fiel a la casa Trencavel, era cada vez más hostil a los invasores cruzados y la tensión había explotado definitivamente en diciembre con un levantamiento generalizado.

La marcha de una importante parte de los efectivos cruzados, especialmente de los grandes caballeros del norte y también de los ambiciosos e incontrolables ribaldos, había dado la oportunidad a muchos fieles a la casa Trencavel para oponerse a los invasores. Eso, unido a la negativa de Pedro II de reconocer a Montfort como señor de estas tierras, había animado a la rebelión a las mismas gentes que en verano se rendían ante al paso del ejército de la Iglesia. Dentro de las propias filas de los cruzados también se habían producido cambios.

—¿Quién se ha creído que es? Todo me lo debe a mí —gritaba enfurecido Arnaldo Amalarico de pie frente a la vidriera de una de las ventanas de la sala de audiencias del castillo viejo de Carcasona.

—¡Cuánta razón tenéis! —Asentía Hugo de forma servicial.

—Yo he convertido a ese segundón en vizconde de Béziers y Carcasona —afirmaba el legado papal tenso y gesticulando ostensiblemente—, sin mí no sería nada. Habría vuelto a mendigar un título a los Capeto o a los Plantagenet. Y sin embargo, desobedece mis peticiones. Las posesiones que los Trencavel habían robado a la Iglesia deben retornar a ella, no le he nombrado vizconde para que actúe igual que ellos, ¿cómo puede osar contradecirme?

—Seguro que podemos hacerle entrar en razón.

—Voy a demostrarle quién manda aquí —amenazó el legado papal—. Enviadle una carta. Hasta que esas tierras no sean devueltas a la Iglesia, no partirán nuevos cruzados desde el norte. No podemos dejar en manos de los hombres el gobierno de este mundo. Debe ser Dios, y por tanto la Iglesia y nosotros como sus representantes, los que gobernemos. Ningún noble o rey puede elevarse por encima de nosotros. No debe haber poder mayor que el del papa. —Arnaldo cogió aire—. No saldrán más refuerzos hasta que no reponga esos bienes al obispado de Carcasona.

—Eminencia, la situación ahora es delicada. Montfort está haciendo un excelente trabajo. Con escasos recursos y hombres, consigue apagar los numerosos motines y mantiene el orden. Me temo que sin él...

—¿Crees que no lo sé? La rebelión se ha extendido. —Los ojos de Arnaldo empequeñecieron llenos de rabia.

—Así es, recientemente han llegado noticias de las cercanías de Minerve, los herejes han capturado una compañía de cruzados.

—¡Maldita sea! —El legado papal movía las manos de forma apresurada.

—Parece ser que los han torturado y ejecutado. En la población de Alaric también han masacrado a otra compañía. Y desde la Montaña Negra se producen incursiones, hemos perdido cuarenta plazas, y con la marcha de los últimos caballeros, el ejército se ha reducido exclusivamente a la mesnada de Simon de Montfort y unos pocos voluntarios. Sin él estaríamos perdidos.

—No necesito que me lo recuerdes —respondió enfurecido el legado papal—. He informado de esta crítica situación a Inocencio III, quien me ha prometido que enviará numerosas peticiones de refuerzos para la siguiente campaña. Pero debemos asegurarnos que Montfort nos obedezca, de lo contrario no pondré nuevos cruzados bajo sus órdenes.

—¿Tan importantes son esas tierras?

—Esa no es la cuestión —murmuró Arnaldo—, lo importante es que Montfort entienda quién manda en la Cruzada. Si se anima a tomar la iniciativa en esto, por muy insignificante que sea el asunto, en el futuro puede decidir por sí mismo en algún otro mucho más trascendental. Y eso no voy a permitirlo.

—Entiendo, no debe sentar precedente.

—Exacto. No obstante, le necesitamos. Es tan eficiente como sospechábamos. Eso sí, hay que ser más duros con estos herejes. —El legado papal apretó los puños—. Miedo, Hugo, el miedo es lo único que puede salvarnos.

—Montfort está aterrorizando a la población, os lo aseguro.

—No lo suficiente. Solo el fuego puede limpiar estas tierras. Debemos usar el miedo con más ahínco hasta que lleguen los refuerzos.

—Eso será en primavera —advirtió Hugo con cautela—. Hasta entonces nuestros efectivos son limitados.

—¡Cállate ya! —Le miró con desgana—. No necesito que nadie me diga lo que ya sé. Como si fuera un imbécil. ¿O es que me tomas por tal?

—Por supuesto que no.

—¿Habéis dudado en vuestra respuesta?

—Os juro que no, eminencia —respondió Hugo tragando saliva y con un sudor frío que recorría todo su cuerpo.

—No pienso permitir que nadie me contradiga. —El legado se tranquilizó—. Aguantaremos el invierno. Montfort resistirá, la ambición agudiza el ingenio. De hecho, no es eso lo que más me preocupa ahora. ¿Tenemos nuevas del viejo?

—Nada nuevo —contestó Hugo—, es imposible actuar contra él. Toda la orilla derecha del Aude está limpia de herejía.

—Es listo, no cabe duda. Ese bastardo se cree mejor que nosotros. —Arnaldo

juntó las manos a la altura de su barbilla—. No será fácil sacarle de Narbona. ¿Sabes que podría haber sido conde de Barcelona? —No esperó respuesta alguna—. Su padre unió el condado de Barcelona y el reino aragonés al casarse con la reina Petronila y tener descendencia. Si no, él hubiera sido conde. Ese viejo ha dejado que Narbona se convierta en una ciudad de escoria, descendientes de visigodos, musulmanes y judíos campan por sus calles —se lamentó el legado papal—. El arzobispo ha dado demasiado poder a estos últimos, ahora piensan que esa ciudad les pertenece y que este territorio es el reino judío de Septimania.

—Nos ocuparemos de ellos...

—¡Cállate! Tú no te ocuparás de nada, lo haré yo.

—Como ordenéis —lamentó Hugo bajando la cabeza.

—¿Y el libro? Dios ha puesto una pesada carga sobre mis hombros —murmuró mirando al techo y juntando las manos a la altura del pecho—, y me pone a prueba rodeándome de necios e incompetentes. Señor, te pido que me ayudes, envíame alguien en quien pueda confiar.

—Hemos buscado por todo Carcasona, interrogado a los perfectos que todavía había en la ciudad. Los hemos torturado sin descanso, pero no hemos obtenido nada.

—¿Y en los archivos y bibliotecas?

—Hallamos libros peligrosos, algunos griegos, de Aristóteles y Platón; incluso textos escritos en el idioma de los infieles y los judíos. Por supuesto, todos han sido quemados.

—Esa basura no me interesa, el *Libro de los dos principios*, ¿dónde está?, ¿dónde se esconde ese maldito libro?

—No hay rastro de él, nadie sabe nada.

—Si no tienes nuevas del libro, ¿para qué has venido a molestarme? —se lamentó el legado papal.

—Ha llegado un monje del monasterio de Fitero, en el Reino de Navarra.

—Sé perfectamente dónde está el monasterio. ¿Qué quiere?

—Afirma que serviros.

—Vaya, pues espero que lo haga mejor que tú. Quizás mis plegarias hayan sido escuchadas —murmuró el legado papal—. Hacedle pasar.

Hugo hizo un gesto a un guardia que vigilaba el acceso de la sala de audiencias. Este abrió la puerta y tras ella apareció un joven que se aproximó hasta el legado papal. Tenía los ojos azules y una profunda mirada que llamaba poderosamente la atención.

Al llegar frente al legado papal hizo una genuflexión.

—¿Vuestro nombre? —preguntó Arnaldo sin interés aparente.

—Juan de Atarés. Vengo del monasterio de Fitero.

—¿Y para qué? ¿Qué te ha hecho venir a estas tierras de herejes?

—La Cruzada, eminencia —contestó decidido.

—Ah, claro: la Cruzada. —El legado papal tomó asiento en un sillón con

tapicería granate y ribetes dorados; se reclinó sobre el respaldo—. Ese acento vuestro no es navarro, he sido abad del monasterio de Poblet en la Corona de Aragón y reconozco vuestra forma de hablar.

—Antes de llegar a Fitero viajé mucho y hablo varias lenguas, por ello tengo un acento peculiar.

—No sé, hay algo oscuro en ti. —Arnaldo mostró de improviso más interés por el visitante—. ¿Por qué ingresaste en Fitero?

—Un amigo de mi padre era monje del monasterio —explicó pausadamente el joven—, llevo ya muchos años allí, en Navarra.

—Por lo que sois vasallo del rey navarro.

—Soy vasallo de Dios, solo respondo ante él —afirmó el recién llegado con ímpetu—. No entiendo de reyes, ni otros poderes laicos.

—¿Pretendéis luchar en el ejército de la Iglesia?

—Por supuesto —respondió el joven navarro.

—¿Con tu espada y tu armadura? —preguntó el legado papal de forma despectiva.

—Con la espada de la Biblia y la armadura de mi fe en Dios.

Las palabras del navarro hicieron cambiar la expresión del rostro de Arnaldo y también la de Hugo, que observaba expectante.

—Hace falta algo más que fe para derrotar a los herejes.

—Sé que Domingo de Guzmán recorre estas tierras predicando la palabra del Señor.

—¡Cállate! —exclamó Arnaldo clamando al cielo—. Ese iluso. Cree que va a conseguir algo con palabras. Cuando un miembro está enfermo, hay que amputarlo para que el mal no se extienda al resto del cuerpo. Lo mismo ocurre con la herejía. Si no la extirpamos a tiempo en el Languedoc, alcanzará a toda la cristiandad.

—Por eso he venido, para luchar con cualquier arma contra los herejes —afirmó Juan de Atarés—, y sé que vuestra eminencia es el principal defensor de la única fe en estas tierras, por ello quiero serviros.

—¿Con cualquier arma habéis dicho?

—Con todas las que estén en mi mano.

—Interesante —apuntó el legado papal—, me gusta vuestra iniciativa. Cualidad difícil de ver por estos lares. —Y giró su mirada hacia Hugo.

—He sido soldado antes que fraile, serví a la Orden de Calatrava. Luché en Alarcos —respondió el navarro—; era solo un zagal, pero estuve allí sirviendo a los caballeros calatravos.

—Terrible batalla —comentó Arnaldo—, con desafortunado desenlace.

—La mayoría de mis compañeros de la orden murieron combatiendo frente a los almohades.

—Conozco el peligro que se cierne sobre los reinos del otro lado de los Pirineos, espero que sus reyes detengan a esos infieles. Igual que nosotros luchamos aquí

contra los herejes —señaló el legado papal en tono solemne—. Te quiero en mi corte, me servirás como ayudante.

—Hugo de Valence, mi secretario personal, te enseñará todo lo que necesitas saber.

—Gracias, eminencia.

—Está bien, ahora retiraros los dos. Yo tengo cosas que hacer. No me molestes, a no ser que vengas con nuevas sobre el asunto del que estábamos hablando antes. Es primordial que demos con él. —Con aire de desprecio hizo un gesto para que se marcharan.



## Bram, marzo de 1210

El rostro de Montfort expresaba serenidad y el peso de la experiencia, su nariz alargada no hacía sino aumentar la impresión de su imponente figura. Acompañado de una importante tropa salió de la capital del vizcondado y sometió Alzona de forma inmediata. La ciudad se rindió suplicándole perdón por su rebeldía. Dividió allí su ejército en dos compañías, la que siguió bajo su mando se dirigió hacia el oeste con cuarenta caballeros y cien mercenarios.

—Todos los pequeños señores que os habían jurado lealtad en Carcasona a finales de año, os han dado la espalda y cuarenta castillos se han rebelado —afirmó Pierre, que vestía hábito blanco de la Orden del Císter.

—La culpa es de ese maldito rey.

—La negativa oficial de Pedro II a reconoceros como señor de las tierras de los Trencavel ha provocado los levantamientos masivos en vuestros feudos, no hay duda. Ni siquiera la ratificación de Inocencio III os ha otorgado autoridad fuera de Carcasona.

—Nos la ganaremos con las armas, sobrino, ha llegado la hora de castigarlos. Pero ese cobarde... me las pagará algún día.

—¿El rey de Aragón? Tío, poco podéis hacer contra él.

—Yo no olvido una ofensa, ni siquiera si proviene de un monarca. Antes de llegar aquí yo era señor de Montfort, ahora soy vizconde, ¿qué seré mañana?

—Dios os tiene preparado un alto destino.

—Solo espero que se cruce pronto con el del rey de Aragón.

Avanzaron por un territorio llano y fértil, camino de Bram, a escasas leguas de Alzona.

—¿Es prudente seguir?

—Limítate a escribir. —Montfort cogió los guantes de cuero de su ceñidor y los batió contra la palma de su mano derecha—. Serán pocos para ti, pero cada uno de estos caballeros cuenta como dos docenas de herejes, no lo olvides.

Pierre Vaux-de-Cernay era un joven monje cisterciense, de baja estatura, con el cuerpo estrecho y carente de fortaleza física. Al tomar el mando de la Cruzada, Simon de Montfort quiso a un cronista a su lado para que dejara constancia de sus progresos frente a los herejes, así que decidió hacer llamar a su sobrino. Un muchacho sin mucha experiencia y algo tímido, aunque con habilidad para la escritura.

—Dicen que los caminos están repletos de *faidits*.

—Así que eso dicen —rio el vizconde—, pues yo no he visto ninguno.

Montfort portaba una vistosa sobrevesta, una prenda de tela que se sobreponía

encima de la cota de malla cuyo propósito era evitar el recalentamiento de la superficie metálica y a su vez servía para colocar los colores del linaje al que se pertenecía. En su caso, la casa de Montfort tenía como divisa un león rampante plateado sobre fondo rojo.

—Son peligrosos y nos odian, son pequeños señores a los que hemos echado de sus tierras y desposeído de sus castillos.

—Herejes —carraspeó con desprecio el vizconde.

—Sí y, a pesar de ello, cuentan todavía con fieles que los siguen.

—Cobardes que prefirieron huir a presentar batalla. —Montfort escupió desde lo alto de su corcel—. La valentía es un bien escaso. Un cobarde lo es para toda su vida.

—Es cierto que es de esa clase de atributos que se tienen o no, pero el rencor también puede hacer peligroso a un hombre, incluso al más cobarde.

—¿Eso dicen tus libros?

—Eso dice la Biblia —sentenció Pierre.

—Lo tendré en cuenta.

—Tío, precisamente quiero hablarte de un rumor que ha llegado a mis oídos en Carcasona. Una especie de leyenda sobre un libro.

—Somos cristianos, no creo en rumores, ni en magia, ni mucho menos en leyendas. Y el único libro que me interesa lo acabáis de mencionar: la Biblia.

Entonces una flecha voló hasta clavarse en el hombro del vizconde, ante la mirada atónita de su sobrino. Montfort sujetó al caballo cogió el proyectil con ambas manos y lo extrajo con un mal gesto de sus labios, ante la cara de espanto de Pierre.

—¡Tío! —El monje estaba alterado y con el rostro blanco, presa del pánico.

—Tranquilo, han disparado desde demasiado lejos para perforar la cota de malla —explicó sereno Montfort mientras se calaba el yelmo y bajaba la celada—, estos herejes son unos inútiles, no saben combatir.

A esa flecha le siguieron una veintena más, que acabaron con la vida de una docena de mercenarios. A continuación, un grupo de jinetes surgió delante de la compañía, eran unos treinta, insuficientes para enfrentarse a los cruzados. No estaban solos, entre los matorrales a ambos lados de la vía aparecieron varios cientos de hombres armados con lanzas, guadañas y espadas. Gritando y corriendo como alimañas contra los cruzados.

—¡Esto se anima! Dividíos, peones a la derecha, caballeros a la izquierda —ordenó Montfort—. Seis jinetes que me sigan al frente. Vos, Pierre, manteneos a salvo.

Los cruzados obedecieron con orden y rapidez. El caballo de Montfort escarbó un par de veces antes de iniciar el trote. Los mercenarios del flanco derecho no esperaron a los *faidits*, sino que se lanzaron contra ellos. Estaban en una proporción similar y ellos eran guerreros mucho más experimentados. Por contra, los caballeros del otro flanco estaban en clara inferioridad numérica, la clave era la velocidad. Antes de que fuera demasiado tarde cargaron contra sus asaltantes. No causaron muchas

bajas, pero salieron de la trampa, rompiendo la formación de su enemigo y ganando el espacio necesario para poder cargar de nuevo, esta vez con más espacio y tiempo para acelerar al galope. Ahora, los *faidits* de ese flanco estaban desorganizados y sufrieron la embestida de la carga de más de treinta caballeros. Nerviosos y desorientados, no supieron reaccionar. La caballería aniquiló a la mitad de ellos, el resto huyó, como también lo hicieron los del otro flanco. Perseguidos por los mercenarios, deseosos de obtener algún botín.

Montfort se había guardado la parte más difícil para él. Junto a seis de sus hombres cargaba contra una treintena de jinetes rebeldes. Marchaba al trote con la espada en ristre. Aceleró al galope, en formación de cuña con él en vanguardia. Los asaltantes también cargaron con todo. Ampliamente superiores en número, confiados y ansiosos de dar muerte al líder de la Cruzada. El extranjero que había invadido sus tierras y destruido todo aquello que amaban.

Al llegar a la altura del vizconde, este los estaba esperando. Dio un corte mortal en el pecho al adversario que le atacó por la derecha, rápidamente continuó el giro de su espada para cortar la cabeza al de la izquierda. Levantó su brazo todo lo que pudo para hacer un gran arco por encima de él y dejar caer el acero con suma violencia hasta detener el ataque de un nuevo enemigo y, acto seguido, sacó una daga de su montura con la mano izquierda y se la insertó en la garganta, provocando un chorro de sangre que le salpicó toda la cara. Recuperó la iniciativa, y con su caballo de nuevo en movimiento, clavó su arma en la espalda de otro *faidit* que luchaba contra uno de sus hombres. Acertó a ver un arquero a caballo que le apuntaba con su arco y rápido como un zorro lanzó una azcona que tenía en la montura, alcanzó en el pecho al arquero y lo derribó al instante. Continuó hacia otro rival, este era diferente a los anteriores. Tenía mejor porte y una buena bestia que exhalaba bocanadas de aire caliente por los orificios de su hocico. Se trataba de un hombre corpulento que le miraba con desprecio. Parecía estar aguardándole. Ambos lanzaron sus caballos al encuentro con toda su potencia y chocaron sus espadas en el aire; una, dos y hasta tres veces. Hicieron girar a sus monturas y volvieron a repetir la carga.

—Por fin un rival decente —carraspeó Montfort sin obtener respuesta.

Siguieron luchando hasta que la decena de jinetes *faidits* que había sobrevivido a la carga de los cruzados empezó a huir. El resto de mercenarios y caballeros venía en auxilio del vizconde una vez que habían derrotado a los otros asaltantes.

—No pienso dejarte escapar, habértelo pensado dos veces antes de desafiarme.

Montfort lanzó un golpe que su rival apenas pudo detener y continuó con otro igual de potente, para finalmente lanzar un tercero. Aunque no le hirió, le hizo perder el equilibrio y caer del caballo. Los mercenarios llegaron rápido y lo redujeron.

—Gracias por la lucha, me ha sentado bien. Si esto es todo lo que sabéis hacer en el Languedoc, la conquista va a ser mucho más fácil de lo que pensaba.

—Tío, ¿estáis bien? —Pierre llegó nervioso y preocupado.

—Es obvio que sí —respondió mientras se limpiaba la sangre que manchaba su

rostro—. Ha sido una buena pelea. Te has portado como debías —afirmó mientras acariciaba a su caballo.

El animal despedía por la boca borbotones de espuma blanca mezclados con sangre que manaba de sus encías.

—Han huido, nos doblaban en número y aun así los hemos vencido.

—Ha sido un éxito —confirmó exultante de alegría Pierre—, sin apenas bajas hemos derrotado a todos esos herejes —el monje cisterciense se mostraba tan excitado como si él mismo hubiera entrado en combate.

—No esperaba otra cosa. —Montfort limpió la espada y la envainó—. ¿Por qué creías que nos habíamos dividido? Estos cobardes nunca hubieran atacado a todo nuestro ejército, se lo puse fácil y cayeron en la trampa. Ya te expliqué antes que la cobardía es como el color del pelo, eres rubio o cobarde desde que naces. Y estos son unos malditos cobardes, la única forma de que nos ataquen en campo abierto es que crean que su victoria es segura. La mejor manera de descubrir qué teme tu enemigo es observando qué métodos usa él para atemorizarte.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó Pierre mirando al prisionero al que los soldados habían atado de pies y manos.

—Matarlo, por supuesto. —Montfort sonrió—. Servirá de escarmiento al resto de rebeldes. ¡Descuartízadlo!

—¡Parad! ¡Es una crueldad! —Pierre se llevó las manos al rostro para no ver la monstruosidad.

Uno de los cruzados alzó la espada y seccionó el brazo del *faidit* de un solo tajo. La sangre salpicó la cara de Pierre. Se limpió y cuando levantó la vista, le repugnó presenciar como un nuevo tajo cortaba uno de los pies del moribundo. Los tendones quedaron colgando y el grito de dolor fue desgarrador.

—Que chille y brome todo lo que quiera, así lo oirán sus amigos —respondió Montfort impasible—, lo que quede de él atadlo a su caballo y soltad al animal, alguien encontrará los restos. Si el legado papal quiere miedo, miedo tendrá. Pienso lograr mis objetivos, los medios para conseguirlos no me importan.

—Pero es cruel —replicó su sobrino, todavía impactado por la sangrienta escena.

—La vida lo es, la guerra lo es. ¿Qué no es cruel en este mundo?

—¡La Iglesia! —gritó fuera de sí Pierre.

—Sobrino, es el legado papal quien me pide, mejor dicho, me exige crueldad. Yo solo soy el brazo que empuña su espada. La mente que lo dirige está en Carcasona. Creedme cuando os confieso que no disfruto con esto, a mí solo me interesa el poder, ese es el mayor placer que puede tener un hombre. En cambio, yo no estaría tan seguro de Arnaldo, lo vi en Béziers. Observé su mirada cuando ardían vivos todos esos inocentes en la catedral y os digo con toda certeza, que vi cómo se regodeaba en su dolor.

El cisterciense se santiguó y agachó la cabeza para rezar el padrenuestro lo más rápido que pudo.

—Esto es la guerra, Pierre, ¿no os dais cuenta de que ese hereje por el que tanto os preocupáis es nuestro enemigo? Si le dejamos ir a él o a cualquiera de los otros prisioneros, se alzarán de nuevo contra nosotros y volveremos a enfrentarnos a ellos. No pienso cometer tal estupidez.

»Y ahora vamos a Bram, esos cobardes que han huido se habrán refugiado allí. Les enseñaremos quién es el señor de estas tierras.

## Foix, marzo de 1210

El perfecto entró en la casa acompañado de Martín, saludó a la comunidad y bendijo a varias mujeres y niños. Se lavó las manos y el rostro con el agua de una palangana y salió al jardín de la parte trasera de la casa. Martín le siguió. Miró al sol y dejó que la luz iluminará su cara, a continuación se acercó al joven y le puso su mano derecha sobre el hombro.

—Llevas con nosotros muchos días, quiero que me digas la verdad, ¿por qué viniste aquí?

Sorprendido por la pregunta, no supo qué contestar. Un escalofrío recorrió sus huesos y sintió una fuerte presión en el pecho.

—Porque quería unirme a vosotros —contestó temeroso de ser descubierto.

—¿Seguro? —preguntó el perfecto arqueando las cejas.

—Claro —respondió con forzada firmeza—, ese era mi deseo: ser un buen hombre.

—Ya veo. —El anciano se rascó la barba—. Solemos tener casas de predicación en las calles de los burgos, como esta en la que tú estás ahora. Aquí la gente puede venir a ver y a escuchar cómo predicamos. Yo vivo aquí, esta era antes mi casa, ahora es la de todos. ¿Te sientes a gusto en ella? —Antoine pensó mejor la pregunta—. ¿Eres feliz aquí?

—Por supuesto. —Qué otra cosa podía decir Martín si quería agradar al perfecto.

—A veces te miro y creo que dudas.

—¿Que dudo? —se sorprendió el aragonés.

—Sí, es como si tuvieras un conflicto dentro de ti, al menos eso es lo que yo percibo. —El anciano se acercó más al joven—. No pasa nada, es normal dudar. Sé que eres un muchacho especial, hay algo en ti distinto, el problema es que no sé si eso es bueno o malo.

—No tengo dudas, perfecto, pero aún tengo tanto que aprender... Vuestras costumbres y vuestra fe son nuevas para mí, y a veces me cuesta entenderlas.

—Bueno, eso se puede solucionar. ¿Qué os inquieta? ¿Qué queréis saber?

—Pues, por ejemplo ¿vestís siempre de negro? —Martín preguntó lo primero que vino a su mente, sin pensarlo demasiado.

—Solo los perfectos como yo. Para poder llevarlo tenemos que ser completamente puros. Yo no como carne, ni practico el acto sexual. —Martín no pudo disimular su cara de sorpresa—. No te asustes, ya sabes que tú eres libre de yacer con quien quieras.

—Pero entonces debo casarme con ella.

—No, no entendemos el sacramento del matrimonio. La procreación solo

conlleva traer más vidas a este mundo corrompido. Como ya te he dicho, puedes copular con la mujer que desees, aunque si lo haces no conseguirás alcanzar el cielo y te volverás a reencarnar, prolongando de esta forma tu penitencia en este infierno.

Continuaron caminando por el jardín. El tiempo era agradable. El invierno parecía haber dado una tregua y la primavera empezaba a anunciarse.

—¿Cómo está organizada vuestra Iglesia? Porque esa es otra de mis dudas. No entiendo si está jerarquizada como la católica o no —Martín decidió proseguir con las preguntas.

—Sí, en obispados, por supuesto. Somos cristianos, buenos cristianos. Tenemos obispos con sus ayudantes: un hijo mayor y un hijo menor. Cuando muere el obispo le sucede el hijo mayor, cuya posición es ocupada entonces por el hijo menor, y al puesto de este accede un nuevo hombre. Los obispados son independientes y se encargan de nombrar diáconos, como yo, que administramos las casas religiosas —Antoine se detuvo y dejó que los rayos del sol bañaran de nuevo su rostro—. Sobre todo leemos el Nuevo Testamento, en la lengua de oc, y nunca el Antiguo.

—¿Y los sacramentos? —inquirió el aragonés.

—El único sacramento fundado del Antiguo Testamento es el de la imposición de manos. Que es a su vez bautismo, penitencia, ordenación y extremaunción.

—No aceptáis prácticamente nada del Antiguo Testamento.

—Así es. Créeme, el Dios que aparece en él no es el Dios de la bondad y la luz. No es Dios.

—Entonces —Martín miró a su alrededor—, ¿qué ha creado Dios en este mundo?

—Absolutamente nada. Esta vida es tan solo un infierno transitorio, del que todos saldremos para ir al verdadero reino de Dios. Todas las almas se salvarán y las que no, volverán a reencarnarse hasta que lo consigan.

—Entiendo, maestro. ¿Y nuestros hijos?

—Tener hijos es alargar la vida de este lugar y traer más almas a este mundo de Lucifer.

—Yo no poseo descendencia y no creo que quiera tenerla —dejó claro el aragonés.

—Ahora debes recordar que practicamos ayuno los lunes, jueves y viernes. Hacemos tres reverencias al paso de un perfecto. Rezamos el padrenuestro y compartimos el pan, aunque solo en memoria de Cristo. No podemos aceptar la autoridad del papa, puesto que como todo lo humano es pecaminoso.

—¿Y la cruz?

—La cruz es un símbolo maligno de tortura y muerte. Cómo se puede adorar algo que representa tanta maldad. —Antoine hizo ostensibles gestos de negación con la cabeza—. Los hombres pueden salvarse, para ello deben leer ellos mismos la Biblia, el Evangelio de San Juan. ¿Has leído la Biblia?

—Sí, claro que lo he hecho —afirmó con seguridad Martín.

—¿La has leído toda? —insistió el perfecto—. ¿De verdad?

—Sí perfecto, por supuesto.

—Deberás conocer de memoria el Evangelio de San Juan. —Antoine permaneció mirando al cielo—. Todo ha sido hecho por Él, y sin Él no ha sido hecho.

—¿San Juan? —susurró Martín.

—Su correcta traducción, no la que la Iglesia interpretó —precisó a la vez que levantaba su dedo índice en señal de advertencia—. Ahí tienes la clave para entender que hay dos creaciones; la verdadera, la de las cosas que son, la de Dios; y la ilusoria, la de las cosas que no existen verdaderamente, este mundo visible que en realidad es la nada.

—Entiendo —asintió Martín con la cabeza—, aunque es complicado.

—¿Y qué no lo es? —confirmó el perfecto a la vez que sonreía—. El Evangelio de San Juan te mostrará el camino de la luz. Él nos dice que el espíritu es el que da vida, la carne no. En San Juan, 6:63: «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida». Y en San Juan, 1:4 – 5: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron» —citó de memoria—. Debes entender que el pecado es la sujeción al mundo, su piedra angular. El pecado original no es un pecado de orgullo, sino carnal: la unión sexual de Adán y Eva, del hombre y la mujer. Todos los pecados son mortales. La cópula y el goce carnal suponen la sujeción al mundo, el mal.

—Pero si no copulamos, no tendremos hijos y por tanto, ¿qué será de los hombres?

—La extinción de nuestra vida no debe asustarte, puesto que nos libera del mal. Ya sea a través del suicidio, del sacrificio, del martirio o bien de la negación de la procreación.

—Dios nos creó a su imagen y semejanza —Martín deseaba debatir las afirmaciones del perfecto, aun a riesgo de molestarle—. Siempre nos han dicho que Él hizo el mundo.

—Nos han engañado, solo eran mentiras —Antoine mostraba un completo dominio de los tiempos, como si disfrutara con las contradicciones que proponía el aragonés—. La causa de todo mal está en la esfera de lo material, que es obra de Satanás. El Dios de la luz no puede haber creado este mundo imperfecto.

—¿Y Jesús? Él es hijo de Dios —dijo Martín con precaución, como si empezara a dudar de todo lo que antes creía un axioma.

—Nada humano puede ser puro, el hijo de Dios no puede ser un hombre como los demás.

—¿Quién es entonces Jesús?

—Un ángel a quien Dios ordenó salvar el mundo a través de sus enseñanzas. Fue nuestro salvador, el Enviado.

—Él se sacrificó en la cruz por nosotros —recordó el aragonés.

—Los ángeles no pueden morir. Jesús no murió, no se sacrificó. Por ello, la eucaristía es falsa y la transustanciación del cuerpo de Cristo en la hostia sagrada una



solemne mentira.

—¿Y María?

—Ella es la sabiduría, el Espíritu Santo, la mediadora entre Dios y el mundo.

Martín respiró profundamente. Los cimientos de su fe estaban temblando. Aquello empezaba a afectarle. Poco a poco su fe se estaba debilitando.

—El *consolament*, ¿en qué consiste exactamente? —Tenía cada vez más preguntas y necesitaba respuestas—. ¿Es como el bautismo?

—¡No me escuchas! Ya te expliqué qué pensamos del bautismo. ¿Acaso ya lo has olvidado?

—Perdonad mi torpeza. Tenéis razón, Antoine.

El joven recordaba su aprendizaje en la catedral de Jaca, de cómo le relataban que las almas humanas se iban creando a medida que nacían los cuerpos, y que de todas estas almas solo algunas conseguirían subir al cielo, que no conocían. En el Languedoc estaban enseñándole una fe totalmente distinta, donde las almas habían caído del cielo, al que deseaban volver. Al que regresarán todas, más tarde o más temprano.

—La jerarquía de la Iglesia católica es la encarnación de los ángeles caídos —le explicó pausadamente Antoine—. Tiene señorío sobre las ciudades, los burgos y las provincias, y se sienta majestuosamente en las pompas de este mundo: es temida por reyes, emperadores y demás señores. No es como las ovejas entre los lobos, sino como los lobos entre las ovejas.

Martín callaba ante las afirmaciones de Antoine, blasfemas para un católico como él.

—Se olvidan que Cristo fue enviado por Dios para arrancar las almas de la postergación al revelarles su naturaleza divina. Este mundo es el mundo del olvido. Nuestras almas llevan demasiado tiempo lejos del cielo, y muchas no lo recuerdan. Debemos conseguir que rememoren lo que un día fueron.

—Todo lo que decís tiene sentido, aunque la Iglesia lo explica de otra forma —replicó Martín, que ardía de ganas de defender todo aquello en lo que creía—. Dios creó imperfectas a sus criaturas, si fueran perfectos serían incapaces de pecar. Al no poder hacer el mal de ninguna manera, su fidelidad a Dios no habría sido en absoluto mérito propio y tampoco tendrían que estarles agradecidos a Dios. Por eso Él creó a sus criaturas con voluntad propia para hacer el bien o el mal. De ese modo puede luego juzgarlas.

—Si aceptas esa teoría católica, afirmas que hay algo que se escapa a la voluntad de Dios. Esto es imposible si solo existe un único principio primero, bueno y perfecto. Porque si solo hubiera uno, la creación sí hubiera sido perfecta, y Dios no se habría arrepentido de su propia creación desatando el Diluvio, ni habría enviado después a Jesús para salvarnos.

—¿Y el mal?

—Esa es la pregunta correcta. ¿Cuál es el origen del mal?

—No puede ser Dios —dijo Martín cada vez más seguro en sus reflexiones.

—Por tanto tiene que ser otro principio, diferente a Dios —continuó Antoine—. Nada puede ser a la vez blanco y no blanco. Si fuera cierto que Dios concedió el libre albedrío a los ángeles para que pudieran pecar; la maldad provendría de Dios, lo cual es un sacrilegio. Debe pues existir otro principio del que emane el mal.

—¿Qué insinuáis? —preguntó Martín abrumado por la oratoria del cátaro.

—Dios no pudo crear a los ángeles perfectos, puesto que solo Él lo es. Y al mismo tiempo, tienen que ser forzosamente imperfectos para poder ser capaces de pecar. Por lo que Dios no puede reprochar nada a sus criaturas, puesto que no las hizo perfectas.

Entonces un hombre ataviado de negro como Antoine, con el pelo y la barba largos y espesos, irrumpió en el jardín de la casa. Respiraba entrecortadamente y estaba nervioso.

—¿Qué sucede?

—Los cruzados avanzan rápido —respondió el visitante con dificultad.

—Lo sé —respondió Antoine—, estamos al corriente de que han reanudado los ataques.

—Sí, y de manera rápida. Dicen que pronto emprenderán el asalto de la Montaña Negra.

—Les costará someter todo el territorio de los Trencavel —respondió con tranquilidad Antoine—, no avanzarán tan fácilmente.

—El nuevo vizconde está castigando con una crueldad desmedida a todos los que no se someten —llamó la atención el visitante—, eso le está allanando el camino. Ahora muchos se lo piensan dos veces antes de hacerle frente.

—Recuerdo perfectamente al joven Raimundo Roger, el vizconde, yo mismo lo recibí como creyente en la Espulga, una cueva fortificada cerca en Ormolac. Sus vasallos no permitirán que su nombre caiga en el olvido, defenderán sus feudos contra los invasores. —El perfecto parecía no dar importancia a las malas noticias.

—Antoine, ¿no vamos a ayudarlos? —preguntó el visitante visiblemente preocupado.

—¿Qué podemos hacer? Además, la Montaña Negra es inconquistable. Los cruzados no la conocen, nadie ha logrado nunca asaltarla.

—Aun así deberíamos enviar refuerzos. —El hombre pensó sus siguientes palabras—. Quizás alguien consiguió sacar el libro de Carcasona y pudo refugiarse allí.

—Eso no los sabemos —contestó el perfecto—. El libro es un asunto diferente.

—Debemos intentar socorrerlos, ¿y si está allí? Hay que sopesar esa posibilidad y no permitir de ninguna manera que caiga en manos equivocadas, ¡no podemos perder el libro! —Aquel hombre estaba desesperado.

—Enviar ahora a alguien hasta la Montaña Negra es demasiado peligroso.

—Yo iré —interrumpió Martín—. Soy bueno con la espada, y quiero ser digno de

vuestra hospitalidad.

—No es buena idea —musitó Antoine.

—Insisto, además, yo soy aragonés, los cruzados no sospecharán de mí.

—Esto no es un juego, muchacho —añadió el otro hombre desanimado—, Antoine tiene razón. El libro es demasiado importante, no es una decisión banal.

—Pero ¿de qué libro habláis?

—Martín —el perfecto lo miró seriamente—, pronto estarás preparado para tu bautismo espiritual, la imposición de manos que te concederá el Espíritu Santo. El verdadero bautismo, alejado del agua material. Debes permanecer aquí.

Antoine dejó a Martín y acompañó al visitante al interior de la casa.

—Si hemos perdido el libro es una catástrofe —murmuró el hombre insistentemente—, pero me niego a creer tal cosa: ¡alguien tuvo que esconderlo!

—Yo también lo pienso —asintió Antoine—, estoy convencido de ello. Puede ser en la Montaña Negra o no, en cualquier caso ¿a quién podemos enviar en una misión tan desesperada?

**Carcasona, finales de marzo de 1210**

Sébastien deambulaba muerto de hambre por las calles de la ciudad, buscando un trozo de comida que echarse a la boca. Eran varios los días sin probar bocado, su estómago le dolía tanto como su alma. Ya no había esperanza para él. Había pensado en escapar al campo, pero le habían llegado noticias de que los *faidits* apresaban a todo cruzado que encontraban y lo torturaban hasta la muerte. La visión de verse colgado de una soga, con un hombre de mirada oscura abriendo sus entrañas como a un cerdo le perseguía en sus sueños. Por eso no podía abandonar aquella cárcel de piedra en que se había convertido Carcasona para los pocos voluntarios cruzados que todavía permanecían en ella.

Volví de misa, las palabras del sacerdote cada vez le ayudaban menos. Siempre se pedía sacrificios al pueblo, él los había hecho, los continuaba haciendo y nunca conseguía nada. Su vida era lo más parecido a un infierno que podía imaginar.

«¿Por qué Dios le había abandonado de esa manera?», se repetía una y otra vez.

A él, que había acudido a la llamada de la Santa Cruzada, que era un fiel cristiano.

«¿Por qué no le ayudaba en aquel momento de desesperación?».

No podía concebir un abismo peor aún que su actual existencia.

Pasó junto a un grupo de escuderos lombardos que jugaban a los dados y bebían vino. Dos rameras les hacían compañía mientras se dejaban sobar y besuquear por unas monedas. Él las miró con deseo. Siguió su camino y se cruzó con otra mujer que llevaba el pelo suelto, para que se supiera qué era. Intentó no fijarse en ella. Más adelante encontró a otra que llevaba un manto, aunque el vestido era ajustado y sus exuberantes pechos estaban bien a la vista. Al llegar a su altura, se quitó el manto, ingenuamente pensó que Sébastien podía ser un cliente interesado. En eso se había convertido Carcasona desde la llegada de la Cruzada: en un inmenso burdel.

Tenía los pies ensangrentados y le dolían a cada paso que daba. Sus zapatos estaban desgastados y ya no podían ser remendados más veces. Miró unas zabatillas en el puesto de un artesano y suspiró por ellas. Era un calzado abotinado, perfecto para caminar por la calle y que era usado por todas las clases sociales, aunque diferían en la factura y en los materiales empleados. Incluso eran gastados por las mujeres. Pero en aquel instante, a él le parecieron un tesoro imposible de obtener.

Giró la esquina, entonces unas manos le taparon la boca y le introdujeron de manera violenta en una casa cercana. Se resistió al rapto como pudo, pero apenas tenía fuerzas. Soltó varias patadas aunque no alcanzó nada a lo que golpear. El hombre que le sujetaba era mucho más fuerte que él. Intentó morderle, pero su raptor respondió golpeándolo bruscamente en el rostro. Ahí se perdieron sus últimas fuerzas y con ellas su capacidad de resistirse al rapto.

Quizás era lo mejor que le podía suceder, morir casi se presentaba como una bendición. Al menos, esperaba que fuera sin dolor, porque aquel extraño sueño donde era degollado era lo que más temía en este mundo.

Aturdido y dolorido despertó tiempo después. Le costó abrir los párpados, cuando lo logró vislumbró una figura delante de él. Al principio no podía ver quién era porque estaba al contraluz de una vela, poco a poco los rasgos se fueron formando delante de sus ojos. Se estremeció al comprobar que era una silueta de mujer lo que se dibujaba ante él.

—¿Estoy muerto? —murmuró con dificultad, al fin y al cabo el diablo suele adoptar forma femenina.

Se encontraba tumbado en el suelo. Intentó moverse, no podía. Era como si una fuerza extraña lo retuviera contra su voluntad. Cuando fue a gritar le pusieron una mordaza que olía a grasa, le taparon los ojos con unas telas y las ataron con fuerza.

Permaneció amordazado por un largo período de tiempo. Hasta que alguien le permitió recuperar la vista.

—Tranquilo —susurró una voz delicada—, quítale eso y suéltalo.

Unas manos rodearon su cuello y liberaron su boca, al mismo tiempo que recobraba la voluntad de sus brazos. Se incorporó con dificultad, estaba débil y cansado.

—Sigues con vida.

Sébastien no podía creer lo que estaba viendo. Aquella mujer, que había tomado por un engaño del maligno, era la joven de Béziers. Cómo olvidar aquella hermosa mirada. Ya no llevaba el vestido con esplendidos adornos dorados en los costados, sino una blusa corta y calzones de hombre. El pelo, rubio y brillante, tampoco lo tenía suelto, sino recogido y oculto. Qué diferente a las ramerías que poblaban Carcasona. Su piel seguía siendo morena y sus inmensos ojos de un verde profundo.

—¡Eres tú! —Sébastien se alegró de volver a verla, aunque fuera en aquellas circunstancias.

—Buena apreciación, sin duda no es tu elocuencia lo que te mantiene con vida.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó un hombre que apareció tras ella, un individuo fuerte y alto, con los ojos tristes y la comisura de los labios ligeramente inclinada hacia la derecha—. Es un cruzado.

—Es un pobre campesino, lo más probable es que se uniera a los invasores por ignorancia. Dudo que supiera a dónde venía —afirmó la joven dama.

—¿Por qué quieres que le salvemos? Es un maldito norteño, un salvaje católico.

—No soy un salvaje. —Sébastien demostró que le quedaba algo de dignidad.

—Si sabe hablar. —Y el fortachón soltó una carcajada burlona.

—No te rías de él —intervino la dama—, me salvó la vida.

—No te confundas, Marie, es un cruzado, un extranjero que ha venido para invadirnos y quedarse con nuestras tierras. En Béziers tus padres, tus abuelos y tu hermana no recibieron compasión alguna de alimañas como esta.

—¿Crees que no lo sé? —inquirió ella con una mirada de reproche.

—Ignoro por qué este se apiadó de ti. —El hombre pensó sus palabras—. Lo siento, a pesar de ese gesto no deja de ser un despreciable cruzado, no podemos fiarnos de él.

—Yo no sabía lo qué iba a suceder en Béziers —interrumpió Sébastien con la voz entrecortada.

—Seguro que no —musitó el hombre con desprecio.

—Mi padre murió defendiéndote —continuó dirigiéndose a la dama.

—Es verdad —confirmó ella, que se mostraba nerviosa y dubitativa.

—Puede que solo sea un campesino, un ignorante que vino al sur pensando que luchaba por Dios, pero tengo mi honor —graznó Sébastien—. Si no me creéis matadme aquí mismo, aunque os juro por Él que no sabía lo que iba a suceder en Béziers.

—No jures, muchacho, es un error —medió la dama—. Te agradezco profundamente tu ayuda aquel día, y lamento que muriera tu padre. Tienes que entender que hemos perdido a muchos amigos y tú eres un invasor extranjero.

Sébastien permaneció callado, aquello que decían era cierto, él era un cruzado.

—¿Tienes hambre?

—Sí, llevo días sin comer.

La mujer se acercó a una mesa y trajo un cuenco con habas y guisantes, junto con dos rebanadas de pan. Sébastien no pudo resistirse y se lanzó a devorarlo, tenía tanta hambre que le dolía el estómago al comer, sin embargo eso no le impidió continuar hasta que no quedó nada.

—Ya se ha engullido nuestra cena, ¿qué hacemos ahora con él?

—Que duerma en el almacén —respondió mordiéndose el labio inferior—, ya lo pensaremos luego.

El hombretón lo acompañó hasta una habitación sombría donde había numerosos sacos de trigo y paja. Sébastien estaba cansado y ese lugar le pareció el mejor del mundo en aquel momento. La puerta se cerró tras él y oyó como echaban varios candados. Estaba en total oscuridad, se tumbó sobre uno de los sacos y durmió con el estómago lleno.

Despertó horas después desorientado. La habitación seguía sumida en la más absoluta penumbra, caminó a gatas hasta donde recordaba que se ubicaba la puerta y la golpeó. Nadie respondió. Insistió varias veces con idéntico resultado.

Se abandonó a la soledad y durmió de nuevo.

Mucho más tarde, cuando seguía entregado al sueño, unos brazos lo levantaron y lo sacaron del almacén. Bruscamente fue llevado hasta la otra sala.

—Necesitamos tu ayuda. —La dama lo esperaba sentada en una de las sillas junto a la mesa de madera. Calzaba unos zapatos rejillados, con aberturas y un troquelado decorativo, que dejan ver la calza roja interior, y que Sébastien miró con deseo.

—Mi ayuda. ¿Para qué? —preguntó confuso.

—Tenemos que salir de la ciudad. Hay guardias en las puertas y preguntan a todo el mundo —respondió el hombre que le había arrastrado hasta allí.

—Si hablamos en tu lengua, reconocerán nuestro acento. Necesitamos que nos acompañes. Nos haremos pasar por peregrinos que se unieron a la Cruzada y que ahora deben continuar su camino hacia Santiago.

—¿A Santiago de Compostela? —se sorprendió Sébastien.

—Sí, muchos católicos que van hasta allí pasan por Carcasona camino de Santiago y también se detienen en Tolosa para ver las reliquias de san Saturnino. Atraviesan miles de leguas, estados y guerras por ver los huesos de un cadáver de hace cientos de años. Nunca he visto blasfemia semejante —contestó de nuevo el acompañante de la mujer.

—Esos peregrinos son buenos cristianos y hacen ese esfuerzo para ver al santo, quieren que él intervenga ante Dios por ellos. En cambio, vosotros sois cátaros, adoradores del demonio. —Sébastien se enervó con todos esos ataques a la Iglesia.

—Aquí el único que sirve al mal eres tú, cruzado —respondió el hombre—, y cuida tu lengua, si no quieres que te la corte. Los santos son grandes embusteros, hombres como tú y yo, y por tanto materia de este infernal mundo. Adorar sus asquerosos huesos es una de las mayores abominaciones que pueden cometerse.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué sabrás tú de Dios? Yo vine aquí en Santa Cruzada para limpiar vuestra tierra de la herejía.

—¿Y qué tal te ha ido? ¿Has matado muchos herejes? —intervino la dama—. ¿Has asesinado suficientes niños? ¿Has violado a todas las mujeres que has podido? ¿Has quemado vivos a católicos y buenos cristianos?

—Yo no he hecho nada de eso.

—¿No? Pues la Cruzada sí, y si tan orgulloso estás de ser un cruzado deberías pensar en ello —espetó la joven como si cada una de sus palabras fueran una bofetada contra Sébastien.

—La Cruzada es deseo de Dios.

—Demasiadas barbaridades se han hecho en la historia en nombre de falsos dioses —apostilló el hombre de pie.

—Dios solo hay uno, el verdadero —carraspeó Sébastien.

—¿Cuál? ¿El Dios del Antiguo Testamento? Un Dios malvado, lleno de acciones malignas y engañosas. Que instiga a Moisés a empujar a su pueblo a ejecutar a todos los hombres de las ciudades conquistadas a los enemigos, a apoderarse de sus mujeres y niños. Un Dios lleno de cólera, injusticias, asesinatos, terror, venganza y odio. Ese no es el Dios de los Evangelios. En el Antiguo Testamento, Moisés, Aarón, y muchos otros dicen haber visto a Dios. El Evangelio de Juan dice que a Dios nadie le ha visto y Pablo afirma que es invisible. —El cátarlo tomó aire—. Ten cuidado de a qué Dios sirves, muchacho —añadió desafiante el corpulento hombre.

Sébastien dudó, y en su duda estaba el principio de su perdición.

—No creo que sea buena idea confiar en él, ¿y si nos descubren? Este es incapaz

de ayudarnos, míralo.

—Eso no sucederá —comentó la joven—. Toma. —Y lanzó a Sébastien un abrigo marrón con forma de hábito—. Tenemos que irnos ya.

—¿Tan rápido? No sé si seré capaz de ayudaros.

La mirada de la mujer respondió a su pregunta.

El hombre se acercó, sacó una daga que llevaba oculta en el abrigo y la puso en la garganta del muchacho. Este no podía ni tragar saliva, sentía el frío acero clavándose en su piel y volvieron a venir a su mente las imágenes de la pesadilla en la que era degollado.

—Si nos traicionas, te mataré lentamente, te abriré como a un conejo y tiraré tu cuerpo a los cerdos. —El cátaro tenía la mirada llena de cólera.

—Os ayudaré —carraspeó Sébastien.

—Más alto.

—Déjalo ya —intervino la mujer—, nos ayudarás, ¿verdad?

El joven franco asintió y volvió a mirar los zapatos de la mujer.

—¿Por qué me miras los pies? —preguntó indignada.

Entonces la mujer miró los de Sébastien y se alarmó al ver las heridas y su calzado remendado hasta lo imposible. Se volvió y desapareció unos instantes, pronto volvió con algo entre las manos que lanzó al joven franco. Eran unos zapatos, sin abotinar, completamente cerrados.

—¿Por qué has hecho eso? —recriminó el cátaro con los brazos abiertos.

—No seas necio, tenemos una misión que cumplir. Le necesitamos para salir de aquí —murmuró en la lengua de oc.

Sébastien la miró sorprendido y emocionado, cogió el regalo y lo apretó contra su pecho, como si fuera el más valioso de los tesoros.

Una hora después, a media tarde, tres viajeros a caballo se acercaron a la puerta de Tolosa. Llevaban abrigos marrones con la capucha sobre la cabeza. Uno de ellos portaba una bolsa de cuero oculta entre las ropas. Dos guardias cruzados les dieron el alto.

—¿Quiénes sois?

—Peregrinos, vamos camino de Santiago, nos unimos a la Cruzada en París y llegamos hasta aquí. Ya han pasado los cuarenta días y debemos partir. Queremos llegar lo antes posible a Tolosa para ver las reliquias de san Saturnino —contestó uno de ellos sin levantar la cabeza.

—Buen animal —comentó uno de los guardias, que portaba una lanza y la divisa de una flor de lis sobre la cota de malla—, no sabía que los peregrinos tenían tan buenas monturas.

—El camino es largo y peligroso, gastamos todo nuestro dinero en estas bestias.

—¿De dónde sois? —preguntó el soldado mientras pasaba su mano por el lomo del caballo.

—De cerca de París —Sébastien dejó entrever su rostro.



—Yo también, ¿de dónde exactamente? —inquirió el guardia.

—Tengo una casa cerca del Sena, allí dejé a mi madre y mi hermano.

—¿Y tu padre?

—Murió en el asalto de Béziers —el peregrino se santiguó.

—Lo lamento muchacho, pero valió la pena. Aquellos herejes —y el soldado apretó el puño—, ¡los matamos a todos!

El más bajo de los tres peregrinos murmuró algo.

—¿Qué dice tu amigo?

—No habla mucho, es un poco retrasado, por eso vamos a Santiago con él —improvisó Sébastien—, para ver si el santo le ayuda.

—Tened cuidado, dicen que hay muchos *faidits* en los caminos hasta Tolosa. —Y dio un golpe a la bestia para que avanzara.

—Descuida, lo tendremos.

Los tres peregrinos cruzaron la poterna.

—Gracias —susurró una voz de mujer, Sébastien sonrió.

Al trote, el trío abandonó Carcasona. A pesar de salir por la puerta más al oeste, la de Tolosa; luego giraron en sentido contrario, all este. Volviendo hacia la ciudad sin entrar, bordeándola con precaución. Caminaron sin descanso hasta que el sol empezaba a ocultarse en la tierra y la noche caía. Fue entonces cuando el menos alto de los peregrinos se detuvo y descubrió su cabeza.

—Ya estamos lejos —afirmó la mujer que llevaba una cofia, con el cabello recogido bajo ella y de la que se deshizo rápidamente.

—Sí, pero debemos continuar —advirtió el corpulento cátaro—, todavía hay patrullas por esta zona.

Sébastien los miró sin decir nada. Agachó la cabeza y continuaron la marcha, en la oscuridad de la noche, hasta llegar a un altozano.

—Dormiremos aquí —afirmó el cátaro—. Hay una cueva oculta cerca del camino, los cruzados no pueden conocerla.

—Bien, vamos. —Y la mujer reanudó la marcha hacia ese lugar—. Mañana continuaremos con el alba.

La cueva era un simple abrigo oculto entre la vegetación. Allí se acomodaron, el cátaro volvió a amordazarle. La noche se presentaba fría, no encendieron fuego alguno, así que optaron por dormir muy juntos, tanto hombres como bestias, para calentarse unos a otros. Sébastien se encontraba cansado y dolorido, no le costó conciliar el sueño. Aunque estaba prisionero y maniatado, era la primera vez en mucho tiempo que dormía con el estómago lleno y algo de compañía.

Una patada en la espalda le dio los buenos días, por suerte la joven de Béziers le acercó una rebanada de pan de centeno. Reanudaron el viaje cuando aún amanecía, recorrieron poco más de una legua por un camino en buen estado, acondicionado con losas de piedra para el paso de carros y caballerías. Llegaron a un cruce, una dantesca escena se abrió ante ellos.

—Dios santo, ¿qué es eso? —preguntó asombrado Sébastien.

No le respondieron.

—Sigue caminando y no te detengas, puede haber vigilantes atentos a lo que hacemos.

El franco no pudo evitar mirar de reojo. En una loma frente al cruce de caminos había tres altas estacas cada una coronada por una cabeza mutilada. Los cuerpos estaban abandonados a sus pies y servían de alimento a los cuervos que los rodeaban.

—Muchacho —carraspeó el peregrino más corpulento—, si de verdad crees que esta Cruzada se ha convocado para limpiar nuestras tierras de la herejía, ¿no te has preguntado una cosa?

—¿El qué? —respondió Sébastien oculto bajo la capucha y aterrorizado por las cabezas empaladas.

—Si habéis venido a liberarnos del mal, ¿por qué ningún habitante del Languedoc se ha unido a vosotros?

La pregunta cogió por sorpresa al joven franco.

—¿Por qué nadie de aquí está luchando a vuestro lado? ¿No lo has pensado nunca? Ni un solo hombre del Languedoc se ha sumado a vuestro ejército —subrayó el cátaro—. ¿Sabes por qué? Porque no habéis venido a luchar contra la herejía, sino a conquistar estas tierras, ¡a robárnoslas! Y para ello no dudáis en asesinar y descuartizar a sus habitantes.

»Vosotros habéis traído el mal al Languedoc.

**Foix, abril de 1210**

Amaneció despejado. No soplaba ni una pizca de aire y las escasas nubes volaban altas y solitarias. La rosada ya hacía tiempo que se había evaporado y el sol se mostraba orgulloso, como deseando exhibir su poder a pesar de la temprana época del año.

—El aire de la ciudad hace libres a los hombres, Martín.

—¿Por qué decís eso? —inquirió el aragonés visiblemente sorprendido—; yo creo que la gente del campo y las montañas tiene mucha más libertad.

—¿Eso piensas? —le preguntó con perspicacia Antoine—. Mira a los pequeños comerciantes y a los artesanos, su ir y venir, viajando para vender sus productos allá donde los necesitan. —El perfecto saludó a dos ancianas que caminaban por la calle—. En el campo, los campesinos se encuentran atrapados por sus deberes con el señor y la interesada vigilancia de un clero que vive de ellos. La tierra, su dependencia de ella, los encadena. Aquí, en las ciudades, los burgueses con sus negocios, sus mercancías y su vitalidad han abierto camino entre el corrompido clero y la anquilosada nobleza.

—¿Insinuáis que es el comercio el que hace libres a los hombres? —preguntó Martín confundido, mientras miraba a un trovador rodeado de gente que lo animaba.

—Sin duda los ayuda. Ciudades como Montpellier, Béziers, Narbona, Albi, Carcasona o Tolosa rebosan de vitalidad —recalcó el perfecto mientras seguía caminando—. La Iglesia de Roma es contraria al comercio. El concilio de Letrán, hace siglo y medio, prohibió la usura y cualquier crédito es considerado pecado. Sin embargo, en Tolosa las cosas han cambiado, los préstamos fluyen y con ello el comercio, y a su sombra el progreso y la libertad.

—La usura es pecado, todos lo saben.

—No, el prestar dinero para poder crear un taller o un negocio es bueno. Es esencial para que la población prospere —Antoine subió el tono de su voz—. Además, los reyes y los nobles son los primeros que recurren a ella para financiar sus guerras y sus lujos.

El joven jaqués recordó un viaje que realizó a Barcelona hacía años y pensó que allí había visto un ambiente que se parecía al de estas ciudades del Languedoc. También recordó las pequeñas poblaciones de los Pirineos, dependientes de abadías, monasterios y señores. En las que los campesinos eran poco más que esclavos.

—Tolosa es una ciudad autónoma —murmuró el perfecto mientras miraba un puesto de frutas y verduras.

—¿Cómo dice? —musitó extrañado Martín—. Tolosa depende del conde.

—No, ya no —negó Antoine—. Sus propios habitantes compraron su carta de

libertad hace unos veinte años al padre del actual conde Raimon VI, y eligieron cónsules para el consejo que gobierna la ciudad.

—¿De dónde obtuvieron tanto dinero?

—Del comercio, Martín, ¿de dónde si no? —respondió el perfecto—. Tolosa es una de las ciudades más grandes de la cristiandad. El comercio fluye desde el Mediterráneo, como lo hacía en la Antigüedad. Cuando los romanos controlaban todas las riveras del mar. Fue el ocaso del comercio y de las ciudades lo que hizo caer el Imperio romano y con él la cultura, el arte y la libertad. Los bárbaros solo atacaron para dar el golpe de gracia, Roma ya estaba condenada desde mucho antes.

—¿Y los cónsules gobiernan mejor que el conde?

—Buena pregunta, ¿tú qué crees? —preguntó ante la pasividad de Martín—. Han redactado leyes en favor de la burguesía y, sobre todo, de la libertad —afirmó Antoine mientras caminaba hacia el trovador—. Han llegado a legislar que una persona casada no puede ser detenida por adulterio, fornicación o coito, si está en cualquier almacén o casa que posea alquilada o mantenga como residencia.

—Eso no es posible, ¿y qué ha dicho el clero ante eso?

—La Iglesia se ha quedado sin poder. En una ciudad abierta, en un mundo libre, el clero católico deja de tener su habitual posición de privilegio.

—Es difícil de imaginar una sociedad así.

—Y sin embargo, está sucediendo. No es solo eso, Tolosa se encuentra llena de trovadores y mercaderes, muchos más de los que ves aquí. Existe una ley de tolerancia con los grupos marginados y en la administración de la ciudad ayudan los judíos.

—¿Los judíos? Esos...

—¿Qué, Martín? —preguntó enojado el perfecto—. ¿Qué ibas a decir?

—Antoine, los judíos —el aragonés pensó bien sus palabras— son enemigos de nuestra fe.

—Tener creencias diferentes no los convierte en tus enemigos. Tú vienes del otro lado de los Pirineos, en la Corona de Aragón también abundaban los judíos, en muchas ciudades forman comunidades numerosas. Aunque son a menudo atacados por la Iglesia, el rey Pedro el Católico, como habían hecho antes sus antecesores, los ha defendido.

—Tenéis razón, pero sigo pensando que...

—Y los musulmanes, ¿no es verdad que en vuestras poblaciones hay infieles?

—Sí, los llamamos mudéjares y son de vital importancia para nuestra economía, debido a sus amplios conocimientos en agricultura y construcciones.

—Efectivamente, ¿entiendes ahora lo que te quiero decir?

Martín movió la cabeza en signo afirmativo.

—¿Y las damas? ¿Has visto criaturas más bellas que las del Languedoc?

—Antoine, si vos no...

—Yo practico la abstinencia sexual, pero eso no quiere decir que no sepa

reconocer la belleza cuando está delante de mis ojos.

Martín miró a su alrededor, se fijó en las mujeres que había por las calles. Todas eran hermosas, sobre todo había algo que destacaba en ellas. Parecían más felices, más libres que en su tierra. También vestían diferente, con blusas largas hasta los tobillos. Como hacía frío, algunas aparentaban llevar hasta tres, una encima de la otra. En cambio, él portaba calzas y encima unos calzones marrones y una saya a juego. El anciano llevaba un tabardo cómodo, que le abrigaba lo suficiente, sin capa encima de él. Le era útil porque en caso de lluvia le protegía y contaba con mangas. Se asemejaba mucho al hábito que solían vestir los monjes católicos, incluida la capucha.

Mirándolas de nuevo llegó a la conclusión de que, definitivamente, las mujeres de Foix eran diferentes, más alegres. Y entonces recordó la muchacha que había conocido hacía unos días y de la que ignoraba su nombre.

—La Iglesia católica las odia —murmuró Antoine—. Desde inicios de este siglo, los monasterios masculinos que tenían conventos femeninos han cortado los vínculos de afiliación y les han retirado su apoyo. Se las está alejando todo lo posible del altar. Les tienen miedo.

—¿A las mujeres? —preguntó sorprendido el aragonés.

El perfecto asintió con una media sonrisa en el rostro.

—¿Por qué? No entiendo qué mal pueden hacer a la Iglesia.

—Bernardo de Clairvaux dijo una vez que estar siempre con una mujer y no tener relaciones sexuales con ella es más difícil que resucitar a los muertos.

Martín enmudeció ante las palabras del viejo. Miró al trovador de la plaza y vio a varias damas alrededor de él. Todas vestían una saya hasta los talones y unas calzas similares a las de los hombres pero solo hasta la rodilla. Iban cubiertas con una pieza de tela que les rodeaba la cara, tapando la cabeza y el cuello, y atada al pecho con un broche.

—Es un error discriminar de esa manera, da igual que sea a hombres o mujeres. Lo importante no es el cuerpo material, lo que somos capaces de ver. Lo que es realmente trascendental es el espíritu. Si prolongamos nuestra permanencia en el mundo terrenal, podemos reencarnarnos en hombres o mujeres. Entonces, ¿cuál es la diferencia?

El trovador de la plaza empezó a recitar:

*Voy hacia ella con alegría  
surcando el viento y la nieve.  
La Loba dice que soy suyo  
Dios que está en lo cierto:  
le pertenezco  
más que a nadie, más que  
a mí mismo.*

—¿De quién habla? —preguntó intrigado Martín que miraba al extraño personaje.

El trovador vestía una saya azul de mangas acampanadas desde el codo, dejando ver la camisa interior de color blanco. Tenía un talle y cintura ceñidos; y llegaba a media pierna. En su cabeza destacaba un puntiagudo sombrero.

—De la Loba —respondió uno de los comerciantes que rodeaban al trovador.

—¿Quién?

—Venid, Martín, se nota que no sois de estas tierras —le dijo Antoine mientras lo cogía del brazo y seguían su camino—. Etiennette de Pennautier, la Loba. Muchos dicen de ella que es la mujer más bella del Languedoc. Es la esposa del señor de Cabaret.

Junto al mercado, una mujer con una toca pareció observarle, él la siguió con la mirada, pero la perdió entre la multitud.

—¿Cantan sobre una mujer casada?

—Así es. Los casamientos que se llevaban a cabo en las altas esferas de la sociedad son siempre por razones de conveniencia cuando los pretendientes son solo unos niños y por decisión de los padres o tutores. Con el acicate de consolidar alianzas entre familias poderosas, o de permitir al consorte acceder a bienes de una novia pudiente. Lo que llamamos amor nada tiene que ver con estos enlaces, por lo que es normal que luego los esposados lo busquen en otras parejas.

—Sí, lo sé, pero es una unión sagrada a los ojos de Dios.

—No. Dios no tiene nada que ver en eso. Lo único importante en un matrimonio son los intereses materiales. Por ejemplo, en la burguesía con buena posición económica suceden los casamientos por las mismas razones, y procuran el desposorio con damas u hombres con título nobiliario, para cimentar su buena posición económica con el prestigio social.

—En eso estáis en lo cierto, ¿y qué sucede entonces con los jóvenes sin fortuna?

—Buena pregunta. Los más osados acuden a los castillos en busca de una dama protectora a la que recitan y cantan.

—No había oído nunca tal cosa. ¿Para qué quieren enamorar a una dama casada? Por importante que esta sea.

—Esas mujeres los ayudan en su promoción social —explicaba Antoine detenidamente—. No penséis que es un tema sencillo, las damas los torturan con complicados juegos de cortejo. Deben utilizar mucho refinamiento y dulzura, a la vez mostrar aptitudes para caza, los torneos y la guerra.

—Y esa dama, la Loba, ¿es hermosa?

—Dicen que no existe mujer más bella que ella. Pero cuidado, ya te he dicho que es la esposa del señor de Cabaret, protector del Castillo Rojo.

—¿El Castillo Rojo?

—Sí, la fortaleza inexpugnable de la Montaña Negra.

—Es ahí donde querías enviar a un emisario —señaló el aragonés con perspicacia.

—Silencio, no es conveniente que hablemos de eso en público. —Antoine se percató de que el trovador parecía vigilarlos.

—Lo siento, perfecto.

—Tranquilo, Martín. No me gusta ese trovador, parece demasiado atento a nuestra conversación —le comentó Antoine—. Eres joven y temerario, las cosas hay que pensarlas más despacio. De todas maneras ahora tenemos audiencia en el castillo de Foix, debemos hablar allí con una persona muy relevante.

Siguieron el sendero que llevaba a la residencia de los condes de Foix. Una construcción elegante, levantada sobre un peñasco de piedra que se erigía en el centro de la ciudad. Contaba con tres recintos defensivos y con otros tantos torreones. El mayor de ellos era cilíndrico, coronado con almenas; en uno de los extremos había otro torreón rectangular con un tejado de pizarra de cuatro aguas; en el centro destacaba una torre del homenaje, también rectangular, coronada por un cadalso de madera.

Los guardias de la puerta reconocieron a Antoine y le dejaron pasar sin ninguna dificultad. Intramuros un patio de armas estructuraba todo el conjunto. El perfecto parecía manejarse con soltura en el interior del recinto. Caminó con paso firme hacia la torre del homenaje. Otros dos guardias le saludaron y uno de ellos, el más bajo, abrió la puerta de entrada. La escalera de piedra estaba iluminada con antorchas. Subieron dos pisos, hasta una sala con dos grandes chimeneas, una en cada extremo, que calentaban la estancia. Numerosos escudos nobiliarios de la casa de Foix decoraban lo más alto de las paredes y varios tapices con escenas cortesanas vestían los muros de piedra.

Había una mujer que los esperaba en el centro del salón. Vestía una elegante saya de seda verde, decorada con adornos y ribetes dorados. Llevaba el pelo recogido en un moño y cubierto por un brial. Se acercó al verlos llegar y se dirigió hacia Antoine.

—Señor, bendicidme, rogad a Dios para que pueda ser una buena cristiana. —Y se postró a sus pies.

—Rogaré. —La mujer se incorporó y miró desconfiada a Martín—. No os preocupéis por él.

—¿Quién es?

—Martín, vive en mi casa, está aprendiendo nuestra fe —explicó el perfecto—. Ella es Esclaramunda de Foix, hermana del conde.

El joven aragonés asintió con la cabeza.

—Seguidme, tenemos cosas que tratar en privado.

Antoine hizo un gesto al joven para que le acompañara.

—¿Es...? Quiero decir, ¿es como vos? —preguntó con discreción Martín.

—Por todos son conocidas las creencias de Esclaramunda de Foix. Recibió el *consolament* en una ceremonia pública celebrada en Fanjeaux, a la que asistieron gran parte de la nobleza del Languedoc. Ahora, ella misma instruye a su cuñada, la condesa, y a su sobrina Isabel.

—¿Toda la casa de Foix sigue la verdadera fe? —preguntó sutilmente Martín.

—El conde, Raimon de Roger, y su hijo piensan más en la política y la guerra que en Dios —murmuró el perfecto—. Todavía no han recibido el *consolament*, por otro lado repudian a la Iglesia católica, odian sus privilegios.

Martín no podía ocultar su sorpresa ante el hecho de que la más alta nobleza comulgara con la herejía. La noble dama los condujo hasta una sala más pequeña y calurosa, que disponía de un hermoso ventanal con vistas a los Pirineos. Martín permaneció junto a la ventana mientras sus dos acompañantes avanzaban hacia unos bancos de madera que había junto a la chimenea que calentaba la estancia. Por un momento, recordó que del otro lado de aquellas montañas estaba su tierra.

—Corren tiempos difíciles, Antoine.

—Lo sé, señora, por eso he venido.

—Los cruzados han matado al vizconde de Trencavel, han tomado Béziers y Carcasona. Ahora se dirigen a la Montaña Negra arrasando todo a su paso. Asesinando a niños y mujeres. —La dama se llevó la mano al pecho—. Y se atreven a decir que son el ejército de Dios, ¿de qué Dios? ¿Qué monstruo se atrevería a ordenar tanta maldad?

—Sosiego, Esclaramunda, sabemos que es la Iglesia romana la que ha ordenado la Cruzada, y que los caballeros norteños han acudido en masa para saquear nuestras tierras —trató de tranquilizarla el perfecto—. Tenemos que ser fuertes y resistir.

—Debemos luchar —interpuso la dama—, si el rey de Aragón acudiera a nuestra ayuda. ¡Somos sus vasallos!

—Estoy seguro de que lo hará, por eso hay que resistir.

—¿Y...? Ya sabes, ¿el... estará a salvo? —preguntó muy nerviosa—. Ese libro es lo más importante, es la única forma de combatir a Roma.

—No te voy a mentir, me preocupa —confesó el perfecto.

—Todos coincidimos en que aquel era el lugar más seguro.

—Y lo era, y lo era. Pero los tiempos cambian —añadió Antoine—, nadie imaginó que Carcasona caería tan pronto y ahora no sabemos dónde puede estar. Ni siquiera estamos seguros de que se haya salvado o de que, por contra, haya caído en malas manos.

—El libro no ha sido destruido, estoy segura de ello.

—Yo también, cualquier buen hombre daría su vida por ponerlo a salvo, por eso estoy también convencido de que sobrevivió a asalto de Carcasona.

—¿Dónde creéis que se oculta? Si cayera en manos de la Iglesia, no quiero imaginar... —Esclaramunda se llevó las manos al pecho mientras sollozaba—. ¿Qué sugerís que hagamos?

—Buscar en el único lugar donde se me ocurre que puede hallarse: en la Montaña Negra.

La dama cántara lo miró impasible, suspiró y agarró fuerte la mano del perfecto.

—Hay que ir a por él, ¿en quién confiáis? —preguntó Esclaramunda.



—No es fácil elección. Se trata de una misión terriblemente peligrosa y no sabemos si realmente servirá para algo.

—Hay que intentarlo, sería una catástrofe perderlo —advirtió apretándose las manos de forma nerviosa—. No podemos enviar un ejército, quizás sí un pequeño grupo de soldados.

—Puede ser, pero debemos encargar a una sola persona el secreto, alguien en quien podamos confiar sin ninguna duda. Y que pueda pasar desapercibido en territorio enemigo.

—¿Vuestro joven amigo?

—Es demasiado impulsivo y no conoce la región —respondió Antoine—, tiene que ser alguien de quien no puedan dudar nunca, un lobo con piel de cordero.

—¿Alguno de los caballeros de mi hermano? —sugirió la noble.

—No, levantarían sospechas. No debe parecer un soldado.

—Eso es difícil —la dama se tocaba el cabello nerviosa.

—Más que a un guerrero, necesitamos una paloma mensajera.

—Claro —afirmó Esclaramunda—, una inocente paloma, pero con el espíritu de un águila.

—¿Cómo? —Antoine frunció el ceño.

—No buscamos un soldado, no tiene que ser un hombre —explicó ante la cara de asombro del perfecto cátaro.

—¡Una mujer! ¿Estás segura?

—Claro, no levantaría sospechas. Esos bárbaros del norte no creen que una mujer sea peligrosa. Nos desprecian y humillan, bien lo sabéis vos.

—Es una auténtica locura. —Antoine se dio la vuelta.

—Has dicho una paloma, es decir: ágil, astuta y rápida. Pero capaz de defenderse como un águila si llegara a presentarse la ocasión.

—Esclaramunda, ¿en quién estáis pensando? ¡Decídmelo!

—Venid, acompañadme —dijo Esclaramunda cogiéndolo del brazo y tranquilizándolo.

La dama lo guio a la puerta de la sala. Antoine hizo un gesto a Martín para que los acompañara. Salieron de la estancia y continuaron por el pasillo hasta la escalera de madera que comunicaba con la azotea de la torre. Subieron dos pisos y salieron al exterior.

No había guardias, sí dos figuras luchando con espadas de madera de pequeño tamaño. Ambos eran de poca estatura, se movían con ligereza y elegancia, mientras intercambiaban golpes. Cuando se percataron de la visita se detuvieron. Uno de ellos era un hombre escuálido y moreno, con una cuidada barba; el otro era una mujer. Martín retrocedió al reconocer en ella a la dama que había acudido el otro día a la casa de Antoine, y que perturbaba su mente desde entonces. Vestía un apretado traje, con una fina cota de malla que ocultaba sus curvas. Con una larga cabellera morena donde jamás habían entrado unas tijeras, que le llegaba más allá de la cintura. Solo a

las doncellas más jóvenes, todavía sin esposo, se les permitía llevarlo así. Sus ojos asimétricos eran inconfundibles. Sonreía como si la felicidad tuviera rostro.

—¿Cómo? —se escandalizó el perfecto—. ¿No estaréis hablando en serio?

—¿Quién mejor que ella? Pasará desapercibida a la vista de los cruzados. No se preocuparán de una muchacha indefensa.

—No puedo creer que estés sugiriéndome tal locura. —El perfecto dio varios pasos con las manos entrecruzadas a la altura del pecho—. ¿Entiendes lo que le harían a una mujer que sigue nuestra fe si la capturasen?

—Primero, no tienen que saber que es una mujer, ni qué fe práctica. Segundo, si se identifica como sobrina del conde de Foix, los cruzados temerán que si le hacen daño, se ganarán un enemigo terrible en el Languedoc. Además, Isabel lucha como el mejor de los soldados de mi hermano, con la ventaja de que no parece un guerrero. Conoce la región y es una excelente jinete.

—¿Qué sucede, tía?

—Tengo que pensarlo. —El perfecto se dio la vuelta—. Vayámonos, Martín.

El aragonés se quedó unos instantes mirando a la joven, quien le regaló una sonrisa. Antoine se marchó tan rápido que no tuvo tiempo de intercambiar unas palabras con ella. La pareja bajó al patio de armas, el sol estaba en lo más alto de la cúpula celeste y el aire de las montañas llegaba fresco y puro. Un perro marrón pasó rozando los pies de Martín, quien al levantar la vista se encontró con la joven, que los había seguido.

—Benedicidme, Antoine, os lo ruego —Isabel se prosternó ante él.

El perfecto posó su mano sobre la cabeza de la dama sin decir nada.

—Confíad en mí —le pidió la joven.

—Debo meditarlo.

Isabel miró a Martín.

—Nos volvemos a ver —y sus ojos brillaron como los de un gato en mitad de la noche.

—Eso parece, no sabía vuestro nombre —dijo el aragonés con voz suave.

—Así que erais vos la dama que tanto ha trastornado a nuestro joven amigo.

—No le hagas caso —interrumpió el aragonés—. Simplemente ignoraba vuestro nombre y me preocupaba que hubierais ido a la casa por alguna razón importante.

—Me llamo Isabel, soy la sobrina de los condes de Foix.

—Yo soy Martín, vengo del otro lado de los Pirineos para aprender de Antoine.

—¿De Barcelona?

—No, de otro de los territorios de la Corona de Aragón: Jaca.

—Tenéis un acento gracioso —comentó Isabel—. Debo dejaros, Antoine, no os defraudaré.

—No estoy seguro que sea buena idea. Os comunicaré mi decisión mañana.

—Hasta pronto —se despidió con una nueva sonrisa que Martín interpretó como dirigida exclusivamente a él y la observó mientras se alejaba. El contoneo de la

caderas de aquella mujer le hacía hervir la sangre.

Dejaron la fortaleza por el mismo camino por el que habían llegado. Al salir del recinto exterior del castillo, el trovador que estaba antes en la plaza apareció delante de ellos.

—Buenos días, señores.

—¿Os conozco? —preguntó Antoine confuso.

—No, tan solo soy un humilde, aunque elegante, trovador.

—¿Y vuestro nombre? —inquirió desconfiado el perfecto.

—Miraval.

—He oído hablar de vos.

—Todo bueno, espero.

—Todo lo bueno que se puede esperar de un charlatán del condado de Urgell, que cruzó los Pirineos huyendo de una sentencia de muerte y en busca de fortuna. ¿La encontrasteis?

—No me puedo quejar —hizo una reverencia adornada por un movimiento circular de su muñeca.

—¿En qué corte servís? ¿Montpellier? —El perfecto no obtuvo respuesta y se mostró terriblemente desconfiado con el trovador—. ¿Tolosa? ¿Narbona?

—Allí donde me llaman.

—¡Qué práctico! —carraspeó Antoine poco entusiasmado con el personaje—. ¿Y quién os ha llamado en Foix?

—Un trovador es libre como el viento. A veces el destino lo lleva caprichosamente de ciudad en ciudad. —E hizo un gesto con la mano como si se tratara de una hoja que empuja el viento—. ¿Y vos, muchacho? ¿Quién sois? —preguntó Miraval, que hablaba con rapidez—. Por vuestro rostro antes en la plaza, se diría que nunca habías visto a un trovador, o al menos a uno tan bueno como yo.

—Soy Martín...

—Es mi invitado y debemos irnos. —Antoine avanzó seguido del aragonés, que se había quedado con la palabra en la boca—. Un placer saludaros, Miraval. Disfrutad de vuestra estancia en Foix.

—Eso haré, no lo dudéis.

Bajaron hasta la casa cántara, los estaban esperando para comer. Se sentaron todos alrededor de la mesa y Antoine bendijo el pan. Aquel día comieron guisantes, habas y castañas. Todo estaba condimentado con mucho ajo. El perfecto se mantuvo ausente toda la comida, tenía que tomar una trascendental decisión.

**Carcasona, abril de 1210**

Arnaldo Amalarico abandonó la sala de audiencias del palacio arzobispal y se encaminó a su alcoba privada, situada en el ala sur del edificio. Una vez allí, se fue deshaciendo de toda la pomposidad de su indumentaria. Quedó vestido tan solo con una simple camisa y un rosario. Cerró las ventanas y encendió varias velas. Allí, casi desnudo, con sus flácidas carnes al descubierto, parecía un hombre normal. Su cuerpo blanquecino, la escasez de vello y una cicatriz en el muslo lo hacían tan mortal como los campesinos que fallecían de hambre o los cátaros que eran quemados vivos en las hogueras. Sin embargo, él no era como ellos. Nadie en todo el Languedoc se asemejaba al representante del sumo pontífice.

Pasó la cadena del rosario por su cabeza y lo posó sobre el camastro. Después se sentó al lado, dejando que sus pies colgaran en el aire.

Una sombra se movió en una esquina, entre un armario de nogal y un sillón de grandes proporciones tapizado con una tela azulada.

—¿Eres tú, Pierre? —preguntó Arnaldo con tranquilidad.

—Sí, eminencia. —Y una hebilla decorada con una espiral brilló en la oscuridad.

—Pasa, ¿qué nuevas traes?

La figura fue acercándose, dejando ver su rostro, duro y fuerte como el de un soldado y cortado por una cicatriz. Con un sonrisa inexistente, su pelo largo y descuidado chocaba con una barba que parecía bien afeitada y con su olor, que no era nada desagradable.

—Montfort se dirige a Cabaret —informó con voz firme—, sus hombres están arrasando todo allí por donde pasan. Roban, asesinan y violan a las mujeres. Los habitantes de las poblaciones huyen aterrorizados al verle aproximarse.

—Estupendo, el miedo es un arma poderosa —se felicitó Arnaldo—. ¿Será un problema el castillo de la Montaña Negra?

—Habrá que asediarlo durante meses.

—Eso no es bueno, debemos seguir avanzando, el tiempo juega en nuestra contra.

—Montfort es un hábil guerrero.

—Y un estúpido gobernante. Por eso lo elegí. —Levantó la vista—. Y con demasiados aires de grandeza, se cree capaz de derrotar a cualquier ejército, incluso al dirigido por un rey.

—Los herejes son unos pobres cobardes, no están acostumbrados a luchar contra los caballeros del norte, ni cuentan con un líder que los acaudille.

—Y que siga así. —Arnaldo hizo una pausa—. Del otro asunto, ¿qué has descubierto?

—Tal y como sospechabais. —Pierre se acercó más a una de las velas—. Existe

una especie de biblia cántara.

—Hay que conseguirla a toda costa. ¿Dónde está? ¿En Narbona?

—No hay manera de saber qué sucede allí. El arzobispo Berenguer tiene toda la ciudad bajo su control. Los judíos le son fieles y controlan todos los asuntos —explicó ante el rostro de preocupación del legado papal—: pero he descubierto algo. Al parecer un libro singular se ocultaba en una de las casas cántaras de esta ciudad cuando la tomamos.

—¿En Carcasona? ¿Puede ser el que andamos buscando? —inquirió sobresaltado Arnaldo.

—Si no se trata de él, tiene que ser igualmente importante.

—¡No! Tiene que ser el libro que buscamos. ¡Maldito Hugo! Le ordené que rebusara en toda la ciudad. Sabía que se ocultaba aquí. ¿Alguien más lo sabe? ¿El arzobispo de Narbona?

—Es muy posible. Quizás vuestro ayudante no dio con él porque alguien logró sacarlo de aquí antes de que entráramos.

—Tuvo que ser algún noble cántaro —murmuró Arnaldo pensativo—. ¿Qué señores consiguieron huir del sitio a Carcasona?

—No muchos, la mayoría de ellos son ahora *faidits*, sin tierra, ni títulos, ni posesiones.

—O sea, sin lugar alguno donde esconder el libro —reflexionó Arnaldo en voz alta.

—Aunque debemos tener en cuenta de que sí hubo un noble cántaro que logro escapar, incluso capturó como prisionero a uno de los lugartenientes de Montfort.

—¿Quién? —Arnaldo se levantó nervioso de la cama.

—El señor de Cabaret.

—Vaya, un inconveniente. La fama del Castillo Rojo es por todos conocida —se lamentó Arnaldo que volvió a sentarse—. Sin embargo, es probable que fuera él. Seguro que pensó que la Montaña Negra sería un lugar seguro. ¡Ese maldito nido de herejes!

»¡Encuentra el libro! Me da igual cómo y cuánto cueste, pero traédmelo.

Desde su llegada a Carcasona, Juan de Atarés se había puesto bajo la tutela de Hugo de Valence. Los primeros días, el navarro solo realizó trabajos menores. La segunda semana ya empezó a colaborar para el obispo de Carcasona. Después volvió a las órdenes de Hugo para ayudarle con la correspondencia del legado papal, que mantenía un continuo contacto con decenas de obispos, abades y arzobispos y, especialmente, con Roma.

—Puedo encargarme de las palomas.

—¿Estás seguro? Es un tema de vital importancia —advirtió Hugo de Valence.

—Lo sé. Confiad en mí.

—De acuerdo, tú enviarás los mensajes con cada paloma a sus respectivos destinatarios. Cada una de ellas tiene una cinta de color atada en la pata para saber de

qué diócesis es.

—¿Todas las aves son del mismo color?

—¿Las palomas? —preguntó sorprendido Hugo—. Sí, todas son iguales: grises. No es ese color el que debe importarte, sino el de las cintas de sus patas.

A partir de aquel día, Juan de Atarés bajaba cada semana al mercado de Carcasona para una compra muy especial. Un comerciante de Montpellier vendía palomas mensajeras y él se encargaba de aprovisionar el palomar del palacio arzobispal. Según la tradición bíblica, la paloma mensajera más antigua fue la que le llevó a Noé el mensaje del retroceso de las aguas después del Diluvio. Hoy en día, se criaban en palomares específicos en los lugares de destino, después eran transportadas a los enclaves con los que se quería intercambiar los mensajes. Por lo que al soltarlas, lo que realmente hacían era volver a su hogar de nacimiento.

—Buenos días, monje —saludó el tratante, un hombre vestido con ropas moras anchas y de peludas cejas—. Tengo preparado tu lote.

El comerciante desapareció dentro de su hacinado carro y salió con una jaula de madera con una docena de palomas grises con una cuerda de distintos colores en sus patas.

—Identificadas por colores según su destino, tal y como acordamos.

—Perfecto —Juan de Atarés asintió con la cabeza—. Esta vez quiero algo más.

—Pedid, haré lo posible por complaceros.

—Quisiera otra paloma.

—No hay problema, ¿con qué destino? —preguntó sonriente el tratante—, ¿Roma? ¿París?

—Barcelona. —Juan de Atarés dejó que brillara la moneda que tenía entre sus dedos.

—Tendríais que haberme avisado antes, no es sencillo conseguir un mensajero para el otro lado de los Pirineos.

—Seguro que tendréis algo. —El monje sonrió de manera cómplice, con un brillo especial en sus ojos azulados.

—Dejadme ver. —El comerciante volvió a desaparecer en el interior de su carro—. Está complicado. Debéis entender que los Pirineos son una barrera difícil de salvar y por la costa las palomas se orientan peor.

—Aligerad, os lo ruego —advirtió Juan, que entró dentro del carro.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió sobresaltado el comerciante.

El monje abrió su hábito y el filo de una daga resplandeció en la oscuridad de aquel lugar, rodeado de jaulas y animales.

—Está bien, está bien. —El tratante levantó los brazos abriendo las palmas de las manos, con los ojos llenos de miedo—. Tengo un par que pueden ir hasta Barcelona.

El comerciante movió varios bultos y levantó unas mantas hasta que encontró una pequeña jaula con dos palomas. Sonriente se las acercó al monje.

—¡Son blancas! —Juan no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Sí, es una variedad distinta.

—¿Qué hago yo con dos palomas blancas? ¿No tienes otras?

—¡Qué! Tenéis suerte de que tenga estas, nadie pide palomas que vayan a Barcelona.

—Está bien, dámelas —ordenó enojado el monje—, ¿a dónde llegan exactamente?

—A un palomar junto a la catedral de Santa Ana. En el primer mensaje hay que indicar a quién deseáis que lo entreguen.

—¿Son discretos?

—Por favor, la duda ofende —recriminó el comerciante—, viven de la discreción. De todas maneras, ¿cifraréis el mensaje?

—Pues claro que sí, ¿me tomáis por un estúpido?

Juan de Atarés abandonó el mercado con dos jaulas que transportaba en un destartalado carromato, una de grandes dimensiones y otra más pequeña que llevaba oculta en su zurrón. Subió hasta el palacio arzobispal y fue directo al palomar. Allí dejó a los nuevos mensajeros. Las dos palomas blancas las escondió en los habitáculos más alejados de la puerta. Cerró con llave y vigiló que nadie le observase.

Además del envío secreto de mensajería, Juan también ayudaba con otros temas en el palacio arzobispal. Aquel edificio era una gran construcción, en su interior destacaba una fachada de ladrillo rojo de dos plantas, los remates de puertas, ventanas y zócalo eran de piedra sillar, con ventanales hacia el exterior. Los inferiores estaban cerrados por rejas; los superiores, rematados por frontones triangulares. Su suntuosa escalera giraba noventa grados para llegar al segundo piso. Por ella bajaba el legado papal, ante el que se arrodilló.

—Si es nuestro monje navarro. —E hizo un gesto para que se incorporara—. ¿Qué tal vuestra estancia en Carcasona? Ya me ha comentado Hugo que te ha dado un cometido realmente importante. —El legado papal descendió los últimos escalones de la escalinata y suspiró, como si algo le pesará en el alma.

—¿Estáis bien, eminencia?

—Sí, no os preocupéis. —Arnaldo tenía un gesto contrariado y resoplaba con más dificultad.

—Esperad, eminencia. —Juan le abrió la camisa para que respirara mejor.

—Gracias, se me pasará.

—¿Cómo os puedo ayudar?

—Llamad a Hugo, él sabe qué hacer. —El legado papal volvió a respirar con problemas—. ¡No! Esta vez no puedo esperar. Necesito que vayáis a buscar un unguento para una herida que tengo en el muslo. —El legado comprobó que nadie los espiaba—. Que no te vea nadie, tienes que ir a una casa en el burgo de San Miguel, junto a la puerta de acceso a la ciudad y pregunta por una mujer llamada Sara. —Abrió una pequeña bolsa que llevaba oculta y le dio dos monedas—. Paga con esto y dile que te prepare la medicina de la luna. ¡Y sé discreto!

Juan de Atarés salió de inmediato hacia el burgo. Atravesó las calles de la ciudadela y preguntó a sus comerciantes hasta dar con una vieja que conocía a Sara. Ella le llevó hasta un estrecho callejón. Llamó dos veces a una destartada puerta y al poco, por un estrecho ventanuco a la derecha del acceso, apareció una mujer que se intuía joven, pero a la que parecía que cada año le pesaba doble que al resto de los mortales. Como si un manto de vejez escondiera su verdadera edad.

—Vengo a por la medicina de la luna.

La mujer ni pestañeó, como si no oyera. Juan de Atarés sacó las dos monedas.

Le dejó pasar. El interior de lugar era indescriptible, media docena de gatos deambulaban con libertad entre un suelo repleto de tinajas y barriles. De las paredes colgaban hierbas aromáticas que impregnaban el lugar hasta hacer el ambiente irrespirable.

—Acompañadme, tengo lo que deseas aquí. —La extraña mujer caminó hasta una estantería llena de pócimas, rebuscó en ellas y cogió una.

—¿Qué eres tú? ¿Una bruja? —preguntó con malicia el monje.

—¿Recurriría un clérigo católico a una bruja?

—¿Cómo sabes para quién es el ungüento?

—No lo sabía hasta ahora. —Y sonrió dejando ver sus escasos dientes negros y picados.

Entonces Juan llenó sus ojos de furia y avanzó entre los felinos hasta la mujer para darle una contundente bofetada.

—No juegues conmigo, ¡bruja! —Le tiró las dos monedas y le quitó el bote de cristal.

—¿Saben ellos quién eres en realidad? —graznó la bruja con una sonrisa desagradable.

—¿Qué estás diciendo, maldita? —inquirió asustado el monje.

—No. —Y rio—. No lo sospechan, ¿verdad? —Y soltó una carcajada en la que casi se ahoga.

—Dime una razón por la que no matarte —demandó con maldad en sus palabras.

—Muy sencillo, porque si lo haces, quien te envía se quedaría sin la medicina que alivia el dolor de su pierna y tendría que permanecer en cama sin poder atender a sus obligaciones —afirmó con astucia la mujer—. Pero hay más, te culparía de tu ineficacia y te echaría a patadas, por lo que no podrías seguir espiándole.

Juan tragó saliva y serenó su rostro, cogió el pequeño bote con la medicina.

—¿Qué lleva esta cosa?

—Difícil de decir. Puede ser una mezcla de vino tinto y blanco hervida, a la que se ha añadido miel y nuez moscada, jengibre, pimienta negra y clavo. —La mujer dio varios pasos alrededor del navarro—. O una mezcla de sangre de cabra, cenizas de cuervo y pelo de gato. ¿Cuál prefieres?

—Eres una bruja —dijo con desprecio y escupió al suelo.

—¿Y tú? ¿Quién eres tú realmente?



Juan inspiró profundamente, apretó los puños y sintió un deseo incontrolable de matarla. Pero pudo concentrarse, se relajó y marchó sin decir nada más.

Llegó ya de noche al palacio, fue a entregar el ungüento a la cámara del legado papal. Hugo le estaba esperando en la puerta.

—Dámelo —le ordenó nada más verlo—. De esto me encargo yo.

Obedeció y el sirviente personal del legado papal desapareció en el interior de la habitación. Media hora después salió. Juan seguía allí, esperando.

—Acompañadme, tenemos que ir a la catedral.

Recorrieron todo el palacio arzobispal en silencio y salieron a las calles de Carcasona. La noche refrescaba. Por suerte el edificio catedralicio estaba próximo. Entraron en uno de los almacenes anexos, donde guardaban material litúrgico.

—¿A qué has venido?

—No te entiendo —preguntó el navarro.

—¿Qué te crees? No soy estúpido. Ten cuidado, no juegues conmigo —advirtió Hugo—, ¿qué buscas? ¿Mi puesto?

Juan no contestó, eso sí, lanzó una mirada azulada de infinito desprecio.

—Arnaldo no es solo el legado papal y abad del Císter, pronto será arzobispo y sé perfectamente que la carroña como tú acudirá como ratas para servirle —afirmó Hugo con tono amenazante—. Yo llevé años obediéndole, he recorrido miles de leguas a su lado, complaciéndole. Supe desde el principio que llegaría a ser arzobispo, y también estoy seguro de que llegará a cardenal, y no voy a permitir que ni tú ni nadie me robe mi sitio.

Juan de Atarés soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, idiota? Yo puedo hacerte la vida imposible aquí, controlo todos sus asuntos, escribo sus cartas, organizo sus visitas, escondo sus encuentros con ramerías.

El navarro se acercó al monje y su mano derecha fue enérgicamente contra la entrepierna de Hugo, apretándole con violencia sus testículos. El monje cayó de rodillas, gritando de dolor mientras Juan seguía estrangulándolos y lo agarraba del cuello con la otra mano. Hugo intentó liberar su garganta de la asfixia del navarro. Este presionó con más virulencia sus testículos y Hugo no fue capaz de reaccionar.

—Escúchame bien, tú solo eres estiércol y si no te castro ahora mismo es porque me das pena. —Juan apretó todavía más, mientras Hugo empezaba a llorar de dolor—. A partir de ahora harás todo lo que yo te diga.

Hugo se revolvió y soltó un puñetazo contra el rostro del navarro, golpeándole en su ojo derecho y consiguiendo que le soltara. Se levantó con dificultad e intentó huir del almacén, Juan lo agarró por una pierna y lo hizo caer contra el suelo, golpeando la cabeza contra una silla. Perdió por unos instantes la noción de dónde estaba. Cuando se recuperó, alzó la vista y vio al navarro acercándose a él. Juan sacó una daga de su cinturón y se agachó. Sin decir nada, le agarró un pie y le cortó uno de los dedos. Hugo gritó de dolor como nunca antes lo había hecho, mientras la sangre brotaba sin

cesar.

A continuación el navarro intentó introducir el apéndice mutilado en la boca del propio Hugo. Que tardó en reaccionar y comprender qué era lo que intentaba hacerle tragar.

—Bien, si tú no lo quieres, otros se lo comerán. —Y tiró el dedo a un rincón del almacén, donde había un rastro de ratas.

Levantó el brazo con el filo de la daga brillando en lo alto.

—¡No! ¡Por favor, no lo hagas! —balbuceó Hugo—. ¡Déjame, por Dios! Yo no te he hecho nada, ¿por qué me haces esto?

Juan no bajó la daga, sino que le golpeó con la rodilla en el rostro y le dio una brutal patada en el estómago. Hugo ya no reaccionó, permaneció agazapado, intentando tapar la herida de su pie, mientras recibía tres puntapiés más, todos en la espalda. Juan bajó su pantalón y orinó sobre el monje, que no intentó defenderse.

—Espero que hayas entendido lo que te he dicho. Tómate dos días de reposo para que se te cure el pie, la estupidez ya no tiene arreglo —afirmó con desprecio, mientras orinaba sobre su rostro—, yo ayudaré al legado papal y le explicaré tu indisposición por una caída. Cuando vuelvas, irás poco a poco delegando tareas en mí, sin que Arnaldo se dé cuenta. Si hablas con él o intentas traicionarme, te mataré. En dos semanas te irás de aquí. Vuelve a tu abadía, de donde no debiste salir nunca.

**Valle de Minervoís, finales de abril de 1210**

El territorio era abrupto y el suelo estaba embarrado por las lluvias del día anterior. Las nubes del cielo, negras y amenazantes como alimañas, no presagiaban nada bueno. La soledad del lugar tampoco. El invierno se resistía a marcharse de las tierras del Languedoc, quizás por un buen motivo que todavía no entendían a comprender sus habitantes.

Sébastien seguía a la mujer de Béziers, con su otro acompañante próximo a él, vigilándole. Lograron dejar Carcasona con éxito, aunque luego tuvieron que salvar dos retenes cruzados más. Llegaron a una vega con los cultivos abandonados, como si sus habitantes se hubieran olvidado de ellos. Era un lugar extraño, demasiado solitario. Ni siquiera se oía el cantar de los pájaros. Aun así, todavía había algo más inquietante en el ambiente, un olor a quemado que parecía provenir de las mismas entrañas de la tierra.

Prosiguieron por un camino empedrado, entre pinos y robles. En una suave colina estaban las ruinas de una ermita y a su lado nacía un humo negro como la noche. Se acercaron aturridos por la curiosidad, hasta que vieron con precisión la escena. Una muchedumbre, campesinos en su mayor parte, rodeaba una pira. Estaban vigilados por al menos dos docenas de cruzados a caballo. Sobre la pira se levantaban cuatro postes verticales y en cada uno de ellos había una pareja maniatada. Las dos primeras eran de hombres, la siguiente de mujeres y en la última, inmovilizados como animales, había dos niños rubios, de no más de ocho o diez años. A los pies de todos ellos se amontonaba abundante leña. Un monje con hábito blanco portaba una antorcha con la que prendió los cuatro fuegos. A su derecha, más frailes blancos sujetaban grandes cruces e iniciaron un solemne canto.

Sébastien tranquilizó a su caballo que parecía ser capaz de comprender lo que estaba a punto de suceder. La dama de Béziers permanecía callada, impasible, con la mirada fija y el corazón en un puño. Era un volcán a punto de estallar.

Las llamas empezaron a crecer y con ellas el humo, después vinieron los gritos. Primero de los niños, que llamaban a sus padres. Mientras los mayores entonaban un triste cántico, con una voz suave y pura, que parecía crecer con el fuego.

La mujer bajó del caballo y se arrodilló. El corpulento cátaro la imitó. Mientras Sébastien permaneció en la montura sin saber qué hacer.

—De nada servirá que recéis, esas gentes morirán —afirmó el joven franco nervioso e incomodo por la situación.

—No rezamos para que se salven, sino para que mueran lo antes posible —contestó la mujer.

Aquella respuesta compungió el alma del muchacho, que sintió como un

abrumador peso caía sobre su alma.

—Solo esperamos que mueran asfixiados antes que quemados. Sobre todo los niños.

El humo ocultó a los pequeños y sus gritos no podían oírse entre los cánticos. Las llamas crecieron y los condenados dejaron de ser visibles. Por desgracia, cuando el fuego alcanzó a los hombres lo supieron. Uno de ellos liberó un grito de dolor tan profundo que hasta los monjes blancos cesaron en sus cánticos. Las gentes que los rodeaban volvieron la cara avergonzados por el dantesco espectáculo y solo los soldados mantuvieron la vista fija. Los cuerpos empezaron a arder y el olor a carne quemada corrompió el aire, haciéndolo irrespirable.

—Esos cruzados y los malditos monjes ¡irán todos al infierno por lo que han hecho! Os lo aseguro —espetó Sébastien que no podía dominar a su nervioso caballo.

—¿Al infierno? Muchacho, este mundo en el que vivimos es el infierno, ¿acaso puede haber algo peor? —Y el cátaro miró por última vez las columnas de humo negro—. Este es el reino del mal. Todo el miedo, dolor y sufrimiento están aquí.

La pareja de cátaros volvió a montar y junto a Sébastien abandonaron al galope aquel siniestro lugar.

Continuaron hasta atravesar dos ríos y llegar a una zona más llana y fértil, donde ya no había presencia cruzada. Cabalgaron un par de horas más hasta volver a encontrarse con un territorio rocoso y empinado. La mujer se detuvo y volvió la vista.

—Ya puedes irte.

—¿Cómo? —El franco no creyó las palabras—. ¿A qué estáis jugando conmigo?

—Ya me has oído, puedes marcharte —repitió la mujer—, nos ayudaste a salir de Carcasona y te lo agradecemos profundamente. A partir de aquí seguiremos nosotros solos.

—Me dejáis ir, ¿sin más? ¿Por qué?

—Ya no te necesitamos, tenemos una misión importante que hacer y es mejor que no nos acompañes —explicó el cátaro con desgana.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó señalando la bolsa de cuero que ocultaba la dama.

—Métete en tus asuntos, muchacho —advirtió rápidamente su acompañante amenazándole con una afilada daga.

—Tranquilo —intervino la mujer, indicándole que recogiera su arma—. Es algo que solo nos incumbe a nosotros, una pesada carga que ha recaído sobre nuestros hombros.

—Como tú bien dices os ayudé a salir, sin mí aún estaríais en Carcasona. Creo que al menos merezco saber para qué lo he hecho.

—Serás..., te voy a matar aquí mismo, miserable.

—¡Quieto! —gritó la mujer.

—¿Cómo? —El cátaro estaba dispuesto a terminar con la vida de Sébastien—. ¿No le has escuchado? Además, ¡es un cruzado! Si le dejamos ir seguro que nos delatará. Lo mejor es matarlo.

—Tiene razón, nos ha ayudado. Y recuerda que me salvó la vida en Béziers.

—Sí, pero mataron a todos los demás, ¿o no lo recuerdas?

—¿Que si no lo recuerdo? Me despierto todas las noches viendo a mi hermana gritar mientras la violaban y la degollaban; oyendo los gritos de mis vecinos quemándose vivos en la iglesia y con la imagen de mis padres atravesados por las espadas de los cruzados. ¿Y tienes el valor de preguntarme que si me acuerdo de ello?

—Perdona, no era mi intención.

—Pues si no lo era, mejor no digas nada.

El hombre bajó la daga y miró con despreció a Sébastien.

—Cruzado, ¿tanto interés tienes en saber qué portamos?

—Yo ya no soy un cruzado —carraspeó con una mueca de arrogancia.

—¿No? ¿Y eso por qué? —inquirió la mujer desafiante.

—El ejército de la Iglesia no lucha por Dios —respondió firmemente—, son solo un puñado de hombres llenos de codicia que combaten por sus intereses.

—Me temo que te equivocas, los cruzados luchan por tu Dios y por tu Iglesia y por tu fe, el problema es; ¿quién es realmente tu Dios y tu Iglesia?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sébastien con el rostro desencajado.

—Este mundo, esta tierra que pisas y este aire que respiras no son obra de Dios.

—No te entiendo, intentas confundirme.

—Existe un doble principio, el del bien y el del mal. De Dios y del demonio. Este mundo es el reino de Satanás y por su voluntad existen las estrellas, el sol, el aire, la tierra y el hombre.

—¿El hombre? ¡Qué barbaridad estáis diciendo! Dios nos hizo a su semejanza.

—¿De verdad crees eso? —Y la muchacha soltó una carcajada.

—Dios no creo nada material, su obra es la invisible, el alma de los hombres —afirmó la joven con los ojos llenos de sinceridad—. El alma que se halla prisionera en este cuerpo de carne; es obra de Dios, mientras que la carne lo es del mal. Estamos en esta tierra del demonio para hacer penitencia, para expiar nuestra ruptura con Dios.

—La Biblia no dice eso —respondió Sébastien.

—¿La has leído? —inquirió la mujer.

—No, claro que no.

—¿Entonces? ¿Cómo sabes lo que dice? —musitó la cátera con agresividad.

—Porque los sacerdotes la leen en voz alta en la iglesia, ¿cómo si no?

—Ellos la interpretan, ¿y si lo hacen mal? —le advirtió la muchacha hábilmente—. Debes saber que el Antiguo Testamento no está inspirado en Dios, sino en Satanás.

—¡Parad! No es posible que digáis tantas blasfemias seguidas.

—El Dios del Antiguo Testamento es vengativo, rencoroso, malvado y cruel. ¿Es que Dios, en su infinita bondad, podría ser así? —continuó impasible la cátera.

—Pero la Iglesia...

—¡La Iglesia! Tu Iglesia —dijo en tono sarcástico la mujer—, es falsa, fue creada

por el falso Dios de este mundo, con el fin de viciar el mensaje de Cristo.

—Eso es imposible —respondió Sébastien entre inmensas dudas y nerviosismo.

—Hay una historia que cuenta que hace mucho tiempo, un pájaro muy especial surcaba el cielo. Todo el mundo lo conocía con el nombre de pelícano. Era sabido que entre sus costumbres estaba la de seguir el curso luminoso del sol. No tenía miedo al calor y no tomaba un momento de descanso durante las horas diurnas —relató la dama ante la sorpresa de Sébastien—: llegó la época del apareamiento, lo que le privó de su placer durante unos instantes. Después reemprendió el vuelo en busca de los ardientes rayos solares. Tiempo después, cuando puso los huevos, los cuidó con gran dolor, ya que esta situación le privaba de sus prolongados recorridos en busca del sol. Por ello, al nacer sus crías intentó recuperar todo el tiempo perdido, dejándolas solas en el nido, bien provistas de alimento. Sin embargo, durante su ausencia, una bestia terrible llegó hasta ellas. Con saña y maldad desplumó y arrancó el pico a las crías del pelícano. Volvió al nido y encontró el dantesco resultado del ataque. Terriblemente disgustado, las curó y al día siguiente volvió a marchar. No obstante, los ataques malvados al nido se volvieron a producir, cada vez con más saña, por lo que tuvo que olvidarse de su gran placer. Con el fin de poder sorprender a su enemigo, se escondió allí donde no podía ser descubierto y de esta manera fue como descubrió a la bestia maligna, dándole muerte. Así sus crías quedaron libres de toda amenaza y, al mismo tiempo, pudieron disfrutar de la compañía del pelícano, que escarmentado, repartió el tiempo de la vigilancia de su nido y el gozo de volar detrás de los rayos del sol.

—¿Por qué me cuentas todo esto? Es un cuento de niños.

—Es una metáfora, Sébastien. El pelícano representa a Cristo, el cual perdió su luminosidad al ser engendrado por la Virgen María, la recuperó cuando venció las fuerzas malignas de la tierra.

—Es una tontería, una historia infantil.

—¿Como las que se cuentan en el Antiguo Testamento? —inquirió la muchacha—. Te la he relatado para que comprendas lo absurdo de esos textos de los que tú hablas y que nunca has leído.

—No es lo mismo —replicó confuso el joven franco.

El muchacho no pudo terminar sus palabras. Una saeta atravesó la garganta del hombre que los acompañaba. De inmediato cayó muerto del caballo.

—¡No! —gritó desesperada la cátara—. ¡Malditos!

Una veintena de hombres salieron de la nada directos a por ellos. Otra flecha fue disparada, aunque esta vez Sébastien reaccionó a tiempo y empujó el caballo de la muchacha para que no impactara en su cuerpo. El proyectil pasó próximo de su cabeza, rozando levemente su cabello.

—¡*Faidits!* —gritó la joven de Béziers entre lágrimas por la muerte de su compañero.

—¿Esos no son de los vuestros?

—¿Qué dices? Estos te atacan, te roban y luego preguntan —respondió nerviosa y

asustada—. ¿Qué hacemos? —Miró con los ojos llorosos a su compañero caído, que se esforzaba en respirar sin éxito—. ¡Ayúdale!

—¡Es tarde! No podemos hacer nada por él, solo agoniza.

—¡Vive!

Otras dos flechas cayeron muy cerca de ellos y una tercera alcanzó de nuevo al cátaro que se desangraba sin cesar. Los asaltantes se acercaban a gran velocidad, gritando para intimidarlos.

—Está muerto, no podemos arriesgarnos por él, ¡huyamos! —insistió Sébastien—. ¡Rápido!

El franco espoleó a su caballo para salir al galope, este relinchó. La cátara hizo lo mismo y su bestia respondió con poderosas zancadas. Dos flechas pasaron acariciando su pelo y un dardo rozó al animal que montaba, que respondió alzándose sobre sus patas traseras. Ella se agarró con todas sus fuerzas a él, el animal volvió a posarse y continuó desbocado la estela de Sébastien.

Los *faidits* lanzaron varias descargas más, pero no lograron hacer blanco. Ninguno de ellos se dignó en perseguirlos. Por si acaso, la pareja, continuó cabalgando hasta llegar a una meseta que parecía segura.

—Otra muerte más —dijo entre lágrimas la mujer—; ¿cuántos más tendrán que caer? ¿Cuándo terminará esta orgía de sangre y dolor?

—No podíamos hacer nada. —Intentó consolarla—. Nos sorprendieron y eran mucho más numerosos que nosotros. Lamento lo de tu amigo, no podíamos hacer nada por él.

—¿Todavía crees que este mundo pudo ser creado por Dios? ¿Tan ciego estás? ¿Qué tipo de Dios permitiría tanto dolor? —La muchacha se mostraba abatida e infinitamente triste.

—Yo no sé lo que haría o no haría Dios.

—Es mejor que te vayas. —La joven le dio la espalda—. Ya estoy cerca de mi destino —respondió sollozando.

—¿Y dejarte sola?

—No necesito tu compañía —espetó la cátara—, vosotros los francos pensáis que somos débiles, pero sin nosotras, los hombres no seríais nada. Son las mujeres las que os traen a este mundo, no lo olvidéis.

—Tranquila, solo quiero ayudarte. Yo no pienso que seas débil, todo lo contrario.

—¡Ayudarme! ¿Y quién te ha dicho que precise de tu ayuda? —La dama tenía los ojos rebosantes de ira—. Las mujeres del Languedoc sabemos defendernos nosotras solas, siempre lo hemos hecho. —Bajó la mirada y secó sus lágrimas con su mano—. ¿Conoces el origen de Carcasona? ¿Sabes por qué se llama así la ciudad?

—Me temo que no —respondió Sébastien extrañado.

—Hace cinco siglos, cuando los sarracenos cruzaron las montañas y dominaban estas tierras, en Carcasona residía el gobernador musulmán Balaack y su esposa Carcas —empezó a relatar la joven—. Carlomagno decidió liberar estas tierras de los

infiel y para ello asedió Carcasona. Sus murallas eran tan poderosas como las de ahora, así que intentó rendirla por hambre. El sitio duró cinco años, tiempo durante el cual murió Balaack. Dejando viuda a Carcas, a la ciudad asediada y sin un líder y sin esperanza para sus habitantes que morían de hambre. —El tono y la expresión de la muchacha cambiaron de pronto—. En tan terribles circunstancias, Carcas se erigió en la defensora de su ciudad y de sus gentes. Organizó a las mujeres, armó grupos de arqueras, repartió de forma inteligente los víveres, ideó originales tácticas y argucias para la defensa. Llegó a fabricar muñecos que colocó en las torres a modo de centinelas para que confundieran a los sitiadores. Sus doncellas se convirtieron en hábiles arqueras que repelían cualquier escaramuza franca.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el nombre de la ciudad? —inquirió Sébastien con despecho.

—Los hombres siempre tan impacientes. La estratagema más brillante de Carcas para engañar a Carlomagno fue hacer comer todo el trigo que quedaba en la ciudad al único cerdo vivo que aún poseían.

—¡Qué estupidez es esa!

—Déjame terminar, por favor —contestó enojada—. Después ordenó arrojarlo desde lo alto de una de las torres para que llegara hasta los sitiadores. Cuando Carlomagno vio el peso del animal y la cantidad de trigo que salía de la panza del cerdo, se desanimó y abandonó el largo asedio. Pero a Carcas no le fue suficiente esta victoria sobre Carlomagno. Así que con la intención de desafiarle, hizo que sonaran los cuernos y olifantes para llamarle en su retirada. Alejados ya de la ciudad, el emperador no las oía y su escudero le llamó y le dijo en vuestra lengua de oíl: «Monseigneur, Carcas te sonne»: «Mi señor, Carcas te llama». Y de ahí nació el nombre de Carcasona.

—Desde luego las mujeres de estas tierras sois diferentes. —El franco no pudo evitar mostrarse impresionado por la leyenda.

—Ya te he dicho que no te necesito, puedo seguir sola mi camino.

—Todavía no me has dicho tu nombre —carraspeó Sébastien cambiando de tema.

—¿Cómo? —preguntó extrañada—. ¿Para qué quieres saber mi nombre?

—Me gustaría conocer cómo se llama la mujer a la que ya he salvado la vida dos veces. —El muchacho intentaba ablandarla de alguna forma.

—Perdona, tienes razón —se disculpó—, me llamo Marie.

—Yo Sébastien. Ahora solo te falta explicarme qué llevas en esa bolsa de cuero.

—Nada oculto en ella. Y aunque lo hiciera, no te lo diría.

Entonces Sébastien arengó a su caballo y sorprendió desprevenida a Marie, que se asustó con la maniobra. Momento que aprovechó el joven franco para robarle el zurrón que con tanto celo protegía.

—¡No hay dinero! —gritó desesperada—. ¡No hay nada de valor! ¡Suéltalo!

El joven abrió la bolsa y sacó su contenido.

—¿Un libro? Escondes solo un simple libro.



—Ya te dije que no era nada de valor.

—Tanto esfuerzo por un libro, unas hojas de papel, ¡maldita sea! —maldecía Sébastien que no entendía nada—. ¡No tiene sentido!

—¡Devuélvemelo! —gritó Marie nerviosa.

—Y sin embargo, es obvio que es importante para ti —afirmó sorprendido—, ¿qué libro es? —Abrió las primeras páginas—. ¿Qué es esto?

Marie no contestó.

Sébastien ojeó sus hojas con cuidado. Estaban formadas por largos textos, sin miniaturas ni dibujos que las ilustraran. Él, un humilde campesino, no sabía leer y a duras penas era capaz de distinguir en qué idioma estaban escritas aquellas páginas, aunque no parecía latín.

—¿Qué dice aquí? —Y señaló un párrafo a la vez que acercaba el libro a Marie.

—«La gracia está asimilada a la predestinación; el ser, consagrado al mal, no puede hacer más que el mal. El mal, si se encuentra en el pueblo de Dios, no proviene del verdadero Dios. No es Dios quien le ha hecho existir, no es Dios su causa. Jamás el mal habría podido surgir del Dios bueno». —Y volvió a guardar el libro en su zurrón.

—Esto... es vuestra doctrina —masculló entre dudas mientras seguían avanzando lentamente—, en vuestra lengua.

—No —Marie midió sus palabras y su reacción.

—Es mejor que no me mientas.

—Yo nunca te mentaré. Acabo de leer lo que me has pedido —respondió ella con la mirada fija en Sébastien—, ese libro es mucho más importante de lo que puedas imaginar.

—Entonces, ¿qué es?

—El *Libro de los dos principios*. —Marie pronunció su título con admiración.

—Es vuestra fe.

—No es nuestra fe —respondió con un gesto de enfado—; es la verdadera fe, la de todos los buenos hombres. Eso que tienes entre tus manos, es lo más parecido que existe a...

—Una biblia cántara. —Y Sébastien hizo que su corcel avanzara al trote.

—Los católicos la llamarían así. —Marie lo siguió.

—Eso es terrible, ¡es una blasfemia!

—¡No! Es la verdadera fe, la del Dios de la luz y de la bondad —afirmó Marie con firmeza.

—¿Cuántas copias existen?

—Solo esta.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Sébastien confundido—, podrías haberme engañado y haberme dicho cualquier otra cosa.

—Ya te he dicho antes que yo no te mentaré —dudó si continuar—; además sé que no me traicionarás. Tú eres un buen hombre. —Entonces el caballo se detuvo, a

lo lejos se divisaba una ciudad suspendida en la niebla, como si fuera un barco que navegaba sobre el cielo del Languedoc—. Ya hemos llegado.

**Carcasona, mayo de 1210**

Terminó la Cuaresma y la primavera se había instalado plácidamente en el Languedoc. Juan de Atarés vigilaba desde lo alto del castillo los movimientos de la ciudad. En poco tiempo se había convertido en un influyente clérigo. Desde su puesto de ayudante personal del legado papal no le había sido complicado crear una red de contactos que controlaban la ciudadela y los burgos. Para ello no había dudado en utilizar todo tipo de argucias y herramientas a su alcance, la mayoría de ellas bastante alejadas de la moral cristiana. Quien cabalga rápido levanta polvo a su paso.

—No suelo infravalorar a los hombres —graznó el legado papal, de pie frente a uno de los ventanales de la torre del homenaje de la fortaleza de Carcasona, con las manos entrelazadas detrás de la espalda—, aunque contigo hice una excepción. Estás realizando un magnífico trabajo, tienes talento, no hay duda.

—Siempre actuó guiado por la luz del Espíritu Santo y de vos, eminencia.

—No juegues conmigo, te lo advierto.

—Nada más lejos de mi intención, legado.

Arnaldo Amalarico no necesitaba subir el tono de su voz para infundir temor. De pie, bien recto y firme, con su voluminoso cuerpo envuelto en un largo hábito blanco, de anchas mangas y con bordados de pedrería; se mostraba tan poderoso como un príncipe o un alto señor laico.

—No insultes mi inteligencia, nada me desagradaría más. No soy amigo de los cumplidos, ya deberías saberlo.

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó Juan de Atarés.

—Entre hombres como nosotros sobran los formalismos, es mejor ir al grano. — Y el legado papal se volvió hacia él, clavando su mirada inquisitorial.

Juan de Atarés tragó saliva. Sintió un frío intenso, que ascendía por sus piernas e inmovilizaba sus músculos, de tal forma que empezó a tener dificultad para respirar.

—¿Qué le hicisteis a Hugo?

—No... —pensó mejor su respuesta—, le hice ver sus errores a la hora de servir y la necesidad de actuar con mayor determinación. Lamentablemente no se mostró receptivo a mis sugerencias y decidió marcharse y llevar una vida más cercana a la oración.

—¿Sí? ¿Y cuáles eran esos errores? —inquirió Arnaldo Amalarico.

—Hugo es un hombre con demasiados prejuicios a la hora de tomar decisiones. Estamos en guerra contra el maligno y debemos utilizar todas las armas a nuestro alcance.

—Estoy de acuerdo con eso, prefiero ser cruel antes que débil —afirmó el legado con un tono de complicidad—. Sin embargo, hay que tener cuidado contra quién se

usan esas armas. Y por supuesto, hay otras características a valorar en un hombre, como por ejemplo la lealtad.

—Por supuesto, eminencia.

—Escribí hace días al abad del monasterio de Fitero, vuestro cenobio. —El legado esperó a ver la reacción nerviosa de su ayudante—. Efectivamente me confirmó que uno de sus monjes tenía como nombre Juan de Atarés —hizo una pausa estudiada—, y también me explicó que no era navarro, sino aragonés. Para ser más exacto oriundo de la ciudad de Borja.

—Nací en Borja puesto que mi familia es de allí —Juan corrió a explicarse—, pero llevo tantos años en Navarra que...

—No me interrumpáis cuando hablo, que sea la última vez —advirtió el legado papal con la firmeza del que se sabe que influye temor—. Sé que has estado poco tiempo en Fitero, llegaste allí procedente de Santa María de Veruela, monasterio cisterciense en el valle del Huecha, a los pies del Moncayo, en el Reino de Aragón. Próximo a vuestra ciudad de origen. De hecho, procedes de una gran familia. Pedro de Atarés, señor de Borja, fue quien donó las tierras a nuestra orden para construirse el cenobio de Veruela hace un siglo.

El monje agachó la cabeza, Arnaldo Amalarico le observó con desprecio.

—Me habéis engañado, ¿solo esta vez o cuántas más? Eso no lo puedo saber. Cuando el hombre come de la manzana del maligno siempre repite. Quiero que me digas la verdad —exigió con un tono suave, casi paternal—, ¿quién os ha enviado?

—Nadie, eminencia.

—¡No mintáis! —gritó agresivo el legado papal.

—Os juro que no. —Y se arrodilló frente al prelado.

—¿Quién? —El legado levantó la mano—: esperad, no me lo digáis, ¿el arzobispo de Narbona?

—Yo vine exclusivamente para servirlos, ¡os lo juro! —gritó mientras besaba sus pies.

Arnaldo Amalarico juntó los dedos de sus manos a la altura de la barbilla. Miró a Juan de Atarés sin decir nada, pensativo, amenazante.

—Levantaos.

—No me juzguéis por cómo he llegado hasta vos, sino por cómo puedo ayudaros. Estamos en guerra, necesitáis algo más que monjes enclaustrados durante años. Sabéis perfectamente que puedo seros de utilidad. —El monje guardó serenidad y calma.

—¿Seguro? No habría cosa que me hubiera desagradado más que tener aquí un esbirro de Berenguer de Narbona. —Se detuvo en sus palabras—. Miento, sí lo habría: ¡que lo fuerais del conde de Tolosa! Ese estúpido se cree que puede enviarme...

—No conozco al conde tolosano, jamás he estado en Tolosa.

—Entiendo, es alguien más poderoso, ¿el rey de Inglaterra? —Juan de Atarés

negó con la cabeza—. Vos sois del otro lado de los Pirineos, tuvo que ser desde allí de donde os enviaron. Entonces debió ser el rey de Aragón. Al fin y al cabo sois aragonés, no navarro.

—Solo vine a servirlos a vos, lo juro. Nací en Aragón, pero partí pronto a Navarra, era apenas un niño. No entiendo de patrias, ni reyes; solo de Dios, Nuestro Señor. Si tenéis dudas de mi lealtad, ponedme a prueba, estoy deseoso de demostraros hasta dónde soy capaz de llegar para servirlos.

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Cómo? Me estabais probando...

—Dios se apiada de nosotros, nos hace desconocedores de nuestro destino. No hay nada más paternal que tolerar la estupidez. —Arnaldo suspiró—. La verdad es que vuestro abad habló notablemente bien de vos, no obstante tenía que comprobarlo. Recordad siempre que por muy inteligente que os creáis, yo siempre estaré un paso por delante de vuestros pensamientos.

—Gracias, eminencia. Espero ser digno de vuestra confianza.

—Silencio. —Y alzó la mano con desprecio—. Si me mentís de nuevo, si osáis traicionarme, yo mismo os arrancaré el corazón y se lo tiraré a los perros.

—No será necesario.

—Eso espero —amenazó con sutileza el legado papal.

—Os lo aseguro.

—Debería mandaros matar ahora mismo, pero me gustan vuestros métodos. Hugo era demasiado... ¿cómo decirlo? Demasiado correcto, y estamos en una Cruzada. Dios perdonará los pecados que traigamos con nosotros y también los que cometamos en el futuro. Es una ventaja de ser cruzado y debemos aprovecharla.

—Por supuesto. —Juan de Atarés empezaba a congeniar con el legado papal.

—Tengo una misión para vos, es evidente que se os da bien tratar con alimañas, como comerciantes y brujas.

—Os escucho, eminencia.

—Necesito que os reunáis con un contacto en una taberna del puerto de Narbona, lo reconoceréis fácilmente porque una cicatriz cruza su rostro. Tenéis que darle un mensaje. —Arnaldo colocó las manos detrás de su espalda—. He recibido una oferta del rey de Aragón.

Juan tuvo que controlar su sorpresa ante aquella noticia, sus pupilas azuladas brillaron por un instante y tuvo que tragar saliva. Tan solo esperaba que Arnaldo Amalarico no hubiera notado su impresión.

—¿Qué os ofrece el rey aragonés? —preguntó con un interés contenido Juan de Atarés.

—El arzobispado de Narbona.

—Si el arzobispo Berenguer no ha muerto todavía.

—Lo hará pronto. —El legado papal volvió a darse la vuelta y mirar por la ventana.

—Ya veo, ¿y qué os pide a cambio?

—A pesar de sus reticencias iniciales, todavía recuerdo cómo Pedro II de Aragón intentó mediar por el joven Trencavel cuando asediábamos esta ciudad. Parece ser que ahora apoya firmemente la Cruzada siempre y cuando llegue hasta Tolosa. Eso es lo que me pide. Acabar con Raimon VI, conde de Tolosa.

El legado papal se volvió hacia Juan de Atarés y comprobó cómo este le observaba sorprendido por sus palabras.

—El enemigo de tu enemigo es tu amigo.

—Sabias palabras —elogió el navarro.

—El rey aragonés quiere que la Cruzada termine con el conde.

—Eso es justo lo que deseáis vos también.

—Así es. Quizás tema que nos limitemos solo a castigar a sus vasallos, la casa de Trencavel, de Foix y de Comminges; y no entremos en los dominios de su principal enemigo en el Languedoc: el conde de Tolosa —sugirió Arnaldo Amalarico—. El rey no quiere que la Cruzada se detenga por ningún motivo. Ha cruzado los Pirineos y se dirige a una reunión en Pamiers, por eso me ha hecho llegar este mensaje. Quiere saber si cuenta con mi apoyo.

—Hay que recordar que su alteza fue coronado en Roma por el santo padre. Nadie más que él debería desear que fueran expulsados los herejes de sus dominios.

—¿Sus dominios?

—La casa de Trencavel, la de Foix y la de Comminges son vasallos suyos, por lo tanto estas tierras están bajo su responsabilidad —argumentó Juan con firmeza—. Tiene que desear que estén limpias de la herejía.

—No pienso entregarle el Languedoc a nadie y menos a Pedro II de Aragón.

—Estáis en lo cierto, eminencia —Juan refuló de sus palabras—, es la Iglesia quien debe gobernar estos feudos, los hombres ya han demostrado ampliamente su incompetencia —sentenció para agrado del legado papal.

—Exactamente, yo no lo habría dicho mejor —afirmó complacido el prelado—. Irás a Narbona, aceptarás la oferta en mi nombre y la Cruzada proseguirá. Efectivamente, haremos todo lo posible por acelerar el avance hacia tierras tolosanas.

—Debéis tener en cuenta que Tolosa es vasallo del rey de Francia y que es la fuerza más potente del Languedoc.

—Me es indiferente, asediaremos Tolosa si hace falta, quiero el arzobispado de Narbona cueste lo que cueste. ¿Te haces una idea de las riquezas que posee esa ciudad?

—He oído hablar de ellas, eminencia. Aunque debéis ser consciente de que no será fácil que la Cruzada llegue hasta Tolosa, es un condado poderoso.

—Dejadlo en mis manos, ahora marchad a Narbona. Decidle a mi enlace allí que haga llegar al rey aragonés mi respuesta afirmativa a su ofrecimiento.

—Como ordenéis.

—Algo más, decidle que hay noticias de Foix, que puede que esté allí, en la casa

de un perfecto.

—¿El qué, eminencia?

—Solo comunicadle lo que os he dicho, él lo entenderá y actuará en consecuencia. Pero recordadle que debe de traerlo intacto y de inmediato. No quiero que sufra daño alguno, su contenido es trascendental para la Iglesia.

—Le haré llegar vuestras palabras.

Juan de Atarés hizo una genuflexión y besó la mano del legado papal.

—Antes de iros, una pregunta. —Arnaldo se acercó y para su sorpresa le susurró al oído—: ¿Cómo conseguisteis que mi ayudante Hugo os dejara el camino libre hasta mí?

—No fue difícil, eminencia. Deberíais tener más cuidado en elegir a los que os obedecen.

El legado papal le miró impresionando.

—La mejor forma de medir el poder de un hombre, es haciéndolo primero en aquellos que le rodean. Cuanto mejores sean estos, mayor será.

—Lo tendré en cuenta —respondió complacido el legado papal.

Juan de Atarés abandonó la sala y salió a la muralla que rodeaba toda la ciudadela. El día había sido caluroso y la frescura nocturna era reconfortante. Recorrió el adarve hasta una de las torres que daba a Poniente, allí había un pequeño palomar. Abrió la puerta de madera y buscó entre las palomas. Todas parecían iguales, de color gris azulado. Sin embargo, al final había una pequeña jaula oculta, donde ya solo quedaba una paloma blanca. En una mesa sobre caballetes había pergamino y pluma. Transcribió el mensaje en una escritura secreta y lo confió a aquel pájaro que salió volando hacia el sur.

**Foix, mayo de 1210**

A pesar de ser primavera, el sol comenzaba a picar con ganas. Martín había estado trabajando desde las primeras luces en el huerto. Había muchos roedores por el bosque, algunos se aventuraban hasta la ciudad y se comían las zanahorias y los puerros que cultivaban. Por lo que era necesario recolectarlos lo antes posible. Fue una mañana dura. Terminó cansado y sudando copiosamente. Caminó hasta el pozo y se refrescó. Secó su rostro y volvió a la casa.

—¿Dónde están todos?

—No te preocupes, Martín, han ido a Pamiers. —Antoine estaba recogiendo herramientas y utensilios de trabajo—. Se está produciendo una conferencia entre los cruzados y los principales señores del Languedoc, incluido el monarca de Aragón.

—¿El rey de Aragón está aquí?

—Perdona. Había olvidado de dónde procedéis —se excusó el perfecto—, vuestro rey ha venido para interceder por el conde de Foix y otros de sus vasallos.

—Con los cruzados, ¿y lo conseguirá?

—Si te soy sincero, lo dudo —respondió desalentado el perfecto—, y hay más. Se rumorea que los antiguos vasallos de los Trencavel, que todavía no han sido derrotados por los cruzados, le ofrecerán vasallaje a tu monarca.

—Todavía hay quienes se resisten, pensaba que no.

—Unos pocos: el señor de Cabaret, el gobernador de la fortaleza de Termes y también el de Monreal, aunque este último está a punto de caer.

—Ojalá termine pronto esta guerra, ¿Pedro II los aceptará?

—Yo soy un humilde hombre, Martín, ignoro lo que puede decidir o no un rey.

—Perdonad mi curiosidad —se disculpó y cambió de tema—. Es extraño estar aquí tan solo, sin el resto de compañeros.

—Volverán antes de que caiga la noche —contestó pausadamente el perfecto, que parecía estar pensando en otra cosa—. Venid, quiero enseñaros algo.

Entraron en la casa y Antoine subió los escalones de madera que daban al segundo piso. Cogió una vela y caminó por el pasillo. Abrió la puerta de una sala al fondo, donde Martín nunca había entrado. Era una estancia modesta y de reducidas dimensiones, con un diminuto ventanal en lo más alto, que apenas la iluminaba. Lo más destacado de su interior era un estante lleno de libros y pergaminos. Al otro lado había una humilde mesa de madera. El perfecto acercó la vela a un cirio más grande que había sobre ella y la estancia se iluminó.

Era una autentica biblioteca. Repasó con la mirada los códices y manuscritos que se apilaban en el resto de estantes. Le vino a la mente el *scriptorium* del la catedral de Jaca o el del monasterio de San Juan de la Peña. Esta biblioteca era mucho más



modesta, pero estaba allí, a su alcance, en una humilde casa. Entonces la vio al fondo, en una esquina: una espada. Se acercó a ella, tenía una empuñadura en forma de cruz patada.

—¿Es vuestra?

—Fui soldado, os lo conté el otro día.

—Templario —recordó Martín mientras pasaba su mano por la vaina del arma.

—En Tierra Santa, pero hace demasiado ya. Esa era mi espada, la guardo más como un recuerdo que con el afán de utilizarla.

Martín volvió la vista a los libros, sintió curiosidad y cogió uno de los volúmenes más grandes. Lo abrió y pudo comprobar que eran textos en latín, si bien desconocía su origen.

—Son traducciones de libros griegos que se conservan en Oriente —explicó el perfecto—. Han llegado hasta aquí gracias a la ayuda de los comerciantes de Narbona y también de la Lombardía. Gran parte del saber antiguo se perdió en Occidente, pero se conservó en Oriente. Hay buenos hombres que están traduciendo los textos griegos al latín para recuperarlo.

—Una buena labor —respondió mientras seguía hojeándolos.

—Y peligrosa —añadió Antoine—. No todos quieren que la sabiduría salga a la luz.

—No os entiendo: ¿por qué se iba a impedir tal cosa?

El perfecto calló y pasó sus dedos por algunos de los volúmenes, como si pudiera sentir lo que había escrito en su interior con solo tocarlos.

—Son textos no canónicos, prohibidos por la Iglesia. —El rostro de Martín se estremeció.

—Efectivamente. Aristóteles, Orígenes, incluso de san Agustín cuando era joven —comentó mientras cogía uno de ellos—. Observa este. Se trata de la *Ascensión de Isaías*. Es un apócrifo del siglo segundo, traducido al latín de una obra griega proveniente de Tracia.

Martín acarició la rugosidad de la encuadernación y sintió el peso de las palabras que guardaba. Lo abrió y leyó alguno de los párrafos. Fue como si las letras tomaran relieve y se alzaran sobre las hojas de pergamino, aquellos textos encerraban una amplia sabiduría.

—Necesitaría tiempo para poder leerlo con el detenimiento que merece.

—Su primera parte relata el martirio de Isaías, encarcelado y serrado en dos por orden de Manasés, hijo del rey de Judá. Al inicio de la segunda parte, que narra la ascensión del profeta, se explica la cosmogonía del universo con sus siete cielos. Lo más interesante es la continuación, que habla de la visión de Isaías una vez que ha llegado al séptimo cielo —Antoine se detuvo—. Te advierto que está repleta de referencias no admitidas por Roma. En su visión de Isaías asegura ver a Jesús a quien reconoce como Hijo de Dios Padre, por lo que es distinto e inferior. Dios se hace adorar por él, así como el Espíritu Santo, y le da órdenes.

—¡Eso es una blasfemia para la Iglesia! Destruye la Trinidad, ¡dice que Jesús no es Dios!

—Sí, ya te advertí. Cristo solo se encarnó en apariencia, es un ángel que toma únicamente la forma humana. —El perfecto dejó el texto al comprobar la cara de miedo de Martín.

—¿Y este? —El joven reaccionó y señaló otro de los libros.

—El *Interrogatio Johannis*, más conocido como la *Cena secreta*. Es una copia de un texto que está en Carcasona y que a su vez es copia del que se encuentra en Concorezzo, en el Milanésado. En realidad es una traducción del original que proviene del Reino de Bulgaria, donde se creó una comunidad religiosa llamada los bogomilos.

—¿Qué dice? —Martín no podía reprimir su curiosidad.

—Es una de las bases de nuestras creencias. —Empezó a explicar el perfecto—. Se inicia con una cosmogonía que representa la organización del mundo celestial, con Dios y sus ángeles. A continuación se relata la caída del más elevado de esos ángeles y la creación del mundo material, incluidos Adán y Eva. En los siguientes capítulos habla de Jesús y, por tanto, de la salvación. Y al final relata cómo será el fin del mundo.

—Parece... una pequeña nueva biblia.

—En cierto modo lo es, una alternativa a la de la Iglesia —afirmó el perfecto, que seguía repasando el libro—. Está escrita como un interrogatorio del apóstol y evangelista Juan, durante una cena secreta en el reino de los cielos.

—La Iglesia nunca habla de estos textos.

—Bueno, muchos de ellos sí son citados por los Padres de la Iglesia, que los conocían perfectamente. En los primeros siglos del cristianismo era frecuente leerlos y debatir sobre ellos, circulaban libremente. En aquella época la Iglesia buscaba la verdad, la salvación del hombre —se detuvo y permaneció mirando fijamente a Martín—. Ahora solo busca el poder, está corrompida. Nunca admitiría un texto que moviera ni uno solo de los pilares donde se asienta su situación de privilegio.

»Leer es el mayor de los dones del hombre, la lectura es lo único que puede salvarnos. Los soldados tienen sus espadas, nosotros tenemos los libros.

»Martín, desde que te vi por primera vez sentí que eras especial. Tienes el don de la perspicacia y un ansia infinita de aprender, lo cual no es usual. Cuestionas cualquier tema, y esa es la principal cualidad que te puede llevar a alcanzar la verdad. Piensa que todos nosotros somos unos ignorantes, solo Dios lo sabe todo.

»Eres crítico, y eso es loable. Sé que nuestra fe te atrae, aunque a la vez tienes dudas. Hay algo que todavía te impide ver la luz con claridad, una sombra que se cierne sobre ti y que me intentas ocultar. Por eso te enseñé todo esto, porque creo que estás destinado a grandes metas y Dios te necesita a su lado.

El perfecto se dirigió al ventanal y metió su mano por detrás de la estantería, ante la cara de curiosidad de Martín. Al instante extrajo un libro poco ostentoso de un

escondite que debía de haber en la pared y lo dejó sobre la mesa. Lo abrió por el principio y el joven se acercó intrigado para ver de qué se trataba. Posó sus ojos en él e intentó leerlo.

—Este texto está escrito en lengua romance.

—Así es —asintió el perfecto, que permitió que Martín siguiera leyendo en la lengua de oc.

—¿Es un texto religioso? —murmuró el joven—; no consigo identificarlo.

—No me extraña, es un tratado. El tratado de los buenos hombres.

—Queréis decir que es un texto que explica vuestra religión.

—Así es. Nuestras creencias, liturgia y fe. —El aragonés empezó a entender la importancia de aquel libro—. Y escrito en lengua de oc. Son veinte páginas que resumen nuestra fe y su liturgia. Para que el pueblo pueda leerlo y entenderla.

—Si la Iglesia católica lo descubre os quemarán por ello. ¿Cuántos más como este existen?

—En realidad este es solo un resumen —respondió Antoine entre un gran suspiro—. El texto completo se conoce como el *Libro de los dos principios* y estaba en Carcasona. Al atacarla los cruzados creemos que pudo ser llevado al lugar más seguro del Languedoc, el Castillo Rojo. Ahora el ejército de la Iglesia romana se dirige hacia allí y temo que pueda apoderarse de él. Por eso necesitamos enviar a alguien que salve el libro. Nosotros podemos morir, pero nuestra fe debe perdurar, es la única posibilidad para el hombre de abandonar este mundo material y alcanzar el cielo.

—¡Y pretendéis enviar a Isabel! —se escandalizó Martín—. ¡Es una mujer!

—Esa decisión no está tomada todavía. Además, ella es especial. No la infravalores por ser una dama. Error que espero que sí cometan los cruzados si la encuentran. Estos libros son las únicas fuentes de nuestra fe. Si nosotros desaparecemos, ellas deben sobrevivir.

Martín empatizaba cada vez más con aquel hombre que tanta paz y esperanza le transmitía. Con el pasar de los días en Foix entendía menos por qué eran perseguidos con tanta violencia por la Iglesia. Pero la existencia de aquel libro lo cambiaba todo. Si esos textos se popularizaran, mucha más gente se uniría a la nueva fe, y enviar a una mujer en una misión de tal calibre y trascendencia era una auténtica locura.

—¿Por qué la Iglesia es tan violenta con los buenos hombres?

—Esa pregunta se la hace mucha gente —respondió el perfecto sosegadamente—. La Iglesia no es más que un grupo de hombres que dicen hablar en nombre de Dios. En realidad son unos ambiciosos, que ostentan un poder absoluto: el de la fe. El papa Inocencio III quiere que sea también militar y político. Y todo poder absoluto, para no debilitarse, y por tanto perdurar, necesita inventarse adversarios a los que perseguir. A veces son los musulmanes, otras los judíos y ahora somos nosotros. La existencia de un enemigo común, una amenaza palpable para todos sus súbditos, hace más fuerte a la Iglesia. Consigue que los suyos se reagrupen y que los indecisos se

unan a ella.

—Pero, en el fondo, vuestra fe sí es un peligro para Roma.

—Nosotros no atacamos a nadie. A la Iglesia le interesa siempre exagerar el enemigo —advirtió el perfecto—. ¡Herejes! Como mucho nos podrían acusar de una lectura errónea de las Escrituras, nada más.

—Afirmáis que no existe un único Dios de todas las cosas, del cielo y la tierra, sino dos principios, uno bueno y otro malo.

—Martín, ¿realmente crees que Dios, el Dios del Nuevo Testamento, habría creado este mundo de sufrimiento, dolor y muerte?

El joven calló.

## La Montaña Negra, junio de 1210

Tres jinetes abandonaron Foix con los primeros rayos de sol. Cabalgaban ligeros hacia el norte, con los rostros ocultos y bien armados. Portaban escudos puntiagudos sin estandarte alguno. Atravesaron los caminos cercanos a la ciudad de Mirepoix antes de que estuvieran concurridos y continuaron en dirección a las montañas, evitando así pasar demasiado cerca de Carcasona. Sin embargo, una desagradable sorpresa los aguardaba en Bram.

—¿Qué sucede? —preguntó uno de ellos, el más alto y fuerte, con el pelo rubio y un alargado arco en su espalda.

—Los cruzados —respondió una voz suave que parecía estar al mando—. Están atacando Bram. No tendremos más remedio que rodearla.

—Habrán patrullas de vigilancia, lo mejor sería retroceder.

—No tenemos tiempo, debemos llegar cuanto antes a Cabaret o quizás sea demasiado tarde —continuó el individuo al mando—. Hay que cruzar el río de inmediato.

Galoparon hasta un pequeño puente que, a pesar de su estado algo ruinoso, parecía seguro. Cruzaron en fila de a uno, cuando una saeta se clavó en el cuello de uno de los jinetes y lo derribó. El más fuerte y alto reaccionó, alzó su arco y apuntó contra las rocas donde se refugiaba el atacante.

—¡Corred! Es una emboscada —gritó el arquero, mientras tensaba su arma.

En cuanto asomó la cabeza lo alcanzó en un ojo. El hombre cayó al suelo entre gritos de dolor, intentando deshacerse del proyectil, aunque solo consiguió desangrarse más rápidamente.

Dos hombres armados con picas cerraron la entrada al puente y otros tantos la salida. El jinete al mando sacó su espada y se dirigió a por los segundos. Las picas le esperaban impacientes para darle una sangrienta bienvenida, sin embargo, con un ágil movimiento de espada las apartó de su camino. Su caballo se alzó sobre sus dos patas traseras y derribó a uno de los piqueros con las delanteras para acto seguido cortar de un tajo la garganta del otro enemigo.

Mientras, el arquero rubio alcanzaba con sus flechas a dos ballesteros que se encontraban sobre un terraplén cercano. Otros dos hombres armados con picas corrieron a derribarle. Aún tuvo tiempo de hacer reaccionar a su caballo y atravesar el puente por el otro lado. Guardó el arco, sacó su espada, y se reunió con su compañero que lo esperaba en la otra orilla del río. Ambos salieron al galope, poniendo tierra de por medio con los asaltantes.

—¿Cruzados? —preguntó el arquero.

—Me temo que sí —respondió el hombre al mando, a la vez que dejaba ver su

rostro; era Isabel de Foix—. Debemos llegar al Castillo Rojo y avisarlos de que los cruzados se acercan.

—Eso si no tenemos más sorpresas por el camino.

Isabel no contestó, volvió a ocultar su rostro y espoleó a su caballo.

Sobre la llanura seca del río Aude, dentro del vizcondado de Trencavel, se elevaba como un gigante la Montaña Negra, los ríos correteaban entre sus laderas, con toda clase de tupidos bosques: encinares, robledales y pinos sobre suaves pendientes de un verde esmeralda. Era un lugar escarpado y rocoso; sobre ese accidentado territorio se levantaba el mítico e inconquistable Castillo Rojo, pegado a la falda sur de la Montaña Negra, cuya riqueza se atribuía a sus legendarias minas de oro y cobre. Era posesión de Pedro Roger de Cabaret, fiel caballero de la casa de Trencavel, que junto a su señor combatió en el sitio de Carcasona, antes de ser traicionado por los cruzados.

Isabel y su acompañante estaban exhaustos, no se habían detenido desde su enfrentamiento en el puente. Aunque una vez divisado Cabaret, por fin se sentían a salvo.

—Estuve una vez aquí de niña —comentó la dama emocionada por la visión de la fortaleza—. ¿Y vos, Batiste? ¿Lo habías visitado alguna vez? —inquirió impresionada por la construcción.

—No, siempre había deseado visitar la Montaña Negra y ver el legendario Castillo Rojo, feudo de los señores de Cabaret desde hace siglos. Aquel que nadie ha osado nunca conquistar, he escuchado a los trovadores relatar sus leyendas desde que era un niño. Aunque he de confesar que nada es comparable a verlo en persona.

—Estáis en lo cierto, Batiste.

—Es hermoso, como un cuento —confesó el arquero, abrumado con el aspecto del emplazamiento—. ¿Veremos a la Loba?

—La esposa del señor de Cabaret —afirmó Isabel—, realmente es a ella a quien venimos a ver.

—¿Cómo? —preguntó el arquero sorprendido.

—¡Alto ahí! —gritó un soldado que apareció entre unas rocas.

Isabel y Batiste se pusieron en guardia.

—Queremos hablar con vuestro señor, nos envía el conde de Foix —respondió la dama levantando las manos en señal amistosa.

—¿Cómo sé que no mentís?

El caballo de Isabel se intranquilizó y se lanzó hacia delante, con suerte pudo dominarlo. Media docena de ballesteros salieron de las rocas apuntándolos sin ningún pudor. Entonces, la noble de Foix dejó al descubierto su rostro.

—¿Sois una mujer?

—Excelente deducción, llegaréis a noble algún día —bromeó—. Soy Isabel de Foix, dejadme pasar.

Los soldados de Cabaret pronto comprendieron que realmente era la sobrina del

conde y bajaron sus ballestas. Los dos jinetes atravesaron el retén, para continuar hacia el norte. Poco después alcanzaron el acceso a la fortaleza roja. Subieron hasta la entrada, se identificaron nuevamente y dejaron los caballos descansar en el establo.

—Así que venís desde Foix —afirmó un caballero vestido con armadura—. Mi nombre es Vincent, soy capitán de la guardia de Cabaret.

—Yo soy...

—Isabel de Foix, ya me lo han dicho mis hombres —interrumpió Vincent—. ¿No es demasiado peligroso para una dama cabalgar hasta aquí? Y vestida de caballero.

—¿Acaso lo sería menos ataviada como una mujer?

—La verdad es que no.

El capitán de la guardia del Castillo Rojo parecía un robusto guerrero. No demasiado alto, pero fuerte y seguro de sí mismo. Tenía el pelo oscuro, los ojos penetrantes y una sonrisa confiada.

—Tenemos noticias que daros —avisó Isabel—, de camino hemos visto como los cruzados estaban tomando Bram.

—Esa es una noticia terrible, ¿estáis seguros?

—Sí, incluso nos atacaron en un puente y perdimos a un compañero.

—Debemos estar alerta, en cualquier...

—¡Se acerca una hueste! —gritó un guardia desde la torre vigía del castillo—. No más de veinte caballeros.

—¿Qué estandarte portan? —preguntó Vincent que se acercó raudo a la muralla.

—¡Amarillo! ¡Es nuestro señor, don Pedro Roger!

—¡Abrid las puertas! —ordenó Vincent a los soldados de la guardia.

—Capitán —se acercó uno de ellos, portando un arco alargado, como los que usaban los ingleses de Aquitania—. ¿Es cierto? ¿Es nuestro señor?

—Eso parece, muchacho —le confirmó agarrándole por los hombros Vincent—. No se iba a dejar capturar por esos sucios cobardes del norte, ¿no crees?

—Claro que no.

Una nube de polvo y un relinchar de jinetes recorrieron el patio de armas y la inexpugnable fortaleza cuando Pedro Roger entró a la cabeza de sus hombres. Vestía yelmo y armadura de batalla. Un muchacho de la guardia corrió presto a sujetar su caballo y el bravo señor bajó de su montura. Se deshizo del yelmo, dejando ver su rostro sucio y cansado.

—Mi señor —se acercó el capitán—, nos alegramos de veros con vida, a vos y a nuestros compañeros.

—Gracias, Vincent. —Pedro Roger sonrió—. Están cerca, demasiado.

—Lo sabemos.

—¿Cómo se encuentra el prisionero?

—Sigue gritando como una mula.

—Bien. —No mostró ningún sentimiento de misericordia hacia el recluso del que hablaba—. El año pasado corrimos más suerte que el vizconde y logramos escapar de

Carcasona —relató Pedro Roger mientras se quitaba los guantes de montar—. Aún recuerdo que durante la retirada nos enfrentamos a una hueste de cruzados. Nos habían preparado una emboscada, pero los soldados de la Montaña Negra demostraron su valor y coraje, y derrotamos a esos norteños —dijo en voz alta para animar a sus soldados que gritaron de alegría—. Capturamos a su cabecilla, un caballero llamado Marly, que trajimos prisionero y sigue en las mazmorras, ¡y que ahí se pudra!

Los defensores de la fortaleza vitorearon a su líder.

El capitán hizo un gesto a dos de los guardias del castillo para que ayudaran a Pedro Roger con su corcel, mientras él se desprendía de la cota de malla.

—No sabíamos de su importancia hasta que descubrimos que era uno de los nobles de confianza de Montfort —añadió Vincent—, tuvimos suerte de capturarlo.

El Señor de Cabaret parecía no interesarse ya por el recluso y buscaba con la mirada algo o alguien en lo alto de la torre del homenaje.

—¿Dónde está?

—En su alcoba —respondió el capitán.

—Doblad la guardia y haced acopió de víveres —ordenó el señor—, me temo que pronto tendremos a los cruzados a las puertas del castillo.

—No creo que se atrevan, por todos es sabido que esta fortaleza es inexpugnable —afirmó Vincent—. Nunca ha sido conquistada.

—Te recuerdo que Carcasona ha caído y Béziers también.

—Eran ciudades, este castillo se construyó sobre la misma roca para ser inconquistable. Está rodeado de abismos y sus murallas resistirán cualquier ataque. —Vincent hizo una pausa para coger aire—. Su fama es legendaria, y se conoce tanto aquí como en Normandía o Borgoña. Da igual el tamaño de los ejércitos que lo asedien, solo hay un acceso y bien sabéis vos que lo defenderemos hasta la muerte. No hay enemigo que pueda penetrar en el Castillo Rojo.

—Haced lo que os he ordenado —carraspeó Pedro Roger poco entusiasmado—, recoged todos los víveres que podáis. Y reclutad a todos los fieles de las aldeas cercanas. —Hizo una pausa—. La oscuridad se acerca.

—Esperad, mi señor, hay algo más: han llegado unos viajeros de Foix. —Vincent señaló los establos—. Afirman que han visto como los cruzados asediaban Bram.

—¿Es eso cierto?

—Parece que sí —respondió Vincent.

—Cuando nos retirábamos llegaron noticias de que habían tomado Fanjeaux, aunque no sabía que también habían avanzado hacia el oeste.

—Uno de los visitantes es la sobrina del conde de Foix.

—¿Una mujer?

—Sí, viste como hombre. Pero no hay duda de que es una dama.

—Tratadlos bien, ahora no tengo tiempo para ellos —se excusó Pedro Roger—. Esperad una hora y llevadlos frente a mi esposa, que ella los atienda.



—Como ordenéis.

—Y haced todo lo que os he dicho. —Un cuervo cruzó el cielo—. Nubes negras se están formando, pronto tendremos batalla.

Vincent cumplió las órdenes de su señor. Hizo llamar a todo varón en edad de luchar de las aldeas próximas, redobló los vigías que desde lo alto de los cerros custodiaban el valle, única vía de acceso. Aumentó la guardia, hizo acopio de víveres, armas y agua. Después se retiró a una de las salas de la planta baja del castillo. Buscó su pluma y escribió una carta. Pensó que quizás sería la última, así que puso todo su esmero en que sus palabras fueran recordadas. Antes de terminar fue interrumpido por Renard, uno de los mejores soldados de la guardia. Alto como un roble, casi medía dos metros, su familia no era del Languedoc sino del Reino de Navarra, al otro lado de los Pirineos. Decían de él que era capaz de cortar a un hombre por la mitad con su descomunal espada, la cual era tan alta como una mujer.

—Creo adivinar para quién es esa carta, mi viejo amigo Vincent.

—No penséis tanto e id a afilar vuestra espada.

—Os aseguro que siempre está preparada —fanfarroneó mientras se llevaba la mano a la entrepierna.

—Guardad vuestras fuerzas para los cruzados.

—Odio ese *Fin' Amor* que tanto os gusta en estas tierras, propio de damas aburridas y consentidas, que no ven nunca a sus maridos ni yacen con ellos en la cama.

—Tantos años aquí y todavía no habéis sido capaz de entenderlo.

—¿El qué? ¿Un amor vinculado a la fidelidad que os une a una dama casada? No, gracias, ya es bastante difícil la vida como para encima atormentarme con una sola mujer. Prefiero acostarme cada día con una.

—Pagando.

—Siempre me saldrá más barato eso que escribir cartas de amor.

—No tenéis ni idea —añadió Vincent.

—Esos juegos que desarrolláis en los castillos y palacios de las nobles, incluso delante de sus maridos, me parecen estúpidos y humillantes.

—Está claro que el uso de la palabra no es uno de vuestros dones, Renard. Ni realizar gestos delicados, ni engalanarte con vestimentas cuidadas ni rendir devotos homenajes a una dama.

—Una dama que se considera vuestra dueña y a la que rendís vasallaje.

—Es un tema de elegancia, coraje, de amabilidad con las mujeres, religiosidad interna y costumbres, ayuda a los desamparados, prontitud en defensa de los inocentes.

—Bla, bla, bla —bromeó Renard—. Usáis bien la lengua, veremos si también es así con la espada. Además, no os engañéis, ¡sois su esclavo!

—¿Y qué si lo soy? Es propio del amante de una buena dama que sea sabio y prudente, y cortés y moderado. Y que no se preocupe ni se lamente.

—¡Vincent, basta ya de palabras! Os manipulan, os hacen soportar pruebas maliciosas para transformaros en sus amantes, lucháis en esos estúpidos torneos, cantáis como un juglar, componéis como un trovador, habláis como... ¡Por Dios, esas nobles están casadas!

—¿De verdad que no lo entendéis? —se lamentaba Vincent—. Los casamientos que se llevan a cabo en las altas esferas de la sociedad son por razones de conveniencia. Con el acicate de consolidar alianzas entre familias poderosas, o de permitir al consorte acceder a bienes de una novia pudiente. Lo que llamamos amor no importa en un enlace. En cambio, en esos cortejos que tanto detestáis, el amor es lo único trascendente.

Mientras, Pedro Roger había abandonado el patio de armas de su fortaleza a toda velocidad y se encaminó hacia la zona más palaciega, en lo alto de una de las torres. Una vez allí, llamó dos veces antes de entrar en una hermosa alcoba. Decorada con tapices de paisajes y fiestas, donde una muchacha tocaba una dulce melodía con ayuda de las cuerdas de una pequeña arpa. Junto a la ventana, con un vestido blanco, dotado de un amplio escote y una corona de flores sobre su pelo dorado como el sol, esperaba la mujer más hermosa de todo el Languedoc, aquella a la que todos amaban y muchos temían.

—Etiennette. —La mujer se giró y Pedro Roger corrió a abrazarla—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a vos, mi querido esposo —susurró la dama antes de besarle—. Temía que no volvierais.

—Tengo la mejor de las razones para hacerlo.

## Foix, junio de 1210

Una terrible tormenta arribó de manera imprevista a Foix. Los habitantes de la ciudad condal corrieron a refugiarse en sus viviendas, cerrando las ventanas y puertas, aterrorizados por la virulencia del cielo. Parecía como si algún ser de las montañas hubiera mandado su cólera contra ellos. Martín ayudó a proteger bien la casa e intentar que la lluvia y el viento no pudieran penetrar. Hubo que atrancar puertas y ventanas, tapar las goteras y reforzar los tejados. Cuando todo parecía seguro se escucharon unos golpes secos en la puerta, eran rítmicos, demasiado pausados para ser obra del viento.

—Hugonet, abre —indicó Antoine.

—Perfecto, la tormenta...

—Hazme caso, si alguien llama a nuestra puerta debemos abrirle. Haga frío o calor, llueva o granice.

El corpulento cátarlo obedeció y al liberar el portón, la fuerza de la tormenta lo empujó hacia atrás con virulencia, Hugonet consiguió dominar la situación, no sin problemas. Mientras, un hombre oculto bajo una capa negra entró en la casa. Estaba empapado, el agua chorreaba por sus ropas y sus botas estaban llenas de barro. Dejó ver su rostro, bajo una media melena castaña mojada por la lluvia, se adivinaban unos ojos grandes y marrones, unos pómulos ligeramente hundidos y una barba poco poblada. No dijo nada, tampoco sonrió. Alzó la vista hacia Antoine, como si hubiera identificado quién mandaba allí y, por tanto, a quién debía dirigirse.

—Gracias por dejarme entrar.

—Eres bienvenido —contestó el perfecto—, todos lo son en esta casa. Acércate al fuego y entra en calor.

—Agradezco vuestra hospitalidad, más aún en un día como este.

—Es nuestro deber, Dios así lo quiere.

—No todo el mundo habría abierto la puerta con semejante tormenta.

—Intentamos ser buenos hombres.

—Ya entiendo —dijo mientras se quitaba la capa y se echaba el pelo hacia atrás—. Sois cátaros.

—No nos gusta ese calificativo —corrigió Antoine.

—Pero lo sois.

—Sí, lo somos —afirmó el perfecto ante la mirada de sorpresa de Hugonet, Martín y los otros—. La tormenta será larga, pasad aquí la noche.

—Gracias. —El visitante negó con la cabeza, como si desconfiara al estar en el interior de una casa cátaros.

—No sé qué habéis oído de nosotros, pero nadie os hará ningún mal aquí dentro.

El extraño echó un ojo a los presentes y debió de intuir que no parecían peligrosos, a excepción de Hugonet. Cuya envergadura lo hacía imponente.

—Está bien. Gracias por vuestra hospitalidad —agradeció nuevamente el visitante mientras se aproximaba al fuego—. Mi nombre es Guillermo de Almazán.

—¿Castellano? —preguntó Antoine.

—Mi padre es el señor de la fortaleza de Gormaz, en el Reino de Castilla.

—Estáis lejos de vuestra casa —afirmó Hugonet.

—Así es, vengo de Lovaina. Tenemos negocios en aquel lugar y vuelvo de firmar un trato con unos comerciantes de tejidos de esa ciudad.

—¿Sois comerciante? —preguntó Antoine.

—No, mi padre es noble —musitó enojado el extranjero—. No somos burdos vendedores y vengo de tratar asuntos que solo incumben a nuestra familia, por lo que permitidme que no hable de ellos.

—Lamento si os hemos ofendido —se disculpó el perfecto—. Martín, ofrecedle comida a nuestro invitado.

El joven aragonés le trajo una sopa de rábanos y vino, el castellano la miró desconfiado y dio un trago a la jarra.

—¡Por Dios! ¿Qué brebaje es este?

—El vino está algo aguado —se disculpó Martín.

—¿Algo? Mi orín tiene más alcohol que esta sustancia —murmuró el invitado antes de escupir al suelo—. ¿Y qué demonios es esta comida? ¿No tenéis algo de carne?

—No comemos animales muertos —intervino Antoine.

—¿Y vivos? —bromeó con poco éxito.

—No es eso, es que no comemos carne —respondió dubitativo Martín.

—¡Por Dios santo! ¿Qué pandilla de locos sois? Veo que lo que dicen por ahí los cruzados de vosotros es cierto.

Un murmullo recorrió la casa cántara.

—Podéis dormir aquí si lo deseáis, pero os ruego que no nos insultéis —replicó Antoine.

—Disculpadme, no estoy habituado a vuestras costumbres. Gracias por permitirme pasar aquí la noche. La comida, aunque me parezca extraña, se agradece. Eso sí, no probaré más ese brebaje al que llamáis vino.

La tormenta no se detuvo en toda la noche. La lluvia parecía no tener fin, como si se tratara de un nuevo Diluvio universal. Martín nunca había visto llover con tanta violencia y le costaba conciliar el sueño. Con las primeras luces de la mañana las nubes dejaron de descargar su acuoso contenido y unos débiles rayos de sol iluminaron Foix. Mientras todos seguían durmiendo, Martín no paraba de dar vueltas en su jergón de paja que compartía con otros tres hombres. Finalmente se levantó. Se vistió con una camisa holgada, muy despegada del cuerpo, de mangas anchas, con puños que cubrían su muñeca y parte del antebrazo, y que terminaba en una falda de

amplio vuelo hasta media pierna.

Alumbrado por la tenue luz de un candil bajó hasta la cocina. Salió al huerto que había tras la casa. La tierra estaba blanda, el olor a humedad era intenso y agradable. El paso de la tormenta había dejado una sensación de paz en la ciudad.

—¡Vaya noche! —Guillermo de Almazán apareció tras él.

El visitante estaba sonriente, llevaba una camisa entallada y corta, ceñida mediante cordajes que cerraban una abertura en un costado.

—Sí, no he podido pegar ojo.

—Yo en cambio he dormido estupendamente, no tengo nada que me pese en la conciencia.

—¿Cómo decís? —inquirió el aragonés sorprendido, como si aquellas palabras le hubieran azotado el rostro.

—Que no tengo ninguna preocupación, ni secreto en el alma que me impida dormir bien.

Martín se tambaleó, igual que si hubiera recibido un puñetazo inesperado. Sus rodillas se doblaron, su pulso se aceleró y con ello su respiración. Intentó controlarse, asimilar el golpe y defenderse.

—Yo tampoco —mintió—, el ruido de la tormenta me ha despertado varias veces.

—A mí no. Se duerme de un tirón cuando no tienes nada que ocultar.

—¿Estáis insinuando algo?

—¿Yo? ¿Insinuando? Nada más lejos de la realidad. Solo constato hechos —contestó el visitante mientras inspiraba profundamente el aire puro de la mañana—. Vos sois del otro lado de los Pirineos, ¿de Barcelona?

—No, de Aragón. Vengo de Jaca.

—Bonita ciudad. Estuve hace años acompañando a unos peregrinos. Parece que fuera ayer, cómo pasa el tiempo, ¿verdad? —relató Guillermo con cierta nostalgia—. ¿Y qué hacéis aquí?

—Aprendo de Antoine, él es...

—Un perfecto cátaro —se adelantó el castellano—, o un buen hombre como prefieren que les llamen. A pesar de que están excomulgados y blasfeman contra Cristo y la Iglesia. ¿Y vos? ¿Sois cátaro?

—No —Martín se percató de su error—, quiero decir, todavía no.

—Entiendo, ¿y qué piensa vuestro rey de que uno de sus súbditos, un jaqués para ser más exactos, esté en la casa de un perfecto cátaro en el condado de Foix?

—No lo sé, su alteza tiene otras cosas mucho más importantes en que pensar.

—Claro, cómo vais a saber vos lo que piensa el rey de Aragón —afirmó Guillermo mientras estiraba sus brazos hacia delante haciendo crujir los dedos de sus manos—. Pero sí conocéis lo que piensan los cátaros. Decidme, ¿son peligrosos?

—¿Peligrosos? ¿No los habéis visto? ¿Para quién van a ser peligrosos?

—Para la Iglesia. Os recuerdo que hay una Cruzada convocada por Inocencio III contra ellos. Que Béziers ha sido arrasada, Carcasona conquistada y que ahora el

temible ejército cruzado se dirige al Castillo Rojo.

—A Cabaret, ¿estáis seguro?

—Sí, ¿por qué? —graznó Guillermo de Almazán ávido de información.

—Por nada —recoló el aragonés.

—Espero que mintáis mejor a los cátaros que a mí. Porque de lo contrario no sé cómo no os han descubierto todavía.

Martín dio un paso hacia atrás y tensó todos los músculos de su cuerpo. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera servirle como arma. Entonces, el castellano levantó su camisa y dejó al descubierto una daga que llevaba oculta.

—Tranquilo, Martín, no hagáis ninguna tontería.

—¿Quién sois? ¡Dejadme!

—Pregunta equivocada —respondió Guillermo de Almazán—, deberíais decir mejor ¿quién me envía?

—Yo no he hecho nada malo, ¿por qué habéis venido?

—Porque trabajamos para el mismo señor. Uno alto y fuerte, con algo brillante en la cabeza y un blasón formado por cuatro palos de gules sobre un campo de oro —explicó con ironía el castellano—, el cual tiene mucho interés en recibir noticias vuestras.

—Os envía...

—¡Chsss! ¿Estáis loco? No digáis su nombre. Ahora entiendo por qué os ha enviado. Es imposible que alguien pudiera tomaros como espía. —Guillermo de Almazán se rascó la barba con cara de estar poco convencido de aquella situación—. ¿Y bien? ¿Qué habéis averiguado?

—Poca cosa —respondió resignado Martín—. Esta gente es sencilla y buena. No tiene nada, ni desean tenerlo. Son humildes e inofensivos.

—¿Seguro? No creo que esa información sea bien recibida.

—Su fe es similar a la nuestra. En ocasiones parecen mejores cristianos que nosotros mismos. Sus reglas son simples, leen el Nuevo Testamento en lengua romance y no tienen ningún lujo.

—¿Y os parece poco? —interrumpió Guillermo.

—Sí —respondió titubeante.

—Qué inocente sois.

—No entiendo a dónde queréis ir a parar.

—¿Cómo es posible que seáis tan estúpido? —se lamentó el castellano—. Imaginaos una Iglesia contraria a las riquezas. Y un pueblo libre de leer las Santas Escrituras en su propia lengua y no en latín. Estáis hablando del fin de la Iglesia de Roma.

—Ellos no atacan a nadie, ni obligan a nadie a seguirlos.

—Claro que no, hacen algo mucho peor y más peligroso: siembran la semilla de la rebelión, del cambio. Que regada por la avaricia y la ineptitud de la Iglesia, hará que broten nuevos adeptos de los cátaros allá donde se siembre.

—Hay algo más.

—¿El qué? —preguntó preocupado Guillermo de Almazán.

—Un libro.

—¿Qué tipo de libro?

—Es difícil de explicar.

—Inténtadlo, muchacho, ¿de verdad no había nadie mejor que vos para esta misión? ¡Qué desastre!

—Por lo que he podido averiguar, existe una especie de biblia cátara.

—¿Es eso cierto? ¿Y cuándo pensabais avisar al rey?

—Él me dijo que no me preocupara, que ya contactarían conmigo, yo no tenía forma de hacerle llegar la información.

—Eso ya da igual. ¿Dónde se encuentra? —Guillermo miró a ambos lados—. ¿Aquí?

—No. Antoine esconde algunos documentos relacionados. Aunque parece ser que el libro completo se encuentra ahora mismo oculto en el Castillo Rojo de Cabaret.

—¿Lo saben los cruzados? —preguntó Guillermo de Almazán visiblemente alterado.

—Creo que todavía no.

—No tardarán en averiguarlo —murmuró el castellano antes de darse la vuelta, andar un par de pasos y volver de nuevo a girarse hacia Martín—. Es imprescindible hacerse con ese libro. Podría servir al rey para negociar con el papa. ¿Confían en vos?

—Creo que sí. Ya intenté ir a Cabaret, pero al parecer enviaron a otra persona.

—¿A quién? ¿Algún soldado del conde de Foix?

—No, a una mujer.

—¿Cómo? Desde luego la locura es contagiosa, no hay duda. —Guillermo de Almazán suspiró y movió la cabeza de manera negativa—. Estoy deseando marcharme ya de aquí.

—A la sobrina del conde —precisó el aragonés—, a ella fue a quien encargaron ir a por él.

—¡Increíble! —exclamó el castellano abrumado con la noticia—. Bien, estáis realizando el trabajo mucho mejor de lo que pensaba —mintió—, es esencial que consigáis ese libro. Yo partiré ahora mismo a Aragón. Me reuniré con el... —Miró a su alrededor para estar seguro de que nadie le escuchaba—... rey y le pondré al corriente de la situación.

—¿Va a apoyar a los cátaros? —preguntó Martín preocupado—; son sus súbditos.

—Ahora tiene otras preocupaciones mayores. Los almohades avanzan desde el sur. Castilla está convenciendo a los Reinos de León, Portugal y Navarra para hacer un frente común y detenerlos. Aragón también necesita defenderse y podría unirse a ellos. Ese es el principal problema del rey.

—Si sois castellano, ¿por qué le servís?

—Yo no soy de ningún reino, salvo del que mejor me pague.

—Vaya, ¿y si os pagan los cátaros? —insinuó Martín, que ya se mostraba menos intimidado por el visitante.

—¿Cómo? —respondió indignado Guillermo de Almazán—. ¿Y no comer carne y beber ese vino asqueroso? Hasta un hombre como yo tiene principios —dijo riéndose—, conseguid ese libro cueste lo que cueste.

—Así lo haré —aseguró el aragonés con tono firme—, ¿y luego?

—Volveré a por vos.

—¿Cómo me encontraréis?

—Ese es mi trabajo —respondió mientras volvía a la casa—. Debo irme cuanto antes, tus noticias alegrarán a nuestro señor.



### Narbona, últimos días de junio de 1210

Juan de Atarés siguió las instrucciones recibidas del legado papal y viajó hasta Narbona. Tomó ropas de comerciante; una blusa colorida y ancha, una túnica hasta los tobillos y un cinturón de piel, vistoso y con una hebilla metálica. Allí buscó una taberna en el puerto y tomó asiento en una de las últimas mesas. La gente que allí había era todo menos recomendable: bandidos, piratas y comerciantes sin escrúpulos; desertores de la Cruzada, *faidits* y extranjeros de Oriente. El que lo regentaba tampoco parecía de fiar. Dicen que hay pocos posaderos honrados, y aquel de manos grandes y risa fácil parecía confirmarlo. Pidió una buena jarra de vino para pasar desapercibido. Una mujer delgada, y de pechos abundantes que pedían salir de su escote, le sirvió sin regalarle ni un gesto amable. Bebió un poco para pasar el rato y, a pesar de sus reticencias, encontró el vino agradable. Sabía que su contacto tenía una cicatriz en el rostro, poco más. Confiaba en que aquello sería suficiente, y lo fue. Porque cuando se quiso dar cuenta, un hombre de mirada curtida y un recuerdo de una espada en su mejilla se sentó frente a él.

—¿Has traído las monedas?

—Sí. —Juan de Atarés abrió su túnica y dejó ver una bolsa pequeña que colgaba de su ceñidor.

—¿A qué esperas? Dámela.

—Debo asegurarme que cumpliréis vuestra parte.

—Nuestro amigo común sabe que nunca le he fallado.

—Ya me lo ha dicho, al parecer eres muy leal a quien te paga bien. —Juan cerró su túnica—. Sin embargo, yo no me fío de nadie. Menos de alguien que se mueve por unas monedas. Siempre habrá algún postor mejor que puede ofrecerte más.

—Difícil dar más que Arnaldo. —Y cogió la jarra de vino y bebió directamente de ella.

—Estamos en Narbona, he oído que es una ciudad rica y su arzobispo posee una inmensa fortuna. ¿Cómo puedo estar seguro de que no os ha comprado?

—No me hagas reír, ¿de dónde has salido tú? Eres del otro lado de los Pirineos; aragonés, ¿verdad? Y Arnaldo se fía de vos, yo no lo haría. —Sonó como una sutil amenaza.

—Soy navarro.

—Mientes. Más vale que no me la juegues. No ha nacido hombre que pueda engañarme.

—Quizás seas tú quien me quiera engañar. —Juan de Atarés no se amedrentaba fácilmente—. Yo soy fiel al legado, pero ¿y vos? Seguro que el dinero os tienta demasiado.

El mercenario esperó unos instantes antes de responder, como si estuviera masticando las palabras antes de escupirlas.

—Berenguer es un hombre complicado. Es el hijo del último conde independiente de Barcelona, antes de la unión con el Reino de Aragón. Quizá sea el señor más acaudalado de Occidente, de todos es sabido cómo le gustan las joyas, el oro y la plata. A pesar de ser arzobispo aquí, no ha dudado en continuar siendo también abad de un castillo-monasterio en Huesca, Montearagón creo que se llama. Dicen que es un cenobio muy rico y que Berenguer viaja de vez en cuando hasta allí a cobrar sus diezmos y alguna otra cosa más.

—¿El qué?

—El arzobispo es un hombre y tiene sus necesidades, parece que por aquellos dominios todavía practica el derecho de pernada.

Juan de Atarés no se sorprendió.

—Como ya te he dicho, si bien el arzobispo sucumbe al pecado de la avaricia, tiene sus propios métodos y yo no entro en ellos.

—Es un bastardo —respondió Juan de Atarés con desprecio.

—Sí, aunque es mejor que nunca se lo digas a la cara. Es un bastardo reconocido. El rey Ramiro II de Aragón salió de su celibato, pues era monje, para engendrar una hija y así salvar al Reino de Aragón del caos en el que lo había puesto el testamento de su hermano, Alfonso el Batallador, quien había tenido la brillante idea de dejar el reino a las órdenes militares de Jerusalén. Tuvo una hija, Petronila, a la que entregó en matrimonio al conde de Barcelona. Si tenían un hijo varón, el niño heredaría el Reino de Aragón y el condado de Barcelona.

—Y así fue, nació Alfonso II —continuó Juan de Atarés—, padre del rey actual.

—Sí, pero si no hubiera nacido, ¿quién habría sido conde de Barcelona?

—El arzobispo Berenguer —respondió el navarro dubitativo.

—Así es.

—Dios juega a los dados con nuestro destino. —Y Juan de Atarés bebió del vaso de vino.

—Extraña frase para un monje —murmuró el hombre de la cicatriz con aire de reproche.

—Vivimos tiempos difíciles.

—Siempre lo son.

—¿Y quién fue la madre de Berenguer?

—Una dama de la Provenza, dicen que increíblemente hermosa. El conde de Barcelona no podía esperar a que Petronila creciera, así que se desfogó con ella —contestó el hombre de la cicatriz antes de volver a beber de la jarra.

Los dos rieron. Acto seguido Juan sacó la bolsa de monedas y fue a entregársela a su compañero por debajo de la mesa.

—Arnaldo presionará para que la Cruzada llegue a Tolosa —susurró el navarro precavido y atento a que nadie le escuchara.

—Debe hacerlo, de lo contrario el rey se enfurecerá.

—Dudo que haya ningún problema para que Montfort pise tierras tolosanas. —Y retiró la bolsa antes de que el mercenario la pudiera coger.

—¿Qué haces? No juegues conmigo.

—Tengo que asegurarme de que, efectivamente, tu información es buena.

—Está todo arreglado, lo que tiene que tener claro Arnaldo es que no basta con que Montfort llegue —advirtió el hombre de la cicatriz—, Tolosa debe sentirse rodeada, aislada y desesperada. Así me lo hizo saber el enviado del rey.

—Arnaldo tiene tantos deseos de acabar con el conde como el monarca de Aragón.

—Está bien, entregaré el mensaje —confirmó el mercenario.

—Aseguraos que los aragoneses y catalanes cumplen su parte y lo aúpan al trono arzobispal.

—Nada me interesa más, créeme. —Y soltó una carcajada—. Un arzobispo rico paga mejor que un legado papal.

—En eso tienes razón. —Y volvieron a reír mientras bebían.

—Hay algo más. —El mercenario volvió a un tono más serio.

—¿El qué? No me gustan las sorpresas —advirtió el monje, alerta por la situación.

—Es otro asunto en el que trabajo para Arnaldo. —El mercenario miró a su alrededor, mostrándose incluso más precavido que antes—. Cuando vuelvas a verle, dile que Berenguer no tiene el libro.

—¿Libro? ¿Qué libro? —inquirió el navarro sorprendido.

—Él sabe de lo que hablo, a ti no te hace falta conocer más. —Y ambos dieron otro trago de vino—. Eso sí, dile que el arzobispo también lo está buscando, por lo que tiene competencia.

—¿No vas a decirme nada más?

—Si sigo con vida es por desconfiado, no por hablador —advirtió el hombre de la cicatriz a la vez que llenaba de nuevo el vaso de Juan de Atarés.

—Yo también tengo algo más que comunicarte.

—¿Y a qué esperas?

—El legado me dijo que había noticias de Foix, que era posible que estuviese allí, en la casa de un perfecto.

—¿En Foix?

—Eso dijo.

—¿El libro puede estar allí?

Juan de Atarés sonrió al escuchar esas palabras.

—Me pidió que te recordara que debes conseguirlo intacto, sin daño alguno.

—Muy bien, en ese caso debo marcharme ya. Con razón el arzobispo no sabía dónde estaba. ¡Foix! Eso lo complica todo, habrá que actuar con rapidez y discreción. Hay que averiguar dónde lo esconden.

—Os deseo suerte.

—Termínate antes el vino conmigo. —Y levantó la jarra a la vez que arqueaba las cejas—. No es tan bueno como el de misa, pero calienta el estómago.

—Tengo que irme.

—Vamos, es solo un vaso, que no se diga que los navarros no sabéis beber.

Juan de Atarés alzó el vaso y bebió todo el líquido de un trago, ante la cara de satisfacción de su compañero. A continuación, cogió la bolsa que colgaba de su ceñidor y se la entregó. El hombre de la cicatriz la palpó y sonrió.

—Me voy, quiero estar de vuelta en Carcasona lo antes posible. —El navarro se levantó con cierta dificultad por todo el alcohol consumido.

—Quizás nos volvamos a ver.

—Quizás.

Juan de Atarés dejó la mesa y salió de la taberna. Al fin sabía en qué consistía el secretismo de Arnaldo: un libro.

—¿De qué trataría para que el legado lo ocultara y le diera tanta importancia? —murmuró mientras avanzaba por las calles de Narbona—. Y el arzobispo también lo quiere.

Juan de Atarés intuía que había dado con la clave del peligro de los cátaros: un libro.

El vino había calentado su cuerpo y sentía un gran ardor, especialmente en su entrepierna. Hacía tiempo que no yacía con mujer alguna y el deseo le ardía por dentro. Recordó de nuevo los senos de la tabernera y la excitación no hizo sino crecer. En Narbona nadie lo conocía, vestía como un vulgar comerciante. Ya eran muchos días sin desahogarse, así que merecía una buena hembra, fogosa y chillona si fuera posible. Decidió ir en busca de un burdel —seguro que cerca del puerto había alguno—, por lo que caminó hacia allí.

Era una noche cálida, el verano parecía querer empezar con ganas. La brisa suave del mar y el ruido de las gaviotas ponían música a las calles de Narbona. Juan de Atarés caminaba contento por la misión cumplida y ansioso por encontrar una mujer con la que aliviarse. Quizás por ambos motivos se mostraba menos atento que de costumbre y no acertó a prevenir lo que iba a suceder a continuación.

Un objeto contundente fue a golpearlo directamente en la nuca. Juan lo intuyó por el silbido que produjo al cortar el aire, aunque ya era demasiado tarde. Había bajado la guardia y solo pudo reaccionar para colocar su antebrazo a modo de escudo. El golpe fue potente, haciéndole caer de inmediato al suelo y dejándole su brazo dolorido e incapaz de volverlo a mover. Rodó por el firme empedrado para evitar un nuevo ataque e intentó levantarse, pero el asaltante volvió a la carga y lo golpeó nuevamente, esta vez en la boca del estómago.

En la oscuridad de la noche no podía verlo, vestía todo de negro, con un manto de corte circular, con un agujero centrado y una capucha cosida en pico cónico. Solo sus ojos brillaban como estrellas fugaces. El siguiente impacto fue contra su rodilla

derecha. Por suerte no rompió ningún hueso, pero sí le impidió poder levantarse del suelo. Entonces, el asaltante permaneció de pie frente a él, desafiante.

—¿Qué quieres? —preguntó dolorido Juan de Atarés—. ¡No tengo dinero!

—No hay nada que puedas darme que me satisfaga, excepto tu vida —sentenció el asaltante ante la cara de estupor del navarro—, que te quitaré lentamente, para que sufras.

A continuación, dejó en el suelo el largo palo que había utilizado para reducirlo y sacó un cuchillo de un palmo de filo. Miró a su víctima con la cabeza torcida. Se inclinó y le cogió la mano derecha, la fijó contra el empedrado y sin dudarle le seccionó el dedo anular. Un grito, duro y veraz como la noche, recorrió las calles de Narbona.

—¡Estás loco! ¿Por qué me haces esto? —espetó dolorido y ensangrentado el navarro.

—¿De verdad no lo sabes? Te creía más perspicaz. —Y el asaltante cogió la falange y se la tiró a la cara.

—No puede ser. —Los ojos del navarro se abrieron como lunas—. ¡Maldito seas!

—¿Creías que me iba a marchar sin más? Llevo años sirviendo a Arnaldo y conozco sus contactos. Pierre, el de la cicatriz, es su predilecto. Sabía que tarde o temprano vendrías. En Carcasona estaba a tu merced, sin embargo aquí no tienes quien te ayude.

—Ese maldito desfigurado me ha traicionado.

—¿Y qué esperabas? Él sirve al legado papal, pero nada tiene contigo. Me prometió que una vez que le pagaras y entregaras el mensaje serías mío. Que me lo pondría fácil y te haría beber en la taberna para que fuera sencillo atacarte.

—Lo mataré —murmuró Juan de Atarés mordiéndose los dientes.

—No lo creo, seré yo quien te mate en esta bonita noche.

—Para asesinar a un hombre no basta con desearlo, hay que hacerlo.

—¿Insinúas que no me atreveré? —Hugo de Valence sonrió, disfrutando con su resarcimiento—. ¿Qué clase de tontería es esa? Desde que me fui de Carcasona he soñado con este día, solo la venganza puede dar la paz a mi espíritu. Ahora verás de lo que soy capaz.

Juan de Atarés lo estaba esperando y giró su pierna para zancadillear el avance de Hugo, que no aguardaba la reacción y perdió el equilibrio. Frenó la caída con sus manos, a costa de perder el cuchillo, que rodó a unos palmos de él. Juan tomó impulso desde el suelo y le golpeó en el pómulo con toda la fuerza que pudo imprimir a su brazo izquierdo. Hugo recibió por sorpresa el puñetazo y quedó aturdido. Su boca se llenó de espuma roja.

Cuando se quiso incorporar, el navarro ya se había adelantado y sujetaba en una mano el cuchillo, la otra seguía ensangrentada por la falange mutilada.

—No gano nada matándote, infeliz. Quiero perdonarte la vida.

—Mientes. —Y Hugo escupió sangre.

—Si me respondes a una simple pregunta, te dejaré marchar. —Juan de Atarés acercó el filo del arma al cuello de su adversario—. Ese libro que preocupa al legado, ¿de qué texto se trata?

Hugo de Valence soltó una carcajada.

—¿Por qué ríes? Dime qué libro es y vivirás.

—Prefiero morir.

—Piénsalo bien, hoy me siento generoso y podría cumplir ese deseo tuyo. —Hizo resbalar el filo por el pescuezo de Hugo de Valence, haciéndole un corte alargado por donde empezó a sangrar—. No tienes por qué morir hoy aquí, dime qué libro busca el legado papal y te dejaré marchar, te lo juro.

—Nada me avergonzaría más que recibir tu compasión. No hablaré, tendrás que matarme.

—Que así sea.

Hugo se vio frente al arcángel san Miguel y solo deseo que en la balanza donde se posaría su alma, pesaran más sus virtudes que sus pecados, y que no se viese condenado al fuego eterno. Al fin y al cabo, él había servido a Dios toda su vida, había sido un buen cisterciense, fiel a la regla. Hasta que llegó Juan de Atarés a Carcasona no había cometido pecado alguno. Su enemigo sí que se consumiría en el infierno, él no.

Él se salvaría. Por eso no sintió dolor cuando Juan le degolló como a un cerdo.

**Castillo Rojo, 29 de junio de 1210**

Isabel y Batiste descansaron en los establos y después recorrieron las murallas del castillo. La fortaleza estaba rodeada por precipicios y contaba con un único acceso, el cual no era abordable para un numeroso ejército, solo una columna de soldados podía entrar a través de él. Además, contaba con estratégicas defensas que lo protegían y que tranquilizaron a los dos habitantes de Foix, temerosos de sufrir un ataque de los cruzados mientras estuvieran allí. Aquella parecía realmente una plaza inexpugnable.

Más tarde, el capitán de la guardia los condujo hasta la torre del homenaje, situada en el flanco mejor defendido de todo el conjunto. La construcción se elevaba a gran altura, tenía al menos seis pisos y estaba rematada por un cadalso, una especie de anillo de madera, que rodeaba toda la parte superior y sobresalía del muro, suspendido en el aire para poder defender mejor la vertical de la torre en caso de asalto.

Desde la llegada del señor de Cabaret el movimiento en la fortaleza no había cesado, era obvio que se preparaban para lo inevitable: los cruzados pronto asediarían el Castillo Rojo.

—¿Sabéis manejar una espada o solo os vestís así por gusto? —preguntó Vincent.

—Quizás queráis comprobarlo. —Isabel echó mano a la empuñadura.

—No, no. Gracias, me fío de vuestra palabra —contestó el capitán de la guardia con una carcajada.

—Yo en cambio no me fío de ningún hombre —murmuró Isabel al llegar a una puerta de madera donde Vincent llamó dos veces.

—¿Todas las mujeres de Foix son como vos? —susurró el capitán de la guardia mientras los invitaba a pasar.

—Eso tendréis que averiguarlo por vuestros propios medios —respondió Isabel mientras entraba en la sala.

—Ella debe ir sola —advirtió Vincent a Batiste—. Son órdenes.

—Está bien, espérame en el patio de armas —dijo Isabel con una media sonrisa.

—Como digáis. —El arquero se mostró poco convencido, pero aceptó la orden.

Caminó hacia el centro de la sala mientras la puerta se cerraba tras de ella. Sentada de espaldas, en un sillón bordado con hilo de oro había una mujer vestida con una preciosa saya de mangas perdidas, que era como se llamaban aquellas en las que el arranque estaba en los hombros, quedando las mangas como simples adornos de tela. A Isabel le sorprendió que aunque se solían llevar anudadas o enrolladas en torno al brazo, aquella dama las llevaba libremente colgando. Era una prenda usada por mujeres jóvenes, incluso por danzarinas, por lo que extrañaba verla en una dama de la alta nobleza.

La mujer se volvió en silencio, mostrando un rostro hermoso, con unos labios gruesos y carnosos. Unos ojos grandes, en cuyas pupilas brillaban destellos, como si las estrellas de la noche se escondieran en ellos durante el día. Una nariz elegante y perfilada, y unos pómulos suaves y ligeramente sonrojados. El pelo dorado, suelto y brillante, peinado hacia un lado.

—Así que vos sois la sobrina de Roger de Foix.

—Me llamo Isabel.

—Menos mal que me lo habéis dicho, porque es difícil adivinar que sois una mujer con esas ropas.

—Es más seguro vestir como un caballero mientras viajo, además de más cómodo.

—¿Desde cuándo lo importante para una dama es vestir cómoda? —recriminó mientras la observaba con desprecio—. ¿Cómo está vuestra tía Esclaramunda?

—Os manda saludos, se encuentra preocupada por el avance de la Cruzada.

—Pues yo la veo muy tranquila en Foix, lejos de cualquier peligro y con el rey de Aragón guardándole la espalda. —La Loba no se levantó—. No vi a vuestro tío acudir a Béziers a defender a todos los que allí murieron quemados, ni a Carcasona a rescatar al señor de la casa de Trencavel.

—Nuestro condado se está armando, se ha levantado contra los cruzados y habrá guerra.

—Un poco tarde. Al principio no dudasteis en arrodillaros ante ellos —recriminó con voz dulce y sutil, como acariciando las palabras.

—Jamás hicimos tal cosa.

—Vos sabéis bien que sí. —La dama levantó suavemente su ceja derecha.

—Foix luchará —recalcó Isabel con pasión.

—Eso espero, porque si creéis que ese loco del legado papal y el normando que ha puesto como bufón al mando de los cruzados se conformaran con Béziers y Carcasona, estáis muy equivocados. Os recuerdo que ya lo han nombrado vizconde. ¡Como si tuviera derecho y poder para sustituir a la casa de Trencavel!

—Entendemos vuestro dolor. —Isabel reclinó la cabeza.

—¿Que entendéis qué? —inquirió enojada la Loba—. No entendéis nada, absolutamente nada —le reprendió en un tono agresivo, como si una fiera se hubiera despertado en su interior—. Primero serán todas las tierras de los Trencavel, luego las del conde de Tolosa, después vendrán las de Bearn, Comminges y también las vuestras. —Se incorporó mostrando su considerable altura y la esplendorosa falda de su vestido—. Estos buitres han venido para apoderarse de todo el Languedoc.

La atmósfera se volvió pesada, densa, casi sólida, faltaba el aire para respirar.

—La herejía es una excusa, quieren lo mismo que cualquier hombre: títulos y tierras. Ese Montfort y sus caballeros norteños son hijos segundones sin nada que perder. Esta es la oportunidad de su vida, y el legado papal lo sabe. Los utiliza, igual que manipula al papa y a nosotros mismos. Arnaldo Amalarico es el verdadero



causante de todo esto. ¿Quién más que él quería una razón para empezar una guerra?

—¿Insinuáis que se alegró del asesinato de Pierre de Castelnou?

—Yo no insinúo, pequeña. Solo constato hechos —respondió la Loba desafiante.

Isabel se quedó impactada con el temperamento y acusaciones de Etiennette de Pennautier, más conocida por la Loba. El origen del apodo era por todos conocido: su extraordinaria fogosidad sexual. Se decía que todos los grandes señores del Languedoc habían pasado por su cama y habían quedados prendados de sus encantos.

—La Iglesia no entiende nuestra fe, pero aun así no comprendo cómo ha recurrido a tan extrema violencia —afirmó contemporizadora Isabel.

—Eres aún muy joven. Debes saber que si hay algo que la Iglesia de Roma odia más que nuestra fe es a nosotras: a las mujeres.

—¿Cómo? ¿Por qué a nosotras?

—Sí, nos odia. No soporta que los trovadores nos canten, que los hombres sueñen con poseernos. Creen que somos pecaminosas, lascivas. Que somos la causa del pecado original que condenó a los hombres. Nuestra libertad los aterra. —Etiennette se acercó a Isabel y acarició con su mano la mejilla de la joven dama—. Sois hermosa y valiente, eso es terriblemente atractivo.

Isabel se mostró ruborizada e incómoda. Los carnosos y rojos labios de la Loba estaban tan cerca de los suyos que inspiró su fragancia. Olía a deseo.

—Estás tensa. Tienes que aprender a utilizar tu belleza. Esa será tu principal arma. —La Loba acarició el pelo de Isabel, después sus mejillas y se acercó a su oído, para que sus labios le susurraran—: El deseo es un gran poder, hace a los hombres perder la cabeza. Es el deseo, no el placer, lo que los vuelve débiles.

—Yo soy buena con la espada, no necesito seducir a nadie.

—Tonterías, el poder de una mujer no es como el del hombre. La belleza es nuestra arma y la que nos proporciona la libertad. —La Loba se colocó detrás de ella y pasó la mano por su pelo, soltándose—. No tengas miedo, el amor no es nada sucio, es un juego, un juego apasionado. Y nos da poder, un poder para controlar a los hombres.

El cabello de Isabel era largo y suave, colgaba hasta su cintura, muestra de que nunca había sido cortado. La Loba se separó de ella unos instantes y fue hasta un tocador que había junto a la pared. De él volvió con un cepillo, y empezó a pasarlo por el pelo de la joven de Foix, desenredándolo. Hacía tiempo que nadie le cepillaba el cabello y le gustó.

—No he venido aquí para esto. —Isabel dio un paso al frente y se separó de su anfitriona—. Hemos visto a los cruzados asediar Bram.

—Eso es terrible. —La Loba no cambió la expresión de su rostro—. Aunque si esperan atacar Cabaret los estaremos esperando. No se ha creado todavía un ejército que pueda tomar estos muros. Pero no creo que hayáis venido solamente para decirme eso, ¿verdad?

—Antoine, el perfecto de Foix, me envía con un mensaje.

—¡A través de ti! ¡De una mujer! Por eso vistes como un hombre. —Balanceó la cabeza negativamente—. Cualquiera escaramuza podría haber acabado con tu vida. No seas tan tonta como ellos, deja que luchen, que mueran si es que lo desean. Pero no vuelvas a exponer tu vida en una misión así. Que sean ellos los que crucen los caminos repletos de peligros, desde un castillo también se puede actuar. Entre estos muros podemos ser libres y poderosas.

—Hay maneras, además del deseo, para que una dama sea libre: la fe —afirmó firmemente Isabel—. Una mujer puede ser perfecta, podemos luchar por la salvación de nuestras almas y las de los que nos rodean. Ahora las mujeres somos libres, libres para andar por el mundo, para vivir y para expresarnos como queramos.

—Por lo que veo Antoine te ha enseñado bien.

—He venido por el libro.

—¿Cómo? —Por primera vez la Loba perdió levemente los nervios. Su cara cambió de expresión, su piel se erizó y sus pupilas se dilataron.

—Estos muros son seguros, no deberíais preocuparos.

—Entonces, ¿está aquí? No estamos convencidos de ello, pero los cruzados se acercan —prosiguió Isabel—, debemos ponerlo a salvo.

—¿Es que no has escuchado lo que te he dicho antes? —enfaticó la Loba—: no se ha creado todavía ejército que pueda tomar este castillo. Por lo tanto, no hay lugar más seguro que este en todo el Languedoc para protegerlo.

Sonó una campana, la Loba se giró alarmada y abandonó la sala sin decir palabra alguna. Isabel la siguió desconcertada. Descendió hasta el patio de armas, donde todos los soldados se movían de un lado a otro. Cuando Batiste la vio, corrió hacia ella.

—¿Qué sucede? —preguntó la noble de Foix.

—Se acerca una columna de hombres a pie. No saben quiénes son, puede ser una trampa de los cruzados —relató el arquero.

Durante unos instantes se respiró una tensa calma, el silencio, solo roto por el ruido de los pájaros, no hacía presagiar nada bueno. Entonces, alguien gritó desde la muralla.

—¡Abrid! ¡Abrid la puerta!

El capitán Vincent y el señor de Cabaret se aproximaron al acceso del castillo para recibir a los visitantes. El portón se liberó lentamente, como si no quisiera hacerlo. Tras él apareció una columna de hombres, uno detrás de otro, y todos con la mano sobre el hombro de su predecesor. Eran unos cien espectros que volvían de las tinieblas, almas en pena. Prácticamente desnudos, sucios y heridos. Su aspecto era extraño, parecían fantasmas. Los soldados del castillo empezaron a murmurar y un voz de pánico recorrió toda la fortaleza.

—¿Quiénes sois? —preguntó el capitán de la guardia.

—Me llamo Agot, somos vecinos de Bram.

—¿Qué les ha sucedido a estos hombres? —inquirió el señor de Cabaret.

—Están ciegos, mi señor —señaló Vincent— y no tienen rostro, parecen desfigurados.

—Los cruzados nos han arrancado los ojos —explicó Agot—, igual que nos han cortado la nariz y los labios. Simon de Montfort nos torturó y cegó a todos mis compañeros. A mí me dejó solo tuerto, para que pudiera guiarlos hasta aquí.

—No os preocupéis, ahora estáis a salvo. —El noble cogió a aquel hombre por los hombros—. Mis soldados cuidarán de vosotros. ¡Vincent! Que les den agua y comida; y sanen sus heridas.

Isabel y Batiste observaron asombrados el dantesco espectáculo de aquellos hombres, auténticas calaveras andantes, ciegos y mutilados, humillados y martirizados.

—¿Qué monstruo puede hacer algo tan cruel? —se preguntó en voz baja Batiste.

—El hombre —respondió la Loba que apareció detrás de ellos—. El mayor de los monstruos, creado por el demonio.

—Solo el mal es capaz de tal crueldad —apuntó la sobrina del conde de Foix.

—Es un mensaje, una advertencia y a la vez un intento de desmoralizarnos —concluyó la Loba antes de marcharse—. Venid, Isabel, tengo un regalo para vos.

La joven obedeció, sorprendida por el cambio de tercio, y acompañó a la gran dama hasta una de las salas más lujosas del castillo, con las paredes decoradas con tapices de escenas mitológicas de hombres musculosos luchando contra fieras y monstruos.

—¿Qué lugar es este? —preguntó curiosa la dama de Foix.

—Veo que te gusta. Es la sala de los tesoros, aquí guardamos todas las maravillas que llegan a través del comercio por el Mediterráneo. Venid, aquí hay algo que conociendoos, os gustará.

La Loba abrió un estuche de madera y extrajo de su interior una espada. No era un arma común, puesto que era menos larga de lo habitual y su hoja era curva.

—Una espada musulmana —identificó Isabel contrariada.

—No es solo propia de los sarracenos, se usa en todo Oriente, incluso más allá, en la India —rectificó la Loba—. Aunque su origen es Persa. Los musulmanes la adoptaron como suya —explicó la hermosa dama mientras la depositaba en las manos de la joven—. No es ostentosa ni tiene valor artístico, sin embargo está forjada en Damasco. Cuando la trajeron desde Tierra Santa nos aseguraron que perteneció a Saladino.

—¿Es eso verdad?

—No estoy segura, es posible. Dicen que cuando Ricardo Corazón de León se encontró en las Cruzadas con Saladino, el rey cristiano quiso ensalzar las virtudes de su espada recta y pesada. Y para demostrar la fuerza de su arma cortó una barra de hierro. En respuesta, Saladino tomó un cojín de seda, lo levantó con su mano y lo dejó caer sobre el filo de su espada, el cojín se partió en dos. Los cruzados no podían creer a sus ojos y sospecharon que se trataba de un truco. Saladino entonces lanzó un

velo al aire y con su arma lo desgarró. —La Loba pasó sus dedos por el filo del arma—. Los cristianos no eran capaces de comprender que aquella lámina curva, delgada y brillante fuera capaz de tal proeza. No es como nuestras espadas, posee un color azulado marcado por una hilo de líneas curvas distribuidas al azar.

»Está fundida con el mejor acero del mundo, el de Damasco. Es ligera, flexible, excepcionalmente fuerte si se la dobla; pero también lo suficientemente dura como para que su filo absorba los golpes en el combate sin romperse. Sus marcas onduladas en la superficie la hacen increíblemente afilada. —La Loba las señaló con sus dedos, en los cuales destacaban sus brillantes uñas—. Es para vos, tomadla.

—No puedo aceptarla. —Isabel dio un paso atrás.

—Claro que sí, yo diría que está hecha para vos. —La Loba se le acercó de nuevo.

Finalmente, la joven dama alargó sus brazos y la tomó entre sus manos, embriagada por su magia. La Loba sonrió.

Aquella noche fue larga en Cabaret. La llegada de los supervivientes de Bram entristeció el ambiente, como si una losa de miedo hubiera caído sobre la Montaña Negra. El pánico a que los cruzados llegaran pronto y repitieran el castigo se adueñó de las almas de los defensores.

El día siguiente amaneció con un sol brillante y lo que parecía un buen presagio se transformó en un grito de alarma que recorrió toda la fortaleza.

—¡Los cruzados! ¡A las armas!

Batiste corrió a despertar a Isabel, que había dormido en una de las alcobas del castillo. Llamó a la puerta varias veces, de forma airosa y violenta.

—Tranquilo —pidió la dama cántara entreabriendo la puerta—. Ya he oído que nos atacan. —Salió vestida con un brial, similar a una saya, pero confeccionado con ricas telas y bordados, con mangas anchas y una falda más larga, en el que destacaban unos brocados lujosos en las cenefas de los cuellos y mangas. Lo llevaba con una capa a juego de color verde.

—¿Qué haces vestida así? ¡Son los cruzados! Ya están aquí —alertó alarmado el arquero de Foix—. No puedes ir a luchar así vestida.

—Lo sé, dame unos minutos.

Cuando volvió a abrir la puerta vestía sus ropas oscuras y ceñidas, propias de un soldado, y su nueva arma.

—¿De dónde has sacado esa cosa? —inquirió el arquero entre risas—, es una cimitarra mora, ¿qué haces con esa arma de infieles?

—Ahora es mía, y cuidado con lo que dices de ella —advirtió la dama con muy mala cara.

—¡Isabel! —llamó una voz a la salida al patio de armas, era la Loba—. Quiero hablar contigo.

Batiste miró preocupado la escena. La Loba vestía una saya anaranjada de mangas amplias acampanadas desde el codo, dejando ver la camisa interior. Parecía

hecha de seda, con una cintura muy ceñida y un amplio vuelo, que cubría su calzado.

—Está bien, tranquilo. Dirígete a las murallas —dijo Isabel a su compañero—. Yo iré enseguida, lo prometo.

—Acompañadme de una vez —insistió la Loba—, no hay tiempo. Y olvidaos de acudir a luchar. Venid conmigo, no pienso permitir que la sobrina del conde de Foix caiga por el disparo de una saeta. ¿Y qué hacéis de nuevo con esos andrajos? ¿Y el vestido que os di?

—En eso tiene razón, no hay necesidad de que os esponzáis. Id con ella.

El arquero abandonó a la sobrina del conde de Foix y corrió a defender el castillo.

Los hombres de Cabaret habían formado en tres líneas defensivas. La primera, compuesta por arqueros y ballesteros, colocados sobre las murallas y torres de la fortaleza. Se podía ver como tensaban las ballestas y como subían cestos llenos de flechas. La segunda estaba nutrida de arqueros dotados de alargados arcos curvos, situados a nivel del suelo, cerca de la base de la muralla. La última, formada por piqueros y caballeros a pie, se situaba en la puerta y en zonas intermedias desde donde poder desplazarse a posibles brechas en la muralla.

—¡Tú! ¡Coge tu espada y ve al portón! —ordenó el capitán de la guardia a Batiste.

—Yo soy arquero.

Vincent miró de arriba a abajo al corpulento hombre de Foix, deteniéndose en sus abultados bíceps, en sus grandes manos y sus alargadas piernas, que le proporcionaban una altura considerable.

—¿Tú eres arquero? Si podrías derribar a un hombre solo con tus manos.

—Y con mi arco puedo acabar con una docena.

—Ja, ja —rió el capitán de Cabaret—. Está bien, eso habrá que verlo. Sube a las almenas de la barbacana. Veremos si eres tan bueno como dices.

Vincent dispuso a todos los defensores para resistir el asalto. Desenvainó su espada, con una empuñadura de bronce decorada con la figura de un lobo y ranuras visibles a lo largo de todo el filo. Desde el ventanal de la torre del homenaje, Etiennette e Isabel observaban el avance cruzado y como los defensores del castillo cubrían todo el perímetro de la muralla.

Las primeras unidades del ejército de la Iglesia avanzaron por la ribera y tomaron posiciones en la base de la montaña sobre la que se alzaba la fortaleza. Un grupo de ballesteros trepó por la zona rocosa más al este, demasiado lejanos del castillo para ser un peligro. Por otro lado, no dejaban de ser una amenaza psicológica, que mostraba a los sitiados que estaban completamente rodeados. Mucho más a tener en cuenta eran los cruzados posicionados en la colina frente a Cabaret, a mayor altura. Aunque también la fortaleza estaba fuera del alcance de sus posibles proyectiles. No obstante, su mera presencia en esa cima causaba intranquilidad y les servía como observatorio de los movimientos de los sitiados.

Isabel se percató entonces de que Etiennette ya no estaba a su lado. La buscó por

la sala y la encontró en el otro extremo.

—No me gusta ver morir a la gente —confesó la Loba—, debemos rezar.

Las dos damas se arrodillaron.

—Buenos cristianos, dadnos la bendición de Dios y la vuestra —empezó Etiennette—, rogad a Dios por nosotros, para que nos proteja de una mala muerte y nos conduzca a un buen fin, entre las manos de fieles cristianos.

—Recibid la bendición de Dios y la mía. Que Dios os bendiga, arranque vuestra alma a la mala muerte y os conduzca a un buen final —continuó Isabel.

Los cruzados tomaron posiciones y permanecieron expectantes en ellas, haciendo la situación de incertidumbre desesperante para los defensores.

A media mañana sonó de nuevo la campana. Los arqueros, entre ellos Batiste, corrieron a situarse de nuevo entre las almenas de la barbacana que protegía la única puerta de acceso. La mayoría iban armados con ballestas, de mayor potencia y efectividad que los arcos, y a la vez más lentas de recargar. Batiste prefería su arco de boj, que su padre le regaló al cumplir los dieciséis años. Con el paso del tiempo se había convertido en una prolongación de su brazo.

Todos estaban atentos, los cruzados podrían aparecer en cualquier momento por el desfiladero que conducía al castillo. Lo peor de esperar algo que se sabe que ocurrirá seguro, es la ansiedad de ver que no llega. El saber que no puedes distraerte ni un segundo porque si dejas un instante de estar alerta, será en ese preciso momento cuando suceda. En aquella ocasión la espera se hizo verdaderamente eterna. Los cruzados golpeaban con sus picas el suelo, y hacían chocar sus espadas contra los escudos. El ruido rebotaba entre las rocas de la Montaña Negra, inundando las desasosegadas almas de los defensores. Los cuales temían que una multitud de salvajes vestidos con una cruz blanca se dirigieran como fieras a por ellos. El ruido no dejaba de aumentar, una masa de polvo espesa como la sangre se elevaba sobre el acceso al castillo, haciendo todavía más apocalíptica la escena.

Batiste miró a su derecha; un muchacho de apenas quince años sostenía una ballesta tensada y cargada para disparar. Tenía la piel salpicada de juventud y los ojos llenos de ignorancia. Sudaba y temblaba, seguro de que cuando viera aparecer al primer cruzado se orinaría encima. Volvió la vista al frente y por fin aparecieron. Eran unos cuarenta peones, corriendo, armados con hachas. No tuvo tiempo ni para dudar, docenas de saetas acabaron con ellos. Después aparecieron muchos más: docenas, cientos, apretados por lo inhóspito del acceso. Gritando, corriendo como si eso los fuera a ayudar.

Sus cuerpos fueron amontonándose unos encima de otros. La sangre empezó a regar la tierra. Ninguno se acercaba lo suficiente. Todos eran abatidos. Batiste disparó hasta siete veces, en todas encontró un blanco fácil. Los cruzados seguían llegando en oleadas numerosas, poblando el rocoso suelo de la Montaña Negra de cientos de cuerpos inertes que regaban con sangre su tierra. Entonces una compañía apareció protegida tras un gran parapeto de madera de varios metros de largo.

—¡Ahora! —gritó Vincent desde la muralla.

Una oleada de piedras cayeron de la cima de la montaña, sepultando a los atacantes. Sin embargo, no se detuvieron. Un nuevo grupo apareció detrás de otro parapeto todavía de mayor envergadura. Batiste no lo pensó. Tensó su arco y dirigió la primera flecha hacia el pie descubierto de uno de los portadores, que cayó dolorido al suelo. La siguiente fue directa al tobillo de otro de los cruzados que portaban la estructura de madera y la tercera atravesó el cuello de un enemigo que intentaba ayudar a sus compañeros. El parapeto quedó abandonado.

No era una victoria, al menos dos centenares de asaltantes surgieron tras él y se lanzaron hacia el castillo de forma alocada.

—¡Arqueros! —gritó Vincent—. ¡Flechas!

Los cruzados avanzaban poseídos por un espíritu infernal, cada vez eran más y estaban más cerca.

—¡Tensad!

Aparecieron más enemigos con escalas y un ariete.

—¡Atención!

Ya estaban a escasos metros de las murallas que defendían el Castillo Rojo.

—¡Soltad!

Una lluvia de flechas voló sobre el cielo de la Montaña Negra, cayendo sobre ellos, estaban tan próximos que fue sencillo hacer blanco. Ya había casi un millar de cruzados caídos y muchos otros se retorcían de dolor sobre el pedregoso suelo de la Montaña Negra.

—¡Tensad! ¡Soltad!

Una nueva ráfaga, esta vez procedente de los arqueros que estaban tras los muros de Cabaret, cortó el viento y aniquiló a la mayoría de los asaltantes que habían sobrevivido a la primera descarga. Los pocos cruzados que se mantenían en pie fueron acribillados por las ballestas. El muchacho de su derecha alcanzó en el pecho a uno de ellos. Había matado a su primer hombre.

## Carcasona, mediados de julio de 1210

Juan de Atarés regresó con prontitud a Carcasona, el viaje a Narbona le había situado en un nuevo contexto y debía actuar en consecuencia. Fue directo a ver al legado papal, pero no le encontró en el palacio arzobispal. Al parecer estaba en una de las iglesias del burgo de San Miguel. Hasta allí se desplazó en solitario.

En la puerta del templo encontró a los guardias del legado, que le dejaron pasar al interior. El edificio había sido reparado tras los daños sufridos durante el ataque en septiembre del pasado año. El tejado había sido remendado, así como los desperfectos causados por las bolas de las catapultas en la torre campanario y en la portada.

Avanzó por la nave central, el voluminoso cuerpo de Arnaldo Amalarico destacaba en lo alto del altar. Engalanado con una túnica de seda roja hasta las rodillas, cubierta por una capa pluvial blanca y una cruz pectoral dorada. No se encontraba solo, le acompañaba un individuo esbelto, de una corpulencia tan lejana de la de Arnaldo que parecían antagónicos. Vestido con un hábito austero, tanto que rozaba la mendicidad, agravado por sus pies, descalzos y sucios. Sin embargo, conforme fue avanzando, comprobó que las miradas de ambos era igualmente penetrantes y poderosas.

—Dichosos sean los ojos —saludó el legado papal sin demasiada expresividad en su rostro—. Por fin volvéis. ¿Cómo os ha ido?

—Todo bien, eminencia. —Se agachó para besar su anillo—. No ha habido ningún problema.

—Me extraña tal cosa. —Le hizo un gesto con su mano para que se levantara—. Dejad que os presente a Domingo de Guzmán, encargado de la ingrata misión de predicar en el Languedoc.

—No tiene nada de ingrato —rebatió el monje con acento extranjero.

—Tampoco de útil, a tenor de los resultados.

—Necesitamos más tiempo.

—No lo tenemos, empiezo a cansarme de esperar. —Su voz grave retumbó en la nave.

—La paciencia es un árbol de raíces amargas, pero de frutos dulces.

—Domingo, vos siempre tan elocuente. —El legado papal sonrió.

—Ahora que he vuelto, ¿tenéis alguna orden urgente que darme?

—No, podéis volver a vuestra rutina diaria. Yo regresaré al palacio arzobispal tras tratar unos asuntos con Domingo.

—Como ordenéis. —Hizo una leve inclinación y caminó hacia la puerta.

Cuando estaba cerca de ella empezó a oír el murmullo de la voz del legado. Se



detuvo y giró antes de llegar a la salida. Se ocultó entre las sombras de las columnas que sujetaban los arcos fajones de la bóveda de cañón y, con sigilo, retrocedió de nuevo hasta cerca del altar.

—Nunca un libro ha ganado una batalla, son las espadas las que tiñen de rojo los campos de batalla. —Arnaldo se movía inquieto frente a la figura impassible del monje—. Sin embargo, he de reconocer que este es diferente.

—Eminencia, es posible que una espada pueda matar a un hombre, o a dos, hasta a diez si queréis. Pero las ideas de un único libro son capaces de alcanzar miles y miles de almas.

—Eso es una barbaridad, no existe un libro tan poderoso.

—Os equivocáis, ya hay uno así.

—¿De qué estáis hablando, Domingo? ¿Cuál?

—La Biblia —contestó sin inmutarse el monje.

—Las Santas Escrituras son la palabra de Dios, ¿cómo osáis compararla?

—Porque ellos utilizan la misma palabra de Dios pero corrompida, así engañan a los hombres y los desvían del camino correcto.

—¡Eso es terrible!

—Y hay más —advirtió Domingo que seguía de pie, inmóvil; mientras el legado papal se movía a su alrededor, frotándose las manos y respirando con dificultad—. Imaginaos qué sucedería si ese libro se copiase, si todas las casas cátaras pudieran tener esa falsa biblia. Que cualquiera estuviera en disposición de leer libremente la palabra de Dios manipulada, corrompida y blasfemada.

—Eso es imposible, vos sabéis el enorme coste de que un escribano copie un libro.

—Tienen dinero, ¿acaso no habéis visto las riquezas del Languedoc? Sus ciudades, su comercio, sus minas... ¿Y si han empezado ya? ¿Y si el libro está siendo copiado en secreto?

—¡No! ¡No! —Arnaldo miró al Cristo crucificado que presidía la iglesia y juntó las manos en posición orante—. Limpiaremos esta tierra de herejes, de todos ellos, ¡es la única solución! La espada acabará con ellos. —Se santiguó delante de la cruz.

—La espada es poderosa, sí. Somete a pueblos y vasallos, pero cuando esta se marcha, su efecto desaparece. En cambio, las ideas, la fe, penetran en el corazón de los hombres y los cambian para siempre. No debemos subestimar el poder de las palabras.

—Ya estás de nuevo con tus predicaciones, nada has conseguido así.

—El clero no estaba preparado, necesito unos religiosos mejor instruidos, según la regla de san Benito, que tengan habilidades para predicar en las ciudades y que...

—Espera, espera. —Arnaldo se acercó al monje—. ¿Estás insinuando que pretendes crear una orden nueva? Es eso, ¿verdad? Quieres fundar una orden monástica.

Domingo de Guzmán no respondió.

—Limítate a combatir la herejía y buscar ese maldito libro. No te excedas en tu cometido.

—Si tuviéramos un clero competente, podría interrogar a los habitantes de cada diócesis, descubrir a los que se han desviado de la Iglesia y lograr que fueran juzgados por los obispos. Para buscar el libro, hay que identificar a los perfectos, lo cual es difícil porque cuentan con la protección del pueblo y la nobleza. Debemos pensar en utilizar tribunales eclesiásticos, conseguir que los cátaros sean delatados por sus semejantes.

—Es una idea interesante, un tribunal inquisitorial en las diferentes diócesis y que dependiera directamente de los obispos. —Arnaldo Amalarico juntó las manos a la altura de sus labios—. Podría funcionar.

## Castillo Rojo, julio de 1210

El asedio se mantenía en Cabaret. Los cruzados lanzaban escaramuzas diarias, más con la intención de poner nerviosos a los sitiados que con verdaderas ansias de asaltar el castillo. No obstante, había que estar alerta. La historia se halla llena de fortalezas conquistadas por fatales errores: portones mal defendidos, guardias dormidos, traidores, incendios o sobornos. La toma de Béziers estaba todavía fresca en la mente de todos.

Aquel día la Loba llevaba una saya larga de color escarlata cubriendo hasta los pies, solo las mujeres más humildes la llevaban más corta. Era de lino, con brocados decorados con motivos geométricos y con ricos bordados en bandas en el borde de la falda y las mangas. Ajustaba al talle mediante un cinturón, la vestía con una capa larga a juego y una guirnalda coloreada que le rodea la cabeza sujetando el cabello, aderezada con lo que parecían pequeñas piedras preciosas. Era poco usual que la usara, puesto que se trataba de una prenda propia de las doncellas y se identificaba con un símbolo de castidad y virtud.

La gran dama recorría la estancia de la torre del homenaje pensativa. Isabel entró en ella, la señora de Cabaret la miró y sonrió. Para alegría de su anfitriona, llevaba una saya roja de mangas anchas. En la cabeza portaba una impla, una toca muy sencilla de color blanco, a modo de velo rectangular, abierta, cayendo sobre los hombros y dejando descubierto el cuello.

—Me alegra que vistáis como lo que sois —comentó la Loba con regocijo.

—Es lo que deseabais, de lo contrario no hubierais dejado estas ropas en mi habitación.

—Os quedan estupendamente, la belleza no debe ser ocultada, es un grave error.

—No es lo que más me preocupa ahora, lo he hecho porque sabía que os agradaría y ya que estoy en vuestro castillo, os debo respeto —explicó serena Isabel—. Lo que verdaderamente me preocupa es el asedio.

—Nadie ha conquistado antes el Castillo Rojo y nadie lo hará nunca —musitó la Loba.

—No es conveniente confiarse.

—Menos recomendable es tener la osadía de venir aquí para llevaros lo que no os pertenece.

—Tampoco es vuestro, os recuerdo que nadie tiene la supremacía de la fe —respondió Isabel enojada—. No somos Roma, aquí todos somos iguales.

La Loba calló.

Al día siguiente, finalmente sucedió lo inevitable. Los cruzados se percataron de la imposibilidad de tomar Cabaret y levantaron el sitio. La alegría inundó todos los

rincones del Castillo Rojo. Los soldados lanzaban vítores desde la murallas, la población salió de sus refugios y el señor de Cabaret ordenó encender una hoguera en lo alto de la torre del homenaje, para que los cruzados vieran claramente al partir lo que no habían podido conquistar. Fiel a su legendaria fama, Cabaret seguía siendo inexpugnable.

Batiste corrió presto al encuentro de Isabel. Por mucho que lo intentó, no encontró a la joven dama de Foix en ninguna de las habitaciones. Insistió en el patio de armas y en las caballerizas, en el pozo de agua y hasta en las murallas más al norte. Parecía como si se hubiera ido con los cruzados. Hasta que vio dos sombras asomadas a la ventana más alta de la torre del homenaje y maldijo a una de ellas.

—Se retiran —anunció la Loba.

—Así es —confirmó Isabel, que no podía ocultar su alegría.

La joven de Foix llevaba una saya con una sola abertura encordada en el costado. Sin mangas, de manera que estilizaba su figura. Las aberturas permitían ver los ricos bordados de la camisa interior.

—Lo he estado pensando y teníais razón, el libro no estaría seguro entre los muros de este castillo —la Loba sonrió.

Se alejó del ventanal y caminó hasta un pequeño rincón de la sala acondicionado con un banco de madera donde Isabel la había visto orar en alguna ocasión. La dama de Foix la siguió a varios pasos de distancia. La señora del castillo se arrodilló con cuidado, empujó el banco y levantó una tela que protegía el suelo. A continuación, abrió un pequeño portón de madera y sacó un cofre dorado. Lo cogió y caminó hacia el otro lado de la sala.

—¿Es...?

—No —se anticipó la Loba—, siento desilusionarte: el libro que buscas no se halla en Cabaret.

—¡No está aquí! ¿Por qué no me lo habéis dicho antes? —inquirió enojada la dama de Foix—. ¡Me habéis engañado todo este tiempo!

—Jamás afirmé que el Libro de los dos principios estuviera bajo mi protección.

—Lo insinuasteis, no hiciste nada para negarlo.

—No dije que lo tuviera, fueron tan solo conjeturas vuestras.

—¡Habéis jugado conmigo! ¡Os has burlado de mí!

—Os he enseñado cosas que os serán útiles en el futuro y he conseguido que abandonéis esa locura de querer ser como un hombre. Sois una mujer del Languedoc, hermosa e inteligente, ¿por qué motivo ibais a querer ser un varón? Ellos son seres inferiores, nosotras somos más fuertes y astutas. Era una completa vergüenza que aparentarais ser uno de ellos.

—No lo entendéis, yo no quiero ser un hombre. Quiero tener los mismos derechos que ellos, pero estoy orgullosa de ser una mujer.

—Escuchadme, esto también es importante —afirmó la señora de Cabaret.

Llevó el cofre hasta la mesa junto a la chimenea donde el fuego se esforzaba por

encontrar un hueco por donde escapar. Era circular, sobre ella había varios documentos y un jarrón azulado. Depositó el cofre, llevó las manos hasta su cuello para coger un colgante de forma circular. Lo desabrochó y lo introdujo en el cierre de la caja de madera. Este se abrió como un resorte, la Loba extrajo de su interior un objeto pequeño, difícil de distinguir. Se volvió hacia Isabel y la miró sin expresar ningún tipo de sentimiento, como si no tuviera alma.

—¿Una cruz? —Isabel observó con sorpresa lo que la Loba le entregaba—. Una cruz patada con círculos en las tres esquinas de cada pata. Nosotros no creemos en símbolos, son supersticiones —le recriminó Isabel—; y menos en un símbolo de tortura donde murió Cristo.

—Os equivocas, Isabel. Nosotros renunciamos a la idolatría, sin embargo esta cruz tiene una asociación con el mundo solar y con los doce símbolos del horóscopo. No es una cruz católica —afirmó la dama en un tono casi sacerdotal—. La Iglesia que ahora desprecia los símbolos de las estrellas, hubo un tiempo no tan lejano en el cual los admiraba. Nosotros seguimos fieles a la verdadera fe. Esta cruz no es idolatría, simboliza el cosmos y te será de gran ayuda llegado el momento.

—No os entiendo y no sé qué pretendéis que haga con ella. Además, si tan valiosa es ¿por qué me la dais? Los cruzados no han podido tomar Cabaret. No han tenido más alternativa que levantar el sitio, por lo que no hay mejor lugar que este para ocultarla.

—Sois aún joven, y por tanto, impulsiva e inexperta. Solo os dais cuenta de lo evidente, no de lo trascendental. No sois capaz de ver lo que sucederá —advirtió la Loba—; si los cruzados se marchan no es porque piensen que son incapaces de tomar la fortaleza. Más bien es porque tienen un plan mejor para hacerlo que un asalto frontal. Estaría más tranquila si siguieran asediándonos. Lo que me aterra es que no lo hagan. Se van para volver.

—Eso que decís es demasiado enrevesado, no podéis asegurarlo —recriminó la dama de Foix mientras no dejaba de mirar la cruz patada.

—Después de ver lo que les hicieron a los pobres mutilados de Bram empecé a sospechar. —La Loba se asomó de nuevo al ventanal de la torre—. Ese no es un ejército de Dios, sino del diablo. Lo ha enviado para acabar con todos nosotros, con nuestra fe. Se ha dado cuenta de que podemos vencerlo, que hemos descubierto sus engaños y por ello nos teme. Ya no nos hallamos seguros en ningún sitio. Encontrarán la forma de entrar o peor aún, de que nosotros mismos les abramos las puertas. —La Loba se volvió hacia la dama de Foix—. Yo creo en vos y confío en que nos salvéis.

—¿Yo? —Isabel no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Lo he visto claro, vos sois nuestra esperanza, vos podéis salvar nuestra fe. Pero para ello no debéis subestimar el poder de tu naturaleza. Recordad que cada uno es dueño de su propio destino. Hay mujeres para las que nada está escrito, sino que son ellas mismas las que lo escriben, vos sois una de ellas.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Isabel más sumisa a los deseos de su

anfitriona.

—Lo que habíais venido a hacer: llevaros un tesoro a un lugar más seguro —afirmó la Loba con tristeza—. Ahora es el mejor momento. Coged vuestro caballo y huid con lo que os he entregado, los cruzados no tardarán en volver.

—Yo vine a por el libro.

—Y sin embargo os vais a ir con la cruz —contestó La Loba de forma sepulcral—. Isabel, coged lo que se os es dado y huid.

—¿Y el libro? —insistió la dama de Foix—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Si hubieran logrado sacarlo de Carcasona, debería haber venido aquí. Es lo más lógico —se detuvo un instante—; o quizás a otro lugar tan protegido como este: Minerve.

—¿Podría estar allí?

—Quién sabe, puede ser. No perdáis más tiempo —insistió mientras la acompañaba a la puerta—. Ordenaré que os escolten hasta el valle de Minervois.

—Está bien, aunque no entiendo vuestra actitud.

—Solo a Antoine se le hubiera ocurrido poner el futuro de nuestra fe en las manos de una mujer —dijo sonriendo la Loba—. Isabel, esta cruz es más importante que nuestras vidas. Debemos protegerla a toda costa.

—¿Cómo sé que decís la verdad? No entiendo cuál puede ser su trascendencia.

—He pensado en lo que dijisteis antes. Efectivamente no somos Roma. Nadie tiene la supremacía de absolutamente nada en nuestra fe. Os pido que confiéis en mí. —La Loba miró fijamente las pupilas bicolor de Isabel—. Quizás no fue lo más correcto enviar a una mujer hasta aquí. Sin embargo, yo estaba equivocada, me dejé engañar por vuestro cuerpo, por vuestra prisión de carne. No supe ver lo que realmente es esencial. Nuestra apariencia es insignificante, la luz del interior es lo que realmente importa, el destello que permanece de nuestro origen puro. —La Loba se aproximó y acarició levemente un mechón de pelo de la joven de Foix—. Vuestra luz es más potente y brillante de lo habitual, más intensa. Por eso os he dado la cruz, por favor, protegedla. Y ahora marchaos.

—De acuerdo. —Isabel no tenía palabras, la Loba la había embriagado con su dulzura.

—Rápido, partid cuanto antes.

—Gracias, mi señora.

—No me las deis, no sabéis lo que os espera a partir de ahora.

Una hora después, media docena de jinetes esperaban a Isabel y Batiste a las puertas del Castillo Rojo. La joven de Foix había abandonado los lujosos vestidos de su anfitriona y vestía una saya marrón, con una cota de malla y sobre ella una sobrecota de color negro, con el cuello abierto y aberturas en los dos costados y ajustada a la cintura mediante un cinturón, del cual colgaba una espada con la hoja curva.

Antes de partir, la joven de Foix miró a lo alto de la torre del homenaje, donde la

Loba la observaba bajo una almalafa, un velo mayor que le cubría tanto la cabeza como los hombros. Levantó la mano e hizo un gesto de despedida.

—Hasta pronto, arquero. —Vincent dio la orden de levantar el portón—. Es una lástima no poder contar con vuestro arco en el futuro.

—Capitán, ha sido un placer luchar con vos —respondió Batiste.

—Tened cuidado, los cruzados habrán dejado patrullas de vigilancia.

—Lo tendremos —respondió Isabel—, ¡vamos! Partamos de inmediato.

La compañía salió de Cabaret rumbo al este.

## Foix, 14 de julio de 1210

Cuando Antoine y el resto de los buenos hombres se despertaron aquella mañana, Guillermo de Almazán había abandonado ya la casa. Para muchos fue como un extraño sueño, el castellano llegó haciendo ruido y se marchó sin decir nada. Algunos ni recordaban su rostro. Solo el aragonés parecía diferente, lo cual no pasó desapercibido para el perfecto cátar.

—¿Martín, te ocurre algo? Tienes mala cara.

—No —respondió con el ceño fruncido—, tan solo he dormido mal. La tormenta me ha despertado varias veces esta noche.

—Entiendo —murmuró Antoine mientras sorbía parte de la sopa de puerros—. ¿No has visto marcharse al viajero?

—¿A Guillermo? —Martín se percató de que no había sido demasiado inteligente recordar su nombre tan fácilmente—. No, esta mañana tenía tanto sueño que no me he dado cuenta de que nos había dejado.

—Sin embargo, estuviste con él fuera de la casa.

Aquellas palabras cayeron como una pesada losa sobre Martín. No podía mentir al perfecto, si le descubría, perdería la confianza que tanto le había costado ganarse todos estos meses.

—Es cierto, como no podía conciliar el sueño salí un rato y me encontré con él. Pero yo estaba tan adormecido que ahora apenas lo recuerdo —contestó el aragonés con habilidad—, luego volví a la casa para intentar dormir y me olvidé de él. No sabía que el castellano tenía intención de irse.

—Un personaje peculiar ese Guillermo de Almazán. He hablado con él antes de que se marchará esta mañana —respondió Antoine antes de llevarse una cucharada a la boca.

—¿Sí? Pensaba que nadie lo había visto partir.

—Solo yo. Me despertó y se despidió de mí —relató el perfecto—, además me informó de que los cruzados están atacando ya Cabaret con un ejército numeroso, con armas de asedio y especialistas en sitios.

—¿Isabel está allí? —espetó nervioso el aragonés.

—Eso me temo —se lamentó Antoine—, quizás hice mal en enviarla.

—Yo puedo ir a buscarla —señaló con mucha iniciativa Martín.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? Soy el más acostumbrado a viajar en esta casa. Sé que es peligroso, pero me gustaría intentarlo y comprobar que Isabel se encuentra a salvo.

—Gracias, Martín, es admirable tu predisposición y estoy convencido de que tus sentimientos hacia la sobrina del conde de Foix son sinceros. Sin embargo, la



decisión está tomada.

Antoine bendijo al muchacho, que estuvo orando durante media hora. Después se retiró a trabajar en el huerto, en su cabeza seguía rondando la idea de marcharse en busca de Isabel. Disimuladamente conversó con Hugonet, este le indicó cómo era el terreno y los caminos más seguros para llegar a Cabaret.

Por la tarde, todos los buenos cristianos de aquella casa se juntaron para orar, mientras Antoine recitaba el padrenuestro. Aunque pareciera extraño, Martín se sentía uno más de ellos y, en cierto modo, había olvidado su verdadero cometido allí. De verdad creía que aquellos buenos hombres lo eran realmente. No sabía si su fe era la correcta o no, pero estaba convencido de que no había maldad en sus corazones.

Se oyó un ruido proveniente del jardín y alguien golpeó la puerta. Hugonet fue a abrir y dejó entrar a un visitante cubierto por un manto. Pronto se vio brillar el acero que ocultaba y cómo lo clavaba en el estómago del corpulento cátaros que cayó de rodillas, facilitando que con su siguiente movimiento el intruso le abriera las tripas sin miramientos. Una de las mujeres gritó, otros hombres ocultos en ropas oscuras entraron por el jardín segando su vida y la de otras dos compañeras sin ningún tipo de compasión. El pánico cundió en todos los presentes. Martín no sabía qué hacer, miró a su alrededor buscando algo con lo que defenderse y solo acertó a coger uno de los cuchillos de cortar pescado. El asaltante de la puerta avanzó hacia él y levantó su daga con la firme intención de clavarla en su costado, Martín se revolvió y agarró un recipiente de barro, con el cual le golpeó en la cabeza, rompiéndolo en mil pedazos. Después fue a por él y le dio un corte en el cuello. El cuchillo no tenía filo, pero sí la suficiente punta para clavarlo y que empezara a salir sangre sin control. Los tres encapuchados que habían entrado en el jardín mataron a dos cátaros más y seguían persiguiendo al resto, que corrían como pollos sin cabeza.

Un nuevo asaltante entró y avanzó directamente hacia la escalera que daba al piso superior, llevaba una gran espada. Martín intentó ir tras él. Entonces uno de los asesinos se interpuso en su camino armado con una daga corta. Martín ya no contaba con su cuchillo, el cual se había quedado clavado en el cuello de su única víctima. El asaltante lanzó varios ataques con su daga, pero Martín los esquivó con facilidad. La mujer más anciana de la casa, de piel pálida como la nieve, apareció detrás de él armada con una hoz y le amputó de un tajo tres dedos de la mano derecha. El hombre se retorció de dolor y empezó a hacer fuertes aspavientos, momento que Martín aprovechó para propinarle una patada que lo hizo caer al suelo. Cogió a la mujer de la mano y juntos huyeron a la segunda planta. Una vez arriba, no encontraron al último asaltante. El aragonés se percató de que la puerta de la pequeña biblioteca estaba entreabierta.

—Escóndete. —Le pidió a la mujer—. Que no te vean.

Él siguió hacia la biblioteca, abajo continuaban los ruidos y gritos. Esperaba que pronto acudieran a socorrerlos. Todo aquel estruendo tenía que haberse oído en la calle y las casas vecinas. Avanzó con sigilo, no llevaba arma alguna y estaba

aterrorizado. Efectivamente, la puerta estaba abierta y alguien en su interior realizaba extraños ruidos. Miró con cuidado, sin pasar del umbral: no vio a nadie.

Unos gritos llegaron desde el piso inferior. Posiblemente ya habían venido sus vecinos a ayudarlos. Respiró más tranquilo y se relajó. Un ruido más fuerte y grave se escuchó en la habitación y se decidió a entrar. Se asomó lentamente, cuando fue empujado con violencia cayendo al suelo, mientras el último asaltante que había entrado a la casa corría y escapaba saltando por una de las ventanas que daban al huerto trasero. Fue imposible ver bien su rostro, solo una cicatriz que recorría una de sus mejillas.

El aragonés se incorporó y entró, sin poder evitar que el corazón se le detuviera unos segundos al ver la figura de Antoine tirada en el suelo, sobre un charco de sangre.

—¡Maestro! —gritó mientras se arrodillaba ante él y le tapaba la herida—. Ya estáis a salvo.

—Me temo que es demasiado tarde.

—No digáis eso, la herida sanará. —Martín puso sus dos manos sobre el orificio donde no dejaba de brotar sangre—. Decidme qué debo preparar para curarla.

—Martín, es hora de que continúes tu misión.

—¿Qué queréis decir? Os pondréis bien. ¡No os rindáis!

—Desde el primer día que te vi, supe que habías sido enviado aquí por alguien —relató Antoine que apenas podía respirar—. Desconocía si eran los cruzados o algún obispo católico quien lo hacía. Me dio igual, porque también vi que eras diferente y estaba seguro de que si te mostraba la luz, esta te iluminaría sacándote de la oscuridad en la que vivías.

—Antoine, no sé de qué estáis hablando.

—No insistas, no es necesario —dijo el perfecto con una infantil sonrisa en su rostro—. Me muero y debo contarte algo antes, es importante. —Tosió y unos grumos rojos salieron de su boca—. Esos hombres han venido a por el *Libro de los dos principios*. Como no lo han encontrado, creerán que está en Cabaret, debes protegerlo.

—Yo no soy...

—Escucha, nosotros moriremos, pero nuestra fe debe permanecer por el bien de los hombres. Salva el *Libro de los dos principios* y ocúltalo en un lugar seguro —le pidió Antoine, que apenas podía ya hablar—. La oscuridad se va a adueñar del corazón de los hombres, no sabemos cuánto tiempo, es posible que dure siglos. Quizás este no sea nuestro tiempo, pero puede que en un futuro vuelva a brillar la luz.

Gotas saladas recorrieron las mejillas del aragonés.

—Además, si hallas el libro, también encontrarás a Isabel. —Antoine sonrió y su sonrisa quedó petrificada en su longevo rostro.

El perfecto dio su último suspiro y dejó de respirar para siempre. Martín apretó los puños y un mar de lágrimas cayó sobre el cuerpo del difunto. Varios vecinos de

Foix entraron en la habitación armados para socorrerlos. Dos de ellos intentaron reanimar al perfecto. Martín sabía que era demasiado tarde, se apartó del cuerpo. Tambaleándose llegó hasta una de las paredes, observó los libros tirados en el suelo, muchos de ellos tenían páginas arrancadas. Miró al lugar donde Antoine escondía el breve tratado cátaroy se lamentó al verlo también mancillado.

Se arrodilló en una esquina y recuperó del suelo la vieja espada templaria, sujetó la empuñadura en forma de cruz patada y rezó mientras cubrían el cuerpo inerte del perfecto.

Al día siguiente, el difunto Antoine fue enterrado junto al resto de buenos hombres asesinados. Solo Martín y la mujer noble de piel pálida se salvaron de la matanza. Nadie entendía cómo había podido suceder. Cómo aquellos encapuchados entraron en la casa y acabaron con todos. Una profunda tristeza inundó las calles de Foix.

No quiso permanecer más allí y ese mismo día partió solo hacia el norte. Cabalgó sin descanso por la ruta indicada por el difunto Hugonet y pasó la noche cerca de la pequeña localidad de Pezens, en la casa de un campesino al que Antoine conocía bien y que echó a llorar al conocer la trágica noticia de su muerte. A partir de allí el viaje ya no era seguro. Decidió pasar desapercibido, adquirir el aspecto más humilde posible y no portar nada que pudiera comprometerlo, así que ocultó la espada entre su escaso equipaje. La pobreza sería su mayor aliada, tal y como había hecho años antes en territorio almohade.

Llegó a Bram, rodeó la muralla hasta alcanzar a una de las puertas de la ciudad, el gran portón de madera estaba abierto, un soldado con cota de malla y un yelmo azulado cerraba el acceso al interior. Al verle llegar silbó, cuatro peones más aparecieron detrás de él. A la vez que media docena de ballesteros se asomaron por la muralla.

—¡Alto! ¿Quién eres? —preguntó el vigilante del acceso.

—Martín, vengo del otro lado de los Pirineos —respondió en voz alta.

—¿Y con qué motivo?

—Estoy de camino a París, tengo negocios allí.

El vigilante que había hablado desapareció unos instantes.

—Está bien, entra, muchacho —ordenó al volver.

Los ballesteros se retiraron y los soldados que protegían la puerta le dejaron pasar. Una vez dentro de la ciudad comprobó que había abundante movimiento, muchos hombres transportando todo tipo de objetos. También las mujeres estaban atareadas y hasta los niños ayudaban. Se podía decir que estaban preparándose para algo importante. Solamente una persona en todo Bram parecía ajena a todos aquellos preparativos. Era un hombre delgado, que portaba unas buenas botas de cuero, con largas puntas, un birrete elegante, y un jubón con bordados y mangas festoneadas. Estaba sentado junto a uno de los establos con un libro entre los brazos. Cuando descubrió que lo miraban río, se levantó de un salto y estiró los brazos. A

continuación se acercó a él.

—¿Quién sois vos? —espetó el vistoso individuo.

—Perdón. —El aragonés examinó de manera visual al desconocido.

—¿No tenéis nombre, valiente caballero? —insistió el más próximo a Martín.

—Ni soy caballero ni valiente.

—Entonces temerario —respondió alegremente—, quién si no se atrevería a venir a Bram después del ataque de Montfort. Mal momento habéis elegido pues para visitarla, por relevante que sea vuestro cometido —respondió—. No me recordáis, ¿verdad?

—¿Debería? —inquirió Martín sorprendido.

—Por todos los santos: sí, ¡deberíais! —El hombre hizo una acrobacia con su mano derecha—. Nos conocimos en Foix, acompañabais al perfecto de aquella ciudad.

—¡Sois el trovador! —Martín intentó repetir el movimiento de la muñeca.

—Tanta fama me abruma —declaró llevándose la otra mano al pecho.

—¿Cómo os llamáis?

—Miraval —respondió rápidamente—, y vos Martín.

—No recuerdo haberos dicho mi nombre en aquella ocasión —musitó el aragonés con recelo.

—La memoria nos juega malas pasadas. —El trovador hizo una mueca burlona—. ¿Qué hacéis aquí? Estáis lejos de Foix y, además, vos no sois del Languedoc. Vuestro acento tiene un aire sureño. Al igual que yo debéis de ser del otro lado de los Pirineos.

—Así es, soy de Jaca, aunque llevo muchos años viviendo en la Provenza —prefirió seguir con parte de la mentira—. Tantos que me considero ya oriundo de allí.

—¡Qué interesante! Mi nombre completo es Raimon de Miraval y soy el trovador más famoso del Languedoc —manifestó orgulloso—. ¿Y vos? ¿A qué os dedicáis?

—¡Sí, claro! —gritó un soldado que pasaba al lado de la pareja—. El más famoso, qué poca vergüenza.

—La envidia es mala y cruel, creedme —le susurró—. No hagáis caso a esta chusma franca. —Y le cogió del brazo para llevarle a un lugar más discreto—. ¿Me vais a decir qué hacéis aquí o tengo que adivinarlo?

—Solo estoy de paso.

—No me tratéis como a un burdo cruzado, ¿qué escondéis?

—Nada que os incumba.

—Pues os prepararé una canción —atestiguó entre risas Miraval—, con vuestras proezas, Martín de la Provenza.

—No hay nada que contar sobre mí, os lo aseguro.

—Mentís. Un trovador sabe leer en los ojos de los hombres y los vuestros me dicen que escondéis un importante secreto.

—¿No deberíais estar cantando a alguna dama? —sugirió Martín—.

Enamorándola con vuestros versos mientras su esposo está ausente, mancillando una unión sagrada.

—¿Cómo? El matrimonio es horrendo —respondió el trovador—. Los reyes se casan para agrandar sus reinos o conseguir alianzas; los duques para mantener sus privilegios; los ricos burgueses para alcanzar la nobleza; los comerciantes para ampliar sus negocios; hasta los campesinos lo hacen para juntar tierras. —Miraval se acercó con movimientos rítmicos al oído del aragonés—. En cambio, los que quieren casarse por amor no pueden. Nadie los acepta, en especial la Iglesia.

—Pero no hay mayor prueba de amor que el matrimonio.

—Te equivocas, la más grande muestra de amor es la muerte —susurró el trovador.

Martín quedó impactado con aquellas palabras.

—Ese amor del que vos habláis no es bueno.

—¿Por qué? —inquirió el trovador separándose nuevamente del aragonés—. ¿Qué tiene de malo?

—Un amor como el que vos procesáis te esclaviza.

—Al contrario, el amor verdadero es lo único que puede hacerte libre —musitó Miraval.

—No es cierto. —Martín no encontraba las palabras adecuadas—. Y aunque lo fuera, ¿por qué es necesario todo ese tipo de pruebas que realizáis? Vuestros juegos y torneos, ¿qué sentido tienen?

—Una vez que encuentras a tu amada, esté casada o no, debes realizar cualquier tipo de acción para alabarla, así logras ganarte su corazón. —El trovador se movió alrededor del aragonés—. Debes conquistar tu primer beso, pero debe ser furtivo.

—¿Furtivo? ¿Por qué?

—Porque así tiene más valor, por ejemplo, puede dártelo delante de su marido o rodeados de gente.

—Eso es una locura.

—Por supuesto que lo es —atestiguó Miraval—, ahí está precisamente su valor: por eso es amor. La locura y el amor están unidos, no existe el uno sin el otro. —Y acompañó sus palabras con un suave movimiento de sus manos—. Hay que estar loco de amor; y el amor que profesas debe ser una locura —pronunció como si recitara un poema—. La mayoría solo conseguimos un beso de una mujer casada, pero algunos llegan al grado máximo de amor cortés.

—¿Cuál? —preguntó Martín intrigado.

—Verla desnuda —contestó ante la cara de asombro del aragonés—, pero no os confundáis, solo eso. Verla, admirarla, siempre sin tocarla y mucho menos poseerla. Podemos incluso dormir con ella, sin contacto sexual.

—Lo que decís es imposible, nunca había oído tal cosa.

—Eso es porque no habías estado en el Languedoc —afirmó el trovador acercándose de nuevo al oído del aragonés—. Las mujeres nos dan la inspiración para

componer, cantar, bailar y también para luchar.

—¡Tú, muchacho! ¿Quién eres? —espetó de malos modos un soldado regordete, que parecía tener algún tipo de autoridad y que lo despertó de las cautivadoras palabras del trovador.

—Soy Martín, solo estoy de paso.

—Ha venido a buscarme, nos marchamos ya hacia Carcasona.

—Pues rápido, no me gustan los bufones.

El soldado se dio la vuelta y caminó con las piernas arqueadas, por su exceso de peso, hacia la plaza del mercado.

—Ese es el capitán de la guardia, si sabe que venís de Foix ordenará que os torturen. Debemos dejar la ciudad de inmediato.

—¿Debemos?

—¡Vamos! —El trovador se dio la vuelta, sin mediar una sola palabra más.

Juntos, y en silencio, salieron de Bram. Avanzaron hasta alejarse lo suficiente de la ciudad.

—No pienso acompañarte a ningún lugar, tengo mi propio destino.

—¿Así agradecéis que os haya salvado la vida? —El trovador se sentó en una piedra del camino—. ¿Cómo se os ocurre entrar en Bram? Se os ve a una legua que sois del otro lado de los Pirineos, los cruzados no se andan con tonterías. ¿Acaso no sabéis lo que les hicieron a los cátaros en esta ciudad?

Martín negó con la cabeza.

—Les vaciaron las cuencas de los ojos y les cortaron la nariz.

—¡Santo Dios!

—A todos excepto a uno, al que solo dejaron tuerto para que pudiera guiar a sus compañeros desfigurados hasta la Montaña Negra.

—¿A Cabaret?

—Sí, al Castillo Rojo. —El trovador se quedó mirando al aragonés—. ¿Por qué? ¿Os dirigís hacia allí? ¿Vais a la Montaña Negra? Sí que vais hacia allí. —Y soltó una carcajada—. Si vais a mentir, debéis practicar más, vuestros gestos os delatan.

—Me da igual lo que penséis —afirmó con arrojo Martín.

—¿Y qué buscáis allí? La fortaleza está asediada por los cruzados.

—¿Es eso cierto?

—Claro que lo es. —El trovador se levantó y se aproximó al aragonés—. ¿Tenéis amigos en Cabaret? No hagáis una locura, nadie saldrá vivo de aquel lugar.

—Alguien que conozco salió hacia allí hace una semana, ¿creéis que pudo llegar?

—Es posible, pero ir allí es una insensatez.

—Pensaba que era el castillo más seguro del Languedoc.

—Sí, sin duda lo es. Se trata de una de las zonas más legendarias del Languedoc, en ella se encuentra el Salto de Roldán. Sobre una roca de la Montaña Negra se puede ver la huella del casco del caballo del lugarteniente de Carlomagno, que mientras perseguía a un dragón dio un gran salto en aquel lugar —relató con una voz musical

—. Pero si el Castillo Rojo es asediado, tarde o temprano caerá. Aunque hay maneras de escapar de allí.

—¿Cuáles?

—Según cuenta la leyenda, existe la cueva de la Bruja también conocida como de Salimonde, una galería subterránea que desemboca en la ciudad de Carcasona. Al parecer, dicha gruta era la morada de una bella joven llamada Salimonde, la cual tenía cuerpo de cabra y una larga melena que recubría sus patas, también hay otros que dicen que en realidad lo que hacía era vestirse con una piel de animal, pero lo importante es que si Salimonde lloraba cerca del río de Grésilhou el invierno sería frío, en cambio si ella tocaba la flauta el buen tiempo llegaba.

—¡Supersticiones!

—Es posible, pero las leyendas siempre suelen tener algo de verdad, a veces mucha.

—Imaginaos que vos estuvierais dentro y quisierais huir porque os persiguen los cruzados, ¿a dónde iríais? ¿A Tolosa?

—La ruta hacia Tolosa está muy vigilada, sería más fácil huir hacia Narbona o Foix.

—¿Y si tuvierais que ocultar algo? ¿Dónde lo esconderíais?

—Bueno, hoy en día no existe lugar seguro en el Languedoc, pero la ciudad de Minerve y el castillo de Termes son las plazas mejor defendidas, tanto como la Montaña Negra.

—¿Seguro?

—Claro, conozco esta tierra palmo a palmo. —El trovador miró el equipaje de su acompañante, se acercó a él y descubrió la espada—. ¡Dios santo! ¡Una espada templaria! Sois una caja de sorpresas, Martín de Provenza.

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo sé muchas cosas. ¿Por qué la lleváis? Vos no sois caballero del Temple. ¿A quién estáis buscando?

—No os incumbe. —Y Martín volvió a ocultar el arma.

—Sois del otro lado de los Pirineos, venís de Foix, portáis una espada templaria y queréis ir a la Montaña Negra, no cabe duda de que sois un personaje curioso.

—¿Y vos? ¿Qué hacéis aquí? ¿Es que andáis en busca de alguna dama?

—En esta ocasión no, buscó algo más material.

—¿Dinero?

—Eso sin duda —rio el trovador—, ando tras el paradero de un libro.

—¿Un libro decís? ¿Cuál puede ser tan importante para que lo busquéis vos?

—Aprendéis rápido. —El trovador repasó el aspecto de Martín y se quedó mirando sus ojos—. Los buenos hombres siempre me han tratado bien, en especial sus mujeres —y rio de nuevo—; pero además, poseen un texto muy valioso: el *Libro de los dos principios*. ¿Habéis leído la Biblia?

—Sí, claro.

—¿Qué sería de la Iglesia sin las Santas Escrituras? ¿O de los infieles sin ese libro que llaman el Corán? ¿O de los judíos sin la Torá? Las tres son conocidas como las «religiones del libro». Todas ellas creen en un Dios único, creador del universo, todas ellas tienen un «libro sagrado». —El trovador se mostró por primera vez totalmente serio—. Para que una religión triunfe y sea poderosa, debe contar con un texto que explique su doctrina. Si los infieles quisieran conquistar estas tierras y acabar con el cristianismo, no bastaría con invadirnos, deberían destruir la Biblia. Mientras esta existiera, el cristianismo estaría vivo.

—¿Y con los cátaros pasa lo mismo?

—Exactamente, pero no solo eso. Si los cátaros han conseguido escribir un libro con su doctrina y este se expande, crearán una verdadera religión que podría hacerse terriblemente poderosa. —El trovador buscó el sol en el cielo—. Es tarde, yo también debo continuar mi búsqueda. Me alegro de haberos encontrado, presiento que volveremos a vernos. Suerte en vuestro viaje.

—Gracias, igualmente.

Martín observó como, de pronto, aquel misterioso personaje tenía prisa por desaparecer. Él sabía perfectamente de qué libro le había estado hablando.



**Cercanías de Minerve, julio de 1210**

A lomos de un espléndido jinete, Simon de Montfort encabezaba la extensa columna de cruzados que había abandonado la Montaña Negra. Solo había dejado varios retenes encargados de vigilar los caminos y de poner nerviosos a los defensores de Cabaret.

El cielo amenazaba lluvia. A lo lejos, en el este, se había formado un manto de nubes que no hacían presagiar nada bueno. El ejército caminaba despacio, no había risas ni alboroto. Lejos quedaba el ambiente confiado y alegre tras la toma de Carcasona. La Montaña Negra les había mostrado la verdadera realidad del Languedoc: si querían tomar aquella hermosa tierra deberían luchar castillo a castillo.

—Parece que en esta tierra de bufones y trovadores las fortalezas fueron construidas por el mismísimo demonio, si no, no se entienden sus ubicaciones y su complejidad —lamentó con gesto agrio Montfort.

—El Languedoc siempre ha sido un territorio de señores de la guerra —carraspeó Robert de Mauvoisin, que cabalgaba a la derecha de Montfort—, durante décadas han luchado entre ellos por cada comarca, por eso están tan encastillados.

—¡Por Dios que aborrezco a estas gentes! ¿Qué sabéis de Minerve?

—He oído hablar de ese lugar —comentó Robert de Mauvoisin poco entusiasmado.

—¿Y qué habéis escuchado?

—Leyendas y supersticiones, como siempre.

—¡Cuánto mal hay en el corazón de estos hombres! —Montfort suspiró—. Contadme lo que sepáis de ella.

—Su señor es uno de los líderes cátaros. La ciudad tiene poderosas murallas edificadas sobre una mole de granito. Rodeada de precipicios y tan inexpugnable como el Castillo Rojo. Dicen que parece como si estuviera suspendida en el aire, que es obra de magia.

—¡Tonterías! Siempre con lo mismo —espetó el normando enojado—. ¿No me diréis que creéis en esas supersticiones?

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomáis?

—No os enfadéis, Robert, sé de vuestra determinación y lealtad con la Iglesia. Decidme, ¿qué os preocupa realmente? Porque igualmente conozco que algo os inquieta.

—Los hombres siguen hablando de nuestra retirada del asedio al Castillo Rojo —respondió el caballero cruzado—, están bajos de moral y comentan que las defensas de Minerve son igualmente poderosas, que ambas plazas son imposibles de conquistar.

—Volveremos a por el Castillo Rojo, os lo aseguro. Solo ha sido una retirada estratégica, nada más —afirmó Montfort apretando los dientes.

—Lo siento, Simon, pero yo mismo sigo sin entender por qué levantamos su asedio.

—Arnaldo.

—¿Cómo? ¿Arnaldo Amalarico? —La respuesta sorprendió a Robert de Mauvoisin—. ¿El legado papal nos ha pedido que nos retiremos de allí?

—No exactamente —respondió de manera escueta el normando.

—Entonces, ¿qué queréis decir?

—No ha sido él —respondió Montfort sin mirarlo a los ojos—, sino el arzobispo de Narbona.

—Berenguer —murmuró Robert—, no lo entiendo, ¿por qué?

—Narbona y Minerve están enfrentadas desde hace años, el arzobispo me ha insistido en que esa ciudad es un refugio de herejes y tiene razón.

—Pero no lo habéis hecho únicamente por eso.

—No, Cabaret es mucho peor, un autentico nido de ratas y lo hemos abandonado.

—Ayúdame a entenderlo. ¿Por qué habéis accedido a los deseos del arzobispo?

—Muy sencillo, porque detesta al legado papal, se odian. Arnaldo Amalarico ha llegado a decir de él que no tiene más Dios que el dinero y que en lugar de corazón tiene portamonedas. Dicen que nunca ha visitado su diócesis y que cuando una iglesia se queda vacante se abstiene de nombrar titular y así se aprovecha de las rentas. Y lo peor de todo: aseguran que practica la usura.

—Ahora sí que no entiendo nada, ¿qué pretendéis? Vos mismo lo estáis acusando y a la vez lo vais a ayudar.

—Tener un aliado —contestó Montfort mientras acariciaba a su caballo—, el legado papal es demasiado ambicioso, necesitamos tener aliados por si las cosas se complican.

—Si ha sido él quien os ha nombrado vizconde.

—Por su conveniencia, nada más —subrayó el normando—. Si cree que me va a poder manipular, es que no sabe quién soy yo. La ayuda del arzobispo puede sernos muy útil. Conoce mejor que nadie lo que sucede en estas tierras. Tiene espías en todas las cortes.

—Estáis jugando con fuego. —Robert movió la cabeza de un lado a otro, poco convencido.

—Esto es una guerra, cualquier arma puede ser necesaria. La diplomacia es trascendental con los señores del Languedoc. Arnaldo lo sabe perfectamente, yo también.

—Si el legado papal descubre que estáis en contacto con el arzobispo de Narbona os lo hará pagar —advirtió Robert.

—Es un riesgo que debemos tomar, nunca se sabe qué puede suceder mañana. Y es conveniente tener amigos en todas partes.

—No olvidéis que él os ha dado estas tierras y vuestro título —recordó Robert poco entusiasmado con las palabras del vizconde.

—Lo sé, no hace falta que me lo recordéis, ya lo hace él cada vez que nos vemos —recriminó Montfort enojado—; y es cierto, pero yo no ansío simples posesiones.

—¿No? ¿Y qué es lo que tanto deseáis, Simon?

—Poder.

—Las tierras y los títulos dan poder.

—Os equivocáis. El poder solo te lo dan las armas, las victorias y un ejército como este. El poder es el que te otorga los títulos y las tierras; y no al revés.

—Tened cuidado, Simon —le aconsejó su lugarteniente—, demasiado poder es peligroso.

—Tranquilo, todavía no hemos llegado a esos extremos. —Y sonrió—. Además teníamos que atacar Minerve tarde o temprano.

—Puede ser. Aunque os recuerdo que dicen que las murallas de esta ciudad se levantan sobre el mismo borde de los pronunciados acantilados que la rodean, que tomarlas es imposible.

—No será para tanto. Si los hombres han construido sus defensas, los hombres podrán asaltarlas.

—¿Y si no han sido los hombres, Simon? —inquirió Robert señalando al horizonte.

Frente a ellos, un rayo de sol había penetrado entre las nubes, e iluminaba una gran torre que destacaba en una construcción que parecía sacada de la canción de un trovador. Se elevaba sobre la nada, envuelta en una fina capa de bruma. Sus defensas eran altas como montañas y no se veía forma humana de poder acceder a ella. Delante de sus muros se abría una enorme llanura, tumba segura de cualquier ejército que intentara atacarla.

—¿Qué demonios es eso?

—Te presento Minerve —respondió Robert mientras intentaba controlar el nerviosismo de su caballo—. La ciudad más inexpugnable que ha conocido el hombre.

Montfort miró inmutable las murallas que se dibujaban sobre la roca, las torres de defensa y los estandartes que brillaban entre las almenas. No dijo nada. Intentó guardar la calma cuando oyó al conjunto de sus peones y caballeros mostrar temor y sorpresa ante aquella obra de titanes. Sujetó el estribo de su caballo y se dio la vuelta.

Otros dos caballeros, Alain de Roucy y Florent de Ville llegaron a la altura de Montfort.

—Hemos inspeccionado la zona —informó el segundo de ellos.

Florent de Ville era un franco de escaso cuello y mentón prominente, con los brazos anchos y robustos. Daba la impresión de que sus piernas eran demasiado cortas en comparación con la parte superior de su cuerpo.

—Podemos sitiarla por completo, otra cosa será asaltar esas murallas, ¿son

temibles!

—Ya lo veo, ¡maldita sea! Se diría que cuando hace siglos estos herejes construyeron sus ciudades, ya estaban pensando en esta dichosa guerra —lamentó Montfort.

—Si me lo permitís, mi señor —comentó Alain de Roucy—, deberíais dedicar unas palabras a las tropas, están desanimadas. Vos sabéis lo peligroso que puede ser eso.

—Tienes razón. —Montfort avanzó con su caballo—. Marchad y preparad todo lo necesario para el asedio. Confío en vosotros para encontrar los puntos débiles de esas defensas.

Florent de Ville y Alain de Roucy eran dos de los caballeros de más confianza del vizconde. Junto con su lugarteniente, Robert de Mauvoisin, formaban el núcleo de confianza del líder de la Cruzada.

—¡Escuchadme! No hay montaña ni castillo que pueda detener la palabra de Dios —alertó provocando el silencio de sus huestes—. Hoy nos hallamos aquí con la firme convicción de defender la fe frente a sus adversarios. Esos que blasfeman, que pecan, que reniegan de Dios, los enemigos de la Iglesia que se resguardan entre aquellas murallas, convencidos de que la palabra de Dios no alcanzará estas tierras. ¡Pero se equivocan! Hoy acamparemos frente a sus muros y mañana les enviaremos el mensaje de Cristo de la única manera que pueden entenderlo. —E hizo un gesto a uno de sus hombres.

Robert y el resto de los cruzados permanecían en silencio cuando los portadores de tres catapultas avanzaron entre la columna de peones, que asombrados admiraban las grandes armas de asedio.

—Cruzados de Cristo, soldados de Dios. Combatid sin temor, lucharemos hasta la muerte y esa será nuestra gloria, la ofrenda de nuestra vida. La victoria será nuestra. No estamos solos, las fuerzas nos vendrán del más allá, de ese Dios que atiende las causas nobles. De ese Dios que dirige nuestro ejército. Con su ayuda, ¡venceremos!

Los cruzados, en un frenesí de fe y deseos de sangre, arengaron sin cesar a su líder.

—¡Mañana, esos cátaros, adoradores del diablo, recibirán su merecido!

La enorme masa de soldados lanzó gritos efusivos de triunfalismo, mientras Montfort buscaba con la mirada la sonrisa cómplice de Robert, quien no apartaba ojo de las catapultas. Parecía que poco a poco los cruzados iban recuperando su optimismo.

Después de revisar el emplazamiento de la fortaleza y también del campamento, el vizconde de Béziers y Carcasona se retiró a su tienda. Se deshizo de los pertrechos de guerra y dejó su espada sobre una sencilla mesa de madera. En ella había un manuscrito extendido, cogió la pluma, la mojó en tinta y empezó a dibujar una montaña. Tras unos minutos, anotó unas explicaciones al margen, junto con unas cotas en el dibujo. Hizo unas apreciaciones finales y dejó reposar el papel extendido

para que la tinta se secase bien. A continuación, se quitó las botas y se acomodó en un colchón de lana que había traído de Carcasona. En ese preciso instante, alguien cubierto con una capucha blanca entró en la tienda.

—¿Sois vos, sobrino?

—A veces vuestra astucia me da miedo, mi señor —respondió el cronista de Simon de Montfort, un joven monje del monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Vaux-de-Cernay.

—No soy yo a quien debes temer, sino a esos malditos herejes.

El clérigo se mantenía inmóvil frente al normando. Su ropas claras congeniaban con su mirada y daban un aspecto todavía más pálido a su piel. Su complexión era fuerte y ágil, y podría haber tomado las armas si hubiera querido. Sin embargo, su destino había sido la regla cisterciense, quizás debido a sus dotes intelectuales. Simon había visto pronto en su sobrino alguien de plena confianza, el complemento perfecto para su aventura en el sur. Para los Montfort, la familia era lo más importante. La de Montfort era una casa unida y orgullosa.

—Debo confesaros que me inquieta el ambiente de derrotismo que se respiraba en la Cruzada tras levantar el asedio de Cabaret —comentó con voz rasgada el nuevo huésped de la tienda mientras se descubría la cabeza—. Aunque la llegada de las catapultas y vuestras palabras han animado la fe de estos hombres. No obstante, una preocupación habita en mi pecho.

—Decidme cuál es, tal vez yo pueda ayudaros.

—Esa ciudad que se levanta al otro lado de la llanura. Con esas altas y robustas murallas construidas sobre precipicios —Pierre hablaba despacio, como queriendo medir bien las palabras que salían de sus labios—. No soy un soldado, pero, mi señor, no miento si os digo que parece una fortaleza inexpugnable.

—Lo es —respondió Montfort sin pensárselo un solo segundo.

—Entonces, ¿cómo pensáis tomarla?

—Con ayuda de Dios, ¿cómo si no? —sentenció el vizconde como si realmente no hubiera otra forma de hacerlo.

—Sois excesivamente optimista si pensáis que Dios va a bajar a ayudarnos —resopló el monje cisterciense—. A veces pienso que es cierto lo que se rumorea de vos.

—¿Qué dicen sobre mí? —preguntó visiblemente intrigado el vizconde de Béziers y Carcasona—. No me ocultéis nada.

—Por supuesto que no. Tan solo bromeaba, sabéis bien que soy el primero que os sirve.

—¿Qué habladurías dicen de mí esos malditos herejes?

—No son los herejes, mi señor. Son vuestro propio ejército y muchas de las buenas gentes que todavía hay en el Languedoc —corrigió Pierre rápidamente—. Afirman que sois la reencarnación de Judas Macabeo.

—¿Reencarnación? ¿Qué blasfemias son esas?

—No es ninguna blasfemia —le avisó el monje—, Judas Macabeo fue un guerrero santo. Según el Antiguo Testamento, fue miembro de la familia que fue la responsable de la rebelión del pueblo de Israel contra los reyes seléucidas de Siria. Luchaba animado con una gran fe, que se sustentaba en la convicción de que Dios la apoyaba en todo momento. —El cronista repasó el rostro de Montfort para comprobar que la comparación no le irritaba—. Comenzó sus operaciones militares atacando y quemando muchos pueblos que se habían manifestado en favor de los enemigos de Israel, y cuando el rey envió un poderoso ejército para aplastarlo, no dudó en enfrentarse en el campo de batalla, derrotándolo.

—Bueno, veo que era un hombre valiente.

—Hay más —puntualizó el cronista—. Todos coinciden en que era un excelente táctico y un magnífico guerrero. Realizó grandes hazañas militares, muchos aseguran que salvó Jerusalén de la destrucción y liberó a su pueblo.

—Me gustan vuestras historias, sobrino —comentó Montfort mientras alcanzaba un jarra de vino y llenaba una copa de madera que había cerca de su cama—. Mañana empezaremos el asedio.

—¿Bastará con las catapultas?

—No, no será suficiente. —Montfort hizo una pausa—. Aun así, debemos acosarlos desde el primer día. Que sientan que están rodeados. Quiero que enviéis una carta. Debe llegar a París lo antes posible. Coged el manuscrito que hay sobre la mesa. —Montfort le señaló dónde—. Es de vital importancia que se lo hagáis llegar a Guillaume.

—¿El sacerdote vendrá hasta aquí? No abandonará al rey de Francia tan fácilmente.

—Cuando vea lo que le prometo, lo hará, tenedlo por seguro.

El cronista se acercó a la mesa, repasó el escrito con sus dedos, como si fueran ellos los que lo estuvieran leyendo, y a continuación lo enrolló.

—Saldrá ahora mismo hacia París. Debo retirarme —se excusó el joven monje—, son muchos temas los que debo anotar.

—Antes, haced llamar a Alain de Roucy, Florent de Ville y Robert de Mauvoisin. Debemos organizar el ataque de mañana.

—¿De verdad estamos preparados?

—Ya os he dicho que iniciaremos el asedio cuanto antes, debemos presionarlos y, lo que es más importante, necesitamos mantener ocupado a nuestro ejército. De lo contrario se desmoralizarán y muchos desertarán.

—Entiendo, la moral de los hombres está baja después de levantar el asedio.

—Eso me temo, por ello es tan importante que tengamos éxito tomando Minerve, el futuro de la Cruzada depende de que conquistemos esta ciudad.

Al alba, el ejército cruzado se había dividido en tres cuerpos por orden de Simon de Montfort. Robert de Mauvoisin encabezaba una hueste a pie, oculta entre una zona rocosa cercana a la ciudad. Alain de Roucy dirigía una amplia columna que se

acercaba a Minerve por el este. Y Montfort, montado a caballo, esperaba con el brazo levantado a dar la orden. Al hacerlo, las tres catapultas, posicionadas en los puntos más altos, lanzaron grandes rocas que surcaron el cielo para golpear en la base de la muralla sur. El ruido fue ensordecedor. En ese mismo instante, el león rojo rampante, estandarte de Montfort, fue plantado por un pequeño grupo de hombres en una montaña cercana. El asedio había empezado.

Los proyectiles cruzaban el abismo que protegía la ciudad e impactaban en sus robustas murallas. En el inicio de la amplia llanura que había frente a la ciudad, Robert y su columna esperaban atentos. Las defensas de Minerve resistían impasibles el fuego de los proyectiles. La presencia de las tropas cruzadas dispuestas para el asalto no parecía impresionarlos. A mitad del día, Alain volvió con sus hombres después de haberse cerciorado de la imposibilidad de flanquear la ciudad. A pesar de que las máquinas de asedio no habían dejado de escupir su veneno en toda la jornada, los resultados no habían sido los esperados.

—Simon, no hemos encontrado ningún paso que lleve a la ciudad —le informó el caballero franco—. El único acceso se encuentra defendido por aquel pequeño castillo que veis al fondo, no hay otra manera de acceder hasta el interior.

—Entonces, ya sabemos lo que tenemos que hacer.

—Tardaremos meses en hacer caer las murallas —le advirtió Alain—. Este lugar es tan inhóspito como la Montaña Negra, el verano no debe atraparnos en esta ratonera. Si queréis tomar Minerve, deberá ser antes de que llegue el calor.

—Nadie dijo que fuera a ser fácil.

—Estas tierras parecen concebidas para la guerra —advirtió Alain desanimado—, nunca había visto defensas así. Es como si las hubiera levantado el mismísimo demonio.

—¿Y quién te dice que no sea así? —musitó Montfort—. Rodead la ciudad por todos sus flancos, necesitamos que el sitio sea total. No podemos permitir que reciban ningún tipo de ayuda del exterior.

## Carcasona, julio de 1210

Los pasos de Juan de Atarés retumbaban en el pasillo del palacio arzobispal, sus pisadas llegaron hasta la puerta de la biblioteca catedralicia que fue abierta a su paso. En su interior, en el mismo centro de la estancia, detrás de una mesa rodeado de cirios, el legado papal se hallaba apoyado en una mesa de despacho. Vestía de forma inusual, con un simple manto blanco de la orden cisterciense.

—Juan, acercaos. —El monje se arrodilló para besar su anillo—. ¿Qué tal por Narbona?

—Se cumplieron vuestras órdenes, eminencia.

—Bien, bien. —Arnaldo Amalarico consultaba un códice de apariencia vulgar—. Ahora debemos dejar hacer al tiempo. Narbona es una fruta madura y pronto será verano, solo hay que saber esperar.

—Estáis en lo cierto.

—¿Qué os parece? —Abrió los brazos en cruz abarcando toda la sala—. He hecho que traigan aquí las arcas que había repartidas por la catedral. En ellas se guardan todos los grandes códices con sus páginas cosidas y encuadernadas, manuscritos ilustrados, libros miniados..., aquí hay escritos en letra merovingia, beneventana, visigótica, carolina y también en griego. —El legado papal cerró el códice que estaba leyendo y cogió otro que había en la mesa—. También han sido confiscados textos de las iglesias y casas de la ciudadela y de los burgos.

—¿Buscáis un libro en concreto, eminencia? —Juan paseó entre las arcas, muchas de ellas abiertas, mostrando en su interior volúmenes de todo tipo.

—¿Sabéis cuánto puede tardar un monje en copiar la Biblia si trabaja solo?

—Lo ignoró, pero supongo que meses.

—Un año, es una tarea lenta, complicada y costosa. Los escribanos del *scriptorium* de esta catedral pueden tardar hasta cuatro o cinco meses en copiar un texto de doscientas páginas; sin olvidar el coste de las, más o menos, veinticinco pieles de borrego necesarias para hacer los pergaminos.

—Ahora también hay talleres con escribanos profesionales que compiten con los *scriptoria* monásticos. Incluso grupos de laicos que financian la fabricación de un libro.

—¿Y sois consciente de lo peligroso que eso es?

—¿Que los laicos tengan acceso a los libros?

—Exactamente, si lo permitimos será el principio del fin de la Iglesia.

—Pero, un libro... ¿qué mal puede hacer?

—El peor, es capaz de corromper el espíritu, incluso el de los buenos cristianos.

—Eminencia, ¿qué texto estáis buscando? —preguntó Juan de Atarés con un



gesto de preocupación en su rostro—. ¿Qué libro puede ser tan peligroso?

—Uno cátaro —y sus palabras resonaron entre las paredes de la biblioteca—: el *Libro de los dos principios*.

—¡Una biblia cátara! —El monje se llevo la mano al pecho y sintió que tenía dificultades para respirar.

—Así es, esto es algo que no debe salir de estas paredes. Si se corriera la voz de que el legado papal está buscando una supuesta biblia cátara se extendería el temor en toda la cristiandad.

—¿Existe? ¡No es posible!

—¿Acaso no existe el demonio? ¿No es cierto que el mal habita este mundo? Por qué no pensar que el maligno, en su infinita maldad, pudiera haber dotado a esos herejes de una falsa biblia, de textos blasfemos y destructivos para la Iglesia.

—¿Y está aquí?

—Estaba —respondió inusualmente abatido Arnaldo Amalarico—, al menos cuando la ciudad fue asediada. Pero es posible que algún hereje escapara con él.

—¿Dónde?

—Primero pensé en Narbona, pero si hubiera sido así, el arzobispo ya lo hubiera utilizado. Por lo que todavía tiene que estar en Carcasona, o los herejes se lo llevaron a una de sus plazas.

—A Foix, por eso el mensaje a vuestro contacto.

—Es posible, también la Montaña Negra es otra opción. Es de capital importancia dar con su paradero. —El legado papal se incorporó—. Por ello quiero que me ayudéis.

—Será un honor, eminencia.

—No puedo seguir revisando todos estos libros, os encargaréis vos. Este será a partir de ahora vuestro lugar de trabajo. Quiero asegurarme de que el libro no está aquí.

Durante los días siguientes, Juan de Atarés llegaba a la biblioteca tras la misa de primera hora y pasaba allí toda la mañana. Después de comer realizaba sus otras funciones como ayudante personal del legado papal y al caer la noche regresaba con los libros. A pesar del gran número de ejemplares, avanzaba rápido, pues la mayoría eran códices litúrgicos. Pero, para su sorpresa, también encontró textos en griego que desconocía por completo. Tratados de filosofía y moral que encontró sumamente interesantes, y en muchas afirmaciones contrarios a los dogmas de la Iglesia. Ahora entendía por qué el legado papal había dispuesto esta tarea para un hombre de su entera confianza. No solo el misterioso *Libro de los dos principios* era peligroso para la Iglesia, allí había muchos otros que también podían ser considerados heréticos por Arnaldo Amalarico.

En la segunda semana de trabajo dio con un pequeño códice que resumía el Evangelio de San Juan. Inicialmente, no parecía ocultar nada peligroso. Pero algo llamó su atención, había un error. Un fallo en la traducción a la lengua de oc de los

primeros versos del prólogo del Evangelio según San Juan en el texto de la Vulgata.

La Vulgata era una traducción de la Biblia al latín, realizada a finales del siglo IV por Jerónimo de Estridón. Fue encargada por el papa Dámaso I dos años antes de su muerte y toma su nombre de la frase *vulgata editio* —«edición para el pueblo»—, escrita en un latín corriente, su objetivo era ser más fácil de entender y más exacta que sus predecesoras.

Fue san Juan 1:3 lo que llamo su atención. Frente al correcto «Todo ha sido hecho por Él, y nada de lo que ha sido hecho no ha sido hecho sin Él», en aquella traducción de la Vulgata estaba escrito textualmente: «Todo ha sido hecho por Él, y sin Él nada no ha sido hecho».

Esto era un error peligroso, pues daba pie a una errónea interpretación que podía derivar en la creencia de que no había una sola creación, sino dos creaciones: la verdadera, «Todo ha sido hecho por Él»; y otra distinta, la de las cosas que no tienen una verdadera existencia, la «nada», puesto que «Es sin Él que ha sido hecha la nada».

**Camino de Minerve, julio de 1210**

Batiste comandaba la compañía que galopaba rumbo al valle de Minervois, ocho jinetes bien pertrechados para un enfrentamiento si llegara a ser necesario. Isabel iba en tercer lugar, con la celada de su yelmo calada, la espalda recta y el cabello recogido; de tal manera que desde lejos nadie diría que era una mujer. Habían salido de la protección de la Montaña Negra y cabalgado por una llanura al norte de Carcasona hasta una zona más árida y rocosa, bordeándola por una vega alcanzaron un pequeño puente que cruzaba el río.

—Isabel, no me has contado nada sobre la Loba —comentó Batiste con una sonrisa.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—No sé, tú sabrás que has estado con ella. —El arquero se lo pensó mejor—. Es hermosa, ¿verdad?

—Sí que lo es.

—¿Te contó algo de sus amantes?

—¡Batiste! No seas crío —se escandalizó la joven—, estuvimos hablando de temas más importantes. Por si no lo sabías estamos en guerra y la Loba es nuestra aliada.

—Perdona, hay que ver cómo te has puesto —se disculpó el arquero desilusionado con el silencio de la sobrina del conde de Foix.

Cruzaron por el puente y salieron a un camino pedregoso que llevaba a Minerve. Allí divisaron un carro tirado por dos mulas, que dirigían dos clérigos montados en él, más otro que los acompañaba pie. La compañía fue hacia ellos, no sin precaución.

—¡Alto! —ordenó Batiste, que se adelantó al resto.

—Buenas tardes, caballeros —respondió el más anciano de los sacerdotes, un personaje pequeño y arrugado. Insignificante frente a los guerreros de Cabaret que acompañaban a la pareja.

—¿A dónde os dirigís? —preguntó el arquero de Foix.

—A Carcasona.

—Este no es el camino correcto, por aquí os encamináis a Minerve.

—Maldita sea. —El sacerdote golpeó a su compañero—. Te he dicho que no era por aquí, ¡estúpido! —Volvió a golpearle, aunque apenas sin fuerza.

—Tranquilo, yo os indicaré la dirección correcta —aseguró Batiste.

—Es que estoy rodeado de estúpidos. —Y le golpeó nuevamente.

Isabel y el resto de hombres no pudieron contener la risa.

—¿Qué lleváis en el carro? —preguntó el arquero de Foix.

—Sacos de trigo para los mendigos de Carcasona.

—¿Para los mendigos? —inquirió Batiste—. ¿No serán para el obispo?

—No, nosotros venimos de Lyon para ayudar a los más necesitados. No conocemos al obispo, sabemos que muchos voluntarios y peregrinos están muriéndose de hambre en el sur.

—Ya entiendo. —Batiste levantó el brazo derecho—. Vosotros, id a comprobar qué carga transportan —ordenó a dos soldados de la compañía—. Quizás nos interese algo de lo que portan.

—Os ruego que nos dejéis el trigo, la gente de Carcasona lo necesita.

Isabel adelantó su corcel hasta la altura de Batiste.

—No parece mala gente, quizás deberíamos dejarles ir.

—Son clérigos católicos, ¡francos! —exclamó apretando los dientes.

—¿Y? No están haciendo mal a nadie —señaló la dama—. Batiste, te lo ruego.

Los soldados de Cabaret levantaron la tela que cubría la parte trasera del carro y se encontraron con dos hombres que los atravesaron con sus espadas sin mediar palabra alguna. Otros dos más se incorporaron desde la parte trasera armados con ballestas y descargaron sus armas. Uno de los dardos pasó rozando la cabeza de Isabel, sin hacer diana. El otro atravesó la cota de malla de uno de los soldados de Cabaret y lo derribó del caballo. El clérigo que iba a pie sacó una daga y la clavó en la pierna de Batiste, que respondió con un grito de dolor y una patada en su rostro, a la vez que caía de su montura, quedando indefenso. El sacerdote arengó a las mulas y el carro avanzó contra los otros tres soldados de Cabaret, atropellando a uno de ellos. Los otros dos escaparon a la embestida y atacaron a los clérigos de la parte trasera del carro. Ambos curas no pudieron hacer nada frente a sus espadas y cayeron en un charco de sangre. El otro sacerdote estuvo más hábil y lanzó una azcona clavándola en el cuello de uno de los soldados, su compañero reaccionó metiéndole un palmo de acero en la cintura. El clérigo que dirigía el carro se alzó y disparó otro dardo contra él, alcanzándole en el costado.

Para entonces Isabel había desenvainado su espada y cruzado con su filo la cara del cura que iba a pie. También había conseguido que Batiste se levantara y montara de nuevo a caballo. Cuando la joven de Foix alzó de nuevo la vista, los seis hombres de la compañía yacían muertos en el camino.

—Os pedí amablemente que dejarais nuestra carga. —El sacerdote al mando volvió a alzar la voz mientras recargaba su ballesta, a su lado, su compañero apuntaba con la suya a los dos jinetes de Foix.

El resto de clérigos yacían muertos.

—Habéis matado a seis hombres, ¡sois curas! —gritó Isabel nerviosa y alterada—. No deberíais luchar.

—Somos soldados de Cristo. Vivimos tiempos difíciles, combatimos por Dios con la palabra, pero también con las armas si es necesario.

—Ese Dios que permite que sus representantes sean unos asesinos no puede ser un buen Dios —graznó la joven de Foix.

—¿Acaso hay otro? —El sacerdote sonrió.

—Sí, claro que lo hay —afirmó Isabel con arrojo—, uno que es pura bondad y paz.

—Ya veo. —El sacerdote terminó de cargar la ballesta—. Cátaros, supongo.

—Buenos hombres —corrigió la dama.

—Como preferáis. —Y levantó la ballesta apuntando en la dirección de Isabel.

En el mismo camino, todavía a cierta distancia se elevó una nube de polvo que alertó a todos. Sin duda era un grupo de jinetes que parecía dirigirse hacia su posición.

—¿Serán cruzados o herejes? ¿Qué pensáis vos?

Isabel no contestó.

—Yo creo que es una columna cruzada, más problemas para vos. ¿Cómo sugerís que solucionemos este enfrentamiento? Ahora mismo hay dos dardos que os apuntan.

—No le escuches, Isabel —advirtió Batiste malherido.

—¿Cómo? ¿Isabel? ¿Sois una mujer? —El cura hizo esfuerzos para ocultar su desagrado—. Desde luego esta tierra está llena de sorpresas.

La muchacha de Foix levantó la celada de su casco.

—Así que es verdad —confirmó el sacerdote al mando con un desagradable rostro de desprecio.

—Si falláis alguno de vuestros disparos, cualquiera de nosotros os matará. —Isabel se mostró firme.

—Puede ser, pero si acertamos no tendremos ese problema. Además no estamos solos. Si aquellos que se acercan son cruzados, que os aseguró que sí, ¿qué pensáis que harán con una dama como vos? La guerra es increíble y los hombres necesitan ciertas diversiones. —El sacerdote sonrió—. Os propongo un trato.

—No le hagás caso —insistió Batiste.

—Jurad que no nos atacaréis y nosotros no dispararemos.

—No te fíes de ellos —continuó alertando el arquero herido.

—Es justo —insistió el sacerdote—, vosotros os vais antes de que lleguen los cruzados y nosotros salvamos la vida.

—Isabel, ten cuidado...

No terminó sus palabras porque la primera de las ballestas escupió su carga contra el pecho del arquero de Foix.

—¡No! ¡Cobardes! —gritó Isabel desesperada.

—Ahora las cosas han cambiado, quedamos solo mi ballesta y vos, princesa. Aunque aquí mi compañero no tardará en recargar la suya. En la vida hay que tomar decisiones, hija mía, algunas son dolorosas, otras inevitables.

—¡Vete! —gritó Batiste mientras cogía su arco con las últimas fuerzas que le quedaban e intentaba tensarlo mientras la sangre empezaba a brotarle de la boca—. No hay otra opción, tienes que irte.

—¿Y dejarte aquí? ¡Jamás!

—No hay otra alternativa. Debes continuar, tienes una misión que cumplir. Eso es lo más importante. Si te quedas moriremos los dos —musitaba el arquero mientras cargaba una flecha—, no habrá mañana para mí, nada ganas quedándote.

Isabel miró a su compañero, ensangrentado por la herida de su muslo que sangraba sin cesar y la de su pecho, que le impedía respirar. Admiró la entereza de sus palabras y su determinación para alzar, con las pocas fuerzas que le quedaban, su arco hacia los sacerdotes. Lo peor era que sabía que tenía razón. Él ya estaba condenado, le tocaba ahora a ella decidir si permanecer allí y morir en paz, o intentar huir y que el peso de la culpa de dejar morir solo a su amigo la atormentara para siempre.

—¡Ahora! —Batiste gritó para que el caballo de Isabel se alejara.

El arquero disparó como pudo su arco contra el sacerdote, pero este pudo predecir su trayectoria con facilidad y hacerse a un lado, no obstante la punta metálica pasó rozándole la oreja y produciéndole un doloroso corte. Isabel sabía que ese era el momento, arengó a su caballo y cerró los ojos. Y no volvió abrirlos hasta que estuvo a salvo.

### Montaña Negra, julio de 1210

Martín alcanzó la Montaña Negra y descubrió que era tal y como Antoine se la había relatado. Parecía un territorio ajeno a la realidad, como si al penetrar en sus dominios te adentraras en un mundo misterioso y mágico. Tras varias horas de una empinada caminata divisó el Castillo Rojo. Ascendió hasta una abrupta y estrecha garganta, una verdadera ratonera, fácil de defender en caso de ataque. Los asaltantes solo podrían acceder por ella en fila de a uno, siempre a merced de ser atacados desde lo alto de las paredes verticales. Mientras avanzaba se sentía observado y temió que alguna saeta le diera la bienvenida. Después de un giro final de noventa grados llegó hasta el portón de entrada, rápidamente salieron un grupo de soldados a su encuentro.

—¡Alto! ¿Quién eres? —preguntó el vigilante del acceso.

—Martín, vengo de Foix —respondió en voz alta—. Sé que lleváis vigilando mi marcha desde que entré en el valle. Como habréis podido ver, vengo solo y apenas porto armas. Me ha enviado aquí Antoine, perfecto de mi ciudad.

—¿Y qué deseas viniendo a Cabaret? Te recuerdo que estamos en guerra.

—Busco a unos enviados, entre ellos hay una mujer. Sé que han venido aquí.

—Está bien. Yo soy Vincent, capitán de la guardia, entra, muchacho.

Martín obedeció.

—Así que vienes de Foix. —Vincent lo custodió hasta el patio de armas del Castillo Rojo—. Los miles de hombres y mujeres que murieron en Carcasona y Béziers hace casi un año todavía están esperando a vuestros soldados.

—No sé de qué me estáis hablando.

—Yo creo que sí. —Le miró fijamente—. Mi señora quiere veros.

Abrió la puerta de la torre, subieron dos tramos de una escalera de madera y después lo guio hasta una sala palaciega. Al fondo había una mujer, la más hermosa que jamás hubiera visto antes. Alta y esbelta, con el pelo dorado y suelto, una nariz bien proporcionada y unos labios gruesos y dulces. Sostenía la mirada con elegancia y finura, sus ojos eran grandes y grises, como la luna. Era sin duda una dama de alta alcurnia. Un corpiño elevaba unos sensuales senos, entre los cuales se introducía un extraño medallón circular. El capitán se acercó a ella y le susurró algo al oído. Hablaron en privado y después el militar abandonó la estancia.

—¿Te envía Antoine? Espero que sea verdad —advirtió la dama.

—Sí, mi señora.

—¿Qué tal está? —preguntó mientras avanzaba unos pequeños pasos y le escrutaba con la mirada.

—Muy bien, pero preocupado por la Cruzada —mintió el joven, no creía conveniente desvelar todavía la muerte del perfecto.

—¿Y quién no? Él al menos está a salvo en Foix. En cambio, nosotros... —Se acercó a Martín sin terminar la frase—. Habla, ¿qué mensaje te ha dado? —inquirió con una mirada felina.

Martín miró a un lado y a otro de la sala, comprobó que no había nadie antes de hablar.

—Es sobre los buenos hombres —avisó precavido el aragonés.

—No temas, aquí todos comulgamos con la verdadera fe.

—Lo sé, me ha pedido que os dé su apoyo y os transmita su esperanza. El bien triunfará sobre el mal.

—Antoine, siempre tan lúcido. —La dama suspiró—. Ojalá tenga razón.

La Loba cogió un racimo de uvas de la mesa, con sus finos dedos arrancó uno de los redondeados granos y lo llevó hasta sus carnosos labios, para introducirlo con suavidad en la boca, turbando al joven aragonés, que le costó centrarse en su cometido.

—Hay más —musitó Martín—. Está preocupado por... está preocupado por el libro.

—¿Sí? —dijo la dama sin mostrar mucho interés.

—No cree que esté seguro aquí —respondió dubitativo Martín—. Si cayera en malas manos...

—Si cayera en malas manos nos matarían a todos —terminó la dama.

—Envió a una mujer a buscarlo —señaló Martín intentando no mirar a los ojos de la dama.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó despreocupada la hermosa señora.

—Isabel, era sobrina del conde de Foix.

—No sé nada de ninguna mujer con ese nombre.

—¿Es que no ha venido aquí? —Martín no pudo ocultar su contradicción.

—Ya te lo he dicho, ¿acaso no me has oído?

Entonces un repicar de campanas y una llamada de trompeta fue seguida por ruidos y gritos en la plaza de armas del castillo. La dama miró temerosa a Martín y corrió a asomarse a uno de los ventanales de la sala. En el exterior los soldados corrían de un lado a otro, las puertas se cerraban y a lo lejos, en el horizonte, una nube de polvo se acercaba a Cabaret.

—Los cruzados se aproximan de nuevo. Habían retirado el asedio pero están volviendo. —La mujer rodeó a Martín—. ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? —preguntó en un tono de voz totalmente distinto al que había utilizado hasta entonces.

—Os he dicho que me envía...

—Antoine murió hace varios días, así que me estás mintiendo.

—No creí conveniente daros la noticia —confesó bajando la mirada el aragonés.

—Mentiste, y podrías volver a hacerlo.

—Él me pidió con su último aliento que viniera a llevarme el libro a un lugar seguro —murmuró el joven ante los atentos ojos de la Loba.



—Pobre Antoine, creer que puede realmente haber un lugar seguro.

—Ellos saben que está aquí —replicó Martín—. En Bram me encontré con un trovador.

—¿Un trovador?

—Hasta él sabía que existe el libro, lo andaba buscando.

—¿Por qué lo iba a querer un trovador? —La Loba se quedó paralizada—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—¡El trovador! ¿Quién va a ser?

—No lo recuerdo exactamente, Mi-Miraval, creo.

—¡Maldita sea! —La dama dio varios pasos por la sala—. Ese trovador es un espía del arzobispo de Narbona. Si Miraval cree que está aquí, el prelado también. Y seguramente los cruzados y el legado papal. ¡Volverán a por nosotros como lobos!

—Por eso he venido, habéis perdido esa ventaja, ahora ya conocen dónde tienen que buscar y concentrarán todos sus esfuerzos en ello. —La dama bajó la mirada, no respondió y algo cambió en el rostro del aragonés—. Esperad, el libro ya no está aquí, ¿verdad? —Y lanzó una mirada de ira—. ¿Se lo disteis a Isabel?

—¿Qué te hace pensar eso, muchacho? —inquirió la dama mientras volvía a su posición inicial frente a Martín.

—¿Dónde se encuentra Isabel? —Insistió el aragonés.

—Eres más perspicaz de lo que aparentas, ya entiendo por qué te eligió Antoine. Está bien. —La Loba subió el tono de su voz—. Su debilidad es su fuerza, nadie sospechará que una mujer es la elegida para buscar el *Libro de los dos principios* por las tierras del Languedoc. Todos vendrán aquí a por él, como has hecho tú, y delante de estos muros los detendremos para que el libro pueda estar a salvo, allá donde se encuentre.

—¿Qué queréis decir? ¡No está aquí! ¿Dónde se esconde? —Martín la miró directamente a los ojos—. Habéis enviado a Isabel a buscarlo ¡Estáis loca!

—Mide tus palabras, muchacho, ten en cuenta con quién estás hablando. Te repito que no sé dónde se halla oculto.

—¿En Carcasona?

—No lo creo, los nuestros lo habrán puesto a salvo en otro lugar —contestó menos segura la Loba—. Confío en que Isabel lo encuentre y lo esconda.

—¿Cómo se os ha podido ocurrir enviarla a buscar el libro si no sabíais dónde estaba? —Martín intentó tranquilizarse, entonces escuchó los gritos que provenían del patio de armas—. ¿Resistiréis un nuevo asedio?

—Sí, pero eso no nos salvará, el único que puede hacerlo es el rey de Aragón.

—Fue coronado por el mismísimo papa en el Vaticano, nunca se interpondrá en la Cruzada —murmuró Martín—, creedme.

—Muy seguro estáis, se diría que sabéis algo que desconocemos los demás.

—Ojalá —mintió el aragonés—, aunque yo no contaría con su ayuda. ¿Y

Aquitania? Los ingleses están en guerra con Francia, podrían apoyaros.

—Imposible, si viviera Ricardo Corazón de León aún habría alguna esperanza. Sin embargo, de su sucesor, su hermano Juan sin Tierra, no podemos ni debemos esperar nada. Es un individuo cruel y despiadado.

—Necesito saber hacia dónde marchó Isabel en busca del libro —advirtió el aragonés.

—¿Por qué os debería dar esa información?

—Porque quiero ayudarla —respondió firme y seguro Martín.

—No es eso lo que veo en vuestros ojos —insinuó con perspicacia y malicia la hermosa dama.

—¿Y qué veis? —Martín entró en su juego.

—Que la amáis.

—Eso es mentira, ¿cómo podéis decir tal cosa sin apenas conocerme? —espetó alterado y con la pupilas dilatadas.

—Si vais a mentir, debéis practicar más, vuestros gestos os delatan. Vuestra respiración cambia y los músculos, especialmente los del cuello, se os tensan. Tenéis que controlar esas reacciones o no seréis convincente.

—Me da igual lo que penséis —afirmó con arrojo—, lo que me preocupa es que veo imposible que ella pueda cruzar los retenes de los cruzados.

—Eres joven aún para comprender que no hay nada imposible para una mujer del Languedoc.

### Minerve, julio de 1210

Accedieron por la única puerta de la ciudad, junto al castillo. Avanzaron por la calle principal hasta la plaza del mercado. Marie llamó tres veces a la puerta de la casa, tras ella apareció una mujer vestida con almízar, un tocado formado por una larga banda de tela translúcida, cruzada alrededor de la cabeza.

—Somos viajeros en busca de un refugio.

—No habéis elegido buena fecha para venir a nuestra ciudad.

—Lo sabemos, pero huíamos de los cruzados.

—Pasad, por favor. —La mujer les indicó con el brazo que podían entrar—. Somos humildes, pero os daremos comida y cama.

—Muchas gracias, dejaremos primero los caballos en el establo.

Así lo hicieron y volvieron a la vivienda. Sébastien entró con precaución, aquello era una casa cántara, jamás pensó que estaría dentro de una.

—Nuestro perfecto se encuentra con el señor de Minerve, hay mucho trabajo en la ciudad. Los invasores se acercan y todos estamos asustados.

—Lo sabemos, venimos de Carcasona.

—¡Qué desgracia! Cómo sentimos la suerte de Béziers, Carcasona y tantas otras. Cuánto dolor y sufrimiento ha traído el ejército del mal. Esos pobres hombres que han sido falsamente bautizados por el agua, material, corruptible y que no puede santificar de manera alguna el alma, pero que los curas venden por avaricia. Igual que la tierra para enterrar a los muertos, el aceite a los enfermos cuando los ungen y la confesión de pecados.

—Una confesión hecha a los sacerdotes de la Iglesia romana es inútil, los curas pueden ser pecadores y, siendo impuros en sí mismos, ¿cómo van a hacer limpios a otros? —musitó uno de los hombres de la mesa.

—Nosotros somos cristianos buenos —continuó Marie—, no juramos, no mentimos, ni matamos a hombres ni a animales, ni nada que tenga aliento de vida, y seguimos la fe de Nuestro Señor Jesucristo y su evangelio tal como la enseñaron los apóstoles.

Terminaron la comida junto con una docena de habitantes más de la casa y oraron con ellos. Sébastien guardó silencio en todo momento, nunca se imaginó compartiendo la mesa y sus rezos con los herejes. Si su padre le viera ahora, se avergonzaría de él. Pero su progenitor no había sufrido el abandono y las humillaciones de las que él había sido objeto por los cruzados. Además, tenía hambre y las plegarias que rezaron no le parecieron alejadas de las suyas.

En una habitación junto a la entrada, les dejaron un pequeño jergón. Allí había otros dos más, en uno de ellos dormían cuatro niños y en el otro dos ancianas. La

estancia parecía caliente y era reconfortante acostarse de nuevo en una cama. Sin embargo, por la expresión de su rostro, algo le preocupaba.

—¿Vamos a dormir juntos?

—Sí, todos lo hacen —respondió Marie mientras se tapaba con una manta y abrazaba su zurrón.

—Pero somos un hombre y una mujer.

—Buena apreciación —afirmó Marie entre risas.

—Y no estamos casados.

—Sébastien, yo jamás contraeré matrimonio —aquellas palabras retumbaron en los oídos del franco como pesadas piedras—. Estoy cansada, descansa, lo necesitas.

Él no durmió bien aquella noche.

«¿Qué había querido decir Marie con aquellas palabras?», se preguntó en una larga vigilia.

A la mañana siguiente recorrieron la ciudad, Marie vestía con unas ropas más alegres de lo habitual, que le prestaron en la casa, y con el mismo zurrón colgado del cuello, del que no se separaba por ninguna razón. Intentó hablar con el señor de Minerve en La Candela, que era el nombre que recibía el castillo vizcondal, separado de la ciudad por dos fosos secos y que protegía su entrada. También probó con alguno de sus hombres de confianza, pero todos estaban ocupados preparando la defensa.

Entraron en la iglesia de Saint-Etienne, próxima al castillo, en la cual se distinguía un ábside de una construcción más antigua y contaba con otro templo excavado en la roca. Uno de los hombres que la cuidaba les enseñó una inscripción en la piedra del año 456. Sébastien quedó impresionado, nunca había estado en lugar tan antiguo.

En la calle, a pesar de los preparativos para fortificar la ciudad, la vida parecía placentera. El mercado funcionaba y había numerosos puestos de comida. Junto a una fuente de agua había un hombre de ropas vistosas y gorro puntiagudo, que cantaba rodeado de gente:

*¡Ay, buen amor codiciado,  
cuerpo bien hecho, esbelto y terso,  
fresca cara colorida  
que Dios formó con sus manos!  
Siempre os he deseado,  
y ninguna otra me gusta,  
otro amor no quiero.  
Dulce criatura bien enseñada.  
Aquel que os ha formado tan gentil,  
me dé el gozo que espero de vos.*

Siguieron hasta llegar a un portón en el flanco sur. Parecía ser un segundo acceso

a la ciudad, fácil de defender y que descendía a uno de los barrancos que la rodeaban.

—¿Qué hacemos aquí?

—Pensar.

—¿Pensar?

—Sí, es agradable si lo intentas —rio la joven—, ¿tú has pensado alguna vez en tu vida?

—Estoy aquí, ayudándote, al menos podías ser más amable.

—Era una broma, qué poco sentido del humor tienes. —Marie sonrió—. Puedes irte cuando quieras, te agradezco que me ayudaras, aquí estoy a salvo.

—¿Seguro? Yo no lo tengo tan claro.

Sébastien le quería relatar que él había estado en los sitios de Béziers y en los de Carcasona, que había visto las temibles catapultas escupiendo enormes rocas contra las murallas, las torres de asedio, las minas, había compartido el momento en que los fanáticos asaltan las murallas, a pesar de saber que morirán en ellas. Quería explicarle que los cruzados tomarían Minerve aunque tuvieran que hacerlo piedra a piedra, pero no deseaba recordarle que él había sido un cruzado. Por eso no dijo nada.

—Todavía no compartes nuestra fe, ¿verdad?

—Claro que no, ¡sois herejes! Yo quiero salvar mi alma.

—¿Tu alma? Tu alma se salvará, tarde o temprano.

—No, si abandono mi fe, irá al infierno y tendrá una condena eterna.

—Te equivocas, tu alma procede del cielo, de Dios, existía desde antes de que nuestros cuerpos fueran creados por el diablo y fuera encarcelada en ellos, en este infierno.

—Si eso fuera cierto, yo podría haber sido un jabalí —advirtió Sébastien con cara de repulsión—, o un caballo.

—Más bien un cerdito —rio—, es una broma. Es posible que tu alma, en otra vida, haya sido encerrada en el cuerpo de un jabalí —afirmó con voz suave—, pero también ha podido estar dentro del de un rey.

—¿Un rey? Eso es una tontería.

—No lo es, y estoy segura de que algún día lo comprenderás.

—Una pregunta sí que tengo que hacerte.

El suave viento lanzó el pelo de Marie contra su rostro, ella lo apartó con delicadeza, y su larga melena cayó por la espalda. Sébastien estaba aturdido por la belleza de la pálida piel de Marie y por el brillo de sus ojos verdes.

—Ayer afirmaste que nunca te casarías, ¿por qué?

—La encarnación en otro cuerpo es una forma de perpetuar el sufrimiento en este mundo material, ¿para qué engendrar nuevos cuerpos para ello?

—¡Dios santo! Pero ¿qué estás diciendo?

—No pongas esa cara de falsa indignación. Vuestros sacerdotes y obispos yacen con mujeres y tienen hijos con ellas, hasta el mismo papa al que tanto adoráis tiene concubinas. ¿Es que me vas a decir que los hombres casados no engañan a sus

esposas aquí, en el Languedoc, como en Inglaterra, Roma o Aquitania?

—Es posible, pero... —Al franco le tembló la voz— yo nunca había oído a una mujer hablar así; tú hablas como un...

—¿Hombre? Esto es el Languedoc. Aquí se nos respeta, recuerda que mi alma está encerrada ahora en este cuerpo, pero antes o después puede estarlo también en el de un hombre.

**Minerve, julio de 1210**

Esa mañana los proyectiles cruzados volvieron a caer sobre Minerve. La amplia llanura que se abría ante la ciudad impedía a las máquinas de asedio que pudieran posicionarse adecuadamente, y las altas murallas resistían los impactos con suma facilidad.

—¡Es inútil! No podemos tomar la ciudad —se lamentaba Alain.

—Si nos retiramos nuevamente, muchos voluntarios desertarán y la moral de la Cruzada caerá por los suelos, ¡hay que hacerla caer al precio que sea necesario! —añadió Robert—. No tenemos opción, ¡debe ser nuestra!

—Soy consciente de la situación. Cabaret era inconquistable, pero Minerve es diferente —afirmó Montfort.

—Yo la veo igualmente imposible, no ha sido buena idea venir aquí —le reprochó Alain.

—Si queremos hacernos respetar en Carcasona y Béziers y asentar nuestro poder en todas las plazas y castillos que dominamos, tenemos que tomar cada uno de los territorios que todavía son fieles a los Trencavel. Hay que someter a todos los que aún son adeptos a esa casa. No permitiré ningún tipo de sublevación, ¡yo soy el vizconde!

—Creía que esto era una Cruzada y que nuestros enemigos eran los cátaros —recordó Florent.

—Y lo son, pero justamente Minerve y Cabaret son los mayores nidos de herejes que rodean Carcasona —respondió enojado Montfort—. No tenemos alternativa.

—Ya sabéis que os seguiremos a donde ordenéis —afirmó con gesto inexpresivo Florent.

—Por supuesto que lo haremos. No hemos llegado hasta aquí para que nos detengan unos muros de piedra. En Tierra Santa vimos fortalezas más poderosas y no desistimos —recalcó Alain de manera mucho más enérgica apretando su puño.

Los cuatro caballeros asintieron con la cabeza.

—Perdonad —contestó una sombra proveniente de la entrada que alertó a los caballeros.

—¿Quién osa interrumpirnos? —preguntó Montfort.

—Creo que vos me hicisteis llamar —respondió una débil voz.

—¿Cómo decís? ¿Quién sois? —dijo contrariado el caballero normando mientras se acercaba al diminuto personaje, que vestía hábitos de religioso.

—¿Acaso tenéis tanto miedo a morir que habéis pedido a un sacerdote que os confiese? —bromeó Alain.

—¡Callaos! —ordenó el jefe militar de la Cruzada—. ¿Sois Guillaume?

—Así es —respondió pausadamente.

—¿El arquitecto de catapultas? —preguntó Robert sorprendido.

—Algunos me llaman así.

Todos enmudecieron. Se trataba de un sacerdote enjuto, joven a juzgar por su rostro. Vestía un simple hábito con una cruz de madera colgada al pecho y calzaba unas albarcas desgastadas. Una leve barba cubría sus mejillas y sonreía tímidamente mientras permanecía con las manos entrecruzadas.

—Recibí vuestra petición —explicó el clérigo—, estudié los planos y vuestras anotaciones, bien realizadas por cierto, y creo que puedo ayudaros a tomar Minerve.

—¿Dios nos ha enviado un cura para asaltar la ciudad? —ironizó Alain.

—Al fin y al cabo sois un ejército cruzado, un ejército de Dios. ¿Él también debería contribuir? —bromeó Robert.

—Silencio —ordenó Montfort—. ¿Estáis seguro? ¿Es factible el asalto?

—Para ello necesitaré que me prestéis unos cien hombres, o incluso alguno más. Preciso madera en abundancia y herramientas de trabajo; y que paguéis todos mis gastos.

—Lo que demandéis —aseguró Montfort—, mañana lo...

—Ahora —interrumpió el sacerdote.

Montfort se quedó mirando al menudo clérigo. Era un hombre exiguo, escuálido, vestía de forma miserable incluso para ser un religioso, era difícil para él recibir órdenes de alguien tan insignificante. Sus caballeros lo sabían, y esperaban ansiosos la respuesta del vizconde.

—¡No habéis escuchado al cura! —gritó para asombro de todos—, ¡vamos! Tenemos una ciudad que conquistar, dadle todo lo que pida.

—Mi señor, es de noche. —Robert dio un paso adelante—. ¿No sería más prudente esperar al alba?

—Que yo sepa Dios no duerme, por tanto, su ejército tampoco debe hacerlo.

—Ahí tenéis vuestra respuesta, Robert. —Montfort soltó una sonora carcajada—. Cura, ahora mismo daré orden de que os envíen a cuantos hombres, herramientas y bestias preciséis.

—Por cierto, tuve un enfrentamiento con un pequeño grupo de cátaros al sur de aquí —comentó Guillaume antes de irse.

—Eso es imposible —intervino Alain—, tenemos controlados todos los caminos.

—Entonces quizás debáis repasar lo que significa la palabra «control» —ironizó el sacerdote—. Los encabezaba una joven dama. Ella logró escapar, abatimos al resto.

—¿Una mujer? —preguntó Alain.

—Sí, parecía noble, aunque iba vestida como un caballero y luchó como tal. Mató a un par de mis acompañantes, mercenarios que me protegían en el viaje.

—Enviaré una partida a buscarla y daremos la alarma de que la detengan en cualquier pueblo o ciudad —intervino Montfort con firmeza.

—Respondía al nombre de Isabel.

—Isabel decís, ¿de quién puede tratarse? Tiene que ser forzosamente una dama de



alguno de los linajes que controlaban antes este condado. —Montfort mostró una cara mezcla de sorpresa e incompreensión—. Daremos con ella y será castigada, podéis contar con ello. Una mujer, lo que hay que ver por estas tierras.

—¿Qué mal puede hacernos una simple hembra? —Robert soltó una carcajada.

—Mató a mi escolta —advirtió el cura—, era diestra en el manejo de las armas.

—Eso es imposible —comentó Alain entre risas que no fueron bien recibidas por Montfort.

—Os lo aseguro, acabó con mis hombres.

—¿Cómo era? —Robert sonreía incrédulo—. ¿Tenía algo que nos sirva para reconocerla?

—Sí, es fácil de identificar porque peleaba con una espada de infieles.

—¡Infieles! ¿Qué queréis decir? —inquirió Robert más interesado.

—Usaba una espada de sarracenos de bella factura.

—Una cimitarra —insinuó Montfort—, ¡qué extraño! Esto debemos investigarlo. Robert, que salga una patrulla en su búsqueda. No pienso tolerar ni un solo signo de rebeldía y menos de una mujer.

—Hay más —advirtió el sacerdote, y todos clavaron su mirada en él—, por la forma que actuaba con su compañero, se diría que estaban viajando hacia un lugar concreto. Él dio su vida para que ella pudiera escapar y continuar hacia su objetivo.

Aquella mañana una suave brisa cubría toda la llanura frente a Minerve. El humo de las hogueras del campamento cruzado hacía todavía más espesa la bruma y costaba distinguir la silueta de la ciudad si no fuera por las antorchas que coronaban lo alto de las torres. Apenas unos pocos centinelas estaban despiertos, cansados de una larga noche de vigilancia. Por eso nadie se percató de lo que estaba a punto de suceder.

Uno de los centinelas de Minerve estaba apoyado sobre un merlón de la muralla, apenas podía mantener los ojos abiertos. Se asomó por una de las almenas para distraerse, cuando un fuerte ruido despertó la ciudad. Un temblor nació de los cimientos de la muralla y fue ganando en intensidad, hasta que el soldado despertó totalmente y se dio cuenta de que no estaba soñando, que la muralla se movía hacia atrás y perdió el equilibrio cayendo al vacío. El siguiente impacto vino acompañado de gritos de dolor. Una de las torres del flanco este fue alcanzada por un enorme proyectil y parte de su tejado cayó sobre unas viviendas, provocando el pánico. Las campanas de la ciudad empezaron replicar, la gente salió a las calles asustada. El terror se adueñó de todo Minerve.

En el campamento cruzado la alteración no era mucho menor. Aunque ya estaban despiertos y formando, ninguno de ellos entendía qué sucedía. Cada cinco minutos, una bola negra surcaba el cielo a enorme velocidad en dirección a las murallas de Minerve. Dos de los jefes cruzados, Alain y Robert, corrieron hasta la posición avanzada donde se ubicaba el arma de asedio. Cuál fue su sorpresa al ver al pequeño sacerdote de París dirigiéndola.

—Guillaume, el famoso constructor de catapultas —añadió Pierre, el sobrino de Montfort, que sorprendió a los dos caballeros—, un sacerdote parisino considerado el mejor ingeniero del mundo.

—¿Cómo la han construido tan rápido? —preguntó asombrado Alain.

—Casi cien hombres han estado talando el bosque cercano. Además, trajo consigo un grupo de veinte carpinteros de los pueblos cercanos, que han laborado sin descanso según sus planos —explicó el monje cisterciense, mientras un grupo de trabajadores provistos de pértigas corría hacia la posición del arma de asedio.

En ese preciso instante, el alargado brazo del engendro se retorció hasta lo imposible, a continuación el pequeño sacerdote dio una orden y varios hombres accionaron una palanca que liberó la titánica fuerza que poseía el colosal trabuco y el contrapeso se elevó con tal potencia que hizo zarandearse con violencia toda la estructura. El brazo subió hasta lo más alto y la extensión donde se encontraba el proyectil fue lanzada hacia delante, hasta que la cuerda se tensó totalmente y una nueva roca negra fue impulsada con destino a Minerve. Los presentes siguieron la parábola que describía el inmenso proyectil, surcando el cielo del Languedoc, hasta que finalmente impactó en la muralla de la ciudad, provocando una enorme masa de polvo.

—¡Dios mío! —exclamó Alain.

—Simon, ¿por qué no nos avisasteis? —inquirió Robert.

—Debíamos mantenerlo en secreto, Guillaume era reticente a desplazarse al sur. El rey de Francia lo quiere siempre cerca de él, por si necesita de sus servicios. Además, es una pieza muy codiciada por los ingleses, si saben que está aquí podrían intentar capturarlo.

—Lanza rocas casi esféricas y negras, ¿por qué son así? —inquirió Alain.

—Un grupo de canteros tallan los proyectiles para que sean esféricos —precisó el cronista de Montfort, a la vez que hacía anotaciones en unos manuscritos que portaba consigo—. Después los pintan de color oscuro.

—Nunca había oído nada parecido, ¿qué sentido tiene? —preguntó Alain, que no podía levantar la vista de la máquina de asedio.

—Es sencillo, se pintan de negro para que cuando la luz del sol refleje en ellas las haga invisibles a la vista de los sitiados —respondió el sacerdote parisino que se había acercado sin hacer ruido hasta el cónclave de los jefes cruzados.

—Es realmente impresionante —confesó Montfort.

—La he llamado la «mala vecina» —afirmó orgulloso el religioso ante la mirada asombrada de los caballeros cruzados—. Sin duda los cátaros estarán de acuerdo con el nombre, sobre todo, cuando vayan pasando los días y su vecina no deje de enviarles recuerdos.

La «mala vecina» estuvo disparando toda la mañana sin descanso, al mediodía se detuvo. El sacerdote realizó unos cambios en los ajustes de la máquina, dejó trabajando a los carpinteros y se reunió con Montfort en su tienda.

—Pasad —dijo el jefe cruzado, que se encontraba totalmente solo—, ¿cómo va el asedio?

—Las murallas son demasiado gruesas, habría que impactar varias veces en el mismo punto para agrietarlas, incluso con eso no conseguiríamos que se desmoronen.

—Entiendo —murmuró el normando—. ¿Y si disparamos a la base?

—Umm, no serviría de mucho, no creo que alcanzáramos a dañarla lo suficiente. —El sacerdote se acercó más a Montfort—. Puedo seguir disparando, minando su moral y causándoles destrozos, pero tardaríamos en lograr hacer una brecha por donde acceder.

—¿Qué proponéis? —preguntó Montfort enojado—. La ciudad se ubica sobre una mole de granito, no podemos minar las murallas con túneles, ni asaltarla con escalas, si tampoco somos capaces de hacerlas con vuestros inventos, ¿qué podemos hacer?

—Mi trabuco posee una extremada precisión, puedo alcanzar el punto que deseáis de sus defensas —aseguró el cura.

—¿De qué me vale eso? —criticó malhumorado el vizconde.

—Creo que no lo habéis entendido bien, mi señor. La precisión es tal, que si me indicáis un punto concreto de la ciudad, puedo atacarlo hasta hacerlo desaparecer y no tiene que ser necesariamente la muralla.

—Sed más concreto, ¿qué sugerís?

—¿De dónde procede el agua que tienen en la ciudad?

—Suponemos que de un pozo en el fondo del precipicio —respondió Montfort—. Ya hemos estudiado esa opción. La captación es profunda, acceden a ella sin salir de la ciudad, a través de una escalera protegida por una muralla y que desciende hasta el fondo del abismo.

—¿Podrías indicarme dónde está esa escalera?

—Seguidme —respondió con su característica voz enérgica, propia del que sabe que es obedecido.

El sacerdote siguió al jefe cruzado hasta un saliente cerca de donde estaba el gran trabuco de contrapeso. Se protegió la vista de los rayos de sol para que no le cegaran.

—Allí, justo debajo de aquella parte de la muralla.

—Sí, la veo. —El sacerdote también había alzado su brazo para evitar ser deslumbrado.

—Hay toda una escalera amurallada que desciende hasta el precipicio, donde hay abundante agua —explicó Montfort poco animado—. Por ello nos es imposible esperar que sus defensores se rindan, tienen un acceso ilimitado al agua.

—Eso ya lo veremos.

El sacerdote salió corriendo torpemente, las viejas albarcas que llevaba no le ayudaban en aquel terreno rocoso. Montfort le siguió lentamente y se detuvo al verlo dirigirse con gritos y aspavientos a los hombres a cargo de su máquina de guerra. En apenas dos horas había desplazado varios pasos el ingenio mecánico que apuntaba de nuevo a la ciudad.

Las rocas casi esféricas y pintadas de negro estaban listas para ser lanzadas y el sacerdote parisino no tardó en dar la orden. Un nuevo proyectil cruzó la llanura frente a Minerve para impactar en sus murallas. Sus gentes atemorizadas de nuevo, dieron la voz de alarma, todos corrían de un lado a otro. Los soldados subían prestos a la muralla, temiendo que esta no pudiera resistir tantos ataques, cuando un nuevo proyectil alcanzó las defensas. El pánico cundió en el señor de Minerve, que desde una pequeña alcazaba en la parte más protegida de la ciudad veía impactar las rocas negras de Guillaume en sus defensas. El temor del noble cántaro se tradujo en alegría al comprobar que las tres bolas de piedra disparadas habían golpeado bastante por debajo de la base de la muralla, sin causar daño alguna a la ciudad.

El señor de Minerve sonrió complacido. Había temblado al ver el tamaño de los proyectiles, sabía que si impactaban en alguna de las torres la destruirían y que causarían graves daños a las murallas. Por suerte, parecía que la potencia de la temible arma iba en proporción a su escasa precisión, y eso le tranquilizó.

En el campamento cruzado, Pierre, el sobrino y cronista de Montfort, miraba asombrado cómo el largo brazo del trabuco lanzaba un nuevo proyectil, mientras el contrapeso subía y bajaba con virulencia. Un nuevo pedrusco cruzó el cielo del Languedoc y volvió a sacudir la base del precipicio, bajo las murallas de la ciudad.

—¡Cura! —gritó un peón con aspecto de lombardo—, ¿vais a acertar en la muralla alguna vez?

Todos sus compañeros rieron, el sacerdote ni se inmutó, los jefes de la Cruzada se miraron preocupados y Pierre buscó desesperadamente a Montfort, que divisaba los lanzamientos desde el emplazamiento con la mejor visibilidad de todo el campamento. Fue hacia él visiblemente contrariado.

—Mi señor, el sacerdote no consigue impactar en las murallas. Debe de haber algo mal en la máquina —advirtió el monje cisterciense preocupado.

—No hay nada estropeado en su trabuco —respondió sin mirarle Montfort.

—Entonces no lo entiendo, está errando en todos sus disparos.

Un nuevo proyectil golpeó en la base del precipicio ante el estupor de los cruzados y las risas de los defensores de Minerve.

—¡Mi señor! —gritó Pierre para llamar su atención—, esa máquina es un desastre. No es nada precisa, debéis detenerla. La muralla sigue intacta, los proyectiles chocan siempre mucho más abajo de la base de las defensas.

—No me interesa la muralla, sobrino. Ese sacerdote es un genio. Observa bien los impactos y piensa qué es lo que está haciendo realmente.

—¿Qué? —El cronista se pasó la mano por la nuca y torció el gesto de su rostro—. No entiendo... —Antes de terminar la frase, el cisterciense se detuvo y miró de nuevo a la ciudad.

Pensó en las palabras de Montfort. Observó detenidamente las murallas y el precipicio; reflexionó sobre cuál sería el punto más importante para atacar la ciudad, aparte de ellas. El acceso estaba semiescondido, protegido por un castillo bien

fortificado, y no podía ser asaltado. Las torres, podían embestirlas, aunque solo conseguirían descabezarlas y eso con muchos lanzamientos y precisión.

—¿Qué es lo más importante de un asedio, Pierre? —inquirió Montfort sin dejar de mirar a la ciudad.

Siguió pensando. Lo esencial para resistir un prolongado asedio, además de las defensas, son los víveres, las reservas y provisiones.

—¡El agua! ¡Los pozos de agua! —gritó de manera efusiva el monje—. La «mala vecina» está machacando la escalera amurallada que va desde la ciudad al fondo de la garganta, donde están protegidos los pozos de agua.

—Así es —confirmó Montfort—, en uno o dos días no tendrán acceso al agua. No asaltaremos la ciudad, ella se rendirá a nosotros. Te dije que Dios lucharía a nuestro lado.

**Barcelona, julio de 1210**

Cruzó la vieja muralla romana de Barcelona y continuó hacia el palacio condal. La ciudad no estaba demasiado concurrida y los rostros de los pocos habitantes con los que se encontró denotaban miedo y desasosiego. Un extraño olor a podredumbre rondaba las calles y esa desagradable sensación no cambió cuando entró al palacio. No había tenido tiempo de cambiar sus ropas y vestía de caballero, con un gambesón rojo debajo de una cota de malla y una sobrevesta que llegaba hasta la cabeza y terminaba en una capucha.

Se cruzó con dos mujeres que iban muy tapadas por una amplia pieza de tela rectangular a modo de toca. La llevaban doblada por la mitad y ajustada por encima de la frente, anudando los picos sueltos en la nuca, con el sobrante envolviendo la cabeza y cuello desde atrás, cubriendo las orejas. El resultado final parecía una especie de manga o tubo de tela, que solo dejaba visible el rostro.

Guillermo estaba cansado del viaje desde el Languedoc. Había cabalgado sin descanso de Foix hasta el castillo de Peyrepertuse. Durmió en la fortaleza —su señor era fiel a la Corona aragonesa— para seguir al día siguiente hasta Perpiñán. Hizo noche cerca de Figueras y continuó pronto por la mañana para llegar lo antes posible a Barcelona. Después de tantos esfuerzos, ahora le tocaba esperar en el palacio condal.

—Guillermo de Almazán —llamó un guardia real que vestía una capa dorada—, seguidme, el rey os espera.

Avanzaron por el conjunto palaciego atravesando dos grandes salones decorados con exuberantes tapices de vivos colores. No giraron hacia la sala de protocolo sino que siguieron hasta la zona privada del edificio. Se detuvieron delante de una puerta de roble que dos soldados custodiaban con sus espadas en alto. El guardia de la túnica dorada la abrió e hizo un gesto a Guillermo para que entrara. La puerta se cerró tras él. Era una habitación sin ventanales, iluminada con antorchas, fría y húmeda. En una de las esquinas atisbó a ver una figura que se fue dibujando poco a poco más precisa ante sus ojos.

—Alteza —saludó arrodillándose de inmediato.

—Levantaos. Llevo días esperando ansioso nuevas vuestras. —El rey se acercó a él.

—He cabalgado sin descanso desde Foix.

—Vuestro aspecto lo delata. —Pedro II se detuvo a cierta distancia de su vasallo.

—Lo lamento, alteza. Los caminos son peligrosos y es conveniente ir preparado, todavía visto indumentaria de combate.

—Da igual. —El rey hizo gestos con las manos de no querer recibir explicaciones

—. ¿Habéis encontrado a Martín?

—No ha sido fácil hablar con él. No obstante, pudo darme la información.

—¿Y bien?

—Como vos le pedisteis, se ha infiltrado con éxito entre los cátaros. Se ha ganado de manera amplia su confianza. He de admitir que parece uno más de ellos, ese muchacho tiene mucho talento.

—Cuando lo vi en Monzón sabía que era perfecto para esta misión, justo lo que necesitábamos —se regodeó el rey—, ¿y qué ha averiguado?

—Algo trascendental —contestó acercándose más a Pedro II—, los cátaros están desarrollando por escrito, o mejor dicho, lo han hecho ya, un dogma cristiano diferente al romano.

—Esos pobres desgraciados no se rinden, ¿herético?

—No estoy seguro, aunque no lo sea, la Iglesia lo tomará como tal.

—Explicaos, ¿qué os contó exactamente Martín?

—Se trata de una especie de biblia cátara conocida con el nombre del *Libro de los dos principios*. No acepta el Antiguo Testamento ni muchos sacramentos, y asegura que existe una especie de dios malo que es quien ha creado el mundo material en el cual vivimos.

—Todo esto ya lo conozco, Guillermo, es la doctrina cátara, ¿por qué decís que es tan importante?

—Porque el libro la pone por escrito, argumenta todo ello y en lengua de oc. ¿Tenéis una idea de lo peligroso que puede ser para la Iglesia?

—Claro que sí. —El rey meditó sus palabras—. Su doctrina por escrito es una amenaza para Roma. Puede que sea eso lo que tanto temen. Sobre los cátaros, ¿qué os dijo?, ¿algún otro detalle que tenga que saber?

—Además de esto, pues que su comportamiento es impecable, no comen carne y su voto de pobreza es tan extremo que impresiona. Tienen en alta estima a las mujeres, por lo cual las ganan para su causa con suma facilidad, especialmente a las jóvenes y a las viudas.

—A Dios pido justicia, porque te aseguro que en el hombre no la encuentro, Guillermo —reflexionó en voz alta Pedro II—. Me preocupa que se nos vaya de las manos este asunto.

—Vuestro plan es perfecto, alteza.

—Nada lo es, quizás hemos ido demasiado lejos y hemos infravalorado a los cátaros.

—A todos nos interesa esta Cruzada —intervino de forma apresurada Guillermo—, el acuerdo con el legado papal es beneficioso. Aunque él no lo sepa, al fomentar nosotros la herejía, le facilitamos que presionara al papa para convocarla. El conde de Tolosa intentó escapar airoso uniéndose a ella, pero el legado se la ha jugado bien excomulgándolo de nuevo. Ningún alto noble ha reclamado los territorios y títulos de los Trencavel, como imaginábamos. Si Arnaldo incita a Montfort para atacar Tolosa,

tal y como pretendemos, todo el Languedoc sentirá miedo y recurrirá a vos como protector. Así os coronaréis como rey de la Gran Corona de Aragón, desde Bearn hasta la Provenza, incluido Tolosa. Un reino poderoso con los Pirineos como columna vertebral, el principio de un imperio.

—Apreció vuestro ímpetu, Guillermo, y bien sabéis que lo comparto —advirtió Pedro II—, pero soy el rey y debo actuar como tal: con cautela y sosiego, sin precipitarme.

—Con vuestro permiso, alteza, no es ese el monarca que yo conozco. Bien sabéis vos que el rey de Aragón no es un soberano como el resto. Vos lucháis en primera línea de batalla y dirigís con arrojo a los hombres. No disfrutáis encerrado en palacios como este, sino que deseáis empuñar la espada, porque sois un rey guerrero y el pueblo os ama por ello.

—¡Claro que lo soy! —El monarca se acercó a él y lo cogió por los hombros—. Os juro que llegado el momento yo mismo entraré en el Languedoc encabezando mis ejércitos.

—Lo sé, alteza y eso es lo que os pido. Los cruzados están dirigidos por Montfort, un segundón. La mayoría de ellos abandona el Languedoc a los cuarenta días de servicio. Tanto en verano como en invierno están a nuestra merced. —Guillermo apretó su puño—. Lo más difícil está hecho, y Arnaldo no sospecha nada.

—¿Creéis que no lo he pensado ya? —inquirió Pedro II—, pero olvidáis que el legado papal es ambicioso, no podemos confiarnos.

—Es un clérigo, si obtiene el arzobispado de Narbona, se dará por satisfecho —contestó el castellano con firmeza.

—No es poder lo que le mueve, creedme —advirtió el rey preocupado e incómodo—. Es mucho más complicado. Se diría que lo que ansía es que le teman.

—¿Que le teman?

—Sí, que sientan miedo cuando lo nombren. Si no te quieren, que te teman.

—Creo que vais demasiado lejos. A los hombres solo les mueve la ambición —afirmó Guillermo de Almazán.

—A mí no —corrigió Pedro II—. La ambición es peligrosa, suele estar más descontenta de lo que no tiene que satisfecha de lo que ya posee. Y para muchos hombres, la ambición es el último refugio del fracaso.

—Alteza, vos no sois un simple hombre.

—Sabia respuesta. —El monarca aragonés soltó una gran carcajada—. ¿Y los cátaros? ¿Acaso no saben luchar? Los francos los han humillado en el campo de batalla una y otra vez. ¿Realmente es imposible que les hagan frente con sus propios medios?

—No están organizados, ese es el problema. Ya conocéis la inoperancia del conde de Tolosa. Son capaces de refugiarse en sus poderosos castillos y defenderlos con eficacia, pero poco más.

—Sí, Raimon VI de Tolosa es un grave problema.



—En cambio, el conde de Foix sí podría acaudillarlos con la suficiente habilidad, pero el resto de los señores no aceptaría su liderazgo. Solo vos podéis unir y guiar a todo el Languedoc a la batalla.

—Eso espero, Guillermo. —El monarca quedó pensativo—. Ese libro puede ser peligroso y alterar el orden de las cosas —musitó con tono preocupado Pedro II—, lo quiero en mi poder.

—Según Martín, el perfecto de Foix tenía una versión reducida. Pero el original puede estar en Cabaret.

—Haceos con él. Partid de nuevo hacia allí con dos hombres de confianza y seguidlo. Nos puede ser útil en el futuro —ordenó el rey—. ¿Por qué Roma los temerá tanto? No creo que sea por ser pobres, por no comer carne o por el trato que dispensan a las mujeres. ¿Y si lo que temen está en ese libro? ¿Y si es el libro lo que tanto les preocupa?

—Es posible, los razonamientos de su fe son convincentes. Su ostentación de la pobreza les hace ser apreciados entre el pueblo y eso es terriblemente peligroso para la Iglesia.

—El voto de pobreza, qué difícil es de cumplir para el clero, ¿verdad? —reflexionó en voz alta el rey—. Si los cátaros se extienden a otras regiones de la cristiandad, podría popularizarse su doctrina entre los sacerdotes católicos. ¿Os imagináis a los obispos renunciando a sus posesiones? ¿O Roma a sus tesoros?

—Ciertamente no, alteza. No os inquietéis por eso —le aconsejó Guillermo en un tono despreocupado—. Nunca llegarán tan lejos. En el fondo son cristianos, serán rebatidos por los teólogos católicos y sus argumentos desmontados con ayuda de la Biblia.

—No si tienen su propia biblia —interrumpió Pedro II—, y más si está escrita en romance, en la lengua que puede leer el pueblo.

—¿Qué insinuáis, alteza?

—Ese libro que comentáis, al estar escrito en lengua de oc lo cambia todo —afirmó el rey—, tiene que ser ese el peligro que tanto teme Inocencio III. —Hizo un gesto con la mano derecha y una sombra apareció desde la oscuridad de una de las esquinas de la sala—. ¿Qué opináis?

—Nos conviene que la herejía continúe —respondió el nuevo invitado.

—Lo sé —afirmó el rey.

—La nobleza del Languedoc la apoya —contestó acercándose más al monarca—, por ahora todo sigue según lo planeado.

—Esos nobles me solicitan ayuda de manera constante. —El rey no se inmutó por la extraña presencia de la sombra—. Son mis vasallos, debo protegerlos de los francos. No podré permanecer mucho más tiempo sin actuar.

—Todavía no ha llegado el momento —advirtió desde la penumbra—. Por ahora, oficialmente debéis repudiar la herejía. Aunque extraoficialmente la apoyéis con todas vuestras fuerzas.

—Lo haré, pero no veo el momento de cruzar los Pirineos a la cabeza de mis caballeros.

—Es pronto, Roma enviará más cruzados —intervino Guillermo de Almazán.

—Así es —afirmó la sombra—; y los nobles del Languedoc se encontrarán cada vez más indefensos. Rogarán a su rey que los defienda; si sois paciente, incluso el conde de Tolosa se arrodillará ante su alteza.

—No es vasallo mío.

—Es el señor más poderoso del Languedoc, si jugamos bien nuestras cartas todos os rendirán obediencia y podréis ser señor de todos los condados, de Tolosa a Narbona, y unirlos con Montpellier y la Provenza. —La sombra se movió un par de pasos—. Y así crear una Gran Corona de Aragón, un reino poderoso entre Hispania y el resto de la cristiandad.

—Un reino a los dos lados de los Pirineos —subrayó Guillermo de Almazán.

—Con un poder tal que podrías mirar cara a cara a rey de Inglaterra o de Francia. Seréis uno de los monarcas más poderosos.

—¿Y los cátaros? —interrumpió Guillermo de Almazán—. ¿Qué pasará con ellos? Si os nombran su rey, deberéis luchar por ellos e Inocencio III os excomulgará.

—No si es un rey cruzado, un paladín del catolicismo —advirtió la sombra.

—¿Un rey cruzado? —Pedro II subió el tono de su voz—. ¿Qué pretendéis? ¿Que vaya a Tierra Santa?

—Los almohades están avanzando, Alfonso VIII de Castilla va a enfrentarse a ellos y el papa lo apoyará proclamado una nueva Cruzada. El Reino de Navarra también se unirá y miles de caballeros de toda la cristiandad vendrán desde París, Londres o Roma —explicó la sombra—. Y cuando llegue la batalla frente al califa almohade, la Corona de Aragón con su rey en cabeza debe encabezar en primera fila.

—Lo hará —asumió Pedro II.

—Fuisteis coronado en Roma por el mismo sumo pontífice —continuó la sombra—; si además os convertís en un rey cruzado, cuando llegue la hora de intervenir en el Languedoc, Inocencio III se lo pensará dos veces antes de plantearse siquiera excomulgaros. Debe respetar la ley feudal, el conde de Foix y Comminges son vuestros vasallos, la casa Trencavel también. Si hay que poner orden en esos territorios y hacer cumplir la ley de Dios, deberéis ser vosotros su brazo ejecutor y no los cruzados.

—¿Y Tolosa? —inquirió Guillermo de Almazán.

—Por eso debemos proseguir hasta que el conde tolosano esté tan desesperado que no le quede otra opción que pedirnos ayuda —confesó el extraño personaje—, por eso necesitamos echar más leña al fuego del catarismo. Una vez que vos, alteza, seáis señor de todo el Languedoc, con la nobleza a sus pies, nos será fácil controlarlos —respondió la sombra—. Y siempre nos serán útiles frente a Roma, nosotros seremos los defensores de la fe católica, el papa nos necesitará para protegerse de la herejía.

—De ahí la importancia de ese libro. Con él en mis manos, Roma tendrá que atenerse a nuestros deseos y peticiones —ratificó Pedro II con los ojos llenos de deseo.

—¿Queréis chantajear al papa con el *Libro de los dos principios*?

—Sí —constató firme el rey—, debemos conseguir esa biblia cántara cueste lo que cueste. Que no caiga en manos de los cruzados y menos en las de Arnaldo. Marchad de inmediato.

—Como ordenéis, alteza.

Guillermo de Almazán abandonó la oscura sala y salió del palacio condal. Hasta la mañana siguiente no partiría de nuevo al Languedoc.

Dudó de cómo disponer del breve tiempo que le quedaba en Barcelona y se encaminó hacia los nuevos burgos en expansión, muchos de ellos situados extramuros de la ciudad vieja. Quería rezar en un templo que había visitado hacía años, cuando llegó por primera vez a la ciudad. Necesitaba la ayuda de la Virgen para la tareas que el rey de Aragón le había encargado.

Llegó a la pequeña iglesia parroquial de Santa María del Pi, cuyo nombre provenía de la tradición de haberse encontrado en ese mismo lugar, sobre el tronco de un pino, la imagen de la Virgen que presidía ahora la única nave del templo. En su honor fue plantado un ejemplar de ese mismo árbol frente a la puerta principal del edificio.

No hacía mucho tiempo, el templo estaba casi aislado, pero con el crecimiento de Barcelona, había pasado a formar parte de uno de los burgos. Era obvio que pronto sería necesario ampliar el recinto murado de la ciudad, pero por ahora no era un asunto urgente. Había otros temas más trascendentes que robaban las horas del sueño al monarca.

Después de rezar frente a la imagen de la Virgen bajó hacia la playa, cruzó frente al templo de Santa Ana y llegó hasta donde fondeaban los barcos de los pescadores. Barcelona era una ciudad marítima extraña, no tenía puerto y las embarcaciones comerciales se acercaban todo lo posible a la costa. Donde acudían los barceloneses con embarcaciones de menor calado a buscar las mercancías que llegaban de otros puntos del Mediterráneo. Allí tampoco había muralla, por el mar la gente entraba y salía de la ciudad con total familiaridad. Barcelona era caótica, pero sus gentes eran activas y entusiastas, y ese espíritu se prolongaba en sus gobernantes, elegidos entre las familias más poderosas de la urbe. Era un gran caos que funcionaba perfectamente.

Había estado en muchas ciudades y ninguna se parecía a Barcelona. Cuando vio llegar a un grupo de mercaderes con un cargamento de carne de cerdo, recordó la repugnante sopa de los cántaros en Foix, y lo que era peor, aquel vino aguado. Así decidió acudir a una posada para resarcirse antes de volver al Languedoc.

Pedro II y Miguel de Luesia salieron de la zona privada del palacio condal de Barcelona, el cual acababa de ser remodelado, ganando en luz y ornamentación.

Hacía frío, el noble aragonés se abrigó con un pellizón, con forro de piel de armiño, largo hasta cubrir los pies, holgado, con largas mangas y con bocamanga amplia. El rey llevaba una capa de cuerdas, la sostenía con una mano mientras caminaba.

Descendieron por la escalinata de piedra que llevaba al patio y se detuvieron frente a la capilla. El rey permaneció en silencio esperando las palabras de su mayordomo real.

—¿Creéis que los cátaros resistirán? —terminó preguntando el monarca.

—Si lo que nos ha contado Guillermo es cierto, sí.

—Pero son unos demonios, han conseguido engañar a sus señores, no sé si es buena idea utilizarlos.

—No es necesario buscar la maldad para explicar algo que puede hacerse con la estupidez. El joven Trencavel era un necio y el conde de Tolosa es un cobarde. Por ello debemos aprovechar la situación —sugirió Miguel de Luesia—, de lo contrario otros lo harán. ¿O es que creéis que ese Montfort y el legado papal están luchando por la fe católica? Saben igual que nosotros que la nobleza del Languedoc es débil y utilizan a los cruzados para apropiarse de sus títulos y territorios.

—Una Gran Corona de Aragón que englobara los territorios de ambos lados de los Pirineos sería mi sueño.

—Un sueño que se cumplirá —añadió el mayordomo real—, solo debemos jugar bien nuestras cartas. Ahora es de vital importancia que Alfonso VIII de Castilla haga una llamada contra los musulmanes y que convenza a Inocencio III para que le otorgue el título de Cruzada. Después debemos acudir a la guerra santa y vencer a los almohades, que esa victoria os convierta en un rey cruzado. Mientras, tendremos que confiar en que los cátaros resistan en sus castillos.

—Os estoy profundamente agradecido, Miguel de Luesia, os prometo que no olvidaré vuestra ayuda y lealtad.

—Yo solo sirvo a mi señor.

Entonces una paloma blanca voló por encima de sus cabezas y se posó en una de las ventanas de palacio.

—Parece ser que tenemos noticias de Carcasona —comentó el rey con una amplia sonrisa.

### Montaña Negra, julio de 1210

Martín dejó la protección de la Montaña Negra confundido y desanimado. Después de meditar sobre cómo podía encontrar a Isabel, llegó a la conclusión de que la única manera de dar con ella era buscando la biblia cántara: el *Libro de los dos principios*. Si hallaba aquel texto, la encontraría a ella. Recordó entonces su conversación con el trovador en Bram. Debía ir a un castillo o una ciudad tan bien protegidos como Cabaret. Aquel día Miraval le habló de dos plazas: Termes y Minerve. Esta última no estaba lejos, así que hacia ella se dirigió.

Se adentró en un sombrío y húmedo bosque. Después de un par de horas, ni siquiera los animales se mostraban a su paso, como si tuvieran miedo de algo o de alguien. En varias ocasiones se había sentido observado, como si las copas de los árboles lo vigilaran.

Continuó en solitario hasta llegar a un cruce de caminos, donde se encontró con lo que parecía una columna de cruzados que llegaba a lo lejos.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

No podía huir, eso le delataría. Debía intentar pasar lo más inadvertido posible. Prosiguió despacio, con total normalidad. Es lo que había aprendido durante su cautiverio en tierra almohade. La mejor manera de pasar desapercibido era no intentarlo, mimetizarse con el ambiente. Si aquellos eran cruzados, ahora él también lo era.

—Tú, ¿a dónde vas? —preguntó un hombre fuerte y de altura considerable, con la piel pálida y el pelo rojo, que vestía una saya blanca con una cota de malla y un yelmo con una cruz roja pintada en su frente—. Casi no se te ve, estás amarillento. Pareces enfermo.

—Sí, lo he estado y no he comido mucho últimamente; pero ya estoy mejor.

—Ya veo, ¿y de dónde vienes? —insistió el mayúsculo personaje.

—De la Provenza —volvió a mentir.

—¿Tienes señor? —preguntó el pelirrojo con un acento extraño, casi indescifrable.

—He venido para unirme a la Cruzada —inventó ante el temor de ser descubierto.

—Muy bien —afirmó el cruzado riéndose ampliamente—. Yo soy Hugh de Lacy, caballero normando, vengo de Irlanda para unirme a las huestes de Montfort y limpiar esta tierra de herejes. Será un placer que nos acompañes. Vamos hacia Termes, van a asediar la fortaleza.

—¡Termes! —exclamó sorprendido Martín.

—Así es, ¿por qué? ¿Te extraña?

—No, simplemente he oído que es una plaza difícil de conquistar.

—Sí que lo es, aunque no te preocupes, muchacho, pronto será nuestra. Sus riquezas y también sus mujeres. —Soltó una terrible carcajada—. Lo que sí debe preocuparte son esos a los que llaman *faidits*.

—¿Quiénes?

—Renegados, cobardes, caballeros sin tierra, bandidos y criminales —formuló antes de escupir al suelo—. Son nobles de estas tierras derrotados, desposeídos de sus títulos y bienes. Ahora deambulan por los bosques y las zonas rocosas con sus antiguos vasallos. Y a la mínima ocasión nos atacan. —E hizo un gesto chocando su abultado puño contra la palma de la mano—. Son peligrosos, porque están llenos de odio y rencor. Aunque son pocos, si caemos en una de sus emboscadas, te advierto que no hacen prisioneros. Debemos estar ojo avizor. Vamos, queda un largo camino hasta Termes.

La columna estaba formada por unos cien hombres, la mayoría viejos o demasiado jóvenes. Solo Hugh y media docena más de ellos eran caballeros. Por lo que respecta a los demás, había una docena de sargentos y unos veinte peones armados con arcos y ballestas. No era una gran compañía, sin embargo, toda ayuda era poca en una guerra como aquella.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Martín.

—¿Y has venido solo?

—Sí, quería unirme a la Cruzada y ¡acabar con esos malditos herejes! —enfaticó para intentar no levantar sospechas.

—Muy bien, me gustan esos ánimos.

Caminaron todo el día hasta que llegaron a una pequeña población, cercana a Montgey. Era un lugar arrasado por la guerra. La mayoría de las casas habían sido quemadas y las pocas que quedaba en pie tenían un aspecto lamentable. No había gente por las calles y solo la iglesia se mantenía intacta. Los voluntarios de la Cruzada buscaron donde pasar la noche entre los escombros de las viviendas, mientras los caballeros y sus sargentos se refugiaron en la mejor construcción del lugar. Una antigua casa noble, que debieron de habitar los sirvientes del señor de esas tierras: un noble acusado de cáтары y despojado de todos sus bienes.

—Ven a la casa, Martín. —A Hugh parecía haberle caído bien el aragonés—. Estarás más caliente y seguro, mucha de la gente que llevamos es auténtica chusma. Mendigos y ladrones que buscan hacer fortuna y salvarse de sus pecados con las indulgencias de la Cruzada.

Martín accedió sin dudarle. Dentro, el normando reavivó el fuego de la chimenea, revolviendo las ascuas. Un par de sargentos cocinaban un caldo con tocino. Aquella noche durmió caliente sobre una vieja cama. Había tenido suerte. Se dirigía a Termes, la otra gran fortaleza donde Isabel podía haber ido a buscar el libro. Además, había comido y estaba resguardado, poco más podía pedir.

A la mañana siguiente la columna cruzada tardó en organizarse. Tal y como le

había explicado Hugh, muchos de sus integrantes eran hombres de la peor calaña. Era difícil pensar que fueran a luchar por Dios. Finalmente se pusieron en marcha.

—La baronía de Termes es todavía fiel a los Trencavel y su señor tiene fama de militar arrojado y luchador nato. Dicen que para acceder al castillo primero tienes que precipitarte al abismo, y entonces, por expresarlo de algún modo, trepar al cielo. — Hugh se rascó la barriga—. Esto es solo el aperitivo, cuando aseguremos toda esta zona, iremos donde realmente está el premio gordo.

—¿Dónde? —El aragonés no escondió su interés.

—A To-lo-sa. —El normando pronunció cada una de las sílabas de aquella ciudad como si fueran especiales.

—¿Es el conde un hereje? —preguntó Martín, ante la confianza que había ganado, de manera rápida e inesperada, con el irlandés.

—Eso a mí me da igual. He venido aquí a luchar y lo haré contra quien me ordene Simon de Montfort —contestó sonriente Hugh—. Para un normando como yo, lo único importante es la tierra. Nos lo han arrebatado todo en el norte, así que espero poder obtener un título aquí en el sur. Me da igual contra quién tenga que luchar.

—Pero, eres un cruzado.

—¿Y? —dijo entre risas—. ¿Has visto la chusma que nos sigue? ¿Tú crees que se puede llamar cruzados a esos miserables? Somos nosotros, los caballeros del norte, los que conquistaremos estas tierras, no los pobres hombres que manda Roma. Serán nuestras espadas las que limpien las ciudades de herejes, no las misas de los curas. Esta tierra será nuestra, cueste lo que cueste.

—Una cosa es acabar con los herejes, por lo que daría mi vida, pero no todos los nobles del Languedoc los apoyan —atestiguó el aragonés.

—Da igual —respondió más serio Hugh—. Son débiles, han permitido que sucediera todo esto. Han descuidado sus obligaciones, no pelean, prefieren luchar en torneos. No castigan a sus siervos, les entregan ciudades y favorecen que se enriquezcan con el comercio. No toman a las mujeres, las cortejan y hasta les escriben cartas. ¡Hasta ahí podríamos llegar! Solo faltaría que un noble tuviera que saber leer, escribir y mandar cartas a una mujer. ¡Como si no tuviera cosas más importantes que hacer!

—Son cartas de amor.

—¡Amor! ¡Vaya tontería! Eso es un invento de las mujeres para engañarnos y obligarnos a hacer lo que ellas quieren. ¡Amor dices! —Soltó una sonora carcajada—. Dime, ¿qué se supone que es el amor?

—Bueno, es... —Martín rebuscó entre todas las palabras que conocía—, es complicado de explicar.

—¡Ajá! —exclamó el normando con aspavientos—. ¡Ahí lo tienes! Ni siquiera eres capaz de explicarlo. Una cosa es que te atraiga una mujer y quieras copular con ella cuantas veces desees, o que te cases con una noble de alta alcurnia para heredar títulos, aumentar tu patrimonio y tener hijos fuertes que perpetúen tu linaje. Eso es lo

importante, pero ¡el amor! Eso son tonterías, los malditos trovadores y bufones se han encargado de expandir esas tonterías por estas tierras, y los necios nobles que las dominan se las han creído.

—Claro —Martín no supo que más decir.

—¿O es que acaso tú has estado alguna vez enamorado?

—¿Yo? Supongo que no.

—¿Cómo que supones? Algo que no se puede explicar, forzosamente no puede existir.

—Pero hay más cosas que son difíciles de explicar y eso no quiere decir que no...

—Martín sintió como el normando clavaba su mirada en él—. Quiero decir que no solo es eso. Es evidente que es cosa de mujeres, ¡el amor no sirve para nada!

—¡Exacto! Nuestro deber es proteger a los vasallos y el de ellos trabajar la tierra y servirnos, es bien sencillo, ¿no crees? Los curas oran, los campesinos laboran y los nobles los defienden.

Cuando el irlandés terminó de decir su última palabra, una flecha atravesó el cuello de uno de los peones que caminaba delante de él, desplomándose en suelo. Trató en vano de tapan la herida con sus manos, la sangre brotaba a borbotones y pronto tiñó de rojo el camino. A esa flecha la siguieron muchas más, y uno tras otro fueron cayendo los componentes de la columna. Los hombres de armas, en especial los caballeros, lograron protegerse con sus escudos y sus cotas de malla. En cambio, los voluntarios apenas pudieron defenderse.

Un muchacho, apenas un crío, cayó abatido a los pies de Martín. Una azcona le había alcanzado en un ojo y se retorció de dolor mientras intentaba sacarse él mismo el proyectil. Asustado, el aragonés, buscó con qué guarecerse, y encontró un escudo triangular de un peón que yacía muerto. Le cogió también el yelmo y desenfundó su brillante espada templaria. Esperó agazapado hasta que docenas de hombres salieron de la espesura del bosque gritando, enloquecidos. Parecían demonios salvajes dispuestos a acabar con toda la columna.

Vio como dos de ellos iban directos hacia Hugh, este los esperó y con dos movimientos de su espada les rajó a uno el abdomen y a otro la cara. Después llegó otro armado con una pica, Hugh la esquivó y la atrapó entre su antebrazo y su costado. A continuación, lanzó un golpe de espada que segó para siempre la cabeza del tronco de su enemigo. Dos flechas se estrellaron contra su armadura sin que se inmutara, y acto seguido se precipitó a por los arqueros, a uno le dio dos tajos con su filo en el brazo y la cara. El otro se escapó corriendo, pero Hugh lanzó su espada, a modo de azcona, y la clavó en su espalda. Momento que aprovechó un forzudo asaltante, tan grande como él, para atacarle con una maza de desmesurado tamaño. El irlandés esquivó hasta tres intentos de alcanzarle, y cuando su contrincante hizo una breve pausa antes del siguiente ataque, sacó una daga del cinturón y la clavó una y otra vez en el pecho del gigantón, que cayó de rodillas. Hugh le arrebató la maza y se lanzó contra dos asaltantes más.



Mientras, un hombre manchado de sangre y tuerto de un ojo se acercó a Martín armado con una guadaña. Se reía como si se tratase de la mismísima muerte que venía a buscarle. Le lanzó dos golpes de guadaña, que Martín detuvo con ayuda del escudo. El tuerto lo volvió a intentar tres veces más con idéntico resultado, hasta que en la siguiente ocasión, Martín se giró y contraatacó con un corte mortal. Su enemigo intentó huir mientras un chorro de sangre salía de su cuello y le manchaba la cara. Parte le entró en la boca y la escupió con asco.

Otro enemigo le atacó con una hacha de doble filo, detuvo el ataque con la espada templaria y con un giro de muñeca, propio de un verdadero caballero, introdujo la hoja de la noble arma en el pecho de su oponente. Excitado por el enfrentamiento se giró respirando forzosamente en busca de más sangre que derramar, pero solo encontró la figura de Hugh, embadurnada de sangre, con una maza en su mano derecha y una daga en la izquierda.

—Se retiran —aseguró el irlandés que había perdido su yelmo en la pelea—. Esos *faidits* son unos malditos cobardes, nunca combaten a campo abierto, siempre en emboscadas y escaramuzas. Habéis luchado bien, os felicito. ¡Buena espada!

—Gracias. —Martín echó un vistazo a su alrededor—. ¿Cuántos han muerto?

—No lo sé. Eso sí, ellos se han llevado lo suyo —respondió mientras recuperaba su yelmo, que permanecía al lado del cadáver de uno de los peones cruzados—. Debemos irnos, pueden volver con refuerzos.

Hicieron recuento. Ninguno de los caballeros había muerto, y solo dos sargentos y media docena de peones habían fallecido. En cambio, la mayor parte de los voluntarios que los acompañaban yacían sin vida sobre aquel paraje perdido del Languedoc.

A la tarde se encontraron con un mensajero que traía órdenes de Montfort. Minerve había caído y se había realizado un cónclave especial en la localidad de Saint-Gilles para comprobar si el conde de Tolosa había cumplido sus promesas. Aquello no alteraba sus planes, continuaron hasta Termes en la montañas de Corbières, cerca de Perpiñán y, por tanto, de la frontera con la tierras de la Corona de Aragón.

Se detuvieron en Limoux, una población que por su tamaño parecía de notable importancia. A la entrada del pueblo había un mercado con verduras. Cerca de una fuente, un reducido grupo de gente rodeaba a un trovador que vestía una saya muy ceñida, sobre ella ropas anchas y coloridas, un gorro puntiagudo y por calzado unas zabras. Al ver llegar los restos de la columna cruzada, los espectadores se retiraron, el trovador parecía estar relatando lo acontecido en el cónclave de Saint-Gilles. Martín le reconoció enseguida: era Miraval. Este le saludó nada más verlo con su habitual reverencia acompañada de su característico giro de muñeca.

—Martín, coincidimos de nuevo.

—¿Conoces a este personaje? —inquirió Hugh con desprecio.

—¡Personaje! Me lo tomaré como un halago.

—No lo es.

—Simpático tu nuevo amigo, soy trovador; el mejor del Languedoc.

—O sea, un bufón —respondió entre carcajadas el cruzado.

—Y vos, por vuestra peculiar forma de reír, debéis de ser normando.

—Así es. —Hugh miró con desprecio al trovador—. Martín, ¿dónde has conocido a un bufón como este?

—Comprendo que sea complicado de entender para alguien como... —El trovador parecía dudar en que palabra utilizar—... vos, pero no soy ningún bufón. Soy un artista y debéis tratarme como tal.

—Quieres decir un vago. Solo hay que ver tu aspecto. —Y lo miró malhumorado—. A tirar de los carros te pondría yo para que te enteraras de lo que es trabajar.

—Muchacho, ¿cómo es que acompañáis a este desterrado? —Miraval no se separaba de su laúd e hizo amago de tocarlo en un par de ocasiones.

—¿Qué has dicho, bufón?

—¡Basta! —Martín se interpuso entre ambos antes de que Hugh le golpeará—. Déjanos, Miraval. Nos han atacado unos *faidits* y no estamos para canciones.

—Lo lamento, estos territorios están cada día peor y las nuevas noticias no anuncian nada nuevo. —El trovador guiñó un ojo al aragonés, había entendido perfectamente que Martín no quería revelar dónde se habían visto antes.

—¿Qué nuevas noticias? —inquirió el normando.

—Ahora sí que me necesitáis, ¿verdad?

—¡Te voy a matar! —saltó de nuevo Hugh, que avanzó hacia Miraval—. ¡Maldito bufón!

—Tranquilo, hombretón. —El trovador miró desafiante al cruzado mientras daba varios pasos hacia atrás—. Al parecer el conde ha sido acusado de perjurio por los clérigos católicos, encabezados por Arnaldo Amalarico.

—¿Por qué han hecho tal cosa? —intervino Martín más conciliador que sus dos compañeros.

—Para evitar de esta forma que el conde de Tolosa tuviera derecho a hablar. En realidad el legado papal le había preparado una buena trampa al más importante noble del Languedoc. Tal es así que finalmente votaron seguir con la excomunión que pesaba sobre él desde el año pasado, sin que el conde pudiera abrir la boca. ¡No le dejaron decir ni una sola palabra!

—El conde es un rufián, un endeble —manifestó de manera airada Hugh.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pues qué bien. —El normando escupió contra el suelo empedrado.

—Ya ha pasado San Juan —señaló Miraval de forma misteriosa—, el momento en el que la Cruzada recibe más refuerzos y el período del año mejor para luchar. Todo hace presagiar que con la confirmación de la excomunión del conde tolosano, la Cruzada va a tomar nuevas fuerzas. ¿A dónde os dirigís?

—A Termes —contestó Martín poco animado.

—Entonces pronto lo podréis comprobar vosotros mismos. En el castillo de Termes, en las montañas de Corbières, se está repitiendo la estampa de lo que sucedió en Minerve. La fortaleza está asediada y las catapultas lanzan pájaros negros que surcan el cielo como presagio de muerte.

—Debemos llegar cuanto antes —carraspeó Hugh—, o nos perderemos la fiesta.

—Yo debo marcharme también, me alegra volver a veros, Martín. ¡El espectáculo debe continuar! Volveremos a vernos.

El aragonés tragó saliva y respiró profundamente cuando vio que el trovador se alejaba. Si Hugh hubiera descubierto dónde se habían conocido, habría puesto su vida en peligro.

## Minerve, julio de 1210

Sébastien y Marie comían algo de pan refugiados en una de las casas más altas. Los proyectiles llevaban cuatro semanas abatiendo la ciudad, primero sobre los edificios y después en los accesos a las fuentes de agua. La situación era desesperada, si aquel artefacto seguía disparando contra la escalera amurallada que descendía hasta los pozos, sería el fin. Y todos en Minerve lo sabían.

—Fue una locura venir aquí —carraspeó Sébastien sentado sobre un montón de paja.

—Nadie te obligó —respondió Marie.

—Deberías darme las gracias por haberte acompañado.

—¿Sí? Muchas gracias por invadirnos, por quemar vivos a mis conocidos, asesinar a mi familia y asediar nuestras ciudades. Gracias por saquear los campos, despreciar nuestras costumbres y atacar nuestras creencias. Muchas gracias, cruzado.

Sébastien tuvo que apretar el puño con fuerza y respirar hondo para no saltar sobre ella. Aquella muchacha le hacía hervir la sangre, su afilada lengua le alteraba como nadie ni nada lo había hecho antes, y sus palabras se clavaban en su pecho como flechas.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¡Tú! ¡Muchacho! —gritó un sargento que interrumpió bruscamente la conversación—. Necesitamos valientes para una misión clave para salvar la ciudad.

—¿Yo? —musitó sorprendido.

—Sí, es de vital importancia. ¡Vamos!

—¿En qué consiste? —preguntó Sébastien mientras se incorporaba.

—Es un secreto, pero el futuro de Minerve depende de ello —aseguró el militar.

—No insista —intervino Marie—, él no es...

—Cuenta conmigo —se anticipó el joven—. ¿Dónde hay que ir?

—Así me gusta. Acompáñame, debemos prepararnos.

—¿Qué pretendes? —preguntó la mujer desconcertada mientras le agarraba del brazo—. No tienes nada que demostrar.

—Por lo que me has dicho antes, creo que sí.

El muchacho se marchó con el sargento dejando a su compañera con la palabra en la boca. Sola y confusa. Con un extraño brillo en los ojos.

Acompañó a Brunet, que así se llamaba el sargento encargado de buscar doce hombres para una misión suicida. Llegaron a un barracón cerca del castillo que defendía el único acceso a la ciudad.

—Quitaos la ropa, os prepararemos para vuestra misión —ordenó Brunet.

Sébastien obedeció, al igual que el resto. Dos peones le dieron una cofia con la

que cubrirse la cabeza y un gambesón para taparse el cuerpo. Después uno de ellos llegó con una loriga que, una vez puesta, le protegía los brazos, la cintura, el pecho y los muslos. Estaba formada por varias piezas de malla metálica formando anillos de hierro entrelazados. Para resguardarse la cabeza y el rostro se cubrió con un almófar, un casco cilíndrico, que contaba con una carillera móvil que permitía liberar la parte delantera del rostro. Se cubrió con manoplas y brafoneras las manos y las piernas, respectivamente. Sin duda, con aquellas protecciones, su cuerpo quedaba a salvo de impactos de flechas y cualquier arma cortante. Uno de los dos peones, el más alto, también le ayudó a ponerse una sobrevesta completamente negra, sin mangas, acolchada y sin ninguna señal ni símbolo heráldico que lo distinguiera. El propio Brunet se acercó a él con un gran escudo, también de color oscuro, hecho de madera y forrado de piel. El peón más alto le ayudó a sujetárselo al antebrazo y a la mano mediante unas abrazaderas. El otro le trajo una espada de doble filo. Sébastien nunca se había imaginado ataviado de semejante manera, más propia de un caballero que de un simple campesino como él. La guerra todo lo puede y estaba claro que les preparaban para una arriesgada tarea. Al verse con la espada en la mano, recordó la que había encontrado en el asalto a Carcasona y que, luego, aquel monje cisterciense le robó de mala manera. Miró a sus compañeros y todos ellos vestían como él. Entonces cinco hombres más llegaron equipados de manera diferente. Con ropas oscuras aunque sin armaduras ni espadas. Portaban bolsas de cuero y antorchas.

—Escuchadme bien —ordenó Brunet—. La misión es simple, pero vital. Debéis salir de Minerve por el portón del sur. Bajar al acantilado, seguir hacia el este y subir por un camino secreto que los cruzados desconocen.

Todos asintieron a las instrucciones.

—Arnau —señaló a uno de los caballeros de negro— lo conoce perfectamente. Seguidle hasta llegar a la ubicación donde se emplaza esa arma que dispara los proyectiles contra la escalera amurallada que lleva a los pozos de agua.

—¿Y allí? —preguntó uno de los voluntarios.

—Los doce soldados deberéis doblegar a la guardia y resistir los refuerzos que seguro llegarán rápidamente —respondió Brunet—, mientras los cinco zapadores incendian el gran trabuco. La suerte de Minerve está en vuestras manos, no lo olvidéis.

Parecía un buen plan. Por fin cerraría la boca a Marie. Estaba harto de sus reproches y dobles sentidos de sus palabras.

Al caer la noche, la compañía, todos vestidos de negros, se deslizaron por el portón señalado y descendieron el acantilado que defendía la ciudad. Avanzaron con sigilo. Los zapadores se quedaron ocultos tras unas rocas con todo su material incendiario preparado. Los doce voluntarios para el asalto continuaron con la mayor discreción. Treparon por las paredes rocosas y llegaron a una pequeña zona arbolada justo al lado del puesto que vigilaba el arma de asedio. Se trataba de un enorme brazo de madera, con unos pesados contrapesos en un extremo; y en el otro, grandes rocas

preparadas para ser lanzadas a la mañana siguiente. Sébastien repasó la vigilancia. Al parecer había seis hombres controlando el perímetro y otros dos el trabuco. No había rastro de nadie más. Los que rondaban la máquina, cada determinado intervalo de tiempo, daban una vuelta completa al trabuco de contrapeso para comprobar que no había nada extraño. El resto solo hacía guardia, debían de llevar tiempo ya, pues se los veía cansados y poco atentos. Entonces apareció un cruzado más, era un caballero. Dio varias órdenes a los dos primeros hombres y puso en guardia a los seis soldados restantes. Aquello complicaba su acción, pero estaban demasiado cerca, no podían retroceder. Brunet era el encargado de dar la orden de atacar. Eran superiores en número e iban bien armados, no podían fallar. La clave era atacar lo más rápidamente posible e impedir que dieran la voz de alarma. Para ello, media docena de los asaltantes iban armados con ballestas, de esta manera eliminarían a la primera línea de vigilancia. A los otros dos cruzados habría que pasarlos por la espada. Todo se dispuso, Brunet silbó y seis dardos emplomados atravesaron las cotas de malla con la cruz en el pecho. Los guardias cayeron de inmediato y una banda de soldados negros surgió de la oscuridad para rematarlos en el suelo. Sébastien y otro caballero corrieron como llevados por el mismo demonio para sorprender a los dos centinelas del trabuco. Él fue el más rápido y clavó su espada a la altura del estómago de su enemigo, saliendo la hoja por su espalda. El cruzado se agarró a su sobrevesta e intentó decirle algo, pero lo único que salió de su boca fue un borbotón de sangre. Se desplomó a sus pies, ya sin vida. Se giró y se percató de que su compañero todavía forcejeaba con el otro vigilante, así que recuperó su espada y atravesó con ella el cuello del defensor.

—Muy bien, muchachos —dijo Brunet nada más llegar—, ahora id todos a ocultaros tras esos matorrales. Cuando vean las primeras llamas vendrán corriendo para apagarlas, no dejéis que nadie pase. ¿Entendido?

Sébastien asintió al igual que el resto de soldados negros, y corrieron a confundirse con la oscuridad. Entonces llegaron los zapadores, dos de ellos rociaron parte de la máquina de asedio con grasa y aceite, mientras otro juntaba madera y leña junto a la base. A continuación, los otros dos llegaban con antorchas encendidas. Y con ellas prendieron todo el material. Pronto el ambiente olió a humo y las primeras llamas iluminaron la noche. Al fuego le acompañaron los gritos de los primeros cruzados que se percataron del sabotaje. Los zapadores se afanaron en avivar el fuego con más madera seca.

Llegaron dos peones cruzados corriendo, Sébastien y los suyos los recibieron con las espadas afiladas y dieron buena cuenta de ellos. La alarma había sido dada con rapidez, y por el lado opuesto a donde esperaban aparecieron una veintena de cruzados. Los asaltantes dispararon sus ballestas, causando varias bajas, pero no las suficientes, y los defensores consiguieron alcanzar a los zapadores. Estos tuvieron que sacar sus espadas para defenderse, no pudiendo seguir avivando el fuego.

—¡Vamos! ¡A ellos! —gritó Brunet, pero un caballero cruzado irrumpió en la

escena y clavó una larga lanza en su pecho, callándole para siempre.

Sébastien y el resto dudaron qué hacer, pero por poco tiempo. Al darse la vuelta vieron como decenas de hombres corrían a por ellos. Empezó a respirar con dificultad, miró a su alrededor. Dos de sus compañeros luchaban en mala posición contra un jinete. Otros defendían a los zapadores. Solo quedaban tres más y él para detener aquella masa humana que corría hacia su posición. A los dos primeros los recibió bien, a uno le cortó la garganta con la espada y al otro le golpeó con el escudo, derribándole, y le remató en el suelo. Se puso en guardia de nuevo, pero los siguientes cruzados que llegaron lo esquivaron y corrieron hacia el trabuco, con la única intención de detener el incendio. Algunos llevaban cubos de agua, muchos mantas y otros se apresuraban a apagar el fuego echándole tierra. Sébastien se lanzó a detenerlos con la espada en alto.

—¡Fuera! ¡Cobardes! —E hizo varios giros que ahuyentaron momentáneamente a algunos de ellos que no iban ni armados.

Se dio la vuelta, el fuego estaba casi apagado, por el otro lado habían llegado más hombres provistos de abundante agua. Buscó a los suyos, parecía que ya no había nadie en pie. Vio acercarse una docena de cruzados a caballo y supo que moriría si seguía allí. Lanzó su escudo contra quienes le rodeaban y salió corriendo hacia el acantilado. Notó como varias flechas le golpeaban en la espalda sin atravesar la cota de malla. No podía respirar bien así que se quitó el almófar y la cofia del casco. Siguió corriendo hasta el camino oculto que los había llevado hasta aquel lugar. Confiaba en que los cruzados no lo encontraran. Y así fue inicialmente, pues nadie le siguió. Sin embargo, pronto vio las antorchas iluminando la parte alta del acantilado. Él ya había conseguido descenderlo casi en su totalidad, ya no podrían atraparlo. Con lo que no contaba fue con la lluvia de flechas que cayó a sus pies. Una de ellas le alcanzó en la mano izquierda, atravesando la manopla que la protegía. La punta no había entrado demasiado, con mucho dolor, logró sacársela y seguir adelante. Parecía que estaba fuera del alcance de los arqueros cruzados.

Sin fuerzas llegó a Minerve, varios hombres le esperaban en el portón. Le introdujeron intramuros y uno de los guardias le quitó la cota de malla para que pudiera respirar mejor. Le vendaron la mano y le dieron agua de beber. Esperaron unos minutos, desgraciadamente fue el único de los voluntarios en volver.

—Hemos visto el fuego en la máquina de asedio —afirmó uno de los presentes.

—¿Habría sido suficiente? —preguntó otro, uno de los más ancianos de la ciudad.

—Seguro que sí —se anticipó uno capitane de la guardia de la ciudad—; vamos, dejadle. Debe descansar. Muchacho, eres un héroe para Minerve.

Marie, al verlo, corrió para abrazarlo. Entre las pocas fuerzas que le quedaban y la sorpresa por el recibimiento de la mujer, apenas pudo mantener el equilibrio y a punto estuvo de caer al suelo.

—Gracias —murmuró la joven con lágrimas en los ojos—, perdóname.

—No te preocupes.

—He sido una estúpida. —Y siguió llorando como si le importase aquel muchacho.

—Espero que haya servido de algo, el resto ha muerto —respondió Sébastien con una mezcla de tristeza por la muerte de sus compañeros, de alegría por estar vivo y también por recibir, finalmente, el reconocimiento de Marie. Todo ello unido a un terrible cansancio.

A la mañana siguiente los cruzados no atacaron. Sin embargo, después del mediodía la «mala vecina» volvió a disparar. Una nueva roca negra surcó el cielo del Languedoc. Los daños en la máquina no habían sido tan graves y pudo ser reparada en poco tiempo. Cuando Sébastien escuchó el primer impacto se despertó y se levantó de la cama alterado. Se dirigió a la calle, Marie se interpuso en su salida.

—¿A dónde crees que vas? Han reparado el trabuco. Minerve está perdida. —A continuación dejó libre la puerta y se dirigió hacia la mesa junto al hogar—. ¿Qué vamos a hacer?

—La ciudad caerá —musitó Sébastien petrificado por la noticia.

Sus esfuerzos habían sido en balde. Poca esperanza había ya para Minerve.

—Sí, se rendirá cuando ya no tenga agua.

—Debemos rendirnos, los cruzados nos perdonarán la vida —carraspeó Sébastien.

—¿Ya te has olvidado de lo que hicieron tus amigos al entrar en Béziers? No, nos mataran a todos.

—Es diferente, aquello fue una barbarie, pero las cosas han cambiado.

—Nos mataran, como lo hicieron en Béziers. —Marie apartó a Sébastien de su camino y se arrodilló frente a la mesa—. Estamos atrapados aquí, si los cruzados entran ¿qué podemos hacer? No podemos quedarnos aquí si la ciudad cae.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Huir? —Marie respondió con la mirada—. ¿Cómo? No hay manera de escapar de Minerve, está totalmente asediada.

—Claro que la hay, te recuerdo que tú mismo saliste ayer.

—Eso es diferente, era una misión militar.

—Te aseguro que esto es más importante.

—¿El qué? Salvar tu vida, díselo al resto de hombres y mujeres que se hacían tras estos muros.

—Mi vida no vale nada, pero... —Y miró a su bolsa de cuero— lo que llevo conmigo sí.

Sébastien permaneció callado, siguió la mirada de Marie hacia aquella pequeña alforja que con tanto recelo llevaba siempre consigo la joven. Recordó cómo habían escapado de Carcasona.

—El libro, ¿es eso lo que te preocupa?

—Sí, es lo único.

—Entonces, si es lo que deseas, te ayudaré.

Marie permaneció en silencio y después suspiró. Se acercó a él, tanto que



Sébastien echó un pie atrás. Sus bocas se acercaron tanto que podía sentir el olor de sus labios.

—Te lo agradeceré cuando salgamos de aquí. —Y se dio la vuelta.

Aquella misma noche, dos figuras abandonaron Minerve por el mismo portón por el que la noche anterior había salido la fallida compañía de sabotaje. salvaron el precipicio que protegía la ciudad y rodearon el campamento cruzado. Avanzaron por los bosques hasta llegar a uno de los caminos principales y se perdieron dirección sur.

Tras siete semanas de asedio, la ciudad cayó dos días después de aquella huida. A los habitantes se les dio la opción de elegir entre la abjuración de su fe y la hoguera, la gran cantidad de perfectos que había en Minerve se autoinmolaron. Más de un centenar se lanzaron, por su propio pie, a las llamas del infierno.

## Roma, septiembre de 1210

Entró en la ciudad santa por la Vía Apia, pasó junto al arco de Septimio Severo, una de sus torres era ahora el campanario de la iglesia de los santos Sergio y Bacco. Continuó dejando atrás el Coliseo y llegando hasta la columna de Trajano. Desde allí contempló la fortaleza de ladrillo oscuro que su hermano Ricardo había ordenado construir, la torre de los Conti, prueba del poder que había alcanzado su familia y que le había llevado hasta el trono de san Pedro.

Gobernaba la siempre peligrosa y bulliciosa Roma con una autoridad incuestionable, ningún papa de la historia había sido tan poderoso como él. Los príncipes y reyes se habían postrado de rodillas ante su trono. Había limpiado el clero de escoria y los grandes clanes de la ciudad, los Frangipani o los Colonna, estaban bajo su control. Se había convertido en el juez de la cristiandad y un ejército de burócratas legislaba sobre el derecho canónico, de tal manera que Roma controlaba todos los asuntos de los reinos cristianos.

Por primera vez en siglos, Roma también controlaba el palacio episcopal de Bizancio, consecuencia de la Cuarta Cruzada. Inocencio III sonreía de codicia solo de pensar en el inmenso poder que poseía, nada iba a interponerse en los designios de Dios. Aunque todavía quedaban zorros en la viña del Señor. Creía en la buena fe del conde de Tolosa, aunque no tanto en su capacidad. Lo apreciaba como súbdito suyo que era, sin embargo sabía que debía guiarle si quería que actuara frente a los herejes. El conde tolosano era ya un hombre mayor, como él, representante de los Saint-Gilles, una antigua familia que había luchado en la Primera Cruzada, por lo que no había duda de su fe. Poseía lazos de sangre con las casas reales de Inglaterra, Francia, Aragón y otros pequeños estados cristianos. Cuando pensaba en él, sabía que no era el hombre más adecuado para acabar con la herejía, pero también reconocía su lealtad y la de su familia. No obstante, si el conde de Tolosa no era la solución, entonces era parte del problema. Según sus legados, había constancia de que protegía herejes, o al menos no los castigaba, y eso para el príncipe de Roma era la misma cosa.

—Levantaremos la excomunión al conde aunque no recuperará el estado de gracia del que antes disfrutaba y veremos si son ciertas las acusaciones sobre el asesinato de Castelnou.

—Como ordenéis, santidad —respondió su secretario personal, un joven del Piamonte, mientras ambos seguían caminando por Roma.

—¿Cómo va la labor del obispo de Tolosa?

—Fulco ha saneado las cuentas de la diócesis.

—¿Y la fe? ¿También ha saneado a los hombres?

—Ha emprendido una campaña de sermones. Conocéis su habilidad para las

homilías. No en vano antes de sacerdote era lo que allí se conoce como trovador. Tiene sobradas dotes para la oratoria. Sin embargo su tarea es difícil, Tolosa está infestada de judíos, que prestan dinero a gran parte de la población. La usura se ve como algo habitual, santidad. Y no solo ellos, los herejes también lo hacen y el pueblo parece inmune a sus palabras. El dinero no les parece algo pecaminoso.

—¿Y qué va a hacer el obispo?

—Está creando una milicia religiosa, la Hermandad Blanca. Con fieles católicos, visten una cruz blanca sobre un hábito negro y marchan de noche en procesión con antorchas por los barrios de herejes. Pero esos adoradores del gato han creado su propia hermandad, la Hermandad Negra. Que los vigila y ataca.

—El obispo ha conseguido su cometido, enfrentarlos. Si la ciudad se ve alterada, del caos resurgirá la fe cristiana. El conde de Tolosa es un viejo cobarde, intentará todo para conservar sus dominios. Hará lo necesario para cumplir sus promesas, aunque dudo de que sea capaz, no es ni hábil ni valiente —sentenció el sumo pontífice.

—Su bisabuelo entró en Jerusalén liderando la primera de las Santas Cruzadas.

—Hace ya mucho de aquello y por desgracia el honor se hereda, pero la valentía no.

Frente a la ladera de la colina Celiana, entre los fértiles campos de cultivo pontificios, alcanzó la basílica de San Juan de Letrán, la más antigua de Roma, construida por Constantino. El emperador que había elevado al cristianismo a religión oficial del antiguo Imperio romano. Una vez dentro, Inocencio III, imitando a Jesucristo, subió los veintiocho escalones de la *Scala Santa* que la madre de Constantino, Helena, había traído a la basílica desde la residencia de Poncio Pilato en Jerusalén. A veces sentía el enorme peso de la cristiandad sobre sus hombros y recorría las cámaras de las reliquias, donde descansaban las cabezas de san Pedro y san Pablo, el arca de la Alianza, las tablas de Moisés, el manto de la Virgen y la mesa de la Última Cena. En su capilla privada estaba el prepucio y el cordón umbilical de Jesús. Si los buenos hombres del Languedoc hubieran visto toda esa exhibición y adoración de lo material, solo hubieran sentido vergüenza y un profundo desprecio. Sin embargo, para la Iglesia aquello era lo más cercano al cielo que se podía estar en este mundo terrenal.

—Santidad, el enviado de Arnaldo Amalarico ha llegado.

—Hacedle pasar de inmediato.

El emisario entró en la sala, se acercó al papa y se prosternó ante él con humildad.

—Santo padre, la situación es muy peligrosa —afirmó Teodosio sin más preámbulos—. La herida de la herejía se ha infectado. Ya no es posible curarla, debemos ser valientes y amputarla, aunque nos duela.

—Tranquilo, Teodosio, vayamos con calma.

—La herejía continúa, es más, se expande. Los nobles la cobijan. El conde de Tolosa no actúa y...

—Despacio, por favor, Teodosio, con más sosiego —exigió el sumo pontífice.

—Disculpadme, santidad.

—Tenemos innumerables problemas, sin ir más lejos las mujeres.

—¿Qué ocurre con ellas? —preguntó el papa en tono paternal.

—Son un grave peligro en el Languedoc, y las que poseen una edad madura son las peores.

—No os entiendo, Teodosio —interrumpió Inocencio III—. ¿Qué se supone que hacen?

—Adoctrinan en sus casas. Forman a las jóvenes en sus hogares para que después se casen y tengan hijos herejes. Se dejan seducir por trovadores y caballeros, y delante de sus maridos. Fornican durante horas y se reproducen como ratas.

—¿Son ciertas tus palabras? —inquirió reticente el sumo pontífice.

—Por supuesto, santidad. Están corrompidos por esa idea maligna de la transmigración de las almas. Afirman que hoy son mujeres pero en otra vida pudieron ser hombres.

—¡No quiero oír esas blasfemias! —El papa alzó el tono de su voz—. ¡Y menos aquí!

—Lo lamento, sumo pontífice. —Teodosio realizó una genuflexión ante él—. Esas mujeres son poderosas, en el Languedoc son dueñas de tierras y títulos. No es como en el norte, donde la herencia es indivisible, allí en caso de muerte del señor, todos sus hijos se reparten sus posesiones. Creemos que la herejía ha llegado a tres cuartas partes de la población de los condados de Tolosa, Foix y Comminges. Se reúnen en hogares dirigidos por mujeres adoradoras del gato, donde acuden cátaros para embaucar a los habitantes de esas tierras con mentiras y engaños. La situación es desesperada, santidad —afirmó entre lágrimas—. Por las noches hacen fiestas con trovadores y juglares, invocan al maligno y realizan orgías y rituales donde veneran al demonio.

—¿Y el clero? ¿Qué hacen los sacerdotes y los obispos? ¿Y los nobles? ¿Acaso consienten tal herejía?

—Se pelean entre ellos como verduleras sobre la posesión de las tierras y los impuestos. Han abandonado las almas de los hombres a su suerte. Muchos clérigos han huido de sus iglesias o no conocen correctamente la liturgia. Por lo que no pueden enfrentarse a los perfectos cátaros, que los humillan en público leyendo las Santas Escrituras.

—¡Qué vergüenza! —El sumo pontífice negaba con la cabeza desanimado.

—Antes de nuestra llegada, los obispos reñían con los abades de los monasterios por los diezmos e impuestos. Por ejemplo, en la elección de un nuevo abad para el monasterio de Alet, los Trencavel llegaron a desenterrar el cadáver del antiguo, lo colocaron erguido en su silla y se atrevieron a convocar a los monjes, que aterrados tuvieron que acudir para ver el espantoso cuerpo corrompido.

—Llenas de pena mi corazón con tus palabras. ¿Cómo es posible tanta crueldad?

—preguntaba el papa mientras se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Qué hemos hecho mal?

—Hombres ciegos, perros sordos que ya no ladran, nobles que hacen cualquier cosa por dinero, celosos de avaricia, amantes de los obsequios, buscadores de recompensas. Sin duda el principal culpable de tantas ofensas en esas tierras es el arzobispo de Narbona, cuyo dios es el dinero, cuyo corazón está en su tesoro, solo se preocupa por el oro.

—¿Berenguer? De sobra sabéis que detesto a ese hombre, pero está protegido en su ducado. No obstante, discrepo en que él tenga algo que ver con la herejía. Bien es sabido que protege a los judíos y se apodera del dinero de la Iglesia, sin embargo no creo que sea un hereje.

—No es tan sencillo, santidad. El arzobispo tiene una inmensa biblioteca, con cantidad de libros prohibidos.

—¿Estáis seguro? —inquirió preocupado el papa.

—Me temo que sí, los judíos se los proporcionan. Llegan de Oriente y son traducidos del griego a la lengua de oc en el propio palacio arzobispal.

—Eso es terrible —reaccionó Inocencio III—, pero ¿qué tiene que ver con los cátaros?

—Puede que en su biblioteca se encuentre la que llaman la biblia cántara.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó con los ojos abiertos como platos—. ¿Existe tal aberración?

—Sí, en nuestros interrogatorios a los cátaros hemos descubierto que han creado un texto herético que denominan el *Libro de los dos principios*.

—¡Qué barbaridad! —El papa perdió por primera vez los nervios.

—Lo es, Arnaldo Amalarico creyó necesario alertaros sobre ello.

—Bien, quiero ese libro a toda costa. ¿Me entendéis? Es prioritario que lo encontréis y lo destruyáis. ¡Cuánto mal puede hacer un libro así! Puede ser el principio del fin.

—Nos haremos con él, no temáis —intentó tranquilizarle su secretario personal.

Sin embargo, el sumo pontífice parecía desalentado, como si una gran losa hubiera caído de pronto sobre sus espaldas.

—¿Qué ocurre en esas tierras para que se agolpen tantos problemas? No logro entenderlo.

—Sus gentes tienen demasiada libertad, ya sabéis lo peligroso que es eso —contestó Teodosio.

—Desde luego, no hay nada peor que los hombres puedan elegir. Hay que limpiar ese territorio. Controlar y guiar a sus habitantes, debemos ser sus pastores. No podemos dejar en manos de la nobleza un deber que nos corresponde a nosotros.

—Estoy de acuerdo.

—El auge de las ciudades y el comercio es otra de las causas del mal.

—Eso es el verdadero problema, el comercio, que enriquece a miserables

plebeyos y las ciudades donde los hombres se sienten libres. Hay que acabar con todo ello —afirmó enojado Inocencio III—. ¿Y el conde de Tolosa? Su madre, Constanza, era hermana del rey de Francia. ¿También él es un hereje?

—También, sumo pontífice. Recordad que Constanza huyó de Tolosa y se refugió en la corte de los Capeto y su matrimonio fue anulado. El conde ha tenido ya cuatro mujeres, todas fallecidas. La última murió con el cambio de siglo, era hermana de los reyes de Inglaterra Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra. Su corte está llena de cátaros y judíos, no podemos confiar en él.

—Esa familia de los Saint-Gilles ha sido siempre católica. El bisabuelo del actual conde, después de luchar en la Primera Cruzada en Jerusalén, permaneció en Oriente formando un reino cristiano al sur. Son una familia importante, tienen territorios en Provenza como vasallos del Sacro Imperio romano; las tierras de Tolosa vasallas del rey de Francia y propiedades en Gascuña de las que responden ante el rey de Inglaterra. Aragón ha ampliado su poder en la zona con la ciudad de Montpellier y es su mayor enemigo. El conde de Tolosa nunca será un rey, pero es el señor más importante del Languedoc.

—Y un hereje —apuntó de manera firme Teodosio.

—Esa es una acusación demasiado grave y que no os corresponde a vos juzgar.

—Perdonadme, santidad.

—¿Y el resto de la nobleza?

—El conde de Foix ha abrazado la herejía, como su hermana y su esposa realizaron públicamente, santidad —explicó con detenimiento el emisario—: mata sacerdotes y asedia castillos de los cruzados.

—Cuánta maldad. ¿Y los dominios de los Trencavel? ¿Han mejorado desde que confirmé a Montfort como vizconde?

—Ya lo creo, santo padre. Aunque todavía queda por hacer. Además, esos territorios son todos dependientes del rey de Aragón.

—Así es. —El papa pareció recuperar los ánimos—. Pedro II es un fiel católico, yo mismo lo coroné aquí, en Roma.

—El rey aragonés no parece demasiado conforme con su nuevo vasallo.

—Ese asunto es diferente.

—Lo sé. —Teodosio midió sus palabras—. Y Montfort le servirá bien. Ahora el nuevo vizconde necesita proseguir con la Cruzada y para ello precisa más refuerzos.

—Haré una nueva llamada a la Cruzada.

—Sabia decisión, santidad.

—Pero no olvidéis que Pedro II es un aliado.

—Por supuesto.

—Marchad en paz, *in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*.

Teodosio abandonó la estancia pontificia y el secretario personal del papa se acercó pausadamente al santo padre.

—Un tema delicado el del Languedoc.

—No cabe duda.

—Han llegado mensajes lamentándose de los métodos de vuestro legado papal —  
informó el piamontés.

—Arnaldo Amalarico no es piadoso ni humilde. Sin embargo, en estos tiempos difíciles que vivimos, la Iglesia no necesita piedad y la humildad hace tiempo que se perdió. Fui elegido papa para guiar a la cristiandad en este nuevo siglo y os aseguro que así lo haré, aunque me vaya la vida en ello.

## Termes, octubre de 1210

Hugh llegó cargado con un corzo que había cazado en el bosque, desolló al animal, separando la piel de la carne con ayuda de un afilado cuchillo y lo ató a una rama para colocarlo sobre el fuego junto al que se calentaba Martín.

—Estás hecho todo un cocinero —le dijo el aragonés.

—¡Calla! Estoy harto de este asedio, seis semanas llevamos en este lugar para nada.

—¿Preferirías asaltar la fortaleza?

—Pues sí, no estaría mal algo de acción. Parecemos carceleros más que soldados —se lamentó el normando—. Todo el día vigilando, ¡estoy harto!

—Suerte —bromeó Martín—, nos matarían seguro. Este castillo es tan inexpugnable como el de Cabaret.

—¿Acaso conoces el Castillo Rojo? ¿Has estado allí?

—No —respondió rápidamente—, pero he oído hablar de él.

—¿Y quién no? ¿No habrá sido gracias a tu amigo el trovador?

—Hugh, aquel bufón no es mi amigo. Por alguna extraña razón se fijó en mí, nada más.

El irlandés asintió poco convencido. Como si realmente sospechara algo.

—¿Tú por qué crees exactamente que estamos aquí?

—Hemos venido para luchar por Dios, por eso nos unimos a la Cruzada.

—¿Solo por eso? —inquirió Martín.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, a veces tengo la sensación de que hay algo que nos ocultan. Es como si los grandes señores nos escondieran otros motivos —comentó de forma sutil—; tú eres un caballero.

—Sí, aunque no como Montfort o Robert de Mauvoisin.

—Pero lo eres, seguro que tú sabes más que yo.

—Puede ser, muchacho, aunque no es conveniente hablar de estas cosas. —El pelirrojo miró a su alrededor—. Al menos no rodeados de gente.

—Nadie nos escucha, Hugh. —El irlandés se rascó la perilla y, finalmente, se acercó al aragonés—. ¿Qué sabes?

—Bueno, los caballeros hablan a veces...

—¿De qué? —Martín agitó la mano pidiéndole que continuara.

—Montfort y el legado papal nos han prometido títulos y tierras en estos condados.

—Ya lo imagino por lo que me dijiste el otro día, pero ¿a todos los nobles y caballeros?



—Sí, dijeron que habría de sobra. Que expulsaríamos a todos los señores del Languedoc y que tomaríamos su lugar.

—¿Cómo hizo Montfort con la casa Trencavel?

—Así es. —Hugh comprobó de nuevo que nadie los escuchaba.

—¿Y qué más? Porque hay más, ¿verdad? —Atisbó astutamente el aragonés.

—El legado papal —el normando midió sus palabras—: creo que él también aspira a obtener algo material.

—Nada me extraña del enviado del papa, ¿y qué quiere?

—No estoy seguro —contestó Hugh dubitativo—, parece ser que ansía un propósito concreto en estas tierras, aunque no sé el qué. Con el clero nunca se sabe.

—El legado papal está buscando algo en el Languedoc —pensó en voz alta Martín—, ¿no será un libro?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido el irlandés.

—Era una posibilidad —contestó el joven restándole importancia.

—Tú lo has dicho, cuanto menos te metas en esos temas mejor para todos —advirtió Hugh—. A veces parece que sabes más cosas de las que deberías, Martín.

—Tonterías, solo soy observador y tengo sentido común —se excusó el aragonés—, ¿y qué libro busca exactamente?

—Martín, te acabo de decir que es mejor que no sigas por ese camino.

—Es simple curiosidad, dime qué se rumorea, por favor.

—Algo sobre los cátaros —respondió Hugh poco conforme—, no estoy seguro de qué exactamente. —Y el normando lo miró amenazante.

—Tranquilo, es solo curiosidad. —Martín ya tenía lo que quería, así que intentó cambiar de tema—. ¡Cuidado! Se va a quemar la carne.

—¡Maldita sea! —Hugh fue corriendo a dar vueltas al corzo.

No hablaron del asunto en todo el día, Martín se encargó de impedirlo y de evitar cualquier conversación que fuera en ese sentido.

El asedio a Termes duró dos semanas más. Terminado el mes de octubre, su caudillo, Raimon de Termes, fue hecho prisionero y llevado a las mazmorras de Carcasona, la fortaleza se rindió y los cruzados pasaron a dominar todos los territorios de la casa Trencavel a excepción de la Montaña Negra.

Más al sur, el castillo de Puivert se rindió en noviembre. Un mes después se sometieron Castras y Lombez. Tras estos duros asedios, Simon de Montfort había recuperado todos los territorios rebelados en septiembre del año anterior. La Cruzada ya tenía un año y medio de vida, el vizcondado de Trencavel estaba limpió de herejía. Sin embargo, nada hacía presagiar que la Cruzada se fuera a disolver, sino todo lo contrario. Al margen del reducto inconquistable de Cabaret, las miradas de Roma y de su representante, el legado papal, empezaron a dirigirse hacia el oeste, al condado de Tolosa.

El conde, Raimon VI, reaccionó ante el peligro e inició una ardua labor diplomática para intentar demostrar su ortodoxia ante el papa, el emperador y el rey

de Francia y, al mismo tiempo aislar a Simon de Montfort de sus potenciales aliados en la corte de los Capeto y entre la alta nobleza francesa. En cuanto a los demás poderes del Languedoc, recurrieron desesperados a su señor superior: el rey de Aragón, pero nada obtuvieron de él.

Hugh, Martín y el resto de la tropa cruzada que había tomado Termes volvieron a Carcasona y días después salieron hacia el oeste. Era ya diciembre, el clima en el Languedoc cambiaba drásticamente y los cálidos veranos se convertían en terribles inviernos. A pesar de ello, alcanzaron el límite con las tierras del condado de Tolosa.

—Martín, tú eres de la Provenza, vasallo por tanto del rey de Aragón.

—Actualmente sí, aunque la Provenza fue heredada por su hermano, que por desgracia murió. Mientras su hijo crece, Pedro II es su tutor y como consecuencia de ello gobierna la Provenza.

—¿Qué harías si tu rey viniera a ayudar a los herejes?

—No vendrá —respondió con un nudo en el estómago.

—¿Por qué no? —insistió Hugh—. Me extraña que todavía no haya participado. Quiero decir militarmente, ha intentado mediar y está claro que ese camino tiene poco futuro.

—El rey de Aragón sabe qué es lo mejor para sus súbditos.

—Te aseguro que si mis vasallos estuvieran siendo atacados, fuese por quien fuese, acudiría a defenderlos.

—¡Hugh! Estás diciendo que debería venir a combatir contra nosotros, piénsalo bien.

—Es duro, pero así lo pienso. Un rey deber defender a sus vasallos, por poderosos que sean sus enemigos, de lo contrario no merece ser su señor.

—Al margen de los obstáculos morales, jurídicos y militares de una intervención abierta, te recuerdo que al otro lado de los Pirineos hay una guerra contra los almohades desde el año pasado y eso hace inviable que Pedro II pueda intervenir aquí, incluso si lo deseara, que no es el caso.

—Puede ser —murmuró el irlandés poco convencido.

—Tampoco el rey de Francia ha tomado parte en la Cruzada —replicó Martín molesto.

—Eso es verdad, sin embargo hay una diferencia clave, a Felipe Augusto estas tierras del sur no le importan nada. En cambio, tengo la impresión de que al rey de Aragón sí —detalló el normando—, por eso me extraña su comportamiento.

En esas palabras Martín descubrió que Hugh era mucho más que un gran guerrero.

Aquella noche se despertó entre sofocos. Sudaba y temblaba a pesar de que las ascuas de la hoguera todavía prendían. No era el frío lo que le había desvelado, sino sus fantasmas que le atormentaban. Unos ojos bicolor que se adueñaban de sus sueños. Hacía demasiado tiempo que había dejado de buscar a Isabel, pero ella parecía perseguirle al caer la noche.

«¿Y si es esto el amor?», se preguntó en aquel lugar perdido del Languedoc.

Quizás Hugh se equivocaba, quizás el amor no era solo un engaño de las mujeres, que los trovadores popularizaban allí donde iban. Quizás sí existiera, y si bien no podía verlo, sí podía sentirlo.

### Algún lugar al sur del Languedoc, noviembre de 1210

Sébastien seguía a Marie por un estrecho sendero dirección a Foix. Habían llegado a un territorio abrupto y aislado. Se suponía que era un lugar seguro, libre de cruzados. Sin embargo, se habían encontrado con varias patrullas en los caminos. Por lo que o eran simples grupos de reconocimiento o pronto atacarían el condado. Seguramente en primavera, cuando recibieran nuevos refuerzos del norte.

—¿A dónde vamos, Marie?

—Al sur, lejos de los soldados de Montfort —respondió la cátara.

—Pronto llegaran también aquí, no estaremos mucho tiempo seguros.

—Hay un lugar en el que sí. —La joven de Béziers continuaba caminando.

—¿Cuál? ¿Un castillo?

—No, una especie de santuario excavado en la roca. Allí estaremos a salvo.

—Ojalá tengas razón, ¿conoces bien el camino?

—Más o menos.

—Alto. —Sébastien la cogió del brazo y ella se volvió—. Dime la verdad, ¿realmente sabes cómo llegar?

—Tengo alguna duda —confesó la cátara—. Solía ir de niña. Mi abuela nos llevaba allí a mi hermana y a mí.

—Hace ya mucho de eso, ¿recuerdas el camino?

—Sé que estaba al sur. Yo era una cría, pero fui muchas veces. Nos gustaba dormir junto a la entrada de una cueva. Me tumbaba y miraba la cúpula celeste —relataba Marie emocionada con cierta nostalgia acentuando sus palabras—. A mi hermana le encantaba buscar formas en las estrellas y mi abuela conocía sus nombres, yo era demasiado pequeña para eso, aunque recuerdo que me atraían unas estrellas brillantes que estaban alineadas.

—Espera, ¿has dicho alineadas?

—Sí. —Marie miró al cielo, pero el sol aún brillaba con fuerza y faltaba mucho hasta que cayera la noche.

—Háblame de ellas.

—¿De las estrellas? —inquirió la mujer desconcertada—. ¿Qué quieres que te cuente?

—¿Hacia dónde apuntaban?

—No sé, no lo recuerdo.

—Haz un esfuerzo. Piensa, ¿estaban alineadas hacia la salida o la puesta del sol?

Marie desconcertada, volvió a observar el cielo, en él las nubes volaban como sus recuerdos. Miró a Sébastien y suspiró. Se agachó y se tumbó sobre el suelo. Sus ojos apuntaron al firmamento y después los cerró.

—Creo que más bien hacia donde sale —respondió todavía con sus pupilas ocultas.

—Entonces puede que sea el Cazador.

Marie abrió los ojos y se levantó.

—Tus tres estrellas, pueden tratarse de la constelación del Cazador: Orión —explicó Sébastien mirando al lugar donde nacía el sol—. Vamos a hacer una cosa, esperaremos a que anochezca y buscaremos esas estrellas, a ver lo que recuerdas, e intentaremos guiarnos por ellas.

—¿Sabes leer las estrellas?

—Mi padre me enseñó, yo también jugaba de niño a buscarlas en el firmamento.

—¿Dónde aprendió?

—Fue marino, intentó una vez viajar a Tierra Santa para unirse a la Cuarta Cruzada. No lo consiguió y tuvo que trabajar en una embarcación para costearse el viaje de vuelta a casa, allí aprendió a orientarse con ellas.

—Eres una caja de sorpresas. —Marie le regaló una sonrisa—. Refugiémonos en aquel saliente y esperemos a que llegue la noche.

Prepararon una fogata con la que calentarse, cuanto más al sur avanzaban más frío hacía. El invierno empezaba a asomarse entre las montañas y prometía ser duro e intenso. Hubo suerte y las nubes de la tarde se marcharon con el sol. Un firmamento despejado se mostraba ante sus ojos como un tapiz tejido de estrellas.

—¿Cuántas crees que hay?

—Miles, supongo...

—Yo alguna vez de niña jugaba a contarlas con mi hermana —contó Marie ilusionada.

—¿Y lo conseguiste?

—Creo que una vez llegamos a trescientas.

—No está nada mal. —Sébastien se rascaba la barba observando la inmensidad del cielo—. Mira, esas son las de Orión, ¿son las que veías de pequeña?

—Sí, son esas. No me había vuelto a fijar en ellas desde entonces —comentó Marie entusiasmada.

—Las estrellas siempre están ahí, esperando que las miremos y soñemos con ellas —comentó el franco pensativo—. Intenta recordar si están en la misma posición que cuando las veías de niña.

—No del todo, yo me tumbaba como ahora y las encontraba más a la derecha.

—Perfecto, ¿te acuerdas de más estrellas?

—Sí, aquella de allí. —Y volvió a señalar en el firmamento—. La que brilla tanto.

—Creo que a esa la llaman Venus —murmuró el joven franco.

—No estaba tan baja, la recuerdo más alta.

—¿Alguna otra?

—Sí, aquella especie de carro —respondió Marie uniendo las estrellas con su dedo índice.

—El carro mayor tiene siete estrellas. ¡Fantástico!

—Estaba más a Poniente.

—De acuerdo. —Sébastien se incorporó y dibujó algo en el suelo con una ramilla de un árbol—. Intenta recordar más. De todos modos, mañana seguiremos al sudeste, creo que podemos calcular la dirección de ese santuario con ayuda de las estrellas. El Cazador es una constelación muy especial. Debajo de ella y ligeramente a la izquierda, hay un grandioso punto luminoso que es la estrella Sirio, la más brillante del cielo. El cazador no está solo, viene acompañado de dos perros. El mayor se ubica junto a Sirio y el menor al otro lado.

—¿Qué más sabes? —preguntó intrigada la muchacha.

—Solo historias de marineros.

—Cuéntamelas.

—Son solo tonterías.

—Pues quiero oírlas. —Marie esbozó una sonrisa tan dulce como irresistible—. Por favor.

—Está bien —claudicó Sébastien—. En la mitología antigua, esas estrellas representaban a Orión, un temido cazador que perseguía a Aldebarán, el toro del cielo, y llevaba siempre acompañándole a sus dos perros el Can Mayor y el Can Menor. Se hablaba de que Orión, siempre estaba presumiendo de su valor y, al parecer, tenía fama de poder vencer a cualquier fiera. Por ello el dios Júpiter envió para matarle al Escorpión. Sin darse cuenta, lo colocó en el cielo en el lado opuesto a donde se encontraba Orión y por ello se dice que cuando Orión aparece por el cielo del este, el Escorpión desaparece por el cielo del oeste; y cuando el Escorpión aparece, Orión desaparece, y así nunca se encuentran.

—Es una persecución eterna —interrumpió la joven.

—Me temo que sí, e implacable. —Sébastien dejó de mirar al cielo para concentrar su mirada en los suaves labios de la joven dama. Marie siguió mirando al firmamento, ajena a los deseos de su acompañante.

—No sé si daremos con él, pero lo intentaremos. —El franco intentó borrar de la mente sus últimos pensamientos.

—Me alegro de que estés conmigo en este viaje —susurró Marie—, sé que no crees en mi fe.

—Pero creo en ti.

—Gracias. —Posó su mano sobre la mejilla de Sébastien.

Él la miró fijamente, hasta conseguir que se ruborizara.

—No me mires así. —Y quitó su mano de la piel del franco.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Marie, yo...

—No digas nada. —Colocó dos de sus dedos sellando los labios de Sébastien y le sonrió con una dulzura turbadora—. Todavía no, espera a que estemos a salvo.

—Está bien.

—Ahora es mejor que durmamos, mañana nos queda un largo camino.

—De acuerdo, a mí me encanta dormir —bromeó Sébastien con una falsa sonrisa, que parecía buscar una salida airosa ante aquella situación.

—¿Y a quién no?

—Quiero decir que me encanta dormir junto a ti.

—Sébastien, no sigas, por favor. Ten paciencia, te lo ruego.

—La tendré, confía en mí. Me conformaré con soñar contigo —explicó el franco con una voz muy suave—. ¿Cómo crees tú qué se harán los sueños?

—Yo creo que existen dos mundos: el visible y el invisible, cada uno de ellos tiene su Dios. El invisible tiene el buen Dios, el que salva las almas. El otro, el visible, tiene al Dios de la maldad, que hace las cosas visibles y transitorias —afirmó la dama cántara—. Y los sueños ¿a qué mundo pertenecen? Yo creo que al invisible, es decir, al de Dios. Creo que cuando soñamos estamos cerca de Él.

—Eres realmente increíble.

—¿Por qué?

—Y lo mejor de todo es que ni siquiera eres consciente de ello. —El franco se abrigó y se acomodó sobre el suelo del bosque—. Ahora es mejor que durmamos —sugirió Sébastien.

Así lo hicieron.

A la mañana siguiente, el camino se hizo todavía más sinuoso y Sébastien tenía problemas para seguir el ritmo de su compañera, que parecía tener una vitalidad fuera de lo común. Subía con agilidad las cuestas, siempre con aquel zurrón colgando del cuello. El tiempo se había vuelto más lluvioso y húmedo; y a cada paso que daban, la orografía ganaba en dificultad, con un terreno cada vez más escarpado y hostil. Por él prosiguieron hasta última hora de la tarde. Después decidieron descansar hasta que cayera la noche. Con el mapa de las estrellas sobre sus cabezas y unas antorchas continuaron en la oscuridad, intentando seguir las escasas orientaciones que proporcionaban los recuerdos de niñez de Marie.

—Las estrellas están siempre en el mismo lugar —pensó en voz alta la mujer de Béziers.

—Claro, están fijas en la cúpula. Allí las puso Dios.

—¿Para qué?

—No lo sé, quizás para orientarnos como hacemos nosotros ahora.

—¿Y la luna? ¿Por qué ella si se mueve y cambia de forma?

—Supongo que hay cosas que solo Dios sabe.

Avanzaron hasta el límite de sus fuerzas. El frío, el cansancio y la oscuridad eran enemigos demasiado poderosos. Acamparon en un abrigo junto a un riachuelo. Con el alba, continuaron la marcha hasta un pequeño lago.

—Estamos cerca —comentó Marie.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

En el último tramo del viaje Marie tomó de nuevo la iniciativa, como si de verdad recordara cómo llegar al santuario rupestre. Un estrecho sendero les sirvió para bordear una empinada montaña y finalmente llegaron a una zona más amplia. Colgada de unos riscos encontraron la entrada de una cueva. Avanzaron hacia ella. No llegaron lejos, una anciana vestida de negro surgió de la nada y se plantó en su camino.

—¿Quiénes sois? —preguntó con clara enemistad.

—Somos los portadores.

—¿Cómo? ¿Vosotros? —Y los examinó de arriba abajo—. Él no es creyente —afirmó sin haber ni siquiera preguntado a Sébastien.

—Pronto lo será.

—¿Lo lleváis con vosotros?

—Sí, conseguimos huir de Béziers, luego de Carcasona y hace unos días de Minerve. No tenemos donde ir.

—Pasad, os estábamos esperando.

La vieja los guio al interior de la cavidad, era una enorme guarida habitada como vivienda. Había varias personas en su interior, todas vestidas de negro. Estaban trabajando junto a dos muelas que molían grano y aceitunas respectivamente. También había un horno donde parecía estar cociéndose pan. Continuaron hacia un espacio más profundo, formado por unas grutas con un despliegue de formas extraordinarias, de colores sorprendentes, de angostas galerías y salas inmensas que evocaban a menudo imágenes asombrosas. Entonces llegaron a un lugar increíble, formado por miles de extrañas formaciones rocosas. Parecía un inmenso ejército de diminutos soldados de piedra. Dejaron esa gruta y continuaron hasta otra estancia natural decorada con diversos frescos, las paredes de la caverna mostraban líneas, trazos y signos desconocidos. Cruces, báculos y muchos otros símbolos. También pasaron junto a unos extraños dibujos de animales pintados en la piedra, parecían escenas de cazadores junto a ciervos, aunque también había otras más esquemáticas. Al final, la anciana se detuvo junto a una fuente natural de la que salía abundante agua.

—Este es un manantial único, cuyas aguas brotan de manera intermitente. —La mujer habló con un voz casi imperceptible—. Durante el verano el fenómeno es espectacular, en pocos instantes el caudal actual se vuelve prácticamente nulo. Tanto es así que cuando la fuente está seca podemos internarnos en la cavidad siguiente, mientras que cuando el agua brota no podemos cruzarlo de la fuerza que lleva.

Sébastien admiró el lugar, era un mundo subterráneo y misterioso, como sacado de un sueño.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó la anciana.

—Para protegerlo, ya no está seguro en ningún lugar —contestó nerviosa Marie.

—¿Y lo traéis aquí? —La anciana negó con la cabeza—. No ha sido buena idea.



—¿Dónde mejor?

—Aquí no puede quedarse.

—¿Cómo? —Marie no pudo ocultar su decepción—. ¿Por qué?

—Los cruzados ya saben de la existencia de las cuevas, es cuestión de tiempo que las encuentren y vengan a por nosotros —confesó fríamente.

—¿Y por qué permanecéis aquí? —intervino Sébastien.

—Cuánto os falta por aprender, muchacho —contestó con una sonrisa—. El bien y el mal coexisten desde el principio de los tiempos. Y es en nosotros mismos donde tiene lugar su lucha. Este mundo es el infierno del que debemos salir, sin más ayuda que nuestra fe. Si debemos morir, que sea defendiéndola y no huyendo como cobardes.

—Nosotros podemos morir, pero el libro debe sobrevivir —señaló Marie, abrumada por la situación.

—El libro sí —afirmó la anciana—, es lo más importante.

—No entiendo de qué estáis hablando —intervino de nuevo Sébastien—, si no os importa morir y creéis que vale la pena hacerlo por vuestra fe, ¿entonces por qué proteger ese libro?

—Porque él salvará al mundo —respondió la vieja levantando ampliamente las cejas—. Ese libro tiene las claves para que una vez desaparezcamos los que hoy vivimos, quienes vengan detrás tengan un rayo de esperanza. Para que al final de los tiempos todos podamos salvarnos y volver al cielo, abandonando este mundo material, este infierno.

»Si hoy mueres impuro, tu alma volverá a ser encerrada en otro cuerpo distinto, y así hasta que en una de tus vidas, siguiendo las enseñanzas de los buenos hombres, consigas la pureza que te devuelva al cielo, donde realmente perteneces. —La voz de la anciana retumbaba en las entrañas de la tierra—. Pero si todos nosotros morimos, ¿quién guiará a los hombres hacia la salvación? Quedaríamos condenados a vivir siempre en este infierno material. Por eso es tan importante salvar el *Libro de los dos principios*. Él lo explica todo, si todos nosotros morimos en manos de los soldados enviados por el diablo en la falsa Cruzada, el *Libro de los dos principios* podrá salvar a los hombres cuando la oscuridad cese.

—Él todavía no cree en la verdadera fe —susurró la joven de Béziers.

—No —confirmó Sébastien.

—¿Y a pesar de ello arriesgas tu vida por el libro? —La anciana se dio la vuelta—. Dáselo, que lo lea.

La joven obedeció, cogió su bolsa de cuero y sacó el libro. Era sencillo, sin ornamentos ni señales que lo destacaran sobre ningún otro. Se lo ofreció a Sébastien y este lo abrió.

—Lee en voz alta —ordenó la anciana.

—No sé leer —confesó el franco, que sujetaba el libro con las dos manos.

—Yo lo leeré —se ofreció Marie, y lo cogió—. ¿Qué pasaje quieres que lea?

—El que tú prefieras, no te preocupes —contestó aquella longeva mujer—, todo es importante, hasta la más insignificante de sus palabras.

—«Por un lado existen las realidades espirituales, invisibles y eternas: es el reino del Dios bueno, del Dios legítimo, del Dios vivo y verdadero, del Dios de justicia y de verdad del que emanan las almas como los rayos emanan del sol. Este reino es la tierra nueva y el cielo nuevo de los que habla san Juan en su Evangelio y en el Apocalipsis; nuevos, es decir, otros, absolutamente diferentes, en esencia, de la tierra y del cielo visibles».

Sébastien inspiró profundamente y clavó sus ojos en el libro, era una mirada oscura, agresiva, pero también llena de temor.

»Por otro lado, este mundo visible, el conjunto de realidades materiales y temporales, están condenadas a la corrupción y a la destrucción. En este mundo es donde se manifiesta el Mal: los cuerpos de carne conocen el sufrimiento, la degradación, la muerte; todos los vicios, todas las desgracias, todos los males van unidos a la condición material. San Juan lo dijo: el Mundo se asienta todo él sobre el Mal».

—Ya los escritos griegos de Aristóteles lo ratifican: los principios de los contrarios son contrarios. El Bien y el Mal son contrarios; tienen, pues, principios contrarios —continuó la anciana—. El Evangelio de San Mateo lo dice claramente: «Un árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni uno malo frutos buenos». O como dice el tercer versículo del Evangelio de Juan: «Todo ha sido hecho por Él y sin Él se ha hecho la nada».

—¿Qué más dice el *Libro de los dos principios*? —preguntó Sébastien intrigado.

—¿Conoces el origen de la humanidad?

—Sí, Adán y Eva.

—No, lo anterior —rectificó la anciana cántara con autoridad.

—¿Anterior?

—En el principio de todo Dios creó a los ángeles, muchos de ellos fueron engañados por el Mal y cayeron a la tierra. Se refugiaron aquí entre los hombres, pero no tal y como somos ahora; sino otro tipo de criaturas. Pasó el tiempo y los ángeles seguían aquí, no conseguían volver con Dios. Entonces llegó un día en que las hijas de los hombres intentaron seducir a los ángeles. Se desnudaron frente a ellos y los provocaron con sus sensuales cuerpos. Los ángeles intentaron mantenerse puros y castos, pero las hijas de los hombres los tentaron hasta que yacieron con ellos. Todas quedaron embarazadas y de esa unión nacieron los gigantes, poderosos, sobrenaturales. Sin embargo, su sangre fue mezclándose con la de las otras criaturas y su pureza, su esencia, diluyéndose. Hasta que se convirtió en un pequeño destello dentro de un cuerpo de carne: nosotros.

—¿Somos ángeles caídos?

—Lo fuimos, hace tiempo. Si somos buenos hombres y encontramos la pureza perdida, podremos volver a serlo, regresar al cielo.

Sébastien levantó la mirada, ya no era la misma de antes. Algo había cambiado, un destello brillaba en sus profundos ojos castaños. Marie y la anciana se percataron de ello.

## 1211 El condado de Tolosa

*El rey Pedro de Aragón se va con su mesnada,  
y a toda su gente de su tierra manda,  
tanto que tiene gran compañía y hermosa reunión.  
A todos con la palabra dice y expone  
que quiere ir a Tolosa a combatir la cruzada  
que asola y destruye todo lo que encuentra.  
Y el conde de Tolosa a su merced clame.*

*La Cansó de la Crozada* (h. 1210 – 1214).  
Guillermo de Tudela.

**Narbona, enero de 1211**

Dalmau de Creixell encabezaba la comitiva del monarca aragonés en su llegada a Narbona. Habían salido el día anterior de Perpiñán y su destino final era la ciudad de Montpellier. Una compañía de diez caballeros y treinta peones. Temía por igual a los cruzados de Montfort como a los *faidits*. Sabía que estos últimos se sentían traicionados por su señor, el rey de Aragón, y podían intentar una locura. Por suerte, el trayecto se completó sin percances.

Narbona era un señorío eclesiástico al mando del arzobispo, que controlaba todo lo que sucedía en él. Lo había mantenido a salvo de la herejía y desde hacía años era refugio de judíos y opositores a Roma. Durante la frágil tregua que se había concedido entre los señores del Languedoc y los cruzados, numerosos cátaros habían llegado a la ciudad, dispuestos a luchar con el verbo frente al clero romano.

El noble catalán posicionó a sus hombres en la casa ducal, ballesteros en el tejado del edificio y de las casas cercanas; piqueros en la entrada y todos sus caballeros prestos para custodiar al rey cuando llegara. No le gustaba desconocer el lugar donde estaba, así que concertó una cita con uno de sus confidentes. Se deshizo de su brillante armadura y se puso una saya vestida con capa de color rojo a juego, forrada de otra tela más cálida. Escondió una daga en su cinturón y salió rumbo a una de las abundantes tabernas de la ciudad.

Narbona no era tan distinta a Barcelona, Zaragoza o cualquiera de las otras ciudades de la Corona de Aragón. El ruido de las gaviotas y el olor a mar le recordaban a su villa natal, Tarragona. Camino de la posada se encontró con un cadalso de madera adosado junto a una iglesia. Una muchedumbre se agolpaba en la entrada del templo. Sintió curiosidad. Vio un hueco entre el público y se deslizó hasta su interior. Estaba abarrotado de gente, en el centro de la nave principal había dos grupos de clérigos. Unos vestidos totalmente de negro, con largas barbas y vestimentas vulgares. En el otro, unos religiosos pomposos e imponentes, que lucían joyas y birretes.

—¿Negáis acaso que sois adoradores del maligno? —preguntó un sacerdote calvo y regordete, con una casaca ceremonial, dirigiéndose a la multitud y haciendo ostentosos movimientos con el brazo—. Renegáis de la santa cruz, de las reliquias y de las imágenes de los santos; de las iglesias, auténticas casas de Dios.

—La cruz es un instrumento de tortura, es difícil entender cómo podéis adorar tal maldad —replicó uno de los perfectos cátaros, un hombre alto y delgado, con el pelo canoso—. Las imágenes de los santos no tienen nada de divino, han sido realizadas por hombres como nosotros. ¡Son supersticiones paganas!

—¿Cómo osáis decir tal blasfemia? —interrumpió el clérigo católico.

—¡Las reliquias de los santos! ¿De verdad pensáis que postrándoos frente a los restos corrompidos de sus cuerpos mortales conseguiréis que interfieran por vos ante Dios? Nuestro Señor no necesita que nadie le aconseje, Él es la inteligencia suprema.

—¿Y el demonio? ¿O es que acaso negáis que lo adoráis?

—Claro que negamos tal barbaridad. No adoramos a ningún demonio ni a otro principio que no sea a Dios —respondió el perfecto en un tono paternal—. Debéis escuchar más detenidamente lo que decimos. Vuestro problema, vuestro gran error, es que os equivocáis en el origen del mal —sentenció el cátaro haciendo enmudecer al clérigo católico.

—Eso es mentira, los demonios existen, bien lo sabemos a tenor de lo visto en estas tierras.

—Entonces, si existen seres condenados por naturaleza al mal, comprenderéis que ello es incompatible con una creación divina de la que se sabe que solo pudo ser buena, puesto que Dios es la bondad suprema —explicó pausadamente el perfecto, de tal manera que hasta los católicos más fanáticos prestaron atención a sus palabras—. Por tanto, la única explicación de la maldad de los demonios es que son lo que son, y lo han sido así desde toda la eternidad. Dado que fueron resultado de una creación mala, frente a la creación buena de Dios —y cogió aire para alzar la voz—, ¿tiene forzosamente que haber un creador malo, distinto de Dios!

—¡Os equivocáis! —gritó efusivamente el clérigo católico—. Los demonios eran ángeles buenos, pero se convirtieron en malignos. Fue su libre albedrío lo que les hizo escoger el mal, el Antiguo Testamento lo explica así.

—Una colección de leyendas y mitología que representan a un Dios vengativo, cruel y despiadado —interrumpió el cátaro—, ¿ese es para vosotros Dios?, ¿el Dios de la luz, de la bondad? Yo creo que sois la Iglesia de Roma los que adoráis al maligno.

—¿Cómo os atrevéis?

—Alejaos todos del Antiguo Testamento, de su Dios lleno de cólera y violencia; es cruel y sanguinario —pidió hablando para todos los presentes—. Ese no puede ser el Dios de la bondad.

—¡No lo escuchéis! —replicó el católico—, es en el pecado original y en el libre albedrío donde está el origen del mal.

—¡No existe el libre albedrío de las criaturas!

—¡Santa María! ¡No pienso seguir oyendo esas blasfemias!

—Si leéis el Antiguo Testamento, en el Génesis, tanto Adán como Eva pecan en segundo lugar. Adán, a causa de Eva, y esta, sobre todo, a causa de la serpiente —enfaticó el cátaro—. Pero cuando Dios descubrió el pecado original castigó a Adán y a Eva, especialmente a la mujer, e hizo recaer la culpa sobre toda su descendencia, hasta el final de los tiempos, ¿por qué? No tiene sentido. —Muchos de los presentes asintieron con la cabeza y un murmullo se hizo en el público—. En el Deuteronomio se expresa claramente la idea de ley: los padres no morirán por culpa de los hijos, ni

los hijos por culpa de los padres.

Los curiosos que llenaban el espacio del debate soltaron gritos de apoyo a favor del cántaro que agriaron los rostros de los prelados católicos.

—¿Y qué es el pecado original entonces? —gritó una voz masculina entre el público.

—Cada cual morirá por su propio pecado. La única explicación es que esa culpa es simbólica, el mal está dentro de la naturaleza de cada ser humano. El pecado original no es un acontecimiento que se produjo en un momento determinado de la historia, como afirma la Iglesia católica. Sino un estado natural del hombre, como ya constató san Agustín. Es un relato simplemente simbólico, el catolicismo no puede asumirlo como algo histórico.

—Entonces, ¿la humanidad es mala por naturaleza? —preguntó otro asistente, ante la incapacidad para reaccionar de los clérigos católicos.

—Exactamente —se lamentó el perfecto—. Pero entonces, si la humanidad es creación de Dios, ¿cómo puede ser mala por naturaleza? Del bien supremo, no puede nacer nada malo.

El clérigo católico parecía confuso y observaba la escena con la mirada perdida.

—La respuesta a esa pregunta es sencilla: Dios no pudo inculcarnos el mal. Tuvo que ser otro principio quien lo hiciera.

—¿Quién? —Reaccionó por fin el sacerdote católico—. ¿Quién lo hizo?

—Piensa que en el mito de la creación, Eva es engañada, y además no miente a Dios, le confiesa la verdad. Sin embargo, se le reprende con más dureza que a Adán. ¿Por qué Eva, que fue engañada, debe ser tan cruelmente castigada?

El público, en especial las mujeres, asentían con la cabeza.

—Os aseguro que Satán no fue un ángel bueno creado por Dios que se convirtió en malo. Sino que es el principio mismo del mal. Por lo que no pudo ser creado por Dios, sino que existe por sí mismo.

—No, san Agustín estableció claramente el origen del bien y del mal —replicó el clérigo católico—. Explicó cómo fue el pecado original el origen del mal, y que es el estado en que se encuentra el hombre en su nacimiento.

—El diablo nunca fue bueno y su naturaleza no es obra de Dios. Emergió del caos y las tinieblas, no tiene creador, ya que él mismo es el principio de todo mal.

—No —rebatía el clérigo católico—. El diablo y los otros demonios se volvieron malos por ellos mismos. Y el hombre, por su parte, pecó por influencia del demonio. El único origen del mal es el indebido uso que las criaturas hicieron de su libertad.

Dalmáu de Creixell, aún sobrecogido por la discusión teológica que acababa de presenciar, comprendió que aquellas dos visiones distintas del cristianismo nunca podrían encontrarse. Abandonó el interior del templo y continuó hasta la posada. Al llegar, se dirigió a la última mesa donde le esperaba un hombre oculto tras un gorro puntiagudo.

—Espero que sea importante —dijo sin saludar el noble catalán.

—El legado va a elegir un nuevo obispo en Carcasona.

—Ya lo sé, espero que no me hayas citado solo para eso.

—No —respondió tranquilo el confidente—, hay más: el legado papal está seguro de que el rey aceptará el homenaje de Montfort mañana.

—Y está en lo cierto.

—Vaya, qué sorpresa.

—¿Por qué? —inquirió el noble.

—Podría haberlo hecho hace año y medio.

—Las cosas han cambiado, ahora Montfort controla casi todos los territorios de la casa Trencavel y puede ser un aliado —murmuró Dalmau con precaución de que nadie le escuchara.

—¿Contra quién? —No obtuvo respuesta—. Ya entiendo, el conde de Tolosa.

—¿Crees que podemos contar con el apoyo del legado en esto?

—Ya sabéis lo que os pedirá a cambio.

—Narbona. —El misterioso espía asintió—. Pero todavía no es posible, deberá esperar.

—Si queréis a Arnaldo debéis aseguraros de que Montfort no descubre nada.

—Lo haremos.

—¿Cómo?

—La tregua actual es frágil, pero el mes que viene seguirá ya que habrá un concilio en Montpellier, y una de las exigencias para llevarlo a cabo ha sido que no haya operaciones militares en todo el Languedoc. También se convocará una conferencia entre el rey y Montfort, ambos acordarán el matrimonio de sus hijos, el infante don Jaime de Aragón y Amicie de Montfort.

—¿Pedro II pretende casar a su heredero con la hija de Montfort! —se escandalizó el confidente—. No puedo creerlo, ¿qué obtendrá a cambio el rey?

—Que se detengan indefinidamente los enfrentamientos de los cruzados con el condado de Foix, ambos serían vasallos suyos. Montfort asumirá la protección de Montpellier bajo su responsabilidad.

—Eso es importante, Montpellier es esencial en toda la política del Languedoc, al igual que Narbona. Veo que el rey quiere que se calmen los ánimos —sugirió, manteniendo su rostro oculto bajo el gorro.

—No exactamente, quiere que lo parezca.

—Pero que sea lo contrario.

—Como siempre. —Dalmau sonrió—. Efectivamente, el cambio respecto al vasallaje de Montfort parecerá a los ojos de todos como una confirmación del fiel apoyo de la Corona a Roma y la Cruzada, y que por ello confirma la nueva realidad que se ha producido con Montfort como vizconde. Con el reconocimiento y aceptación de su vasallaje, el rey Pedro limita las actuaciones de Montfort, que siendo vasallo suyo no podrá emprender ningún tipo de acción contra los nobles del Languedoc.



—So pena de alterar la paz y el orden cristiano establecido, que son justamente los argumentos que se esgrimen para atacar a los cátares.

—Eso es. Además, como vasallo feudal del papa Inocencio III, el rey Pedro reiterará su compromiso de defensa de la fe, logrando tranquilizar a Roma —continuó Dalmau.

—Lo del matrimonio está bien pensado, aunque muchas veces esos acuerdos se rompen con demasiada facilidad.

—Lo sé, por eso el infante será entregado en prenda a Montfort.

—¿Qué decís? —Esta vez el confidente tuvo que disimular su temperamento—. ¿El rey va a entregar al heredero de su corona a un vizconde usurpador?

—La verdad es que no le tiene mucho aprecio.

—¡Es el heredero!

—Y el hijo de la reina María, de la que el rey quiere separarse y anular su matrimonio. Si el infante no vuelve a Aragón, su alteza no lo sentirá, os lo aseguro. Todavía está enojado por cómo fue engañado para concebirlo. —El noble arqueó las cejas.

—Montfort no cabrá en sí de gozo al pensar que su hija pueda ser la futura reina de Aragón. —El confidente inspiró—. Seguro que hinca la rodilla delante de Pedro II nada más oírlo.

—Ya lo creo. —Y ambos rieron—. Incluso puede que lllore —bromeó Dalmau.

—¿Has traído el dinero? —preguntó el personaje del gorro puntiagudo en un tono totalmente diferente, serio y firme, que cortó de raíz las risas.

—Sí, pero debes confirmarme cuanto antes que el legado apoyará la excomuniación del conde de Tolosa en Montpellier y que también podremos contar con él cuando llegue la ocasión. —Dalmau de Creixell se acercó al espía—. No te confundas, esto será tan solo la calma que precede a la tempestad. Debemos conseguir que Montfort dirija todos sus esfuerzos hacia la conquista de las tierras tolosanas.

—Se lo estáis poniendo en bandeja.

—Montfort recibirá nuevas tropas en primavera deseosas de luchar. Nos lo han confirmado nuestros enviados en Roma. Si cree que ha consolidado su dominio en las antiguas tierras de los Trencavel, lanzará sus tropas hacia los otros condados. Los nobles del Languedoc siguen desorganizados, el conde de Tolosa no conseguirá agruparlos. —Dalmau se levantó de la mesa—. Las piezas se están alineando, pronto llegará el momento que todos estamos esperando.

—Lo espero ansioso. —Y alargó la mano para recibir su recompensa.

—Aún no. —Dalmau le enseñó la bolsa—. Nuestros infiltrados nos han hablado de un libro.

—Hay muchos libros en el Languedoc.

—Este es especial, sabes perfectamente de qué te hablo. ¿Qué sabes?

—Antes debes prometerme protección cuando el legado papal ocupe el arzobispado de Narbona.

—La tendrás.

—Eso espero, tengo muchas cosas que callar —amenazó con sutileza—, el libro todavía no ha sido encontrado.

—¿Quién lo tiene?

—No estoy seguro, pero muchos lo buscan, no solo vos.

—Eso no me sirve.

—Desconozco dónde se esconde, pero sí sé dónde no está y por tanto dónde se debe seguir buscando.

—Encuétralo, y rápido. —Dalmau se levantó—. Estás haciendo un buen trabajo, Miraval.

**Narbona, febrero de 1211**

El rey arrastraba por los pasillos del palacio arzobispal los ribetes de una fina capa echada solo sobre uno de los hombros. Vestía con la señal real de Aragón bordada en el pecho y con la mano fija en la empuñadura de la espada que le colgaba del cinturón. La puerta estaba protegida por la guardia que lucía armas y atavío de gala. Un sargento se acercó, hizo una inclinación y abrió la puerta. En su interior había otro soldado, que apoyó la contera de la lanza en el suelo de la sala. El arzobispo, junto a una de las cristaleras, le interrogó con la mirada. Antes de obtener respuesta, el rey entró. Se saludaron de la única manera que podían hacerlo un arzobispo y un rey; que al mismo tiempo eran tío y sobrino: con un fuerte abrazo. Después Berenguer volvió hacia su mesa. El arzobispo vestía con la mitra, de cuya forma cónica colgaban dos tiras rojas en la parte trasera. Una banda de lana blanca en forma de collarín, adornada con seis cruces de seda negra, rodeaba su cuello. Era una insignia exclusiva de los arzobispos, semejante a una estola, y que se utilizaba a modo de escapulario.

—Alteza, qué gusto veros en Narbona.

—El placer es mío.

El arzobispo se despojó de su manto de seda roja bordada con hilo de oro.

—¿Queréis vino, sobrino?

—No, gracias. Estoy cansado del viaje, quizás más adelante.

—Como gustéis.

—No hace falta que guardéis esos formalismos conmigo. —El monarca sonrió—.

Tratadme como lo que somos: familia.

Berenguer bebió con lentitud un vino caliente con especias en una copa labrada en plata que había sobre una mesa de madera, repleta de pergaminos y documentos. La guardia permanecía en la puerta, sostenía sus lanzas apuntadas hacia el techo del salón. El arzobispo hizo un gesto con su mano y desaparecieron cerrando la puerta tras ellos.

El rey se acercó a un extremo de la habitación donde sobre una pequeña mesilla había un tablero de ajedrez.

—Veo que te gustan los juegos de infieles —espetó el monarca.

—El ajedrez es un invento moro, sí. Pero también es un juego de estrategia reconfortante. ¿Sabes jugar?

—No, yo prefiero la realidad.

—El ajedrez es un buen reflejo de ella —masculló el arzobispo—. El tablero tiene sesenta y cuatro casillas, treinta y dos blancas y treinta y dos negras, que están relacionadas con el día y la noche.

—Curioso. ¿Y qué representan las fichas?

—El juego es una batalla entre los ejércitos de dos reinos, cuyo objetivo es matar al rey.

—No sé si me gusta este entretenimiento, tío —bromeó Pedro II.

—El rey es la pieza más importante.

—Siempre lo es —añadió el monarca de Aragón.

—Por supuesto —asintió Berenguer—, y por ello puede moverse en cualquier dirección, eso sí, solo de una casilla a otra. Movimientos cortos pero estratégicos, propios de un buen monarca. El juego se termina cuando lo matan.

—El juego siempre se termina cuando muere el rey.

—Pero es un soberano, merece respeto, así que antes de matarlo hay que avisarle para que pueda escapar.

—Eso es un error —señaló Pedro II—: Un rey nunca escapa.

—O al menos defenderse.

—Eso ya es diferente, pero jamás huye.

—A su lado está la reina, que también puede moverse por todas las casillas.

—La reina puede ser a veces un aburrido problema —ironizó Pedro II de Aragón.

—En el Languedoc esta pieza es especial —comentó Berenguer mientras la cogía con la mano donde llevaba su anillo—. En Oriente solo puede avanzar una casilla, aquí es más libre: puede hacerlo tantas como quiera.

—¿Qué insinuáis? —inquirió el monarca molesto.

—Alteza, solo estoy describiendo las normas.

—Mide tus palabras, tío, ¿y esas figuras con forma de obispo?

—Representan el poder de la Iglesia, y atacan siempre en diagonal.

—¡Cómo no! —comentó el rey entre risas—: a traición.

—Las siguientes son la caballería ligera, que se mueve una casilla adelante y otra en lateral.

—Tiene sentido. ¿Y las torres?

—Esas representan la caballería pesada, cargan recto cuantas casillas quieran.

—El juego es interesante, no hay duda. ¿Las más pequeñas?

—Son los peones, infantería, no son nobles, si alcanzan el otro extremo del tablero pueden convertirse en otra figura. Podemos decir que tienen la opción de ascender de categoría.

—Extraña regla, demasiado generosa a mi parecer. —El rey se separó del tablero de ajedrez—. Dejémonos de juegos, vengo para hablaros de la Cruzada.

—Lo imagino. Aunque estoy mayor, aún conservo bien la cabeza.

—Todavía no puedo intervenir. —Lamentó el monarca.

—Estáis demorándolo demasiado.

—Necesito que la situación en Hispania me sea más favorable. Los almohades crecen cada día en número y presionan nuestra frontera en Teruel, son una amenaza.

—Desde luego el desastre de Alarcos pesa en el devenir actual. ¡Qué tremenda

derrota! Si el rey de Castilla hubiera contado con más ayuda, ahora no estaríais en esta situación.

—Fue estrictamente culpa suya. Él fue quien se precipitó y no quiero que eso me suceda a mí —aclaró Pedro II—. El compromiso del rey Sancho de Navarra consistía en llegar a Calatrava la Vieja en la festividad de Santa Ana, para encontrarse allí con las tropas de Alfonso VIII. Hacia allí se dirigía cuando recibió la noticia de la derrota de Alarcos. Al parecer todo había sido cosa del señor de Vizcaya, aunque no está claro. —El monarca retorció su gesto—. Los leoneses tampoco llegaron a tiempo. Estaban cerca, en Talavera, a un par de días de Alarcos, con solo un poco que hubiera aguardado Alfonso, habrían llegado a tiempo.

—Dicen que en Alarcos los infieles de la vanguardia detuvieron la carga lanzándose contra la caballería.

—¡Suicidándose, diría yo!

—¡Qué locura! —Ambos negaron con la cabeza.

—Después, como un enjambre de abejas, miles de saetas llovieron sobre los jinetes. Mientras la caballería ligera había rebasado la retaguardia cristiana acabando con la infantería cristiana de los flancos.

—Eso queda ya lejos —recordó el arzobispo—, vuestro padre aún vivía. Luego murió repartiendo su reino entre Alfonso y tú. Tu difunto hermano recibió la Provenza a condición de jurarte vasallaje, pero murió y ahora tú la regentas como tutor de su hijo. Y bien, sobrino, ¿qué planes tenéis para el Languedoc?

—Proteger a mis vasallos y obedecer a Roma.

—Es imposible que cumpláis esas dos premisas al mismo tiempo. —El arzobispo cogió la ficha del rey del tablero de ajedrez—. Tramáis algo, os conozco desde que eráis un niño. Sois ambicioso, más de lo que muchos creen.

—Igual que vos.

—¿Qué pretendéis exactamente? —Berenguer mostraba su lado más agresivo—. ¿Por qué no habéis intervenido?

—Os lo he dicho, la situación en el sur de Aragón es peligrosa, y además el rey de Francia también tiene vasallos, y muy poderosos, en el Languedoc.

—No intentéis engañarme. No teméis al rey de Francia, ni a los almohades, ni al papa. Entonces, ¿a qué esperáis? ¿Qué os detiene?

—Hay preguntas para las cuales todavía no se han escrito las respuestas —sentenció Pedro II, rey de Aragón.

**Rabastens, mayo de 1211**

Isabel llevaba varios meses escondida entre Albi y Montauban, en el condado de Tolosa. Desde el enfrentamiento con aquel extraño sacerdote católico se había vuelto desconfiada y temerosa. Prefería permanecer oculta en los bosques que frecuentar las ciudades. Rabastens era una pequeña población donde había encontrado un lugar donde comer y dormir. La comunidad cátara era importante en la zona, aunque ya no se fiaba de nadie. No había revelado su identidad, ni por supuesto su origen.

Cuando llevaba unas semanas en aquella población comprendió que pronto debería dar más explicaciones, así que se marchó y volvió a los bosques. Aquella era una tierra fértil y era fácil encontrar comida. Dar con un refugio era una tarea más complicada, pero cerca de un meandro del río Garona halló las ruinas de un modesto castillo abandonado que eran perfectas para resguardarse durante la noche. Contaba con una torre del homenaje todavía en pie y un reducido recinto defensivo que la rodeaba. Sus muros eran altos y solo se podía acceder por una puerta que se encontraba en ruinas. Una vez dentro, a la planta baja de la torre se llegaba a través de una rotura en el muro, y desde allí no había acceso al siguiente nivel. Así que construyó una escalera de cuerda que ocultaba cuando se marchaba de su nuevo refugio.

Antaño, la primera planta debía de haber sido la más noble, ahora estaba totalmente destruida, con las ventanas arrancadas y vanos agujereando todas las paredes. En una de sus esquinas había un pequeño hueco que daba acceso a una escalera de caracol extremadamente estrecha. A través de ella se alcanzaba la siguiente planta, la cual tenía el techo bastante bajo y las paredes parecían haber estado siempre desnudas. En cambio, había pocos orificios en los muros, tan solo cuatro saeteras. Entraba poca luz a través de ellas y era la menos expuesta al frío del sur. También contaba con una escalera de madera que permitía acceder a la terraza que coronaba la torre, por desgracia estaba cegada al haberse derrumbado parte del coronamiento del edificio. La primera estancia parecía más segura, por lo que se estableció allí. Para mayor precaución, decidió ocultar la entrada al recinto con ramas de árboles y algunas piedras. Tan a salvo se encontraba en la pequeña fortaleza que decidió esconder la cruz que le había dado la Loba en la segunda planta de la torre, en el lado que daba al norte. Debajo de un sillar desplazado donde había tallada una marca de cantero en forma de flecha.

Para alimentarse recolectaba frutos salvajes que encontraba en el bosque. Eran abundantes y ella los conocía bien, su tía le había enseñado a distinguirlos. Nunca pensó en cazar en el bosque, no era tan buena con el arco como con la espada, aunque no era esa la razón. Los cuerpos de los animales podían contener, como el suyo, un

alma inmortal. Además, cada vez que pensaba en un arco o en flechas, no podía evitar acordarse de Batiste, y cómo le había dejado morir cerca de Minerve, cuando cayeron en la trampa de ese astuto sacerdote. Si volvía a encontrarse con él, le haría pagar caro lo que hizo.

Había pensado varias veces en intentar volver a Foix, pero una idea se lo impedía: encontrar el libro. Tenía la sensación de que tarde o temprano daría con él. No pensaba regresar a su ciudad si no era con él bajo el brazo.

Una mañana, cuando la rosada todavía cubría la vegetación del valle, Isabel cabalgó en busca de agua al Garona, procurando no alejarse demasiado. Cerca del castillo también había unas ruinas de un puente. No estaba segura de si había sido una riada la que lo dejó así o fue intencionadamente. La realidad era que estaba impracticable para poder cruzarlo, sí era en cambio buen sitio para acercarse a la orilla y tomar agua. Permaneció más de la cuenta en aquel lugar ya que el sol calentaba con fuerza aquel día. El agua bajaba limpia y refrescante. Hacía tanto tiempo que no se bañaba, que no lo dudó un instante. Se quitó la saya blanca y las calzas, las suyas eran diferentes a las de los varones, ya que cubrían la pierna al completo, sujetas a la cintura mediante un cordón y con una corte semicircular que permitía separar las piernas. Entró casi desnuda en el río, solo tapada por una fina camisa.

Al principio el agua le pareció demasiado fría. Le echó valor y finalmente se introdujo entera. Sumergió su cabeza por primera vez en muchos meses y sintió una inmensa paz, que recordaba lejana. Sin duda, demasiado lejana. Como esos recuerdos que tienes tan ocultos en la memoria que cuando vuelven parecen de otra vida distinta a esta. Sentía que el río estaba llevándose todas sus preocupaciones. Una serena placidez recorría su piel, subía por sus piernas y penetraba por todos sus poros.

Estuvo poco tiempo, no podía arriesgarse a ser descubierta. Después de secarse, oró unos minutos y retornó al castillo.

De vuelta a la fortaleza la sorprendieron unas voces. Eran numerosas y procedían de las cercanías de su refugio. Efectivamente, escondida entre la maleza pudo divisar un grupo de, al menos, una veintena de hombres. Armados, pero sin caballos ni armaduras. Más bien todo lo contrario, vestían de forma pobre y descuidada, parecían bandoleros, sin duda peligrosos. ¿Qué hacer entonces? Miró a su alrededor y pensó en huir, entonces recordó que no podía. En el interior de la torre había dejado oculta la cruz. Maldijo el momento en que se le ocurrió aquella idea.

Se tranquilizó y meditó cuál era la mejor opción, mientras los bandidos se esforzaban en encontrar una entrada al ruinoso castillo. Finalmente, Isabel se puso la capucha del abrigo sobre su cabeza, montó en su caballo y fue al trote hacia el grupo de forajidos.

Cuando la vieron llegar se montó un buen revuelo, y varios de ellos armaron sus arcos apuntando al misterioso jinete. Hasta que uno de ellos, un hombre alto y con cierto porte elegante oculto entre aquellas humildes ropas, dio un paso al frente.

—Alto ahí —ordenó levantando su mano—, ¿quién sois?

—Un viajero —respondió sin inmutarse.

—Estamos en guerra, o sois cruzado o tolosano —respondió él desafiante.

—Os aseguro que no soy ninguno de los dos.

—Tenéis la lengua larga, como la de una mujer. —Todos rieron—. Quizás debería cortárosla.

Entonces Isabel, con un rápido movimiento de muñeca desenvainó su cimitarra y llegó a poner su filo curvo a la altura del cuello de su oponente.

—Ordenad que bajen los arcos o no tendré más remedio que cortaros el pescuezo.

—¡Vamos! Obedeced —gritó nervioso y asustado.

—¿Quién sois? —Al no responder, Isabel apretó el filo de la espada y un hilo de sangre empezó a gotear de la garganta de aquel hombre—. Os lo repetiré una sola vez más: ¿quién sois?

—Gael de Montagut.

—¿Noble?

—Lo era antes de la llegada de los cruzados. Pero ellos me despojaron de todo lo que tenía —se lamentó Gael con resignación—, mis tierras, mi título y hasta mi ropa.

—¿Es cierto eso? ¡Contesta!

—Os lo juro.

—No juréis con tanta facilidad —le advirtió Isabel, que no quitaba ojo al resto de hombres.

—¿Qué hacéis aquí?

—Luchar, estas tierras han sido ya saqueadas por los cruzados. Nos hemos rebelado y ahora nos persiguen.

—¿Sois *faidits*?

—Así nos llaman.

Entonces, como si cuervos negros fueran, una lluvia de dardos cayó sobre el grupo. Al menos la mitad de los *faidits* fueron alcanzados.

—¡Es una trampa! ¡Nos atacan los cruzados! —gritaban los hombres mientras intentaban huir o protegerse dentro del castillo.

El jefe de los *faidits* se revolvió con destreza, liberándose de la amenaza del filo de la cimitarra y corriendo hacia las ruinas de la fortaleza.

—Me las pagarás, cobarde —advirtió Gael mientras se alejaba.

—¡No! ¡Yo no tengo nada que ver! —intentó excusarse Isabel.

En ese instante dos dardos perforaron el pecho y la espalda del antiguo señor de Montagut. Una columna de cruzados a caballo apareció por el lado sur, mientras los ballesteros avanzaban desde la zona arbolada que daba al norte protegidos por una docena de peones. Los pocos *faidits* que permanecían con vida escalaban los muros del castillo. No había tiempo para más, Isabel arengó a su caballo y salió de allí al galope. Sin mirar atrás.

Al caer la noche volvió al lugar. Dejó su montura escondida y se aproximó con



sigilo, protegida por la oscuridad de una luna menguante. Solo se alumbraba con una pequeña antorcha. Los cadáveres de los *faidits* permanecían en el suelo, desnudos. Incluido el de su cabecilla. Habían sido desvalijados y no habían recibido cristiana sepultura.

Fue directa a la entrada de la fortificación. Parecía que los cruzados tampoco habían dado con ella. Apartó las ramas y algunas piedras y entró como de costumbre. No obstante, desenvainó su espada, aquello también podía ser una trampa.

Caminó despacio hasta la abertura que daba acceso a la planta baja. La antorcha iluminaba escasamente la estancia, era por precaución. Subió a la planta superior por la escalera de cuerda que ella misma había construido. Aquel nivel también parecía vacío. Ascendió al segundo con las dificultades que planteaba la estrecha escalera de caracol. Una vez allí actuó con rapidez y buscó el sillar con la marca de cantero. Tras él encontró la cruz. No perdió más tiempo, bajó hasta la planta inferior y cuando fue a salir se detuvo. Creyó oír un ruido de pisadas fuera de la torre. Apagó la antorcha. Entonces vio claramente una luz que se aproximaba, se ocultó entre las sombras de una de las paredes. Por el vano abierto entraron dos hombres con grandes antorchas. Avanzaron hacia el interior, iluminando las paredes laterales.

No tenía opción, desenvainó. El ruido los alertó y todo sucedió muy rápido. Un reflejo metálico cortó el aire. El primero de los hombres cayó de rodillas con el cuello rebanado, intentando hablar, pero de su boca ya no manaban palabras, solo sangre. El otro tuvo tiempo de girarse, aunque no lo suficiente, y un palmo de acero se clavó en su estomago, escarbando en sus entrañas. Después salió de él, para entrar nuevamente, esta vez en su espalda. Isabel los dejó atrás, vigilando que no hubiera más sorpresas al salir del recinto. Corrió a por su caballo y abandonó al galope aquel lugar. No sabía quiénes eran aquellos hombres, no había tenido tiempo para preguntarles.

### Montpellier, mayo de 1211

Aquella mañana la ciudad estaba animada, había mercado y eso siempre atraía gente de los alrededores. Los productos que llegaban del Mediterráneo eran especialmente demandados, así como los del cercano condado de Provenza o del Reino de Francia, también de Aquitania y la Lombardía. Los incipientes rayos de sol iluminaban unos rostros felices y ansiosos de que el buen tiempo se instalara ya en la costa. Muchos eran los objetos y mercancías que seducían a los visitantes. En una de las esquinas de la plaza del mercado un cúmulo de gente rodeaba entre empujones a un trovador que hacía las delicias de las mujeres con sus poemas de amor.

Los hombres acudían con mezcla de indiferencia y envidia, viendo como aquel trovador de gorro puntiagudo a todas las damas encandilaba con cada canción.

Junto a la herrería, frente a una de las fuentes, un caballero distinguido y extranjero contemplaba la escena con gusto.

—Buenos días, Guillermo —murmuró una voz con acento catalán a su espalda.

—Por fin llegas —respondió sin volverse.

—No es fácil salir de palacio —afirmó Dalmau de Creixell—, el rey no está en buena posición en la ciudad.

—¿Por su esposa?

—Sí, aquí la reina es muy querida y no se aceptó bien que renunciara a sus derechos en favor de su alteza. —Dalmau dio un paso hacia delante y reviso con la vista los tejados de las casa cercanas—. Era de esperar, aunque más que renunciar fue coaccionada y eso no suele gustar. No me fío de este lugar, algo me dice que pronto pasará algo importante.

—Tú siempre con tus presentimientos —le recriminó Guillermo de Almazán, mucho más tranquilo que el catalán.

—¿Sabes algo del infiltrado en Foix? —preguntó Dalmau resignado.

—Fui a visitarlo y todo marchaba según lo previsto, pero no sé nada de él desde hace meses, me temo que haya muerto, ¿y qué hay del otro?

—Informa periódicamente, está bien situado y nadie sospecha de su presencia. Me reuní con él, está haciendo un buen trabajo, incluso mejor de lo que yo mismo esperaba. Tiene contacto directo con Barcelona.

—¡Por sus propios medios! ¿Cómo es eso posible?

—Mejor que no lo sepas.

—¿Órdenes de Miguel de Luesia?

—Así es, cuanto menos conozcan quién es y cómo actúa, mejor.

—En eso tiene razón. Yo también contacté con el infiltrado del arzobispo. — Dalmau de Creixell no dejaba de controlar todo a su alrededor, siempre alerta.

—¿Y? —Guillermo le interrogó con la mirada.

—Dice no saber nada del libro, pero parece convencido de su existencia.

—El espía de Foix también, aunque desconoce igualmente su paradero.

—Ese jaqués, ¿no nos habrá traicionado? —advirtió con gesto agrio el catalán.

—Os aseguró que no —Guillermo de Almazán se rascó la barba—, ese pobre muchacho no sabía dónde se metía cuando aceptó la proposición del rey.

—Tampoco podía negarse.

—En eso llevas razón. —El castellano se rascó la cabeza.

—Es necesario saber de él, qué más ha averiguado y si es cierto lo de ese maldito libro que todo el mundo busca y nadie sabe dónde está.

—No puedo evitar sentir cierta pena por él. —Guillermo de Almazán se encogió de hombros—. Estaba cumpliendo a la perfección su misión.

—No te atormentes por eso. Todo continúa según lo planeado. —Dalmau se acercó más al castellano—. Lo que no entiendo es por qué el rey ha entregado al príncipe.

—Necesitaba salvaguardar sus espaldas de cara a una inminente campaña contra los almohades.

—Supongo, y la conquista de los vizcondados Trencavel era un hecho y la presión del papa asfixiante, por lo que había que tomar una postura definitiva sobre estas tierras dependientes de la Corona —buscó como justificación Dalmau.

—Ahora entiendo lo de Narbona —musitó el castellano.

—En la conferencia de Narbona acudieron los tres legados papales, entre ellos Arnaldo Amalarico; y Pedro el Católico, el conde de Tolosa, Simon de Montfort y el conde de Foix. El rey obtuvo la neutralidad del conde de Foix a cambio del vasallaje de Simon de Montfort.

—Pero han negociado el matrimonio de sus hijos Jaime de Aragón y Amicie de Montfort, y no solo eso, el rey ha confiado su heredero al jefe cruzado. —Guillermo movió la cabeza de un lado a otro—. Ha cedido demasiado.

—Quizás haya dado esa imagen, de hecho los *faidits* se han opuesto a la decisión de Pedro II de aceptar a Montfort como vizconde. Están frustrados al ver legitimadas las conquistas y las usurpaciones de los cruzados.

—Eso es lo que a mí me parece —manifestó preocupado Guillermo.

—Sí, pero a cambio, el rey de Aragón ha garantizado la seguridad de Foix, su mayor aliado, y se ha ganado el favor de Inocencio III.

—¿Y Montfort?

—El jefe cruzado ha neutralizado a Pedro el Católico y a Raimon Roger de Foix —respondió el catalán con detenimiento—, dejando aislado a Raimon VI. Este, por su parte, rechazó una y otra vez las condiciones exigidas por los prelados en las negociaciones y volvió a ser excomulgado a principios de febrero. El conde de Tolosa ha comprendido que le llegaba el turno y ha comenzado a movilizar sus fuerzas hace tiempo.

—Era de esperar, Montfort lo tiene todo a su favor para continuar las conquistas.

—¿Tolosa resistirá un asedio?

—No les será fácil tomarla, es una de las ciudades más importantes de toda la cristiandad.

—De todos modos, no es este el asunto por el que os he hecho venir —confesó el castellano—. Ha llegado a mis oídos un rumor sobre el rey de Francia.

—Os escucho. —Dalmau de Creixell afinó el oído.

—Pedro II de Aragón es consciente de que la extensión de su autoridad feudal sobre unos vasallos directos del rey de Francia puede generar una respuesta peligrosa del monarca Capeto. No solo por el sostenimiento de la Cruzada, sino especialmente por la vía directa de la intervención de los Capeto —manifestó Guillermo de Almazán con precaución.

—Es un riesgo a tener en cuenta, el rey lo sabe.

—Dicen que se va a realizar una propuesta ambiciosa. Pedro II quiere plantear a Felipe Augusto una alianza mediante su enlace con la princesa Marie, viuda de Philippe de Namur.

—Eso no puede ser —se escandalizó el noble catalán—, el rey ya está casado.

—No seas necio —recriminó Guillermo de Almazán con rotundidad—, él no tiene ningún interés en la reina.

—Están unidos por santo matrimonio —advirtió Dalmau de Creixell.

—Eso puede que pronto no sea un problema.

—¿Insinúas que el rey quiere anularlo? —Se sorprendió el noble catalán—. Es difícil que suceda tal cosa.

—Sí, pero Inocencio III no lo aprueba.

—Siempre supe que la reina nos daría problemas.

—¿Por qué? —inquirió Guillermo de Almazán, que parecía apreciar la figura de la reina—. Antes ya se ha hecho, la propia reina anuló su anterior matrimonio.

—Sin embargo, ahora lo veo más complicado —confesó Dalmau de Creixell.

—Es una mujer especial, no cabe duda.

—Su madre era de Bizancio —recordó el noble catalán, que parecía inquieto por la presencia cercana de un trovador.

—Así es. La reina es hija de una princesa bizantina y del conde de Montpellier —Guillermo hizo gala de sus conocimientos—. Su madre murió joven y su alteza creció abandonada por su padre y a merced de su madrastra, Inés, que dio a luz seis hijas y dos hijos.

—Todos conspiraban contra ella.

—Desde luego. Guillermo de Montpellier siempre quiso desheredar a María y dejar su condado al mayor de sus hijos. Por eso la entregó cuando cumplió doce años al vizconde de Marsella, que entonces tenía cuarenta años. Aunque murió poco tiempo después y María regresó a Montpellier. Entonces volvieron a casarla con el conde de Comminges, otro hombre bien entrado en años. Tuvieron dos hijas, ningún

varón, así que su esposo la repudió aludiendo a lazos de parentesco y la devolvió a casa de su padre por segunda vez.

—Qué vida tan desafortunada la de la reina —espetó el catalán algo afligido.

—El conde de Montpellier murió y su hermanastro mayor, Guillermo, heredó el título. Una revuelta lo depuso y nombraron señor de Montpellier a María. Hace siete años se casó con el rey de Aragón, quien buscaba mayor presencia en el Languedoc y el enlace era una oportunidad para ello. Dos años después de la boda, Pedro II obligó a la reina a renunciar a todos sus derechos sobre el señorío, haciéndose él señor absoluto de Montpellier.

—El rey es su tercer marido —recalcó Dalmau de Creixell—, ¡los entierra a todos!

—Da miedo, ¿verdad? —Era difícil saber si Guillermo de Almazán estaba bromeando o no—. De la unión, primero nació la infanta Sancha, que murió prematuramente, aunque nada más venir a este mundo el rey ya había sellado su matrimonio con el hijo del conde de Tolosa. La niña iba a llevar como dote el señorío de Montpellier. La reina María explotó en cólera y denunció públicamente los agravios del rey, sacando a la luz del pueblo cómo la había obligado a renunciar a sus derechos sobre Montpellier. Desde entonces nada fue lo mismo entre los dos. El rey se apartó de ella y no consintió por ninguna razón acercarse nunca más a su esposa, solicitando al papa la anulación de su matrimonio para contraer nuevos esponsales con María de Montferrato, heredera del Reino de Jerusalén.

—¿Y el príncipe? —Dalmau de Creixell se preocupó—: ¿Cómo fue concebido?

—Ah, veo que no conoces la leyenda.

—¿Leyenda? Algo he oído. —Todo el mundo sabía algo al respecto, el catalán no iba a ser menos—. ¿Es verdad?

—La reina es mucho más astuta de lo que parece. Que sepas que si el rey oye algo de esto nos matará —advirtió el castellano, que por contra parecía ansioso por contar la historia.

—Lo sé, jamás se me ocurriría jugarme la cabeza de esa manera, la aprecio demasiado. —Ambos rieron.

—La reina quería dar a toda costa un varón al rey y consiguió yacer con su esposo gracias a un ingenioso engaño —Guillermo de Almazán bajó el tono de su voz—. La fama del rey con las mujeres es por todos conocida. Pues cuando la reina supuso que su esposo andaba cortejando a una dama de Montpellier le preparó una trampa. Valiéndose de la complicidad de sus súbditos hombres de Montpellier, hizo creer a su esposo que esta dama consentía pasar una noche con él, con la condición de que fuera en la oscuridad, pues sentía vergüenza de yacer con un rey, además casado. Pedro II acudió confiado a la cita, se metió en la cama donde le esperaba la supuesta mujer, sin sospechar que quien le daba placer en la oscuridad no era su amada, sino María. La reina entró en la alcoba, se desnudó y se introdujo en la cama. El rey encontró así una mujer desnuda esperándole. Dicen que copuló con ella toda la

noche, incontables veces.

—¿Es eso cierto? —Dalmau se mostraba con dudas al respecto.

—Parece ser que sí. Los ricos hombres de Montpellier a la mañana siguiente esperaron a la puerta de la habitación del monarca, acompañados de un notario para levantar acta de la cohabitación de los reyes durante la noche anterior. Pedro II, lleno de cólera, se puso en pie de un brinco y blandió la espada, pero se fue calmando a medida que los cortesanos justificaron el engaño en aras de la necesidad de que el soberano tuviera un descendiente.

—Su alteza María se la jugó bien al rey.

—¡Ya lo creo! Pedro II partió de inmediato tan enfadado, que desde entonces nunca más se ha encontrado con la reina —lamentó el castellano—, y ni siquiera el nacimiento del heredero le hizo cambiar de idea. El dos de febrero de hace tres años la reina rompió aguas en Montpellier y nació el príncipe infante. Ordenó encender doce cirios con los nombres de los apóstoles, afirmando que el que durara más daría el nombre de su hijo, lo que sucedió con el del apóstol Santiago, y así al pequeño se le llamó Jaime.

—¿Conseguirá el rey la nulidad de su matrimonio? —preguntó intrigado Dalmau.

—Difícil lo tiene.

—¿Qué puede alegar?

—Un par de opciones: quizás haber mantenido relaciones carnales con una prima de María.

—¿Es verdad? —se escandalizó el catalán, como si no hubiera oído cosas peores.

—La verdad es relativa para un rey, lo importante es que el papa lo acepte.

—¿Y la otra? —insistió Dalmau.

—Que la reina no había conseguido la anulación de su segundo matrimonio con el conde de Comminges cuando se casó con ella.

—¿Servirá?

—Si te soy sincero, lo dudo mucho. Debo irme, presiento que alguien nos observa.

—Yo también.

—Dalmau. —Guillermo de Almazán puso la mano sobre el hombro de Dalmau y le dio un par de golpes antes de marcharse—. Nos esperan tiempos difíciles.

—¿Y cuándo no lo son?

### Castelnou d'Arri, junio de 1211

Hugh y Martín divisaban la formación del ejército tolosano frente a las muralla de Castelnou d'Arri. Desde la firma de los acuerdos de Montpellier y el acuerdo entre Simon de Montfort y el rey de Aragón, muchas cosas habían cambiado en la Cruzada. El señor de Cabaret había rendido el Castillo Rojo. La inexpugnable fortaleza de la Montaña Negra había sido entregada a Montfort a cambio de tierras cerca de Béziers. El último reducto de los Trencavel se había vendido. Nada se sabía de la Loba, quien al parecer se había opuesto, inútilmente, a la rendición con todas sus fuerzas. La noticia corrió por todo el Languedoc, los *faidits* clamaron al cielo ante tal traición, pero ya era tarde.

Con los refuerzos de primavera y las conquistas ratificadas por el monarca aragonés, que además había acordado el matrimonio entre el infante Jaime y la hija de Montfort, y había entregado a su hijo a la protección del vizconde, se rompió la tregua y la Cruzada se reanudó con la toma de Montferran. Montfort no se detuvo ahí, animado por los nuevos contingentes y las buenas noticias marchó hacia Tolosa. Antes de asediarla conquistó la importante plaza de Castelnou d'Arri. Los tolosanos no podían permitir tal ofensa y, por primera vez en casi dos años de Cruzada, empuñaron las armas y formaron un ejército para reconquistar Castelnou d'Arri. Al fin Tolosa entraba de lleno en la guerra del Languedoc.

—Pensaba que estos cobardes nunca nos plantearían batalla, casi me alegro de que tengan valor de hacerlo —comentó Hugh desde las murallas, mientras los tolosanos reforzaban el asedio con nuevas milicias.

—Es más que eso.

—¿Qué insinúas, Martín?

—Asediar Tolosa va a ser un error.

—No digas eso en voz alta o tendrás problemas, muchacho.

—Es una locura, impropia de Montfort —alertó con suma seguridad—, es como si alguien le hubiera instigado a ello.

El joven que había llegado de Aragón hacía casi dos años, dotado para las lenguas y que tenía la habilidad de pasar desapercibido, se había transformado en un aguerrido cruzado, que no dudaba en hacer respetar sus opiniones.

—¿Quién iba a ser capaz de tal cosa? Estás loco, Montfort no se deja influenciar por nadie.

—Sí, puede que sean cosas más —reculó el joven—, aunque estarás de acuerdo conmigo en que la extensión de la guerra a todo el Languedoc no es inteligente.

—Puede que en eso tengas razón. Cada vez nos odian más estos herejes, pero por ahora no hemos sufrido ninguna derrota, no lo olvides.

—El problema es que no son solo los herejes, ¿cuántos miles de personas viven en Tolosa? ¿Cuántos son católicos? Y nosotros los queremos asediar. Creo que con nuestra amenaza solo hemos conseguido unirlos más, ya no solo a los cátaros, también al resto.

—Quizás tengas razón —recapacitó Hugh también preocupado.

—Aseguran que el conde de Foix ha venido a apoyar a los tolosanos.

—Exactamente eso es lo que quiero decir. Hasta hace unos días eran enemigos irreconciliables. Estos territorios estaban fraccionados, ahora empiezan a unirse y lo hacen por nuestra culpa. Porque los obligamos a ello. Si toman conciencia unitaria y nos ven como una amenaza exterior estaremos en problemas.

—Para eso necesitarían un líder y no veo al conde de Tolosa capaz de serlo.

—Quizás eso nos salve —meditó Martín poco convencido.

—Menuda cabeza tienes, muchacho —rio Hugh—. Ese ejército que tenemos delante está formado de mercenarios y milicias tolosanas, poco entrenadas y mal avenidas. Quizás piensan que pueden reconquistar fácilmente el territorio tolosano perdido, pero no disponen de suficientes caballeros ni de un verdadero líder, por eso los derrotaremos sin dificultades.

—Puede ser, aunque por ahora hemos tenido que escondernos entre estas murallas.

—Pronto llegarán refuerzos, es más prudente refugiarse que plantar una batalla campal. —Hugh escupió desde la muralla—. ¡Eso sí es una locura!

—¿Un juicio de Dios?

—Sí, he visto pocas batallas campales en mi vida. Nadie se atreve a someterse al juicio de Dios. Las bajas suelen ser muchas y las posibilidades de victoria escasas. El que está en clara superioridad prefiere mantener el asedio y no perder hombres, sabedor de que la fortaleza terminará cayendo; y el que está en clara inferioridad tampoco la plantea porque tiene más posibilidades tras las murallas.

—¿Y si las fuerzas están igualadas?

—Entonces todavía es peor, ningún ejército en su sano juicio plantearía una batalla así si no está completamente desesperado.

Sin embargo, Montfort no era un hombre corriente, había decidido arriesgarse y reunió una exigua tropa limpiando las guarniciones de sus castillos. Así consiguió que todas las fuerzas cruzadas convergieran en Castelnou d'Arri, para plantear una batalla campal con la que derrotar a tolosanos y a los soldados de Foix. Confiaba en que su vanguardia resistiera el asedio hasta que él llegara con los refuerzos reclutados de sus otras fortalezas.

Tras varios días de sitio, una columna cruzada de refuerzos se aproximó a Castelnou d'Arri. Los exploradores tolosanos la descubrieron. El conde de Tolosa decidió mantener el cerco a la ciudadela, mientras el conde de Foix preparaba una emboscada. Los montañeses eran bravos guerreros, se decía que los mejores de todo el Languedoc, y su líder el más valiente de los caballeros, un auténtico señor de la



guerra. Esperaron apostados tras una suave colina frente a un vado en la cercanías de Castelnou d'Arri. Pronto se aproximó la columna cruzada, unos cien jinetes. Galopaban rápido, con orden pero no dispuestos para repeler un ataque. El conde de Foix armó una veintena de arqueros al otro lado del río. Ellos serían los primeros en iniciar el ataque y así lo hicieron. Esperaron a que los primeros caballeros cruzados entraran en el vado y lanzaron una descarga sobre el centro de la formación, de tal manera que se creara un gran caos y la vanguardia quedara aislada.

El primero en caer fue un escudero rubio, una flecha se clavó en su cuello y lo derribó al instante, cayendo muerto. A él le siguieron una docena más, la mayoría con heridas no mortales, aunque gravemente heridos y desposeídos de sus caballos. A continuación, treinta jinetes por cada flanco sorprendieron a los cruzados, los arqueros recargaron y esta vez dispararon a la retaguardia, cortando la posible huida. Tras los jinetes de Foix aparecieron decenas de peones armados con picas, azconas y hachas, gritando y corriendo. Los cruzados intentaron reagruparse y formar dos líneas para defenderse del doble ataque, no hubo tiempo. Fueron totalmente sorprendidos. Los caballeros de Foix cargaron por ambos flancos. La columna cruzada no supo cómo formar y solo se defendió del derecho. Siendo el izquierdo totalmente avasallado. Los peones llegaron detrás para rematar a los heridos y supervivientes, mientras los caballeros volvían a cargar. Completamente rodeados, los jinetes cruzados fueron arrollados, no pudieron hacer nada. Los pocos que salvaron la vida buscaron la manera de huir. Ya no era posible, los arqueros, espada en mano, se habían unido a la melé. Había que luchar y morir, sabían que ya no saldrían de allí con vida.

El conde de Foix acabó con casi toda la columna cruzada, solo media docena de sargentos logró huir a través de río. A pesar de esa victoria, aquel no iba a ser un día sencillo para los montañeses. La victoriosa escaramuza se transformó en una batalla cuando apareció por el este un verdadero ejército. En realidad se trataba del cuerpo principal de los cruzados, con Montfort a la cabeza. Al ver el resultado de la emboscada, el vizconde en persona encabezó una brutal carga de caballería frente a la cual el conde de Foix plantó cara con una valentía admirable, manteniendo su posición frente a las sucesivas investidas cruzadas. Claramente inferiores en número, no podían resistir por mucho tiempo. Así que pidió refuerzos al conde de Tolosa. Sin embargo, este consideró prioritario mantener el sitio y no cedió a las peticiones del conde de Foix, el cual, desbordado por las experimentadas fuerzas cruzadas, tuvo que retirarse del campo de batalla, huyendo hacia el sur, en dirección contraria a Tolosa.

Montfort, despejado el camino, prosiguió su avance hacia Castelnou d'Arri. El conde tolosano, temiendo el ataque por la retaguardia, y sin la fuerza de cobertura de Foix, decidió levantar el asedio.

—Nos tenían y se marchan —comentó Hugh, que observaba la retirada de los tolosanos—; ¡qué desastre de mando! Ese conde de Tolosa es un completo inepto. — Y soltó una carcajada.

—No es para estar contentos, han conseguido asediarnos y derrotar a una de nuestras columnas, es la primera vez.

—Y será la última mientras tengan a ese cobarde del conde de Tolosa como jefe. Tenían la victoria al alcance de la mano y nos han perdonado por la incompetencia del conde. Él no es un auténtico jefe militar como Montfort.

—Parece que no te alegras —advirtió Martín mientras caminaba por el adarve de la muralla.

—Lamento ganar de esta forma, por deméritos del adversario.

—Puede ser, ¿y el conde de Foix? Ha demostrado que su caballería puede estar a la altura de la nuestra, con más fuerzas podrían haber vencido a Montfort.

—Pero no ha sido así. El condado tolosano terminará cayendo, desde que el papa ha confirmado la excomunión de Raimon VI y con la caída de Lavaur, solo es cuestión de tiempo que asedemos Tolosa.

En las semanas siguientes, unos y otros contendientes evitaron cualquier tipo de confrontación directa, y la campaña de verano se desarrolló entre escaramuzas y asedios. Los cruzados dominaban el plano táctico, pero la lucha de los tolosanos y de los montañeses habían conseguido fomentar la rebelión en los territorios ocupados: los cruzados veían sus movimientos constantemente atacados y ralentizados, obligándose a destinar sus fuerzas a mantener el control de sus zonas. Cada vez más aldeas se sumaron a la revuelta.

### Cueva cerca del condado de Foix, septiembre de 1211

Dentro de las entrañas de la tierra, en una sala inmensa rodeada de miles de extrañas formaciones rocosas que conformaban un gigantesco ejército de diminutos soldados de piedra, un grupo de hombres y mujeres vestidos de negro formaban un círculo perfecto alrededor de un único individuo.

—Este sagrado bautismo, por el cual se confiere el Espíritu Santo, la Iglesia de Dios lo ha preservado desde los apóstoles hasta nuestro tiempo y ha pasado de buenos hombres a buenos hombres hasta el momento actual y así seguirá haciéndolo hasta el final del mundo. —El perfecto se acercó a Sébastien.

El joven había recibido nada más nacer el bautismo del agua, pero los perfectos de la cueva ya le habían advertido que ese era el bautismo de san Juan Bautista, no el de Dios, que debía hacerse mediante la imposición de manos, como citaba Lucas en los Hechos.

—Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo.

El bautismo tal y como lo veían y practicaban los católicos, se trataba de una tradición falsa, el camino de Satanás. El perfecto siguió citando textos que recalcan la necesidad de seguir los preceptos de Jesucristo.

—Debes observar los mandamientos de Dios y odiar este mundo.

—Así lo haré. Rezad a Dios por mí para que me dé su fuerza —respondió Sébastien.

Después recitó el padrenuestro, se arrodilló y rezó en silencio.

—Te concedo la paz. —Y el perfecto le realizó la imposición de manos.

El joven, una vez recibido el *consolament* se dirigió a la anciana, que junto a Marie habían participado en la ceremonia.

—Ahora ya estáis listos para partir —afirmó la experimentada cátera que se acercó a Sébastien y posó sus manos en las mejillas del joven—. Este mundo es la creación del mal que busca la destrucción de la buena creación: frente al espíritu, el mal inventó la materia, para precipitar la caída del espíritu, atrayéndolo. Frente a la eternidad, creó el tiempo, para que todo se corrompa al durar. Su objetivo es que el reino de Dios se hunda y se descomponga en el mundo. Pero nosotros lo impediremos, lucharemos con nuestra fe contra sus ejércitos, este libro será nuestra espada. —Y lo levantó para que todos lo vieran.

—Y yo lo protegeré —añadió Sébastien, ante la mirada de alegría en el rostro de Marie.

—Ahora marchad los dos y ponedlo a salvo. —La anciana entregó el libro a Marie—. Cuídalo y protégelo con tu vida.

—Así lo haré.

—Él te ayudará. —La anciana cogió a cada uno de la mano.

—Lo sé. —Marie le miró sonriente.

La pareja dejó la cueva cátera al día siguiente, ninguno vestía de negro para no ser descubiertos tan fácilmente. Marie portaba su zurrón de cuero y Sébastien un bastón de roble. Caminaron durante varias horas rumbo al suroeste. El terreno era abrupto y no encontraron mucha compañía. Aquella región era segura, los cruzados todavía no habían llegado hasta allí y la Corona de Aragón estaba ya próxima.

—¿Qué ocurrirá con la cueva? —preguntó Sébastien.

—Quién sabe... —Marie entristeció su mirada y volvió la vista atrás—. No creo que volvamos a verlos.

—Quiero agradecerte todo esto, tú me abriste los ojos.

—No te equivoques. No fui yo, fue Él: Dios.

—Si no te hubiera encontrado en Béziers ahora seguiría siendo un cruzado. — Sébastien cerró los puños y mordió los dientes—. Viviría un engaño.

—Desde el primer día que te vi, supe que tenías buen corazón.

—Gracias. No te rías, pero desde hace mucho tiempo he querido preguntarte algo: ¿cuántos años tienes?

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —Marie no esperaba esa pregunta.

—No lo sé, te conozco desde hace dos años y todavía ignoro tu verdadera edad.

—Tengo diecinueve —respondió mientras se adelantaba dando unos pasos largos, casi como pequeños saltos.

—Eres muy joven.

—¿Cuántos tienes tú? —preguntó una vez que estaba a cierta distancia de él.

—Veintitrés.

—Qué viejo eres.

—¿Cómo? —Sébastien corrió hacia ella y la intentó coger de la cintura, pero Marie se revolvió y le esquivó.

—Es una broma. —Marie empezó a reírse como nunca antes lo había hecho, y su risa se contagió a Sébastien.

—¿Por qué nos reímos?

Marie contestó sonriendo como una niña.

La pareja siguió su camino hasta que anocheció, entonces buscaron refugio en una pequeña cueva en el pie de un cerro, cerca de un bosque de pinos. Llevaban guisantes y pan en cantidad abundante, además de empanadas. Hicieron una pequeña hoguera para calentarse. Desde hacía días Sébastien no podía dejar de mirar a Marie. Al principio ella disimulaba, pero poco a poco le había empezado a gustar, y disfrutaba con las miradas furtivas del joven.

—Nunca te agradeceré lo suficiente que me ayudaras en Carcasona.

—Originariamente no era ese el plan. —Marie sonrió.

—Lo importante es cómo ha terminado, tengo la impresión de que eres incapaz

de hacer nada malo.

—Eso es una tontería, claro que puedo hacer cosas malas —dijo entre risas la joven.

—No, no puedes.

—Todo lo bueno que hay en nosotros proviene de Dios. Cuando hacemos el bien no tenemos mérito alguno, porque es Dios quien actúa.

—Lo ves, hasta cuando hablas estás llena de bondad.

—No soy yo quien hace el bien —advirtió Marie arqueando sus cejas.

—Ya lo sé. Lo que debemos hacer es abrirnos a la palabra de Dios, para permitir que actúe en nosotros. De Él solo puede emanar el bien.

La pareja cada vez se comprendía mejor, las enseñanzas de los buenos hombres les ayudaban a hacerlo. Pero había algo más entre ellos.

Sébastien posó su mano derecha en el brazo de la joven, mientras con la izquierda le acarició un mechón de su cabello. Ella le observaba inmóvil, con su mirada verdosa clavada en sus labios, hasta que fue a buscarlos para decirle en la boca todas las palabras de amor que llevaba tiempo guardando. Fueron sus besos los que hablaron y las caricias las que respondieron.

Ella le desabrochó la saya y se la quitó, sacándola por su cabeza y sus brazos. Así vio su torso desnudo, puso la mano sobre su corazón y sintió como latía con fuerza. Sébastien la intentó despojar de sus ropas.

—Espera. —Marie se levantó, soltó los cordones de su saya y esta resbaló por sus piernas. Después abrió también su camisa y dejó al descubierto sus senos—. Tendrás que continuar tú.

—Ven aquí. —Sébastien sonrió.

La joven se tumbó y él se echó sobre ella, por primera vez sintió el peso de un hombre sobre su cuerpo. Siguieron devorándose a besos, como si no hubiera mañana, y tuvieran que gastar todos aquella noche. Lo hicieron. Marie recorrió todo el cuerpo de Sébastien con sus labios y él acarició todos sus rincones. Se amaron bajo las mil estrellas que los habían unido.

**Sur del condado de Foix, septiembre de 1211**

Sébastien se despertó temprano, cuando buscó a Marie para abrazarla no la encontró. Le extrañó, se incorporó y miró a su alrededor. No había ni rastro de ella, aquello le alarmó. Se puso el abrigo y echó un vistazo por los alrededores. La llamó varias veces sin obtener respuesta, descendió el cerro hasta un pequeño arroyo. Entonces creyó verla lavándose el pelo, sí era ella. Se agachó, ocultándose entre unos matorrales, y la observó despacio, de manera furtiva. Llevaba tan solo una blusa, se había quitado la túnica para lavarse mejor su largo cabello. En un momento dado, se desprendió también de la blusa, quedándose prácticamente desnuda, solo vestida con una saya. Sébastien sintió como su pulso se aceleraba, su mano derecha empezó a temblar levemente y su respiración era más forzada. No dejó de mirarla, cómo brillaba su delicado cuerpo mojado, y volvió a imaginarse junto a ella, como la noche anterior, acariciándola, jugando con su pelo, palpando sus senos. Sintió que se excitaba y que su miembro viril crecía entre sus piernas. Oyó un ruido, pero estaba demasiado despistado mirando a Marie.

Tres hombres aparecieron detrás de ella. El primero era enjuto y calvo, con la tez morena; los otros dos eran más altos y rollizos. Uno de ellos llevaba el pelo largo y empuñaba una espada; el otro tenía una densa barba que le cubría medio rostro. Cuando entendió lo que estaba sucediendo, Marie estaba rodeada. Se levantó y fue a gritar, ya era demasiado tarde. Echó mano a su cinto y sacó su daga. Miró a su alrededor y buscó algún objeto contundente con el que defenderse. Agarró una alargada rama que había en el suelo y parecía consistente.

—Mira lo que tenemos aquí —comentó el hombre de pelo largo.

Marie se asustó y corrió a ponerse de nuevo la túnica, el más gordo de ellos se había adelantado.

—¿Buscabas esto? Estás mucho más guapa desnuda, pequeña.

—¡Dejadme! —gritó desafiante la cátara—. ¿Qué queréis?

—¿No lo sabes? —inquirió el más rechoncho—, te queremos a ti, fierecilla. Mira cómo se defiende, nos lo vamos a pasar muy bien.

Marie intentó correr hacia la otra orilla. El hombre que empuñaba la espada se interpuso en su camino, señalándola con su arma.

—Tan valientes sois, que necesitáis una espada para atacar a una mujer.

—Sí, somos unos cobardes —respondió el más menudo—, lo sentimos mucho, princesa.

A continuación el asaltante barbudo se adelantó y cogió a Marie de la cintura mientras ella gritaba e intentaba zafarse de él. Era inútil, no podía hacer nada. Casi arrastras la llevó junto al tronco caído de un árbol y le arrancó la escasa ropa que le

quedaba, dejándola completamente desnuda.

—¡Qué maravilla! —exclamó el enjuto—. Cómo vamos a gozar con ella, ¿verdad, muchachos?

Todos respondieron riéndose. El barbudo parecía ser el cabecilla, se quitó el abrigo y el calzón. Mientras su compañero sujetaba a Marie de las muñecas, se acercó y separó las piernas de la joven para introducirse dentro de ella. Marie gritó desesperada y consiguió dar una violenta patada en su cara, que hizo que le brotara sangre de la nariz.

—¡Putas! —Él reaccionó con una tremenda bofetada que impactó de lleno en el rostro de Marie.

La muchacha quedó conmocionada. Cuando se recuperó, él estaba sobre ella empujando con violencia toda su virilidad. A continuación, todo sucedió muy rápido. Sébastien apareció como si de un demonio se tratara. Corrió hacia el primero de los asaltantes, que contemplaba como su compañero violaba a Marie entre risas. No le vio llegar, hasta que ya era excesivamente tarde. Entonces se giró, levantó su brazo y describió un gran arco con su espada en el aire buscando la cabeza de Sébastien, este estaba preparado. Se agachó y le golpeó con la rama de árbol en el estómago. Lo hizo con todas sus fuerzas y la rama se partió al mismo tiempo que su enemigo gritaba de dolor y caía de rodillas. Momento que aprovechó el joven para clavarle su daga en el cuello y hurgar con su punta en su interior, hasta que estuvo seguro de que ya no respiraba. Los otros dos hombres reaccionaron, el de la barba soltó a Marie, quien entre lágrimas no era todavía consciente de lo que sucedía, y fue a por Sébastien armado con una daga. Ambos se miraron desafiantes, el barbudo rio con desprecio.

—Pobre muchacho, ¿no me digas que era tu mujer? Mira como Bertrand la hace disfrutar.

El otro no cesó en su deseo de violar a la joven, y decidió tomar el lugar de su compañero, a pesar de la llegada de Sébastien.

—Has tenido suerte de que no te viéramos llegar. Eso sí, ahora te aseguro que no tienes nada que hacer contra mí. —Y soltó una carcajada—. ¡Bertrand, deja eso para luego y ayúdame con este desgraciado!

—Eso ya lo veremos.

—No me hagas reír, tú no has luchado en tu vida, no hay más que verte. Esa puta es una cátara y tú también lo eres.

—Te equivocas, yo luché en Béziers y en el asedio de Carasona. ¿Dónde estabas tú entonces?

Esas palabras le sorprendieron.

—¿En Béziers? —El barbudo se mostró confuso—. Un momento, ¡yo te conozco! Tú eres el traidor que nos atacó en aquella casa durante el asalto.

—No puede ser. —Sébastien casi deja caer su arma de la impresión, pero no lo hizo y la apretó más fuerte entre sus dedos.

—¡Que Dios nos asista! ¡El maldito traidor! —Y su rostro se llenó de ira—. Sabía

que nos volveríamos a encontrar, lo sabía.

Sébastien lanzó dos ataques seguidos, que fueron bloqueados. Después cogió un puñado de tierra del suelo y se lo lanzó a la cara, cegándole brevemente los ojos. El tiempo suficiente para alcanzarle en el hombro derecho y hacerle una profunda herida.

—¡Maldito seas! ¡Bertrand, deja a esa zorra y ven a ayudarme!

Sébastien se acercó a él y amagó por dos veces.

—Este asqueroso traidor nos atacó en Béziers y mató a cinco de los nuestros.

—Tampoco fue una gran pérdida —contestó el otro que seguía violando a Marie—. ¡Encárgate tú! Ya termino.

—Esa ramera es la que se nos escapó, ¿verdad? Aún recuerdo cómo le hicimos gozar a la otra, ahora le ha llegado su turno a ella.

—¡Cállate! —gritó Sébastien, que buscaba la manera de atacarle.

—¡Bertrand, quieres venir! Luego nos divertiremos con la mujer. —Y los dos ribaldos se rieron como hienas.

El violador se levantó satisfecho, escupió sobre el rostro de la mujer, se puso el calzón y dio una patada en el costado a Marie. La cogió del pelo y la arrastró hacia donde luchaban.

—Detente o la mato —anunció con una daga en el cuello de la mujer.

Sébastien se quedó helado, vio la imagen de Marie, desnuda, sangrando por la cara, violada y con un filo debajo de la barbilla. El cruzado herido sonreía y el otro le miraba esperando una respuesta. Respiró profundamente, giró la daga en su mano y dejó deslizarse el filo entre sus dedos, hasta sentir la punta. Cerró los ojos unos instantes y cuando los abrió, miró fijamente al ribaldo que sujetaba a Marie. Bajó la mirada. Y fue en ese preciso momento cuando el tiempo se detuvo, levantó su brazo hasta sobrepasar su cabeza y lanzó la daga con todas sus fuerzas. Esta voló, como si fuera una azcona, hasta clavarse en el pecho de hombre que retenía a Marie.

El barbudo, sorprendido, tardó en responder. Cuando reaccionó corrió hacia Sébastien con su arma, este lo esperaba, se giró esquivándolo y le golpeó con su puño en el hombro herido. Mientras, el otro asaltante intentaba respirar, pero sus pulmones ya estaban llenos de sangre, que le brotaba también por la boca. Se tambaleó, soltó el pelo de Marie. La daga estaba todavía en el cuello de la joven, que seguía aturdida, y con su último aliento seccionó su yugular. El hombre cayó muerto, arrastrando el filo de su daga por la fina piel de Marie.

Sébastien aprovechó la poca movilidad de su rival para rodearle y esquivar un nuevo movimiento de su daga. Miró a su alrededor y corrió a por la espada del primero de los asaltantes. Con ella regresó y sin divagaciones seccionó la cabeza de su rival. Entonces la vio con las manos en el cuello, intentando que no se le escapara la vida. Corrió hacia ella.

—¡Marie! Tranquila. —Intentó taponar la herida—. Te pondrás bien —mintió.

—Sébastien —pronunció con un susurro de voz.



—El asesino de mi hermana y de tu padre ha muerto, ahora podrán descansar en paz.

—Claro que sí, pero respira, ¡sigue respirando!

—Prométeme una cosa —dijo casi sin fuerzas.

—Lo que quieras, pero no te vayas.

Ella sabía que ya era tarde, sus ojos verdosos vertían lágrimas y, con su último suspiro, movió los labios para pronunciar sus últimas palabras.

—Protege el libro.

## 1212 El rey cruzado

*El caballero que reviste su cuerpo con la armadura de acero y su espíritu con la coraza de la fe, ese es el verdadero valiente y puede luchar seguro en todo France. Defendiéndose con esta doble armadura, no puede temer ni a los hombres ni a los demonios, [...] Marchad, pues, caballeros, seguros al combate y cargad valientes contra los enemigos de la cruz de Cristo...*

*De laude nova emilitiae* (h. 1130 – 1136).

Bernard de Clairvaux.

### Narbona, finales de marzo de 1212

Por fin Arnaldo Amalarico había conseguido lo que tanto tiempo anheló, el arzobispado de Narbona. El cargo eclesiástico más importante del Languedoc. Más que un clérigo ahora era un príncipe, pues tal era el poder del arzobispo en sus dominios. Concluía así la tradicional autonomía eclesiástica del clero del Languedoc respecto de la jerarquía de Roma.

El nuevo arzobispo abandonó la ceremonia lujosamente vestido. Con la mitra sobre su cabeza y el báculo firmemente agarrado en su mano derecha: para corregir, sostener y empujar. Era un símbolo característico de los arzobispos: recto en su parte vertical para dirigir y sostener a los débiles y curvo en su parte superior para atraer a los pecadores.

En la tranquilidad del palacio arzobispal, se relajó en un cómodo sillón decorado con bordados de hilo de oro.

—Estará contento, eminencia —comentó Juan de Atarés.

—Esto es solo el principio. Ahora es cuando de verdad empieza la partida.

—En menos de un mes partiremos hacia el otro lado de los Pirineos.

—Eminencia, ¿qué estáis diciendo? —A Juan de Atarés le costaba controlar sus nervios, Arnaldo acababa de sentarse en el trono del arzobispado de Narbona, después de años intentándolo, y ya hablaba de abandonar el Languedoc.

—Iremos a la Cruzada contra los infieles.

—¿Contra los almohades? —inquirió confuso el ayudante del arzobispo—. ¿En Castilla?

—Sí, a Toledo. Ahora todo ha cambiado.

—¿Y nuestra Cruzada? No podemos permitir a los cátaros escapar, ¿y el rey de Aragón?

—Tranquilo, Montfort seguirá haciendo su trabajo, y por otro lado espero que el rey aragonés acuda también a la llamada contra los musulmanes. Incluso que tu monarca también lo haga, no en vano son reyes cristianos, pues que actúen como tales. —El nuevo arzobispo tomó aire—. Sancho VII el Fuerte es primo segundo del monarca castellano. Es tan despreciable como el aragonés, un fornicador. Pero, en el caso del navarro, de sarracenas. Dicen que pasa largas temporadas en Córdoba copulando en el harén del califa. El aragonés protege a los herejes y este hace tratos con los infieles. ¿Qué ocurre al sur de los Pirineos? ¿Qué demonios se adueñan del alma de las casas reales?

—Es mala la fama del rey, aunque no creo que todo sea verdad.

—¿Tú lo conoces?

—Me temo que no —reculó Juan de Atarés, precavido ante una mala respuesta.

—Dicen que es un gigante. —El arzobispo suspiró—. Y un borracho adúltero. Menos mal que el rey de Castilla es diferente, ese sí es un buen rey cristiano. Tras perder Salvatierra a finales de septiembre del pasado año, Alfonso VIII editó un edicto de movilización para preparar la campaña del año siguiente. La fecha de concentración de las tropas se fijó en la octava de Pentecostés, es decir, el 20 de mayo, en Toledo.

—Poco después murió el infante Fernando.

—Cierto, pero a pesar del duelo no se ha detenido la organización de la campaña. Ha convocado a los reyes hispanos y a la mayor parte de la cristiandad a una empresa que pretende ser una auténtica Cruzada. En ello ha jugado un papel destacado el arzobispo de Toledo. También ha llegado a mis oídos que Alfonso VIII se entrevistó en Cuenca con el rey de Aragón y que luego envió a Roma al obispo electo de Segovia, para solicitar la ayuda papal de cara a la nueva campaña. Inocencio III nos ha pedido a toda la cristiandad que ayudemos a Castilla y ha concedido a su empresa las gracias de Cruzada.

—No estamos en condiciones de ayudar, tenemos nuestra propia Cruzada aquí.

—Partiremos lo antes posible. —El arzobispo no hacía el menor caso a las palabras de Juan—. De camino me entrevistaré con el rey de Navarra y conseguiré que los navarros acudan a la llamada contra los infieles. Está por ver que los portugueses y los leoneses se involucren también, bastante tendremos si estos últimos no aprovechan para atacar Castilla. Aunque creo que tienen razón en reclamar unas plazas fronterizas que mantienen en disputa.

—¿Atacar durante la Cruzada? Eso es imposible, ningún reino cristiano haría tal cosa.

—Un reino no, pero un rey sí. Al fin y al cabo son hombres. Subestimas el poder de la ambición, ¿qué mejor momento para atacar a tu enemigo que cuando está luchando contra otros lejos de sus tierras?

—Pero en Santa Cruzada —recalcó Juan de Atarés con determinación.

—Exactamente igual que aquí. —Y sonrió.

—Entiendo.

—No lo suficiente. —Y el nuevo arzobispo se detuvo en sus pensamientos—. Cuando se llame a la Cruzada, ¿qué hará la nobleza del Languedoc? El conde de Tolosa podría aprovechar para acudir y conseguir que se levantara la excomunión que pesa sobre él y otros podrían ir por las indulgencias.

—Visto así es tentador, no obstante, no creo que abandonen sus tierras. No mientras la Cruzada esté en ellas. Si acude a Castilla, Tolosa estará a merced de Montfort.

—Tienes razón. —El nuevo arzobispo cogió aire—. Ahora déjame, quiero descansar.

Juan de Atarés abandonó la sala palaciega y caminó con paso firme hasta el piso inferior, cruzó el patio interior y salió a las bulliciosas calles de Narbona. La jugada

del arzobispo le preocupaba. No entraba en los planes la convocatoria de otra Cruzada y menos en tierras de Castilla, por mucho que fuera contra los almohades. Cierto era que el peligro almohade era grande. Después del desastre de Alarcos, Castilla y también Aragón estaban en peligro. Aquella era la mejor solución, una alianza para derrotarlos. Sin embargo, ¿qué pintaba en todo esto Arnaldo Amalarico? Era legado papal, en el Languedoc, y además acababa de lograr lo que tanto tiempo llevaba buscando, el arzobispado de Narbona. ¿Por qué marcharse ahora? ¿Qué esperaba obtener? Además, si cruzaba los Pirineos se vería con el rey de Aragón. Quizás era esa la intención, entrevistarse con el monarca fuera del Languedoc. Sabía que algo tramaba, aunque no tenía ni idea de qué se trataba. Por ello tenía que enviar un mensaje con sus sospechas al rey aragonés.

Mientras pensaba caminó hasta el muelle. Allí encontró a un grupo de comerciantes venidos desde Marsella que discutían animadamente. Al verle llegar no callaron. Uno de ellos, gordo como un oso y sin un solo pelo en la cabeza, hablaba de la Cruzada, de las noticias sobre la sorpresiva ofensiva de invierno. Al parecer, aseguraba que él mismo había transportado a Guy de Montfort, hermano del vizconde, hasta Béziers desde Messina. Juan de Atarés no estaba seguro de la veracidad de aquella afirmación. La curiosidad le pudo y merodeó a los marineros para escuchar más de cerca su conversación.

—¿Y ahora qué sucederá? —preguntó uno de los comerciantes que se agolpaban en el muelle y que llevaba un extraño abrigo de color vino, sin capucha y con decoraciones en franjas azuladas.

—La guerra seguirá —contestó el más orondo.

—Dicen que hay nueva Cruzada al otro lado de los Pirineos —comentó otro de los presentes.

—Tolosa está más cerca. Ayer un comerciante de Mirepoix dijo haber visto la llegada de un importante contingente de refuerzos francos y del imperio, que permitirán a Montfort la creación de un segundo ejército independiente al mando de su hermano.

—No tenéis ni idea —interrumpió un nuevo comerciante, delgado y alto como un palo—. Ese segundo ejército ya está actuando. Los cruzados recuperaron hace días Cuq, Montmaur, Les Cassers, Montferran y Avinhonet.

—¿Es eso cierto? —preguntó el más obeso—. ¿Y el conde Raimon VI?

—A la defensiva, como siempre —respondió el nuevo personaje—. Dicen que evacuó Pueglaurenç y trasladó la población a Tolosa.

Si aquello era verdad, esos hombres estaban mejor informados que el propio arzobispo. Era evidente que Montfort volaba solo desde hacía tiempo. Arnaldo Amalarico ya no podía controlar la bestia que había creado. Al menos, ahora ya había conseguido su gran sueño, el arzobispado. Aquella Cruzada contra los almohades y la voluntad del arzobispo de participar en ella le confundían. ¿Qué pretendía realmente Arnaldo viajando al otro lado de los Pirineos? Lo que estaba claro es que Montfort

proseguía su acoso sobre el condado tolosano con o sin ayuda de Arnaldo. Ahora que contaba con un segundo ejército y a este ritmo, pronto caerían las plazas entre los ríos Tam y Aveyron, y se cerraría el cerco sobre la ciudad de Tolosa.

**Condado de Tolosa, abril de 1212**

Era temprano, el sol estaba todavía recortando el horizonte y la luz era tenue. Habían cruzado el Garona, con cierta dificultad, por un viejo puente en ruinas. Desmontaron para atravesarlo mejor. La columna de Hugh y Martín debía custodiar el transporte de unos monjes y asegurar una zona rebelde dentro del condado de Tolosa. Un pequeño bastión de un reducido grupo de *faidits* se había hecho fuerte en una zona estratégica, que los cruzados necesitaban controlar para bloquear Tolosa.

—Es un rumor que corre como el viento —comentó Hugh mientras rascaba su barba pelirroja—. Un grito desesperado que vuela por estas tierras de herejes.

—¿Quiénes son?

—Hombres desterrados, desheredados y humillados; que se han unido a ese maldito caballero oscuro del que tanto hablan esos estúpidos bufones y trovadores. — Hugh tenía problemas para cruzar saltando entre los restos del puente.

—¿Serán muchos?

—Lo dudo, muchacho. Una veintena, no más —contestó confiado Hugh—, pero dicen que en la oscuridad de la noche o entre las brumas de la mañana, actúan como fantasmas. Rápidos, precisos y eficaces. Atacan nuestras patrullas y mensajeros, y no dejan a nadie con vida.

—Seguro que huirán al vernos. Somos casi un centenar.

—Puede que sí. Nunca se sabe, la estupidez es una cualidad demasiado abundante entre los hombres.

—Si solo fuera la estupidez...

—Y eso que no has estado en el norte, en Normandía o al otro lado del canal. Aún recuerdo cómo era la vida en Irlanda. —El normando le miró fijamente—. Muchacho, nunca hablas de tu tierra, de Provenza. —Martín tragó saliva—. ¿Es que acaso no la extrañas?

—No me trae buenos recuerdos, tan solo es eso.

—¿Tu familia? —preguntó Hugh mientras daba el último salto.

—Sí, una enfermedad acabó con ellos hace años.

—Lo siento. Dios seguro que los acogió en su seno.

—Eso espero.

—¿Cómo no va a hacerlo? Eres un cruzado, estás ganando aquí indulgencias para ti y todos tus seres queridos.

—Es cierto —Martín respondió con la mirada perdida y el rostro pálido, fue el primero en llegar a la otra orilla del río.

En aquel lado del río se levantaba una esbelta cruz de piedra, pero no era una cruz usual. Era patada, con los brazos terminados en tres puntas. Tenía el contorno

destacado en relieve y las puntas terminaban en círculos rellenos. Martín posó su mano sobre la fría piedra del monumento y sintió una extraña energía que emanaba de él. Se asustó y se apartó unos pasos, buscó a Hugh, que estaba dirigiendo las maniobras. Los bultos del carromato de los monjes estaban siendo transportados por los peones. En su mayor parte parecían arcas de madera.

—Alegra esa cara, cualquiera diría que has visto un fantasma.

—Y no se equivocaría. —El aragonés levantó el brazo señalando al este—. Sobre el sol de Poniente se vislumbraba una figura a caballo, un jinete oscuro.

—¡Maldita sea! ¡A las armas! —gritó Hugh alarmado.

Tarde, ya habían caído en la emboscada. Dos flechas derribaron al único cruzado que había tenido tiempo de montar a caballo después de cruzar el puente. La mayoría andaba todavía en ello. Solo Hugh, Martín y media docena de peones estaban en condiciones óptimas de presentar batalla. Una neblina cubría de manera suave la orilla, lo suficiente para ocultar a los asaltantes que no eran sino sombras ocultas, dispuestas atacar por la espalda.

—Atento, muchacho, caerán sobre nosotros como alimañas.

—Descuida. —Martín levantó su espada templaria y flexionó sus rodillas.

Entonces una sombra fue creciendo frente a él hasta tomar forma humana. Martín se agachó y la atravesó con el filo de su arma.

Esa mañana, los gritos y el ruido del metal se disponían a resonar en aquel alejado paraje. Más cruzados alcanzaron la orilla. Bajo las flechas que salían de la oscuridad, al menos una docena perecieron nada más poner el pie en tierra. Muchos otros se agolpaban sobre las ruinas del puente, intentando cruzarlo a toda costa.

No hubo tiempo de usar los caballos. Los *faidits* los atacaban por todos los flancos. Surgían de la niebla como fantasmas, como si ellos fueran capaces de ver entre aquel manto invisible.

—¡Corre, muchacho! O de esta no salimos para contarlo. —Hugh le empujó hacia delante, dos azconas cayeron a sus pies—. Sígueme.

—No podemos abandonar al resto.

—Si quieres seguir con vida, sí.

—¡No soy un cobarde!

—Ni yo tampoco, pero más vale la pena huir y luchar mañana, que permanecer y morir en este solitario lugar. No hay nada que hacer aquí, nos la han jugado bien. —Hugh siguió avanzando—. Los que nos han enviado a estos lares tenían que saber que podría haber peligro. Esos no son unos burdos bandidos, están organizados y atacan con disciplina, siguiendo órdenes bien planificadas.

Salieron de la orilla del río y treparon a gatas por una pendiente. Conforme ganaban altura, la niebla desaparecía y un fuerte sol brillaba en el cielo.

—¡Estamos huyendo como ratas! —Martín se detuvo—. Debemos volver.

—No, estamos salvándonos de una muerte segura, que es diferente. No hay nada heroico en morir en vano. ¿Qué ganamos si bajamos al río y luchamos hasta la



muerte? Los trovadores no cantarán sobre una compañía heroica que fue masacrada en un inhóspito lugar. Es más, seguramente nadie sabrá nunca de nosotros. Dejarán que se nos coman los buitres o nos tirarán al río. Elige un buen lugar para morir muchacho, porque solo lo harás una vez.

—Los van a matar a todos. Casi un centenar de hombres —recordó el aragonés—. Nuestro honor nos obliga a luchar.

—¡Honor! A mí eso no me obliga. Nada me ha dado el honor y nada le debo —graznó el normando, que no dejaba de avanzar—. ¿De verdad quieres acompañarlos? Allí tú, yo no pienso volver.

Martín bajó la cabeza y no contestó.

—Lo tenían bien preparado esos malditos *faidits* —musitó Hugh—, no te sientas culpable por los que caigan hoy, ellos no hubieran lamentado tu muerte, puedo asegurártelo.

—¿Y ahora? —El aragonés pareció comprender la situación.

—Debemos alejarnos y llegar al próximo pueblo lo antes posible.

Una flecha se clavó en el brazo derecho del pelirrojo normando.

—¡Dios! —gritó de dolor—. ¡Nos han descubierto!

Martín se volvió y vio como se acercaban tres hombres de negro como buitres carroñeros. No lo pensó, corrió hacia ellos antes de que los rodearan. Giró sobre sí mismo y cruzó con su filo el abdomen del primero de ellos. Chocó su espada en alto con el siguiente, fue más rápido que él, y la bajó para introducísela en el costado. Al tercero lo recibió agachándose para esquivar su lanza. Después evitó dos ataques más y, finalmente, le metió dos palmos de acero a la altura del pecho. Miró atrás y vio como Hugh, a pesar de su herida, corría hacia el arquero que le había atacado y le rebanó el cuello.

—¡Hugh, a tu espalda! —gritó alarmado Martín.

Era obvio que el resto de *faidits* ya conocía su posición. Fue entonces cuando un caballero negro apareció detrás de ellos. Con el rostro oculto por la celada de su yelmo. Portaba un escudo sin divisa. El jinete espoleó su caballo, fue al galope hacia el normando que, en guardia, lo esperó paciente.

—Pobre infeliz, no sabe de lo que es capaz Hugh, aunque esté herido —murmuró Martín confiado en la destreza de su compañero.

El solitario jinete avanzó con la espada en ristre, levantó el brazo describiendo un gran arco en el aire y lo bajó al llegar frente al normando. Hugh colocó su espada en horizontal, a modo de escudo, y detuvo el brutal ataque. Después agarró al atacante de uno de sus pies y lo derribó del caballo. Fue una acción brillante, propia de un experimentado guerrero como Hugh. No obstante, el *faidit* reaccionó con habilidad, y rodó por el suelo amortiguando el golpe, aunque perdió su yelmo y quedó aturdido por el impacto.

Era un hombre menudo y poco corpulento, nada imponente. Allí tumbado, quizás lo que más destacaba era su larga cabellera, como la de una mujer. Hugh se acercó

para rematarlo. Agarró fuerte la empuñadura con las dos manos, la levantó sobre la vertical de su cabeza y la dirigió, con violencia, hacia el pecho del *faidit*. Pero este lo estaba esperando, rodó de nuevo por el suelo evitando una muerte segura. La espada del normando se clavó en la tierra rozando el almófar del *faidit*, la manta de anillas en forma de casco que servía para proteger el cuello y los hombros salvó la vida de aquel hereje.

El misterioso caballero se incorporó y recuperó su espada. Era inusual, de forma curva como la de los musulmanes. De nuevo armado, se lanzó agresivamente contra Hugh, que resistió los ataques con facilidad. El normando se había visto ya en mil y una peleas peor que aquella. El arma de su oponente le parecía ridícula comparada con la suya. El propio aspecto, bastante enclenque, de su rival le hacía sentirse seguro de acabar fácilmente con él.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? Deja ese cuchillito y ríndete de una vez —se mofó el pelirrojo normando.

El *faidit* no desistió. Se movía rápido y con habilidad, Hugh no alcanzaba a seguirlo.

Mientras, Martín mantenía su posición luchando con dos asaltantes más que habían remontado el cerro. Un muchacho de su misma edad y un hombre mucho más mayor, casi un anciano. No parecían diestros con la espada, pero le superaban en número. Martín se defendió con solvencia de los ataques dobles. A pesar de su experiencia, no conseguía deshacerse de ellos para ir a ayudar a Hugh.

—¿Qué forma de luchar es esa? Quieres dejar de moverte, ¡por todos los santos! —El normando empezaba a impacientarse con su rival.

El *faidit*, a base de ataques rápidos y con mucha intención, hizo por dos veces sangre en el muslo de Hugh. Su cimitarra consiguió darle un nuevo corte, esta vez en su mejilla derecha.

—¡Maldito hereje!, ¡vuelve a intentarlo!

Su oponente no hablaba y su rostro apenas se distinguía, la niebla había subido con el paso de la mañana. Por un momento, el normando creyó ver que los ojos de su rival eran cada uno de color distinto, y aquello le asustó. El *faidit* atacó de lejos, apoyó su pie derecho para girar sobre él y lanzar una estocada mortal. Pero durante un instante dejó desprotegida su cabeza y el normando lo intuyó justo a tiempo. Armó su brazo y descargó un colosal golpe directo al cuello de su rival. Cuando este completó su acrobático giro, se encontró con el filo de la espada de Hugh rozando su barbilla. Sin embargo, los reflejos de aquel caballero oscuro no eran normales. A pesar del error en su maniobra, fue capaz de flexionarse, inclinándose hacia atrás hasta límites que Hugh no había visto nunca en un hombre, viendo pasar la espada por encima de su rostro de tal manera que su mirada bicolor se reflejó en la hoja. Finalmente, no pudo mantener el equilibrio y cayó de espaldas. Acto seguido dio una voltereta y se incorporó. El normando estaba desconcertado ante aquella manera de combatir, así que utilizó todas sus tretas. Por un momento bajó intencionadamente la

guardia, mostrando síntomas de agotamiento; su oponente lo vio y se lanzó a por él. Hugh lo aguardaba e hizo girar la empuñadura de su espada en su mano dibujando un círculo en el aire que detuvo el ataque y provocó que ambos perdieran sus espadas. El *faidit* también tenía recursos y sacó dos dagas de su cinturón y volvió a la carga. El normando detuvo el brazo derecho de su atacante atrapando su muñeca derecha, pero al intentar lo mismo con la izquierda, la herida de la flecha se resintió y no llegó a agarrarlo. La daga se clavó en su hombro, liberando un agudo grito de dolor que alertó a Martín, quien se apresuró por acabar con sus rivales. Primero con el joven haciéndolo retroceder hasta que perdió el equilibrio y bajó la guardia, momento que aprovechó para abrirle las tripas. Después, volvió rápido hacia el hombre mayor y con destreza y varios amagos, finalmente le segó la vida a la altura del corazón. Corrió para ayudar a Hugh y llegó cuando el *faidit* se disponía atacarlo de nuevo.

—¡Alto, hereje! ¡Lucha conmigo!

Alarmado por los gritos, se volvió hacia él y finalmente el aragonés pudo ver su rostro.

—¡Isabel! —Martín se quedó perplejo ante el descubrimiento.

El caballero oscuro, el líder de los *faidits*, era Isabel de Foix. Esa mirada asimétrica y ese pelo largo y suelto de color miel que caía a ambos lados de su rostro, como la primera vez que la vio en Foix, llamando a casa de Antoine. Era ella, sin duda. Aunque había cambiado su rostro, ahora sus rasgos eran maduros y su mirada más profunda, como si dentro de ella hubiera todo un nuevo mundo por descubrir.

**Toledo, mayo de 1212**

En los primeros días de mayo el ejército cristiano era ya un contingente numeroso y heterogéneo. Más de dos mil caballeros con sus escuderos y sargentos, diez mil jinetes y cuarenta mil peones. Había tropas de a caballo y de a pie bien pertrechadas y fogueadas, mesnadas de pequeños nobles y caballeros, escuderos y peones. Como en toda Cruzada, a los combatientes se unieron voluntarios como mujeres, niños, ancianos, que se acogían a los beneficios espirituales y materiales.

Arnaldo Amalarico parecía un líder más de la Cruzada, como los reyes de Aragón y Castilla. Vestía con cota de malla y sobrevesta con los colores blanco y amarillo de la Santa Sede. El legado papal había pasado por Navarra para convencer al rey Sancho el Fuerte de que se uniera a la llamada de la Iglesia. El arzobispo de Narbona no dudó para ello en usar desde ruegos y explicaciones sobre las ventajas espirituales, hasta promesas y bendiciones. Sin embargo, fueron las amenazas en este mundo, y en el venidero, las que le surtieron efecto. Por un lado, Navarra tenía territorios al otro lado de los Pirineos, cerca del Languedoc, factibles de ser atacados por Montfort. Y por otro, la condenación eterna en el infierno siempre era un recurso útil para asustar a un hombre, aunque fuera un rey.

Las fuerzas ultramontanas que había traído consigo el arzobispo pronto provocaron problemas por la larga espera y la indisciplina. Al legado papal no le importaba, él mismo les incitó para que atacaran a los judíos de Toledo, que tuvieron que ser defendidos por los propios caballeros castellanos. Los cruzados estaban ansiosos de derramar sangre. También talaron la Huerta del Rey y provocaron daños en la ciudad. Era parte de su estrategia. Arnaldo debía demostrar que ningún rey mandaba sobre el legado papal, es decir, sobre la Iglesia.

Pedro II llegó a Toledo el 20 de mayo y el grueso de sus tropas unos días después. El ejército aragonés había reunido a los principales caballeros de la Corona, unos dos mil, y un buen número de peones, casi tres mil.

A Juan de Atarés le sorprendió la impaciencia que mostró el arzobispo para entrevistarse con él. Arnaldo planeaba algo, era evidente. No había acudido a Toledo solo para participar en la Cruzada, su mente tenía que haber ideado un plan mucho más complejo. Además, no le permitió acompañarle a la entrevista con el monarca, lo cual todavía le alertó más.

El arzobispo entró en el pabellón real aragonés con paso firme. Llevaba sobre su cabeza un pequeño sombrero redondo de color violeta por ser él un arzobispo, solo los cardenales podían usarlo de color rojo. Pedro II lo esperaba de pie, delante del pendón cuatribarrado sobre campo dorado, señal real de Aragón.

—Eminencia, qué placer teneros aquí. Felicidades por el nombramiento como

arzobispo de Narbona. —El rey hizo un gesto a los dos guardias que custodiaban la entrada para que se retiraran y los dejaran solos.

—Igualmente, alteza, y gracias. —Esta última palabra la dijo con una media sonrisa dibujada en su cara—. Por fin estamos juntos frente a los enemigos de la Iglesia.

—Inocencio III me coronó en Roma, soy un fiel vasallo de su santidad. —El rey le invitó a que tomara asiento en una sencilla silla de madera con refuerzos de cuero, mientras él se acomodaba en un sillón tapizado, dotado de una buen respaldo y adornos dorados.

—Los espías comentan que el ejército almohade nos gana en una proporción de cuatro a uno —comentó el arzobispo.

—Puede ser, pero no tienen caballería pesada —respondió el rey aragonés—, usarán su tradicional táctica de combatir mediante rápidas maniobras de ida y vuelta realizadas por tropas de caballería ligera situadas en vanguardia y flancos.

—¿Y podremos contrarrestarla?

—Sin duda, nosotros ya estamos acostumbrados. Los caballeros transpirenaicos que os acompañan lo pasarán peor.

—¿Por qué? Son experimentados combatientes, por todos es conocida la potencia de la caballería pesada franca.

—En el norte, con un verano plácido. No en el sur, con una calor infernal —corrigió Pedro II—, el armamento pesado no es recomendable con las altas temperaturas que vamos a sufrir.

—Unos caballeros cruzados son capaces de resistir este calor y el del mismísimo infierno si fuera necesario.

—No lo dudo, eminencia, pero no les resultará empresa fácil. Nosotros hemos aprendido con años, ¡qué digo años!, ¡siglos de experiencia! Por ello nuestra caballería pesada es diferente a la vuestra, llevamos menos equipo y más ligero, para soportar mejor el bochorno y tener mayor movilidad.

—Es interesante esto que decís, lo tendré en cuenta. —En las pupilas de Arnaldo Amalarico brilló un destello, como si una idea hubiera surgido en ese preciso momento—. Contadme más sobre los infieles, ¿cómo combaten?

—Los almohades luchan con caballería ligera. Sabemos que al entrar en nuestro campo de acción, sus jinetes lanzarán su armamento (lanzas, jabalinas, dardos) o dispararán sus temibles arcos compuestos, para retirarse inmediatamente. Intentarán dislocar las formaciones de nuestra caballería pesada para atraerlas, ya deshechas, sobre el conjunto de sus peones armados con alargadas lanzas. Apoyados por lanzadores de jabalinas y por sus jinetes mejor pertrechados. Quienes también podrían intentar envolver a la caballería o frenar nuestro cuerpo de reserva.

—No es suficiente con vencer a los almohades, debemos derrotarlos —advirtió el legado papal desde su austera silla, en la que no conseguía sentirse cómodo por mucho que cambiara de posición.

—¿Qué queréis decir?

—Necesitamos enviar un mensaje alto y claro de que Dios está con nosotros, de que somos su ejército.

—No os comprendo, arzobispo.

—Debemos vencerlos en una batalla campal, nada de asedios.

—Bueno, creo que todo apunta a ello, ¿tan importante es la forma? —preguntó intrigado el monarca.

—Siempre lo es. No basta con vencer, hay que convencer —respondió locuaz el arzobispo—. Vos sois rey, deberíais entender lo que os digo.

Pedro II masticó las palabras de Arnaldo Amalarico y pareció lograr sacarles todo el jugo que tenían.

—Os comprendo perfectamente, eminencia, mucho mejor de lo que imagináis —comentó con una intrigante sonrisa, como si escondiera algo en su respuesta—. Debemos disipar cualquier duda, dejar claro que Dios está de nuestro lado.

—Exacto. Tiene que ser el juicio de Dios. Eso nos legitimaría frente a nuestros enemigos —afirmó el arzobispo.

—Qué importante sería eso, ¿verdad? —reflexionó el monarca en voz alta, que a pesar de su entusiasmo e interés, parecía estar pensando en algo más—. Demostrar que tenemos razón, convertir la batalla en un juicio divino.

—Una victoria guiada por la propia mano de Dios.

—Nada me gustaría más, creedme. —El rey hizo una pausa—. Sin embargo, hay otro asunto que nos incumbe a los dos.

—Así es. —Arnaldo Amalarico tomó un gesto más serio.

—Decidme, ¿cómo va la Cruzada en el Languedoc?

—Todavía falta mucho por hacer. El vizconde está limpiando sus tierras, como bien sabéis.

—He oído que pretende atacar también Tolosa —comentó de manera sutil Pedro II.

—Yo solo soy el legado papal, no un caudillo militar. No entiendo de guerras.

—No es eso lo que he oído. Por eso precisamente os apoyé como nuevo arzobispo de Narbona, porque esa ciudad necesitaba un líder firme y capaz de guiarla.

—Bueno, la Cruzada irá allí donde se preste cobijo y protección a la herejía, alteza.

—En eso estamos totalmente de acuerdo, arzobispo. —El rey sonrió—. Alguien debe poner orden en el Languedoc.

—La Iglesia lo hará.

—Os sienta bien vuestro nuevo cargo.

—Gracias, alteza.

—Espero que no olvidéis quién os ha sentado ahí.

El día 20 de junio partió el grueso del ejército cruzado. Al mismo tiempo los almohades se ponían en movimiento desde Sevilla. La marcha se realizó lentamente,

el itinerario seguido fue el de la Real Cañada de las Merinas. La primera posición musulmana conquistada fue el castillo de Malagón. A continuación avanzaron hacia la estratégica fortaleza de Calatrava. Tres días duró el asedio, que se solucionó con un pacto entre los reyes y el alcaide de Calatrava. Aquello no gustó a todos.

—Exijo que no se pacte con infieles —pidió visiblemente enojado el arzobispo de Narbona, reunido en el interior del castillo de Calatrava con los tres reyes—. En el Languedoc no hacemos tratos. Quien está contra nosotros, lo está contra Dios y por tanto debe morir.

—Era necesario, no podíamos perder tiempo en un asedio prolongado, ni hombres en un asalto —respondió el rey castellano.

—No hemos cruzado los Pirineos para esto. Debemos vencer a los sarracenos cueste lo que cueste. ¿No se dan cuenta, altezas? Si somos derrotados aquí, ¿quién detendrá su avance? Primero caerán vuestros reinos, después cruzarán los Pirineos y se encontrarán una tierra infestada por la herejía, ¿qué les impedirá llegar a Roma? ¡Nada!

Dos días después los caballeros ultramontanos se negaron a continuar, aludiendo al calor, las dificultades del camino y la falta de abastecimiento, la tardanza en llegar la batalla, la escasez de botín, la indignación por el trato y las negociaciones con los musulmanes. En especial, aseguraban sentirse desilusionados por no haber podido pasar a cuchillo a los defensores de Calatrava. Además, cada vez había más confrontaciones con los castellanos y, sobre todo, con los aragoneses y catalanes. Incluso había habido duelos y muertes entre ellos. Por lo que en el fondo, nadie lamentó su marcha.

Inexplicablemente, Arnaldo Amalarico con un escaso grupo de fieles prosiguió en la Cruzada. Juan de Atarés no tenía dudas, todo aquello formaba parte de algún plan trazado por el arzobispo. Más aún cuando el legado papal y Pedro II de Aragón permanecieron en Calatrava, a la espera de Sancho VII de Navarra. Mientras los castellanos ocuparon Alarcos y los castillos próximos de Caracuel, Benavente y Piedrabuena, que habían sido evacuados.

Sancho VII de Navarra llegó a Salvatierra el 7 de julio al frente de doscientos cincuenta caballeros. Aunque no traían un poderoso ejército, su llegada era todo un símbolo. Tres reyes, tres reinos —acostumbrados a luchar entre ellos— unidos por un ideal común.

Se llevó a cabo el primer consejo de guerra entre todos los monarcas, en el cual Alfonso VIII tomó la palabra. El rey de Castilla tenía cincuenta y cinco años, que se apreciaban, y mucho, en su agotada mirada. Le rodeaban sus principales consejeros.

—Considero necesario ir asentando nuestro avance y para ello es primordial no dejar amenazas para nuestra retaguardia —afirmó el monarca castellano— que el día de mañana puedan ser peligrosas.

—Estoy de acuerdo —respondió Sancho el Fuerte.

—Por ello, os propongo mi deseo de paralizar el avance hasta que tomemos la

fortaleza de Salvatierra —sus palabras crearon un murmullo entre los presentes.

—Lamento decir que eso dista mucho de lo que tenía en mente y me opongo —continuó el monarca navarro—. Esa plaza es difícil de conquistar. Ni tenemos tiempo, ni podemos perder hombres en esa empresa.

—Es un suicidio dejar esa fortaleza a nuestras espaldas —advirtió Alfonso VIII—, Calatrava conseguimos tomarla rápidamente.

—No podemos asumir el coste en hombres y tiempo que supondría —insistió el Pedro II.

—Y yo no toleraré más pactos, ya os lo advertí —carraspeó el arzobispo de Narbona que había permanecido callado hasta entonces—. No se repetirá la ofensa de Calatrava.

Juan de Atarés vio claramente la mano de Arnaldo en aquella negativa total a los planes castellanos. No podía ser accidental, el rey navarro acababa de llegar y ya se oponía al castellano, y el aragonés estaba de acuerdo, demasiadas casualidades.

—¿Y hasta dónde queréis avanzar? Los almohades no nos plantan batalla, tan solo se refugian en sus castillos. —Alfonso VIII, arrinconado por sus aliados, se mostraba frustrado e impaciente por llegar a una solución.

—Debemos seguir, Dios nos guiará —aseguró el legado papal.

—Los leoneses han aprovechado mi ausencia para atacar la frontera castellana. —El monarca castellano cogió a todos los presentes con el pie cambiado—. A pesar de estar Castilla en Santa Cruzada. ¿Hay mayor ofensa que esa? —recriminó con astucia el monarca, que se revolvía contraatacando al legado papal con argumentos sólidos—. Ante la incomparecencia a la batalla del Miramamolín, propongo que la campaña se desvíe contra Alfonso IX de León.

—No es posible —sentenció el legado papal—, el objetivo de la Cruzada es otro.

—¡El rey de León es un traidor! —insistió Alfonso VIII de Castilla—. ¡Ha desobedecido al santo padre! ¡Ataca a un reino cruzado, que es lo mismo que atacar a Dios!

—No sois quién para juzgar tal hecho —respondió Arnaldo enfurecido.

—¡Y vos no lo sois para decirnos cómo hacer la guerra! —graznó el rey de Castilla—. Propongo atacar al Reino de León, excomulgado por Inocencio III, y por tanto factible de ser castigado por una Cruzada.

La sorpresa por la idea fue total y absoluta. Sin embargo, aunque era un plan brillante por parte de Castilla, la propuesta volvió a ser rechazada de pleno por Sancho el Fuerte, Pedro el Católico y Arnaldo Amalarico, quienes abogaron por continuar con el objetivo inicial de la Cruzada. Todos sabían que el monarca de León estaba molesto porque no se cumplía lo acordado en el Tratado de Tordehumos y porque las plazas de Alba, Lun y Portillo seguían en manos castellanas. Por ello había atacado la frontera con Castilla, por lo que no tenían ninguna intención ni interés de darse la vuelta y atacarlo.

Desde Salvatierra los cristianos avanzaron hasta el Viso del Puerto y acamparon



en la orilla del río Fresnedas. Ante ellos se levantaba el Muradal<sup>[1]</sup>, un macizo montañoso que desde principios del siglo pasado se había convertido en la auténtica muralla que separaba la cristiandad del islam. Atravesar el Muradal era posible por varios caminos. Pero todos estaban controlados por los musulmanes.

Diego López de Haro, señor de Vizcaya, dirigió la vanguardia, acompañado de su hijo y dos de sus sobrinos. Su escudo de armas, dos lobos negros sobre fondo blanco, guio a sus mesnadas. Tomaron la pequeña fortaleza que coronaba el Muradal sin mucha resistencia, y al día siguiente, el grueso del ejército ascendió la sierra y se instaló en el campamento de la cima. Al llegar los cruzados, los almohades que vigilaban los alrededores huyeron.

—¿Ahora qué? —preguntó el arzobispo, que cabalgaba junto al rey de Aragón.

—Es vital decidir con rapidez el camino que elegimos para descender la ladera sur del Muradal. Escasean las provisiones y el agua no es demasiado abundante. Los musulmanes están jugando con nosotros. Sus tropas de vanguardia nos impiden el acceso a los escasos cauces de agua.

Al monarca y al legado papal les acompañaban Miguel de Luesia, mayordomo real, y García Romeu, alférez de Aragón.

—¿Y por qué dudamos? —insistió el arzobispo.

—El problema es que tenemos que establecer contacto con el ejército almohade, y la ruta natural obligaba a adentrarnos por un peligroso desfiladero. Las tropas de al-Nasir están fuertemente pertrechadas en una llanura tras el escarpado paso, a un par de leguas del Muradal. Si atacamos por ese desfiladero, dudo que salgamos vivos de allí. Tal vez una avanzadilla pueda cruzarlo, no un ejército de tal magnitud como este —explicó el monarca.

—Si retrocedemos hacia Salvatierra estamos perdidos, los almohades recuperarán la cima del Muradal y nos atacarán desde allí. La única opción sería dejar un cuerpo allí, pero condenaríamos a esos hombres a una muerte segura. La verdad es que nosotros mismos nos hemos metido en un atolladero sin salida —explicó García Romeu, alférez de Aragón que cabalgaba junto al monarca.

—Crucemos el desfiladero —afirmó Arnaldo Amalarico.

—Penetrar en este paso estrecho y abrupto guarnecido por los almohades pondría en grave riesgo a todo el ejército —continuó el monarca.

—¿Hay más opciones? —preguntó el legado papal.

—Podemos regresar al norte y retroceder para buscar un paso más accesible o avanzar a toda costa. Para un ejército como este: heterogéneo, alejado de sus bases, casi desabastecido y próximo a un poderoso enemigo, las opciones de una retirada podían ser fatales.

—Tiene que haber otras alternativas, no podemos aceptar esta situación sin más —recriminó Arnaldo Amalarico.

—Ninguna. El ataque frontal a través del desfiladero, sería un verdadero suicidio —sentenció el rey de Aragón con la voz firme y limpia.

—Necesitamos agua y está abajo. Si nos quedamos en la cima, aunque sea en el castillo que ha tomado el señor de Vizcaya, moriremos de sed. Precisamos acceso a las fuentes de agua —recordó una vez más García Romeu.

—Si nos retiramos recuperarán este alto y continuaremos sin agua, nos perseguirán y nos cazarán —continuó Miguel de Luesia—. La situación es muy grave y exige tomar una decisión lo antes posible.

—Lo sé, Miguel. —El rey de Aragón torció el gesto.

Aquellas palabras fueron solo el preludeo del consejo de guerra. De nuevo los reyes y el legado papal enfrentados y sin una solución clara y convincente.

Las discusiones duraron horas hasta que se decidió cruzar el desfiladero, Arnaldo y Alfonso VIII de Castilla abogaban por ello. Por suerte, algo cambió esta decisión. Fue la llegada de un pastor de la zona que afirmaba conocer un paso desconocido por los almohades. Se llamaba Isidro, y los musulmanes le habían robado todo su ganado, por lo que ahora malvivía cazando en el monte.

No todos le tomaron en consideración, el pastor era católico y parecía sincero. Los curas comprobaron si se sabía el padrenuestro de memoria y superó la prueba. No obstante, había demasiado en juego. Los reyes desconfiaban de él, pero el legado papal insistió en tener en cuenta lo que decía y Alfonso VIII estuvo de acuerdo en estudiar esa posibilidad, ¿qué podían perder? Así que envió a López de Haro a comprobar si tal paso por el Muradal era una quimera o no. El señor de Vizcaya salió con un reducido grupo de hombres y volvió dos horas después. El desfiladero existía realmente.

Cuando buscaron al pastor para agradecerle la trascendental ayuda que les había proporcionado, éste había desaparecido. Nadie pudo dar con él. El legado papal determinó que tenía que ser un enviado de Dios. Había dicho que se llamaba Isidro, por lo que determinaron que ese hombre solo podía ser una aparición del santo, que había acudido para ayudar a los cruzados. San Isidro les había indicado el paso del Muradal.

Un cuerpo de tropas con castellanos, catalanes y aragoneses al mando de Diego López de Haro y del alférez del rey de Aragón, García Romeu, avanzó por el paso y tomó posiciones sobre una meseta alargada, alta y plana situada al oeste del desfiladero.

A primera hora del día 14 de julio, los cruzados movieron su campamento para efectuar el decisivo cambio de posiciones. Los almohades creyeron que los cristianos se estaban retirando. Pensando que habían logrado su objetivo, los musulmanes recuperaron la cima de la que habían huido días atrás.

Fue un estallido de alegría entre los musulmanes, sus enemigos se retiraban sin ni siquiera intentar plantar batalla. Algunos enloquecieron al ver los miles de pendones cristianos partir en retirada. Otros rezaban arrodillándose en el pedregoso suelo del Muradal. Sin embargo, un soldado alto y de tez morena, con una barba cuidadosamente recortada, observaba desde lo alto de un montículo la retirada

cristiana. Admiraba con gesto serio como desaparecían en el horizonte los miles de cristianos que habían venido a conquistarlos. Nadie entre los suyos le hizo caso, pero él presentía que algo no marchaba bien.

Las tropas cruzadas bordearon la sierra por sus zonas más altas para aparecer por su izquierda. La alarma se dio de inmediato, la muralla de roca había sido salvada. Los musulmanes no entendían cómo. Todos los accesos estaban bien vigilados.

Ahora el califa se veía obligado a combatir en campo abierto y por eso quiso hacerlo inmediatamente, para beneficiarse del cansancio y la desorganización de los cristianos tras los esfuerzos de cruzar la muralla montañosa. Estableció un recinto defensivo sobre uno de los montes cercanos y lo fortificó. Hizo avanzar sus tropas para provocar el ataque de los cruzados. Sin embargo, los reyes se negaron a aceptar el desafío. Prefirieron descansar y observar los movimientos de los musulmanes.

Frente a los cuarenta mil cruzados se hallaba un ejército de doscientos mil hombres.

El rumbo de la Cruzada había cambiado.

**Monasterio de Boulbonne, julio de 1212**

Tras esconderse durante más de una semana en una cueva cercana al puente donde fueron atacados y después de un periplo por varias poblaciones donde no fueron bien recibidos, Hugh y Martín llegaron a un monasterio cisterciense, cerca del río Ariège. El resto de la compañía había sido abatida en la emboscada. Las heridas del normando eran todas superficiales, y su gran fortaleza física le hizo recuperarse con prontitud. Tan solo el hombro le causaba problemas. La daga no había penetrado profundamente, aunque sí le había lastimado el hueso, así que no podía hacer movimientos demasiado bruscos, ni alzar el brazo por encima de su cabeza.

Aquel era un lugar escondido y tranquilo, oculto entre álamos y alisos. Se había convertido en una fortaleza de la fe católica frente al catarismo. En la frontera con el condado de Foix, territorio enemigo.

Martín no se quitaba de la cabeza la imagen de aquel caballero oscuro con el rostro de Isabel, su Isabel. ¿Qué había sucedido? Él todavía no lo entendía. Por mucho que pensaba en ello y buscaba una explicación, solo obtenía más frustración. ¿Se había convertido la bella y dulce dama que lo visitaba en sueños en un terrible y sanguinario *faidit*? La misma que le perturbaba con su largo cabello y sus ojos de dos colores, ¿era ahora una defensora de herejes?

Todo había sucedido muy rápido, pero era ella. Claro que lo era. ¿Cómo iba a olvidarla?

Entonces, ¿qué había pasado? Estaba confuso y triste. Su amor, la dama que le había robado el corazón, aunque él nunca lo había confesado, era ahora un soldado. Sintió asco. Intentó borrar aquella imagen de su mente, pero le perseguía sin descanso.

Los monjes les facilitaron alimento y agua. Martín estaba pensativo y ausente, mientras Hugh comía con ansia directamente de la escudilla y usaba la cuchara solo para los trozos de tocino que daban sabor al mejunje.

—Dicen que estos queman más cátaros que nosotros —murmuró el normando.

—¿Los monjes? —preguntó Martín despistado con sus pensamientos.

—A estos les gusta más la sangre que a un perro un hueso, ¿no hueles? —Hugh hizo varios ruidos con su nariz, como si realmente olisqueara algo.

—¿El qué? Yo no huelo nada.

—Mira allí, ¿ves ese montón de leña quemada? —Martín asintió—. Una hoguera, ayer tuvieron fiesta.

—¡Hugh! ¿Estás loco? —le recriminó el aragonés, al menos con las ocurrencias del normando olvidaba momentáneamente a Isabel—. No digas eso, te van a oír. Esos son los restos de alguna fogata para quemar rastrojos y hierbas secas.

El corpulento cruzado rio y siguió comiendo.

Pasaron la noche entre los muros del cenobio. No eran los únicos cruzados en aquel lugar. Unos doscientos hombres se refugiaron allí de camino a Tolosa. Su jefe estaba al corriente de la presencia de los *faidits* en aquella zona, pero pareció más preocupado por cumplir sus órdenes y llegar lo antes posible a una plaza llamada Muret, cerca de la ciudad de Tolosa.

Fue complicado, pero finalmente Hugh y Martín encontraron donde dormir. Decidieron no unirse a la columna cruzada ya que el normando todavía tenía problemas para manejar la espada y aquel monasterio parecía un buen lugar para recuperar fuerzas.

A la mañana siguiente, cuando el aragonés se despertó, Hugh había desaparecido. Le buscó por los alrededores sin suerte, hasta que decidió desistir. El normando ya era mayorcito y él no se iba a mover del monasterio.

Martín dio un paseo por las dependencias del cenobio. Vestía con una simple saya. Lo habitual era llevarla debajo de una prenda de abrigo, pero con el buen tiempo, a él le gustaba vestirla por encima, ajustada. La suya estaba decorada con bordados y cubría hasta medio muslo, acomodada al talle mediante un cinturón.

Agradeció estar solo un tiempo. Apenas había conciliado el sueño en toda la noche. Isabel le visitaba en cuanto bajaba los párpados. Su imagen, vestida de negro, con el pelo suelto, la mirada profunda y luchando como un *faidit* todavía revoloteaba en sus pensamientos.

«¿Qué habrá sido de ella todo este tiempo?», se preguntó.

Él, que tanto la había buscado, hasta darla incluso por muerta, ahora que la había encontrado, hubiera preferido no hacerlo. Así, al menos en sus sueños, seguiría siendo una dulce dama, no un sucio *faidit*.

Recordó sus días en Foix, las enseñanzas del viejo perfecto cátaro y cómo salió de allí precisamente para encontrar a Isabel y salvarla. ¿Salvarla de qué? ¿Dónde había estado hasta ahora? ¿Cómo podía ser un *faidit*? A su memoria vino la primera imagen que tenía de ella, aquel día que le abrió la puerta y se asomó por primera vez al precipicio de sus ojos bicolor. Ahora todo era diferente. Odiaba a Antoine por haberle hecho dudar de su fe, de la verdadera fe y del único Dios. Las heréticas enseñanzas cáttaras se habían borrado de su mente para siempre. En Foix le habían engatusado con mentiras, con bonitas palabras susurradas por el mismo demonio, que le había tentado. Sí, él cayó en la tentación. Por suerte, ahora era un cruzado y sus pecados serían perdonados. Quizás también podría conseguir la absolución para los de Isabel.

No solo los cáttaros le habían engañado, su rey le había enviado a esta tierra como espía, pero ¿por qué? Su misión parecía ahora una gran estupidez. Espiar a los cáttaros, ¡qué tontería! Lo que había que hacer era combatirlos sin descanso.

Lo peor de todo aquello era que todavía no podía evitar sentir algo por Isabel. Su corazón se aceleraba solo de pensar en ella, de imaginarse dentro de su mirada. ¿Qué hacía ella, una mujer, liderando a los *faidits*? Había oído en Foix que era buena con la

espada, ¿y qué? ¡Por Dios! ¡Era solo una mujer! No debía, ¡no podía combatir! Tenía que haberla retenido el día de la emboscada y no dejarla ir. No pudo. Cuando ella lo miró le petrificó. No dijo nada. La cántara solo se giró y se marchó. La realidad es que le perdonó la vida, porque él hubiera sido incapaz de luchar contra ella. Además, estaban rodeados. En cierto modo, Isabel les permitió huir y salvar la vida. Suerte tuvieron de salir vivos de aquella emboscada.

Recorrió el perímetro completo del claustro y siguió por unas escaleras de madera que comunicaban con el piso superior. Una gran puerta reforzada con placas de metal impedía continuar, era gruesa y estaba cerrada. Su instinto se activó, decidió ocultarse en un hueco de una escalera cercana a la puerta que parecía llevar al tejado. Allí aguardó paciente, hasta que se abrió y salió de ella un monje con la tonsura muy marcada en la cabeza. Marchó con paso ligero, lo que le permitió colarse en el interior. Dentro no había nadie vigilándola, siguió por la continuación de la escalera hasta una nueva puerta, menos imponente. La empujó, no estaba atrancada, accedió a una sala iluminada por abundantes cirios. Parecía el *scriptorium* del monasterio, ya que contaba con numerosos pupitres llenos de libros y media docena de monjes estaban totalmente absortos en ellos.

Se ocultó tras el fuste de una columna y observó su trabajo. Algo llamó su atención, no copiaban códices, ni manuscritos, sino que leían. Lo hacían de manera rápida, casi compulsiva, y cuando terminaban alguno de ellos, parecían depositarlos en unas arcas y cogían nuevos ejemplares, para repetir el proceso. Era un comportamiento extraño. Él que solía visitar el *scriptorium* de la catedral de Jaca y que también había estado en el del monasterio de San Juan de la Peña, sabía muy bien que aquello no era el trabajo propio de un monje escribano.

Permaneció oculto hasta que el toque de campana llamó a misa. Los monjes dejaron su trabajo y abandonaron la sala. Él se acercó con sigilo a una de las mesas, sobre ella un códice ilustrado. Lo leyó y comprobó que era un texto del Apocalipsis de san Juan escrito en la lengua de oc, a su lado había una Biblia.

Fue al siguiente pupitre, sobre él había una epístola de san Pedro, también en lengua de oc; y a su lado otra Biblia. La abrió y vio que estaba en latín. Hizo lo mismo con el resto de mesas, todas tenían biblias en latín y textos religiosos en lengua de oc.

Confuso, se aproximó al otro extremo de la sala, donde se encontraban un par de arcas de color negro. Abrió la primera de ellas y encontró más libros. Comprobó que la otra tenía similar contenido. Fue a cerrarla, pero entonces algo llamó su atención: un pequeño conjunto de manuscritos encuadernados. Los cogió en sus manos y se le estremeció el corazón. Eran los mismos que Antoine ocultaba en su pequeña biblioteca, aquel que fue robado por sus asesinos.

—¿Qué hace aquí? —murmuró—, ¿por qué están estos libros apartados?

Oyó un ruido. Corrió a esconderse cerca de la entrada. Dos austeros monjes entraron en el *scriptorium*.

—¿Has encontrado algo hoy? —preguntó uno de ellos.

—No, hace un par de días que no leo nada impuro.

—Yo tampoco, ¿crees que encontraremos ese libro?

—Quizás. —Algo retumbó junto a la puerta—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. —Se acercaron a comprobarlo.

Para entonces Martín corría escaleras abajo. Liberó la tranca que cerraba la segunda puerta y no descansó hasta llegar al otro lado del claustro. Salió inmediatamente de allí, buscando la zona abierta de los huertos traseros del monasterio. Inquieto todavía, prefirió pasar lo más desapercibido posible y caminó hasta la entrada principal del cenobio, allí se sentó a esperar a Hugh.

Hasta pasado el mediodía no apareció el normando, alegre y jovial, con una sonrisa vistiendo su rostro.

—¿Dónde te has metido?

—He ido de caza —contestó el normando pelirrojo muy orgulloso.

—¿De caza? Si estamos en un monasterio, aquí hay comida de sobra.

—No de ese tipo de caza, he ido a ver lo que encontraba en las casas de los sirvientes de los monjes.

—¿Y? —Martín no entendía nada.

—Pues que no se lo pasan tan mal estos curas.

—¿Qué quieres decir?

—He pillado a uno copulando con una muchacha en un pajar.

—¡No! —El aragonés abrió la boca todo lo que pudo—. Eso no es posible.

—Ya lo creo que lo es. —Hugh se reía sin disimular.

—¿Y qué has hecho? —preguntó ávido de saber más.

—Pues le he dicho que, o me dejaba aliviarme con ella, o daría la voz.

—¿Has hecho eso? No me lo puedo creer. —Martín se llevó las manos a la cabeza—. Sí, lo has hecho.

—Claro, ¿es que acaso tú no...? Acaso no... —Hugh buscaba unas palabras que no encontraba—. ¿Cuánto hace que no...?

—Mejor no sigas —le advirtió Martín con cara de pocos amigos.

—Como tú quieras, pero eso no es sano ni puedes seguir así, espero que al menos te alivies tú solo.

—¡Hugh! ¡Cállate de una vez!

—Como quieras. Por cierto, hay más —espetó el normando cambiando de tema.

—¿Todavía? —El aragonés suspiró—. No te puedo dejar solo.

—Después de terminar con la mujer, he apretado un poco al sacerdote con eso del infierno y el voto de castidad, ya sabes, para ver qué le sacaba, ¿y adivina qué me ha dicho?

—Cualquier barbaridad.

—El rey de Aragón.

—¿Qué pasa con él? —Las palabras de Hugh captaron toda su atención—. No me

irás a decir que ha pasado por aquí. —Martín se mostró irónico.

—Pues que está enamorado de una noble de esta zona.

—Eso es imposible. —Martín dio la espalda al normando—. No me apetece oír esas tonterías.

—Al parecer le envía cartas de amor.

—Eso es una mentira que te ha contado ese desgraciado para que le dejes ir.

—Me lo ha jurado y le creo —dijo en un tono esta vez serio Hugh—. Según me ha perjurado, hace días llegó un sacristán de la abadía de Saint-Antonin de Pamiers, en el condado de Foix, con una carta para el abad de este monasterio.

—¿De quién? —inquirió el aragonés, que volvió a prestarle atención.

—Del rey de Aragón.

Martín puso cara de incredulidad y estuvo a punto de dejar solo al normando.

—En ella, el monarca saludaba a una dama cortesana —contestó susurrando Hugh para que nadie le escuchara.

—¿Cómo había obtenido la carta?

—Al parecer, un sirviente de la dama había hecho una copia.

—¿Y el sacristán es de fiar?

—Me ha asegurado que es hombre digno de fe y estimable en todo punto. Vamos, Martín, por estas tierras es normal, no sé por qué desconfías tanto.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

—En el Languedoc se lleva todo eso del amor cortés, lo que cantan los trovadores. Además, el rey de Aragón tiene fama de que le gustan mucho las mujeres.

—Eso es verdad, pero una cosa es eso y otra que un rey...

—¿Para qué iban a inventarse semejante historia?

—No lo sé. Pero es una estupidez. Además, ¿se sabe al menos quién es la dama? —preguntó desconfiado Martín.

—Sí, una tal Azalaïs de Boissazon, hermosa dama de Lombers.

—¿Y el rey la conoce?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo se ha enamorado de ella? —inquirió el aragonés moviendo las manos.

—Al parecer quedó prendado gracias a los versos de un trovador llamado Raimon.

—¿Raimon de Miraval?

—Sí, ese mismo. —Hugh cambió la expresión de su rostro—. ¿Acaso lo conoces?

—No, pero he oído hablar de él. —Reculó Martín, que estuvo a punto de recordarle que él también lo conocía.

—Según me ha contado, el rey le ha estado enviando joyas, cartas y mensajeros hasta que ha logrado conquistar su corazón. Ahora los monjes quieren hacerle llegar la carta a Montfort.



—¿Por qué razón?

—Lo desconozco.

Martín permaneció callado, pero a lo lejos vio un grupo de monjes portando dos arcas pintadas de negro. Las depositaron en una pira y la prendieron con antorchas. Pronto la llama de fuego se elevó por el cielo del Languedoc.

### **Territorio almohade, 16 de julio de 1212**

Los cristianos se levantaron de madrugada, movilizaron todos sus pertrechos, formaron en mesnadas y tras realizar los ritos espirituales, salieron al campo de batalla a primera hora del día. El dispositivo de combate constaba de tres grandes cuerpos: en el centro, el ejército de Castilla; a la izquierda, el de la Corona de Aragón; y a la derecha, el de Navarra. A su vez, los castellanos estaban divididos en tres grupos: una avanzadilla, con una heterogénea y numerosa columna de caballeros que debían realizar la primera carga; un cuerpo central con las poderosas órdenes militares y el de reserva al mando del rey Alfonso VIII de Castilla.

La avanzadilla formada por tropas de la Corona de Aragón, al mando de García Romeu, y de Castilla, al mando de Diego López de Haro, avanzó sobre las posiciones musulmanas para encontrarse con los jinetes ligeros de la vanguardia almohade, formada por la caballería bereber. Estos intentaron acosar con sus flechas a los cruzados, especialmente a las unidades de la caballería concejil castellana, y romper las primeras líneas cristianas. No causaron efectos importantes y se inició la carga cristiana.

El conjunto de la avanzadilla cristiana avanzó lentamente. La potencia de choque de la caballería pesada era la clave de la batalla. Estaba formada por grupos de unos veinte hombres a caballo en torno a un pendón y un caudillo al que le debían dependencia. Diez de estos grupos formaban un haz de batalla, la unidad básica de la caballería pesada. Avanzaban organizados como un rectángulo de dos o tres hombres en fondo con un frente que variaba entre los cincuenta o más caballeros, además de sus respectivos escuderos y hombres de apoyo. Sus maniobras estaban perfectamente coordinadas con el resto del ejército mediante el uso de cuernos, estandartes, banderas y pendones.

La primera línea de caballería siguió avanzando al paso y luego al trote. A una señal de Diego López de Haro se cambió al galope procurando mantener unida la formación y con las lanzas en ristre. El señor de Vizcaya parecía dispuesto a limpiar su nombre después del desastre y humillación de Alarcos; contaba con una hueste de trescientos jinetes, a su derecha le acompañaron los ultramontanos que aún seguían en la Cruzada, los leoneses y los portugueses; a su izquierda el alférez de Aragón, García Romeu, con sus caballeros; detrás las milicias concejiles y los caballeros villanos.

El objetivo era claro, había que romper la línea defensiva musulmana, formada por miles de soldados de infantería, y volver a cargar, de frente o de revés, hasta precipitar la desbandada del cuerpo de vanguardia almohade.

A una orden de López de Haro, la caballería pasó al trote, formada para la carga y

alejándose de los infantes. Una espesa nube de polvo se formó tras ellos. El golpeo de las pezuñas sobre el campo de batalla era atronador, como el palpitar de los corazones encerrados bajo las pesadas cotas de malla. El pulso de los bravos caballeros se aceleró, respiraron profundamente y tensaron sus músculos.

Al galope, con una fuerza de choque imponente, la vanguardia cruzada alcanzó el cuerpo de los voluntarios musulmanes. Hombres mal armados y sin experiencia militar, su única función era frenar y desorganizar la potente carga cristiana, aunque fuera con su vida.

—¿Por qué no se defienden? —preguntó Juan de Atarés.

—En su mente, esos infieles creen que no hay mayor honor que morir por Alá, su falso Dios —explicó impasible el legado papal.

Juan de Atarés, como el resto de los cruzados, sabía que era clave tomar la iniciativa. Por ello, junto al arzobispo, observaba con interés las primeras confrontaciones en el campo de batalla.

—No tiene sentido. Muchos infieles ni se defienden, se tiran a los pies de los caballos. Una cosa es creer que morir por su Dios es un honor, pero que al menos, lo hagan luchando.

—Esos voluntarios infieles han venido a morir, no a luchar, es así de simple. Son unos salvajes, no intentes entenderlos.

Los sarracenos de la primera línea, en vez de prender las armas, invocaron a su Dios y fueron masacrados sin compasión. Solo algunos intentaban, inútilmente, plantar batalla. Al paso de la caballería el paisaje fue dantesco, miles de musulmanes yacían muertos o heridos, la batalla solo acababa de empezar.

Las vanguardias cruzadas alcanzaron por fin el grueso de las tropas almohades. López de Haro, señor de Vizcaya, miró a su hijo. Desde la batalla de Alarcos un manto de reproches y atropellos había caído sobre su familia. Se le acusaba de haber provocado la gran derrota cristiana, quizás hoy pudiera limpiar su honra. Él era un veterano caballero, de una de las casas más importantes de Castilla. No en vano, el color del pendón real se debía a uno de sus antepasados. Cuando hace casi un siglo, Castilla y Aragón estaban en guerra por culpa de la separación del rey Alfonso I el Batallador de su esposa la reina Urraca de Castilla, el portador del estandarte de la reina cayó herido. A pesar de ello mantuvo el pendón, aunque envuelto en sangre, y por ello cambió su color de blanco a rojo. Ahora se acordaba más que nunca de aquella historia.

La vanguardia cargó con toda su potencia, como lo había hecho anteriormente frente a los voluntarios musulmanes. Pero esta vez tenían en frente auténticos infantes, soldados bien pertrechados.

Las primeras unidades almohades fijaron a los cristianos, manteniéndolos inmóviles, así la eficacia de la siguiente carga fue menor. La labor de los voluntarios había tenido éxito, y llegaban desorganizados y frenados, por lo que la carga no resultó todo lo efectiva que debería y muchos quedaron bloqueados entre los

musulmanes. Al menos, los peones consiguieron proteger a los caballeros entre carga y carga, rematando a los enemigos desmontados. Y los ballesteros y arqueros mantenían los flancos con eficacia.

López de Haro intentaba avanzar entre un mar de enemigos. Lanzaba golpes de espada a un lado y a otro, abriéndose camino, pero su caballo empezó a ralentizar el paso y su inercia disminuyó peligrosamente. Ante él los enemigos no tenían fin, por lo que debía retroceder para volver a cargar. Sin embargo, no era sencillo, la línea almohade no se había desorganizado y seguía recibiendo refuerzos que parecían ilimitados.

Desde el campamento cristiano los cientos de clérigos rezaban y cantaban sin cesar. El arzobispo contemplaba la disposición de la batalla con semblante serio.

—Están retrocediendo, nuestras tropas flaquean —alertó el ayudante del arzobispo—, deben continuar, ¡si se rinden perderemos!

—Es fácil ser valiente desde lejos —afirmó Arnaldo Amalarico.

Juan de Atarés enmudeció, y un reflejo de ira brilló en sus ojos. Después inspiró profundamente y se tranquilizó. El arzobispo ni se inmutó. Seguía observando el devenir de la batalla a lomos de su caballo.

—Esto no pinta bien —murmuró su ayudante, en un tono más sosegado—. ¿Por qué no avanzan el resto de las tropas?

—Paciencia —carraspeó el arzobispo—, el hombre que sabe cuándo no actuar es sabio, la valentía es prudencia.

—Sí, pero la batalla es ahora una masa informe, hay demasiada desorganización.

—Eso no es lo que más me preocupa, los jinetes ligeros bereberes nos están castigando con sus armas arrojadas. Pueden explotar fácilmente sus rápidas maniobras envolventes —advirtió el arzobispo de Narbona—. Menos mal que el terreno abrupto y la presencia de la infantería pesada les impide romper nuestras formaciones. Y esto es esencial para el devenir de la batalla.

—Arzobispo, sabéis mucho de guerra para ser...

—Clérigo, también soy un soldado, un soldado del ejército de Dios.

—Claro, eminencia.

—El empuje de nuestra caballería está debilitando mucho la resistencia musulmana.

—Pero son decenas de miles de sarracenos.

—Si seguimos así venceremos. No debemos temerlos. El valor no es la ausencia de miedo, sino la conquista de este. No hay coraje sin temor.

Entonces sonaron como ecos del infierno tambores de guerra bereberes, el califa mandaba cerrar filas y todo parecía presagiar que entraba en acción la reserva de su ejército, compuesta por tropas de infantería pesada que aún no habían combatido.

—Se acerca el momento decisivo —afirmó el arzobispo.

Los cruzados luchaban cuesta arriba, habían perdido la cohesión y el vigor de los primeros momentos. Encajaron con dificultad el ataque que venía de las laderas del

cerro fortificado. La vanguardia cristiana, mandada por el vasco Diego López de Haro, que tan bien había deshecho la primera línea enemiga, había quedado totalmente frenada en su choque con la segunda. Las milicias de los concejos se estaba llevando la peor parte, la de Madrid estaba casi aniquilada.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Juan de Atarés.

—Nada más lejos de la realidad —replicó el arzobispo de Narbona—, observa.

Alfonso VIII dio orden de atacar a la mayor fuerza de choque que poseía la cristiandad: las órdenes militares. Templarios, sanjuanistas, santiaguistas y calatravos enfilaron su pesada caballería hacia el centro de la batalla. El suelo tembló cuando iniciaron la carga, como si el mismísimo Dios comandara sus ejércitos. Poco a poco fueron acercándose al enemigo. El choque fue brutal. Las primeras líneas musulmanas se derrumbaron sin oponer resistencia, en el resto cundió el pánico. Los monjes guerreros entraron a sangre y fuego, convirtiendo en una carnicería el enfrentamiento. Avanzaban y avanzaban segando la vida de los infieles, que no entendían quiénes eran aquellos poderosos caballeros.

Un templario de una corpulencia desproporcionada, con un yelmo cilíndrico protegiendo su cabeza, un escudo en forma de lágrima y la cruz templaria vistiendo en gualdrapas de su caballo, penetró con una fuerza inusitada en el mar de infieles. Su lanza derribó a media docena de moros, hasta que se clavó en el pecho de un soldado árabe, rompiéndose con violencia. El caballero de la Orden del Temple no se alteró, mantuvo firme su lanza dañada y derribó a tres musulmanes más. Hasta que partida por la mitad, la utilizó para levantar en el aire a otro infiel que se había puesto en su camino. La abandonó y desenvainó una espada con un filo inusualmente alargado, la puso al ristre y espoleó a la bestia que montaba. Como un rodillo, inmisericorde, masacró a tantos almohades como encontró a su paso. Nadie podía detenerle y muchos enemigos intentaban huir al verse frente al monje guerrero, la mayoría terminaba bajo las pezuñas de su corcel.

Todo empuje tiene un límite, incluso el de los poderosos caballeros de las órdenes militares. Y su descomunal carga fue perdiendo poco a poco fuerza. Mientras el segundo cuerpo musulmán parecía tener recursos humanos ilimitados. A cada hombre que caía, lo sustituían dos nuevos. A pesar de su heroísmo y valía, las órdenes militares no pudieron hacer retroceder a la numerosa infantería pesada almohade, que resistía con innumerables refuerzos que parecían infinitos.

—La situación comienza a ser crítica para los nuestros —comentó Arnaldo, por primera vez desanimado.

—Ya no pueden cargar de nuevo, se tienen que limitar a luchar por su vida. Así no conseguirán romper la línea enemiga —se lamentó Juan de Atarés.

—Fe, Juan, debes tener fe. Recuerda que no luchamos por nada material, sino por Dios. Él nos está poniendo a prueba, debemos resistir.

La situación se mantuvo un tiempo, pero la presión y superioridad numérica musulmana hizo que los cristianos comenzaran a resentirse y retroceder. Hubo

numerosas bajas y una parte del ejército empezó a retirarse. En esos instantes, la práctica totalidad del ejército almohade sostenía la lucha con dos tercios del ejército cristiano.

—Las tres reservas de los reyes están todavía intactas, ¿a qué esperan los monarcas para enviar a sus reservas? —inquirió el navarro mirando hacia donde ondeaba el pendón real de Castilla.

—No bastará con eso, deberán atacar con sus propias mesnadas reales, con los monarcas al frente —afirmó Arnaldo Amalarico.

—¿Los reyes en batalla campal? —espetó Juan de Atarés nervioso—. ¡Eso es una locura!

—Es la voluntad de Dios —sentenció el legado papal juntando las manos y mirando al cielo.

Entonces, Alfonso VIII desenvainó su espada, el mayordomo real elevó su pendón, que ondeó en lo alto del cielo, se colocó al frente de las tropas de reserva, tragó saliva y se volvió hacia sus hombres.

—Si caemos derrotados, no penséis en volver a vuestras casas, pues no quedará lugar a donde regresar —gritó el monarca castellano—. ¡Somos Castilla! Prefiero morir hoy, aquí, que volver mañana derrotado a Toledo.

Los integrantes de su mesnada no necesitaban ninguna arenga, seguirían al rey allá donde ordenase, aunque fuera a una muerte segura. El honor no es negociable para los nobles de Castilla.

—Aquí morimos todos —gritó uno de los grandes nobles, don Fernando de Lara.

El rey de Castilla picó espuelas y cabalgó directo hacia el enemigo. Todos y cada uno de los castellanos que había en aquel inhóspito paraje de Las Navas siguieron a su soberano. Caballeros, sargentos, peones, sirvientes y clérigos; hasta los comerciantes y mendigos que acompañaban a los cruzados. Todos corrieron detrás de Alfonso VIII de Castilla.

El rey aragonés miró a Miguel de Luesia y este asintió. Le rodeaba la más alta nobleza aragonesa: Miguel de Luesia, García Romeu y Ximén Cornel; y catalana: Guillermo de Tarragona, Guillén de Cardona, el conde de Ampurias, Guillén de Cervera y Dalmau de Creixell. Mientras, en el otro flanco, el monarca navarro había iniciado la carga por su cuenta, encabezándola en persona.

—García Romeu nos necesita, su mesnada sobrevive a duras penas en la primera línea —afirmó Pedro II—. Miguel, hay días que pasan a la historia. Días de sol brillante y brisa fresca. Días que se escriben con sangre en los libros de historia. Días para los que vale la pena vivir y, especialmente, morir. ¿Has soñado alguna vez con uno de esos días?

—Claro que sí, alteza.

—Hay gente que espera una vida entera para encontrar uno de ellos. Nosotros no, nosotros hemos sido agraciados en esta mañana. Este es un buen día para morir Miguel, así que nada temas, porque morir hoy en el campo de batalla significa vivir

para siempre en la memoria de nuestro reino. Creo que ya es hora de demostrar que soy digno de llevar la corona de Aragón.

El rey arengó tan fuerte a su caballo que este se levantó sobre sus patas traseras, relinchando para que todos le vieran. Pedro II lo dominó y se dirigió a sus caballeros.

—Si hemos de morir, que sea hoy aquí. Pues no habrá mejor día en todas vuestras vidas que este para ofrecer vuestra vida a Dios. Y si hemos de vivir, que sea después de este día, para que podamos volver orgullosos a nuestras casas y decir que sí, que estuvimos en Las Navas. Que ofrecimos nuestra vida y se nos recompensó con la gloria. Que no se diga que ni un solo aragonés de los que está hoy aquí se negó a seguir a su rey a la batalla. ¡Aragón!

—¡Aragón! —gritaron los miles de soldados que le escuchaban.

—¡San Jorge! —profirió con todas sus fuerzas el monarca aragonés, antes de girar sobre las patas traseras de su caballo, clavarle las espuelas y encabezar a sus vasallos a la batalla.

Las huestes de aragoneses y catalanes cargaron con todo su ímpetu, con el rey a la cabeza y a su lado Miguel de Luesia, portador del señal real, aquella que indicaba a todos que su monarca luchaba en primera línea. Y que si él lo hacía, no había vasallo en toda la Corona que pudiera negarse a combatir.

De esta manera, los tres monarcas, cada uno desde su posición, se lanzaron al ataque sobre el llano de Las Navas.

En el centro de la batalla, al ver aparecer sus pendones, el resto de los cristianos tomó un aire nuevo y victorioso. Los que luchaban en la vanguardia recuperaron sus fuerzas, los que huían volvieron al combate y los heridos se levantaron para empuñar sus espadas.

Tres reyes cristianos encabezando una carga de caballería, nunca se había visto nada igual. Cuando los musulmanes vieron los estandartes reales aparecer en el horizonte se desmoralizaron. Incluso muchos jeques almohades y los cadíes andalusíes, poco amigos del califa, huyeron de la batalla.

—Atento, Juan, los reyes de Navarra y Aragón están penetrando por los flancos con habilidad —comentó el arzobispo.

—Ellos mismos dirigen la carga. Estabais en lo cierto, eminencia, Dios nos ha ayudado, ¿quién sino Él podría haber unido a los reyes cristianos? ¿Quién más habría podido inflar el corazón de los monarcas para darles el arrojo de entrar en combate? —alegó Juan de Atarés emocionado por la escena que estaba presenciando.

—Exactamente, veo que lo has comprendido.

Los defensores del califa estaban obligados a resistir hasta el final. Los cristianos rebasaron la segunda línea y la reserva almohade, que nada pudo hacer frente a la carga de los tres reyes. Pedro II de Aragón entró a sangre y fuego entre las líneas musulmanas. Arremetió con la espada en ristre a la infantería sarracena. Se abrió camino soltado golpes a derecha e izquierda, cortando y amputando miembros. Tantos infieles cayeron que su caballo se vio atrapado entre cuerpos sin poder

avanzar. El monarca lo hizo girar y se encontró frente a un nuevo cuerpo de sarracenos armados con lanzas. No se asustó. Dirigió su montura hacia ellos y de un tajo cortó el cuello del primero que salió a su paso; al segundo lo golpeó con su montura. Uno más vino hacia él, pero lo estaba esperando. Giró y el filo de su arma le seccionó el antebrazo, el infiel cayó entre gritos de dolor, salpicando sangre e insultos en un lenguaje blasfemo. Más vinieron hacia él. Ya contaba con suficiente espacio para cargar, así que no lo dudó. Arengó a la bestia y cargó. Los infieles huyeron asustados, arrastrando a más musulmanes que venían detrás de ellos, provocando una desbandada.

Miguel de Luesia y García Romeu aparecieron con los otros miembros de la mesnada real.

—¡Alteza!

—Huyen, Miguel, ¡huyen como ratas!

—Sí, ya lo veo —confirmó con la voz entrecortada el noble—. Os habíamos perdido, estábamos preocupados.

—Temíamos que hubierais caído —intervino García Romeu.

—Preocupaos menos por mí y más por los infieles —contestó el monarca—; que los sargentos y peones avancen rápido. ¡No podemos permitir que se reagrupen!

Por su parte, Sancho VII de Navarra flanqueó las últimas tropas almohades y alcanzó el palenque defendido por la guardia negra, en su centro, como si de un castillo se tratara, destacaba la tienda roja del califa al-Nasir, conocido por los cristianos como Miramamolín. Alrededor de ella se podían divisar las lujosas riquezas que poseía el califa almohade.

—¡Navarros! Ha llegado la hora de pasar a la historia —bramó Sancho el Fuerte desde sus más de dos metros de altura—. ¡Que se enteren en todo el mundo de qué estamos hechos los navarros!

Frente a ellos la guardia negra: encadenada y enterrada hasta las rodillas, debía morir defendiendo al califa. Eran todos esclavos negros, de enorme fortaleza, aunque con un destino cruel. Sancho VII de Navarra se lanzó contra la muralla humana, avanzó al galope, directo, envalentonado por su orgullo. Dio un gran salto en el aire y lanzó un golpe de maza que rompió parte de las cadenas que amarraban a los africanos. Entró así en el palenque del califa. Dos guardias árabes le atacaron con lanzas. Aplastó el cráneo del primero de ellos, escuchando el dantesco ruido de cómo se fraccionaban sus huesos. El segundo se acercó más hábilmente, pero de poco le sirvió. El rey navarro hizo dos giros en el aire con su maza y detuvo la punta de la lanza que le atacaba. Después levantó todo lo que pudo su brazo, mostrando toda su imponente envergadura y dejándolo caer desde el cielo, como si fuera el mismísimo Dios quién lo lanzara. El impacto destrozó el rostro del infiel que quedó completamente desfigurado.

El califa dio por perdida la batalla y se retiró huyendo hacia Úbeda y Baeza. La caballería cristiana consiguió romper el último baluarte almohade y penetró en el



palenque por varios flancos, ¡la batalla estaba ganada! Con el califa huían la mayor parte de la nobleza árabe y tras ellos los mercenarios africanos, los bereberes y los voluntarios andalusíes. Solo los más fieles a Alá seguían luchando. Fue un grave error. Los cristianos, especialmente los caballeros de las órdenes militares, no tuvieron piedad y cargaron contra los restos del ejército almohade en retirada. Fue una auténtica masacre. Arrollaron todo a su paso, tiñendo de rojo el páramo de Las Navas.

Mientras los peones y algunos caballeros saqueaban las tiendas, el resto del ejército persiguió a los fugitivos hasta la caída del sol. Los reyes acamparon sobre los restos del campamento musulmán y esperaron el regreso de las tropas.

Como efecto inmediato de la derrota se desintegró el sistema defensivo almohade de la frontera norte del Reino de Jaén. El pánico se extendió entre las poblaciones cercanas y los cruzados tomaron todos los castillos de la zona, entre ellos, el de Baños de la Encina.

Al día siguiente avanzaron hasta Baeza, que había sido abandonada por sus habitantes. Los cruzados la quemaron, incluida la mezquita, en la que murieron enfermos y heridos que no habían podido huir. El día 20 de julio la vanguardia cruzada llegó a Úbeda, una ciudad potentemente fortificada en la que se agolpaban los desechos del ejército almohade y los refugiados de las localidades próximas. Arnaldo Amalarico se mostró inflexible y exigió a los reyes tomar la ciudad.

—Debe ser sitiada.

—Los hombres están cansados —advirtió el rey de Castilla.

—Alfonso tiene razón —se sumó Pedro II de Aragón.

—Dios exige continuar, nos muestra el camino —afirmó el legado papal con los brazos abiertos.

—Baeza estaba abandonada, pero Úbeda cuenta con altas murallas y muchos de los desertores de la batalla están tras sus muros —explicó Sancho VII de Navarra.

—¡Son cobardes!

—Puede ser, pero también soldados experimentados —recalcó el monarca castellano.

—Yo me avergonzaría de temer a unos hombres que huyeron de la batalla —dijo con desprecio y arrogancia el legado papal.

—Arzobispo, entendedlo, llevamos muchos días avanzando sin cesar. Por nuestro afán de acabar con todos los infieles, no hemos podido ni celebrar la victoria. Es verano, el calor aquí es muy alto, nuestros hombres lucharon y vencieron en Las Navas, pero debemos retirarnos y asegurar lo que hemos conquistado —insistió Alfonso VIII de Castilla.

Pero Arnaldo Amalarico no cedió. Finalmente Úbeda cayó y el ejército cristiano llegó al límite de sus fuerzas. Una enfermedad infecciosa afectó a hombres y animales. El botín era enorme y otra buena razón para una prudente retirada. La falta de medios impedía retener las ciudades conquistadas, por lo que fueron destruidas.



**Cerca de los Pirineos, septiembre de 1212**

Sébastien deambulaba por las tierras más al sur del condado de Foix en busca de un lugar propicio para ocultarse. Todos le parecían inadecuados, demasiado peligrosos o concurridos. Él quería un refugio seguro donde pasar desapercibido. Había estado en castillos y plazas fuertes, en la propia ciudad de Foix, de la que huyó rápidamente por sospecharla infectada de espías de todas las clases y procedencias. Dejó de frecuentar las zonas más pobladas y buscó hallar algún cobijo más próximo a los Pirineos o incluso al otro lado de las montañas.

Se había convertido en un viajero sin destino concreto, malvivía pidiendo comida allá donde iba. Dormía entre ruinas o en los establos con los animales. Para combatir el frío se abrigaba con pieles viejas que encontraba abandonadas, pero el clima de la estación era cruel y ya le había provocado varios episodios de fiebre, que mal curados habían desembocado en una tos incesante y molesta.

Había noches en que veía a Marie en sueños. Ella le hablaba y le pedía paciencia, pronto encontraría un lugar donde dejar su pesada carga. Aquella visión le proporcionaba las escasas fuerzas que le permitían continuar. Debía resistir, quien resiste termina venciendo.

El día en el que lograría librarse de su pesada carga no llegaba y temía que tarde o temprano sería descubierto por los cruzados, los *faidits* o simples bandoleros que le robarían su único equipaje, el viejo zurrón de Marie con su trascendental contenido.

En su caminar sin rumbo fijo, divisó una colosal fortaleza que dominaba una fértil llanura. Se acercó con precaución y cautela, pronto divisó la bandera con la cruz cruzada. Aquellos territorios pertenecían también a Montfort. Debía alejarse de allí, pero el camino a los Pirineos pasaba a los pies del castillo. Buscó alguna alternativa, quizás un sendero que bordeara la fortaleza cruzada. No conocía aquellas tierras, así que tenía pocas alternativas si quería continuar hacia las montañas.

Tras un par de horas de dudas y mucha indecisión, vio acercarse a un pastor con un rebaño con numerosas ovejas y cabras, la mayoría de color claro, aunque había una negra de gran cornamenta que resaltaba sobre el resto. Quizás aquella fuera su oportunidad.

—Perdonad —dijo llamando la atención del pastor—, voy hacia el sur, al otro lado de los Pirineos, ¿sabéis el camino?

—Claro que sí, pasa por debajo del castillo y sigue a la izquierda, no tiene pérdida.

El pastor era un hombre longevo, de unos sesenta años, diminuto y escuálido, con el pelo plateado y la cara surcada por grandes arrugas que lo hacían algo desagradable de mirar. Andaba cojo y encorvado. Vestía una especie de balandre, un

manto rectangular, con un agujero central para la cabeza y una capucha. También llevaba una cordel para ceñirla y como calzado unas botas de caña bastante alta. Le acompañaba un perrillo de color arena, juguetón y que le obedecía fielmente.

—Gracias, estaba algo perdido. ¿No hay otro camino?

—Que yo sepa no. Voy en esa dirección, puedes acompañarme si lo deseas.

El franco dudó y un ligero temblor recorrió su pierna derecha. El viejo no le quitó la vista de encima.

—Con mucho gusto —respondió Sébastien, que parecía asustado—, se agradece algo de compañía, ¿verdad? —dijo para parecer menos nervioso.

—No eres de por aquí —adivinó el anciano pastor.

—Soy peregrino, voy hacia Compostela —mintió Sébastien, teniendo en cuenta su repulsivo aspecto, pasar como peregrino se avistaba la mejor respuesta posible. Parecía un mendigo o un ladrón, pero a diferencia de ellos, un peregrino siempre estaba bien considerado y explicaba también su acento del norte.

—Al fin del mundo —afirmó el pastor con una amplia sonrisa que dejó ver los innumerables huecos en su dentadura.

—Sí, eso dicen, a Finisterre —especificó Sébastien, el franco parecía haber hecho buenas migas con el perro del pastor y le lanzaba piedras para que fuera a por ellas.

—¿Eres cruzado?

—No, no me gustan las armas.

—Serás al único extranjero que hay por estas tierras al que no le entusiasmen. Parece que todos han venido aquí a probarlas —se lamentó el pastor—. El señor del castillo, otro cruzado.

—¿No eres católico? —Se atrevió a preguntar Sébastien a la vez que tosía.

—¡Qué mal suena esa tos! Soy cristiano, que se peleen entre los obispos por los apellidos y todo lo demás. Yo sé perfectamente quién es mi Dios, no necesito que nadie venga a decírmelo con sermones, ¿entiendes?

—Claro que sí.

—El tiempo pasa para todos, lo único seguro en esta vida es la muerte —afirmó con un tono triste, propio del que sabe que su fin está cerca y es inevitable. Nada más.

—No solo ella, Dios...

—¿Dios? Yo no estoy tan seguro. —Sus ojos empequeñecieron todavía más al hundirse entre los pliegues de su marchita piel—. ¿Cómo puede Dios permitir una guerra como esta?

—Tendrá sus motivos. —Sébastien dejó de jugar con el perro.

—Sí, puede ser que los tenga. Eso es precisamente lo que me da miedo.

Caminaron juntos hasta alcanzar la base de la fortaleza, que se elevaba desafiante sobre la planicie. Era un majestuoso castillo señorial de altas torres. Una docena de soldados los vigilaron desde las almenas, pero sin echarles el alto ni decirles nada. Ir con el pastor había sido buena idea, llamaba menos la atención.

—¿Sabes que todo esto era antes un lago?

—Perdón, ¿un lago dices? —preguntó Sébastien sorprendido a la vez que contemplaba la fértil llanura que ocupaba el espacio donde debía estar la supuesta acumulación de agua.

—Sí, absolutamente todo lo que alcanza la vista.

—Eso es imposible. —Y sonrió a la vez que seguía buscando alguna evidencia de lo que contaba el pastor.

—No lo es, solo el castillo estaba en tierra firme —se reafirmó el pastor con firmeza—. Ahora estamos en lo que era el fondo del lago.

Sébastien no creía al viejo, pero tampoco quería disgustarle.

—¿Y qué paso con él? —preguntó después de toser.

—Veo que no conoces la leyenda.

—¿Qué leyenda? —El anciano había conseguido llamar su atención.

—Hace décadas el castillo de Puivert dominaba un inmenso lago que cubría toda esta llanura. El señor de la fortaleza estaba casado con una hermosa princesa aragonesa. La dama era inmensamente feliz en Puivert, y con lo que más disfrutaba era contemplando el lago que se extendía bajo las torres. Le gustaba pasear por su orilla, siempre vestida de blanco, hasta tal punto que se la conocía como la Dama Blanca. Era dichosa sentándose sobre un banco de piedra y dejando pasar el tiempo conmovida por la paz que el lugar desprendía. Dicen que se la veía en sus alrededores hasta el atardecer, que estaba maravillada ante los ocasos de sol, cuando el astro parecía abrazar el lago.

Sébastien se había embriagado con la historia del pastor y permanecía concentrado escuchándola, tanto que no percibió que se alejaban de la fortificación cruzada.

—En tiempos de borrasca o tempestades, las aguas subían y cubrían el asiento de la dama, por lo que esta no podía bajar a sentarse en su orilla y entonces la melancolía invadía su corazón. Se encerraba en el castillo y allí pasaba los días hasta que volvía el buen tiempo. El señor de la fortaleza sufría viéndola tan triste, así que optó por buscar una solución. Decidió hacer obras en el lago para que la princesa pudiera estar siempre en su sofá de piedra. —El pastor se detuvo al advertir que una oveja se alejaba.

—¿Y qué paso?

—Espera que ahora sigo —respondió mientras traía al animal de nuevo consigo—. Pues que desgraciadamente las obras provocaron una brecha en el dique de contención del lago que resquebrajó toda la presa. La fuerza del agua fue inimaginable, anegó campos y ciudades. La leyenda cuenta que el furor de las aguas se llevó también a la Dama Blanca y que en los días de lluvia sobre Puivert, todavía se la puede ver asomada a una de las ventanas del castillo.

—¿Es eso cierto?

—Yo no la he visto, pero nunca se sabe.

Entonces Sébastien se percató de que se había alejado una distancia considerable

de la fortaleza cruzada.

—Si quieres cruzar los Pirineos, te aseguré que este no es el mejor camino.

—¿Por qué?

—Nadie lo toma, los pasos están a mucha altitud en esta zona. En invierno es una locura cruzar por ellos. Además, no hay poblaciones donde refugiarse en caso de que el cielo enfurezca.

—¿Y castillos? ¿No hay más castillos en esa zona?

—Umm, estamos ya a mucha altura. —El pastor basculó ligeramente la cabeza de un lado a otro—. Ya te he dicho que por aquí no hay muchas aldeas, y menos castillos, las cumbres pirenaicas están muy próximas. —Y señaló las cimas nevadas.

—Entiendo. —Tosió dos veces—. Es normal, con este frío quién va a encastillarse aquí.

—A excepción de ese castro, ¿cómo lo llaman? —El pastor se rascó la barbilla mientras rebuscaba en su escasa memoria—. Montségur, eso es.

—¿Montségur? —se sorprendió Sébastien—: eso quiere decir «monte seguro».

—Sí, vaya paraje. Es una plaza situada sobre un pronunciado acantilado. Inaccesible por tres de sus lados. Y por el otro tampoco es fácil de alcanzar. ¡Un auténtico nido de águilas!

—¿Vive alguien en semejante lugar? —inquirió interesado Sébastien.

—Ya hace mil años que no subo hasta allí, en realidad nadie lo hace. —El pastor movió la cabeza como si algo no le gustara—. Sin embargo, hay gente que dice que vive en lo más alto una pequeña comunidad, solitaria y abandonada. No hay viajeros ni curiosos que se acerquen por esos lindes, pero yo alguna vez he visto a alguno de sus habitantes bajar al río, aunque ya hace mucho de eso.

—¿Por qué? ¿A qué se debe que nadie vaya hasta allí? —inquirió intrigado el franco.

—No lo sé. —El pastor se encogió de hombros—. Supongo que se encuentra muy aislado y es demasiado inaccesible.

Sébastien volvió a toser, esta vez la tos venía desde el fondo de su pecho. Tuvo que agacharse y siguió tosiendo de forma alarmante.

—Agua —pronunció con dificultad mientras seguía ahogándose en su propia tos.

El pastor sacó un pequeño zurrón de piel de cabra y le dio de beber.

—Eso no tiene buena pinta, ¿te encuentras mejor?

El franco no podía responder, tenía la garganta irritada y seguía tosiendo.

—Con este frío y en tu estado, no puedes ir a ningún lado —le advirtió el anciano—, ¡vamos! Ven conmigo a mi casa, no está lejos.

El pastor lo guio por un sendero cercano que bordeaba una colina y cruzaba un riachuelo. El perro se encargaba de dirigir a las ovejas y si alguna se quedaba rezagada, el pastor silbaba e inmediatamente el animal iba a por ellas y las traía de nuevo al rebaño. Cada vez hacía más frío, se levantó un viento del sur y el cielo amenazó tormenta. Caminaron por un suelo pedregoso hasta llegar a un abrigo en el

monte. En él se levantaba una vivienda construida en madera, una casa sencilla que contaba con un alargada cerca para el ganado. Otros dos perros los recibieron nada más entrar en el establo. Dejaron los animales resguardados y entraron al calor de la casa.

El pastor trajo abundante paja y un jergón viejo, e improvisó una confortable cama cerca del fuego de la cocina. La fiebre había subido y Sébastien deliraba. Le aplicó paños calientes y le dio abundante agua de beber, ya que el enfermo no dejaba de sudar. A los sofocos le acompañó una respiración forzada y, a ella, los delirios y una frase que repetía sin cesar.

—El libro, hay que proteger el libro.

## Narbona, finales de noviembre de 1212

Las últimas luces de la tarde entraban por una de las ventanas del palacio. La ciudad estaba silenciosa, había perdido la vida y la vitalidad de antaño. Sus habitantes ya no frecuentaban sus calles, que en cambio eran recorridas por un sentimiento que poco a poco fue creciendo desde la llegada del nuevo arzobispo: el miedo. El miedo había hecho a los judíos ocultarse en sus casas y no salir de su barrio. El miedo había conseguido que los comerciantes lo pensaran dos veces antes de entrar en el puerto. El miedo había conseguido que las iglesias estuvieran más llenas que nunca y el miedo tenía un nombre: Arnaldo Amalarico.

Al poco de ser nombrado, el arzobispo había partido a la Cruzada contra los infieles al otro lado de los Pirineos. Muchos habían criticado esta decisión del prelado, acusándole de anteponer la Cruzada al gobierno de la rica y poderosa diócesis. Aquello podría haber incomodado a muchos, no a Arnaldo. En cuanto volvió de la exitosa campaña contra los almohades, tomó el mando del ducado. Legisló y gobernó como si de un príncipe se tratara, no en vano, el arzobispo de Narbona tenía tanto o más poder que los condes y señores de las baronías que lo rodeaban.

—Noticias de Roma —anunció Juan de Atarés al arzobispo.

—Hablad —ordenó Arnaldo Amalarico, que permanecía de espaldas, con la vista en una de las vidrieras del palacio arzobispal.

—La Corona de Aragón ha enviado al obispo de la diócesis de Segorbe-Albarracín y el maestro Colom, procurador y notario real.

—¿Con qué motivo?

—Presentar un plan de paz para el Languedoc ideado por el rey de Aragón.

—Valiente estúpido, es imposible que logre nada. Ya no puede negar la realidad, todos los nobles, incluido el conde tolosano, son culpables de herejía y el papa lo sabe.

—No lo niega.

—¿Cómo dices? —El arzobispo se volvió hacia su ayudante.

—Al parecer, el plan parte del reconocimiento de la complicidad del conde de Tolosa con la herejía.

—¡No puede ser! —graznó apretando los dientes.

—Pedro el Católico ofrece al pontífice el arrepentimiento del conde en forma de penitencia a la Iglesia y un alejamiento definitivo del conflicto mediante la abdicación en su hijo. A cambio, el monarca reclamaba para este la restitución de las tierras arrebatadas en la guerra, pues la desposesión carece de sentido siendo el muchacho inocente de la acusación de herejía. Para garantizar su ortodoxia, el propio



rey se ofrece como tutor personal del nuevo conde y como regente del condado.

—¡Traidor! —El arzobispo perdió la cordura de una forma inusual en él—. El rey me ha traicionado, ¡maldita sea!, ¡maldito sea Pedro de Aragón!

—¿Cómo?

—Ese engreído aragonés ha jugado conmigo, tenía esto preparado desde el principio y yo caí en su trampa. —Arnaldo se movía nervioso por la sala.

Juan de Atarés le miraba anonadado, sin entender el comportamiento y mucho menos las palabras del arzobispo.

—El conde Raimon VI está desesperado y también ha caído en la trampa. Para evitar la desposesión total a manos de la Cruzada, como sufrieron los Trencavel, y garantizar el primer objetivo de cualquier noble, la supervivencia de su casa, accede a ser vasallo de la corona aragonesa. ¡Qué estúpido! La casa de Tolosa siempre ha sido rival de la de Aragón en el Languedoc, ¿quién iba a pensar que se arrodillaría ante ella? Pero he sido yo mismo el que lo he empujado a ello. —Arnaldo Amalarico se desesperó—. ¿Y qué dice respecto a los condes de Foix y Comminges y al vizconde de Bearn?

—Al parecer, el papa pone el acento en las denuncias de abusos y violencias cometidos por la Cruzada sobre tierras y personas acusadas injustamente de complicidad con la herejía. Cita que desde la perspectiva de los derechos feudal y canónico, el ataque a nobles católicos protegidos por un rey cristiano es una acción injusta e ilegítima, y la conquista de sus tierras una usurpación injustificada que debe repararse.

—Argumentos sólidos, no hay reparo, y proporcionados por el rey de Aragón, de eso todavía tengo menos dudas.

El arzobispo se mostraba angustiado e intranquilo. Se frotaba las manos de manera constante y dejaba la mirada perdida en la techumbre de madera policromada, que decorada con escudos de algunos de sus antecesores en la diócesis, coronaba el techo de la sala.

—Además, para apuntalarlos, subraya que después de tres años de dura guerra, se han alcanzado casi todos los objetivos iniciales de la Cruzada —continuó Juan de Atarés sorprendido por la actitud de su superior—. Los dominios Trencavel están bajo la mano firme de Simon de Montfort, quien ha sido aceptado como nuevo vizconde por el rey de Aragón; también se ha perseguido a los herejes, se ha depurado el alto clero del Languedoc por medio de las acciones de los cistercienses y se ha predicado la palabra del Señor, con la labor destacable de Domingo de Guzmán.

—Inocencio III no es tonto y conoce las ambiciones de Simon de Montfort, y las acciones de castigo que hemos lanzado contra la nobleza del Languedoc. También tiene en alta estima a Domingo. —El arzobispo parecía más sosegado—. Hemos sido unos estúpidos confiados. Además, después de Las Navas todo es diferente. Tras muchos años de derrotas y empresas infructuosas, el papado ha visto por fin una Cruzada victoriosa sobre los musulmanes. Un símbolo de los nuevos tiempos que el

papa desea para la cristiandad. Y ahora buscará una empresa mayor: Tierra Santa. El sumo pontífice dirigirá todas sus fuerzas a una nueva Cruzada contra los infieles y se olvidará de los cataros.

—Eminencia, la victoria de Las Navas fue una señal divina que Dios nos ha dado. Vos mismo estuvisteis allí. El Señor nos ha mostrado que creer en Él nos da fuerza frente a los soberbios y los impíos.

—Sí, pero quizás lo ha hecho demasiado claramente y esa victoria se vuelva contra nosotros. El orgullo y la avaricia son pecados peligrosos. Pedro II ha aprovechado el viento a favor de la espectacular hazaña sobre los almohades mejor que nadie. Ha jugado su carta hábilmente. La de buen católico, vasallo del papa, perseguidor de herejes, rey cruzado y persona grata a Roma. Ha dejado madurar el conflicto en el Languedoc para hacer ahora su entrada como salvador de unas poblaciones hastiadas de la guerra y su violencia. Y yo, de manera estúpida y torpe, le he ayudado sin saberlo.

—Iniciaremos una contraofensiva tanto diplomática como propagandística. —Juan de Atarés intentaba buscar soluciones ante el desánimo del arzobispo de Narbona—. Lograremos el beneplácito papal para la continuación de la Cruzada. Enviaremos una delegación a Roma, o dos, o las que sean necesarias.

—Sí, eso haremos. —El arzobispo por fin reaccionaba—. Quiero en ella a representantes de los arzobispos de Burdeos y de Aix; y a los obispos de Bazas, Périgueux y Béziers. Que todos envíen cartas al papa en las que expresen su preocupación por una posible suspensión de la Cruzada contra los cataros.

—Como ordenéis.

—Y que de forma inmediata parta a Roma el maestro Teodosio y cuatro obispos con un memorándum para dar cuenta de nuestra firme posición de continuar con la Cruzada. Y para ayudar a Montfort, que los obispos de Carcasona y Tolosa marchen a París con el objeto de reclutar nuevos refuerzos cruzados.

—¿Qué hacemos respecto al conde de Tolosa?

—Debe seguir siendo nuestra punta de lanza. Enviaremos una carta avisando que la herejía sigue todavía activa por culpa del conde, verdadero responsable de los males de la Iglesia. Aseguraremos que tenemos conocimiento de que ha enviado mensajeros al emir de Marruecos para solicitar su ayuda militar, para atacar toda la cristiandad.

—¡Brillante idea, eminencia! —Juan de Atarés asintió con la cabeza—. La sola mención de esa posibilidad aterrará a Inocencio III y a toda la curia romana.

—Y no solo eso. En la misma carta acusaremos al conde de intrigar con el emperador y el rey inglés Juan sin Tierra, enemigos del papado, para conjurarse contra la Iglesia. Si el rey de Aragón manipula al papa con los musulmanes, nosotros lo haremos no solo con ellos, sino también con los otros enemigos del sumo pontífice. —El arzobispo acercó los dedos de las manos a la altura del pecho, y los juntó y separó en intervalos rítmicos—. El rey de Aragón me ha utilizado.

Juan de Atarés permaneció en silencio, el arzobispo estaba totalmente absorto en sus pensamientos.

—Lleva tiempo tejiendo este plan. En Las Navas se ganó mi confianza apoyándome en los consejos de guerra y ya antes me había ayudado para obtener el arzobispado de Narbona. —Arnaldo Amalarico masticó mejor sus palabras—. Me hizo creer que pretendía acabar con el conde de Tolosa, pero no era ese su objetivo. Lo que deseaba ese mentiroso era que el conde se sintiera acorralado y desesperado, y en esas circunstancias le entregara el condado a cambio de su protección. Ha sido astuto, muy astuto.

»No ha intervenido antes contra la Cruzada porque sabía que esta terminaría llegando a Tolosa. Le hemos hecho el trabajo sucio, nos ha manipulado.

—Eso que decís es demasiado complicado, muy arriesgado de llevar a cabo.

—Justo lo que más le gusta a Pedro II, arriesgarse. —Arnaldo Amalarico hizo girar su anillo arzobispal alrededor de su dedo—. Juan, debes saber que los cobardes no van al cielo. El rey de Aragón es un temerario. Totalmente imprevisible, eso es terriblemente dañino. No saber nunca cuáles son los planes de tu rival es frustrante. Los hombres así son peligrosos, pero si se trata de un rey pasan a ser destructivos. —El arzobispo meditó—. El conde tolosano nunca habría reconocido como su señor al rey de Aragón a no ser que estuviera desesperado. Y lo está. Tiene miedo, mucho. Los hombres más temibles son aquellos que están llenos de miedo, es a esos a los que hay que temer especialmente.

Arnaldo Amalarico miró sus manos. Primero las palmas, luego les dio la vuelta y las cerró. Se quedó hipnotizado por el brillo del anillo de arzobispo y acarició la joya.

—Con la sumisión de toda la nobleza del Languedoc, Pedro II no solo obtendrá esos territorios, sino que iniciará una recuperación de los que pertenecían a la casa Trencavel, también vasalla suya. ¿Y por qué no? ¡También la propia Narbona! Para unirlos a Montpellier y la Provenza.

—Eso sería un reino muy poderoso.

—No, es más grave aún, se trata del inicio de un imperio, a ambos lados de los Pirineos. —El arzobispo dejó su mirada perdida contra los muros del palacio, como si fuera capaz de atravesarlos con ella y ver mucho más allá—. La herejía cátara se extendería por esa Gran Corona de Aragón sin control y una vez la corrompa, como un gusano hace con una manzana, saltará al resto de los reinos cristianos; será el fin de la Iglesia.

»Jamás lo permitiré.

## 1213 Muret

*E aquí morinostre pare car axiho ha fat me linatgetotstemp que en les batalles que ells*

*han fetes,*

*he nos farem, deuemvencre o morir.*

*Y aquí murió nuestro padre, porque así ha acostumbrado a hacerlo siempre nuestro linaje, en las batallas que ellos han hecho o haremos nosotros, vencer o morir.*

La batalla de Muret, según el *Llibre dels feits*.  
Jaime I el Conquistador.

**Tolosa, enero de 1213**

Miraval había terminado su actuación en la plaza del mercado, a pesar de la guerra, los habitantes de la ciudad seguían demandando la presencia de los trovadores, que animaban la moral con sus poemas y relatos. Con la mayoría de las fortalezas en manos cruzadas había pocos lugares donde poder ir, incluso Cabaret estaba ahora bajo el control de Montfort. Quedaba lejos ese tiempo en que los torneos y festivales llenaban de alegría el Languedoc. Esa época donde se podía visitar a las hermosas damas de la nobleza en sus castillos y moverse de corte en corte.

Tolosa, aunque rodeada por los cruzados, era el último bastión de aquel recuerdo, así que decidió asentarse en ella. Había tomado una habitación en casa de uno de los cónsules. Una estancia cómoda y bien situada, pero la vida empezaba a ser difícil incluso para los más acomodados. El bloqueo de los cruzados era cada vez más concienzudo y empezaban a faltar algunos productos habituales.

Se dirigía hacia su nueva residencia cuando se distrajo con su laúd, una de las cuerdas parecía dañada, necesitaría comprar nuevas. No obstante, intentó arreglarla de manera eventual. Estaba en ello, cuando una sombra apareció reflejada en el empedrado de la calle. Se volvió para saludarla, pero fue él quien recibió su saludo en forma de un certero golpe con una vara de madera. Cayó al suelo, todavía consciente vio su laúd romperse en dos para, acto seguido, recibir un nuevo impacto en la cabeza.

Despertó aturdido, la luz era tenue, unos cirios iluminaban una sala húmeda y fría. Parecía una mazmorra o unos subterráneos. Tenía la boca pastosa, le dolía la cabeza, pero todavía más los brazos. Al alzar la vista los descubrió colgando del techo por medio de unas cadenas. Estaba suspendido en el aire, con las muñecas ensangrentadas por el roce de los grilletes. Mareado, bajó la mirada y se encontró con un rostro familiar.

—Qué bien que hayas espabilado, tenía miedo de que nos hubieras dejado definitivamente —afirmó una vez grave y profunda.

—¡Fulco! ¿Sois vos?

—Muy bien, veo que te alegras de que nos volvamos a encontrar. —El obispo de Tolosa le cogió por la barbilla—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No el suficiente.

—Miraval, no digas eso. Sé que en el fondo te entusiasma volver a verme. Yo te echaba tanto de menos que por eso te he hecho llamar.

—Podíais haberme enviado una carta.

El obispo tolosano levantó el brazo y un monje situado junto a la pared tiró de las cadenas de las que colgaba el trovador, que derramó un profundo grito de dolor.

—No me gustan tus bromas, nunca me han gustado. Ahora te agradecería que no me interrumpieras y hablaras solo cuando yo te lo indique —informó con voz suave—. Como te iba diciendo, agradezco tu predisposición a colaborar y quiero hacerte unas preguntas sobre tus amigos los cátaros.

—Yo no soy cátaro.

El prelado volvió a levantar el brazo y un nuevo chillido inundó la sala.

—Quiero que me hables de un libro cátaro, uno muy especial. Lo llaman el *Libro de los dos principios* y aseguran que es una blasfema biblia cátera, ¿qué sabes sobre él? —No obtuvo respuesta del prisionero—. ¿No me has escuchado? ¿Quieres que te ayude a recordar? Tengo métodos muy novedosos para ello.

—Esperad. —Miraval levantó la vista—. Sí he oído hablar de él.

—Bien, lo ves como no es tan difícil. ¿Dónde se encuentra?

—Eso no lo sé.

—¡Mientes!

—Os lo juro. El arzobispo de Narbona también lo buscaba.

—¿Berenguer? ¡Viejo zorro! ¿Cómo no? Debí imaginármelo, seguro que te envié a que husmearas por las cortes de esos herejes en busca del libro, ¿verdad?

—Así es, pero fue imposible dar con él. Ni los propios cátaros saben dónde está. Al parecer alguien lo sacó de Carcasona cuando llegaron los cruzados y, desde entonces, todos rastrean su posible paradero.

—Luego, ¿existe realmente?

—Yo no lo he visto, pero parece ser que sí.

—Conociéndote, seguro que tú tienes alguna teoría de dónde y quién puede tenerlo, ¿a que sí? —sugirió el obispo con una sonrisa que dejaba ver todos sus dientes.

Miraval tardó en responder, las argollas le apretaban, rasgándole la piel. Sentía que en cualquier momento le arrancarían ambas manos y que caería mutilado al suelo de la mazmorra.

«¿Moriré hoy aquí?», se preguntaba mientras masticaba una respuesta.

En ese momento otro monje entró en la mazmorra, vestido con un humilde hábito y unas albarcas remendadas: era Domingo de Guzmán. El castellano observó las cadenas que sostenían al trovador, la sangre seca pegada a su piel, las heridas que rasgaban sus brazos y el olor a orín de sus ropas.

—Miraval. —Domingo esperó a que levantara la cabeza para ver sus ojos—. Si nos ayudas salvarás la vida. —El obispo le lanzó una mirada de desaprobación—. Tienes mi palabra, debes comprender que ese libro es nocivo para la Iglesia, necesitamos saber dónde se oculta.

—¿Lo juráis? ¿Juráis por Jesucristo, Nuestro Señor, que me dejaréis marchar?

—Sí, te lo juro. Pero si nos mientes, nadie podrá ya protegerte ni en esta vida ni en la otra —las palabras de Domingo sonaron más como una amenaza que como una concesión, y un frío silencio inundó la sala.

—Llegué a descubrir que antes de que cayera Minerve, una pareja sospechosa huyó de la ciudad por el portón más al sur.

—¿Quiénes eran? —preguntó el obispo.

—No sé sus nombres. Eran jóvenes, el hombre no era oriundo de estas tierras. Es posible que fuera franco. En cambio, la mujer era cátara y muy joven por lo que pude averiguar.

—¿Estás seguro? —inquirió Domingo contrariado.

—Sí. —El trovador respiraba con dificultad—. Ella creo que procedía de Béziers.

—¡Desgraciada! ¿Hacia dónde huyeron? —insistió el obispo visiblemente nervioso.

—Al sur, por lo que me contaron unos prisioneros. Pero estuve recorriendo las ciudades más cercanas y nadie los vio llegar. Forzosamente se han ocultado de las grandes poblaciones, seguro que han buscado refugio en las cuevas cátaras.

—Esas cuevas ya no existen, fueron arrasadas hace semanas —graznó el obispo.

—Lo sé, creo que no estuvieron allí mucho tiempo y huyeron de nuevo. Habrán buscado protección en alguna zona más al sur, cerca de los Pirineos.

—Ese territorio escapa todavía a nuestro total control. Las montañas son cobijo fácil para bandidos, desertores y cátaros.

—Si ese libro es tan preciado, tendrán que hallar un lugar seguro para ocultarlo. No pueden huir eternamente, debéis buscar una fortaleza que todavía esté fuera del control de Montfort.

—No hay ninguna —sentenció el obispo Fulco—, todas fueron tomadas.

—Está bien —intervino Domingo—, enviaré más monjes a esa zona, si están allí los encontrarán.

—¿Cómo lo vais a conseguir? —El trovador lo miró fijamente, desafiante—. El pueblo está con ellos, no los traicionarán.

—Tengo mis métodos. —Domingo se dio la vuelta y miró fijamente al obispo—. Liberadlo.

—Pero...

—Que el pasado y vuestro rencor no os cieguen, eminencia, tenemos asuntos más importantes que tratar. —Y abandonó la sala acompañado del prelado tolosano.

Juntos avanzaron por los subterráneos de lo que parecía un edificio imponente, subieron una escaleras de piedra y salieron a un pequeño patio interior que articulaba unas estancias con aire palaciego.

—No es buena idea dejarlo ir —musitó el obispo visiblemente enfadado.

—Puede sernos útil, en su actual situación podemos utilizarlo como confidente.

—¿Estará en lo cierto?

—Vos lo conocéis bien, fuisteis trovador en otra época, sabéis que su información es buena.

—Hace mucho ya de aquello, pero sí, es de suponer que esté bien informado. Nadie mejor que él conoce las cortes de estos condados de herejes.

—Debemos seguir buscando y limpiando todas las poblaciones, ¿qué tal están funcionando los tribunales?

—Excelentemente. En una crisis de fe como esta, ha sido buena idea utilizar procedimientos inquisitoriales temporales.

—Debemos tener cuidado en no excedernos, inicialmente esos recursos eran destinados solo a religiosos corrompidos y ahora los aplicamos a toda la población.

—Es necesario, vivimos una época de graves peligros y debemos usar medios excepcionales para combatir el mal.

—Además, la quema en hogueras no está siendo todo lo útil que pensábamos — advirtió Domingo con la mirada perdida—, sino que está revistiendo a los herejes de un aura de martirio, nada conveniente a nuestros intereses.

—No creo que sea nada preocupante. La purificación por el fuego es fundamental, igual que lo es aniquilar a la nobleza local. Estamos eliminando uno de los mayores soportes de los herejes.

—Pero los cátaros todavía conservan el apoyo del pueblo. —Domingo negó con la cabeza.

—Hay que romper esos lazos de solidaridad que profesa la gente corriente, cristianos todos ellos, con los herejes. Y para ello necesitamos utilizar procedimientos de este tipo.

—Los tribunales de cada diócesis son una idea interesante, siempre que estén controlados directamente por sus obispos y no se extralimiten en los medios.

—No os preocupéis, cada obispo controla su diócesis. Había disposiciones que marcaban el procedimiento inquisitorial desde finales del siglo pasado. La pena de fuego, la confiscación de bienes, la autorización del empleo de la tortura; mantenimiento del secreto sobre los testigos o acusadores. —El obispo se mostraba orgulloso de aquellas prácticas—. Pero yo creo que falta la creación de un tribunal especializado y que tenga una amplia jurisdicción, por encima de los obispados e incluso de los reinos. Así podríamos buscar en todo el Languedoc de manera más efectiva, e incluso fuera de él.

—¡Un tribunal central y para toda la cristiandad! Eso podría ser peligroso, demasiado poder, los reyes lo verían como una amenaza. Además, no hay monjes preparados para tal misión. —Domingo quedó pensativo—. Es más importante crear órdenes mendicantes, que sean capaces de predicar la palabra del Señor de manera efectiva entre la población. No para torturar, interrogar y perseguir a cristianos.

—Ambas cosas son compatibles. Pensad que si tuviéramos ese tipo de poder inquisitorial, podríamos capturar a los herejes clandestinos y sus protectores. Y entregarlos después al poder secular, que sería el encargado de la ejecución. Las hogueras colectivas desaparecerían para dar lugar a ejecuciones individuales y los acusados siempre podrían defenderse.

—Estos métodos que sugerís son muy peligrosos. El proceso de la *inquisitio* es injusto y en nombre de la eficiencia y celeridad se puede caer en la tentación de



anular cualquier salvaguarda para los acusados.

—Eso no sucederá, somos hombres de fe.

—Vos lo habéis dicho, somos hombres. Temo que se llegue a dar demasiado poder a los inquisidores y muchas dificultades para la defensa a los acusados. ¿Y si ese poder es dado a un sádico o a un fanático?

—No olvidéis que los herejes creen en el poder de Satanás y, por tanto, le prestan reverencia.

—Que crean en él no quiere decir que le veneren. Las prácticas que queréis utilizar con el pueblo, solo se usan con los prelados pecaminosos, nunca con campesinos y comerciantes —recordó Domingo subiendo el tono de su voz.

—Con el *Libro de los dos principios*, el catarismo puede ser extraordinariamente resistente a la acción de la Iglesia —recordó el obispo mientras alzaba la vista para observar el paso de unos estorninos.

—Sugerís una inquisición central y no episcopal, no estoy de acuerdo. Lo que debemos hacer es predicar, preparar bien a nuestros sacerdotes para que sean más efectivos.

—Si lográramos una bula que autorizara el uso de la tortura para obtener la confesión de los herejes todo sería más fácil.

—Más fácil sí, pero no mejor.

**Tolosa, enero de 1213**

El monarca cruzó los Pirineos con la triste noticia de la muerte de su fiel vasallo García Romeu, uno de los grandes héroes de Las Navas. Una grave pérdida que afectó al ánimo de Pedro II de Aragón, pero el viaje era demasiado importante. Después de llorar su muerte, atravesando parte del territorio de Navarra, el séquito real alcanzó el condado de Comminges y desde allí siguió hasta entrar en la capital tolosana en los primeros días de enero. Llegó acompañado por una corte de colaboradores religiosos y militares formada por los obispos de Tarazona, Vic y Barcelona; los nobles Nunyo Sanç, hijo del conde Sanç; Guillem Raimon, vizconde de Cervera; Miguel de Luesia, mayordomo real; y Aznar Pardo, señor de Ejea.

Su entrada en la ciudad en compañía de casi todos los héroes de la épica batalla de Las Navas no era casual. El rey de Aragón quería explotar el prestigioso aval obtenido en su reciente y célebre triunfo sobre los musulmanes. También para Tolosa era importante aquella cita, la presencia de los cruzados aragoneses y catalanes era un acontecimiento con inmensa carga simbólica. ¿Qué mayor gesto de lealtad a la Iglesia y a la cristiandad que acoger a los vencedores de los «enemigos de la cruz»? Aquello era una verdadera demostración de fidelidad religiosa llena de sentido político.

—Alteza. —Miguel de Luesia se acercó al rey aragonés mientras cabalgaba hacia el castillo condal—. Noticias del arzobispo.

—¿Y bien? —El monarca no se inmutó y siguió con el gesto firme mientras era aclamado por la muchedumbre que se agolpaba en las calles de Tolosa, que le lanzaba vítores y le aclamaba como un héroe que venía a rescatarlos y también como su futuro rey.

—Ha convocado un concilio en la villa de Lavaur y desean una entrevista con su alteza.

—Concededla. Actuaremos de acuerdo con las evidencias y hechos llevados a Roma y solicitaremos la devolución de las tierras expropiadas injustamente por la Cruzada y a Simon de Montfort una tregua en las hostilidades. Preparad una propuesta escrita.

—Así se hará. Debéis tener en cuenta que no la aceptarán. —El noble aragonés se acercó al monarca y con mucha serenidad razonó su respuesta—: Se opondrán, afirmarán que lo único importante es la disidencia religiosa, en la que el rey de Aragón no puede inmiscuirse.

—Cuento con ello. Todavía no hay orden papal para un cambio en el devenir de la Cruzada, y es obvio que rechazarán absolver a Raimon VI de Tolosa. Lo declararán cómplice de herejía junto a los condes de Comminges y Foix y al vizconde de Bearn.

—Sin embargo, no podrán negarse a admitiros a vos, rey cruzado y vasallo de

Roma, como garantía de neutralidad.

—Lo harán, es más, puesto que para ellos toda maniobra en favor de los que consideran enemigos de la Iglesia es actuar contra ella, son capaces de amenazarnos con la excomunión.

—¿De verdad creéis eso?

—Sí, hemos jugado con el arzobispo. Ya se habrá percatado de nuestros verdaderos planes y de que desde el principio nuestra intención era esa —presagió el monarca—: Querrá venganza, te lo aseguro. Estoy convencido de que el papa nos apoyará, así que voy a poner bajo mi protección las ciudades de Tolosa, Montauban y todas las tierras amenazadas por Montfort. Es hora de jugar y si hay que hacerlo que sea de verdad. La fortuna solo sonrío a los audaces.

—Será considerada como una acción claramente hostil —advirtió Miguel de Luesia.

—Lo es —respondió en tono firme el rey—, voy a forzar el conflicto todo lo posible.

—¿Aun a costa del enfrentamiento armado con la Cruzada? —siguió inquiriendo Miguel de Luesia, preocupado por el cariz que podía tomar el conflicto con el legado papal.

—Sí. El arzobispo se opondrá y me prohibirá toda protección de los herejes y sus cómplices. Espera a un rey prudente y contemporizador, como hasta ahora. La mejor manera de derrotar a tu oponente es haciéndole creer que no eres peligroso. Cuando deje de verte como una amenaza, es cuando te convertirás en su peor enemigo. —El rey inspiró—. Lo conozco, tensará la cuerda creyendo que no aceptaré su órdago.

—Una guerra con la Iglesia, mal asunto, alteza.

—No hay más remedio, Miguel.

—Es arriesgarse demasiado, ¿y el rey de Francia? Puede decidir atacarnos.

—Felipe Augusto ha aceptado la hegemonía de la Corona de Aragón en el Languedoc.

—¿Cuándo? —preguntó el mayordomo real mientras atravesaban el arco apuntado de entrada al castillo ducal, y las trompetas y tambores anunciaban su llegada.

—He enviado una carta informándole de que el día veinticuatro de este mes privaré del señorío de Montpellier a la reina María y al infante Jaime para entregárselo a su hermanastro Guillermo, quien me ha declarado ya vasallaje. El rey francés ha dado su visto bueno, no se interpondrá.

—¡Vaya sorpresa! —confesó Miguel de Luesia—. ¿Qué ganáis con eso? El señorío ya era vasallo vuestro.

—Quiero recuperar a mi hijo. No es conveniente empezar una guerra con él en manos de mi enemigo. Por mucho que odie a su madre, el infante es mi sangre.

—No os entiendo, ¿cómo lo vais a recuperar?

—Al entregar Montpellier al hermanastro de mi esposa, invalido la tutela de

Montfort sobre la ciudad y con ello anuló también la que poseía sobre mi hijo y fuerza así su devolución legal. Jaime fue entregado a condición de que Montfort protegiera Montpellier. Si este ducado ya no le pertenece, deberá devolver al infante. Al fin y al cabo, es posible que Jaime llegué algún día a ser rey.

El mayordomo real miró con admiración al monarca.

En el patio de armas de la fortaleza tolosana les aguardaba Dalmau de Creixell, que había sido enviado como avanzadilla para organizar todos los preparativos y, en especial, la seguridad de Pedro II mientras estuviera en la capital del condado. Juntos se introdujeron en el castillo, había mucho trabajo por delante.

El domingo 27 de enero el rey de Aragón recibió el juramento de fidelidad y vasallaje por tierras, derechos y personas del conde Raimon de Tolosa, su heredero Raimon el Joven, los veinticuatro cónsules de la ciudad, el conde Raimon Roger de Foix, el conde Bernard de Comminges y el vizconde Gaston de Bearn. El Languedoc tenía un nuevo y único soberano: Pedro II de Aragón.

Los Juramentos de Tolosa precedieron en pocos días a la noticia que tanto había esperado el rey aragonés y que tanto temían los cruzados: la aceptación por Roma del plan de paz presentado por los enviados del monarca aragonés. Todo había cambiado en pocas semanas. El rey de Aragón había irrumpido con todas sus consecuencias. Fue una acción rápida y firme. El monarca aragonés actuó como soberano *de facto* de todos los señoríos y baronías. Se movió rápido y con firmeza. Lo que llevaba tantos años esperando se estaba realizando en pocos días. Era como una fruta madura, que tras verla primero florecer y después ir creciendo, ahora caía por su propio peso. Solo había que estar preparado para recogerla.

Después de tomar posesión de sus nuevos vasallos y dar órdenes precisas de cómo actuar, Pedro II inició su regreso al otro lado de los Pirineos como señor de todos los territorios del Languedoc. Únicamente faltaba por recuperar la custodia del infante don Jaime, que seguía en manos de Montfort. Fue entonces cuando hizo saber al vizconde que quería tener una entrevista con él cerca de Narbona.

\*

Guillermo de Almazán aguardaba entre la arboleda, vestía una ropa gruesa por el frío de la estación: un abrigo color garnacha y un manto de lana. La nieve caída se acumulaba en los caminos y los hacía impracticables. Le pesaba la vaina de su espada, de cuero oscuro rematado por un brillante brocal metálico. Hizo un gesto con la mano. Un sargento que lucía un jubón ajustado e iba armado con una pica se hizo a un lado, retirándose de la primera línea. Media docena de arqueros se adelantaron. Mientras un infante con la espada colgando del talabarte se acercó y se situó a dos codos de él, armado con una ballesta.

Una columna se acercaba lentamente por el camino nevado. Eran no más de treinta hombres. Guillermo desconfió, era demasiado exigua. Aguardó que se aproximaran. Pasaron por delante de ellos con excesiva calma. El caballero que los dirigía tenía el pelo castaño, corto y bien igualado, como correspondía a un noble

acostumbrado a cuidar su aspecto con esmero. Aquel no era el cruzado que estaban aguardando. Esto desconcertó a Guillermo de Almazán, que esperaba ver un grupo mayor de hombres encabezado por Simon de Montfort.

Ordenó a los arqueros que bajaran la guardia. No era el vizconde. Guillermo olfateó algo y alzó la cabeza. Las hojas del roble se movían por el viento. Escuchó al bosque, un sonido rítmico retumbaba entre los troncos de los árboles. Cada vez iba ganando más intensidad.

—¡Nos atacan! ¡Formad! —ordenó apretando los dientes.

Un grupo de caballería irrumpió detrás de su posición hostigando a los arqueros y a las dos docenas de peones que habían descuidado su retaguardia.

Los cogieron por sorpresa, no hubo respuesta posible. Estaban esperando para realizar una emboscada a la delegación de Montfort que debía acudir a Narbona y, en cambio, habían sido ellos los sorprendidos.

Un jinete oculto bajo un yelmo con la celada calada penetró entre los pocos peones que lograron formar para defenderse. Avanzó, lanzando derrotes a derecha e izquierda, aplastando cráneos y brazos con la inusitada violencia de su maza. Espoleó con rabia su montura y desfiguró de un solo golpe el rostro de un ballestero, que intentaba recargar su arma. Parecía un demonio de la noche, que cabalgaba con un fervor animal, poseído de una fuerza ancestral imposible de contener.

El sudor corría a raudales por la frente de Guillermo de Almazán. Alzó su espada concentrado en buscar un punto débil para atacar. El jinete arengó a la bestia y se lanzó contra el castellano, que aguardaba inmóvil la carga de aquel temible enemigo. Guillermo salvó la maza, que voló por encima de su cabeza y tuvo tiempo de propinarle un profundo corte en el cuello al animal, retorciendo la hoja para que el caballo cediera y tirara a su montador.

El golpe fue aparatoso y la bestia relinchó como un demonio y se desangró con rapidez, dando color al suelo nevado. El caballero fue derribado y perdió su yelmo en la caída. Junto a él su caballo se estremecía de dolor. Él se incorporó aturdido por el impacto, tambaleándose y con sangre corriendo por su frente. Una antigua cicatriz recorría su rostro y tenía la mirada inyectada de odio.

Guillermo lo tenía donde quería, desmontado y sin la maza.

Su rival, todavía confuso y cada vez más ensangrentado, desenvainó la espada. Los dos giraron sobre sí mismos, mirándose, en guardia. El castellano fue el primero en atacar, directo, soltando tres golpes que fueron bien bloqueados. A continuación fue su enemigo, con estoques más rápidos y precisos que le hicieron retroceder. Consiguió girarse y recuperar el terreno perdido. De inmediato el caballero de la cicatriz volvió a la carga, castigando la derecha de Guillermo. Quien pudo contraatacar hasta en dos ocasiones, aunque ya era evidente que luchaba a la defensiva. Las espadas volvieron a chocar y quedaron así: una frente a otra. Con los filos enfrentados, empujando cada uno de ellos a ver quién salía victorioso. Su cuerpos se echaron hacia delante y sus miradas se tocaron.

El castellano apretó los dientes, el filo de su espada empezó a resbalar hacia abajo. La afilada punta descendió hasta perder casi contacto con la espada de su oponente. Finalmente lo hizo. Era su oportunidad, pero el cruzado estuvo más veloz y al mismo tiempo que Guillermo lo atacaba apartó su cuerpo, por lo que el castellano no encontró carne donde clavar su arma. Por contra, su costado quedó al descubierto y, a la altura de axila, el hombre de la cicatriz insertó medio palmo de acero, que permaneció allí clavado cuando Guillermo de Almazán cayó al suelo. Su enemigo se acercó y presionó la empuñadura hasta que la punta tocó tierra y la giró agrandando la herida, en un ensordecedor grito de dolor. Para entonces la nieve se había teñido totalmente de rojo.

La última visión del castellano fue el brillo de la hebilla metálica, con el símbolo de una espiral, del cinturón de su asesino.

**Barcelona, abril de 1213**

El palacio condal era un hervidero de rumores y murmullos, tan solo la antesala de lo que sucedía en toda la ciudad. La inminente llegada del monarca había alterado a toda Barcelona. Los escribanos y notarios reales habían tomado una de las salas principales del edificio y, desde allí, organizaban todos los preparativos para recibir al rey de Aragón. Los comerciantes habían llegado en oleadas nada más conocerse la noticia y la presencia militar se había reforzado ampliamente. Los cónsules que gobernaban la ciudad buscaban agasajar a su soberano de la mejor manera posible y los campanarios de todas las iglesias volteaban sus campanas sin cesar.

Dalmau de Creixell y Miguel de Luesia marchaban en vanguardia de la escolta que guiaba al rey a la entrada a Barcelona. Cruzaron el primer recinto amurallado y continuaron hacia la parte más antigua, protegida por unas ancestrales murallas, reconstruidas varias veces a lo largo de la historia.

—Era de esperar —comentó Dalmau con mala cara, mientras guiaba su caballo.

—Sí, pero había que intentarlo —contestó Miguel de Luesia—. Imagina que hubiéramos capturado a Montfort en esa emboscada.

—Pero no ha sido así. —El catalán tenía el gesto torcido—. Guillermo ha muerto, era nuestro mejor contacto en el Languedoc. ¿Y ahora qué?

—Ahora, la guerra.

—Habrà que provocarla —advirtió Dalmau—, jamás debe parecer que hemos sido nosotros los que la hemos iniciado.

—Montfort sigue siendo vasallo del rey. Le ha enviado una carta recordándole sus derechos como señor y ordenándole que se presente inmediatamente ante él.

—No lo hará —graznó Dalmau.

—En eso consiste. Si Montfort no acepta lo ordenado desde Roma, se convertirá en un rebelde ante el papa, y si desobedece a su señor, también lo será ante su rey, razón suficiente para declararle la guerra. —Acarició con la palma de la mano el lomo de su caballo—. Una guerra legítima.

—Veremos si tales artimañas funcionan. Ese normando es más astuto que un zorro —advirtió el noble catalán—; no te precipites. ¿Qué sucederá con los cátaros? Ahora pueden ser un problema para nosotros.

—Necesitamos encontrar ese libro, empiezo a pensar que es una leyenda más que otra cosa. —Miguel de Luesia se colocó bien el ceñidor.

—Guillermo no creía eso, estaba seguro de su existencia. Aunque bien es verdad que todo son habladurías en torno a él, pues nadie lo ha visto.

—Si yo fuera uno de esos cátaros y tuviera que buscar un refugio seguro, no lo haría en una ciudad, sino en un lugar aislado. Donde pudiera defenderme en caso de

ataque y a la vez que tuviera una vía fácil de escape si fuera necesario.

—Un lugar con salida al mar —sugirió Dalmau—, o un castillo cerca de los Pirineos del que poder huir al otro lado de las montañas si caen sus defensas.

La corte de Pedro II se estableció en el palacio condal y desde allí se inició lo que a todas luces parecían preparativos para una incursión militar a gran escala, similar a los que se habían producido hacía menos de un año para la Cruzada contra los infieles.

Los días pasaron rápidos y pronto llegaron noticias del Languedoc. El plan ideado por el monarca de Aragón para provocar la guerra parecía brillante, sin embargo Arnaldo Amalarico y sus espías lo descubrieron, y avisaron al vizconde. Simon de Montfort reaccionó y envió a Barcelona a un caballero franco que defendió la lealtad del vizconde y entregó una carta a Pedro II en la cual Montfort, su vasallo, le desafiaba. Declarándose desligado de su vasallaje y dispuesto a defenderse si era atacado por las tropas reales.

El rey de Aragón ya tenía lo que quería, una excusa para declarar la guerra a Simon de Montfort. Aquello, aunque esperado y deseado, no evitó la sorpresa de la población de Barcelona y de toda la Corona de Aragón. Los nobles de confianza de Pedro II iniciaron todo el proceso de movilización de sus mesnadas y de las huestes que participaron en Las Navas. Pero era en el consejo real donde se llevaban a cabo las decisiones más trascendentales.

—El rey francés puede ser un problema y es posible que acuda en defensa de la Cruzada —alertó Miguel de Luesia.

—Estás en lo cierto, la extensión de la soberanía de nuestro monarca como señor sobre un vasallo directo del rey de Francia, como lo es el conde de Tolosa, puede traernos problemas —confirmó Dalmau.

—No va a ser así. Para ello Pedro II ha propuesto a Felipe Augusto el matrimonio con su hija, la princesa Marie.

—Eso es imposible —espetó el noble catalán—, el rey ya tiene esposa, la reina María de Montpellier.

—Su alteza espera que el papa anule el matrimonio —contestó Miguel de Luesia.

—No creo que el sumo pontífice haga tal cosa. La posición de Francia es peligrosa. El heredero a la Corona intentó hace poco unirse a la Cruzada, ¿qué hubiera pasado entonces? —inquirió Dalmau, que se mostraba más nervioso y preocupado que el mayordomo real.

—No lo sabemos, por suerte Felipe Augusto inició una campaña contra el rey de Inglaterra Juan sin Tierra y el príncipe no vino al Languedoc —dijo con alivio Miguel de Luesia—: Francia no puede sostener una guerra en dos frentes, y por ahora le importa más el norte que sus alejados vasallos del sur.

»Por todo eso debemos aprovechar para derrotar cuanto antes a los cruzados y tomar el control del Languedoc. Antes de que el rey de Francia pueda intervenir abiertamente. Tenemos suerte que los Capeto y los Plantagenet estén envueltos en



una guerra interminable.

—Otro tema a tener en cuenta son las órdenes militares. —El noble catalán inspiró profundamente antes de continuar—: ¿Sabes que no podremos disponer de ellas?

—Fueron esenciales en Las Navas, su fuerza de choque es inigualable.

—E inevitable, jamás lucharán contra un ejército cruzado. Obedecen directamente al papa.

—Es algo que debemos asumir. Si logramos reunir a los veteranos de la campaña del pasado año seremos una fuerza temible aunque no contemos con los monjes guerreros. Además, ten en mente que en el Languedoc seremos recibidos como salvadores. Sus nobles, caballeros y milicianos se unirán en masa a nuestro ejército.

—¿De qué servirán? Llevan años huyendo de los cruzados. Yo no me haría ilusiones con la ayuda que podamos recibir del otro lado de los Pirineos. Como mucho del conde de Foix, pero de los tolosanos no espero demasiado —se lamentó el noble aragonés—. Debemos empezar cuanto antes a movilizar las huestes. Queda un largo camino que recorrer.

Fue necesario poner en marcha toda la maquinaria de guerra, para ello la comitiva real abandonó Barcelona y cabalgó hasta Zaragoza. Nada más entrar en la ciudad, el rey y sus consejeros asistieron a misa en la catedral de San Salvador, en cuyo interior iban a ser coronados siempre los futuros reyes de Aragón gracias a la diplomacia de Pedro II. Él había sido ungido y coronado en Roma e Inocencio III le honró con el regalo de las insignias reales y lo hospedó en la residencia de los canónigos de san Pedro. En la basílica de San Pedro del Vaticano, el rey depositó el cetro y la corona sobre el altar mayor y el papa le colocó la espada. Al año siguiente, el sumo pontífice le obsequió con que sus sucesores serían coronados en la catedral de Zaragoza por el arzobispo de Tarragona.

Tras la ceremonia religiosa salieron extramuros hasta llegar al palacio de la Aljafería, antigua morada de los reyes musulmanes del reino de taifa de Zaragoza, hoy reconvertida en palacio real. En la llamada torre del Trovador, Pedro II de Aragón convocó consejo real, al que acudieron los principales nobles de la Corona.

El rey necesitaba recursos económicos, para ello hizo llamar a los cambistas más importantes, hipotecó algunos de sus dominios, recaudó impuestos extraordinarios, exigió más rentas a monasterios y nobles. Las iglesias de sus dominios contribuyeron de manera amplia, a pesar de que el enemigo era un ejército de Dios. La recaudación fue de una enorme envergadura, debía serlo para movilizar una hueste lo suficientemente poderosa.

Después de la valiente y brillante actuación en Las Navas, Pedro II era mucho más que un soberano para su pueblo. La sola mención del nombre del rey cambiaba el rostro de sus súbditos, quienes narraban historias sobre sus hazañas en tierra almohade, de su valentía y arrojo en la batalla, cuando encabezó la carga victoriosa contra los infieles.

Ahora se preparaba para poner orden en el Languedoc. Todo Zaragoza clamaba a favor de que el monarca cruzara los Pirineos y reclamara la soberanía sobre aquellos condados. El rey era visto por el pueblo como valiente guerrero y un héroe cruzado. Él lo sabía, llevaba años buscando ese reconocimiento. Conocía la leyenda de sus ancestros, de Alfonso I el Batallador, que había cosechado victoria tras victoria hasta conseguir ampliar las fronteras del Reino de Aragón hasta límites nunca después conocidos. Él provenía de dos grandes estirpes: la legendaria y poderosa casa de Aragón, descendiente de los belicosos reyes pirenaicos, y la combativa y orgullosa casa ducal de Barcelona. Gracias al matrimonio con la reina había obtenido el señorío de Montpellier. Sin embargo, él deseaba mucho más. Y quería obtenerlo como Alfonso I el Batallador, con la ayuda de las armas.

Por fin habían encajado todas las piezas del entramado, por fin el plan tenía sentido, por fin había llegado la hora de los valientes. Sus más allegados lo sabían. Por eso se afanaban en terminar los preparativos en Zaragoza, Barcelona, Huesca, Tarragona y todas las ciudades y villas de la Corona. Debía organizar su ejército exactamente igual que hace un año. Cuando por estas mismas fechas salía hacia tierras almohades. Esta vez la dirección era la contraria y el enemigo también. Debía cruzar los Pirineos y marchar hacia Tolosa. Había obtenido el vasallaje de todos los condados, pero una ficha del tablero todavía no se había movido como él quería, y corría el peligro de afectar al resto del juego. Esa pieza era la reina.

Miguel de Luesia entró en el interior de la capilla del castillo-palacio de la Aljafería. Ordenó con un gesto de su mano derecha que los dos guardias que velaban por el rey abandonaran la sala religiosa. Estaba intranquilo y se frotaba las manos con insistencia.

—Tenemos un problema, alteza.

—Si solo fuera uno. —Pedro II estaba sosegado y confiado, todo lo contrario que su mayordomo real.

—Viene de Roma —advirtió en tono sepulcral el noble aragonés, muy propio del lugar donde se encontraban.

—Te escucho.

—Vuestro matrimonio con María de Montpellier. —El noble pensó sus palabras exactas—. Han llegado noticias de Roma. No son buenas: Inocencio III se niega a anularlo.

—Bastardo. —El rey apretó los puños—. ¿Cómo es posible tal cosa?

—La reina ha acudido a Roma para defender sus derechos y los de vuestro hijo frente a nuestras peticiones. Ha asegurado que secuestrasteis al infante para entregárselo a Montfort.

—María, María —repitió el monarca.

—Lleva varios meses allí. —El noble torció el gesto—. La cercanía al pontífice y su humildad han impactado profundamente a Inocencio III. Su presencia no ha sentado nada bien al concepto que el santo padre tiene de su alteza.

—Me está desprestigiando, ¡mi propia mujer!

—La reina declaró ante el papa que su padre la había amedrentado con amenazas de muerte para obligarla a casarse, contra su voluntad, con el conde de Comminges, con el que tenía lazos de parentesco, y no se había solicitado la dispensa necesaria a la Iglesia, ya que al parecer, Bernardo de Comminges continuaba casado con la hija del conde de Bigorre y se lo había ocultado a María.

—Eso no me importa, cuando concertamos mi boda ya sabíamos todos esos detalles, ¿qué me quieres decir exactamente?

—El papa no va anular vuestro matrimonio. —Miguel de Luesia mostró miedo en la mirada—. Porque nuestro argumento de que la reina estaba todavía casada con su anterior esposo no es válido. Roma ha anulado ese matrimonio, por tanto no hará lo mismo con el vuestro. —El noble aragonés cogió aire—. Todo lo contrario, al anular el matrimonio anterior no ha hecho sino confirmar el de su alteza con la reina. Inocencio III ha dictaminado que el matrimonio entre los reyes de Aragón es legítimo y os insta a recibir a María como vuestra legítima esposa y a evitar el repudio.

—¡Me niego! —gritó Pedro II enfurecido.

—Es vuestra decisión, alteza, pero debéis saber que hay más problemas con la reina.

—¿Más? —inquirió aturdido y llevándose la mano derecha a la frente—, ¿qué más? ¡Esta mujer va a poder conmigo!

—Su hermanastro Guillermo reclama para sí el señorío de Montpellier.

—Eso es diferente, ahora soy yo el señor de Montpellier y prometí dárselo, ya lo sabéis. Quiero que Montfort me devuelva al infante.

—Sí, lo sé. No obstante, deberíais de replantearos ese acuerdo, el hermanastro de la reina tiene pocas opciones de conseguir apoyo en Montpellier. Es fácil que la población se levante contra él y en tal caso podría declararse vasallo de Montfort o del rey de Francia. ¡No podemos perder Montpellier! —Miguel de Luesia se mostró energético y decidido—. Y además, en este asunto, aunque no lo desee directamente, la reina nos está ayudando y defiende vuestra soberanía sobre ese señorío. Aunque simplemente lo haga porque también le interesa a ella conservar sus derechos para el infante don Jaime.

—¿Y qué argumenta mi esposa sobre Montpellier?

—Que el matrimonio entre sus progenitores no fue anulado cuando su padre tomó a su segunda esposa, por tanto ella es la verdadera depositaria de los derechos sobre él —contestó el noble aragonés—. El papa ha sentenciado a favor de María, declarándola señora de Montpellier y reconociendo al infante Jaime como el legítimo heredero de las posesiones y señoríos de su madre.

—El sumo pontífice tiene en demasiada buena consideración a mi esposa, es peligroso. Espero que no afecte a mis planes.

Los días pasaron en Zaragoza, el monarca asistió a una misa en un pequeño templo, que no estaba todavía totalmente finalizado, cercano a la catedral y dedicado

a santa María del Pilar. Acudió interesado en contemplar la columna que se veneraba en su interior, que fue puesta por la Virgen María quien, viviendo aún en Jerusalén, se apareció en carne mortal al apóstol Santiago en ese mismo lugar. El apóstol rezó largo y tendido delante de ella y desde entonces el pilar donde se mostró la Virgen es un lugar de culto.

Pedro II sabía de la complejidad de obtener el apoyo del papa para sus objetivos. Así que oró en silencio delante de aquella columna. El monarca estaba dispuesto a todo para llevar a cabo su sueño. Era difícil, pero él era un rey y no uno cualquiera, era un monarca cruzado. Así que confiaba en que si bien el papa no había anulado su matrimonio, sí que finalmente obtendría la aprobación de Inocencio III para intervenir en el Languedoc.

En Zaragoza esperó noticias de Roma.

El rey, el obispo de Tarazona y varios nobles paseaban por el patio de la Aljafería, rodeado de grandiosos arcos lobulados. En su centro discurría una fuente de agua que regaba los árboles frutales que la rodeaban.

—¡La reina! ¡Alteza! —anunció el mayordomo real que irrumpió en el lugar.

Al percatarse de que el rey no estaba solo se arrodilló frente al prelado y besó su anillo, y permaneció postrado frente al monarca.

—Miguel de Luesia, ¿qué sucede para que entres aquí gritando de esta manera? —le recriminó Pedro II—. No es propio de vos.

—Tenéis razón, alteza. —Y se incorporó—. Pero las noticias no son buenas: la reina doña María murió ayer. El hecho no es todavía público, aunque nuestros espías en Roma han enviado un correo nada más descubrirlo.

—¡Dios mío! —El obispo de Tarazona no podía creer lo que oía—. Que Dios la acoja en el cielo.

Un revuelo se produjo entre los hombres de confianza de Pedro II, que le rodeaban en el patio del palacio.

—Dicen que... —continuó el mayordomo real.

—¿Qué? ¿Qué dicen? —le increpó el rey— ¡Cualquier cosa! A ver si se rumorea por las calles de Roma que yo he ordenado matar a la reina o alguna barbaridad así.

—Parece ser que ha muerto «en olor de santidad» —informó Miguel de Luesia para asombro de todos.

—Eso es imposible —pronunció el monarca impactado por las noticias.

—Ahora que estamos en lo más duro de la batalla diplomática contra Arnaldo Amalarico —se lamentó el obispo de Tarazona.

—Ha sido enterrada junto al sepulcro de santa Petronila —continuó explicando el mayordomo real ante la atención de todos los allí presentes.

—¿Y? —inquirió el monarca—. ¿Qué importa ese detalle? ¿Qué más dará dónde la han enterrado y junto a quién?

—Aseguran que hace milagros.

—Miguel de Luesia, ¿qué acabas de decir? —inquirió el monarca con las pupilas

dilatadas.

—Los enfermos van a su tumba y beben raspaduras de la piedra de su sepulcro disueltas en agua o en vino; y al parecer sanan.

—¡Dios bendito! —El obispo de Tarazona se santiguó.

—Eso no es posible. —El rey lanzó una mirada de odio al prelado—. ¿Cómo va a ser la reina una santa?

—No se habla de otra cosa en Roma —aseguró el mayordomo real, con el rostro compungido.

A pesar de las nuevas noticias, Pedro el Católico no modificó en absoluto su postura adoptada meses atrás. Ni siquiera cuando el día veintiuno de ese mismo mes recibió una carta con una clara advertencia de Inocencio III. El rey ya había tomado una firme decisión: defender a sus vasallos ultrapirenaicos y enfrentarse militarmente a la Cruzada si fuera necesario.

Era una arriesgada elección.

Desobedecer tan abiertamente el criterio del papa le exponía a la excomunión. A él, un rey coronado en Roma, cruzado y victorioso contra los infieles. Pedro II no tenía otra opción, era elegir entre la arriesgada protección de sus vasallos al otro lado de los Pirineos o la pérdida de influencia y poder en la región. Por lo que la exigencia de Inocencio III de apartar a la Corona de Aragón del conflicto no podía ser aceptada por el rey. Había jugado sus cartas desde hacía cuatro años, cuando se inició la Cruzada. Ahora no le importaba tanto la negativa del papa como entonces, muchas cosas habían cambiado.

Había conseguido su beneplácito hasta este mes de mayo y eso le bastaba. Era suficiente para haber paralizado la llegada de refuerzos al Languedoc, ayudado por la prioridad que estaba dando Inocencio III a la otra Cruzada que se preparaba en Tierra Santa. Todo ello había dejado a Montfort sin nuevos contingentes militares aquella primavera. La Cruzada del Languedoc caería en el olvido frente a la nueva predicación. Pedro II había bloqueado el goteo de refuerzos francos y reducido el potencial del ejército cruzado a su mínima expresión desde el inicio de la Cruzada. El hecho de que Inocencio III cambiara ahora de opinión no modificaba el triunfo estratégico logrado por el monarca de Aragón en vísperas de su salida hacia el Languedoc.

El ejército de Dios estaba solo.

—Una vez tomado el camino de las armas, no será suficiente combatir y derrotar a Simon de Montfort —comentó Miguel de Luesia, a solas con el rey.

—Lo sé. Enfrentarse a los cruzados es una acción prohibida por orden expresa de la Iglesia y, en consecuencia, contraria a Dios. Debemos obtener una victoria imposible de discutir. Hay que demostrar ante los ojos del mundo que la justicia y la razón están de nuestro lado, y, sobre todo, que Dios nos da su aprobación.

—¿Cómo haremos tal cosa, alteza? —inquirió el noble aragonés.

—De la única manera posible.

—¿Cuál?

—Aunque no os lo creáis, fue el Arnaldo Amalarico quien me dio, hace un año en Las Navas, la clave. La única manera de demostrar, con todas las garantías, que Dios está de nuestro lado es una batalla campal. Su desenlace será el veredicto de un juicio de Dios.

—Difícil. —Miguel de Luesia apretó los dientes—. Pero acertado. Sería la manera de refutar las acusaciones de herejía y reivindicar la pertenencia de esas tierras a la Corona de Aragón.

—Ahora necesitamos que el pez muerda el anzuelo. —El monarca sonrió.

La comitiva real permaneció en Zaragoza algunas semanas más. Había intención de viajar lo antes posible a Huesca, aunque no antes de recibir nuevas de Roma. En esa época de nerviosismo y esperas, cualquier pequeño hecho podía precipitar los acontecimientos de forma imprevisible.

**Cerca de Tolosa, mayo de 1213**

Hizo resbalar su escudo por el tiracol dejándolo a su espalda. Le gustaba cabalgar de esa manera. Fue al trote hasta el río y revisó las dos orillas. Un tenue hilo de humo blanco anunciaba las hogueras del campamento. Isabel continuó hasta la explanada, desmontó y caminó guiando su caballo hasta el viejo castillo. Llevaba una loriga que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y la cimitarra bien envainada.

Una veintena de hombres trabajaban para recuperar la fortaleza y devolverla a su aspecto de antaño. Canteros y albañiles laboraban sin descanso. Los cimientos de los muros estaban siendo reforzados y se habían levantado varios metros más de altura en la muralla. Ahora la estaban coronando con merlones rectangulares, dotándola de almenas para una mejor defensa en caso de ataque.

Tiró de las riendas de su caballo, que resbaló suavemente sobre la tierra seca y avanzó hacia el acceso al recinto amurallado.

Había elegido a un viejo cantero como maestro de obras, que realizó un espléndido trabajo, recuperando la antigua muralla, la puerta principal, reforzando los cimientos de la torre, reparando sus forjados y haciendo accesible la terraza. También le había pedido que tallara en piedra una cruz como la que la Loba le había entregado en Cabaret y que los hombres habían tomado como distintivo de su pequeño ejército.

—Buen trabajo, ya es hora de descansar —sugirió Isabel, que llevaba siempre su rostro oculto—, ¿no creéis?

—Mi señor, las obras marchan según lo previsto. Pronto el castillo recuperará su estructura original. Incluso creo que no me equivoco si os aseguro que será una fortaleza mucho mejor que la primitiva.

Los hombres, cansados y orgullosos de sus progresos, la obedecieron y detuvieron sus tareas. Cerca del portón de entrada varias mujeres y niños se esforzaban en preparar la comida a los obreros. Había una gran olla de caldo que fueron sirviendo en escudillas con rebanadas de pan de centeno. También disponían de algo de queso y vino aguado que habían obtenido al asaltar una compañía de aprovisionamiento cruzada hacía dos jornadas.

Isabel había conseguido reunir un grupo de buenos hombres y algunos *faidits* que, aunque al principio no compartían su fe, habían terminado aceptándola. Se habían convertido en una pequeña comunidad que se refugiaba en las ruinas del viejo castillo, cada vez en mejores condiciones. Habían formado un pequeño ejército que asaltaba a los cruzados y protegía a las gentes de la zona. Ya habían realizado más de una docena de incursiones frente a compañías de reconocimiento y de avituallamiento cruzadas; en todas habían salido victoriosos. Sabía que su fama se estaba extendiendo y cada vez más voluntarios venían a unirse a su tropa. La gente de los pueblos

cercanos también les daba comida y materiales, y en secreto habían empezado la recuperación del castillo, para poder refugiarse en caso de un posible ataque de los cruzados.

Cuando estaba terminando de comer, uno de los vigías del campamento —pequeño, enjuto y con los rasgos agresivos—, llegó con un prisionero al que hacía avanzar mientras lo increpaba con la punta de su lanza.

—¿Qué sucede? —le interrogó de inmediato Isabel.

—Un extraño, dice que no es cruzado —respondió con la respiración entrecortada el *faidit*—, pero no me fío. Andaba husmeando por el puente.

Isabel desenvainó su espada con tranquilidad. Acarició la bigotera y acercó el filo al cuello del inesperado visitante.

—Habla.

—Me llamo Miraval, noble caballero enmascarado.

—¿Y qué haces aquí? —interrogó Isabel.

—Huyo de Tolosa.

—¿Por qué haces tal cosa? —inquirió la dama cántara acercando la punta de su espada a la nuez del prisionero.

—Soy trovador —respondió Miraval—, no somos muy admirados por el obispo Fulco. —Levantó la mano y mostró unas profundas heridas en las muñecas—. Perdonad mi atrevimiento, pero no es habitual hablar con un caballero sin rostro. —E intentó separar la espada pescuezo, sin éxito—. ¿O acaso ocultáis algo?

—Poco hay en Tolosa para un trovador, la ciudad está rodeada. —Isabel bajó la espada—. Por lo que o eres un mentiroso o un estúpido, ¿cuál de las dos cosas?

El trovador cogió el fardo que llevaba consigo y lo abrió mostrando sus escasas pertenencias.

—Es todo lo que tengo. No busqué más que la manera de sobrevivir en estos tiempos difíciles. Igual que vos, supongo.

—¿Qué quieres decir?

—Imagino que pretendéis atacar a los cruzados. Yo los conozco, durante mucho tiempo los espí. Estoy familiarizado con sus costumbres, sus rutas y puedo adelantarme a sus movimientos.

—O sea que eres un trovador cruzado: un traidor.

—No, yo servía a mi señor.

—¿Y quién era? Si puede saberse —musitó la mujer, que seguía ocultando su rostro.

—No sería inteligente decíroslo.

Isabel acercó la punta de la cimitarra a la entrepierna del trovador.

—El arzobispo de Narbona.

—¿Arnaldo Amalarico? Ese demonio, ¡os mataré aquí mismo!

—¡No! Él no. —Miraval levantó las manos en un esfuerzo inútil por defenderse—. El anterior arzobispo.



—¿Berenguer?

—Sí —respiró aliviado.

—Entiendo. —Isabel bajó su arma—. Y dime, ¿qué más hacías para el arzobispo?

—Viajaba por las cortes del Languedoc, frecuentaba posadas y burdeles, puertos y pueblos. Cualquier lugar donde poder obtener información.

—¿Qué clase de información?

—De todo tipo, Berenguer quería estar siempre informado de lo que pasaba en las cortes de los condados, en los mercados, en las iglesias y hasta en las casas cátaras.

—¿No buscaba nada en particular?

—Que yo sepa no, bueno, a decir verdad estaba obsesionado con los libros.

Isabel se quedó atónita al oír las palabras del trovador.

—¿De qué tipo?

—Especialmente antiguos, traducciones de textos griegos o latinos, o incluso los originales.

—Ven. —Isabel avanzó hasta la torre del homenaje, subió con ayuda de una escalera de mano hasta la puerta de acceso, que estaba a la altura del segundo piso.

Miraval la acompañó, mientras que el hombre que le había capturado le seguía vigilante. Una vez dentro de la torre, Isabel continuó por otra escalera, esta vez de madera, hasta el tercer piso. Cuando accedieron a él, la joven caminó hasta un extremo, donde había un arca. La abrió e hizo un gesto para que el trovador se acercara.

—Mira estos libros. —Isabel le aproximó uno de ellos.

Miraval lo cogió, era un códice de reducido tamaño, lo ojeó y volvió a depositarlo en el arca. A continuación, extrajo uno más voluminoso, examinó las primeras páginas y lo devolvió al mismo lugar. Repitió la acción con otro más pesado y con un par de manuscritos enrollados.

—Parece que son todos textos del Nuevo Testamento.

—¿Nada más?

—Creo que no, están escritos en lengua de oc. Algo bastante inusual. La Iglesia no lo permite, deben estar siempre en latín, no admite las traducciones de las Santas Escrituras.

—Así es. —Isabel permaneció a la expectativa.

—Por tanto no son libros católicos, sino cátaros.

—Se los requisamos a unos monjes que los transportaban ocultos en un carruaje y que dieron su vida por ellos, quiero saber por qué. ¿Qué tienen de especial?

—Roma no quiere que gentes no instruidas puedan leer la Biblia. Los cátaros sí, por esa razón se esfuerzan en traducirla a la lengua de oc.

—Ya me imaginaba algo parecido. Si el pueblo pudiera leer el Nuevo Testamento se daría cuenta de las mentiras de la Iglesia.

—Eso no es tan fácil, ningún campesino sabe leer, y en las ciudades tampoco cambia la cosa mucho. El conocimiento es poder, y hasta ahora, ese poder siempre ha

estado en manos del clero.

—¿Qué sabes del *Libro de los dos principios*? —preguntó Isabel de forma directa y repentina.

Aquella pregunta sorprendió al trovador, que tragó saliva y evaluó la situación antes de hablar. Sus músculos se tensaron y su pulso se aceleró hasta tal punto que su pierna derecha tembló ligeramente.

—Lo conozco —respondió con toda la firmeza que reunió—. Berenguer estaba ansioso por encontrarlo. Yo mismo fui a Foix y a la Montaña Negra en su búsqueda.

—¿A Foix? —inquirió interesada la dama cántara.

—Sí, conocí al conde y a su mujer.

—Ahora te recuerdo —pensó en voz alta Isabel.

—¡Cómo! ¿Sois de Foix? —dedujo con habilidad el trovador—; claro ese acento solo puede ser de las montañas.

—¡Silencio! —ordenó enojada—. ¿Qué sabes del libro?

—No lo buscábamos solo nosotros. —Miraval miró con detenimiento al caballero—. Vuestra voz es muy suave.

—¿Quién más lo buscaba? —cortó la dama.

—El legado papal, por supuesto: Arnaldo Amalarico.

—¿Lo encontró?

—Nunca lo supimos exactamente, al parecer asaltó la casa del perfecto de Foix.

—¿Antoine? —interrumpió Isabel indignada.

—Sí, veo que lo conocíais. —El trovador empezó a usar su mejor arma: la lengua—. Mandó a uno de sus hombres a por él. Tengo entendido que acabó con la vida del perfecto, pero no encontró el libro.

—¡Mató a Antoine! —Las pupilas de Isabel brillaron, y por mucho que lo intentó, no pudo ocultar su dolor—. ¿Dónde está el libro?

—Recibimos informaciones que lo situaban en Carcasona antes de la toma de esa ciudad por los cruzados. Creíamos que fue llevado a la Montaña Negra, pero no fue así. Alguien consiguió ponerlo a salvo en Minerve.

—Esa ciudad está en manos de Montfort.

—Así es. Al parecer, poco antes de caer, una pareja consiguió escapar nuevamente con él.

—Una pareja —musitó sorprendida la dama—, ¿a dónde se dirigieron?

—No estoy seguro, Berenguer creía que se habían ocultado en algún lugar aislado, porque ya no supimos más ni de ellos ni del libro.

—¿No me estarás mintiendo? —Isabel volvió a levantar su espada y a acercarla al cuello del trovador.

—Os lo juro. No ganaría nada engañándoos, Berenguer está muerto, no tengo por qué protegerle. Y no les debo nada a los cruzados, creedme. —Y le enseñó de nuevo las cicatrices de sus brazos.

—¿Te han torturado?

—Así es, el obispo Fulco. Al igual que vosotros, él también busca ese libro.

—¿Por qué? ¿Para qué quería el arzobispo Berenguer el *Libro de los dos principios*? ¿Y por qué lo quiere ahora la Iglesia?

—¿Para qué pensáis? —el trovador soltó su lengua—: Es fácil, para atacar con él a Roma. Si el papa intentaba desviar la Cruzada hacia Narbona, Berenguer haría público el libro al conjunto de la cristiandad y todos conocerían sus enseñanzas. Inocencio III sabía perfectamente el peligro que tenían esos textos. Con ayuda del libro el catarismo podría expandirse entre todos los cristianos —aseguró Miraval con un tono muy teatral—. Pero el libro se perdió y, casualmente, Berenguer murió.

—Entiendo. —Isabel cerró el arca y abandonó la estancia. Volvió a salir al patio de armas de la fortaleza, seguida del trovador y su vigilante. Sin decir palabra, continuó hasta su caballo. Se incorporó sobre los estribos y giró a medias su cuerpo sobre la montura—. Matadlo.

—¿Cómo? —El trovador se arrodilló pidiendo clemencia—. No podéis hacer eso, ¡os he dicho la verdad!

—Estamos en guerra. Puedo hacer esto y mucho más.

Dos de los obreros de la muralla se acercaron al trovador. El más fuerte de ellos lo agarró de los brazos y se los dobló contra la espalda.

—¡Soltadme! ¿Qué vais a hacer? —Miraval intentó zafarse sin éxito—. ¡Estáis locos!

—No me fío de ti, vendes al mejor postor, y ese siempre va a ser la Iglesia —afirmó de forma impasible.

Lo empujaron hacia delante, cayendo con la nuca descubierta a los pies del primero de los obreros. El segundo llevaba un hacha de cortar madera, la levantó por encima de su cabeza y la dejó caer con fuerza.

Fue un golpe seco y certero.

**Huesca, agosto de 1213**

El ejército real dirigido por el pendón de la casa de Aragón con sus cuatro barras de gules sobre campo dorado dejó la ciudad de Huesca dirección Lascuarre. Desde allí siguió por el valle del río Esera, pasando por Graus y Roda de Isábena, donde se detuvo para que Pedro II y sus hombres de confianza oraran en su catedral. Después acamparon en las praderas cercanas al pico de la Maladeta. Esta era una ruta antigua que comunicaba rápidamente con Tolosa y el valle del Garona. Cruzaron los Pirineos por Benasque, con cierta dificultad para los carros y las caballerizas.

Habían llegado noticias de la toma del castillo de Pujol, al este de Tolosa, por el ejército aliado, formado por tolosanos, montañeses de Foix y gentes de los condados de Comminges y Bearn. Desde esta pequeña fortaleza, tomada en mayo de ese mismo año por los cruzados, los hombres de Montfort habían intentado impedir las labores de recolección y recogida de alimentos de los tolosanos. El tiempo de la cosecha se acababa, con muchas de las tierras destruidas y el comercio exterior bloqueado desde finales del año pasado, por ello se había convertido en imprescindible asegurar el abastecimiento de la población. Ya en el otro lado de las montañas, el ejército real marchó a través de una antigua calzada romana.

—¿Cuál es la primera plaza cruzada que vamos a encontrarnos? —preguntó Pedro II a su mayordomo real.

—Muret pertenecía al condado de Comminges, pero cayó en manos cruzadas en septiembre del año pasado. Desde esa fecha, la villa se había convertido en la posición más importante del bloqueo que está sufriendo Tolosa —respondió Miguel de Luesia con prontitud—. Montfort ha situado allí la base de sus operaciones contra la capital tolosana.

—¿Creéis que acudirá a socorrerla?

—¡En tan poco tiempo! Veo difícil que pueda acometer tal empresa. Cuando nos unamos con los tolosanos y los condes de Foix y Comminges los superaremos ampliamente en número, y Muret ni es una plaza tan importante ni está bien preparada para resistir un sitio. Además, si tomamos la iniciativa y la asediamos, Montfort y su ejército nunca podrían entrar en ella. Prepararíamos emboscadas en las cercanías para hostigarlos hasta que se retiraran.

—Nada de eso, quiero que Montfort entre en Muret con todos sus hombres.

—Así se hará. —Miguel de Luesia no quiso contradecir a su monarca, aunque en realidad no compartía aquella estrategia.

El rey comandaba la comitiva real cuando divisaron la confluencia de los ríos Garona y Loja. En ese lugar, protegido por ambas lenguas de agua, se levantaba Muret. Situada en un espacio triangular, con un castillo edificado en una pequeña isla

en el cruce de los dos ríos, unido a tierra firme y a la ciudad a través de puentes levadizos de madera.

—Está encajonada entre dos ríos, uno de ellos muy caudaloso. —El monarca miraba preocupado el escenario que se abría ante sus ojos—. Delante de la villa hay una amplia llanura —comentó examinando las defensas de la ciudad con sus más allegados.

—Un campo de batalla idóneo para un combate frontal de caballería pesada —comentó Miguel de Luesia—, Muret será sitiada de inmediato.

—No tan rápido, quiero más información, enviad exploradores y preguntad al conde de Comminges sobre cualquier detalle que pueda ser relevante, al fin y al cabo, esta plaza le pertenecía. Quiero conocerlo todo sobre ella.

Muret no estaba tan mal defendida como se creía. Sus murallas formaban un triángulo con sus lados mayores protegidos por los dos ríos, en el vértice de ambos se situaba la ciudad vieja. Una ciudadela bien fortificada, separada de la ciudad nueva por una gruesa muralla. Esta parte de Muret estaba comunicada con el castillo. Una fortificación edificada en un islote, construida en ladrillo rojo y sillar. Contaba con cinco recias torres, de las cuales destacaba la torre de la Loja de más de cuarenta y ocho varas<sup>[2]</sup> de altura y dos puentes de madera. Atacar por la zona del castillo no era lo más aconsejable, ya que había que cruzar primero el canal y su puente, tomar la fortaleza y después el puente levadizo que lo unía con la ciudad vieja.

El flanco este se encontraba protegido por el río Garona, amplio y profundo. Un ataque por él implicaba irremediablemente la toma del puente de madera y de su puerta, defendida por una barbacana, por lo que era tan inaccesible como hacerlo por el castillo.

Los lados más factibles de tomar eran el norte y el oeste. El oeste daba al río Loja, no era tan caudaloso y sí bastante menos ancho que el Garona. Contaba con una amplia entrada, la puerta de Tolosa, que disponía también de una barbacana para defender el puente. Pero si esta caía, se cedía fácilmente a la puerta de acceso. No obstante, el flanco más débil era el lado corto del triángulo, el que daba al norte, donde existía una planicie entre el río Loja y el Garona, espacio suficiente para formar la infantería y el avance de las armas de asedio. Por ello era la zona mejor fortificada de la ciudad, con la muralla más robusta y mayor número de torres. Además contaba con un foso seco y en ella se encontraba la puerta de Salas, bien defendida, la cual se abría girando a la izquierda y a través de una estrecha y alargada pendiente, flanqueada por el Garona y la muralla.

El día 10 de septiembre el ejército aliado se reunió por primera vez al completo. Los jefes militares de las milicias tolosanas, junto con las tropas condales de Tolosa, Foix y Comminges se unieron a las tropas reales en las cercanías de Muret. El grueso del ejército de los condados del Languedoc llegó a pie después de tres horas de camino. Los suministros y las máquinas de asedio tardaron el doble, una parte importante de ellas arribó en barcazas que remontaron el Garona. Una vez

desembarcada la carga, fue llevada al campamento, establecido al oeste de Muret.

Pedro II de Aragón disponía de unos catorce mil hombres a sus órdenes: ochocientos caballeros del Reino de Aragón y el condado de Barcelona, mil quinientos jinetes del Languedoc y más de diez mil peones de infantería, en su mayoría milicias ciudadanas de Tolosa, Montauban y sus alrededores. Faltaba por llegar un contingente catalán de unos doscientos caballeros y cuatrocientos jinetes, a las órdenes de su primo Nunyo Sanç y Guillem de Montcada. Así que las órdenes de Pedro II obligaban a esperar a los refuerzos catalanes. Era importante contar con esa caballería pesada, la mayoría de ella formada por veteranos de Las Navas.

Muret durmió en calma aquella noche rodeado de enemigos.

Con las primeras luces del día se desató la tempestad. Las milicias tolosanas y los *faidits* que se habían unido al ejército de Pedro II se lanzaron a la conquista de Muret por iniciativa propia. Las campanas de las iglesias de Sant Jaume y Sant Serni repicaron sin descanso alertando a la población. Los miles de infantes, apoyados por catapultas y otras armas de asedio, alcanzaron rápidamente la muralla de la ciudad. Los defensores eran escasos, una treintena de caballeros y setecientos peones. No pudieron contener el ímpetu de los asaltantes y se refugiaron en la ciudadela, dejando que los tolosanos tomaran la parte más débil de Muret. Cuando las milicias de Tolosa se disponían a asaltarla, el rey de Aragón ordenó suspender el ataque y proceder a la retirada.

—¡Por Dios! ¿Cómo habéis ordenado detener el ataque? —El conde de Tolosa entró prendido de rencor y orgullo en el pabellón del rey de Aragón.

—Era lo mejor.

—¿Para quién? Los teníamos, el castillo y la ciudadela hubieran caído hoy mismo.

—Conde, admiro el valor de vuestras milicias, pero no he cruzado los Pirineos para conquistar una plaza insignificante. Lo fundamental es acabar con Montfort y todo su ejército cruzado. De lo contrario la guerra se alargará demasiado y eso juega en nuestra contra. Por eso debemos esperar y dejar entrar a Montfort y sus caballeros en Muret.

—¿Cómo? Eso es una locura. —El conde movía las manos sin cesar, su rostro estaba rojo de ira y sus palabras sonaban amenazantes.

—Medid vuestras palabras, conde, recordad que me jurasteis obediencia.

—Lo lamento, alteza. —El tolosano miró a su alrededor y luego al emblema de la casa de Aragón que portaba el rey en su loriga y se mordió la lengua.

—Es una posición indefendible, combatirán en las peores condiciones posibles —explicaba con paciencia Pedro II a su vasallo tolosano—: Muret es solo el cebo de una trampa.

\*\*\*

A una jornada de allí, Montfort había reunido una fuerza de socorro llamando a la mayoría de sus caballeros y peones dispersos en sus castillos y villas. Todos

experimentados guerreros, fieles y valientes. Entre ellos estaban Hugh y Martín. Era primordial decidir un plan de ataque, por ello Montfort organizó un consejo de guerra esa misma noche, al que acudieron sus hombres de confianza. La cuestión era sencilla: acudir al socorro de Muret o no.

—Está siendo asediada y no resistirá mucho —informó en tono alarmante Guy de Montfort, hermano del vizconde—, su guarnición es escasa.

—Lo sé, por ello debemos llegar lo antes posible. —Simon de Montfort parecía el más sereno de todos los presentes.

—No nos dejarán entrar en la ciudad —advirtió Pierre, que anotaba en su crónica todo lo que sucedía.

—Es posible, pero debemos acudir. No podemos permitir que la plaza caiga. Ya perdimos el castillo de Pujol. Si cae Muret todos nuestros territorios podrían levantarse en armas animados por el avance del rey de Aragón. Debemos detenerlo en Muret, es la única opción.

—Sus tropas son holgadamente superiores a las nuestras —recalcó Guy de Montfort.

—Ningún ejército es superior al de Cristo —Arnaldo Amalarico entró en la reunión militar—. Recordad que sois cruzados. Pedro II de Aragón no solo lucha contra hombres, también lo está haciendo contra la Iglesia, ¡y lo pagará!

—El arzobispo tiene razón —añadió el vizconde—, mañana partiremos hacia Muret y entraremos en la ciudad, cueste lo que cueste.

Con las primeras luces del alba los refuerzos cruzados salieron de inmediato y marcharon camino de Muret. Antes de alcanzar el curso del Garona llegaron a la abadía cisterciense de Boulbonne, el vizconde entró en su iglesia con la intención de orar y encomendarse a Dios antes de la batalla. Allí permaneció, arrodillado, ante la impaciencia de sus capitanes y el asombro de su sobrino Pierre, que le seguía para tomar notas para su crónica.

Rezó largo tiempo hasta que se incorporó, sacó la espada de su cinto y la depositó en el altar del templo, para sorpresa de todos los presentes.

—Oh, buen Señor, oh, dulce Jesús. Tú me has elegido, pero soy indigno para liderar tus ejércitos. De tu altar recibo hoy el arma para que en el momento de librar tus batallas, yo reciba de ti los instrumentos del combate.

El acto impresionó a todos los cruzados, que si tenían alguna duda sobre la fe de su líder, quedó a todas luces despejada en aquella abadía. Continuaron el trayecto, llegando antes del atardecer a Saverdun. Estaban ya cerca de Muret y todos esperaban que el rey de Aragón pudiera salir a su encuentro para impedirles llegar a socorrer la ciudad asediada. Tanto es así que Montfort mandó redactar su testamento a Pierre y ordenó enviarlo a Roma. Sin embargo, no hubo batalla aquella noche ni a la mañana siguiente.

Antes de salir con el nuevo día, celebraron misa en honor a la Virgen María. Durante la ceremonia, el arzobispo de Narbona animó a los cruzados.

—Vos defendéis la causa de Dios y de la fe, mientras que los otros marchan al revés y están trabados por las ataduras de la excomuni3n.

Continuaron por la orilla del Ariège, próximos a los montes de Terrefort, un territorio peligroso, presto a las emboscadas. Muchos pensaban precisamente en eso, los herejes y el rey de Aragón los dejaban avanzar sin oposici3n porque estaban preparando una emboscada, si no ¿por qué les permitían aproximarse tanto a Muret?

—Esto no me gusta —murmuró Hugh.

—¿El qué? —Martín no quitaba ojo de los árboles que flanqueaban el camino.

—El silencio, no se oye nada.

—Menuda tontería, ¿qué más dará eso?

—Es un mal síntoma, los aragoneses tienen que hallarse cerca, seguro que nos espera alguna trampa. —Y el normando se detuvo al creer oír algo, fue solo una falsa alarma.

—Estamos preparados.

—Nunca se está preparado para eso —le advirtió Hugh.

—Mira allí, una iglesia. —Señaló con su brazo Martín.

—La veo. —El normando alzó la vista—. Y hacia ella van Montfort y los suyos. —Alegró el rostro—. Eso significa que el lugar es seguro.

—Va a rezar —dijo sorprendido el joven—, no lo entiendo.

—No estoy seguro, pero es de imaginar que vaya a orar, ¿a qué va a ir a una iglesia?

—Deberíamos rezar menos y luchar más —murmuró malhumorado el aragonés—. Ya empiezo a estar cansado de tanto cura.

—No digas eso, somos el ejército de Dios. Necesitamos su ayuda.

Martín refunfuñó.

—Ya me darás la razón cuando luchemos en el campo de batalla y rodeados de enemigos te encomiendes a Dios.

—Tienes razón —confesó Martín—, pero si nos paramos en cada iglesia no arribaremos nunca a Muret.

—No es eso lo que a mí me preocupa, sino ¿por qué nos dejan avanzar? —preguntó Hugh con un gesto extraño en su rostro—. ¿Por qué no nos atacan?

—Es posible que no sean tan numerosos como dicen —comentó Martín poco convencido de sus propias palabras—, ¿de verdad crees que el mismo rey de Aragón en persona ha cruzado los Pirineos para enfrentarse a nosotros? Él es católico, ¿no tiene sentido! ¿No?

—Eso lo ignoro, no soy rey. Pero no me gusta esta situaci3n, ya te lo he dicho: traman algo.

Llegaron a un paso estrecho en el cauce del río Lèze, una zona frondosa, húmeda y baja. Ideal para ser atacados. No había otro lugar para atravesarlo. Así que, con mucho temor, avanzaron. Para su sorpresa, allí tampoco pasó nada. Por fin los cruzados alcanzaron la orilla del Garona y desde allí divisaron las murallas rojas de



Muret y una multitud multicolor que las rodeaba. Parecían más numerosos que los granos de la arena del mar.

—Nos impedirán llegar hasta la ciudad —masculló Hugh, después escupió en el suelo—, son demasiados.

—Debemos cruzar el Garona y atacar de inmediato, antes de que estén preparados.

—Es tarde, pronto anochecerá —dijo Hugh señalando al cielo, que se oscurecía por momentos—. Los caballos están cansados, yo mismo lo estoy. Llevamos tres días de marcha. Ellos están frescos, es mejor esperar.

—¿Esperar?

—Sí, Montfort mandará mensajeros para intentar un acuerdo.

—¿Cómo que un acuerdo? Son herejes, hay que matarlos.

—Tranquilo, hay que enviarlos para ganar tiempo, nada más. Después de venir hasta aquí no pienso irme sin cortar la cabeza de alguno de esos hijos del diablo.

Hugh tenía razón, Montfort y el legado papal dispusieron varios emisarios. Aunque de nada sirvieron las negociaciones y la noche cayó sobre los dos ejércitos.

Al día siguiente el ejército cruzado se levantó en silencio. Varias compañías de sargentos despertaban con sigilo a los soldados.

—¿Qué ocurre? —Bostezó Hugh.

—Nos movemos —respondió Martín que ya vestía la cota de malla y buscaba su sobrevesta.

—No he oído las trompetas.

—Ni las oirás. Quieren que no hagamos ruido. —Se terminó de colocar el cinturón—. Vamos a marchar por sorpresa.

—Haber empezado por ahí. —El normando casi se cae al intentar incorporarse de inmediato.

—Cuidado.

—Esta será la única vez que hinque la rodilla en el suelo, te lo aseguro.

Formaron de inmediato, con un orden y una destreza digna de admiración. Eran poco más de mil jinetes, pero respondían ante una sola voz. Como una serpiente de brillantes escamas, la caballería cruzada se movió ágil y decidida hacia Muret.

—El puente —advirtió Hugh—, nos estarán esperando. Ponte en guardia, muchacho, no nos será fácil cruzarlo.

Entonces sonaron las trompetas, las gaitas y los tambores. Los clérigos entonaron un cántico religioso y los jinetes se apresuraron en marcar adecuadamente el paso. Parecía un desfile militar más que un ejército que marchaba a una más que probable derrota.

—No veo defensores en el puente —carraspeó Martín.

—Estarán escondidos.

No fue así. Los cruzados cruzaron el puente sobre el Garona sin que nadie se lo impidiera. El río resplandecía como si fuera de cristal, los yelmos y las espadas

relucían como nunca. Fue una marcha emocionante, los soldados de Cristo bajo el sonido de los cánticos de los sacerdotes y las campanas de las iglesias de Muret, con el estandarte del león plateado sobre fondo rojo de Montfort. La llegada impresionó incluso a los aliados.

Entraron por la puerta de Salas, atravesaron el mercado y llegaron a la ciudadela. Rodeados de los vítores de los sitiados. Para los defensores aquello era una luz de esperanza.

Montfort, tras conversar con sus oficiales y curtidos y veteranos caballeros, se reunió con los preladados. Solicitándoles permiso para entablar batalla al día siguiente. Los eclesiásticos se pronunciaron de modo afirmativo. Disponía de más de mil caballeros y hombres a caballo, y otros dos mil infantes y arqueros. Al no haber recibido los acostumbrados refuerzos de primavera, no contaba con un contingente tan numeroso como el de los años anteriores. Para poder socorrer Muret había tenido que recurrir a las guarniciones de todas sus fortalezas, dejando solo una fuerza mínima en cada una de ellas.

Sin embargo, el ejército cruzado era mucho más que simples números. Tenía algo que el rey aragonés no podía poseer: fe. Por ello no se descuidaron las ceremonias religiosas, sino todo lo contrario. Montfort convocó a los obispos de Tolosa, Carcasona, Nîmes, Uzes y Béziers; a los abades de Clairac, Vilamagna y Saint-Thibéry y al legado papal y arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico.

Después de mucho debatir, los obispos decidieron enviar una embajada de dos sacerdotes al campamento aragonés. Los emisarios salieron al alba de la villa de Muret y lo hicieron descalzos, en señal de humildad. El rey se negó a recibirlos. A lo largo de aquellas horas, los obispos enviaron hasta tres embajadas más, sin ningún resultado satisfactorio.

El vizconde se retiró a sus aposentos y pasó la noche en vigilia, orando. La batalla era inevitable.

## En un aislado rincón cerca de los Pirineos, junio de 1213

La fiebre tardó en bajar y Sébastien estuvo dos semanas en cama. La tos duró varios días más, pero con los cuidados de Denis, el pastor, y su infinita paciencia, el joven franco mejoró y fue reponiéndose de la fiebre.

Una vez recuperado, permaneció ayudando a Denis, con quien se sentía en deuda. La cerca del establo se encontraba en mal estado y la reparó antes de proseguir su camino. Además, permanecer junto al pastor le daba la ventaja de pasar desapercibido para los cruzados. Los pocos visitantes que se acercaban por allí, lo tomaban por su hijo. El único peligro era la proximidad a Puivert y las incursiones de sus patrullas.

—Sébastien, ya llevas aquí casi dos meses, estoy contento de tenerte conmigo, pero cuando nos encontramos recuerdo que viajabas al sur, al otro lado de los Pirineos, y parecías tener mucho interés por llegar allí —comentó el pastor al calor el fuego de la cocina—, ¿ya no es así?

—Sí, pero me gusta tu compañía, Denis —respondió el franco con una sonrisa.

El pastor rio y abrió todo lo que pudo sus diminutos ojos.

—¿Qué ocurre? Estás disgustado conmigo, ¿no trabajo bien?

—Por supuesto que sí —replicó Denis—, me has ayudado mucho, yo diría que demasiado. Pero aunque no lo dices, yo sé que ocultas algo.

—¿Por qué dices tal cosa? Si yo no poseo nada, ¿qué voy a esconder?

—Nunca te acercas demasiado al castillo de Puivert, me he dado cuenta.

—¡Qué tontería! Claro que lo hago.

—No, cuando pasamos a poca distancia con el ganado siempre buscas una excusa para alejarte.

—Eso será porque tengo miedo de la dama del lago, tú me contaste su leyenda. La princesa que aparece en lo alto del castillo —afirmó Sébastien con un tono jocosos.

—¿Y tu libro?

—¡Mi libro! —El rostro del franco varió y su anterior alegría se disipó—. ¿Qué pasa con él?

—Lo tienes escondido en tu jergón y cuando salimos lo llevas siempre contigo. Yo no sé leer, pero sí me doy cuenta de lo que piensan y cómo actúan las personas: tú lo guardas como si fuera un tesoro —afirmó Denis con voz pausada.

—Es un recuerdo, me lo entregó una mujer que murió en mis brazos.

—No pretendo que me des explicaciones si no quieres, solo deseo prevenirte que los cruzados se están moviendo y que si te buscan, este lugar ya no es seguro —las palabras de Denis sonaron sinceras.

—Lo sé, debo irme, ¿verdad?

—Me temo que sí. Los soldados de Puivert llegan cada vez más lejos, cualquier día entrarán aquí y lo registrarán todo.

Sébastien miró con ternura al pastor. No solo le había dado cobijo y le había curado durante la enfermedad, además le alertaba del peligro.

—Gracias, Denis.

—No tienes que dárme las, coge lo que necesites y parte cuanto antes. El invierno ya se ha ido y podrás moverte bien en las montañas. —El viejo pastor sonrió.

A la mañana siguiente Sébastien llenó su zurrón de queso, pan y agua. Además de un cuchillo, un trozo pequeño de hierro y, por supuesto, el libro. Denis le entregó una garnacha para que se abrigara. Era una prenda cerrada con capucha, muy útil para usar en los viajes. No tenía mangas, pero las aberturas para los brazos estaban ceñidas al contorno de la axila y para protegerse del frío estaba forrada interiormente con piel de conejo.

Se despidió con tristeza de Denis, quien le indicó el camino hacia los pasos menos transitados de los Pirineos. Se fundieron en un intenso abrazo, se despidió del fiel guardián del ganado que ladraba sin cesar y se marchó con amargura.

Durante los primeros días tuvo mucho cuidado de no ser descubierto por alguna patrulla cruzada. Cuando alcanzó terreno más montañoso se relajó y su preocupación pasaron a ser los lobos y otros animales salvajes.

Sébastien avanzaba con dificultad por aquellos senderos, el terreno era pedregoso y abrupto. Al menos la temperatura era agradable para la época del año. Se imaginaba que el invierno tenía que ser terrible tan cerca de los Pirineos.

Recorrió una extensa distancia durante tres días. Hasta que tuvo que permanecer dos jornadas más refugiado en una pequeña cueva por culpa de una intensa tormenta. Después, continuó por la orilla de un riachuelo, algo confuso y desorientado. El pastor no había sido demasiado conciso en sus indicaciones y le costaba encontrar un peñasco rocoso que le había comentado cierto día y que deseaba visitar. Aquel territorio estaba aislado del mundo civilizado. Era como una tierra de nadie entre el condado de Foix y las grandes montañas, tras las cuales estaba el condado de Urgell.

Caminó sin descansó todo el día. Se alimentó de bayas salvajes y los pocos víveres que le quedaban. Aquello era insuficiente y cada jornada tenía menos energía. Necesitaba comer algo más contundente, apenas tenía ya fuerzas. Así que, con mucho pesar, tuvo que buscar otras fuentes de alimento y, a pesar de que sabía que iba contra su fe, cazó un animal parecido a un conejo, que consiguió matar de una pedrada lanzada con mucho tino. Hizo una hoguera con algo de yesca, prendiéndola con una chispa sacada de un trozo de pedernal y de una pieza de metal de la que le había provisto el pastor.

Una intrigante luna menguante, envuelta en un tenue halo de luz, coronaba un brillante cielo, salpicado de miles de relucientes estrellas. Mirándolas recordó a Marie.

Cómo las contemplaban juntos, en especial aquella noche no tan lejana, cuando

buscaban orientarse para llegar a la cueva de su niñez. Parecían recuerdos ya tan lejanos, como de otra vida. Marie se había marchado llevándose con ella parte de su alma.

Miró de nuevo las estrellas y, por un momento, sintió que si alargaba lo suficiente su mano podría tocarlas.

Por la mañana se levantó con pesadez y continuó hacia el sur. Coronó un pronunciado desnivel y al llegar a la cima alzó su mano derecha para proteger sus ojos del ascendente sol, pronto sería San Juan y los días eran cada vez más largos. Descendió un nuevo valle y después de una larga caminata llegó a un solitario lugar donde se levantaba una inmensa roca, parecía como caída del mismo cielo.

«¿Y si proviene de una estrella?», se preguntó intrigado.

Era un colosal pedrusco de piedra gris que se elevaba antes de las grandes montañas. Desde la base lo recorrió con la mirada y se asombró al descubrir en la cima un hilo de humo blanco, muy débil, casi oculto.

«¿Sería posible que alguien viviera allí arriba?», se preguntó mientras se secaba el sudor de su frente.

Desde luego aquel era el último lugar del mundo donde nadie iría a buscarle, y eso le gustó. Escudriñó la manera de bordear la inmensa mole de piedra y encontró un empinado sendero que remontaba por la cara sur. Daba un largo rodeo, pero parecía la única manera de ascender. Al ritmo que le permitían sus fuerzas subió la montaña con la esperanza de que no fuera en vano. El sol del mediodía picaba con fuerza.

Por la tarde ya había alcanzado una pequeña llanura cerca de la cumbre. Lástima que no hubiera ningún camino marcado para llegar hasta ella. Así que tuvo que trepar por un terreno duro y empinado, por donde daba la impresión de que nunca había pasado ningún hombre.

—¿Quién va? —inquirió una voz grave en una lengua de oc muy primitiva.

Sébastien temió lo peor, se giró a la vez que buscaba su espada y encontró a un hombre joven, de apenas unos dieciocho años, esbelto y con el mentón cuadrado. Tenía el cabello castaño y le caía hasta los hombros. Le miraba tranquilo, como si estuviera completamente seguro de no correr peligro ante un extraño, como lo era Sébastien en ese momento. Aquello le sorprendió. No debía de ser habitual encontrarse con visitantes en aquel aislado lugar.

—Soy un viajero, busco comida y refugio.

—No hay viajeros por estas montañas —dijo de manera brusca el muchacho.

—Es verdad que ando algo perdido.

—¿De dónde eres? —espetó con un fuerte acento, complicado de entender.

—Soy —pregunta difícil, tenía que tener cuidado de qué iba a responder—, nací en París, en el norte. Aunque llevo muchos años viviendo cerca de Carcasona.

—Eres un franco —alertó el muchacho que se puso en guardia como por acto reflejo.

—Sí, pero...

—¿Cruzado? —inquirió visiblemente nervioso el joven.

—No —y no mentía, ya no lo era—, soy un buen hombre.

El muchacho lo observó con un desconcertante brillo en sus pupilas y entonces salieron media docena de sujetos ocultos entre los matorrales. Vestían todos con túnicas negras, el pelo largo, barbas pobladas y descuidadas.

—¡Tranquilos! No vengo para haceros daño.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —inquirió uno de ellos, que se distinguía del resto por llevar un bastón.

—En realidad solo estoy de paso y pretendía encontrar un refugio, me iré ahora mismo si así lo deseáis.

—Huyes de algo —afirmó el hombre del bastón—, lo puedo ver en tus ojos.

—No exactamente —alegó inquieto y asustado—, yo no busco el mal a nadie. Ya es suficientemente perverso este mundo para que vaya nadie empeorándolo.

—Dices que este mundo es malo, ¿por qué? —Su interlocutor tendría su misma edad, ojos grandes y oscuros, la piel del rostro rojiza por el sol de junio, las cejas pobladas, al igual que la barba y la cabeza.

No respondió, miró a su alrededor. Todos lo observaban desconfiados. Eran muchos, demasiados. Parecían desarmados, aunque quién podía saber si ocultaban armas bajo sus túnicas o si había otros más todavía escondidos.

—Este mundo está lleno de crueldad, de miseria y egoísmo. Los hombres matan a otros hombres en nombre de Dios, pero ¿qué tipo de Dios iba a desear tal cosa? ¿Qué Dios puede permitir tanta maldad?

—No Dios —contestó el hombre con el bastón—, el de la luz y la verdad. Solo uno que sea lo opuesto a él y que domine este infierno en el que vivimos.

Sébastien inspiró profundamente. Por un momento creyó ver un reflejo, un recuerdo que tomaba la forma de Marie, y que sonreía y le pedía con la mano que se acercara. Lo entendió, y no solo él, los demás también.

—¿Sois buenos hombres? —preguntó firme y seguro.

—Lo somos, yo soy el perfecto de esta comunidad. Mi nombre es Jean.

—Yo soy Sébastien, vengo desde Carcasona con una pesada carga. He estado en las cuevas del sur del condado de Foix, tuve que abandonarlas porque los cruzados se acercaban allí. Perdí lo que más quería en la huida y ahora camino sin rumbo.

—Ven con nosotros, te daremos comida y podrás descansar. —El perfecto pasó su brazo por la espalda del visitante.

Aceptó, aquellos cátaros le condujeron por un sendero oculto en la cara más occidental de la mole rocosa. Serpentearon a través de un alcorce, por donde parecía que solo transitaban las cabras, hasta llegar a una cima aplanada en la cual se levantaba un poblado de un centenar de casas. Era sorprendente, en medio de la nada existía un lugar lleno de vida, donde los niños corrían y los hombres y mujeres parecían libres. Pasó junto a un herrero que preparaba puntas de flecha en su zaguán.

Junto a él, un muchacho daba de comer a unas gallinas. Mientras, más adelante, varias mujeres con el pelo suelto y largo reían con inocencia. Dos jóvenes carpinteros remataban los últimos acabados de un carro y un hombrecillo, frágil y ligero, caminaba con una mula hacia ellos.

—¿Dónde estoy?

—En Montségur —respondió Jean—, ven.

Sébastien lo acompañó hasta una de las casonas más grandes, que tenía un portón de buena madera de pino. En su interior había una panadería, media docena de mujeres amasaban pan, mientras dos hombres se encargaban del horno. Cruzaron toda la longitud interior y salieron a un jardín donde había varias vacas y un ternero.

—Espérame aquí.

Jean desapareció en el interior de la casa y volvió poco después con un cuenco y varias rebanadas de pan. Las dejó en una mesa sobre caballetes que había junto al ternero y acercó una silla para que su huésped estuviera más cómodo.

—Gracias —carraspeó Sébastien hambriento.

—Come, seguro que tienes hambre.

Y no lo dudó. Comió con gula, tan rápido que sintió vergüenza de sí mismo. No pudo evitarlo, su estómago le pedía más y más rápido. Jean sonrió.

—Tranquilo, muchacho. Nadie te persigue.

Aquellas palabras hicieron detenerse a Sébastien. Fue como si le devolvieran a la realidad. Sí, sí que le perseguían. Y no, no podía estar tranquilo.

—¿Qué te sucede? Se diría que algo te preocupa.

No contestó.

—Lo que está claro es que hablas poco. —Jean se percató de la situación—. No pretendo atosigarte, solo quiero que sepas que puedes confiar en mí. Soy el perfecto de esta comunidad. Nos establecimos aquí hace tres años, cuando empezó la guerra, porque deseamos vivir en paz, con nuestra fe. No queremos que nadie nos ataque por lo que creemos. Sé que las cosas marchan mal en Carcasona, en Foix e incluso en Tolosa; y rezamos porque mejoren.

—Los cruzados están acabando con todos los buenos hombres, los queman en hogueras públicas, los torturan y los masacran. —Sébastien por fin abrió la boca—. Su crueldad no tiene límites.

—Debemos resistir, por eso vinimos a este lugar. —El perfecto suspiró—. En Montségur estamos a salvo.

—Es un lugar aislado y oculto, pero tarde o temprano llegarán también aquí.

—Puede ser —reconoció el perfecto sin mostrar preocupación alguna—, aunque no les será fácil encontrarlo.

—Hay algo más.

—¿El qué?

Sébastien cogió su zurrón y extrajo de él su contenido.

—¿Un libro? —El perfecto arqueó las cejas.

—Cógelo.

El perfecto lo abrió, leyó las primeras páginas. Su rostro cambió, sus ojos brillaron y tembló de emoción.

—No es posible, se trata del *Libro de los dos principios*. —Jean empezó a respirar de forma nerviosa, con sus pupilas dilatadas y sus manos temblorosas—. Lo dábamos por perdido.

—Mucha gente ha muerto para que no sea así y mi misión es protegerlo con mi vida si fuera necesario. Debo encontrar un lugar seguro para él.

—Pues tu búsqueda ha terminado, puede quedarse con nosotros.

Sébastien no mostró signos de aprobación.

—No hay escondrijo mejor que este.

—Puede ser, pero si lo descubren... —insinuó Sébastien con tono de preocupación—. No es una fortaleza que pueda resistir un ataque. Y vosotros sois pastores y artesanos, no soldados. Yo busco un bastión como el Castillo Rojo de Cabaret, que llegado el caso, sea capaz de resistir el asedio de un poderoso ejército.

—Si hacen falta murallas, las construiremos. Podemos transformar Montségur en un castro fortificado —afirmó con ilusión y determinación Jean—; y si tenemos que convertirnos en soldados, lo haremos. Vinimos aquí para conservar nuestra fe, la verdadera fe. Este libro la representa, es más importante que nosotros. Si es necesario lo defenderemos con nuestra vida.

—¿Seguro? —inquirió Sébastien dubitativo.

—Te doy mi palabra. —Y el perfecto apretó el libro contra su pecho.

—Entonces se quedará aquí, debemos empezar a trabajar cuanto antes. Hay que levantar defensas y entrenar a los hombres en el manejo de las armas. Y debemos seguir manteniendo este lugar oculto en el anonimato, nadie debe saber que existe. Porque de todas maneras, esa será nuestra mejor baza.

Al día siguiente se celebró una reunión donde se explicó la situación y se discutió si era buena idea asumir la responsabilidad de proteger el libro. Todos estuvieron de acuerdo en ello. En las siguientes jornadas se organizó el trabajo, empezaron a talarse árboles y se buscó una cantera de donde extraer la piedra, la mucha que sería necesaria para levantar las murallas. La situación del poblado era ya de por sí extremadamente defensiva, aunque no lo suficiente. Así que el plan era dotarlo de una muralla de mampostería, coronada con una empalizada de madera. Defender el portón de acceso con dos torres y una entrada en recodo, que obligara a un giro de noventa grados hacia la derecha. Por lo que en caso de ataque, los asaltantes no podrían entrar directamente y, además, al girar chocarían sus escudos con la pared, quedando desprotegidos. Excavar un foso de, al menos, seis varas de profundidad y cinco de ancho. La muralla se reforzaría con un torreón de base cuadrada cada cien pasos. Cada uno de estos torreones tendrían una altura de doce varas, lo suficiente para situar en ellas arqueros con buen campo de visión en caso de ataque.

Aquello solo era el primer paso. Montségur estaba enclavado en una zona llana en



lo alto de la montaña, pero no en su cima. Esta se encontraba a más altura, en un paraje todavía más escarpado y de difícil acceso. Allí fue donde se tomó la determinación de levantar un castillo roquero. Una pequeña fortaleza de planta triangular, para acomodarla a la cumbre. Rodeada de precipicios por todas sus caras, a la que solo se podría acceder escalando. Sería una fortaleza casi inexpugnable. Donde refugiarse en caso de que el castro cayera. Para construirlo haría falta tallar la piedra hasta obtener sillares cuadrangulares, preparar adecuadamente la base, ya que se apoyaría sobre la misma roca, y dotar a sus murallas de almenas y saeteras. Aquel castillo sería la morada del *Libro de los dos principios*. En lo alto de aquel monte estaría seguro.

**Muret, 12 de septiembre de 1213**

El día amaneció soleado, el sol calentó desde temprano. La humedad del Garona y de las marismas cercanas amenazaban con convertir el lugar en un horno plagado de mosquitos. Tras oír misa, el rey Pedro II convocó un consejo de guerra, con la presencia de los principales señores del Languedoc y capitanes de su ejército. Había mucho movimiento de armas en el campamento aliado. Montañeses, tolosanos, catalanes, aragoneses, gentes de los condados de Bearn y Comminges, *faidits* de las antiguas tierras de los Trencavel, clérigos y sirvientes. Un tapiz multicolor de hombres que por primera vez estaban unidos bajo un mismo pendón, un mismo rey, una única Corona.

—Ha llegado el día que todos estábamos esperando —empezó Pedro II de Aragón—, muchos luchasteis conmigo en Las Navas y me habéis seguido también aquí. Otros defendéis desde hace años esta que es vuestra tierra y que también es la mía. Por eso he venido, para liberar a mis súbditos de la injusta y falsa Cruzada. La cual solo pretende apoderarse de vuestras casas, desprenderos de vuestras posesiones y apoderarse de todo lo que tanto trabajo y generaciones os ha llevado construir. Ha llegado la hora de expulsar a esos extranjeros, de castigarlos por sus ofensas y demostrar a Dios quiénes son sus verdaderos vasallos.

Un murmullo de conformidad rodeaba al monarca.

»Hoy atacaremos Muret y derrotaremos a Montfort.

Los presentes explotaron en un frenesí de pasión y confianza ciega en la victoria, los gritos y las adulaciones al monarca fueron apasionados y sinceros. Y todos salieron a formar animados y eufóricos. Pero uno de los principales señores del Languedoc avanzó hacia el monarca y, de forma discreta, le pidió acercarse para ser escuchado.

—No creo que sea prudente atacar —susurró la voz discordante del conde Raimon VI, el hombre de más edad de los presentes y hasta hacía meses enemigo tradicional de la Corona aragonesa—, las milicias tienen poca experiencia militar y mucho menos en campo abierto, debemos tenerlo en cuenta.

—¿Y qué proponéis, conde? —La poderosa mirada del rey se clavó en su triste figura.

—Fortificar el campamento con una línea de empalizadas. Con los ballesteros podemos repeler un ataque de Montfort —continuó el conde tras mirar con odio al noble aragonés, haciendo caso omiso a sus palabras.

—No usaremos las ballestas —afirmó el monarca.

—¿Cómo? Eso no tiene sentido, ¿por qué íbamos a hacer tal cosa? —inquirió el conde.

—Es un arma del diablo, si luchamos contra un ejército cruzado no seremos nosotros quien utilice ese tipo de instrumentos. Esta debe ser una victoria limpia a los ojos de Dios, de la Iglesia y de toda la cristiandad.

—Insisto en que no es prudente atacar la ciudad sin fortificar nuestra posición —musitó Raimon VI y miró al resto de presentes buscando a alguien que le apoyará—; y no usar las ballestas es una temeridad. ¿Es que acaso creéis que los cruzados no las tienen ya cargadas?

—Claro que las emplearán, al menos eso es lo que deseo. Veo que no entendéis la situación. Toda la cristiandad ha de ver cómo el rey de Aragón derrota a los cruzados en buena lid. La victoria sobre ellos mostrará que la verdad no está de parte de Montfort y los suyos, sino que este se ha excedido y ha abusado de sus prerrogativas, y no se ha comportado como un buen cristiano. —El rey se detuvo para coger aire—. Todos verán que se ha valido de la Iglesia y de la Santa Cruzada para atacar a otros católicos y despojarlos de sus tierras.

—Señor rey de Aragón, escuchadme, os doy mi sincera opinión —perseveró Raimon VI con la mano en el pecho—. Levantemos empalizadas alrededor de las tiendas, coloquemos estacas, carros, obstáculos para que ningún hombre a caballo pueda entrar. Utilicemos las ballestas si se acercan los cruzados y que sobre ellos caiga una lluvia de proyectiles.

—¿Cómo osáis darnos sugerencias en cuestión de batalla cuando no habéis sabido conservar ninguno de vuestros dominios ante las fuerzas cruzadas? —reprobó Miguel de Luesia.

—Vos no tenéis rango para dirigiros a mí.

—Mi mayordomo real tiene todo el derecho a dar su opinión —intervino el rey.

—¿Creéis de verdad que si fortificamos el campamento Montfort se lanzará en una carga de caballería contra más de diez mil peones? No tenéis ni idea de lo que estáis diciendo —continuó el mayordomo real—: presentará batalla campal contra una carga de caballería o se retirará, no tiene más opciones. Jamás atacará si sabe que no puede ganar, ¡no es tan estúpido!

—Y si se retira habremos perdido una ocasión única de terminar esta guerra —añadió Pedro II—; las milicias son solo un cebo. Necesitamos que Montfort crea que puede ganarnos en batalla campal y se atreva a salir de Muret para luchar. No se producirá ningún asedio, ni asalto, sino una batalla campal, ¡y que Dios decida!

Pedro II de Aragón pasó revista a sus huestes. El monarca tenía todavía fresca la gran batalla de Las Navas y al éxito de la estrategia allí utilizada, así que formó su ejército nuevamente en tres cuerpos. Esta vez no contaba con el apoyo de las valiosísimas y experimentadas fuerzas de las órdenes militares, un factor a tener muy en cuenta.

En vanguardia, con la clara misión de bloquear la primera carga cruzada, cuatrocientos de los aguerridos y valientes montañeses de Foix, apoyados por doscientos caballeros catalanes, todos ellos rudos guerreros y fiables en la batalla.

En el centro, comandado por el propio monarca, con la intención de mantener un mejor control táctico y para elevar la moral de su heterogéneo ejército, la mesnada real y el resto de caballeros de la Corona de Aragón, nobles aragoneses y catalanes en su mayoría. Veteranos de Las Navas, auténtico núcleo de caballería pesada que sería la clave de la batalla. Para cuando entraran en acción, la vanguardia dirigida por el conde de Foix debería haber debilitado la carga cruzada, para entonces actuar el rey con su poderosa tropa de unos seiscientos jinetes y acabar con los cruzados.

En esta ocasión Pedro II decidió no colocarse en la reserva como sí lo hizo el rey castellano Alfonso VIII en Las Navas. El monarca aragonés había comprobado perfectamente en aquella batalla lo vital de disponer un cuerpo de reserva descansado y preparado para dar el golpe final. Aunque estimó que en esta ocasión era más acertado permanecer él en el centro de sus tropas y delegar el mando de la reserva en otras manos: las de Raimon VI.

Había dudado durante largo tiempo dónde situar al tolosano. Era un aliado poco fiable, pero necesario. Sus tropas constituían la principal fuerza de caballería del contingente aliado con ochocientos jinetes y la mayoría de las fuerzas de infantería. Tenía que respetar este rango de importancia y por otro lado, garantizar que actuaría de forma adecuada en la batalla. La retaguardia parecía ser el mejor lugar, ya que cuando tuviera que intervenir, la carga cruzada ya habría sido amortiguada. No obstante, debía tener cuidado con el tolosano, por eso le acompañaría otro noble de más confianza, el conde de Comminges. No había que olvidar que algunos de los hombres a caballo al mando de Raimon VI eran *faidits*, poco fiables en batalla.

Las milicias tolosanas eran las menos experimentadas, no tenían ni preparación ni experiencia para una batalla campal. Por ello, el rey decidió utilizarlas en una maniobra de distracción: asediar la ciudad. Debían avanzar con la intención de proseguir con el sitio iniciado dos días atrás. Era parte del plan, había que provocar a Montfort para que este decidiera salir a combatir a campo abierto con la caballería cruzada.

\*\*\*

Intramuros de Muret, el ambiente era de agitación y nerviosismo. Se había dormido poco, más bien nada, y se respiraba una intensa preocupación en el ambiente. Montfort organizó las tropas formadas en la plaza del mercado también en tres cuerpos, el de reserva estaría a sus órdenes. Después se marchó a orar a la capilla del castillo y se pertrechó para la batalla, colocándose cada una de las protecciones de forma ordenada, como si fuera un ritual. Su cota de malla era especialmente pesada, pero había luchado tantas veces con ella, que no le suponía esfuerzo portarla. El último elemento fue la sobrevesta con el león rampante plateado sobre fondo rojo: el emblema de la casa Montfort.

Los primeros proyectiles silbaron por el cielo hacia la ciudad, cundiendo el pánico entre los cruzados. El vizconde corrió en busca de los prelados que salían aterrorizados de la iglesia del burgo. Uno de los proyectiles había impactado muy

cerca de ella.

El cruzado clavó la rodilla en la tierra y se inclinó para besar la joya de Arnaldo Amalarico, que llevaba sobre su cabeza un pequeño sombrero redondo de color morado y una cruz dorada colgando del cuello.

—Eminencia, os pido permiso para atacar.

—Todavía no, hemos enviado un mensajero para que busque un acuerdo de paz —respondió el arzobispo de Narbona—, debemos esperar hasta que llegue una respuesta. Que nadie pueda decir que no intentamos detener a ese rey loco.

—¡Respuesta! Pedro II de Aragón ha enviado a la milicia tolosana con sus máquinas para asaltar las murallas, ¿necesitáis más respuesta que esa?

No obtuvo contestación alguna, pero Arnaldo Amalarico sonrió. El vizconde lo observó, las pupilas del arzobispo brillaban, se podían sentir sus ansias de atacar. Pero por algún motivo quería ocultarlas al resto de clérigos.

Montfort no esperó más, abandonó a los obispos y salió al mercado donde sus hombres de confianza le esperaban encabezando la caballería cruzada.

—¿Qué hacemos? —inquirió Robert de Mauvoisin—; los prelados no han dado su consentimiento.

—Ellos son los primeros que desean ver correr la sangre de esos herejes.

—Nunca plantearán batalla abierta. Se refugiarán en su campamento, lo fortificarán y miles de milicianos nos aguardarán con sus ballestas cargadas, no podemos atacarlos.

—Te equivocas, si salimos lucharán a campo abierto.

—¿Por qué iban a hacer tal cosa? —insistió Robert de Mauvoisin.

—Porque el rey de Aragón es un hombre de honor y tiene que demostrarlo.

—Pero vos encabezáis el ejército de Cristo. —Arnaldo se acercó de improviso—. Sois libre de usar cualquier tipo de táctica. Tenéis la bendición de la Iglesia. Hoy la Santa Cruzada debe vencer, cueste lo cueste, usando los medios que fueran necesarios, sin importar el cómo.

—Si hoy queremos ganar necesitamos sorprender al enemigo.

—¿Una trampa? —inquirió Arnaldo Amalarico.

—Soy normando. Hace casi doscientos años, en la batalla de Hastings la caballería normanda se estaba estrellando contra la muralla de escudos de los sajones; así que el duque Guillermo, temiendo el fracaso, planeó un cambio de táctica y ordenó a parte de sus caballeros que simularan realizar una carga desastrosa, para después fingir iniciar una retirada.

—¿Qué insinuáis, Simon? —graznó impaciente el legado papal.

—Los normandos lograron que los sajones, convencidos de su victoria, rompiesen su línea de escudos, con la intención de saquear y obtener botín. Todo estaba preparado y a una señal, la caballería normanda volvió a agruparse y se lanzó sobre los desprevenidos sajones.

—¿Queréis que finjamos que nos retiramos? —inquirió sorprendido Arnaldo

Amalarico.

—Exactamente.

—Brillante idea —murmuró el arzobispo que llevaba con orgullo el solideo de color violeta sobre su cabeza.

—No os confundáis, eminencia, esto no bastará para ganar la batalla, necesitamos otra astucia más. —El vizconde levantó el brazo.

Dos caballeros de su mesnada se adelantaron.

—Alain de Roucy y Florent de Ville, acercaos. —Montfort los miró durante unos instantes, mientras se quitaba los guantes de cuero y los golpeaba contra la palma de su mano—. Tenéis que entender bien esto que os voy a pedir: Somos cruzados, luchamos por la Iglesia, formamos el ejército de Dios. Nuestros pecados están perdonados, los que llevamos a nuestras espaldas y los que cometamos para servir a la Santa Cruzada. Por eso no temáis ni vaciléis ante lo que os voy a exigir. —El vizconde volvió a repasar con la mirada a sus dos elegidos—. Quiero que durante la batalla os olvidéis de todo y os abráis paso entre las filas aragonesas.

—Así lo haremos —afirmó Florent sin ni siquiera preguntar el propósito de aquella acción.

—Tendréis un único objetivo, solo uno —recalcó Montfort levantando su dedo índice—: Solo a ese os deberéis dedicar. Debéis llegar hasta la mesnada real de Aragón.

—¿Y entonces, señor? —Se adelantó Florent al no recibir más información del vizconde—: ¿Qué debemos hacer en ese momento?

—Matar al rey de Aragón.

Los dos caballeros cruzados se miraron de reojo. El brazo de Florent tembló levemente y aumentó el ritmo de la respiración de Alain. Eso era precisamente lo que pretendía evaluar Montfort: su reacción. Quería estar seguro de que aquellos dos hombres no vacilarían cuando llegara el momento de asesinar a un rey. Por ello, aguantó un poco más antes de decir nada. Observándolos fijamente, escrutando sus expresiones corporales.

—Os he elegido porque sois los mejores —pronunció por fin—: Y a vosotros os corresponderá la responsabilidad, pero también el honor, de acabar con el mayor enemigo de la Cruzada, aquel que ha osado levantarse contra la cruz sagrada de Cristo.

—Así lo haremos —respondieron al unísono.

—Rezad por ellos, Arnaldo. —Montfort se giró hacia el arzobispo—. Que Dios nos ayude.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Juan de Atarés había permanecido en un segundo plano escuchando la conversación. El arzobispo se retiró con el resto de obispos a la iglesia del burgo para continuar rezando por los defensores de Muret. En cambio, él se distanció y caminó hacia el castillo.

Casi todos los cruzados estaban en el mercado, formando para la batalla. La fortaleza era la zona más segura de la villa, un ataque aliado por allí era poco probable. Los dos puentes levadizos y las cinco torres del castillo disuadían de ello. Así que los guardias destinados a defenderlo eran pocos. Más bien se trataba de vigías que debían dar la voz de alarma si descubrían tropas acercándose para asaltar aquel flanco.

Juan de Atarés entró en el patio de armas y subió a la esbelta torre de más de cuarenta varas de altura. Una auténtica fortificación vertical, último reducto del castillo en caso de ataque. Le costó ascender los seis pisos, todos ellos comunicados por empinadas escaleras de madera. En su interior no se encontró con nadie. Salió a la terraza almenada que la coronaba, allí un soldado de rasgos prominentes y escueta estatura, armado con una ballesta, vigilaba el horizonte asomado entre dos merlones.

—Alto ahí, ¿quién sois?

—El ayudante del arzobispo de Narbona.

—¿Y qué hacéis aquí? —preguntó el cruzado apuntándole con la ballesta.

—Me ha pedido que suba para rezar desde lo alto de la torre.

—Rezar desde aquí —carraspeó el soldado mientras se rascaba la barba—; ¿con qué motivo?

—Porque estoy más cerca de Dios.

El soldado bajó su arma.

—Claro, nunca lo había visto así, pero tenéis razón. —Y se dio la vuelta para depositar la ballesta sobre la parte baja del muro, donde también había saeteras para la defensa.

Juan de Atarés pasó junto al soldado y se asomó al almenado de la torre. El guardia estaba mirando hacia el flanco desde el cual se divisaba a las milicias tolosanas. Momento que aprovechó para sacar una daga de su ceñidor, ir hacia él y pasarle un brazo por el cuello hasta taponarle la boca, mientras le clavaba el acero en el pecho. Lo agarró con fuerza e hincó de nuevo la daga en su carne. El soldado se desplomó sin vida.

De su zurrón cogió un pequeño espejo y corrió hacia el flanco que daba al norte. Desde allí se divisaba perfectamente el multicolor ejército del rey de Aragón. Era una masa inmensa de hombres y bestias. Orientó el espejo al sol y dirigió el reflejo hacia la tropa aliada.

—¿Qué estáis haciendo? —sonó a su espalda.

Escondió la daga en la manga de su túnica y el espejo en su ceñidor, se giró despacio y se encontró frente al hombre de la taberna de Narbona. El sujeto de la cicatriz en el rostro con el que el arzobispo le había ordenado entrevistarse aquella noche en que Hugo casi lo mata.

—He venido a ver el ejército de los herejes —improvisó de manera poco convincente.

—¿Y este soldado muerto?

—Lo he encontrado así —mintió desesperado.

—¿Y no os ha extrañado? —subrayó el mercenario mientras daba una patada al cuerpo del guardia para comprobar que efectivamente estaba sin vida—. ¿Qué hace un vigía muerto en la torre de un castillo? Lo ha tenido que matar alguien, ¿no creéis?

—Claro, ahora iba a dar la alarma, por eso me he asomado.

—Pero estáis en el flanco que da fuera de la ciudad, nadie os oirá si gritáis desde ahí. —El hombre de la cicatriz posó su mano izquierda sobre el borde del merlón, cerca de Juan—. A no ser que quisierais avisar a los herejes en vez de a los cruzados.

—¿Qué tontería! ¿Para qué iba a querer hacer yo eso? —inquirió con una sonrisa forzada.

—Decídmelo vos. —El mercenario lo miró desafiante.

—No insinuareis que yo quería contactar con esos herejes, ¿verdad?

—Habéis sido vos quien lo ha dicho, a mí no se me hubiera pasado tal cosa por la cabeza. ¿Por qué? ¿Es que acaso era eso lo que pretendíais?

—¿Qué locura es esta? —espetó el navarro alejándose de las almenas.

Juan de Atarés soltó un suspiro y miró al norte, acto seguido, como un animal acorralado, empuñó la daga escondida en su manga y se lanzó sobre el cuello del mercenario. Este le estaba esperando y le agarró la muñeca. Retorciéndosela hasta que el navarro tuvo que soltar la daga preso del dolor. A continuación, el mercenario le golpeó con el puño en el rostro, haciendo que brotara sangre de su nariz. Volvió a golpearle una, dos y hasta tres veces. También empezó a sangrar por la boca y el pómulo derecho. Juan agachó la cabeza para poder respirar mejor y recibió un violento rodillazo en la boca que le rompió algunos dientes. Cayó al suelo. Su daga no estaba lejos, así que se arrastró a por ella. Pero su oponente le pisó la mano cuando intentaba cogerla. Después le dio una fuerte patada en el rostro que hizo que diera un par de vueltas por el suelo de la terraza de la torre. Juan de Atarés llegó hasta la pared almenada y se apoyó en ella, respirando con dificultad, echando una mezcla de espuma blanca y sangre por la boca; con el rostro ensangrentado.

—Supe que no erais de fiar desde el primer día que os vi —afirmó el mercenario—. Hugo, el sirviente de Arnaldo al que matasteis, ya me previno sobre vos. Tuvisteis suerte de que no os liquidara él en Narbona.

—No sé de qué me habláis —respondió con dificultad el navarro.

Os parecíais demasiado a mí para ser un monje voluntarioso. Las miradas de los hombres revelan más sobre ellos que sus propias palabras.

—Puede ser. —Juan de Atarés se puso de pie con dificultad—. He llegado hasta aquí, ¿no creerás que me voy a rendir precisamente ahora?

El mercenario no le iba a dar tregua, cogió la daga del suelo. Sonrió y la levantó, el filo brilló bajo los rayos del sol.

La mirada azulada del navarro se fue apagando. Recordó aquella mañana de invierno cuando ascendió hasta el castillo templario de Monzón. El rey de Aragón le esperaba para una misión secreta en el Languedoc.



«¡Qué gran honor!», pensó en aquel momento.

Cuatro años habían transcurrido ya desde aquel día. Había cumplido bien su misión: informando en secreto de todos los movimientos del legado papal. Pero justo ahora que tenía que alertarle del fatal peligro que acechaba a los aliados había sido descubierto. Ya no quedaba nadie más, el otro espía enviado como él llevaba tiempo desaparecido. Los aliados tendrían que ganar la batalla sin su ayuda.

Se incorporó con sus escasas fuerzas. Juan de Atarés sabía que estaba perdido, al menos debía evitar revelar información a sus enemigos. El legado lo torturaría sin compasión, ya le había visto hacerlo antes con herejes, criminales e incluso con inocentes. Cuando descubriera que llevaba todo este tiempo trabajando para el rey de Aragón reventaría de ira, no escatimaría en sufrimiento y tormentos para él.

Miró al cielo, un cuervo volaba bajo. Cerró los ojos y se precipitó desde lo alto de la torre.

\*\*\*

La milicia tolosana avanzaba en su ataque a las murallas de Muret, las catapultas no cesaban de lanzar sus proyectiles. Muchos cruzados asentados en las defensas dudaban de llegar a ver el anochecer, y ese miedo se contagió como la peste.

—La infantería de esos herejes asedia las murallas, pero por contra la caballería parece estar formando para una batalla campal, se diría que nos invitan a ello —carraspeó Robert de Mauvoisin.

—Nos incitan a salir. —Montfort evaluó la situación—. No respondáis, que esperen. Asegurad la defensa de la ciudad —ordenó convencido de sus planes.

El grueso de sus fuerzas de caballería se encontraba concentrado en la plaza del mercado, a la espera de órdenes. Pasaron varias horas, la dilación era angustiosa, todos los caballeros cruzados ansiaban entrar en combate. Mientras, el asalto a las murallas de Muret continuaba y los peones apenas podían resistir el empuje de las milicias tolosanas. Era cuestión de tiempo que entraran en Muret.

—Mi señor —inquirió Robert de Mauvoisin—, ¿a qué esperamos?

—Al cansancio, viejo amigo —respondió el normando mientras comprobaba que el guardabrazos y el brazal de su armadura estaban bien sujetos por el codal—. Estamos dentro de estos muros, descansados, a la sombra —explicó el vizconde mientras revisaba sus guanteletes—, mientras nuestros enemigos se tuestan al sol dentro de sus lorigas. Esperando desde hace horas una batalla que se demora. Sus ánimos deben de haber bajado bastante desde que formaron esta mañana, ¿no creéis? Sus cotas de malla empezarán a pesar tanto que muchos desearán deshacerse de ellas, aunque solo sea por un instante.

—Comprendo. —Robert de Mauvoisin sonreía y asentía a la vez.

—Los soldados ahí fuera luchan por su rey, mientras los nuestros lo hacen por Dios, aceptando que cientos de ellos morirán y se convertirán en mártires. La caballería aragonesa está ideada para luchar en las tierras al sur de los Pirineos, donde el calor obliga a no excederse en el armamento. Ellos combaten en un abrasador

verano contra tropas de infieles formadas por caballería ligera. Fuerzas que rehúyen el choque frontal, que cuentan con hábiles arqueros a caballo o jinetes que buscan siempre flanquearlos y hostigarlos hasta dejarlos exhaustos, para después rematarlos —explicaba Montfort evidenciando un conocimiento del ejército al que se enfrentaba—. Hoy no encontrarán nada de eso aquí.

—Es cierto, nuestra caballería está mejor pertrechada que la suya —confirmó más animado Robert de Mauvoisin—, es más poderosa, más contundente.

—Así es, está descansada y acostumbrada a una carga frontal —añadió el vizconde.

Poco después, Montfort apoyó su escarpe para subir al corcel de batalla, se colocó bien la cota de malla y sujetó fuerte el yelmo.

—¡Caballeros! ¡Hombres de armas! Para defender la fe de Cristo todos habéis venido de lejos a esta tierra, ahora tan llena de amigos, de campos y castillos que os pertenecen, incluso de vuestras esposas. Tened siempre a Cristo ante los ojos de vuestro espíritu y confíaos a él solamente por el amor de la fe, por la que tantos combates hemos librado, la única que nos ha redimido de mil peligros y nos salvará de este último. —Montfort se detuvo para comprobar los rostros de sus hombres—. Una multitud nos asedia y su cruel corazón arde por herirnos de muerte. Hoy acordaos de vuestros padres y de Dios. Para que vuestras familias no puedan decir que sus hijos no combatieron hasta el final. ¡Somos soldados de Cristo! Lucharemos hasta la muerte, esa será nuestra gloria, la ofrenda de nuestra vida.

Los gritos de las mesnadas retumbaban en Muret. Los caballeros cruzados se encontraban eufóricos, y después de recibir las últimas órdenes de su líder se dispusieron a plantar batalla. Montfort salió por la puerta de Salas, arrollando al retén de vigilancia allí estacionado. En verdad, el ejército cruzado era poderoso, no tan numeroso como el aliado, pero más compacto y experimentado. Su caballería parecía temible, si bien no contaban con una infantería tan numerosa como la aliada.

Toda la caballería pesada salió extramuros, disponiéndose en tres cuerpos.

Los aliados detuvieron el asalto a las murallas y la milicia tolosana se retiró por orden de Pedro II, mientras los jinetes —caballeros, sargentos, escuderos y *faidits*— tomaban posiciones en la llanura de Muret.

Extramuros algo ocurrió que sorprendió a todos. Los cruzados habían formado para luchar, pero ahora, en vez de seguir avanzando hacia los aliados, cambiaban de rumbo. No en dirección a la batalla, sino todo lo contrario, daban media vuelta. El primer cuerpo tomó el sendero paralelo al río. Al poco le siguió el segundo y poco después el tercero.

—¡Los cruzados se retiran! —gritaban los soldados aliados— ¡Montfort huye! ¡Victoria!

Efectivamente, el ejército de Cristo cabalgaba al galope hacia el suroeste, siguiendo el cauce del río Loja. Se alejaban de Muret, abandonaban la ciudad sitiada a su suerte.

—Huyen, alteza —informó Miguel de Luesia.

—No puede ser.

—¿Qué hacemos? —insistió el noble aragonés.

—Que las milicias reanuden el asalto a la ciudad, si ese cobarde huye, al menos arrasaremos Muret. ¡Maldita sea! No ha caído en la trampa —se lamentó el rey de Aragón.

Los rostros de aragoneses, catalanes, tolosanos y gentes del Languedoc mostraron un semblante de felicidad. La victoria era segura.

### Muret, 12 de septiembre de 1213

Se levantó una ligera brisa, lo que vino bien a los milicianos para aliviar la tensión por el ataque a las murallas y a los caballeros para menguar los efectos del intenso sol que caía sin piedad sobre la llanura de Muret. Después de la humillante huida de Montfort y sus hombres, la infantería aliada había reiniciado confiada el asalto a las defensas, por contra la caballería rompía filas y abandonaba el campo de batalla. Las máquinas de asedio volvieron a lanzar su mortal carga sobre las defensas de Muret. Los zapadores alcanzaron los cimientos de las murallas, mientras las milicias hostigaban a los defensores.

«¡Retirarse sin combatir! Qué vergüenza y deshonor», afirmaban incrédulos los caballeros y nobles aliados, contrariados por la huida de Montfort. Así que enfadados y furiosos tenían que conformarse con observar el asalto de la ciudad, arrepintiéndose de no haber entrado en combate.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los *faidits* de la mesnada del caballero oscuro que se había unido a las tropas del conde de Tolosa.

Isabel se volvió, curiosa como era, esperaba algún acontecimiento en la toma de la ciudad. No era hacia allí donde señalaba su compañero. En la lejanía, junto al Garona, parecía dibujarse un cuerpo de caballería al galope, en formación de ataque.

—Son los cruzados —murmuró—. ¡Cruzados! ¡Los cruzados han regresado! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Es una trampa!

El primer cuerpo del ejército de Dios, tras dar un rodeo y cruzar el río por un vado, entraba imparable en la llanura de Muret. En el campamento aliado corrió la voz de alarma; los caballeros se precipitaban a armarse de nuevo todo lo rápido posible, los sirvientes volvían a sacar las armas y ensillaban los caballos, los pendones reaparecían ondeantes en el cielo y los cuernos y tambores rugían otra vez.

—¡Por todos los santos! ¿De dónde han salido? —inquirió el rey que salió de su pabellón con la cota de malla todavía sin colocar.

—Han cruzado el río, era una trampa —acertó a decir Miguel de Luesia con la voz entrecortada por el nerviosismo.

Dos escuderos reales se afanaban en colocar el gablesón a su alteza.

—No. —Los detuvo el monarca—. Cambiadme la armadura. Quiero una sin divisa alguna.

—¿Sin la señal real? —El escudero tenía el rostro desencajado.

—Eso es, sin emblema ni distinción de ningún tipo —recalcó el rey de Aragón—, nada que pueda diferenciarme en el campo de batalla. Y dadle la mía a un caballero que pueda portarla con honor, decidle que es una orden del rey de Aragón.

Su vasallo fue a hablar, seguramente a comentarle que era una locura acudir a la

batalla sin la señal real. Pero no sería él quien le dijera a un rey lo que debía hacer, así que desapareció en busca de lo que le había ordenado.

Velozmente fueron llegando los componentes de la mesnada real, con el gesto preocupado, las miradas serias y respiración acelerada.

—¡Maldito Montfort! Que las tropas se ordenen para la batalla según lo acordado. Hombres de Foix y catalanes en primera línea, los aragoneses en el centro. El conde de Tolosa y el de Comminges en la retaguardia, ¡rápido! —ordenó Pedro II con firmeza y prontitud.

Sin embargo, ya no había tiempo suficiente para organizarse conforme al plan trazado, todo era confuso y precipitado. Los caballeros apenas podían montar y formar allá donde encontraban un haz. Los grupos eran poco compactos, mezclados los pesados caballeros con sus sargentos y escuderos en la misma línea, sin garantizar ninguna defensa cohesionada y sin desplegar correctamente las alas del ejército.

El escudero real se apresuraba en terminar de colocar la cota de malla del monarca, se la había cambiado a uno de los caballeros aragoneses más corpulentos, quien a pesar de la sorpresa inicial, había aceptado el honor de portar el blasón cuatribarrado en la batalla.

—¡Esperad! —ordenó el rey de Aragón—, quiero una cruz de san Jorge sobre mi hombro.

Los cruzados avanzaban decididos y bien organizados; en las primeras líneas, los caballeros, con su armadura y armamento pesado, y detrás de ellos y en los flancos, en función de su equipo, los escuderos y sargentos. Pretendían sorprender a los aliados, a toda costa. Era una carga frontal, casi suicida.

El conde de Foix fue el primero de los aliados que consiguió formar, eso dio cierta cohesión a la vanguardia aliada. Los bravos montañeses y los experimentados catalanes se organizaron en torno a él.

—¡Atención! —gritó el conde—. Esos cobardes nos han engañado, peor para ellos cuando después de caer hoy se presenten ante Dios para ser juzgados. A la guerra hemos venido, ¡y guerra tendremos!

El grupo de *faidits* dirigidos por un caballero negro se unió al cuerpo de vanguardia, abandonando su posición inicial en la reserva junto al conde de Tolosa.

—Nuestro rey, don Pedro II de Aragón, ha hablado por nosotros antes. Ya no es tiempo de palabras, sino de espadas. ¡Seguidme! Hoy no habrá misericordia para nuestros enemigos, pues ellos no la han tenido con nosotros. ¡Espadas en alto! —Dio un giro con su caballo para levantarse sobre sus patas traseras—. ¡A la carga! ¡Por el rey!

El primer cuerpo formó algo desordenado, pero logró salir a la llanura. Era necesario que a lomos de sus caballos cogieran velocidad antes del choque contra la avanzadilla cruzada, que llegaba rápida y bien desplegada para la carga. Un jinete de guerra era un arma de tremendo poder cuando aceleraba su carrera. Pertrechados como auténticos guerreros, las bestias arrasaban con todo a su paso. A mayor

velocidad, mayor fuerza de destrucción.

El galope de las dos caballerías hacía retumbar los propios cimientos de la ciudad de Muret. El fragor de la carga era ensordecedor. Los dos cuerpos estaban cada vez más próximos entre sí. Entonces hubo un instante de silencio, como si el tiempo se hubiera detenido, fue solo el preludio de la colosal colisión.

Los soldados de la cruz embistieron brutalmente contra la vanguardia aliada formada por montañeses de Foix y catalanes. El ruido fue terrorífico, como proveniente del mismísimo infierno. El relincho de los caballos y los gritos de los hombres crearon un estruendo dantesco. Los cruzados cargaron como bestias poseídas, arrasando a sus enemigos. Lanzas partidas, caballos enloquecidos por las heridas, hombres desangrándose, miembros mutilados y un enorme caos de sangre, gritos, dolor y muerte.

Nada pudieron hacer los aliados, ni siquiera amortiguaron la carga, toda su columna central se hundió y los cruzados entraron como una cuña. Fue una carga devastadora, como pocas se habían visto hasta entonces. Al menos, una de las alas aliadas aguantó el envite y la otra, formada por los veteranos catalanes de Las Navas, se rehízo milagrosamente. En el centro, totalmente rodeado de cruzados, el conde de Foix, espada en mano, demostraba cuanto de honor había en su linaje. Dio un tajo mortal en el cuello de uno de los primeros francos que le atacó. A continuación, intercambió golpes con otro, hasta que se agachó para esquivar su espada y lanzó su corcel contra él, derribándole. Una vez en el suelo, su caballo lo pisoteó hasta la muerte. Otro enemigo apareció a su espalda, con una amenazante maza que fue directa a su cabeza. Interpuso su escudo, que aguantó el brutal golpe, pero que perdió por no poder contener la virulencia del ataque. Su agresor giró para volver a la carga, pero el conde de Foix no se lo iba a poner tan fácil, así que arengó su montura y con la espada en ristre le atacó en el giro, penetrando todo el filo por su costado. La sangre le salpicó por el hueco de la celada y no podía ver nada. Así que tuvo que deshacerse del yelmo.

—¡Caballeros de Foix! —gritó con la espada en alto y cubierto de sangre.

Todos sus vasallos reconocieron la voz de su señor:

—No podemos dejar que unos extranjeros nos derroten, ¡demostramos a estos traidores cómo se combate en el Languedoc!

La arenga del conde hizo posible que el centro de la vanguardia se rehiciera, y junto a las dos alas que habían soportado la carga, contuvieran a los cruzados. Era más un deseo que una realidad, los aliados se vieron envueltos por el enemigo en todos sus lados. El conde de Foix recuperó su escudo e intentó rehacer su mesnada. Por lo menos habían provocado que la primera línea cruzada no pudiera retirarse y formar de nuevo para lanzar una segunda carga, por lo que el enfrentamiento se redujo a un fatídico combate cuerpo a cuerpo.

Apareció el segundo cuerpo del ejército cruzado, igual de poderoso que el primero, aunque no desplegado para una carga. Ese era su plan, no avanzó hacia el

conde de Foix para rematar a sus huestes, sino que intentó esquivar la melé que se había formado con el choque de los cuerpos de vanguardia de cada ejército. La sobrepasó y fue entonces cuando se desplegó de forma rápida y precisa, fruto de la experiencia, en una alargada línea para hacer más efectiva su carga, y avanzó libre hacia el campamento aliado.

El conde de Foix se percató de la maniobra y lo complicado de la tesitura en la que se encontraban. No habían conseguido detener la segunda carga. Era primordial avisar al rey de la grave situación. Buscó su pendón, pero la maraña de combatientes era tal que no conseguía identificar a los sargentos que lo portaban.

No estaba atento a lo que sucedía a su alrededor, cuando un caballero con la divisa de un gran halcón en el pecho lo atacó por el flanco izquierdo. Detuvo el golpe con dificultad, no tuvo tiempo de contraatacar, solo de bloquear el siguiente y así tres veces más. Siempre deteniendo los ataques con el filo plano de su espada. Debido a la insistencia de su enemigo le dejó atacar de nuevo, pero esta vez utilizó el escudo para defenderse, deteniendo el golpe a más altura. De tal manera que el cruzado desguarneció su costado derecho demasiado tiempo. El conde buscó el hueco de su cota de malla en la axila y por allí introdujo con dificultad la punta de su acero. Lo suficiente para que la herida fuera mortal.

Cuando iba a rematarle, un sargento lo atacó por el otro flanco. Era fácil que fuera vasallo del caballero del halcón. Atacaba con ímpetu, demasiado apresurado. El conde aguardó el momento adecuado. Al tercer espadazo que soltó contra el escudo, Roger de Foix respondió levantándose sobre su montura y describiendo un giro de su espada en el aire que terminó con un tajo de su afilado filo en el cuello del cruzado. No fue suficiente, aunque hizo sangre. Aprovechó la sorpresa para dar otro igual de potente contra su yelmo, haciendo que lo perdiera. Con la cabeza descubierta, pudo ver que era tan solo un muchacho, pero la guerra no entiende de edades y volvió a describir un prolongado arco para cortarle la oreja derecha y saltarle el ojo de ese lado. El joven cruzado gritó desesperado de dolor, el conde de Foix no iba a sentir ahora compasión y dio otro golpe de espada para seccionarle en el cuello.

No tuvo tiempo de verlo caer. Un caballero sobre un corcel blanco como la nieve le alertó. El nuevo cruzado dio un lanzazo que con suerte y destreza detuvo con su escudo. Sin embargo, la fuerza que imprimió a la lanza fue excesiva para él. Su hombro no lo soportó, cedió al empuje con dolor. Tuvo que reaccionar rápido, a la vez que su escudo se iba para atrás estiró todo lo que pudo su otro brazo para hacer sangre en el caballo de su enemigo. El cruzado sufrió para controlarlo, perdió su lanza y el casco. Cuando lo controló se encontró con la espada del conde de Foix, que le esperaba para darle un tajo en medio del rostro, cortándole parte de la nariz y el labio superior. Siguió el conde con un fuerte golpe con el filo plano de su espada para derribarle de la montura. Las propias pezuñas de su caballo lo pisotearon, enterrándolo entre fango y sangre.

—¡Conde! —gritó un jinete a su espalda—, soy Dalmau de Creixell, vasallo del

rey, aún podemos recuperarnos.

—Lo sé, pero no hemos conseguido bloquear la siguiente carga. Todo el segundo cuerpo cruzado está intacto y cabalga libre.

—Ya no hay opción, el rey tendrá que apañárselas sin nosotros —advirtió Dalmau.

—No me gusta esta situación, nos han robado la iniciativa —se lamentaba el conde de Foix—. Los teníamos arrinconados y ahora todo ha cambiado.

Mientras, el cuerpo central aliado todavía no había conseguido desplegarse de manera completa. Seguían llegando efectivos y la organización seguía siendo caótica. El rey y su mesnada confiaban en que la vanguardia resistiría las cargas cruzadas hasta que ellos estuvieran perfectamente formados para la batalla.

—Mi señor, ¿qué hacemos? —preguntó Miguel de Luesia sorprendido por la armadura sin divisa de su monarca—; la primera línea no ha detenido la carga cruzada y avanza directa contra nosotros.

—Lo único posible. —Y espoleó a su caballo—. Miguel, me temo que es ahora o nunca.

—¿Qué insinuáis, alteza? —El mayordomo real estaba en estado de máximo nerviosismo—. Ni lleváis distintivo, ni pendón real. ¡No respetarán vuestra vida!

El rey de Aragón se había presentado a la batalla con una sobrevesta blanca, con un pequeña cruz roja sobre el hombro, sin la señal real de cuatro palos de gules sobre fondo dorado de la casa de Aragón.

—Si caigo en batalla no mereceré que lo hagan, ¿no creéis? —insinuó Pedro II de Aragón.

—Es una locura, ¡deteneos, alteza!

—Vencimos en Las Navas y venceremos aquí. Si allí no hubiera liderado la carga contra los almohades, la victoria no habría sido nuestra. —El monarca agarró por el brazo a su mayordomo real—. Miguel, ¡victoria o muerte!

El ruido de la caballería pesada cruzada era ensordecedor, una nube de polvo se levantaba a escasos pasos de la formación aliada. Ya se veían los pendones y estandartes enemigos ondear orgullosos en el cielo de Muret.

—Os seguiremos allá donde ordenéis, y si ha de ser a la muerte, que así sea. Que no se diga que hubo un caballero aragonés que no acompañó a su rey en la batalla; que si no encontramos hoy la recompensa a nuestro valor, que esta llegue en la eternidad cuando se recuerde esta batalla y cómo os seguimos, alteza. —Y Miguel de Luesia, mayordomo real de Aragón se elevó sobre su caballo y gritó al viento—. ¿Quién quiere morir hoy junto a su rey?

Toda la mesnada real se giró hacia el noble aragonés y levantó las espadas. Momento en el cual Pedro II caló la celada de su yelmo y arengó a su corcel hacia una victoria que se recordaría durante siglos.

De esta manera, el cuerpo central de las tropas aliadas se lanzó al contraataque dirigido por un jinete desconocido, con el único emblema de una cruz de san Jorge en



su hombro, seguido por el mayordomo real y toda la flor y nata de la Corona. Aquel caballero sin divisa lanzó un grito de guerra que recorrió el alma de los vasallos de la casa de Aragón.

—¡San Jorge! —La cruz del santo, roja sobre fondo blanco, el emblema de los ejércitos de la Corona aragonesa en el exterior de sus fronteras ondeó en el cielo del Languedoc.

Todos los caballeros galopaban arropados por la fuerza de sus antepasados, de aquella legendaria nobleza que descendió de los Pirineos hace dos siglos para arrebatarse a los musulmanes sus tierras; la misma que vio nacer al Reino en el valle del río Aragón. Todos sintieron que aquel grito recorría su corazón como en aquel lejano día, hace ya más de un siglo, en que san Jorge encabezó las tropas del rey Pedro I de Aragón en la batalla de Alcoraz frente a las murallas de Huesca. Hoy, el segundo de su nombre en sentarse en el trono, frente a las de Muret, reclamaba la ayuda de sus ancestros para derrotar a los enemigos de la Corona. El rey, y con él todos sus nobles y caballeros, a lomos de sus poderosos caballos y guiados por la cruz de san Jorge, debían alcanzar velocidad lo antes posible, de lo contrario no tenían ninguna opción en una carga frontal frente a la temible caballería pesada cruzada.

**Muret, 12 de septiembre de 1213**

La vanguardia aliada resistía, poco a poco el valor de los catalanes y los montañeses iba nivelando el enfrentamiento. El conde de Foix hizo justicia a su fama de bravo señor de la guerra y consiguió recuperar algo de terreno. Una duda invadió su mente: ¿dónde está Montfort? Buscó su emblema, el león rampante, pero no encabezaba la carga ni estaba a su alrededor en la melé. Un frío intenso, casi helado, recorrió su cuerpo. Y volvió a hacerse la misma pregunta: ¿dónde está Montfort?

Entonces el temor se hizo evidencia y vio al león acercarse por la orilla del río. El vizconde los había flanqueado, la suerte estaba echada.

—¡No era posible! —Él sabía que no había espacio para ello—. ¿Cómo lo había logrado?

Miró de nuevo la posición del segundo cuerpo cruzado, al galope, y lo entendió. Las cargas no habían sido centradas. Ni la primera, ni la segunda, poco a poco los habían desplazado hacia las murallas de la ciudad. Y entre ellos y el río se había abierto un corredor por donde ahora penetraba Montfort. ¿Qué podía hacer él ahora? Nada... o todo. Giró su caballo, su guardia personal se percató y le siguió sin dudar.

—¡Catalanes! —llamó la atención del resto de la vanguardia—. ¡Es un ataque lateral! Montfort nos ha engañado, cargan contra el rey por uno de sus flancos.

»Combatid sin temor y sin odio, porque ese es nuestro firme compromiso. La victoria será nuestra. No estamos solos, las fuerzas nos vendrán de lo más alto, de ese Dios que atiende la justicia y la verdad, que no se deja engañar por cobardes y asesinos. Él es el Dios de nuestro ejército. Con su ayuda, ¡venceremos!

Los caballeros catalanes lo miraron, Dalmau de Creixell apretó los dientes y como tantos otros buenos hombres cabalgó detrás del conde de Foix hacia la leyenda o la muerte.

En el centro de la batalla, la poderosa caballería cruzada galopaba en perfecta formación, con toda su potencia intacta, hacia el cuerpo aliado. Era imponente, los pesados corceles, los caballeros curtidos en mil batallas, actuando como un solo hombre. Delante de ellos, en un número similar, se encontraban los aliados guiados por la cruz de San Jorge. Los dos cuerpos de caballería se acercaban el uno contra el otro a gran velocidad. Ya no había posibilidad de vuelta atrás. Cada vez quedaba menos aire entre ellos, cada vez más próximos, hasta que llegó la embestida. Una lluvia de gritos, lanzas rompiéndose, caballos chocando, cuerpos ensangrentados y un inmenso caos, donde la línea aliada fue atravesada por todas sus partes. Cuando Miguel de Luesia dominó su montura y buscó al resto de la mesnada del rey, se percató de la dura realidad. Los aliados estaban desorientados y con muchas bajas,

mientras los cruzados se reagrupaban de nuevo para la siguiente carga.

—¡Rápido! ¡Formad! —gritó desesperado—, ¡hay que volver a cargar!

Cabalgó hacia el ala derecha para organizarla lo antes posible. Buscó al rey y se tranquilizó al verlo a salvo, rodeado de sus hombres de confianza. Pedro II vestía sin sus señales heráldicas, pero aun así era reconocible por la cruz de san Jorge que lucía en la sobrevesta a la altura del hombro.

Todavía podían ganar la batalla. Entonces, mientras la línea aliada formaba de nuevo, miró hacia el Garona. Por su orilla derecha se movía una masa de polvo de origen desconocido. Y vio un estandarte surcando el cielo, un león rampante plateado sobre un campo rojo: era Montfort. Había penetrado entre las dos líneas: ¿cómo era posible?

Solo había una opción: cargar de nuevo. Antes de que los alcanzara, y confiar en que la reserva saliera a su auxilio. Cabalgó hasta el portador del pendón real.

—Rápido, avisa al conde de Tolosa. ¡Que avance la reserva! —espetó el mayordomo real—. Pero hacia el río, al flanco derecho. ¡Van a atacar por allí!

Lo movió según el código establecido para comunicarse en el campo de batalla. El conde debería verlo y actuar en consecuencia. Esa era la única opción. Los tolosanos contaban con la mayor cantidad de caballería de las tres formaciones aliadas, si llegaban a tiempo podían acabar con los cruzados. Había que volver a cargar antes de que llegara el tercer cuerpo enemigo. A pesar de la astuta trampa de Montfort, aquella podía ser una victoria épica.

Se levantó sobre su caballo, espada en alto y lanzó un grito desde lo más profundo de su garganta, y todos reconocieron al mayordomo del rey de Aragón.

—¡San Jorge! ¡Victoria o muerte! —Miguel de Luesia lanzó otra nueva carga con todo el furor que llenaba su corazón—. ¡Gentes de armas mías! ¡Grande será la gloria de este día!

Demasiado precipitada, sin las líneas recuperadas, sin esperar refuerzos, sin evaluar la situación. No había tiempo, era ahora o nunca. Había que volver a coger velocidad y cargar. Los cruzados respondieron de inmediato y las dos líneas de caballería se lanzaron una contra la otra en una nueva carrera por cargar lo antes posible. Avanzaron sin miedo, llenos de arrojo y valor. El choque fue brutal, no tan potente como el primero, pero mucho más definitivo. Todos quedaron enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, ya no había posibilidad de retroceder. Los haces de cada ejército se mezclaron, las mesnadas intentaron mantenerse juntas. Aunque muchos caballeros quedaron aislados y, por tanto, a merced de sus enemigos.

Miguel de Luesia recibió el ataque de un escudero cruzado que buscaba la gloria de matar a un aragonés de alto linaje. Atacó con la espada muy arriba, descargándola con fuerza y poco tino. El mayordomo real no tuvo problemas en bloquear el golpe, girarse con el caballo y meter su acero entre las placas metálicas del costado de su enemigo hasta encontrar carne donde hundirla bien adentro. El siguiente era un caballero con la cruz cruzada pintada en el yelmo. Chocaron las espadas fuerte y

rápido. Una, dos y hasta tres veces más. El noble aragonés vio que su rival mostraba ya signos de fatiga y continuó atacando hasta que, golpe a golpe, fue cansándole, para finalmente derribarlo. Cayó el cruzado al suelo y el caballo de Miguel de Luesia lo aplastó con sus pezuñas hasta dejarlo sin vida. Libre de enemigos, fue hacia el centro de la batalla, en busca de su rey. Por el camino todavía dio buena cuenta de un caballero que luchaba con una pesada maza, demasiado corta para defenderse de su espada y al que no costó darle un buen tajo en el cuello y otro en la pierna. Al final llegó hasta el monarca y su mesnada real, que combatían sin problemas, bien provistos de hombres.

—¿Estáis en forma? —preguntó al monarca sin revelar quién era este realmente.

—Bien sabéis que sí, mas me gustaría que el resto de nuestro cuerpo también lo estuviese. La formación se ha roto, una batalla así tiene poco de honorable. Montfort nos ataca de flanco, carga desde el lado del río.

—¿Cómo es eso posible? ¡Nos destrozará! —El rey se mostró por primera vez nervioso.

—Ignoro cómo ha llegado hasta aquí, pero he visto su estandarte. Es un tercer cuerpo, la reserva cruzada a su mando, no hay duda —respondió más tranquilo Miguel de Luesia.

—¡Maldita sea! —Pedro II torció el gesto—. Hay que dar orden al conde de Tolosa para que tapone ese flanco y lo detenga.

—Ya he avisado a nuestra reserva, alteza. Ahora estamos en sus manos.

—Que Dios nos ayude entonces. —El monarca miró al cielo.

—¡El rey! ¡Atacan al rey! —gritaron varios cruzados cerca de ellos.

A lo lejos la mesnada con el pendón real estaba enzarzada contra decenas de enemigos. Dos de ellos rodeaban al caballero ataviado con la señal real.

—Es una trampa —carraspeó Miguel de Luesia—; intentan mataros.

—¡Qué vergüenza es esta! ¡No tienen ningún derecho!

—No hagáis una locura, guardad vuestro anonimato —susurró el mayordomo real.

—¿Y dejar que otros mueran por mí?

—Alteza, sois el rey, no podéis...

—Precisamente por eso, porque soy el rey no voy a permitir que nadie de su vida en mi nombre —graznó enervado el monarca aragonés.

—¡El rey ha muerto! ¡Los cruzados han matado a Pedro de Aragón! —se oía en todos lados.

Muchos caballeros dejaron de combatir. Fue extraño, como si la lucha se hubiera detenido. Una pausa tácita, extraña y peligrosa. Nadie sabía qué hacer.

Entonces, el cuerpo de Montfort entró como una daga en la línea aragonesa y la barrió de derecha a izquierda. Los aliados no le vieron venir. El vizconde avanzó como un cuchillo, cortando y dando tajos de espada en todo a su paso.

—Hay que hacer algo, debemos formar de nuevo —se apresuró Miguel de Luesia

—. ¿Dónde está la reserva? —espetó desesperado—, ¿dónde está el conde de Tolosa?

—¡Yo soy el rey! ¡El rey! —gritó Pedro II, desprendiéndose del yelmo para que todos le vieran bien el rostro—. ¡Soy el rey!

Los aragoneses vieron a su monarca como si fuera la misma visión de san Jorge en la legendaria batalla de Alcoraz frente a las murallas de Huesca y volvieron a la lucha con más fuerza y ahínco. Un grupo de *faidits* llegó desde la vanguardia encabezado por un caballero negro y cargaron contra las nuevas tropas que encabezaba Montfort equilibrando la batalla.

Si los condes de Tolosa y Comminges llegaban pronto con las numerosas reservas la victoria por parte de los aliados podía ser total.

La revelación de Pedro II tenía sus riesgos, y como alimañas, una melé de cruzados se lanzaron a por el rey de Aragón. La mesnada real reaccionó saliendo a defender a su soberano. Se cruzaron las espadas, atravesando carnes y dando tajos tanto a hombres como a caballos. Muchos cayeron. Pero la mayoría de la mesnada se mantenía firme, resistiendo los ataques que recibían de todos los flancos. El resto de aliados, aunque menores en número, habían logrado contener la carga de Montfort, mientras esperaban los esenciales refuerzos tolosanos.

Alain de Roucy y Florent de Ville miraban el cadáver del caballero que acababan de matar. Vestía con el blasón de la casa real. Tenía que ser el monarca, sin embargo a cien pasos un caballero gritaba que él era el rey. Se desprendía de su yelmo y era vitoreado por los aragoneses.

—Nos han engañado —afirmó Alain.

—Me temo que sí. —Florent escupió al suelo—. Pero aún no está todo perdido.

Los dos cruzados apretaron espuelas y se abrieron camino entre los combatientes de ambos ejércitos. Su misión era clara, todo lo demás no importaba. Alain dio dos tajos a un escudero que se interpuso en su camino. Florent esquivó el ataque de un aragonés que lanzó dos golpes de maza, sin encontrar su objetivo. Al tercero, contraatacó y antes de que pudiera bajar el brazo le metió la espada en el centro de la garganta. Ni se paró a ver cómo caía. Siguió avanzando detrás de Alain.

Dos sargentos con el emblema cuatribarrado de la casa real se opusieron en su trayectoria. Alain se lio a espadazos con el primero de ellos, que montaba un corcel negro. Florent observó al otro. Montaba un caballo marrón y blanco, e iba armado con una lanza. No sabía bien cómo atacarlo, estaba en inferioridad frente a aquella arma y temía ser derribado. Hizo varios amagos de arrancar contra él, no se decidió. Por su parte el lancero de la casa real parecía también indeciso. Mientras, Alain hacía retroceder al otro sargento con el empuje de su espada.

Florent mordió los dientes, estaban perdiendo un tiempo precioso. Disimuladamente bajó su espada, el sargento se percató y pensó que era alguna treta para incitarle a que atacara. Cruzaron su mirada durante un instante, entonces el sargento se sorprendió al ver como Florent dejaba caer su espada, la cual se clavó en el fangoso suelo del campo de batalla en que se había convertido la llanura frente a

Muret. No creyó lo que acababa de suceder, levantó la vista justo para ver como una azcona volaba para romperle el mentón. Florent la tenía en el lateral de su montura y había dejado la espada para poder cogerla. Espoleó a su corcel y fue hacia su enemigo que se balanceó hacia atrás, pero sin caer de la montura. La lanza todavía estaba en su mano cuando Florent llegó y se la arrebató.

Al mismo tiempo, Alain remataba a su adversario con un corte mortal en el cuello.

—¡Vamos! —gritó Florent al tiempo que alzaba la lanza.

Alain se adelantó y abrió camino entre la melé que se había formado en el centro de la batalla. Salieron a su paso más aliados, pero el cruzado los detuvo mientras Florent galopaba hacia su objetivo.

Florent lanceó a un aragonés fornido, que no parecía fácil de abatir. Este resistió el impacto con soberbio empaque, no cayendo derribado, aunque el tiracol del escudo se rompió y perdió su parapeto. El cruzado hincó con todas sus fuerzas la punta de la lanza en el pecho, hasta que le hizo perder finalmente el equilibrio y precipitarse de lo alto de su montura.

Alain también llegó hasta él, bajó del caballo y avanzó hacia el caballero caído antes de que tuviera opción de incorporarse. No llevaba divisa en la sobrevesta, tan solo una cruz de san Jorge sobre el hombro. Con la dos manos, clavó su espada en el pecho del caído. Se agachó, levantó la celada del yelmo y sonrió.

El mayordomo real lo supo al instante. Se defendía de dos francos que cargaban una y otra vez contra él. No podía atacar directamente a ninguno, o su compañero acabaría con él. Así que resistía en busca de una oportunidad. Dio dos golpes ciegos con la espada contra sus enemigos y clavó espuelas saliendo a defender a aquel aragonés que había sido abatido. Desmontó y corrió hacia él. Lo vio entre ríos de sangre, con los ojos abiertos y la mirada inerte. Pedro II de Aragón yacía muerto en el campo de batalla.

Su cuerpo se paralizó, un intenso calor se inició en su espalda y creció. Aunque en realidad era su corazón lo que más le dolía. Cuando aquel dardo le mordió en el costado, ya sabía que ese iba a ser su último día. No por la herida que acaban de provocarle, sino porque ya no quería vivir.

—Si he de perecer, que sea aquí, hoy y con mi rey. Pues no hay más deshonor que ver morir a mi señor. —Y Miguel de Luesia cerró los ojos.

Cuando los abrió dos soldados francos iban hacia él. Se agachó para coger un escudo que yacía sobre el campo de batalla. Detuvo el primero de los golpes y sacó la espada por debajo del parapeto. Alcanzó al cruzado y tiró hacia abajo, para hacerle el mayor desgarró posible en las tripas. Florent gritó de dolor a la vez que escupía un borbotón de sangre con espuma blanca y sus ojos se licuaban de dolor.

El segundo atacó con una maza que se llevó por delante el parapeto del noble aragonés. Alain erró el siguiente golpe y Miguel de Luesia aprovechó para darle dos tajaduras rápidas y con buena puntería en el costado. Hundió el filo profundamente

en el muslo de su oponente y este cayó desangrándose. Apoyó el pie y lo desclavó. Entonces notó un calor ardiente en el hombro, mientras un enorme pelirrojo le hincó la espada en el brazo. Se revolvió como una bestia herida, pero quien tenía detrás le volvió a pinchar en el costado y le hizo caer de rodillas. Ya no tenía fuerza. Miró a su ejecutor. Era un infante bien puesto, de rostro joven y mirada fría; armado con escudo y espada. Inexplicablemente no le mató al instante, sino que permaneció observándole unos segundos.

—¡Remátale de una vez! ¿Qué demonios haces, Martín? —gritó el pelirrojo.

—¿Martín? —susurró con un débil hilo de voz Miguel de Luesia mientras volvía a mirarle—. ¿Martín de Arrés? ¿Eres tú?

—Te conoce, ¿cómo es posible? —inquirió Hugh desconcertado.

—¿Lo encontraste? —preguntó con su último suspiro.

Martín no contestó, estaba paralizado.

—El libro, ¿lo tienes? Nos dijeron que habías muerto.

—Como puedes ver estoy vivo —respondió el cruzado—, y no encontré el libro, pero sí otra cosa: la verdadera fe, la de la Iglesia católica.

—Luchas con nuestros enemigos. —La sangre le ahogaba y le salía por la boca—, ¿qué te ha pasado? —Con las pocas fuerzas que le quedaban agarró a Martín del brazo—. Pedro II ha caído.

—Lo sé. —Y miró hacia donde yacía el soberano aragonés.

—Tu rey ha muerto. —Y calló para acompañar al monarca de Aragón en su destino.

—¿Qué te pasa? —Hugh se acercó muy contrariado por la escena que acababa de presenciar—. ¿Me vas a contar por qué ese noble aragonés sabía tu nombre?

—El pobre desgraciado estaba delirando.

—Conocía tu nombre, ¿cómo es posible? —Pero Hugh no esperó la respuesta, pronto algo llamó su atención—: ¡Mira! ¡Es el rey aragonés! Lo han matado y lo están desnudando.

—No pueden hacer eso, ¡es un monarca! —graznó el aragonés.

—¿Por qué no? ¡Es un defensor de herejes!

—No somos salvajes, somos soldados de Dios y debemos comportarnos con honor. ¡Esto no es correcto! Es un rey, coronado por el papa, no nos corresponde a nosotros juzgarlo ni darle muerte, y mucho menos deshonorar su cadáver. ¡Hay que respetarlo! —insistió Martín que fue directo hacia el cuerpo sin vida de Pedro II.

—¡Estás loco! Es un hereje, cualquiera diría que tú también lo eres.

—No, pero yo soy aragonés ¡y este es mi rey!

—¡Aragonés! —Hugh quedó paralizado—. ¡Mentiste! ¡Has estado haciéndolo desde que te conozco!

—Mentí y volvería a hacerlo. —Martín miró desafiante a su compañero.

Hugh, decepcionado, abrió los ojos todo lo que pudo y supo que su amigo le había estado engañando desde el primer día.

—¡Traidor! —gritó con todas sus fuerzas el normando.

Alzó su espada contra Martín, este empujó con su escudo y detuvo el golpe. Metió entonces su espada por debajo, dándole un buen tajo en el muslo. El pelirrojo gritó de dolor y el aragonés le tajó la garganta con un nuevo movimiento certero. No se detuvo en verle caer y salió corriendo hacia los bárbaros que profanaban el cadáver del monarca aragonés. Entró en la melé dando espadazos a derecha e izquierda.

—¡Es el rey! ¡Deteneos! —gritó con toda sus fuerzas—. ¡Es el rey de Aragón!

Llegó hasta el cuerpo desnudo de Pedro II asaetado hasta la obscenidad y cortó el cuello de un desdentado que reía orgulloso por haber robado la espada del monarca. No pudo hacer mucho más, una lanza le cruzó el pecho y una saeta le alcanzó en el muslo. Cayó y en el suelo fue rematado por un caballero con el rostro oculto por un yelmo, que le degolló sin compasión. Después de ejecutarlo, aquel cruzado levantó la celada de su yelmo. Una cicatriz asomaba por ella.

A Martín le ardía todo el cuerpo. Sentía como le abandonaba la vida. Se llevó las manos al cuello, la sangre brotaba como una fuente. Había llegado el fatídico día, ese que nos espera a todos. Aquel que tanto tememos. Para él era como el principio de un sueño. Ahora cerraría los ojos y dormiría para siempre, solo esperaba una cosa, que su rey le perdonara.

La muerte del monarca aragonés paralizó al ejército aliado. Pedro II, rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier, haciendo honor a su nobleza de sangre, había caído como caballero. Nadie pudo impedir la huida generalizada de las fuerzas de caballería aliada. Nada se supo de la reserva ni del conde de Tolosa. No acudieron al centro de la batalla, no cumplieron las órdenes enviadas por Miguel de Luesia, no evitaron el ataque lateral de Montfort. Raimon VI no socorrió a su señor y dejó a su merced a los combatientes aliados.

Solo un grupo de *faidits* mantenía su posición, resistiendo la marea de cobardes que huían en todas direcciones.

—¿A dónde vais? ¡Seguid luchando! —gritaba el caballero oscuro.

—El rey ha muerto —respondió un sargento de Foix—; ¡todos huyen! ¡La batalla está perdida!

—¿Cómo? ¿Y el conde de Tolosa? —La noticia paralizó a Isabel—. ¿Dónde está la reserva de nuestro ejército? ¿Dónde está el conde?

Todos desertaban, escapando como perros asustados. Ella no.

Si el monarca había muerto, eso significaba el fin. Todo el Languedoc caería en manos de los extranjeros. Sabía que su mundo estaba muriendo aquel día frente a las murallas de Muret. Por eso no lo vio venir. Era un hombre corpulento, que montaba un voluminoso caballo blanco. Su espada era más alta de lo habitual y describió un arco antes de precipitarse contra su pecho. La sangre caliente escurrió por su armadura.

Se acabó. Ya no cabalgaría más vestida de hombre, ya no volvería a ver Foix. No tenía miedo. Solo sentía no haberlo hecho mejor. Todo se paralizó a su alrededor.



Cayó de rodillas. No cerró los ojos, pero ya no veía el campo de batalla. Por contra, ante ella se mostraba la terraza de la torre del homenaje del castillo de Foix. Desde allí podía ver los Pirineos, con sus cumbres nevadas y un viento fresco que venía de ellas. Vio a sus padres, a su tíos —los condes de Foix—, al maestro de armas, a Batiste con su arco, al perfecto Antoine, incluso a aquel joven aragonés que vivía con él. Antes de caer, su hermosa melena se liberó y voló al viento. Sus ojos bicolor se apagaron, como las esperanzas de libertad de su corazón.

El cuerpo al mando de Montfort aniquiló a los aragoneses, desorientados por la muerte de su rey. El ataque desde el flanco derecho unido a la decisiva y planeada muerte del monarca de Aragón había descompuesto a las fuerzas aliadas. Todo había salido tal y como había planeado el vizconde, aunque le sorprendía que los aragoneses no hubieran dispuesto de un cuerpo de reserva. Seguramente estaban tan confiados en la victoria que no lo creyeron necesario.

Simon de Montfort se abrió camino entre los despojos del ejército enemigo y se detuvo ante Florent y Alain, que heridos y cansados intentaban recuperarse del brutal esfuerzo. Sus heridas no tenían buen aspecto y no sabía si saldrían con vida de aquella batalla.

—Bien hecho —asintió el vizconde con escueta alegría.

—Solo hicimos lo que nos ordenasteis —respondió Alain.

—Debéis estar orgullosos, pocos pueden decir que han matado a un rey.

Montfort no se detuvo más en sus dos caballeros y prosiguió para dirigir a sus fuerzas contra la milicia tolosana, que ajena a la muerte del rey, seguía asediando la villa de Muret. La carga los sorprendió asaltando las murallas. La inexperta infantería aliada no estaba preparada para repeler un ataque directo de caballería pesada. Desconocían las técnicas militares necesarias, no disponían de armamento adecuado, ni de un líder que los organizara, por lo que fue una carnicería. Los infantes corrían de un lado a otro, mientras eran aniquilados por los cruzados, con una facilidad pasmosa. Algunos huyeron hacia el campamento, muchos intentaron alcanzar las barcasas que habían llevado los suministros y las armas desde Tolosa. Otros fueron menos afortunados y buscaron la salvación en las aguas del Garona, intentando cruzar a nado el río; la mayoría acabaron ahogados.

Las milicias tolosanas, prácticamente sus más de diez mil componentes, fueron masacradas. No hubo paz para ellos. Al día siguiente, en Tolosa, la mayoría las casas tuvo que guardar luto, porque en todas se había perdido algún miembro de la familia.

Nada se supo del cuerpo de reserva al mando de Raimon VI, conde de Tolosa. Sus caballeros no llegaron a entrar en combate, al parecer huyeron. El conde salvó la vida aunque no el honor.

En Muret había muerto un rey y con él su sueño. Un sueño que se transformó en pesadilla. En una cosa tenía razón su alteza, era ahora o nunca, y efectivamente su sueño ya nunca se hizo realidad.

El hombre se alimenta de sus sueños, quizá si tus sueños desaparecen, lo mejor

sea morir con ellos.

# EPÍLOGO

## Montségur, primeros días de marzo de 1244

Eran ya diez largos meses de asedio, los ejércitos reales del rey de Francia habían hecho brecha en las murallas y ese día terminaba el plazo dado para la rendición de Montségur, para que cayera después de tantos años de resistencia.

Habían pasado más de tres décadas desde aquel desdichado 12 de septiembre del año 1213, cuando el rey de Aragón fue derrotado y asesinado vilmente en Muret. Desde aquel fatídico día, la Corona de Aragón no había vuelto a intervenir en el Languedoc.

A pesar de tal inmenso desastre y de los constantes asedios sufridos desde entonces, Montségur se había mostrado inconquistable para sus enemigos, sobreviviendo a las muertes de Simon de Montfort, Arnaldo Amalario e Inocencio III, los grandes enemigos de los buenos hombres.

Aun así, no había paz para ellos y otros habían ocupado sus vacantes e insistido en exterminar su fe. En especial el monarca francés, que libre de sus enfrentamientos al norte había sabido aprovecharse de las consecuencias de la batalla de Muret para ser él quien tomara el Languedoc.

Pero Montségur resistía, se había convertido en el fortín inexpugnable de los cátaros. Su inaccesibilidad y sus murallas la habían hecho inconquistable durante treinta años, hasta que un ejército de seis mil soldados del rey de Francia lo había sitiado. Los defensores eran apenas doscientos, la mayoría mujeres, niños y ancianos.

Una vez que la defensa era imposible, los sitiadores habían dado un plazo de quince días a los defensores para abandonar el castillo, y optar entre la abjuración de su fe o la hoguera.

—¡Rápido! Por aquí —apresuraba a indicar un hombre robusto de avanzada edad a un reducido grupo de cinco integrantes, entro ellos una dama y una joven muchacha.

—Sí, sí. Ya vamos, Sébastien —respondió la mujer.

—Es aquí, de prisa, ¡entrad en el túnel! —Levantó una trampilla en el suelo de una pequeña cueva.

Las antorchas que portaban iluminaron la húmeda cavidad cuando un fuerte impacto sacudió la tierra, haciendo que la montaña se estremeciera.

—¿Qué es eso? —preguntó la dama.

—No lo sé, ¡sigamos!

—¿Hasta dónde alcanza el túnel? —inquirió un muchacho joven, armado con una espada.

—Llega a los pies del promontorio, ¡vamos! No os detengáis.

Avanzaron por las entrañas de la tierra a través de aquel angosto paso, que se

estrechaba a cada paso que daban, de tal manera que llegó un momento en que tuvieron que arrastrarse por el suelo para poder proseguir.

—¿Quién construyó este túnel? —insistió el joven.

—Lo ignoro, el antiguo perfecto Jean me lo mostró antes de construir el castillo, pero no me contó nunca su origen. Yo esperaba no tener que llegar a usarlo nunca.

—En aquella época luchabais contra aquel monstruo, Montfort, ¿verdad?

—Sí hijo, suerte que no le llegasteis a conocer.

—Murió al poco de nacer tú —afirmó la dama—; también en un asedio tan largo como este, pero en Tolosa, a causa de una pedrada lanzada por un mangonel que dispararon unas mujeres y que le aplastó la cabeza.

—Así es, para bien o para mal ya no queda nadie de aquella época. Todos murieron, muchos en la batalla de Muret.

—Estoy cansada —advirtió la niña más pequeña.

—Hay que seguir. —Sébastien la cogió en hombros.

—¿Y el resto? ¿Qué pasará con ellos? —preguntó el muchacho.

—Se han quedado para que nosotros podamos huir, así que no podemos fallarles.

—¿Tan importante es? —insistió.

—No puedes imaginar cuánta gente ha muerto por su causa: reyes, vizcondes, arzobispos... Hasta el papa ha matado por poseerlo. Tenían miedo, miedo a lo desconocido, a que todos pudieran acceder a la luz de sus palabras.

—¿Estamos lejos? —interrumpió la más pequeña.

—No, ya estamos llegando. Escuchadme bien, saldremos con precaución y subiremos hasta el pantano de los druidas. —Sébastien, que ya no era aquel muchacho de los tiempos del inicio de la Cruzada, se mostraba fatigado por el esfuerzo.

—¿Y luego? —preguntó su hija pequeña, una hermosa muchacha.

—Cruzaremos los Pirineos, aunque todavía habrá cuantiosa nieve. —Les miró fijamente a todos—. Debemos salvar el libro, lo sabéis. Es nuestro tesoro.

—¿Ya no podremos volver nunca a Montségur?

—Me temo que no, hija, deberemos buscar refugio en las tierras de la Corona de Aragón. Al otro lado de los Pirineos estaremos a salvo de los soldados del rey de Francia, pero deberemos mantenernos ocultos. Nadie debe saber de nuestra fe y lo que es más importante, a partir de ahora, somos los defensores del libro, no lo olvidéis nunca. Debemos encontrar un nuevo lugar donde protegerlo.

—Ningún sitio será como Montségur —advirtió el muchacho.

—Eso me temo, no hay refugio mejor que sus muros, pero debemos ser fuertes, encontraremos un territorio donde asentarnos y desde allí, con ayuda del libro, volveremos a empezar.

—¿En la Corona de Aragón? —La dama no parecía muy convencida.

—Sí, cruzaremos las montañas y descenderemos hasta el gran río que baña sus tierras, al sur. Me han hablado de un territorio montañoso y fronterizo con los moros

de Valencia, donde nadie nos buscará.

Finalmente, salieron de nuevo a la luz cerca de la orilla del río, en una zona boscosa alejada de las tropas reales de Francia.

Prosiguieron hacia las montañas, ascendieron las primeras estribaciones y miraron por última vez a lo alto del risco donde se ubicaba Montségur. Un hilo de humo negro como la muerte subía hasta el cielo que amenazaba tormenta. Solo podía significar una cosa, los últimos cátaros no habían abjurado de su fe y habían sido quemados vivos.

—Recemos hijos. —Y Sébastien se arrodilló—. Es lo único que podemos hacer ya por las almas de los buenos hombres.

## NOTAS DEL AUTOR

Siempre he creído que la historia ha tratado de manera injusta al rey Pedro II de Aragón, suele ser siempre así con los perdedores. Incluso su propio hijo Jaime I no fue muy condescendiente con él, como dejó claro en *Llibre dels feits*, la primera crónica de la historia de la Corona de Aragón. No debe extrañarnos, su padre no quiso conocerle hasta que tuvo dos años de edad y después lo entregó a su peor enemigo.

La publicidad de la Iglesia en su contra todavía hundió más la figura del monarca. Aunque, curiosamente, ha pasado a la historia con el sobrenombre de «el Católico». También jugó en su contra la historiografía francesa, que encumbró a Simon de Montfort a su costa.

Por todas estas razones, tenemos la imagen de un monarca temerario, excéntrico y libertino; se ha llegado a decir que no cumplimentó las ceremonias religiosas y que tuvo una supuesta noche de lujuria antes de la batalla.

Esta fue una de las primeras razones que me llevó a escribir la novela. Mostrar a un rey que tenía un sueño, ambicioso y difícil de llevar a cabo, como todos los sueños. Y que de haberse llevado a buen puerto, hubiera cambiado toda la historia de la Europa medieval. Un monarca ambicioso, carismático y valiente.

La novela parte de la teoría de que Pedro II ideó toda una compleja estrategia de ámbito internacional para apoderarse de todo el Languedoc y crear lo que se ha llamado la «Gran Corona de Aragón». Su éxito hubiera supuesto el nacimiento de un poderoso reino con los Pirineos como columna vertebral, con influencia en Europa continental y, como consecuencia directa, Francia nunca hubiera llegado a ser un estado tan poderoso.

La mayoría de los territorios del Languedoc eran vasallos suyos, a excepción del más poderoso de la región: el condado de Tolosa. Por ello, el monarca jugó a favor una carta que en principio no le era nada beneficiosa: la Cruzada contra los cátaros. Esta ambiciosa acción es la base de la novela.

Languedoc es un término que hace referencia al país de la lengua de oc, en contraposición a lo que hoy es el norte de Francia, donde se hablaba la lengua de oïl. Decidí utilizarlo para referirme al conjunto de condados y señoríos que a principios del siglo XIII abarcaban todo el sur de Francia, incluida la Provenza; no así el ducado de Aquitania, vasallo del Reino de Inglaterra. En esta época, para sus habitantes no había una concepción de que estas regiones formaran parte de un único estado, pero era necesario que los personajes de la novela utilizaran un término claro para referirse a toda la zona que se vio involucrada por el conflicto. Occitania lo descarté porque se empezó a utilizar posteriormente, aunque hoy en día se identifica mejor con esos

territorios. Y además, este término sí engloba Aquitania, precisamente proviene etimológicamente de la unión de *Occ* aludiendo a la lengua d'oc y la terminación «*itania*» en relación a Aquitania.

Muchos de los personajes de la novela son históricos, quizás los dos más destacados, además del rey de Aragón, sean Arnaldo Amalarico, legado papal y arzobispo de Narbona, y Simon de Montfort, líder militar de la Cruzada. Dos grandes personalidades a las que he intentado respetar y darles el carisma y el carácter que las fuentes apuntan que tuvieron. Otros importantes son la legendaria Etiennette de Pennautier, Miguel de Luesia y Dalmau de Creixell. En este caso, he ficcionalizado más a estos personajes por dos motivos: porque hay menos fuentes sobre ellos y para poder dotar a la trama de ficción de mayor fluidez y riqueza.

Otros más secundarios como Inocencio III, Berenguer de Narbona o Domingo de Guzmán me han servido para mostrar aspectos importantes del catolicismo en los inicios del siglo XIII y son fieles a las fuentes históricas. En la Edad Media la Iglesia era muy diferente a la actualidad, era habitual que los sacerdotes y obispos empuñaran las armas y tuvieran mercenarios a su servicio. Como también lo era que altos miembros de la nobleza, hijos menores o bastardos, eligieran servir a Dios para labrarse un futuro y en la práctica se comportaban como señores laicos dentro de los señoríos eclesiásticos.

Los personajes de ficción más importantes son las dos parejas Marie-Sébastien y Martín-Isabel, formadas por mujeres cátaras y dos hombres tan distintos como un cruzado franco y un espía aragonés. Para intentar introducir las creencias del catarismo, además de estos personajes femeninos he utilizado a Antoine, un perfecto.

El catarismo es otro de los temas centrales de la trama, aunque no el más importante. He intentado huir de mitos y temas esotéricos, y centrarme su doctrina, para mostrar cómo eran esas gentes y cuáles eran sus creencias. Aunque es difícil interpretar cómo sentían la fe esos hombres, he intentado ser lo más riguroso posible y basarme en los estudios más importantes que hay sobre ellos. Destacar que el *Libro de los dos principios* existe, así como el resto de obras que se citan.

*El libro de los dos principios* es uno de los pocos documentos que se han encontrado procedentes directamente de los cátaros. Está dividido en siete compendios o tratados y es la principal fuente para intentar comprender la fe de esta comunidad. La bibliografía cátara es muy escasa, ya que los cruzados destruyeron sistemáticamente todos sus escritos y libros.

La Cruzada contra los albigenses (1209 – 1229) es una guerra medieval que cuenta con una rica cronística (hay 175 crónicas europeas escritas entre 1209 y 1328 que la mencionan) y una historiografía amplia y compleja, en especial desde el siglo XIX hasta nuestros días. Las circunstancias coyunturales (religiosas, culturales, políticas, ideológicas) de cada época han condicionado la concepción y el sentido de este enfrentamiento.

La primera Guerra Santa en el seno de la cristiandad no sirvió para acabar con el

catarismo, pero logró cambiar la realidad política del Languedoc: su probable integración en la Corona de Aragón dio paso al dominio del rey de Francia. Esto permitió a la Iglesia, segunda gran beneficiada del conflicto, aplicar nuevas medidas antiheréticas: la Inquisición.

Aun así, el conflicto contra los cátaros se extendió hasta el año 1244, pero convertido en un enfrentamiento entre el rey de Francia y los disidentes cátaros, que encastillados en sus castros y fortalezas se opusieron a la autoridad real.

Otros personajes de ficción, como el normando Hugh o Pierre, hacen justicia a una figura muy habitual en el medievo, los mercenarios y los caballeros sin tierra. Hombres que vivían de la guerra y que sin ella no eran nada. Que a pesar de que nos parecen crueles y terribles desde nuestra visión del siglo XXI, tenían su propio sistema de valores y de honor.

He introducido en la trama numerosas referencias al amor cortés, los trovadores y el papel de las mujeres, porque eran pilares esenciales que hacían especial la cultura del Languedoc. Y que son esenciales para recrear la época en la que sucede la trama.

La batalla de las Navas de Tolosa tiene gran trascendencia en la novela porque así la tuvo en la historia. Esta victoria fue el espaldarazo que necesitaba Pedro II para poder llevar a cabo la última parte de su plan.

No hay una teoría única admitida para explicar qué sucedió el 12 y 13 de septiembre de 1213 frente a las murallas de Muret. Después de haber leído a numerosos historiadores, me queda la tristeza y la duda de cómo pudo perder la Corona de Aragón ese enfrentamiento. No creo que Pedro II fuera un inepto estratega, más bien todo lo contrario, era un veterano de Las Navas y tenía experiencia en táctica militar en los avances que hubo en el sur de Teruel. Estaba bien asesorado por expertos como Miguel de Luesia o el conde de Foix. Por tanto ni era un novato ni mucho menos un incompetente en materia bélica. Bien es verdad que frente a él tenía a un genio de la guerra: Simon de Montfort. Algunos autores afirman que la moral cruzada era más alta, ya que luchaban por Dios y estaban dispuestos a morir por él. No es menos cierto que los aragoneses y catalanes combatían por su rey y, de hecho, murieron por él. Los occitanos, unos luchaban por su señor y otros lo hacían por expulsar a unos extranjeros que habían invadido sus tierras, los habían expulsado de sus casas y amenazaban su libertad y su forma de vida. Por lo que creo que no había diferencias en la moral de ambos ejércitos.

¿Dónde estuvo entonces la razón de la derrota de Pedro II de Aragón? En mi opinión, y así lo muestro en la trama de la novela, en dos hechos: la hábil treta de Montfort de fingir una retirada y la vergonzosa actuación del conde de Tolosa. Raimon VI al mando de la reserva, que de los tres cuerpos cruzados era el más numeroso, no llegó a intervenir en la batalla.

Respecto al número de combatientes de uno y otro lado, las cifras siempre varían según la fuente. Y los cronistas de la época, afines a Montfort, empuñan las de los cruzados y engrandecen las de los aliados para ensalzar la victoria cruzada. Creo



que las que se dan en la novela se ajustan lo más verazmente posible a la realidad.

Sobre las localizaciones de la novela, he visitado la mayoría de ellas; especialmente Foix, Narbona y Carcasona. Algunas han cambiado mucho como Muret o Tolosa. En otras como Montségur, dado su aislamiento, es posible imaginar todavía cómo pudo ser el castro fortificado que edificaron allí los cátaros. El castillo de Puivert actual no es el que se levantaba a principios del siglo XIII, su emplazamiento y su paisaje sí se han respetado. Todos conocemos Carcasona y la restauración que se realizó en el siglo XIX por el arquitecto Viollet-le-Duc, que si bien se tomó licencias que hoy no estarían permitidas por las comisiones de patrimonio, hay que reconocer que su trabajo la ha convertido en la ciudad medieval más famosa del mundo. Visité también los castillos de la Montaña Negra, Termes e incluso otros que no aparecen en la novela como los de Queribus, Peyrepertuse, Arques, Aguilar o Puilaurens. Estudié con detenimiento la plaza de Minerve y el emplazamiento de las armas de asedio. La mayor parte de las localizaciones en España ya las conocía: el castillo de Monzón, la Aljafería de Zaragoza o los restos de época medieval de Barcelona.

Una mención especial merece Montségur y su asedio final. En la novela se explica su fortificación y su destino fatal, treinta años después de la batalla de Muret.

Montségur es un castillo repleto de misterios y leyendas, que se ha convertido en el santuario del catarismo. Tal y como se narra en el epílogo, fue el último refugio de los cátaros hasta el año 1244, cuando las fuerzas de la monarquía francesa tomaron la fortaleza. Por esa fecha el reino de Francia había anexionado todo el Languedoc, y quedaba ya muy lejos la época de la Cruzada y Montfort, pero los cátaros seguían resistiendo en esta fortaleza, que finalmente cayó. Doscientos cátaros salieron de Montségur por su propio pie y se metieron, caminando, entre las llamas de la enorme pira que se había levantado en lo que hoy se conoce como el «campo de los quemados», donde una estela hace honor a la memoria de aquellos buenos hombres que se inmolaron voluntariamente en defensa de su fe.

Aunque se asegura que unos pocos lograron huir con sus secretos, sobre todo sus libros, y se establecieron en la Corona de Aragón ocultando sus identidades y su fe.

Con la derrota de Muret y la muerte de Pedro II, la Corona de Aragón perdió la mayoría de territorios al otro lado de los Pirineos, tuvo que replantear toda su política internacional. Fue el inicio de una época en la que los sucesivos monarcas de la Corona se alinearon más con los intereses catalanes que con los del Reino de Aragón. Jaime I fue quien dio un cambio a la política expansiva de la Corona y se centró en el Mediterráneo, conquistando Mallorca y sometiendo a vasallaje a Menorca. La conquista de Valencia fue una variante de esta política, que fue obligada por la presión e iniciativa de la nobleza aragonesa. La Corona de Aragón abandonó para siempre el sueño de expandirse al norte de los Pirineos.



# GLOSARIO DE PERSONAJES

h: personaje histórico

f: personaje de ficción.

**Alain de Roucy:** h., caballero cruzado.

**Alfonso VIII:** h., rey de Castilla.

**Antoine:** f., perfecto cátaro de Foix.

**Arnaldo Amalarico:** h., abad del Císter, legado papal.

**Batiste:** f., arquero de Foix.

**Berenguer de Narbona:** h., arzobispo de Narbona.

**Dalmau de Creixell:** h., noble catalán.

**Diego López de Haro:** h., señor de Vizcaya.

**Domingo de Guzmán:** h., santo y fundador de la Orden de los Dominicos.

**Florent de Ville:** h., caballero cruzado.

**Fulco de Marsella:** h., obispo de Tolosa y antiguo trovador.

**Guillaume:** h., sacerdote experto en máquinas de asedio.

**Guillermo de Almazán:** f., caballero castellano a las órdenes de Pedro II de Aragón.

**Hugh:** f., caballero normando de la Cruzada.

**Hugo de Valence:** f., ayudante del legado papal.

**Inocencio III:** h., papa de Roma.

**Isabel de Foix:** f., sobrina del conde de Foix.

**Juan de Atarés:** f., ayudante del legado papal.

**La Loba:** h., Etiennette de Pennautier, señora de Cabaret.

**María de Montpellier:** h., esposa de Pedro II, reina de Aragón.

**Marie:** f., habitante de Béziers.

**Martín:** f., joven aragonés.

**Miguel de Luesia:** h., noble aragonés, mayordomo real.

**Miraval:** h., trovador.

**Pedro II:** h., rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier.

**Pierre:** f., mercenario.

**Pierre de Vaux-de-Cernay:** h., monje cisterciense, sobrino de Montfort y cronista.

**Raimon VI:** h., conde de Tolosa.

**Raimon Roger:** h., conde de Foix.

**Robert de Mauvoisin:** h., lugarteniente de Montfort.

**Sancho VII el Fuerte:** h., rey de Navarra.

**Sébastien:** f., voluntario cruzado de París.

**Simon de Montfort:** h., vizconde de Béziers y Carcasona, líder de la Cruzada.



# AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todos mis lectores, sois vosotros con vuestro apoyo, vuestros comentarios y vuestro cariño, quienes hacéis posible que cada libro salga a la luz. Esta novela está dedicada a vosotros. Gracias por vuestra confianza, espero que esta aventura os apasione tanto como a mí y que, al encontrarnos algún día, podamos charlar sobre los sueños imposibles. Sabéis que siempre estoy disponible en las redes sociales para hablar con vosotros.

A Elena, mi primera y más exigente lectora, que con sus ideas y comentarios sinceros hace que en cada libro intente dar lo mejor de mí mismo.

A todos los que creyeron que esta novela era posible, en especial al equipo de Ediciones Nowtilus: Santos, Isabel, Raquel y Patricia, a quienes ya considero mis amigos.

Un agradecimiento personal para la pintora Françoise Maitret, en cuyo establecimiento de la Bastide del Arte, en Limoux, me hospedé durante mis visitas a los escenarios del sur de Francia que aparecen en la novela.

A la Asociación Española de Amigos de los Castillos, pues en una conferencia que preparé para un curso organizado por esta institución brotó la idea inicial de esta novela.

A todos cuantos con su trabajo y conocimientos han investigado la historia de la Corona de Aragón durante el reinado de Pedro II. De manera significativa al Dr. Martín Alvira Cabrer, auténtico especialista en la batalla de Muret. Igualmente útiles me han resultado los estudios sobre la época del catedrático Carlos Laliena Corbera del Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza y al Dr. Rubén Sáez Abad por sus conocimientos de historia militar y su labor en el mayor museo de máquinas de asedio del mundo: Trebuchet Park.

A la hora de inspirarme para esta novela he encontrado una fantástica ayuda en los numerosos grupos de recreación histórica, que realizan una magnífica labor para recuperar nuestra historia y nos permiten viajar al pasado con su esfuerzo. De manera especial, al grupo de teatro Trotamundos y a Héroes Legendarios.



Luis Zueco (Borja, Zaragoza, 1979) es novelista, historiador e investigador. Director del Castillo de Grisel, fortaleza medieval convertida en hotel con encanto, y copartícipe de la restauración del Castillo-Palacio de Bulbunte, es, además, ingeniero industrial, licenciado en Historia y máster en Investigación Artística e Histórica, miembro de la asociación Española de Amigos de los Castillos, vicepresidente de la Asociación de Amigos de los Castillos de Aragón y colaborador, como experto en patrimonio y cultura, en diversos medios de comunicación.

# Notas

[1] Sierra Morena. <<



[2] La medida de una vara variaba de unos territorios a otros, equivalía a 3 pies, es decir, a unos 0,9 metros. Por lo que la torre medía 43 metros. <<